EL REY ARTURO

EL GUERRERO DE OCCIDENTE

La leyenda de Camelot amenazada,
la unidad del reino de Britania en peligro

M. K. HUME

SANGRE • PAZ • TRA

NOVELA

Lectulandia

Han pasado doce largos y sangrientos años.

… desde que Artor fue coronado rey de los britones. Targo ha envejecido, Niniana ya es una doncella y Perce, el niño de las cocinas, se ha transformado en Percival. Infeliz por la pérdida de Gallia, Artor centra todos sus esfuerzos en la construcción de la fortaleza de Cadbury Tor, donde…

Empieza la leyenda de Camelot.

Artor se halla en la cumbre de su reinado. Ha logrado en estos años, no sin derrochar un gran esfuerzo, unificar a las tribus de la Britania celta y poner fin en su última campaña al azote sajón. Pero empieza a ver cómo su poder empieza a debilitarse y a descomponerse su reino. Ha elegido a Wenhaver (Ginebra) como su segunda esposa y la ha convertido en reina, pero tampoco le traerá la paz que busca. La nueva reina quiere lo que no puede tener y posee lo que no quiere. La amargura que esta actitud le genera amenaza con contagiar a todos los que la rodean. Artor no sólo se siente traicionado por la persona en quien debería confiar sino también porque…

La perversión está minando el corazón del reino.

La situación le lleva a enfrentarse a una terrible disyuntiva, ¿debe actuar de forma inmediata y parecida a como lo habría hecho el despótico Uter Pandragón o debe dejar que el mal siga su curso y que el paso del tiempo lo borre todo? El peso del liderazgo y el del poder son una carga insoportable, ahora que su luz esclarecedora, Myrddion Merlín, lo ha dejado en manos de su propio destino. ¿Será posible que Artor pierda todo lo que ha conseguido con tanto esfuerzo? ¿Se disgregará Britania?

La unidad y la paz de Britania están en peligro.

Lectulandia

M. K. Hume

El rey Arturo: El Guerrero de Occidente

Crónicas del rey Arturo: Rey de los británicos - 2

ePub r1.0
viejo_oso 01.12.14

Título original: *King Arthur: Warrior of the West*
M. K. Hume, 2009
Traducción: Paloma Tejada Caller

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El Guerrero de Occidente *está dedicado a mis padres, Ronald Henry Smith (1920-1980) y Edna Katrina Ellis Smith (1920-2004). Estas dos personas extraordinarias tuvieron tres hijos y les inculcaron la idea de que las únicas limitaciones que tendrían serían las que ellos mismos se construyeran, paso a paso.*

AGRADECIMIENTOS

Ha habido una serie de personas, hombres y mujeres conocidos míos, que se leyeron el primer volumen de esta trilogía, *El hijo del dragón*, a modo de degustación; es decir, los utilicé para comprobar si realmente yo era capaz de escribir una novela histórica entretenida.

Quiero mencionar aquí expresamente a David Hall, Guy Ogden y a los familiares y amigos de David y Jolene Hill. Unos y otros me hicieron llegar amables palabras de ánimo, de las que cobré confianza, y provechosos comentarios que me sirvieron de espoleta a la hora de seguir escribiendo en esos momentos tan arduos en que la creatividad se esfuma. Nunca les he dado las gracias. Lo hago ahora.

También hubo quienes mantuvieron siempre la firme confianza de que al final me consagraría como escritora, entre ellos mi maravillosa amiga Pauline Reckentin. A veces la fe de Pauline llegaba a ruborizarme, pero cuando me flaqueaban las fuerzas, allí estaba Pauline (capaz de salvar cimas inmensas de un solo salto), diciéndome que nada ni nadie podría detenerme. Tener amigos así resulta inestimable.

Por último, no sé cómo expresar mi agradecimiento a mis seres más queridos. Michael, crítico estricto e implacable; Damian, mi inteligentísimo hijo, prototipo de algunos de los personajes que incluyo en mis novelas artúricas; y Brendan, mi hijo pródigo, cuyos hábitos laborales, arrojo en situaciones imposibles y entera dedicación a sus pequeños, me han ayudado a comprender las dificultades que se abren ante Artor a la hora de decidir. Me siento sumamente afortunada con esta familia tan extraordinaria.

Los escritores escribimos, pero los editores refinan y transforman en productos atractivos lo que pensamos y lo que decimos. Me considero una oficial de primera, que va labrando las ideas que le surgen de la imaginación y la experiencia. Pero han sido las personas que trabajan en Headline Publishing, todos ellos valiosos y cordiales profesionales, los que consiguieron que estos libros sean hoy lo que son. Gracias a cada uno de vosotros.

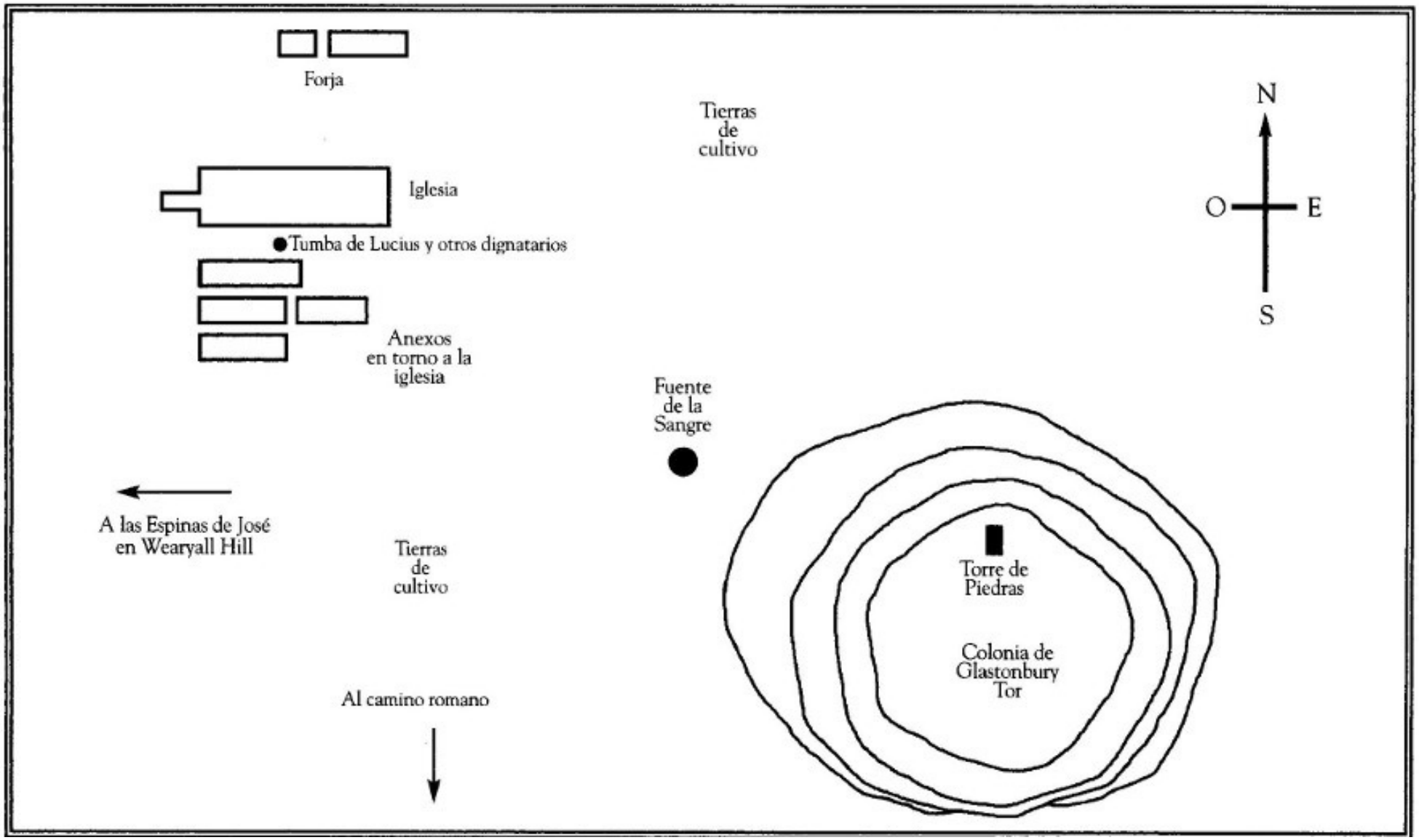
Para terminar, me gustaría dar las gracias a Dorie Simmonds, excelente agente donde la haya, amiga, tabla de salvación y un genio en lo suyo. Persona encantadora en todos los sentidos.

La vida nos enseña con crudeza y, como Artor, todos aprendemos que solo afrontando la belleza y el sufrimiento que ella implica lograremos fortalecernos. En último término, a lo que todos aprendemos es a enfrentarnos a nosotros mismos; y ésa es la lección que nos acompañará siempre a lo largo del camino que nos lleva a nuestro destino en la Gran Incógnita.

Espero que cuando al final nos encontremos, Arturo me perdone las libertades que me he tomado al relatar su vida.

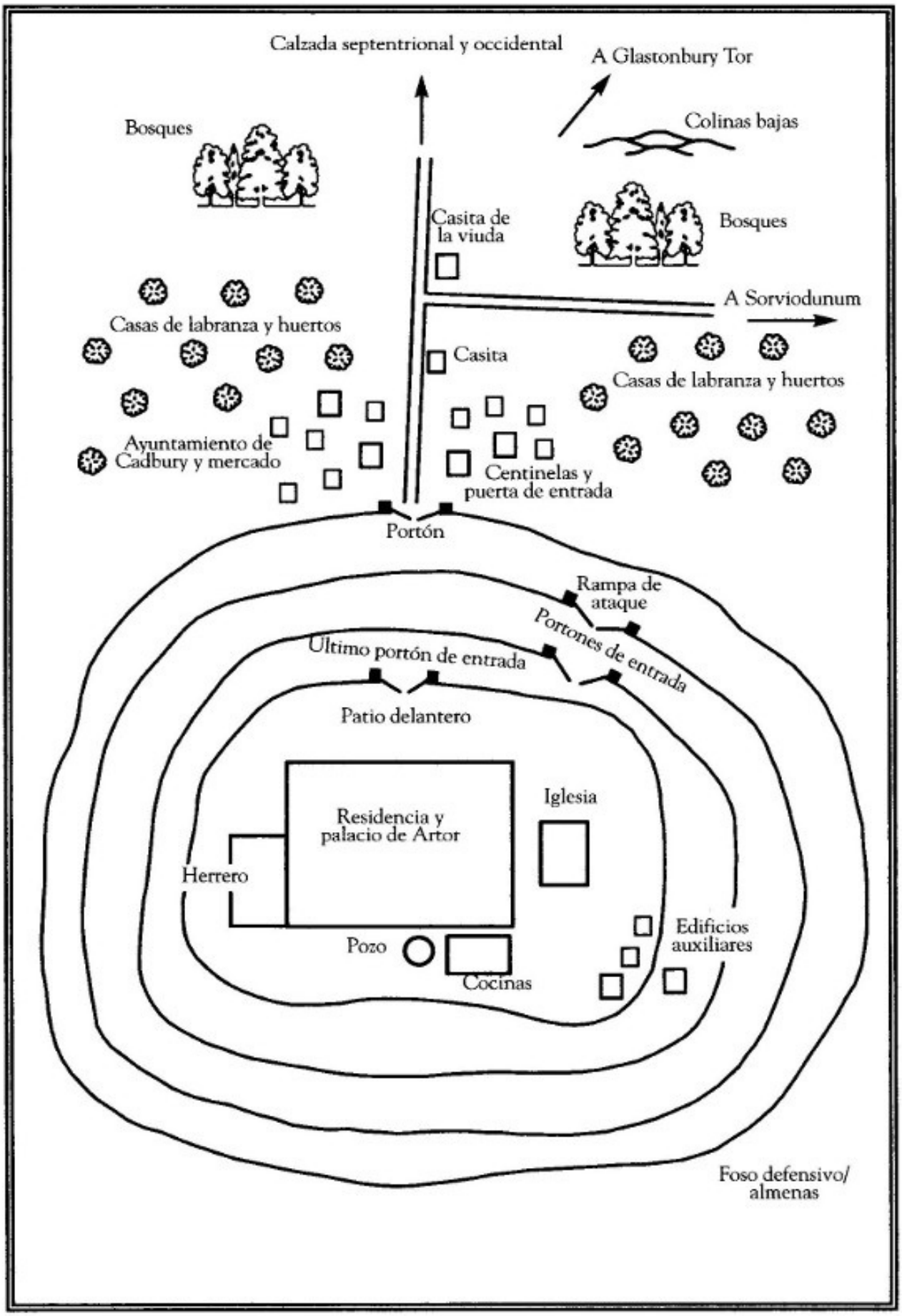
Mapa de Myrddion de la Britania romana pre-artúrica

Glastonbury y alrededores



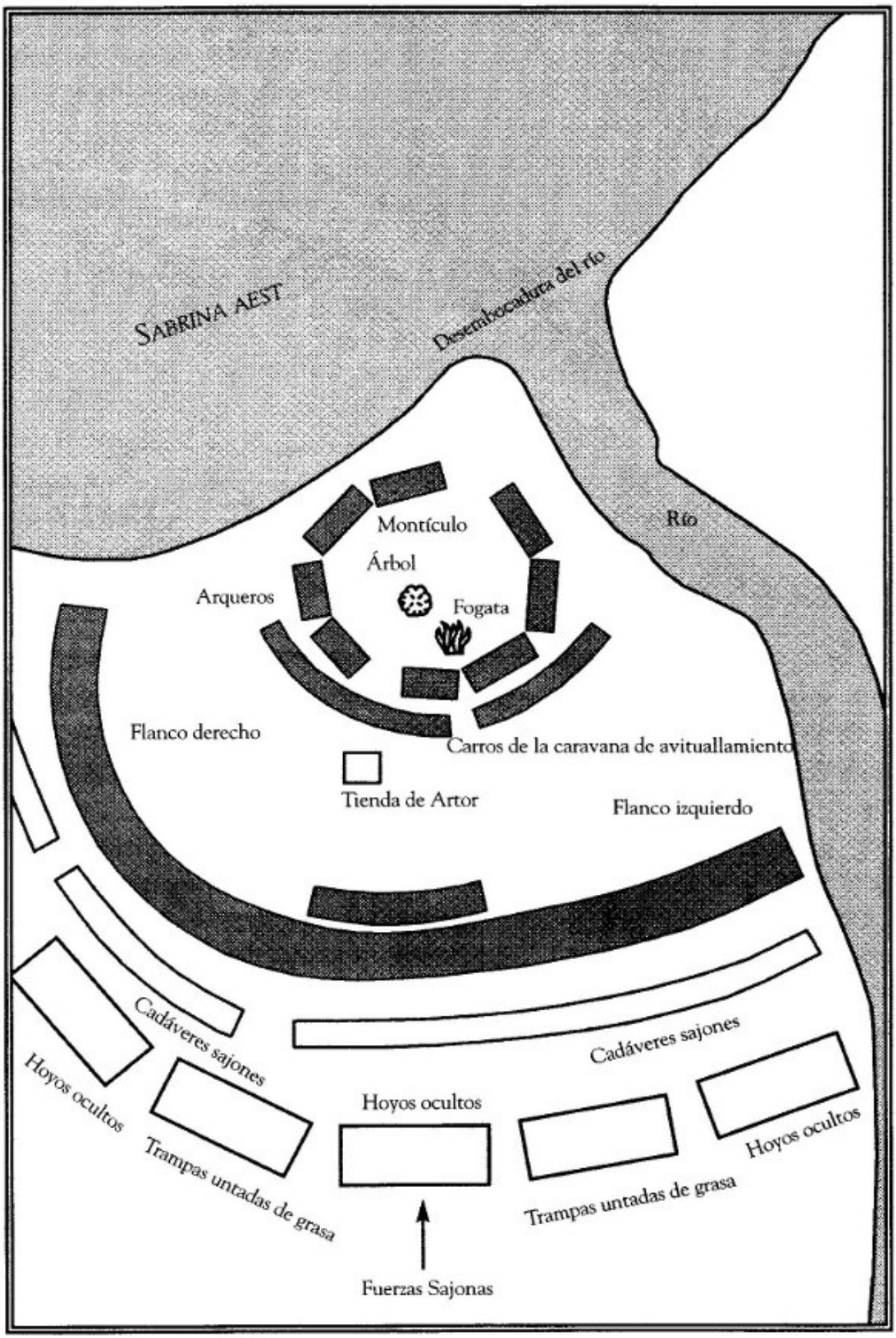
www.lectulandia.com - Página 8

Cadbury y alrededores



Plano de Myrddion de la campaña contra Glamdring Ironfist

La batalla de Mori Saxonicus



DRAMATIS PERSONAE

Antor: Celta, marido de Livinia. Es señor de Villa Poppinidii, próxima a Aquae Sulis. Es el padre de Keu y padrastro de Artorex.

Artorex/Artor: Hijo legítimo de Uter Pandragón. Máximo rey de los británicos. De niño el obispo Lucius de Glastonbury lo envía a Villa Poppinidii para protegerlo del malvado Uter.

Ban: Llamado Antorcha del Oeste, es el defensor de Uter Pandragón. Se enfrenta a Artorex en singular combate y es derrotado. Ban acompaña a Artorex en un ataque suicida contra la fortaleza sajona de Anderida, donde cae asesinado.

Bedwyr: Hijo de los guardianes del Bosque de Arden. Pertenece a la tribu de los cornovios.

Botha: Capitán de la guardia de Uter Pandragón. Uter le ordena que mate a la familia de Artorex y que destruya Villa Poppinidii.

Bregan: herrero de un pueblo cercano a Villa Poppinidii. Artorex salva a su hijo, Brego, de las perversidades de la familia Severinii y, en agradecimiento, Bregan le regala el cuchillo del dragón de hierro.

Keu: Hijo de Antor y Livinia y hermanastro de Artorex. Posteriormente entrará al servicio del rey Artor.

Cletus: Sirviente más anciano de Villa Poppinidii.

Frith: Esclava anciana en casa de los Poppinidii. Mima a Artorex en su niñez y se convierte en su confidente. Pasa al servicio de la mujer de Artorex, Gallia, y muere con ella en un ataque que realizan a la villa unos desertores enviados por Uter Pandragón.

Gaheris: Hermano menor de Galván e hijo menor del Rey Lot.

Gallia: Primera esposa de Artorex, hija de un comerciante romano de Aquae Sulis que murió en una epidemia de peste. Es asesinada por orden de Uter Pandragón.

Gallwyn: Jefa de cocina en Ratae. Madrastra de Niniana.

Gareth: nieto de Frith, protector de Licia y, durante un tiempo, sirviente en Villa Poppinidii.

Galván: Primogénito del rey Lot y la reina Morcadés de los Otadini. Pese a su condición de mujeriego impenitente, es unos de los defensores más acérrimos del rey Artor. Es hermano de Gaheris.

Gruffydd: Uno de los mejores espías de Myrddion. Salva a una niña, Niniana, de morir congelada en Durobrivae después de que violaran y asesinaran a su madre juta.

Se convierte en portador de espadas de Artor.

Julanna: Esposa de Keu y madre de la hija de éste, Livinia la Menor.

Licia: Hija de Artorex y Gallia.

Livinia la Mayor: Esposa de Antor y última en la genealogía romana de los Poppinidii. Madre de Keu y madrastra de Artorex. Muere involuntariamente asesinada por Keu en una disputa doméstica.

Lot: Rey de la tribu de los Otadini y fiero enemigo del rey Artor. Se alía con los sajones orientales.

Lucius: Obispo y líder de la comunidad cristiana de Glastonbury.

Morgana: Primogénita de Gorlois e Ygerne. Es hermana de Morcadés y hermanastra de Artorex. Bruja.

Morcadés: segunda hija de Gorlois e Ygerne. Hermanastra de Artorex, está casada con el rey Lot de la tribu de los Otadini. Madre de Gaheris.

Niniana: Niña a la que salvó Gruffydd. Cuando Artorex es Dux Bellorum, la nombran su protegida.

Odin: procedente de Jutlandia, miembro de la Escoria, grupo de mercenarios que ayudan a Artorex a capturar la fortaleza sajona de Anderida. Se convierte en guardaespaldas de Artorex.

Pelles (Pinhead): Miembro de la Escoria, arquero experto.

Perce (Percival): Ayudante de cocina en Ratae, que pretende convertirse en guerrero.

Escoria (La): Pequeño grupo de unos veinte mercenarios reclutados por Artorex para atacar la inexpugnable fortaleza sajona de Anderida. Rufus, Pelles y Odin son tres de sus miembros destacados.

Severinii: familia romana residente en una villa de Aquae Sulis. Formada por Severinus (un epicúreo), Severina (su madre) y Antiochus (catamita de Severinus). Los Severinii son responsables de la violación y asesinato de al menos ocho niños de las aldeas de la zona. Severinus, amigo de Keu, es llevado ante la justicia por Artorex. Los Severinii son ejecutados y su villa termina incendiada y arrasada.

Simeón (Simón): sacerdote judío de Glastonbury. Maestro herrero, forja la corona de Artor y le arregla su espada Escalibor.

Targo: Soldado profesional romano, maestro de espadas de Keu en Villa Poppinidii. Instruye a Artorex en artes marciales, de acuerdo con las instrucciones de los Tres Viajeros.

Tres Viajeros (Los): 1. Myrddion Merlín. Principal consejero de Uter Pandragón y, a su vez, del rey Artor. Es mago, filósofo, arquitecto, estratega y jefe de espías. 2.

Llanwith pen Bryn. Príncipe (y rey, posteriormente) de la tribu de los Ordovices, perteneciente a los británicos septentrionales. 3. Luka. Príncipe (y rey, posteriormente) de la tribu de los Brigantes de Cymru.

Uter Pandragón: Sucesor de Ambrosius como rey supremo de los británicos; padre de Artorex.

Vortigern: Rey de Cymru (Gales) en una época varias generaciones anterior a Artor. Se le recuerda porque abrió las puertas de Dyfed a los sajones, con la condición de que aplacaran a su reina sajona, Rowena. Intentó sacrificar a Myrddion en una apuesta para construirse una fortaleza en Dinas Emrys.

Ygerne: Inicialmente, esposa de Gorlois, el Jabalí de Cornualles. Cuando éste se muere, se casa con Uter Pandragón. Es la madre natural de Artorex.

PRÓLOGO

Aquella tranquila mañana los caballos relinchaban nerviosos y sólo resultaba discordante el sonido que hacían con las pezuñas sobre las piedras del terreno. En el bosque cercano los grajos, las cornejas y los cuervos aguardaban en silencio, ocultos bajo la sombra de árboles fabulosos, que apenas permitían distinguir su oscuro plumaje azulado. El único signo de vida lo proporcionaban los brillantes ojos de los pájaros, que parecían hambrientos y malintencionados.

Desarmados y recelosos, los seis enviados esperaban impacientes, pese a estar rodeados de guardaespaldas armados, incómodos, algo alejados de los nobles. Los veinte hombres de la comitiva giraban sus ojos atentos, dispuestos a saltar ante cualquier movimiento que observaran en la oscuridad. En este lugar, en que los sajones llevaban las riendas del gobierno, sería poco prudente que un celta cabalgara por el bosque sin suficiente cuidado; detrás de cada árbol podía estar escondido un sajón con su hacha de guerra.

—No me gusta este sitio —susurró uno de los guerreros al hombre que tenía al lado—. Está demasiado tranquilo, diablos, para que me guste.

El compañero intentó ver algo entre la impenetrable maleza, pero la oscuridad era absoluta.

Los enviados de Artor habían elegido una zona abierta y amplia para esperar a los encargados de la negociación. Sobre sus cabezas ondeaba al viento una bandera blanca en señal de paz. Los escoltas aguardaban a unas cinco varas más allá de sus señores, observando entre la espesura que rodeaba este montículo desnudo y pardo.

Como el lugar de encuentro que habían acordado se encontraba en pleno corazón del territorio enemigo, los guardias iban totalmente armados, pero habían recibido órdenes del rey Artor de no desenfundar las armas, salvo en caso de que los enviados aparecieran en actitud de ataque directo. Sólo la lealtad y la apasionada entrega que estos veteranos sentían por su rey supremo les permitía mantenerse serenos ante semejante sensación de riesgo y la perturbadora amenaza de un ataque inminente.

Los emisarios celtas habían llegado a esta negociación por expreso deseo del rey, en un último intento por resolver juiciosamente con el reciente jefe de los sajones occidentales sus anteriores conflictos. Durante más de cincuenta años, estos bárbaros habían representado una china en el zapato celta.

Artor se encontraba mortalmente extenuado después de doce años de crudas batallas. Había batido a los sajones orientales una y otra vez, pero el enemigo era implacable y cada verano llegaba con naves nuevas en forma de hoja que cruzaban la

Litus Saxonicus o los amplios y oscuros mares del Océano Germánico. Pese a que Artor luchaba cada vez más convencido de que con sus guerras sólo obtenía pequeñas victorias, batalla a batalla el rey supremo había empezado a detener el avance sajón. Con todo, se le había ocurrido una solución mejor que la de dejar todo a la fuerza bruta y había enviado a seis de sus nobles más leales a territorio sajón para negociar una tregua.

Ahora los enviados y su escolta de guerreros dudaban de la buena fe de los bárbaros.

—Está fresca la mañana —murmuró Gaheris en voz queda, más para calmar sus nervios y romper el silencio sobrecogedor que para iniciar una conversación—. De la primavera ya ni se acuerda uno.

—Nunca habría pensado que lo notaras —dijo un sarcástico Cerdic ap Cerdyn—. A los de la tribu de los Otadini os gusta el frío del norte. A los sajones orientales también les debe satisfacer bastante… viendo lo agradables que son con tu padre.

Cerdic ap Cerdyn era un hombre rudo, de cuello, pecho y muslos gruesos, pelirrojo y con un carácter de cuidado. Artor confiaba en él plenamente, como hijo menor del rey de los silures, porque Cerdic había seguido al rey supremo desde las primeras salidas que hicieron de Cadbury Tor, en un momento en que los celtas intentaban detener el avance sajón. Preciso y de ideas fijas, Cerdic podía cumplir las órdenes de Artor al pie de la letra, pero no tenía la rápida capacidad de empatía de su señor ni su frialdad mental.

Los improperios lanzados por Cerdic resultaron lo suficientemente ofensivos como para garantizar la pelea. Gaheris se mordió el labio hasta que le salió sangre. Era el hermano menor del príncipe Galván, el más ardiente defensor de Artor, y compartía con él una tendencia congénita a dejarse llevar súbitamente por arrebatos virulentos. Pero Gaheris sabía que el guerrero de los silures tenía razón en lo que decía, dejando a un lado su falta de delicadeza. El rey Lot, padre de Gaheris, era aliado de los sajones occidentales de Caer Fyrddin.

Gaheris tomó una larga bocanada de aire helado, hasta los pulmones, para evitar la tentación de dar una contestación agresiva. ¿De qué serviría?

Gaheris era el hijo legítimo más pequeño de la reina Morcadés y, sin duda, también el más querido. De carácter alegre y cabello rojizo, ojos de un verde tenue y bella tez dorada, acentuada por los meses a caballo, Gaheris tenía una cara y un estilo que atraían de inmediato el interés de las mujeres y un franco instinto de camaradería para con los hombres. Sin embargo, pese a su madurez, Gaheris era joven, no había cumplido los diecinueve años, y estaba deseando demostrar su lealtad al rey supremo frente a los traidores dictados que le marcaba la familia.

—Estás muy callado, Gaheris —siguió Cerdic provocándolo—. ¿A qué has venido, si no es para traicionamos ante tus amigos? O puede que tengas miedo.

Cerdic ni siquiera utilizaba el título que le correspondía a Gaheris, pero el joven príncipe ya sabía que el tosco noble sólo estaba diciendo lo que los demás guerreros

pensaban. A diferencia de su hermano Galván, Gaheris tenía una mente rápida, comparable casi a la del rey supremo, y decidió no sentirse ofendido ante las injurias de Cerdic.

—Sigo mi propia ruta, Cerdic, y mi camino es el mismo que han seguido Galván y el rey supremo —observó Gaheris muy tranquilo—. Puede que mi padre sea mi señor y mi jefe dentro de la tribu, pero ha decidido aliarse con quien ha querido. Como tú, aquí estoy esperando en el claro del bosque para negociar con esos animales de los sajones, porque obedezco órdenes del rey y mantengo las lealtades que ha sembrado mi hermano, el príncipe Galván.

—Deja en paz al chico, Cerdic —interrumpió uno de los guerreros—. Galván lleva años luchando monte arriba y monte abajo, matando a esos locos que se alían con el rey Lot. ¡A cada uno lo suyo!

El que hablaba era un romano bastardo, nacido en las tierras que quedan al norte de Aquae Sulis, en unos asentamientos próximos a la concentración sajona de los antiguos fuertes romanos, con lo que Cerdic tuvo que morderse la lengua para no ser más mordaz. Pero el resto de los enviados bajaron la vista para que Gaheris no se diera cuenta de la desconfianza que manifestaban sus rostros.

De repente un caballo dio un violento respingo y los hombres, asustados, tiraron todos de las riendas para impedir que los demás caballos hicieran lo mismo.

—¿Es que no puedes controlar ese jodido animal, Ulf? —soltó Cerdic, desesperado de tanto esperar.

—Se acerca alguien o algo —advirtió Ulf, con los ojos alerta, mirando de un lado a otro—. Mi yegua no falla.

El capitán de la escolta puso los ojos en blanco al ver que el caballo de Ulf volvía a respingar y a lanzar guijarros al aire en su desasosiego.

—Tranquiliza entonces al animal, para que podamos oír.

Les invadió un silencio sobrecogedor.

En lo más alto, por encima de las crestas de las colinas, volaba un halcón dibujando círculos en el aire con las alas extendidas, dejándose llevar por el viento. Hasta las cornejas de los viejos robles permanecían calladas, expectantes. Era como si todo el mundo estuviera mudo, salvo por el aire gélido que los hombres respiraban en medio de la tensión.

La sangre materna que corría por sus venas le hizo presentir a Gaheris el peso de una muerte inminente que caería sobre él como alas oscuras e implacables. No es que tuviera miedo, pero con los sentidos a flor de piel, su cuerpo parecía saber que pronto iba a dejar de respirar y de pensar.

En ese momento, repentinamente surgidos de la tierra helada y quejumbrosa, aparecieron ante ellos los sajones, docenas de guerreros armados y ansiosos de lucha, en medio del claro. Eran los hijos y los nietos de los guerreros que en su día lideraron Vortigern y Hengist, greñudos bárbaros que habían resultado brutalmente diezmados, casi aniquilados, por las fuerzas de Uter Pandragón y su temible hijo. Habían nacido

en tierra británica, en uno de los pocos bastiones occidentales que los sajones habían conseguido mantener, y sentían un odio ilimitado hacia todo lo que sonara a celta.

Tenían los cabellos grasientos y aceitosos, recogidos con fíbulas de plata y bronce y sus indumentarias, en su día lustrosas, tenían ahora un tono parduzco, polvoriento y raído. Pese a su aspecto atlético y musculoso, con tantas pieles y cueros parecían verdaderas bestias alumbradas en una pesadilla. El romano se santiguó y varios de los guerreros de la guardia se aferraron a sus amuletos de piedra, musitando oraciones. Ulf reaccionó al instante desenvainando su espada. El silbido del metal afilado y bien engrasado resonó bruscamente, pero Cerdic levantó el brazo para detener la respuesta instintiva del guerrero y enarboló la bandera de la paz de manera que los sajones pudieran distinguirla con claridad.

Cerdic volvió a ondear la bandera, moviéndose en círculos y gritando en celta, sajón y latín que el encuentro era para negociar una tregua, pero los sajones parecían haber olvidado lo que significaba esa bandera. Odiaban hasta el aire que respiraban los celtas. Cerdic no hacía sino transmitir las palabras de Artor, pero a los sajones el mensaje les sonaba tan estéril como esas hojas secas que arrastraba el viento del norte. En una carrera desesperada los sajones se lanzaron al ataque y rodearon a los celtas formando un círculo de acero, de modo que ni siquiera los jinetes veían fácil escapar de este anillo mortal.

Un tipo enorme, de más de uno noventa de altura, se acercó con aire indiferente hasta el caballo de Cerdic y, visto y no visto, hundió el hacha en la cabeza del animal. Al sacar el arma, girándola como bien sabía hacer, el caballo se desplomó a sus pies. El sajón agarró la bandera blanca, escupió sobre ella y la restregó por la tierra ensangrentada.

Cerdic intentó levantarse, pero tenía una pierna atrapada bajo el cuerpo de su cabalgadura. Los guerreros dieron media vuelta con los caballos para desenfundar sus armas, pero los sajones ya habían empezado a arrojar sus lanzas al corazón de los indefensos emisarios de Artor. En medio de groseros juramentos, los guerreros de Cerdic se rindieron, porque les superaban en número, diez a uno.

El líder sajón era de tez clara, como la mayoría de los de su raza, pero tenía el pelo grasiento de color de miel añeja, y las uñas negras de mugre. Gaheris observaba hasta el mínimo detalle, como si estuviera viviendo una pesadilla, pero se mantenía prodigiosamente tranquilo.

El sajón señaló a Ulf y a otros dos guerreros de la guardia, elegidos al azar. Con un movimiento de cabeza, la bestia indicó que el resto de la tropa desmontara de sus caballos y se situara a la derecha. Gaheris no podía creerlo. Los celtas estaban de pie, sosteniendo con suavidad las riendas de sus caballos, sin que de momento los sajones representaran ninguna amenaza para los animales. No imaginaba que esta gente apreciara a los caballos por su utilidad. Puede que, pese a su apariencia fiera y brutal, estos inmensos guerreros les dejaran marchar sin más.

—Soy Glamdring Ironfist, conde de Caer Fyrddin. Rechazo vuestra lamentable

bandera de paz, igual que rechazo a todos los jinetes que lucharon contra Katigern Oakheart.

Gaheris se quedó mirando la bandera blanca, caprichosamente rasgada y manchada del barro de las botas sajonas, lo que le hizo recordar que el caballo de Cerdic no había gozado de consideración alguna; ahora no era más que un montón de carne para cocinar durante el invierno.

El líder de los sajones esbozó entonces la más sarcástica de las sonrisas e hizo el gesto de sobra conocido de cortar cabezas.

Los guerreros celtas que estaban a su derecha fueron asesinados, sin que les dieran posibilidad de defenderse y la muerte les llegó poco a poco, ya que los mataron a hachazos y cuchilladas para prolongar su agonía. Los hombres se desangraban delante de los enviados, pidiendo ayuda con ojos mudos y desconcertados.

Los caballos, aterrorizados, fueron conducidos a un lugar alejado de los cadáveres y allí los mataron, pero al menos las bestias merecieron golpes certeros y limpios. Al momento varios sajones se emplearon en trinchar trozos de carne ensangrentada para que fueran más fáciles de transportar y poder aprovecharlos como comida.

«Estos sajones son verdaderamente unos bárbaros —pensó Gaheris, con sorprendente frialdad, al valorar la masacre—. Nunca aprenderán.»

Movió la cabeza sin entender cómo su padre, el rey Lot, había preferido aliarse con los salvajes invasores sajones en vez de perseguir su sueño inicial de hacerse con el poder de las tribus celtas. Gaheris sabía que nunca se puede confiar en los salvajes y la única conclusión a la que llegaba era que su padre se había comportado como un estúpido, y como un estúpido moriría.

Glamdring se limpió el hacha en uno de los pliegues de su pelliza de lana, para quitarle la sangre y los trozos de seso que tenía pegados. Tenía la hoja afilada y bien engrasada.

Señaló con su enorme dedo a Gaheris.

—¡Tú! Eres hijo del rey Lot, un amigo para las gentes sajonas. Tienes permiso para irte a ver a tu padre. El destino de estos otros servirá de mensaje para tu rey supremo.

Estas palabras de Glamdring resultaban tan despectivas que rompieron la pasividad de Gaheris y le liberaron de su atadura. Se esforzó por respirar normalmente y volvió a sentirse hombre.

—No deseo morir, Glamdring Ironfist, pero he hecho un juramento, un juramento de sangre, por el que no serviré a más rey que a Artor, al que los dioses le han dado la corona y la espada de Uter Pandragón. Aunque quisiera salvar la vida, no puedo. ¡No!, ¡no lo haré!

Miró directamente a los ojos cínicos y provocativos de Glamdring.

—Haz lo que quieras, Glamdring —dijo al sajón—. Mi muerte no te proporcionará ventaja alguna, y si mucho odio, porque estoy indefenso.

Glamdring Ironfist devolvió la misma mirada al chico, que estaba a pocos pasos de la primera víctima.

—Bien dicho, muchacho. Te permito morir como un hombre, como deseas, pero igualmente te mataré por impertinente.

Entonces sacó su hacha como un relámpago y la cabeza de Cerdic rodó por el terreno pedregoso hasta dar en una pequeña roca. El sajón hizo caso omiso del reguero de sangre que salía de la garganta de Cerdic y lo empapaba de rodillas para abajo. El olor fétido a vísceras vacías y a orina caliente casi dejó sin respiración a Gaheris, pero creía que era mejor no apartar la mirada de la espeluznante escena.

Se esforzó por mantener el rostro sereno y no dar sensación de miedo.

—Este hombre llevaba el estandarte, así que por lo menos tenía huevos para que se le identificara como líder. No solemos ser tan indebidamente crueles con enemigos tan valientes —dijo Glamdring, lanzando una mirada lasciva de complicidad—. Ahora, ¿quién de vosotros quiere ser el siguiente en morir?

El líder sajón evidentemente pretendía hacer sufrir a los guerreros celtas, mientras esperaban su suerte.

De repente, el enviado romano se movió. Saltándose todas las reglas de la tregua, y gracias a que había sido menos confiado que sus compañeros, guardaba un cuchillo escondido en la bota. De una estocada consiguió sacarle el ojo a un corpulento sajón que no había tomado en consideración a un hombre tan menudo.

El romano murió inmediatamente de un espadazo que le abrió de la ingle al esternón. Mientras el hombre agonizaba en la abrasadora hediondez de sus propias entrañas, Gaheris intentaba recordar el nombre del guerrero.

Otros tres enviados cayeron a machetazos, propinados lenta y deliberadamente, como si los sajones eligieran cuándo otorgar el golpe de gracia. Sobre una tierra ensangrentada sólo quedaban en pie Ulf, dos guerreros celtas más y Gaheris.

El aire era quedo, como si toda la tierra de un tono gris oscuro contuviera su aliento. Gaheris se quedó mirando fijamente a Ulf, que se esforzaba por mantenerse en pie con aspecto de indiferencia y mostrar la imperturbable arrogancia de un oficial de caballería celta. Manchado de sangre, con los dedos trémulos y las rodillas temblorosas, pese a todos sus esfuerzos, Ulf encarnaba lo más noble de los celtas, y Gaheris se sentía extrañamente confortado. Esta actitud no era simple temeridad, mera valentía estúpida. Ulf representaba al hombre normal y corriente cuando se enfrenta a una situación extraordinaria; sabía cómo dominar el terror en casos en que la mayoría estaría llorando o haciéndose todo encima.

Ahora que su suerte estaba echada, Gaheris consiguió distinguir claramente las dos razas, sajones y celtas, y no acertaba a comprender por qué hasta entonces no había visto que pretendía Artor con sus largas luchas años atrás.

—Da igual lo que hagas con estos hombres, Glamdring. No cambiará nada. Está claro que incluso un bárbaro puede dar crédito a las palabras de quien está a punto de morir. Siento que la muerte anda rondándote, y para ti será peor que para estos

valientes, porque tú no conoces al señor Artor. Le juzgas por los criterios establecidos por mi padre, el rey Lot, y por el padre de Artor, Uter Pandragón. Artor no es como los demás y exigirá para ti el peor castigo imaginable… y mi señor es un genio de la imaginación. Desearás haberme hecho caso, cuando veas morir a tus hijos abrasados, oyéndoles gritar.

El rostro de Glamdring enrojeció bajo la suciedad de su piel, pero Gaheris siguió aguijoneando implacable al sajón, confiado en que así se aseguraría un final rápido e indoloro. Fijó su mirada en el cielo, en el halcón que seguía trazando círculos, ajeno a las rapaces humanas que tenía debajo. Gaheris volvió sus francos ojos verdes hacia su ejecutor.

—Tengo la misma capacidad visual que mi tía, Morgana, por eso puedo leer claramente la muerte en tus ojos. Artor se habría cuidado de dejar vivos a los caballos, y habría combatido en igualdad de condiciones. Artor no se habría rebajado a matar a indefensos ni habría mancillado su honor asesinando a emisarios desarmados. Hasta Lot vomitaría al saber la cobardía con que has actuado.

—Lot es un cerdo estúpido —bramó Glamdring—. Y tu Morgana, una puta — llevado por la ira, los dedos del sajón agarraron el hacha con tanta fuerza que los nudillos parecían una cordillera de huesos blancos.

Gaheris sonrió con la bravuconería de un joven y el desprecio de un príncipe.

—Esos insultos son la única verdad que has dicho en todo un día tan sangriento. Estás condenado, Glamdring, porque como la mayoría de los sajones, nunca aprenderás.

Glamdring soltó un grandísimo grito de furia, ondeó el hacha por encima de su cabeza y asestó un golpe a Gaheris en el hombro, que le penetró hasta el pecho.

Incluso al caer, ahogado en un borbotón de sangre que le llenó la boca, el príncipe Gaheris logró esbozar una leve sonrisa.

—Nunca aprenderás… nunca… cambiarás.

Después Glamdring seccionó la cabeza del joven asestándole un golpe despiadado.

La pizarra y la grava estaban cubiertas de una gruesa capa de sangre coagulada. A punta de espada, obligaron a Ulf y a los otros dos supervivientes a recoger las seis cabezas de sus señores, meterlas cuidadosamente en los sacos de cuero en que llevaban las provisiones y atárselos al cuello. Los guerreros suponían que en cualquier momento los matarían a machetazos, y apenas podían contener los nervios.

Glamdring miró con desprecio a los tres frágiles celtas, doblegados por el peso de la infernal carga que acarreaban. Y entonces dirigió su mensaje a Artor.

Ulf fue obligado a repetir el mensaje tres veces hasta que consiguió reproducir cada una de las frases con exactitud. Asqueado, el jinete sabía que estaba condenado a vivir.

—Y ahora, largaos, perros insignificantes, y decidle a vuestro señor que Ironfist le está esperando. Decidle que los cuerpos de sus hombres no recibirán sepultura. Sus

almas vagarán en el vacío para siempre, como las de todo celta que se atreva a poner pie sobre suelo sajón.

Y, para su vergüenza, Ulf huyó, seguido de cerca por sus compañeros. No había límite para su desconsuelo, pues por pura suerte, seguían vivos, mientras hombres mejores que ellos habían muerto. No habían podido asestar ni un solo golpe para librar de la muerte a sus señores, y por eso el honor les exigía también morir. Pero más fuerte que el terror o la vergüenza era el juramento que habían hecho ante el rey supremo. Artor tenía que recibir el mensaje de Glamdring, para que los sajones recibieran su merecido por haber asesinado a aquellos indefensos. Ulf debía actuar como testigo de lo que había visto y oído, aunque la desesperación le atenazaba tanto el estómago que tuvo que vomitar hasta lacerarse la garganta.

Tenía la guerrera y el gabán rígidos de tanta sangre y tantos humores y las dos bolsas de cuero mojadas le caían sobre los costados haciendo un ruido sordo. Aun así corrió hasta que no pudo seguir avanzando sin llorar.

Por fin, los tres supervivientes lograron llegar a un asentamiento celta, donde pidieron caballos para aligerar el viaje. No pararon ni para comer, ni para lavarse la sangre de las cabezas de los embajadores de Artor, que se les había pegado a la piel, hasta que llegaron a Cadbury Tor y dieron por concluida su larga y repugnante tarea.

CAPÍTULO I

DELITO DE SANGRE

Entonces todos los consejeros, junto con el orgulloso tirano Vortigern, el rey británico, estaban tan ciegos que queriendo proteger su país sellaron su destino; a fin de combatir las invasiones de las naciones septentrionales, dejaron entrar como a lobos en un redil a los fieros e impíos sajones, una raza aborrecible tanto para Dios como para los hombres.

GILDAS

MIENTRAS MIRABA LO QUE HABÍAN reconstruido, Artor recordaba la primera campaña que había llevado a cabo doce años atrás contra los sajones occidentales.

Los celtas más ancianos todavía recordaban con resentimiento la locura cometida por el rey Vortigern, un hombre con la razón tan perdida que, en cuanto sentía las fuertes y doradas piernas de Rowena, su reina sajona, rodeándole la cintura, accedía a cualquier requerimiento suyo. En uno de estos momentos de sumisión, Vortigern había consentido que los sajones se asentaran en las tierras de Demetae; durante generaciones celtas sajones habían vivido juntos en medio de cierta inquietud, hasta que al final los sajones decidieron ampliar su poder aliándose con Katigern Oakheart, líder de la zona oriental.

A comienzos de su reinado, en un momento en que todavía nadie le había puesto a prueba, ni como rey ni como líder, Artor había salido de Cadbury por la frontera norte ara derrotar a los invasores con su caballería. Por primera vez, en una sangrienta guerra de desgaste, Artor había lanzado a los caballos para combatir la más temible de las tácticas bárbaras, el muro de escudos sajón.

Una doble línea de sajones se disponía formando un círculo impenetrable de hombres, protegidos con escudos de bronce y piel de vaca, que recordaba sin pretenderlo a la antigua tortuga romana. Con la diferencia de que los sajones medían más de 1,80 de estatura, mientras que los romanos apenas superaban el 1,65. La segunda fila de hombres protegía las cabezas de los de la primera con sus escudos, y una vez que el muro de escudos estaba configurado, los guerreros no retrocedían, manteniendo la línea hasta que moría el último. Como los antiguos espartanos, los

sajones alababan el heroísmo y la proeza individual en el combate, pero sin su toque de disciplina férrea. Ávidos de gloria, los guerreros sajones cortejaban la muerte y la osadía, mientras que los romanos siempre fueron soldados pragmáticos, profesionales y prudentes.

Artor había divisado el muro de escudos desde un alto, convenientemente ubicado en la sinuosa calzada romana que había cerca de Magnis. Suspiró, previendo la matanza que aquello presagiaba. Los sajones estaban acostumbrados a contener el envite de fieros soldados en ataque, pero Artor había cambiado las reglas del juego. El rey supremo ordenó que sus jinetes redujeran el muro lanzando los caballos oleada tras oleada, en una carga cada vez más fuerte. No hay hombre por grande que sea que pueda contener el impacto de un caballo al galope. Si los jinetes caían de su cabalgadura, los remataban con lanzas celtas. Inevitablemente murieron muchos caballos, ya que los enfurecidos sajones hacían lo imposible por destripar a los animales, pero consiguieron debilitar el muro y finalmente quebrarlo. Los sajones que quedaron huyeron a las inhóspitas montañas. Por inexperiencia, Artor les dejó escapar compasivamente.

—Antes o después tendrás que machacarlos —gruñó Targo, su viejo maestro de espadas, mientras le cortaba el cuello a un caballo que se había quebrado una pata por una zona poco frecuente y dolorosa.

—Es verdad —contestó Artor filosóficamente, poniéndose a un lado para que no le diera el chorro de sangre que emanaba del caballo mientras coceaba compulsivamente. Al poco murió—. Pero pronto tengo que enfrentarme por el este a una fuerza sajona aún mayor y no tengo hombres suficientes para combatir enemigos en dos frentes. Estos perros tendrán que esperar mejor momento.

—No volverás a vencer con la caballería tan fácilmente —advirtió Targo con suavidad—. Aunque supongo que hay muchas maneras de cazar un conejo, como solía decir mi antiguo sargento. Seguirán criando hasta que vuelvan a ser un problema.

—¡Déjalo, Targo! —le cortó Artor, mirándole con frialdad. Al momento se echó a reír arrepentido—. Todavía no tengo estómago para la crueldad.

—Aprenderás —contestó Targo, sin mostrar rasgo alguno de humor ni de rencor en su vieja voz cascada.

Mal comidos y mal equipados, los sajones se dedicaron a pelear y hacer pequeñas escaramuzas por las rocosas colinas de Dyfed, como parásitos, hasta que un nuevo líder los coaccionó para que se unieran en un grupo frágil, vinculado únicamente por el antiguo odio que sentían por todo lo celta, y por el rey Artor. Intransigentes y exaltados, estos guerreros habían nacido y habían sido criados como sajones, no como británicos, independientemente de que su sangre estuviera mezclada. Juraron que nunca dejarían de luchar contra sus enemigos.

—Tantos guerreros muertos, y todos buenos —suspiró Arturo—. ¿Para qué era necesaria tanta violencia? Con pactos y razones se habrían salvado cientos, no, miles

de vidas. Pero hablar de pactos es como hablar de cobardía para los sajones.

—¿Otra vez hablando contigo mismo, Artor? —insinuó Targo, apoyado en un sólido bastón—. Si hasta un anciano como yo te pilla así, por sorpresa, estás muerto.

—¿Por qué nuestras conversaciones siempre terminan hablando de mi muerte? —preguntó Artor con una sonrisa—. ¿Cómo te va el día, Targo?

—Poquito a poco. Como a ti, mi señor. ¿Sigues esperando que vuelvan los emisarios con indicaciones a tu propuesta de tregua?

—La espera pone a prueba mi paciencia, Targo.

—Tus propuestas de paz no van a funcionar, muchacho. Recibirás a tus emisarios hechos trizas y los sajones creerán que estás débil y que tienes miedo de enfrentarte a ellos en combate. Hace ya mucho tiempo te dije que crecerían para darte problemas.

Artor lanzó un suspiro de resignación.

—Sí.

Esa palabra aislada cayó como una piedra en un pozo profundo y vacío.

Targo miró detenidamente el rostro que mostraba el joven. Artor ya no era el bello muchacho de entonces y apenas quedaba en su mirada rastro de su antigua luminosidad e ilusión. Estos rasgos se veían sustituidos por una mayor dureza, una mayor amargura y un cierto desgarro. Targo lamentaba haber perdido a aquel chiquillo al que tanto había querido.

—Imagino que es difícil enviar hombres valiosos a una muerte segura. A mí no me complacería, por eso siempre he servido como soldado raso. Sin responsabilidad no hay culpa.

—No permitiré que el último de estos nobles sajones ponga en peligro occidente y no voy a desdeñar más la traición que comete el rey Lot, ayudando al enemigo. Tendrá que atenerse a la sensatez y replegarse al Muro de Adriano; si no, mataré a todo el que celebre el poderío sajón, guerrero o vasallo.

—¿Y al rey Lot?

—Particularmente al rey Lot.

Artor hablaba con crudeza y con una determinación férrea. Y aun así, Targo seguía apreciando a este Artor maduro, recio y adusto, igual que había querido al muchacho que fue, Artorex, porque se entregaba por entero con tal de proteger y guiar a su pueblo.

Hacia el norte, más allá de los manzanales, los huertos de perales y las aldeas de cabañas cónicas con tejado de paja, Artor divisó unos reflejos de sol que permitían adivinar la presencia de hombres a caballo. Un pequeño grupo de jinetes cabalgaba al galope en dirección a Cadbury Tor, lanzando destellos de luz por los discos de hierro y bronce que llevaban cosidos a las corazas. Su mente fría le anunciaba ya la respuesta a su plan de paz, pero internamente anhelaba estar equivocado.

Flanqueado por sus guardaespaldas, Gruffydd, Odin y Targo, Artor aguardaba atentamente la llegada de los jinetes. El camino que conducía a Cadbury Tor llevaba tiempo, porque había que subir por una senda exuberante de prados, huertos y

pastizales de merinas y vacas satisfechas. La prosperidad había surgido amparada por la fortaleza, ya que la paz y la seguridad garantizaban la posibilidad de obtener una vida mejor. A los pies de la montaña prosperaban pequeñas aldeas en las que la existencia discurría en medio de una falsa sensación de tranquilidad y placidez. Pero pronto llegaría el deshielo primaveral y con él la temporada de asesinatos provocada por los sajones, en cuanto abandonaran sus cuarteles de invierno.

—Este estilo de vida tan ordenado sólo se mantendrá si sigo venciendo —resolvió Artor con cinismo—. Los mismos guerreros que ahora juran lealtad eterna a mi persona, me matarán en cuanto me dé la vuelta, si me descuido como César.

Odin, el juto que tenía a su servicio y uno de los últimos miembros de la Escoria de Anderida, se arrodilló sobre las losas de piedra, abrió sus brazos de par en par y miró a su señor.

—No tienes razón, mi rey. Cualquiera de tus guerreros moriría por ti, si así lo quisieras. Te obedecerán a ciegas, sin cuestionar si las órdenes son justas o no. Eres nuestro señor, pero además eres el rey supremo, estás por encima de nosotros y eres mejor que nosotros. Te obedecemos por amor, mi señor; te ruego que no repudies nuestros sentimientos, aunque te ahogue la pesadumbre —Odin hablaba con un áspero acento gutural, pero después de doce años al servicio de su rey había limado sus deficiencias lingüísticas. Realmente Odin hablaba con la misma elegancia que su maestro, expresando verdades básicas y profundas.

—A mí todavía me queda una última batalla —dijo Targo, ofreciéndose—. El avance de los sajones por la zona oriental está casi paralizado. No eres responsable de sus crímenes.

—No. Desde luego —la respuesta de Artor no daba pie a seguir hablando. Pasó la mano afectuosamente por el rostro de Odin y el enorme juto se levantó, con los ojos húmedos de lágrimas contenidas que descubrían su lealtad.

Targo dio una palmada en el hombro a su señor y se retiró lentamente hacia la puerta de entrada, cruzando el patio adoquinado. Si lograra interceptar a los jinetes cuando llegaran, sabría de primera mano qué habían hecho los sajones. Después podría suavizar el alcance de la noticia a su señor para evitarle alguna de las consecuencias que, sin duda, desencadenaría una misión que nunca debió llevarse a cabo. Y así, estos dos hombres tan distintos se esforzaban por evitar padecimientos a su jefe.

A medida que se acercaba el pequeño grupo de jinetes, se veía que no venían más que tres guerreros. Al final, cuando se abrieron las primeras puertas para dejarles paso, Artor admitió que no habría tregua, al ver cómo se zarandeaban los fardos de cuero sobre las mantas de los caballos. Los hombres se hicieron a un lado, para que los jinetes pudieran pasar por los estrechos callejones polvorientos que conducían a la segunda puerta y luego a la tercera. A su paso los guerreros se aferraban a sus amuletos o a sus cruces, porque de las sacas de cuero emanaba un olor putrefacto al chocar con el lomo de las caballerías y las mujeres se volvían, con el rostro lívido, a

punto de vomitar por el hedor.

—¡Salve, guerrero! ¿Qué nombre debo anunciar cuando te conduzca hasta el rey supremo? —preguntó Targo, una vez que los jinetes alcanzaron la última puerta y desmontaron de los sudorosos caballos.

Uno de los hombres dio un paso al frente. Tenía la ropa mugrienta, llena de sangre y barro y el rostro ceniciento de agotamiento.

—Soy Ulf de Caerlion y vengo con Bryn ap Cydwyn y Justus de Aqueae Sulis. Traemos noticias de Glamdring Ironfist, el jefe de los sajones.

Ulf mantenía la cabeza alta, pero aun así dejaba ver dos manchas gemelas que entintaban la suave piel de sus mejillas. Estaba vivo, aunque sabía mejor que nadie que los más nobles habían caído.

—Nos tendieron una emboscada en las colinas que se alzan al noroeste de Nidum, mientras levantábamos la bandera de la paz. Sin previo aviso los sajones asesinaron a los emisarios y a nuestros compañeros de la guardia —explicó con abatimiento—. Sólo nos dejaron marchar a nosotros tres, para que diéramos testimonio de la brutalidad del líder de los sajones. Nos dio estos «trofeos» para el rey supremo y el muy bastardo nos hizo jurar que los traeríamos a Cadbury Tor como mensaje de advertencia para el rey Artor —Ulf hizo una mueca y su rostro grisáceo enrojeció avergonzado—. Mi señor Targo, porque creo que eres tú, te ruego pidas al rey que perdone la lengua de quienes le traen tan arrogantes palabras de insulto.

Los guerreros estaban medio desmayados por el agotamiento, pero parecían decididos a cumplir con los debidos honores a los muertos.

Targo les hizo una inclinación de cabeza, en señal de respeto.

—Artor es un gobernante justo; si seguís manteniéndoos leales de corazón, no tenéis nada que temer por parte del rey supremo.

Artor salió de sus profundas cavilaciones y caminó hacia el grupo de hombres que se encontraban en la puerta. Los jinetes se arrodillaron ante él. Con la frente apoyada en las losas de piedra y sumidos en un sentimiento de culpa, los guerreros temblaban pensando que el rey ordenaría su ejecución.

—Levantaos, nobles hombres —ordenó Artor—. Sería yo quien tendría que arrodillarme ante vosotros, en homenaje a esos pobres desgraciados y a sus guardianes, que con tanto arrojo fueron a la muerte por intentar una paz justa. Y ante vosotros, hombres valerosos, que habéis cabalgado sin tregua para traer a casa los restos de nuestros héroes, pues imagino que eso es lo que contienen vuestros fardos.

—Sí, mi señor —respondió Ulf, sin apenas percibir que unas lágrimas le corrían por la mejilla.

En todo caso, ni Artor ni Targo pensaban que Ulf lloraba de debilidad. Lloraba por los muertos, por no haber podido cumplir sus juramentos, por la culpa lacerante.

—Se nos rompía el alma de abandonar rostros amigos en un lugar tan horrible —continuó Ulf—, por eso nos hemos mantenido con vida en unas circunstancias en que cualquier insigne guerrero habría preferido morir que sufrir esta deshonra. Decidimos

traerte las cabezas para que sus familias puedan siquiera tener algo de ellos. Como no pudimos salvar la vida de nuestros señores, ni de nuestros hermanos, al menos teníamos que devolver sus cabezas a sus seres más queridos. Los cuerpos quedaron para las aves carroñeras y ahora me arrepiento de no haberlo evitado con nuestras espadas.

Un pequeño grupo de mujeres, algunas con sus hijos, fuertemente asidos de la mano, se acercaron a las puertas. En cuanto las vio, Targo se dio cuenta de que eran familiares de los emisarios de Artor, y trató de evitarles lo violento de lo ocurrido con sus seres más próximos.

—Mujeres, éste no es sitio para vosotras —dijo Targo con suavidad—. Os daremos noticia cuando sepamos qué les ha pasado a vuestros jóvenes.

Pero Artor se volvió hacia las mujeres, les hizo una seña para que se acercaran y entonces, ante su consternación, se arrodilló ante ellas.

—Puede que sea rey, pero imploro vuestro perdón, hijas de esta bella tierra. Sabía de los riesgos que asumían vuestros hombres cuando accedieron a obedecer mis órdenes. Mía es la culpa de haberlos enviado al peligro. Podéis odiarme, si queréis, pero os confieso que volveré a ordenar que otros seis hombres vayan a negociar con los sajones, para ver si existe alguna posibilidad de traer la paz a occidente. Siento que vuestros hijos o vuestros maridos hayan caído víctimas de la brutalidad de la política.

Una anciana de pelo cano se adelantó y miró impasible el adusto y contenido rostro del rey. Por el péplum y la sencilla túnica que llevaba se veía claramente que era de origen romano, pero los granates de las orejas, rojos como sangre seca, delataban su naturaleza. Entonces, torciendo un poco el gesto, le ayudó a ponerse de pie.

—Por tu culpa, mi rey, han muerto dos de mis hijos a manos de extranjeros. La cabeza de otro está en el fardo de uno de esos caballos, al menos, eso creo. Me queda otro hijo que ya roza la edad de poder blandir una espada y, si Dios quiere que me lo arrebaten para servirte, no me quejaré. Debes conseguir que los sajones y todos los que se alíen con ellos se hundan en la inmundicia.

Artor inclinó la cabeza, mostrando el respeto que le merecía el salvaje patriotismo de la mujer y se quitó de la muñeca un brazalete de oro, grabado con su emblema personal del dragón.

—Las mujeres sajonas son criaturas fortísimas, Madre, pero no se pueden comparar con matronas como vosotras. Sé que el oro no recompensa la pérdida de tus hijos, pero te pido que aceptes esta bagatela como signo de agradecimiento de un rey. Y repartiré más oro a las madres y viudas de estos valientes que murieron por cumplir mis órdenes. Me avergüenzo de no poder ofrecerte más que un bien material por tu lealtad.

—Mi nieto lo guardará en su casa como lo más sagrado, señor. Pero ahora permíteme que me vaya a ocuparme de los restos de mi hijo y de que tengan una

sepultura digna.

Artor bajó la cabeza, dándole su permiso. La anciana se acercó a los espeluznantes fardos y fue mirando los rostros, uno tras otro, hasta que encontró el que buscaba. Sin importarle el hedor ni el repugnante halo de putrefacción que lo envolvía, estrechó contra el pecho el pesado bolsón y emitió un único y agudo grito de dolor. Después se marchó por el sendero.

Una a una, fueron reclamando las cabezas y se oyeron intensos gritos de dolor y rabia sobrevolando el cerro, como graznidos de aves cazadoras.

Al final, quedaba una cabeza.

—Gaheris, sobrino —dijo Artor entre suspiros—. Ni siquiera respetaron al hijo del rey Lot.

Targo miraba a su rey, sin poder dar crédito.

—¡Tamaña y maldita estupidez! ¿Cómo han podido ser tan idiotas los zopencos de los sajones como para matar al querido hijo del rey Lot, su más fiel aliado? Gaheris entró con Galván a tu servicio y en aquel momento el rey Lot casi se arranca el pelo de ira, pero ni siquiera Lot va a tolerar que le haya ocurrido esto a su hijo.

—Mi señor —interrumpió Ulf, con el rostro a punto de estallar por la impertinencia que cometía—. El príncipe Gaheris fue el último en morir y desafió a los sajones hasta el final. Le ofrecieron salir vivo si renunciaba al juramento que te había hecho y volvía a los aposentos paternos, pero el muchacho no quiso. Murió con valentía y cayó maldiciendo a los sajones. Dijo que podía ver el futuro del noble sajón. Advirtió a Glamdring de que tú harías caer la justicia sobre todos los sajones, en nombre de los enviados muertos y de sus escoltas.

—Era un buen chico —Targo ponderó a Gaheris con el mejor elogio que sabía—. Era demasiado bueno para morir sin espada, sin tener siquiera la oportunidad de defenderse.

—Cuéntame todos los detalles de la traición —ordenó Artor—. No omitas ni un solo detalle de lo que visteis. Sé que vas a sufrir al contarlo, pero tengo que conocer hasta qué punto llega la insidia sajona.

Ulf bajó la cabeza y empezó a hablar con voz casi inaudible. Pero hizo un informe tan vívido y tan sentido que, en cuanto su voz empezó a cobrar mayor fuerza y pasión, los allí presentes llegaron a visualizar la muerte de los enviados y a experimentar la serena valentía de Gaheris.

Artor estuvo un rato meciendo en su pecho el fardo que contenía la cabeza del joven; después tiró de la cuerda para deshacer el nudo y le besó en los labios amoratados, que aún mantenían el rictus de la muerte. Un juego de luces de primeras horas de la tarde alumbraban los rasgos de la cabeza muerta de Gaheris, dejando entrever su parecido con la hija de Artor, Licia. Artor se estremeció al pensar que Licia pudiera morir de un modo tan simple, como su primo, al que, mirándole ahora la cabeza, estaba claro que le unían tantos lazos familiares.

—Es mío el delito de sangre, Gaheris —murmuró el rey supremo—. Y lo pagarán

hasta el final.

El lado más frío del cerebro de Artor le indicaba que los sajones habían ido demasiado lejos esta vez, porque independientemente de las alianzas que hubieran sellado, ni siquiera Lot o Morcadés podían ignorar el asesinato de su hijo, un muchacho desarmado.

—Busca una caja de madera aromática, Gruffydd, la mejor que encuentres. Lava la cabeza de mi sobrino y envuélvela en finas gasas perfumadas y envíasela al rey Lot y a la reina Morcadés. Ellos también deben tener la oportunidad de llorar a lo que les queda de su hijo.

Gruffydd se adelantó. Aunque había envejecido en los últimos doce años y las canas empezaban a adornarle el cabello y la espesa barba, aún conservaba la misma mirada cálida y penetrante. Ahora miraba a su rey con abierta preocupación.

—Si te parece bien, mi señor, seré yo quien lleve en persona la cabeza de Gaheris al rey Lot —anunció—. ¿Le llevo algún mensaje de condolencia tuyo al padre del chico?

—Estamos a la espera del mensaje de Glamdring Ironfist, pero puedes narrarle lo que ha contado Ulf sobre la muerte de su hijo —le ordenó Artor—. Tienen derecho a saber que viviría, si hubiera querido romper el juramento que hizo.

Gruffydd asintió. Para sus adentros el portador de espadas consideraba que Artor debía utilizar el asesinato de Gaheris para ponerse por encima del rey Lot, pero al rey supremo se le apreciaba porque despreciaba el engaño y la mentira.

Gruffydd se inclinó para hacer una reverencia, aunque le dio una punzada en la espalda, por el dolor de articulaciones que siempre tenía y que hacía tan duros los largos viajes. Con todo, llevado por el amor a su rey afrontaría el viaje y la ira de unos padres acongojados. Gracias a Artor había ascendido en la vida, y Gruffydd siempre pagaba sus deudas.

Cuando se dio la vuelta para irse con el pavoroso fardo de cuero cargado a la espalda, el rey supremo le dijo a Ulf que se acercara.

—Espera un momento, Gruffydd —dijo Artor. Se volvió para mirar a Ulf—. Ya puedes decirme exactamente cuál es el mensaje que me envía el bárbaro sajón.

Ulf tragó saliva horrorizado.

—Por favor, no me juzgues por las palabras que traigo, mi rey. No habríamos sobrevivido si no hubiéramos tenido que regresar a la fortaleza para traer los restos de tus emisarios.

Artor aplacó su impaciencia. Sabía mejor que nadie que a los mensajeros se les solía ejecutar cuando a sus señores no les complacía el contenido del encargo.

—No te pasará nada, Ulf, por malo que sea lo que los sajones te ordenaran que me dijeras. Son palabras de Glamdring, no tuyas.

Ulf dejó escapar un profundo suspiro, elevó los ojos al cielo, como para recordar mejor y empezó a recitar el mensaje con voz entrecortada.

—A Artor, un impostor y un perro asqueroso. En nombre de los muertos

Vortigern, Vortimer y Hengist, yo, Glamdring Ironfist, exijo el cese de las hostilidades contra las posesiones del fallecido rey, Katigern Oakheart. Te ordeno que cedas la corona al rey Lot, auténtico heredero de Uter Pandragón. Si decides combatir, morirás, no lo dudes.

Ulf se retiró rápidamente hasta quedar fuera del alcance de la espada de Artor, pero su gesto era innecesario. Al rey supremo se le encendieron los ojos, como si se estuviera divirtiendo.

—Gruffydd, llévale mis condolencias al rey Lot e infórmale del contenido del mensaje de Glamdring Ironfist, dile que su hijo murió para que el padre ocupara mi lugar. Recuérdale al rey también que quienes confían en el honor de los sajones son unos estúpidos. Peor que estúpidos, porque son traidores a la causa celta. Dile al rey Lot que si ayuda o protege a cualquiera de los que estuvieron involucrados en la guerra que Ironfist tiene contra mí, los reyes celtas tomaremos como garantía su propia corona. Y que no olvidaré el ultraje cuando esté a sus puertas.

—No le va a gustar el mensaje —respondió Gruffydd con brusquedad, aunque bajo su barba entrecana asomaba una sonrisa.

—Puedes decirle también que no encontrará lugar para esconderse en todo el territorio y librarse de mi ira, si hacen algún daño a mi mensajero —Artor sonrió burlonamente—. Eso por si decide que no le gustas, amigo.

—Acepto agradecido tu generosa adenda, mi señor —confirmó Gruffydd—. Me gusta conservar la cabeza donde la tengo.

—Y si el rey Lot me recrimina que haya puesto a su hijo en peligro, o argumenta que hacer una propuesta de paz es signo de debilidad o estupidez, puedes recordarle al rey y a mi hermana que siempre me presionaron para que pusiera fin a este baño de sangre que supone el odio entre razas.

—Le recordaré gustoso sus viejas lealtades.

—Pero también debes decir a mi hermana que uno mi llanto al suyo por su hijo muerto. Gaheris era mejor hombre que yo y se habría convertido en líder, por su pureza de espíritu y claridad de mente. Todos los celtas nobles comparten con ella la pérdida del muchacho, porque todos los reinos quedan un poco huérfanos sin su gracia.

—Diré todo lo que sea necesario, mi rey. De ello no te quepa la menor duda.

—Claro que no, Gruffydd. Elige un escolta a la altura de las circunstancias. Presentarás todos los honores al rey Lot y a la reina Morcadés, sin tener en cuenta insultos o alianzas pasadas, porque son los padres de Gaheris, uno de los héroes de… —Artor se detuvo, buscando una respuesta en Ulf.

—Nos encontramos con los sajones en Y Gaer, mi señor.

—Uno de los héroes de Y Gaer. No permitiré que su nombre se olvide, ni olvidaré la infame cobardía de Glamdring Ironfist. Pagará cada gota de sangre inocente que vertió innecesariamente en aquel lugar maldito.

El rey supremo era un hombre para el que la idea de proteger al débil era algo

más que un lema. Gruffydd lo sabía y recordaba ahora lo que Artor se había esforzado por que su hijastra, Niniana, creciera en toda su plenitud.

Artor fijó sus ojos en Odin.

—Busca cobijo, cerveza y camastros limpios para estos buenos hombres. Hónralos lo que puedas, porque lo que han tenido que soportar ha sido una carga tremenda.

Odin salió a la carrera.

Volviéndose hacia Gruffydd y Targo, Artor siguió con sus órdenes.

—Gruffydd, tienes mi permiso para seguir con tu tarea, con toda mi gratitud. Targo, convoca a los capitanes para que me asistan en un consejo de guerra. Ironfist va a tener que hacer honor a su nombre, porque pienso atarle las manos a un torno y darle vueltas hasta dejarlo seco[1]. Así libraré a la tierra de este sajón. Ya hemos razonado bastante con él.

—Será un placer, Artor, un gran placer. Llevamos tres años sentados, tocándonos las narices —observó Targo maliciosamente.

A los cuatro días, cuando a había asado mucho tiempo desde que se quemaran los restos de los guerreros con maderas aromáticas para que sus almas se unieran con las de los héroes, se formó un consejo de guerra. La estancia que había en la parte más alta de Cadbury Tor estaba llena de soldados y jefes; los más importantes estaban sentados en sólidos bancos con una copa fenicia en la mano, cuando el día se iba rindiendo al anochecer.

Muchos de los presentes habían recorrido grandes distancias a caballo, pues habían tenido que desplazarse desde los remotos puestos de Rate, Venonae, Viroconium, Aquae Sulis o Venta Silurum. Los caballos llegaron extenuados y no menos los hombres, pues habían cabalgado sin parar siquiera a dormir o comer, a fin de atender a la convocatoria del rey supremo. Este tipo de reuniones podía hacerse gracias a que existía una compleja red de comunicaciones, pero la diligencia con que todos acudían a Cadbury era fruto de la lealtad y la obediencia de los jefes.

El palacio de Artor no tenía las pretensiones ni la rica ornamentación que engalanaban las salas oficiales de Uter Pandragón en Venta Belgarum. Al más puro estilo celta, el palacio era más largo que ancho y carecía de la habitual antesala, en la que visitantes o demandantes esperaban a que el rey decidiera recibirlos. Cerca de la puerta había unos sencillos bancos de madera reluciente convenientemente dispuestos para que descansaran los recién llegados.

El techo era muy elevado y estaba diseñado de forma que el humo de las chimeneas saliera por unos agujeros circulares practicados en el tejado, que a su vez tenían su propia cubierta para impedir que entrara en el edificio el frío, la lluvia o la nieve del invierno. Las paredes de madera quedaban suavizadas por extensos tapices

de lana, un lujo impresionante que enjoyaba la sala con reflejos de azul añil, rojo rubí y amarillo intenso. El enlosado del suelo no llamaba la atención, salvo por la figura de un dragón que recordaba el poder del emblema de Artor, el Dracos rojo. Hecho de cristal de mosaico, dicen que fue obra de Myrddion Merlín. Este dragón romano, cuyo origen estaba casi olvidado, se erguía orgulloso y exuberante justo delante de un pequeño estrado en el que descansaba una silla curul, desgastada ya por el uso.

Para la reunión el rey Artor había ordenado que retiraran el estrado y pusieran en su lugar una larga mesa con bancos. El rey supremo se sentó en un extremo y su consejero principal, Myrddion Merlín, en el otro. Todos los presentes eran iguales y gozaban de igual libertad para tomar la palabra y expresar sus opiniones. Sobre la mesa había copas de vino de un extraordinario cristal romano y enormes fuentes de dulces, fruta, fiambres y frutos secos, comida y bebida para tentar al más epicúreo de los paladares, aunque Artor y su consejero sólo tomaron agua fría. La luz que proporcionaban los apliques de la pared resultaba muy agradable y de la chimenea emanaba una suave y dulce fragancia, por el aceite con que habían sido rociados los troncos.

Cuando empezó el consejo, Ulf tuvo que volver a narrar cómo murieron los mensajeros de paz y sus escoltas, de acuerdo con lo que le habían instruido. Tenía el rostro sofocado de ira, pero consiguió reproducir la brutal historia con mayor confianza, si cabe.

—Me obligaron a presenciar aquellos insidiosos asesinatos sin posibilidad de respuesta armada. No descansaré hasta que, o bien haya acabado con diez sajones por cada uno de mis compañeros, o bien me muera. ¡Lo juro!

La seriedad de Ulf desencadenó una oleada de cólera e irritación en la abarrotada estancia. La paz es un escenario raro y adictivo y Artor había procurado tres años de relativa tranquilidad. El país estaba en proceso de reconstrucción tras años de dejadez y nadie que tuviera dos dedos de frente querría tirar por la borda los placeres que supone dormir en una cama confortable, tener una esposa complaciente y disfrutar de un estómago lleno para asumir la incertidumbre y los riesgos de la batalla.

Después de tres veranos de relativa tranquilidad, los campos, que en su día habían quedado en barbecho, ahogados entre las ortigas y la maleza, se desplegaban limpios y cultivados. En las aldeas, los pueblos y las fortalezas, tan desatendidas en su momento, se gozaba ahora de un tiempo precioso para hacer reparaciones, arreglar los cercados, recomponer los tejados y reponer las piedras que habían caído de los muros.

Mientras que algunos de los guerreros presentes no parecían muy dispuestos a entrar en combate, otros expresaban airadamente la rabia y la frustración que sentían al oír los insultos que les habían lanzado los sajones, sobre todo un tal Galván, de tez muy blanca. El príncipe valoraba orgulloso la valentía que había demostrado su hermano menor y se sentía un poco culpable por la prematura —si bien gloriosa— muerte del joven. En el código de Galván los que habían roto la tregua carecían de

honor, por haber asesinado a los emisarios de Artor de entrada, como si fueran bestias.

Los doce años de lucha habían transformado al príncipe Galván; había dejado de ser aquel muchacho desgarbado y entusiasta para convertirse en un hombre maduro, atractivo y apuesto. De mediana estatura, Galván tenía una complexión fuerte y poseía la gracia natural de los jinetes. El cabello rojizo, las pecas de sus mejillas y los ojos claros le conferían un aspecto infantil, que acentuaba su mirada franca y abierta. Había muchos que infravaloraban a Galván porque hablaba espontáneamente, sin morderse la lengua, y porque no escatimaba sonrisas, algo que impedía ver quizá la enorme agudeza instintiva del chico y la lealtad que profesaba por su tío.

Galván se guiaba por su libido, probablemente su mayor defecto. Las mujeres se sentían instintivamente atraídas por él y el príncipe adoraba al sexo femenino, sin importarle edad ni estado civil. No había mujer que se quejara de las atenciones recibidas, pero sí muchos maridos.

Sin embargo, ahora el príncipe estaba muy irritado y no quedaba en él rastro de su buen humor. Alguien tenía que pagar por la sangre de Gaheris, y Galván era consciente de haber apremiado a su hermano menor para que demostrara su lealtad al rey Artor. En ese tiempo Galván intentaba fastidiar y burlarse de la rigidez paterna. Pero ahora el sentimiento de culpa, unido a la ira que le invadía, le laceraba por dentro hasta el punto de que el príncipe estaba decidido a conseguir que los sajones occidentales quedaran borrados de la tierra.

Myrddion miraba imperturbable al grupo allí reunido, intentando evaluar el ánimo de cada uno de estos reyes llegados a Cadbury y de los emisarios de quienes no habían podido acudir en persona. Pausadamente se levantó y tomó el lugar de Ulf, para poder ver bien el rostro de los guerreros y reyes congregados en la sala.

Aunque Vortigern y su rubia Rowena hacía tiempo que habían muerto, nadie los había olvidado. Por eso Myrddion sintió que le correspondía narrar ante la asamblea los recuerdos de su niñez. Sólo Artor conocía todos los detalles de la historia que contó Myrddion. Sólo Artor conocía la falta de pudor con que Myrddion enmascaraba los hechos para manipular a estos hombres supersticiosos y reservados.

—Nací como hijo del diablo en Moridunum y me eduqué cerca de una pequeña ciudad que los romanos llamaban Segontium. Muchos de vosotros ya conocéis la historia de mi nacimiento, aunque muchas veces me pregunto si mi madre no se inventaría un relato tan raro y espeluznante para que nadie se atreviera a abandonarme en una colina al albur de los lobos. Baste decir que mi madre juraba que un demonio la había violado en la intimidad de su alcoba y que yo crecí con el sello del diablo como derecho inalienable —sonrió a los nobles que se sentaban alrededor de la mesa—. Pero no necesito seguir charlando aquí de historias que ya sabéis.

Los guerreros asintieron porque todo el mundo sabía que Myrddion Merlín era hijo de un diablo que se había apareado con una virginal princesa de Cymru.

Y ahora que Myrddion necesitaba de la conformidad de los presentes, empezó a jugar con sus prejuicios sin miramiento alguno.

—Ahora, dejadme que os cuente la historia de la torre que Vortigern estaba construyéndose en Dinas Emrys; el edificio se desplomaba una y otra vez, según lo iban levantando, y los brujos convencieron al rey de que los cimientos sólo se consolidarían si utilizaban la sangre de un hijo del diablo —Myrddion calló para dar mayor efecto a la narración.

Aunque muchos pudieran pensar que el relato de Myrddion no tenía nada que ver con el problema que los había reunido allí, todos lo escuchaban con la boca abierta. Hasta el niño más pequeño de la zona sabía que Myrddion había desaparecido de Dinas Emrys recurriendo a la brujería.

—No quería que me sacrificaran sólo para evitar que se resquebrajaran los cimientos de una fortaleza sajona.

Quienes lo escuchaban asintieron con la cabeza prudentemente, y Artor dejó escapar una sonrisa burlona tapándose la boca con la mano. Hasta Targo miraba a Myrddion con una extraña mezcla de respeto y reconocimiento y Artor seguía sorprendiéndose como el primer día de que el hombre más sabio y más poderoso del mundo valorara tanto el atractivo de la magia en un mundo sangriento y vulgar.

—Hasta el más tonto vería que las piedras de los cimientos estaban húmedas por las aguas subterráneas que rezumaba el terreno. Aunque yo apenas tenía once años, mantenía los ojos bien abiertos, así que les dije a los brujos y a su nefasto señor, Vortigern, que cavaran en un punto concreto de la zanja y que allí encontrarían un remanso de agua.

Todos los que escuchaban a Myrddion estaban cautivados. A la luz de las antorchas les brillaban los ojos imaginándose a aquel niño dar órdenes a un rey supremo, sobre todo a un señor que había enloquecido hasta el punto de invitar a los sajones a asentarse en tierras celtas. Recordaban que los primeros sajones llegados a Dyfed habían sido invitados por Vortigern.

—Vortigern te aceptó el consejo, imagino —dijo Targo con voz cansada—. Si no, no estarías aquí.

—Sí, Targo. Estuvieron cavando aquellos cimientos hasta que encontraron el foso de agua, como yo había predicho.

A Myrddion se le nubló la mirada, tanto, que Artor podría jurar que puso los ojos en blanco. Los guerreros dejaron escapar sonoramente su respiración y la atmósfera se hizo más fría y más densa.

—En el foso de agua había dos dragones que luchaban enroscados uno contra otro. Yo los veía perfectamente, aunque otros hombres, más sabios, repetían insistentemente que ellos no. Uno de los dragones era blanco como la escarcha y expulsaba un aliento gélido. Las garras eran curvadas cuchillas de hielo y con la cola generaba una tormenta de granizo y nieve.

Los asistentes se echaron hacia delante, hipnotizados por la bella y cautivadora

voz de Myrddion.

—El otro dragón era rojo y las placas de malla que cubrían su cuerpo estaban ardiendo. Le salía fuego por las fosas nasales y al más simple roce de sus pezuñas el agua comenzaba a hervir.

Calló para crear un efecto dramático.

—Los dragones saltaban uno sobre otro y el fuego chocaba con el hielo. Era una lucha terrible, porque el aliento del dragón blanco convertía en vapor las llamas del rojo. Pero si el dragón rojo agarraba con sus enormes garras a su enemigo, o si lo envolvía con su cola de hierro, el blanco se contraía, derretido por el calor. Una lucha terrible, sí, pero al final salió victorioso el dragón rojo y sólo quedaron en el fondo de la fosa los glaciales huesos blanquecinos para dar fe de que el dragón blanco verdaderamente existió. Entonces el dragón rojo de los celtas abrió sus alas y se elevó sobre la tierra, arrebatado por el corazón del viento. El blanco dragón de los sajones fue derrotado y Vortigern quedó sentenciado a perder la corona, y a muerte.

Los guerreros suspiraron embelesados, pero uno de los príncipes más jóvenes no parecía satisfecho y rompió su silencio.

—Y, Vortigern, ¿contempló esta batalla? ¿Por qué los brujos no trataron de ayudar al dragón blanco?

—No podían ver la batalla, sólo eran testigos del fango que se levantaba y del borboteo del agua. Yo me desmayé y muchos de los que estaban allí juraron que proclamaba profecías, pero no sé que grado de verdad encerraban esas evocaciones. Una cosa es clara: yo he vivido cuarenta años bajo el peso de esa profecía y sé que es cierta. El dragón rojo de nuestras tribus derrotará al dragón blanco de los sajones y someteremos a Glamdring Ironfist como el fuego extingue el hielo. No me atrevo a prometer que Venceremos siempre al dragón del norte, pero mientras el Dragón Rojo de Artor vuele alto, triunfaremos. Lucharemos hasta que esta atribulada tierra se convierta en una dársena de paz. Lo juro, así será mientras los corazones de los celtas se mantengan leales y mientras el rey supremo siga levantándose frente al asesinato y la barbarie. Venceremos y derrotaremos a los sajones occidentales de Dyfed, ese legado envenenado que nos dejó a los celtas el rey Vortigern.

Todas las miradas se volvieron sobre Artor que se puso de pie con fría formalidad, las manos en la empuñadura de la espada y la cabeza inclinada, como si estuviera rezando. Lentamente, muy poco a poco, levantó la vista y hasta los más aguerridos guerreros, aliados suyos, temblaron al ver la ira que revelaba su rostro iracundo. Esta vez no tenía los ojos entreabiertos, como habitualmente. Los nobles aseguraban después que vieron fuego ardiendo en lo más profundo de sus pupilas grises, como si aquellos dragones de hielo y fuego siguieran combatiendo en ellos.

Y quizá lo estuvieran haciendo.

—Este rey supremo no tolerará el asesinato de unos embajadores que portaban una bandera de paz. Artor no se verá satisfecho hasta que muera hasta el último sajón que habite al oeste de la gran cadena montañosa, o sea devuelto al mar del que

surgieron. Tenéis la palabra, hombres occidentales, porque ha llegado la hora de medir nuestro ánimo y nuestro valor. Hasta ahora los sajones han venido a nosotros, batiendo nuestras defensas y buscando nuestros puntos flacos, pero siempre hemos conseguido hacerlos retroceder.

En la sala se oyeron fuertes gritos de asentimiento.

—Ahora tenemos que arriesgar todo lo que más queremos. Debemos luchar contra un hombre que lidera un país yermo y cruel, hasta el punto de que sus fuerzas han resistido todos los envites llevados a cabo por Llanwith pen Bryn y antes, los de su padre.

Se hizo el silencio y ahí Artor pudo percibir la duda que embargaba a los reyes allí convocados, la mirada en el suelo, volviendo los ojos disimuladamente a un lado y a otro para observar a los demás.

—Ulf, ¿qué dijo Gaheris a Glamdring Ironfist cuando supo que iba a morir?

Ulf miró abiertamente a Artor.

—Le dijo que los sajones nunca aprenderían, y que nunca cambiarán. Entonces fue cuando Ironfist le arrancó la cabeza.

Artor se volvió hacia sus convocados.

—¿Acaso no es verdad? ¿Es que el joven príncipe percibió claramente alguna debilidad en los sajones? ¡Está claro! No aprenden y no van a cambiar nunca sus bárbaras costumbres. Destruyen las guarniciones construidas por los romanos para erigir sus propias empalizadas de madera. Reducen a escombros las torres de piedra. Matan caballos sólo para aprovechar la carne. ¡Y no van a cambiar!

Pronunció cada una de las palabras con tono medido y claridad diáfana, para que cada uno de los reunidos pudiera valorar bien el peso del mensaje que les había legado Gaheris.

Al final se hicieron más audibles los murmullos de asentimiento. No es que Artor pudiera distinguir lo que decían, pese a su agudeza de oído, pero estaba claro que en la asamblea iba surgiendo un cierto nivel de acuerdo.

Keu, el hermanastro que trabajaba al servicio de Artor en Cadbury Tor, al ver que la asamblea titubeaba, incómoda ante la decisión del rey supremo, se puso en pie calmadamente. Con un leve movimiento indicó a los sirvientes que rellenaran las copas y retiraran las bandejas vacías. Sus inteligentes ojos negros habían captado el grado de determinación de su hermano.

«¡Iremos a la guerra! ¡Bien!», pensó Keu enardecido ante la idea, pero no permitió que su rostro mostrara ni por asomo su ansiosa expectación. Keu estaba harto de paz y aburrido de contar jamones, las armas que tenía Artor y de revisar las recaudaciones de impuestos del rey. Los hombres como Keu sólo se encuentran a gusto y en paz en medio del combate, cuando tienen delante la violencia que reclaman.

—Todas las razas nacen con un mismo nivel de valentía —insistía Artor—. Y la valentía es un recurso que puede utilizarse o malgastarse. No olvidéis nunca que los

sajones son tan valientes como nosotros.

Quienes le escuchaban se removieron nerviosos en sus asientos.

—Muchos de los sajones occidentales han nacido en estas islas, lo mismo que nuestros antepasados. Ironfist es tan británico como mi hermanastro, Keu, que está aquí con vosotros. Y Keu, por mucha sangre romana que tenga, sigue siendo un británico noble y orgulloso.

Por la asamblea cruzaron algunas risitas de burla. Aunque Keu gozaba de cierto respeto en tanto que servidor del rey, su arrogancia y su orgullo le granjeaban pocos amigos y muchos de los presentes sabían que Artor y Keu mantenían unas relaciones tirantes.

No es fácil obtener el respeto entre guerreros, es de hecho una recompensa que se gana a pulso. Keu había demostrado su valentía una y otra vez, igual que había dado muestras de su pericia táctica y como líder. Pero no gustaba a casi nadie porque había algo en Keu ligeramente repulsivo. Tenía la boca demasiado grande y demasiado suelta; los ojos le brillaban de forma inquietante y se comportaba con un punto de cortesía excesiva que le hacía desagradable. Dicen que el príncipe Galván había observado en público que hombres así, o los tienes a tus pies, o te saltan al cuello y lo más probable es que, si se les pidiera opinión, la mayoría de los jefes de Artor estuviera de acuerdo con esta percepción.

Keu se ruborizó. Sabía bien lo que sus pares pensaban de él. Se daba cuenta del recelo que levantaba entre ellos, pese a haber servido al rey supremo con manifiesta gallardía durante doce años.

En su interior lo que más deseaba es que desapareciera el rubor de sus mejillas. Odiaba a esos petulantes aprendices de nobles y su visión tan simple y básica de la vida.

Como si estuviera leyéndole el pensamiento a su hermanastro, Artor lanzó una sonrisa para infundir esperanza.

—No, Ironfist y sus guerreros no son distintos de nuestros antepasados —siguió diciendo—. No son distintos, salvo en que no quieren aprender de sus errores. Sus padres vivían y construían de una determinada forma, y así lo siguen haciendo los sajones de hoy en día. Sus abuelos luchaban y morían de acuerdo con unas ideas, y lo mismo hacen los sajones de hoy en día. Pero, poco a poco, los sajones tendrán que aceptar ideas de otras razas, lo mismo que los celtas tuvimos que aceptar cambios en nuestras actitudes y nuestras vidas. Se nos dieron los conocimientos romanos y los utilizamos después para mejorar. Y ahora mantenemos sus calzadas y reconocemos la solidez de sus fortalezas. Y hemos aprendido a usar el caballo para mantener el poder militar. En este momento, en este efímero y singular momento, todavía tenemos cierta ventaja sobre nuestros enemigos. Que los dioses nos asistan, si desaprovechamos nuestra superioridad por ineptitud o mojigatería.

Targo se enardeció, orgulloso de oír a su líder. Artor había recurrido a la autoridad para imponer su mensaje a los hombres más importantes. Las mejores mentes del

consejo asentían ahora a las palabras del rey.

—Cuando caiga Ironfist, los sajones del este se verán obligados a detener su avance. Se asentarán en el este y echarán raíces en nuestro territorio. Se casarán con mujeres celtas y cambiarán su modo de vida, hasta que llegue el día en que todas las razas que habiten estas tierras estén preparadas para llamarse hermanas. Pero ese día aún no ha llegado. Ni nosotros lo veremos —Artor observó con atención el rostro absorto de sus nobles—. Entonces, ¿dejamos que la agresión de Glamdring quede sin respuesta? ¿Nos escondemos en nuestras fortalezas hasta que Ironfist y el rey Lot salten en tropel, devasten nuestros campos y violen a nuestras mujeres? ¿Somos ya tan ancianos que aceptamos sin más sus rudos insultos?

—¡No! ¡No! ¡No! —rugió la sala.

«¡Estúpidos! —pensó Keu despectivamente—. Artor os manipula a voluntad.»

—Aunque todos votarais por la paz, tengo la firme intención de luchar contra Ironfist, aunque haya de hacerlo solo. Decidid cada uno lo que creáis oportuno, pero decidíos pronto, porque salgo esta semana, aunque me espere la muerte.

Artor abandonó la sala a grandes zancadas, mientras los nobles y guerreros allí reunidos inclinaban su cabeza ante él. El rey supremo mantuvo los ojos firmes, al frente, pero su mirada estaba puesta en el norte.

Y los ojos del tiburón se mostraban implacables.

Keu se restregó las manos en la túnica para quitarse el sudor que le había sobrevenido de pronto y salió detrás de su hermanastro dando las mismas zancadas. De sus encarnados labios asomaba una leve sonrisa de satisfacción.

Uno a uno fueron ausentándose los incondicionales, nobles y vasallos, y el mensaje se propagó por Cadbury y por las aldeas como fuego griego.

—Entramos en guerra.

CAPÍTULO II

EL HIJO PERDIDO

ALGÚN DÍA LA antigua calzada romana se llamaría Fosse Way, nombre cotidiano y reconfortante para una vía que fue pensada para el derramamiento de sangre. La calzada, que se construyó para facilitar el movimiento de hombres armados, se abría al paso de la caballería de Artor ancha y recta atravesando los cerros cubiertos de tojos que conducían a Aquae Sulis. El invierno aún se aferraba al terreno, aunque la nieve ya había desaparecido, prometiendo un pronto deshielo primaveral y vientos más cálidos. Los desnudos álamos temblones elevaban sus ramas esqueléticas sobre la tierra pelada y los animales, de espaldas al viento, pastaban en lugares en que la hierba del pasado otoño mecía al viento hojas pardas y marchitas al abrigo de las suaves colinas.

En orden disciplinado la caballería había salido de Cadbury Tor en dirección al norte y había acampado en el punto más alto de la calzada romana, donde estaban las luminarias encendidas. Mientras los guerreros maneaban las caballerías y levantaban sencillas tiendas de cuero, se veía la luz de pequeñas fogatas dispersas por el terreno, como luciérnagas agrupadas alrededor de una llama mayor y resplandeciente. Al crepúsculo se oía el tintineo metálico de los caballos, que iban de acá para allá buscando hierba fresca bajo los árboles. Durante toda la noche, guiados por las balizas de fuego, los jinetes fueron uniéndose a la fuerza principal en pequeños grupos.

Dos días después, cuando Artor sacó a su ejército del campamento a lomos del viejo Carbón, su caballo favorito, lo hizo con sombría disposición. Salvo por el símbolo del dragón que lucía en su escudo y en el peto, iba cuidadosamente ataviado del más oscuro tono negro. Al ver pasar al ejército, los campesinos miraban fijamente al rey y a los guerreros compuestos de la misma guisa, buscando en cada rostro la tristeza de un entierro. Pero buscaban en vano. Más que luto, el lúgubre atuendo de las tropas representaba la indumentaria de la muerte inminente, de manera que bajo las capuchas y los cascos teñidos de oscuro, el rostro de los guerreros parecía el de los apestados, de palidez espectral. Hasta el sol de la tarde lucía una palidez ósea, como si supiera que sólo renovaría su vigor con la sangre de la multitud, a la espera de meses más cálidos.

La caravana con la impedimenta era pequeña, teniendo en cuenta que se trataba

de una fuerza de varios cientos de hombres; la cuadrilla más larga la formaban quienes se hacían cargo de los caballos, porque guiaban una cuerda de monturas de repuesto que seguían la estela de los jinetes vestidos de oscuro. Detrás venía un contingente cada vez mayor de infantería y arqueros llegados de Ratae y Venonae, que se fue uniendo a la fuerza que tiraba de los demás hacia el norte, sin pretensión alguna de ocultar sus movimientos.

—Quiero que Ironfist esté advertido de que vengo a por él —ordenó Artor a sus capitanes—. Y si por sus venas corre sangre humana, empezará a sudar por todas sus bravuconadas. Le haremos esperar, que se le disparen los nervios, hasta que acampemos en su territorio. Ironfist hizo sufrir a nuestros emisarios, así que a él le haremos lo mismo. La imaginación juega malas pasadas hasta al más valiente y cuando llegue a su territorio, Ironfist sabrá que pretendo cobrarme una justa venganza. Cuando entremos en tierras sajonas nos pintaremos la cara como hacían los antiguos pictos. Y una vez que nos encontremos con Ironfist y sus guerreros cara a cara, cada hombre llevará bajo la visera la marca de una calavera. Quiero que entienda, irrevocablemente, que se enfrenta al ejército de los muertos.

Parte de los capitanes de Artor se sintieron desconcertados ante el plan de pintarse la cara con arcilla blanca y añil. «¿Es que Artor admite la posibilidad de que fracasemos sin haber asestado siquiera un primer golpe?», comentaban algunos soldados a la luz de sus fogatas.

Pero Myrddion fue de hoguera en hoguera explicándoles que los sajones eran muy supersticiosos. Tenían que sufrir antes de recibir merecido castigo por sus asesinatos.

—Vuestro rey quiere que nuestros guerreros se hagan pasar por las almas de los hombres que mató Ironfist —dijo—. Y así supone que los sajones creerán estar viendo a esas víctimas inocentes, que regresan, multiplicadas por cientos. Es mejor que sea Ironfist quien tenga miedo y no nosotros, porque nosotros somos portadores de muerte y segadores de miedos.

Dijera lo que dijera, Myrddion siempre resultaba convincente hasta para el más supersticioso de los hombres; de ahí que los veteranos empezaran a pensar que disfrazarse iba a ser una buena ocurrencia y adecuado tributo a sus embajadores asesinados.

Cuando el ejército, cada vez más nutrido, se aproximó a las afueras de la antigua Aquae Sulis, la población los recibió con manifiesto entusiasmo. A la orilla del río, se extendían amplias praderas abiertas, que ofrecían agua y comida para las monturas y los animales de carga. Artor y sus capitanes siguieron a caballo, por vías cada vez más anchas hasta que llegaron a las originales murallas romanas que rodeaban el corazón administrativo de la ciudad. Allí los esperaban el magistrado jefe y los consejeros municipales.

El rey supremo fue recibido con la debida pompa y ceremonia, pues ni Artor ni los dignatarios locales pretendían ahorrarse ni un mínimo de la normal cortesía. De

hecho, el magistrado jefe, al que habían despertado de la siesta para anunciarle la llegada del rey, expresó su satisfacción por el honor que Artor le dispensaba, ofreciendo sus respetos a los patriarcas de la ciudad, antes de asentar el campamento. Estos pequeños detalles, Artor lo sabía, eran esenciales para consolidar una férrea alianza con sus súbditos.

—Le doy la bienvenida, señor —expresó solemnemente el magistrado, Drusus—. La ciudad es vuestra; haced lo que os plazca —se inclinó en una reverencia ostensible, pero no servil.

—Como siempre, es un placer descansar en Aquae Sulis, que tantos recuerdos me trae de mi juventud —respondió Artor, abrazando al romano-celta—. Mi hermano Keu os pedirá colaboración para aprovisionar mis tropas.

—De acuerdo, su majestad —Drusus sonrió, sabiendo que las arcas que Artor dedicaba a la guerra estaban siempre repletas y que el rey nunca discutía detalles de pago—. Ordenaré a nuestros escribas que se dispongan a recibir instrucciones del señor Keu.

—Mi comisario estará muy ocupado hasta llegada la noche —dijo Keu inclinándose ceremoniosamente—. Mi agradecimiento a los ciudadanos de Aquae Sulis por la ayuda que siempre han prestado generosamente a los sirvientes del señor Artor.

El magistrado enrojeció al oír las bellas palabras de Keu, y Artor sonrió con un punto de humor sardónico, viendo que al fin, Keu estaba aprendiendo a comprender el valor del halago. Las sonrisas de su hermanastro valían mil veces más que sus berrinches, y la verdad es que era un estupendo colaborador.

Terminadas las cortesías de rigor, Artor y sus capitanes montaron en sus cabalgaduras y regresaron a reunirse con sus soldados, atravesando las adoquinadas calles sobre las que caía la hora del crepúsculo. Las mujeres se inclinaban a su paso, mientras que los niños y los jóvenes iban corriendo en paralelo a los caballos, vitoreándoles y chillando como locos, pero la bienvenida no fue tan cálida como la que recibían en las ciudades celtas. El rey lo comprendía. La gente de Aquae Sulis tenía mentalidad romana y aunque Artor se había educado en las antiguas tradiciones, para ellos siempre sería un cordial extranjero, bastaba con fijarse en su cabello pelirrojo y su enorme estatura. Por eso apreciaba tanto esas cabezas inclinadas de los ciudadanos, porque para él tales muestras de respeto valían más que cualquier otra abultada distinción que pudieran ofrecerle en tribus más inestables. Artor sabía que la Bretaña romana nunca le fallaría.

«Aquae Sulis, reina de las ciudades», pensó Artor cuando desmontó y miró para atrás al camino por donde habían venido.

Situada en uno de los márgenes de la antigua calzada romana, Aquae Sulis lucía exuberante, con su enorme variedad de colores pastel, iluminados por el sol de la tarde. Sobre el suave terreno de bajas tierras fértiles, la ciudad brillaba con sus antiguas canterías, sus surtidores de agua y sus paredes pintadas como queriendo dar

vida al arcoíris. Los delicados mosaicos del suelo, cuyas teselas intercalaban delfines, criaturas marinas y deslumbrantes peces, seducían a los celtas que nunca habían contemplado las maravillas de una ciudad romana, ni habían sentido las delicias de sus baños. Los complejos rituales de higiene, que muchos celtas habían adoptado ya en tiempos de la conquista romana, para los novicios suponían el más sibarita de los placeres.

Los guerreros celtas no eran excesivamente limpios por tradición. Bretaña era un país frío para la mayoría, y en ausencia del calor, a veces el tiempo resultaba húmedo y con los olores contaminantes de Roma. Pero los invasores romanos eran muy celosos de su higiene personal, de ahí que todos los ciudadanos del lugar pudieran ahora beneficiarse de los baños públicos. Con los aceites que quitaban la mugre más arraigada, el agua caliente para abrir los poros de la piel y el agua fría para cerrarlos, hombres y mujeres convertían la limpieza en una majestuosa experiencia. Fueran donde fueran los romanos, en todas partes incorporaban esta idea del baño público, junto con la de los suelos radiantes, que surgieron a partir del calidarium. Por eso ciudades romanas como Aquae Sulis, en las que abundaban los manantiales minerales, se convirtieron en prósperos centros de sofisticación.

Los hombres pudieron gozar de los placeres de Aquae Sulis sólo porque Artor decidió que descansaran durante veinticuatro horas, básicamente para reponer provisiones. En realidad, Artor quería hacer una breve visita de cortesía a Antor, su padrastro, en Villa Poppinidii, donde había tenido en su día una vida tan agradable y placentera. Además, lo más íntimo de su ser le exigía volver a ver el dulce rostro de Licia, su preciosa hija, a la que estaba educando Antor. La niña no conocía los nobles lazos que les unían, porque Artor había preferido, no sin dolor, renunciar a su hija para protegerla. Gareth, el bisnieto mayor de Frith, era su fiel guardián bajo juramento y sólo los más íntimos, los que habían conocido a la primera mujer del rey, estaban al tanto de su más oculto y mejor guardado secreto.

Artor no tenía más que cerrar los ojos para que se le aparecieran los rostros de la anciana y querida Frith y de su preciosa Gallia, cada vez más débiles y borrosos con el paso de los años. Frith había cumplido el juramento que había hecho a su amado señor, el muchacho Artorex, y murió protegiendo a su esposa, embarazada ya de muchos meses. ¡Cuánto las añoraba! La cólera contra su padre, Uter Pandragón, desaparecido años atrás, que había exigido sus muertes, emergió de entre los recuerdos reprimidos de Artor, con el mismo ardor que sintió entonces, cuando todavía vivía el viejo monstruo.

Por eso después de instruir a sus capitanes sobre el comportamiento que debían mantener los guerreros mientras descansaban en Aquae Sulis, Artor salió del campamento en compañía de Keu v Targo. El rey supremo dejó claro que cualquier infracción disciplinaria cometida por los guerreros sería castigada con la máxima severidad. Artor siempre insistía en que había que tratar respetuosamente a las ciudades, pueblos y aldeas amigas. Y sus guerreros sabían que no podían caer en los

pasatiempos habituales de un soldado, violar a las mujeres, robar o emborracharse violentamente. El rey era realista y sabía que en cuanto los dejaran, los jóvenes se irían a buscar prostitutas y a beber, pero cualquier disturbio de orden público era castigado severamente y sin dilación alguna. Artor siempre pagaba en oro rojo por los daños ocasionados y por eso las ciudades occidentales siempre aplaudían su llegada.

No todos pueden ser profeta en su tierra, o eso es lo que la Biblia cristiana le había advertido a Artor. Aunque Aquae Sulis se sentía plenamente orgullosa de que uno de sus hijos hubiera prosperado tanto, y los jóvenes de la ciudad estaban prestos a servir entre sus tropas, todos los ciudadanos que conocieron al joven Artorex, o habían muerto, o eran ancianos, o estaban al servicio del rey supremo en Cadbury Tor. En todo caso, quienes podían hablar de su juventud con conocimiento de causa, personas como Antor, Julanna o los sirvientes de Villa Poppinidii, nunca traicionarían al niño que fue y al hombre al que seguían adorando.

Al caer la tarde, en medio de una suave brisa, cuando de la penumbra surgió ante ellos la serpenteante y prolongada carretera que conducía a Villa Poppinidii, Artor se sintió extrañamente desplazado en el tiempo. En alguna ocasión, hace muchos años, había esperado con expectación la llegada de los tres viajeros que de manera tan inesperada habían cambiado su vida; los vio venir cabalgando por esa misma senda llena de socavones en sus irregulares visitas.

Myrddion Merlín, Llanwith pen Bryn y Luka, el más alto consejero de Uter y dos de sus nobles, llegaron sin avisar a Villa Poppinidii cuando Artor tenía doce años. El rey supremo suspiró. Esos tres hombres habían cambiado su vida, lo habían preparado para que se volviera un arma con la que atacar a los bárbaros y le habían separado de todo lo que conocía y de lo que más amaba. ¿Les había importado alguna vez como ser humano, hombre de carne y hueso que siente y que padece? ¿O lo que habían buscado esos tres viajeros no era más que su linaje, su fuerza física y su potencial como rey?

A base de darle vueltas, Artor concluyó que los tres viajeros sabían muy bien lo que querían hacer con él y lo dispuesto que estaban a pagar el precio que hiciera falta. Él representaba la prueba más tangible de que aún cabía esperanza en el corazón celta y que occidente no tenía por qué caer arrasado tras las incursiones de los sanguinarios sajones.

Ahora visitaba la villa con su propia misión de esperanza.

Cuando el grupo llegó ante las verjas de la villa, vieron que una joven alta y de cabello ámbar corría hasta la puerta de la casa para avisar de que llegaban los visitantes.

«Ésa debe de ser Licia», pensó Artorex para sus adentros, sorprendido por lo que había crecido desde la última vez que la vio.

Antor se acercó a la puerta, arrastrando los pies, seguido de unos sirvientes que se inclinaron tanto para hacer la reverencia de cortesía que casi tocaron el suelo con la cabeza. Antor intentó arrodillarse, pero el esfuerzo por doblar las piernas que tenía

tan hinchadas le provocó una aguda punzada de dolor. Tenía sus antiguos ojos azules velados por las cataratas y las lágrimas, que le brotaron nada más ver a Keu, su hijo, en compañía del rey.

Artor desmontó y agarrando la mano del anciano la acercó a su pecho.

—No necesitas agacharte ante mí, padre. Nunca deberías estar de rodillas. No quiero que te sometas a estos hueros gestos.

—Para mí no son hueros —contestó Antor con sencillez, manteniendo la cabeza bien alta—. Soy celta y tú eres mi rey.

Un rubor ardiente le surgió a Artor en la garganta hasta que le llegó a las mejillas. Sin quererlo, había ofendido al orgulloso anciano y se sentía hondamente avergonzado por su falta de elegancia. Los reyes tienen que aprender a ser afables sin titubear, una costumbre que Artor había adoptado con demasiada ligereza.

—Por todos los dioses, Artor, estás sonrojándote —exclamó Antor—. ¿Quién me iba a decir que todavía te ruborizas como cualquier joven imberbe?

Al instante, Artor sintió que volvía a los dieciséis años, ignorante y retraído.

Como siempre, Targo suavizó lo embarazoso del momento, saludando a Antor con una palmada en el hombro, olvidándose completamente de que en su día había estado al servicio en esa casa.

—El muchacho nunca se sentirá rey en Villa Poppinidii, señor Antor. Le conociste cuando era un pequeño zoquete, en los huesos, siempre pensando en las musarañas y con la túnica sucia.

—Entonces Licia tiene a quien salir, porque tiene el mismo aspecto, aunque es la cosa más dulce del mundo —expresó Antor lanzando un profundo suspiro—. Y Keu, hijo mío. No sabes lo orgulloso que estoy de que acompañes al rey supremo y de que seas su ayudante. Ven que te abrace, pequeño.

Keu envolvió a su padre en sus enormes brazos. El ordinario rostro del joven no podía ocultar su satisfacción, al escuchar complacido el elogio inmerecido del padre.

Keu fue el tercero al que Antor abrazó y el último al que saludó. Sólo Targo se percató del ligero brillo de resentimiento que revelaban sus ojos. Y no culpaba a Keu por ese gesto de celos, porque debe de ser muy difícil pasar a un segundo plano a ojos de un padre por causa de alguien a quien tanto despreció durante su juventud. Entre Antor y su único hijo ya siempre se interpondría una sombra, hasta la muerte, la sombra de Lady Livinia, asesinada por Keu en un arrebato de ira y frustración.

¡Hace tanto tiempo!

Targo había oído hablar a los habitantes de cuando el joven señor cabalgaba por aquellos parajes con el fallecido Severinus y sus amigos. La mirada baja de aquellos sencillos agricultores resultaba insufrible. ¡Asesinos de niños! ¡Pederastas! Las acusaciones habían teñido el aire de ácido, como habrían notado los aristocráticos jinetes si hubieran reparado en aquellos hombres que los observaban con odio y repulsión.

Una terrible noche Keu había intentado matar a patadas a su mujer, que estaba

embarazada, y la amenazó con una espada, pero por error mató a su madre. Targo estuvo presente cuando Artor y los tres viajeros amenazaron a Keu, con enorme dolor, para que explicara lo que había hecho.

Y lo hizo.

El anciano Targo ya había vivido lo suficiente como para tener que morderse la lengua o entretenerse en perogrulladas. En Villa Severinii se habían deshecho de los cuerpos de siete niños, torturados y asesinados por una perniciosa red de pederastas. Keu juraba que él había sido una de las víctimas, y que había sufrido el terror del chantaje. Pero Targo nunca se lo creyó del todo, porque veía la violencia con que Keu siempre trataba a los criados y a los caballos.

Sin embargo, Targo también sabía que a lo largo de los años Keu había demostrado su entereza en la batalla una y mil veces y el anciano estaba dispuesto a matar el gusano de la duda que le remordía tan inquietantemente en la conciencia.

—Te encuentro tan saludable como siempre, padre —expresó Keu con una sonrisa—. Por ti parece que no pasan los años, no como para los demás —y en actitud protectora y posesiva, cogió entre sus manos la enorme zarpa del padre, teñida ya por las inconfundibles manchas de la vejez.

Con el afecto surgido durante los muchos años que Artor había vivido y trabajado bajo su techo, Antor examinó con todo detalle a su rey. Las once batallas, esos doce años, se habían asentado suavemente en los treinta y siete años de Artor. Seguía teniendo el mismo pelo ondulado y de un ámbar dorado y el mismo porte bello y robusto; sólo las arrugas que enmarcaban su mirada delataban los muchos años pasados sobre la silla. Artor era hasta demasiado bello para ser hombre y por eso Antor lo quería doblemente, porque la jovialidad del joven le traía recuerdos de viejos tiempos y querencias perdidas.

En comparación, Keu había engordado. Estaba absolutamente en forma, porque valoraba mucho la destreza guerrera y en Cadbury se entrenaba con regularidad, pero poco a poco su cuerpo se había ido recubriendo de una capa de grasa. Tenía la cara más ordinaria, con grandes poros abiertos, sobre todo al filo de su aristocrática nariz. Mostraba una tez rubicunda, no como signo de buena salud, sino por sus accesos de ira y Antor se sintió algo preocupado, al ver el aspecto de su hijo. Pero la sonrisa de Keu, la blancura de sus dientes y sus ojos claros le resultaban tranquilizadores. Quizá por eso Antor no se fijó en el revelador abatimiento que ennegreció la expresión de su hijo al ver a su esposa Julanna en el umbral. De inmediato, la mujer desapareció entre las sombras.

Encantado con la visita, Antor hizo un claro gesto con la mano para apartar de su mente emociones tan delatoras.

—¡Pasad, pasad! ¡Amigos y parientes! Villa Poppinidii no es como esos palacios reales que visitáis, pero al menos podemos ofreceros una buena comida y una cama confortable. Julanna se encargará de que os encontréis a gusto mientras charlamos.

Al entrar, Artor se imaginó que allí estaba Frith, sonriéndole desde las sombras a

la entrada de la cocina. Y por allí venía Gallia, con esa brillante mirada que hacía imperceptible su fragilidad. Y Livinia la Mayor, levantando los ojos del telar con su habitual gracia y elegancia.

Todas estas personas maravillosas hacía tiempo que habían muerto. Perdidas sólo para dejar constancia del paso del tiempo.

Sintió que su cuerpo se estremecía de tristeza al reconocer aquellos lugares familiares que albergaban los recuerdos agridulces de su juventud.

Antor se dio cuenta y agarró la mano de Artor, curtida por la espada.

—También yo los veo a menudo, Artor —dijo en voz baja—. Me consuelan mientras espero a reencontrarme con ellos. No tengo miedo a la muerte, porque su amor sigue envolviéndonos.

Entonces, de repente, Artor quedó embargado de un olor a flores y a dulces fragancias que le hicieron evocar aquellas manos invisibles que le habían acariciado y consolado tanto. Se le llenaron los ojos de lágrimas que no llegaron a caer, porque se las secó al instante, mientras los demás se ocupaban en saludar a Julanna.

La pequeña Livinia la Menor, de casi catorce años, estaba de pie justo detrás de su madre. Incapaz de articular palabra, mantenía sus oscuros ojos abiertos de par en par, fascinados ante visitantes tan altos y notorios.

Artor le sonrió. Le guiñó un ojo y la niña lanzó una risita.

Abrazó a Julanna y la felicitó por tener una hija tan guapa. Julanna tenía formas redondeadas y una piel angelical. Seguía siendo una mujer hermosa; aquella niña temerosa de ayer se había convertido en toda una matrona romana.

—¿Estás bien, esposa? —preguntó Keu.

—Sí, querido, y ya ves lo bien que está la pequeña Elynn.

La segunda hija de Julanna, Gallia la Menor, se chupaba el dedo, escondida detrás de las faldas de su niñera. Keu la abrazó y la niña aceptó el gesto con notable indiferencia. La niñera trajo a Elynn, que tenía ese nombre por la madre de Antor, para que saludara a su padre.

La pequeña de dos años se retorcía sonriendo en brazos de la niñera y Keu acarició su suave cabecita.

Ejerciendo siempre de mujer perfecta, Julanna tenía la mirada fija en su marido, con una amable sonrisa cómplice. Artor se preguntaba si aquello era fruto de su imaginación, pero para él los enormes ojos asustadizos de la esposa revelaban recelo y prevención.

—¡Bienvenido, papá! —dijo Livinia la Menor con voz temblorosa, plantándole un beso húmedo y nervioso en la mejilla. La niña estaba como un cervatillo tembloroso, porque apenas conocía a su padre y cuando la abrazó se estremeció.

Los criados, unos conocidos y otros nuevos, condujeron a Artor a las mejores habitaciones de la casa, mientras Keu colocaba el equipaje en sus propias dependencias. A esas horas se dispersaban por el atrium los olores aromatizados de la cena y Artor recordaba aquellas veces en que le había tocado servir con sus propias

manos a los tres viajeros. El tiempo lo trasladó a los días en que no era más que un joven ignorante, y gran parte de su ser lamentaba haber accedido al poder supremo con las obligaciones que ello implicaba.

Artor, Keu y Targo se reunieron después de vestirse para bajar al pequeño festín que estaba previsto para la velada. Targo quiso excusarse por no ser digno de comer con sus «superiores», pero Antor rebatió todas las consideraciones ofrecidas por el mercenario. Cuando la familia se acomodó para comer era como si Livinia la Mayor siguiera viva y estuviera presente allí con ellos. A Livinia la Menor le dieron permiso para quedarse levantada más tarde de lo normal por ser un día especial, con lo que pudo saborear el delicado jamón ahumado, los huevos rellenos a la miel, la langosta fresca y las tripas de oveja rellenas de anguila escarchada y huevos de chorlito. Artor habría preferido un sencillo ágape, pero entendía que la villa estaba ofreciéndoles lo mejor que tenían para agasajar al rey supremo.

Pero de Licia, ni rastro.

Julanna pareció estar leyendo la mente de Artor.

—La doncella de Licia está intentando lavar a esa granuja. Se pasa la vida por el campo o en el bosque y nunca consigue tener un vestido limpio o que no esté hecho jirones. Gareth la hará venir en un momento.

—¿Qué tal le va a Gareth? —preguntó Artor.

—Ha pasado a ser mi ayudante —contestó Antor muy jovial—. Y no quiero ni imaginar cómo iba a funcionar esta villa sin él. El esquelético mozo de cuadra se ha convertido en un joven formidable.

Antor acababa apenas de pronunciar estas palabras cuando entró Gareth, seguido por una niña recién peinada y acicalada pisándole los talones, que se mostraba incómoda con tanto aderezo.

Artor inclinó la cabeza para saludar a Gareth, una muestra de respeto que el sirviente se merecía, después de tantos años de haberle protegido. De niño, y como era nieto de Frith, a la que Artor quería como a una madre, Gareth había cometido un asesinato en Villa Poppinidii para proteger a Licia del ataque que Uter Pandragón había encargado a su guardia. Artor todavía podía ver el perfil de Gareth aquel día.

Tenía el pelo rubio platino, bastante largo, la piel dorada, y los ojos marinos que identificaban su sangre extranjera. Todos esos años de linaje bárbaro los habían pagado con creces Gareth y su abuela Frith con vidas enteras de servicio y lealtad al rey supremo.

Lo cierto era que Licia había crecido. El pelo oscuro que tenía de pequeña se le había aclarado a un tono miel ambarino, que contrastaba vivamente con sus ojos castaño oscuro. Desde algunos ángulos, sobre todo a la luz de la antorcha del comedor, parecía que tenía en los ojos motas verdes. Con una sonrisa de disgusto Artor comprobó que tenía costras de sangre en las dos rodillas y los típicos rasguños que suelen tener los niños arriesgados al rozarse con ramas de brezo y arbustos.

—Licia —dijo Antor tendiéndole la mano—. Este señor es el rey Artor, y de

pequeño se crió aquí, en esta misma casa. Es el rey supremo de todos los británicos, así que salúdale con una reverencia, hija.

Licia hizo una inclinación con gracia, elevando los ojos para ver el rostro de Artor tras las densas y oscuras pestañas que dotaban a sus ojos de un especial atractivo.

—Señor —dijo—, ¿es verdad eso de que te criaste aquí en Villa Poppinidii?

Artor se arrodilló para tener los ojos al mismo nivel que los de la niña.

—Sí, Licia. Yo también jugaba en el bosque. Y Frith, la abuela de Gareth, me regañaba porque siempre volvía sucio y con el pelo enmarañado.

La niña sonrió con enorme encanto.

—Gareth dice que me va a moler a palos si me meto en el bosque, pero sé que no lo va a hacer. Porque me quiere, ¿sabes?

—Pues si que tienes suerte, pequeña dama. Que le quieran a uno es lo mejor que puede pasarle en el mundo.

—¿A ti nadie te quiere, señor? —preguntó la chiquilla muy en serio.

—Alguien habrá… pero hay mucha más gente a la que le gustaría que desapareciera como una nube de humo —Artor hizo un ruido exhalando aire por los labios, como si explotara una burbuja. Licia se rió.

Entonces volvió a mirarle con ojos serios. Artor notaba la fuerza con que le examinaban aquellos ojos, que no mostraban apasionamiento alguno.

—Pues yo voy a intentar amarte, si quieres —dijo Licia pausadamente—. Pero no te lo prometo, porque no te conozco mucho.

—Muchas gracias, Licia. Sería un honor gustarte.

Licia volvió a reírse.

—Pues es fácil. Me gusta casi todo el mundo.

Artor sonrió, pero sentía que el dolor ahogado de haber perdido a su esposa le atravesaba las costillas como una cuchillada. Aunque Gallia había muerto hacía ya más de doce años, todavía la tenía muy presente en sus pensamientos. Recordaba su piel sedosa, su olor y la erótica suavidad que sentía al tocarla, pero no recordaba su rostro. Ni siquiera ahora, mirando a la hija que habían tenido juntos, conseguía recomponer los rasgos de Gallia. Y lamentó lo traicionero que puede ser el tiempo.

—Bueno, ya basta, Licia —dijo Antor amablemente, viendo que los ojos de su hijastro empezaban a empañarse—. Es hora de que te vayas a cenar con Livinia. Luego os vais a la cama las dos —y despidió a las dos niñas, con una palmadita afectuosa en la cabeza.

A Livinia no pareció gustarle la idea, pero Licia se lanzó hacia el anciano para abrazarlo.

—Me voy, porque tú lo dices, abuelo —dijo Livinia con voz muy suave—. Pero no estoy nada cansada.

—Y yo, ¿me merezco algún abrazo, pequeñas? —preguntó Artor.

Livinia ni lo dudó y echó los brazos alrededor de los hombros de Artor, que seguía arrodillado.

Licia se lo pensó un poco y entonces, de manera ostensible, decidió a favor de Artor. Se le acercó, le retiró el pelo rizado de la frente con la misma gracia con que lo hacía su madre años atrás.

—Se te riza el pelo igual que a mí. Gareth dice que mis rizos se parecen a los zarcillos de las glicinias que hay donde está enterrada mamá. ¿La conociste, señor? ¿Tenía el pelo como nosotros?

—No… tu madre tenía un pelo fuerte y brillante, que relucía incluso más que la melena de mi mejor caballo. Tu madre tenía un pelo precioso, pero no tan rizado como el tuyo.

—¡Entonces habré heredado esta pelambrera de mi padre! —Licia le sonreía—. ¿Lo conociste, señor?

Artor dejó escapar una suave risa sólo para disimular, porque no tenía muchas ganas de contestar a esa pregunta.

Targo se había dado la vuelta en el triclinio y a Antor también se le humedeció la mirada.

—Sí, porque para mí era como un hermano gemelo. Tienes que pensar en él acordándote siempre de lo valiente y lo fuerte que era, y de lo mucho que os quería a ti y a tu madre, muchísimo. Pero ya no está con nosotros, porque la vida que pasó con tu madre terminó hace mucho, mucho tiempo. Y él, sin ella al lado, no quiso seguir viviendo.

Licia lanzó un suspiro de alegría.

—¡Qué bonito! —le sonrió mirándolo—. Nadie me lo contaría así de claro, ¿sabes? ¿No odias cuando la gente… no es que te mienta del todo, pero tampoco te dice toda la verdad?

—Sí, Licia, a veces los amigos se comportan como dices, pero no olvides nunca que aunque la gente a veces pueda parecerte cruel, a lo mejor lo que pretenden es ser amables contigo. Tienes que estar orgullosa de tus padres. Estaban entregados el uno al otro y yo siempre los llevaré en mi memoria.

—Gracias, señor. Espero que duermas bien.

Licia se marchó medio tropezándose, con ese andar torpe e inseguro de los niños a los que todavía les están creciendo las piernas. Artor estuvo pendiente de cada uno de sus descuidados movimientos, de cada vaivén de los bucles de su melena y del dulce balanceo de aquel cuerpo que empezaba a florecer.

Los presentes sentían su dolor, pero, atrapados en la incapacidad masculina para expresar la profundidad de sus sentimientos, no dijeron nada. Julanna se incorporó para cogerle la mano por encima de la mesa y Artor besó la suya sin musitar palabra.

Movió la cabeza para desechar los pensamientos tan negros que le absorbían y se puso en pie.

—Has hecho milagros, padre Antor —Artor felicitó a su anfitrión—. Y tú también, amigo Gareth. Licia es un encanto, una niña fresca. La habéis educado para que sea ella misma y confío mucho en su futuro —se volvió hacia Julanna—. Y tú,

Julanna, debes sentirte especialmente orgullosa de que la niña esté tan bien educada y sea tan natural al tratar con adultos. Gallia te estaría sumamente agradecida.

Los ojos de Julanna estallaron en lágrimas.

—Ojalá Gallia estuviera aquí, con nosotros. Todavía la echo de menos.

Antor, que jugueteaba con los mechones de su barba blanca, cambió de tema, porque veía que las antiguas atrocidades empezaban a amontonarse en los ojos de Artor. Ya era hora de que la conversación fluyera por otras vías.

—¿A dónde te diriges, Artor? —preguntó—. Supongo que tu presencia en Villa Poppinidii no se debe sólo a la cordialidad que exige una simple visita familiar. Targo siempre te acompaña, lo sé, pero ¿por qué vas también con Keu? ¿Qué es lo que anda mal?

—Vamos a combatir con los sajones occidentales, padre —intervino Keu, para darse importancia—. Los embajadores que enviamos a los sajones de la montaña fueron aniquilados, pese a llevar una bandera de paz. Por eso tenemos que dar respuesta al desafío sajón.

Antor enarcó las cejas. Y, para desilusión de Keu, dirigió sus preguntas a su hijastro.

—Ese nido de ratas está atrincherado desde la época de Vortigern. Uter les dejó respirar un poco, porque las montañas y las tribus leales los mantenían aislados. Además, yo creía que ya los habías liquidado en Magnis. ¿Por qué vuelven a aparecer ahora?

—Katigern Oakheart y los sajones orientales, los anglos y los jutos fueron cruelmente derrotados diez veces, pero nunca se dieron por vencidos. Oakheart murió en la segunda y demoledora batalla, pero los campamentos sajones del sur y del este se reagruparon para ganar fuerza y seguir luchando. Muchos de sus antiguos guerreros decidieron consolidar las viejas fortalezas que utilizaron Vortigern y los suyos, y por eso deben ser eliminados. Será difícil desalojarlos, porque ahora anhelan las apacibles tierras que se extienden más allá de sus fronteras. Y yo no soy un Uter Pandragón, a mí sí me preocupa dejar brasas encendidas. Como nacieron en nuestras tierras, les propuse firmar una paz digna, pero rechazaron mis tentativas de acercamiento con una crueldad inimaginable.

—Pues son unos estúpidos —añadió Antor rotundamente. Para el anciano Antor, que no podía evitar mirar a su hijastro con cariño, ningún sajón podría resistirse a su poder.

—No, padre Antor. Ojalá fueran estúpidos, pero no lo son. Si queremos enfrentamos a este enemigo en concreto, tendremos que poner sobre la mesa todos nuestros recursos y todo nuestro valor. La única equivocación que han cometido hasta ahora ha sido asesinar a nuestros emisarios de un modo tan cobarde y sanguinario. Y con la ejecución del príncipe Gaheris no han conseguido nada, porque con esa traición lo único que han conseguido es reforzar mi decisión.

Antor se quedó boquiabierto, sin salir de su asombro, porque incluso en la

tranquila y apacible Aquae Sulis todos conocían de nombre a los hijos del rey Lot.

—Pero, ¿por qué iban a querer los sajones matar al hijo de su mejor aliado? —preguntó a Artor—. ¿Qué honor cabe en tremenda estupidez?

Targo asintió con un ruido sordo, pero Artor se mostró más pragmático.

—Gaheris se buscó su propia muerte, al negarse a romper el juramento que había hecho conmigo, cuando los sajones se lo propusieron a cambio de salir con vida. El líder no tuvo más remedio que someter a Gaheris al mismo trato que a los demás guerreros, pese a que yo, en su lugar, habría procurado buscar otra salida que no fuera el asesinato —Artor se detuvo un instante—. Al menos el rey Lot se verá obligado a reflexionar. Morcadés y Morgana llevan décadas interviniendo en sus decisiones, pero sólo por el odio que sienten hacia Uter Pandragón y, por ende, hacia mí. El resentimiento de estas mujeres no puede tener cabida en la decisión que tome el rey Lot a la hora de responder al asesinato de su hijo.

Cuando la conversación pasó a temas más familiares, Antor informó al rey de cómo iban sus campos, sus huertos y sus cosechas y de las ventajas que tenían las distintas técnicas agrícolas. Artor disfrutó considerablemente hablando de temas tan sencillos y domésticos y se regocijó saboreando el placer y el calor de la vida rural.

Al terminar, cuando se retiró al lujoso dormitorio que le habían preparado, Artor recordó los tiempos en que de niño robaba aceite para leer en el *scriptorium* y volvió a preguntarse qué había sido del curioso y esperanzado Artorex de un pasado tan remoto. Después se durmió.

ARTOR DESAYUNÓ PAN fresco con miel reciente y frutos secos. Aprovechando las primeras luces de la mañana cabalgó enérgicamente por los campos hasta que llegó a su antiguo hogar. Durante sus muchos años de soledad nunca había tenido el coraje de visitar la tumba de Gallia, pero ahora, justo antes de emprender la batalla, se sintió arrastrado a aquel lugar tranquilo y apartado.

Después de doce inviernos, las piedras de los muros estaban deterioradas y los estragos del incendio que destruyó la casa aparecían disimulados por las glicinias, la hiedra y unas flores trepadoras que se hermanaban con las vigas chamuscadas, dotando al edificio de un techado natural. Las raíces del tierno avellano habían levantado las losetas del patio que había junto al estanque que había hecho Gareth con sus propias manos. En el agua, de escasa profundidad, había una antigua piedra tallada, con los laterales cubiertos de un rocío plateado por el sol incipiente. Artor sabía que en las grietas de las ruinas había semillas de margaritas y amapolas. En verano, las margaritas formarían una alfombra blanca, como de nieve, salpicada del amarillo y el rojo intenso de las amapolas.

Alguna mano diestra había tenido la gracia de disponer en círculo una serie de piedrecillas de río, pálidas y redondeadas por el peso de los innumerables deshielos primaverales. Las piedras formaban un alcorque con mantillo en el que crecía un

espeso rosal, cuajado de capullos. Entre las raíces se arropaban pequeños ranúnculos y florecillas silvestres que, cuando estallaban, llenaban el aire de una profusión de colores y aromas. Artor sonrió al comprobar que el romero, el tomillo, la salvia y la raíz de la mandrágora crecían mezclados por entre las flores; el jardín combinaba la suave presencia de Gallia con el alma de Frith, la anciana y sabia curandera. La vieja Frith le había cuidado tanto como su madrastra, Livinia la Mayor, y estas dos mujeres, una y otra, habían forjado su personalidad y le habían convertido en el hombre que ahora era.

En un tosco nicho de piedra había una urna de cerámica esmaltada, con hilos de oro rojo y sellada con cera de abeja. La urna contenía las cenizas de dos de las únicas tres mujeres a las que Artor amó intensa y desinteresadamente.

—¿Te gusta lo que he hecho, mi señor?

Gareth se había acercado por detrás, sigiloso como un gato, y esperaba con paciencia a que Artor se fijara en él. El ayudante era un hombre ya hecho y derecho, cercano a los treinta años, con melena de un rubio claro, recogida en una coleta. Como la mayoría de los hombres de Villa Poppinidii, era barbilampiño y a Artor le recordaba mucho a Frith, su abuela, por la finura de sus dorados pómulos. En este hombre se veían fielmente reproducidos el espíritu y la sangre de aquella mujer.

Dos miradas, gris y azul, se cruzaron.

—Sí. Has conseguido sacar belleza del dolor. En esta sepultura Gallia y Frith despliegan su fuerza. Las noto cerca.

Gareth bajó los ojos. Se frotaba las manos en la túnica, unas manos toscas, de agricultor, pero también hábiles y creativas.

—Te pido un favor, señor, que me prometas algo por mi fidelidad. He pasado gran parte de mi juventud en la seguridad y al abrigo de esta villa para proteger a Lady Licia de todo mal.

—Ya —dijo Artor, lanzando un suspiro—. Te has ganado el derecho a pedirme lo que quieras.

—Cuando Licia se case, te pido que me permitas acompañarte como guerrero de tus campañas. Me he entrenado mucho con el maestro de armas para poder servirte. Siempre he soñado con eso, mi señor, como bien sabes.

Artor sonrió. Recordaba bien a Gareth de pequeño, siempre anhelando convertirse en guerrero para marchar lejos a combatir contra los enemigos.

—Te confieso que nunca he tenido en cuenta los sacrificios que te he pedido hasta ahora. Tendría que haber considerado más lo que significaba encadenarte de por vida a Villa Poppinidii —como siempre, Artor se decidió con prontitud—. Sí, en cuanto Licia esté protegida en casa de otro hombre, te liberaré del juramento que hiciste. En ese momento, dispondrás de tu vida y yo te invitaré gustoso a que te unas a mis tropas.

Gareth sonrió con la misma sonrisa dulce de Frith, en agradecimiento a la propuesta de Artor. Inclinó la cabeza y dejó al rey abandonado a sus recuerdos.

En los árboles se distinguía el canto claro y limpio de una golondrina y por entre las flores revoloteaban los pequeños pinzones, buscando su ansiado néctar.

A su pesar, Artor sintió que aquello le levantaba el ánimo. En un jardín tan seductor, resultaba casi imposible seguir hundido en la melancolía y en la pena.

—Lo único que pido, Gallia, es volver algún día a ver esta tumba, porque donde voy no hay flores ni pájaros, sólo cuervos carroñeros.

Artor evocó la textura de los labios amoratados del Gaheris muerto y al punto despertaron en su resuelta mirada imágenes de venganza. No importaba demasiado si su ira se debía al sentimiento de culpa que albergaba por la muerte de otra víctima inocente. A Artor le consumía por dentro la necesidad de desarraigar de su reino el derramamiento de sangre gratuito. Pero la sangre y la muerte lo perseguían y dejaban un hedor carroñero a su paso. No podía evitar ser el cazador que Targo, en connivencia con los tres viajeros, había querido que fuera. Sacudido por el peso de la corona y ahogado por el gravoso manto del poder, Artor había aprendido a centrarse en el objetivo final, sin considerar los detalles que se interponían sutilmente en la consecución del mismo.

El asesinato de sus emisarios y de los hombres de guardia ¿acaso formaba parte de esos detalles sutiles? ¿Se interponía la crueldad de Glamdring en la consecución de sus fines? ¿Hasta qué punto reconocía que aquellas muertes eran la perfecta excusa para legitimar la guerra contra Glamdring? ¿Estaba utilizando al noble y decente Gaheris como arma para espolear la revancha del rey Lot y la reina Morcadés?

Artor frunció el ceño. Realmente había creído que era posible la paz, pero la responsabilidad de un rey no es tan sencilla. Llevaba años pensando que al final esta guerra se produciría.

Asqueado y confuso, Artor montó su caballo, intentando sonreír a Antor, Julanna y los niños sin que le delatara la sombra de preocupación que se ocultaba tras su rostro.

Sabía que era tan imposible tratar de detener la marea entrante como de acallar el deseo humano de infligir dolor. Los cuervos lo sabían. En el Viejo Bosque esperaban la salida de Artor. Y quizá decidieran seguirlo, porque todo carroñero conoce el momento en que el ave levanta el vuelo.

Cuando se marcharon los tres invitados, se sabían observados por unos ojos negros y cómplices. Los bosques rezumaban vida de azuladas sombras… y del recuerdo de conmovedoras plumas.

CAPÍTULO III

CAMINO DE OCCIDENTE

UNA SEMANA MÁS tarde, el ejército de los británicos llegó por fin a Venta Silurum y empezó a preparar la campaña.

Venta Silurum era un pequeño asentamiento, de época remota, anterior a la invasión romana, que en la antigua lengua se llamaba Castell Goronw. Los enviados de la corte de Artor habían muerto en las colinas que se elevan al norte de las viejas fortificaciones, lo cual indica que el rey eligió este lugar como el más indicado para llevar a cabo su macabro plan. Situada de cara a las trilladas tierras bajas de la costa, la localidad resultaba fácil de defender, como ya se había demostrado, y los siluros todavía aprovechaban para ello los restos de granito de las murallas romanas.

Gruffydd miró distraídamente el lugar donde había nacido, donde había tomado por esposa a una mujer regordeta después de muchos años de reclusión como esclavo sajón, y sintió que lo invadía un sentimiento de orgullo por lo que había logrado.

Durante años Gruffydd había sido el mejor espía que Myrddion Merlín tenía en la parte oriental, y se había hecho imprescindible por sus conocimientos de la lengua sajona. Estuvo presente cuando Artor recuperó la corona y la espada de Uter Pandragón en Glastonbury, y allí fue donde el rey supremo le había otorgado el honorable título y el cargo de portador de espadas. Durante los últimos doce años Gruffydd había tenido conocimiento de secretos tan peligrosos que todavía se le erizaba el vello al recordarlos. Cuando en el pasado regresaba a Venta Silurum, siempre volvía solo y los ciudadanos lo veían como un ex esclavo. Ahora con todos los distintivos que conllevaba ser uno de los servidores más íntimos del rey supremo, cualquiera podía reconocer el elevado puesto que ocupaba dentro de la jerarquía occidental, pues cargaba a su espalda la enorme espada, Escalibor, en su vaina de pedrería.

Mientras el ejército pasaba por las calles de la localidad para acceder a una meseta que les serviría para descansar las tropas, Gruffydd observaba el rostro de su señor con preocupación.

El rey supremo se frotaba los ojos legañosos y faltos de sueño. Parecían haber transcurrido siglos desde que habían dejado Aquae Sulis, en lugar de siete días. Las renuncias que exige una campaña no resultaban nuevas para Artor, porque en estos

doce años ya había combatido en once importantes batallas. Pero el esfuerzo por diseñar estrategias que redujera el enorme coste de vidas humanas en su territorio lo consumía mentalmente. Las secuelas de la guerra se imponían con un sentimiento de culpa tan aplastante que, después de aquellas primeras batallas contra Oakheart, a menudo pensaba que iba a morir de angustia.

Su segunda batalla, en Magnis, supuso todo un éxito porque utilizaron los caballos. Pero Targo tenía razón. Esa estrategia ya no volvería a tener un efecto sorpresa. Pese a todo, Artor había estudiado las campañas de César en la Gallia y estaba decidido a integrar el uso de arqueros, jinetes e infantería para asegurarse de que las tres partes de su ejército actuaban como un todo unido.

En Pontes, al sur, donde el río Támesis se ramificaba en cuatro direcciones y la pequeña ciudad quedaba rodeada por el agua, Artor utilizó la inundación del terreno y las torrenciales lluvias de primavera para rodear a los sajones, y no tuvo más que esperar a que se les contaminara el agua potable. Cuando los sajones, asediados, empezaron a enfermar, Artor empleó a los arqueros para confinar al enemigo en los campos de la muerte. Después, la infantería con una serie de máquinas de guerra, construidas in situ, batió contra los soldados sajones, que quedaron destrozados. Lo que quedaba de la fuerza sajona se retiró a Londinium, con la lección de las catapultas —y de su mortal precisión— aprendida. Cuando Artor vio cómo quedaban los cuerpos tras recibir el impacto de una piedra catapultada, sintió náuseas, pero se había ejercitado para que su rostro no delatara impresión alguna.

Targo siempre recordaba a su rey que cada batalla formaba parte de un proceso de aprendizaje que los líderes inteligentes tienen que utilizar, si quieren salvar su vida. Artor había aprendido bien lo que le enseñaban sus campañas, una a una, y mantenía una actitud abierta, pero ya no estaba seguro de estar consiguiendo nada, salvo perder amigos, destruir la vida de humildes personas y arruinar los campos.

De forma rutinaria, Artor pasó revista a sus tropas. Habían instalado el campamento y levantado la enorme tienda de cuero del rey. Artor se dirigió a Gruffydd en tono bromista y le permitió abandonar sus obligaciones para que tuviera algo de tiempo de ver a su mujer y a sus hijos. Después se retiró a sus espartanos cuarteles, asaltado por sus pensamientos, cada vez más desesperados a medida que pasaban los años.

—¿Cómo llegaremos a ser un solo pueblo celta, cuando debemos nuestra lealtad a la propia tribu? —Artor preguntó una vez a los jefes tribales—. Tenemos que conseguir ser una nación unificada, una fuerza de británicos, independientemente de los orígenes tribales o raciales que tengamos.

¡Qué ingenuo era! Nunca había pertenecido a ninguna tribu, porque sus únicas raíces eran Villa Poppinidii y Aquae Sulis, que eran romanas. Se exasperaba al recordar aquel joven anhelante y esperanzado que un día fue, creyendo que los odios inveterados podían superarse en unos cuantos años. A primera vista lo había conseguido, como demostraban su propia caballería y sus tropas de arqueros,

formadas por soldados de procedencia diversa, pero las tribus no terminaban de hermanarse, y prueba de ello eran las alianzas que el rey Lot había firmado con los sajones. El rey supremo se engañaba al enorgullecerse de la fuerza que marchó contra Katigern Oakheart en Eburacum hacía años. Un buen líder no se puede permitir el lujo del orgullo.

El rey todavía sentía la sangre en los labios de aquella olvidada batalla. Allí comprobó por primera vez la fragilidad humana, sobre todo la suya, y desaparecieron todos los ideales por los que vibraba lo más profundo de su ser.

Eburacum fue un conflicto sencillo, comparado con la tarea que ahora tenía por delante. Situada en otro cruce de caminos, y rodeada de terrenos pantanosos, ríos, carrizos y ondulantes juncos, la fortaleza resultaba totalmente inadecuada para una batalla campal. La antigua posición romana había caído en manos de los sajones orientales unos veinte años antes. Eburacum se convirtió en un lugar funesto para algunos destacamentos de sajones, que todos los veranos cortaban las vías de comunicación con el norte. Cuando Katigern propuso a los sajones, los anglos y los jutos que se aliaran con él en este emplazamiento tan poco prometedor, Artor ya no pudo evitar el conflicto armado. Había que tomar Eburacum y aniquilar a Katigern Oakheart, porque éste había demostrado ser capaz de pactar alianzas que podrían destruir las frágiles defensas celtas. Artor se dirigió hacia el norte con la moral muy baja, pues sabía que tenía muy poco equipamiento para llevar a cabo una campaña de capital importancia.

La batalla se libró sobre el terreno y los sajones rebasaban en número a los celtas de Artor en una proporción de dos a uno. Katigern Oakheart le dio al rey supremo una dura lección sobre los sajones y sobre sí mismo, aunque desde el principio Artor fue quien inició la ofensiva, pues sólo atacando podía obtener alguna ventaja sobre aquellos fieros bárbaros tan motivados. Era un terreno imposible para la carga, con lo que la infantería de Artor quedó fuera de juego incluso antes de empezar. Lo mismo ocurrió con las catapultas y máquinas de asedio, que quedaron inutilizadas entre los juncos y las ciénagas del terreno. Pero a Artor todavía le quedaba una carta, porque los sajones recurrieron al muro de escudos, su técnica bélica más certera, en esta ocasión tan fatalmente fallida.

De acuerdo con unos hábitos tradicionales y anticuados, los sajones rodearon al jefe de las tropas y lucharon ferozmente en un combate cuerpo a cuerpo, pero no lograron sobreponerse a la caballería y los arqueros de Artor. Los arqueros rompieron el muro de escudos con su lluvia de flechas, que, aunque lanzadas con poca puntería, daban inexorablemente en el corazón de aquel grueso murallón de hombres sajones. Una y otra vez la mortal lluvia de hierro caía sobre el enjambre de hombres. Para protegerse por arriba los guerreros tuvieron que colocarse los escudos sobre la cabeza y, al hacerlo, dejaron sus torsos todavía más expuestos a las sacudidas de flechas.

Entonces Artor ordenó a la caballería que atacara los puntos más débiles del muro de escudos y cargaran contra carne, hueso y metal. Cuando los entrelazados escudos

quedaron aplastados ante la pesada fuerza de los caballos, Artor espoleó a Carbón y se lanzó sobre la turba, buscando a Katigern Oakheart. Todavía se acordaba de la sacudida que sintió en el brazo y la clavícula al traspasar con Escalibor la armadura de la cabeza de Oakheart.

Incluso con su líder caído, los bárbaros no quisieron rendirse y la caballería del rey supremo se vio forzada a matar a todo sajón que quedaba en pie.

A Artor le venía un regusto a vómito al recordar el hedor del campo de batalla. Los celtas se movían entre montones de cadáveres y moribundos, en un terreno tan lleno de sangre que parecía teñido de un óxido añejo. Artor se estremecía cada vez que daban el golpe de gracia a un sajón, porque estos hombres no aceptaban convertirse en prisioneros ni pedir clemencia. La tarde se llenó de gemidos de moribundos y de caballos malheridos. Artor recorrió el campo de batalla con Myrddion, que palideció al resbalar con la bota sobre un compuesto acuoso de sangre y vísceras.

—¿Cómo no vomitas viendo semejante carnicería? —preguntó Myrddion a su rey mientras paseaban por la ensangrentada llanura—. Recuerdo cuando eras tan impresionable como yo.

—Porque tengo que ser duro, amigo —contestó Artor, abriendo los brazos para abarcar el terreno cenagoso y la montaña de cadáveres—. Ahora entiendo por qué Uter Pandragón valoraba tan poco la vida y por qué no sentía nada ante el sufrimiento ajeno. Pero… en mí cada uno de los que han caído hoy en el campo de batalla pesa como una losa y pido a los dioses que nunca se me olvide lo que significa seguir siendo humano.

«Murieron por la rigidez del código guerrero, que no les permite dejar de luchar —se decía Artor para sus adentros cuando se retiró a la seguridad de su tienda—. Y porque adoptamos la idea de la caballería de los romanos, para la que los sajones no tenían respuesta táctica alguna. No aprendieron de Magnis ni de Pontes, por eso han vuelto a perder. Ha sido una carnicería.»

Ahora, muchos años después sentado en Venta Silurum, se miró el impecable anillo de perlas que llevaba en el pulgar derecho. El anillo le devolvía la mirada, como un ojo ciego, alojado en un cerco de sangre seca. «¿Cuánto tiempo voy a seguir luchando —se preguntaba—, si ya todo lo que he aprendido me parece inútil?»

Al anochecer, se sintió cansado y perdido.

—Estás a oscuras, Artor, ¿qué te preocupa?

El rey se incorporó dando un respingo y al mirar reconoció una silueta familiar, que se metía en la tienda levantando la puerta de cuero.

—¡Targo! Me has asustado. Llevo horas estudiando los mapas de Myrddion y pensando en la batalla de Eburacum… y en cómo empezó todo…

Targo se acercó hasta la mesa de campamento donde su maestro estaba sentado en un tosco taburete. Encontró el tarro con lo que quedaba de aceite y una simple mecha y, con esa economía de acción que se tiene después de muchos años de práctica, sacó

una chispa frotando el pedernal. En cuanto la pajuela empezó a arder, sopló suavemente sobre la llama hasta que el fuego cobró mayor vigor.

La tienda de cuero de Artor era exactamente igual que la que usaban sus guerreros, excepto que era mucho más grande y la tenían que llevar con la impedimenta por la longitud de los postes. A través de un faldón de cuero que hacía de portezuela Artor divisaba la puesta de sol, y ahora veía unos cuantos bancos de nubes ribeteados de un rojo intenso. Sobre el suelo había un sencillo mobiliario de campamento, platos y copas de hojalata fáciles de transportar, pero poco delicados, y el arcón de mapas de Artor. Odin había llenado un recipiente de agua limpia y otro de vino; Targo se sirvió de este último en una copa, casi hasta el borde, se arrellanó en un banco y empezó a beber tranquilamente.

Al rato, y tras limpiarse la boca en la manga, se dirigió a su señor.

—Has estado reconcomiéndote, muchacho, y haciendo recuento de tus fracasos, más que de los éxitos. Si sigues así, pronto estarás…

—Muerto —intervino Artor—. Ya lo sé, Targo. Lo sé.

Cogió uno de los mapas del arcón, lo desenrolló y lo extendió delante de Targo. El antiguo mercenario lo giró en varias direcciones, lo examinó, entrecerrando mucho los ojos y luego se encogió de hombros.

—¿Dónde estamos? —preguntó. Tenía la vista muy cansada para seguir los detalles del terreno.

—Estamos aquí —Artor señaló un punto con su dedo afilado—. Y aquí está el agua. Si sales de la tienda ves el Sabrina Aest[2].

—Mmm.

Mientras Targo se afanaba por interpretar el rudimentario mapa, Artor hacía marcas imaginarias, según sus planes de batalla. Se las había ingeniado para desocupar las fortalezas de la cadena montañosa central de todas las fuerzas, dejando sólo pequeños destacamentos de jinetes y arqueros. Tendría los flancos protegidos por los propios cerros que había detrás de Venta Silurum, y a los jefes tribales de los siluros se les podía encargar que protegieran la retirada.

Como las montañas en sí eran tan empinadas, muy áridas y estaban desbastadas por la lluvia, Artor tenía que aplicarse para encontrar la manera de asegurar la eficacia de la caballería. Para dominar el lugar al que se dirigía el ejército nunca habría fuerzas suficientes. Era imposible alcanzar las indomables cimas que los romanos habían denominado Moridunum, una voz con claro redoble de muerte. El sonido de la palabra le retumbó en la boca mientras la pronunciaba en voz alta; sonaba como el vacío estruendo del trueno.

—¿Qué? —preguntó Targo levantando la cabeza, desmelenada y canosa.

—Moridunum, adonde nos dirigimos, viejo amigo. O Caer Fyrddin, si prefieres usar el nombre antiguo. Está en pleno corazón del territorio de Ironfist —Artor señaló por aproximación un punto en el mapa y Targo resopló irritado.

—Los romanos sabían lo que hacían, ¿verdad, Artor? Mira. El que gobierna las

alturas domina la costa.

Artor asintió con la cabeza.

Myrddion había hablado muchas veces de las fortalezas que, suspendidas a lo largo de la costa, parecían abalorios unidos por calzadas adoquinadas. Los romanos sabían que por el Sabrina Aest se pasaba a los campos más verdes y fértiles del suroeste. Las antiguas guarniciones controlaban las cumbres, desde Gelligaer hasta Glevum, pero Moridunum dominaba las cimas del más lejano occidente de Bretaña.

Los démetas en su día habían tomado la larga y sombría hilera de montañas que se extendía hasta los bravíos mares plomizos del oeste. Pero las constantes incursiones sajonas habían aislado a estos celtas de sus hermanos; generación tras generación, la influencia sajona había debilitado la cultura tradicional y el sentido de identidad de la tribu démeta, hasta convertirla en un pueblo amargado, que se marchitaba al albur de los nuevos y peligrosos vientos del oeste. Artor había aniquilado a los hijos de Hengist muy al norte, más allá de Deva, pero nadie se había preocupado de los mugrientos y huraños asentamientos del territorio démeta.

Y AHORA, BAJO fuerte influencia y tras años de dominación sajona, los habitantes se habían vuelto arrogantes.

Con relativa facilidad los guerreros de Artor se habían desplazado a posiciones que quedaban bajo el dominio del fuerte brazo de Ironfist. Había llegado el momento de eliminar al usurpador y de destruir todas sus construcciones.

—Hay que enseñar a Ironfist que no es más que un noble de estercolero, no el líder de un pueblo —masculló Targo.

Myrddion, Luka y Llanwith, los tres hombres que habían tallado la vida de Artor y que pertenecían a su círculo más íntimo, entraron en la tienda del rey con jarros de vino, puñados de frutos secos, fiambre y manzanas. Con ellos también llegó un agradable aroma a hierba recién cortada, humo de fogata y aceite de espada, y el rey supremo se sintió más animado.

Como Artor ya no estaba solo, Odin se metió en la tienda y se quedó de pie, observando, desde un rincón. Parecía un enorme troll, colosalmente peludo. El tiempo apenas había incidido en el juto, salvo que ahora tenía la barba de un rojo menos intenso.

—Joder, muchacho —voceó Targo, arrojando el mapa sobre la mesa—. Este terreno es aún más sombrío que Deva y hasta los dioses saben que el norte es un gélido grano en el culo del mundo. Supongo que llueve permanentemente, un día sí y otro también.

Justo en ese momento una ligera llovizna entró desde el mar, y fue haciéndose cada vez más densa, hasta que el techo de cuero empezó a hundirse por el peso del agua, que se acumulaba más deprisa de lo que la tienda drenaba.

—Deja de lamentarte, Targo y tómate otro poco de vino —dijo Luka, mientras

servía otra copa al viejo legionario y le pasaba un tosco bol de barro con trocitos de manzana seca.

Aunque estos doce años habían envejecido mucho a Luka y a Llanwith y pese a que los muchos días que pasaron cabalgando les habían curtido la piel, confiriéndoles el color y la textura de los viejos robles, Luka en particular todavía conservaba la gracilidad de un sabueso, ya fuera andando o sobre su montura. Los dos hombres lucían una barba distinguida, con mechones grises y tenían torsos fornidos como sogas después de toda una vida en el campo de batalla, aunque Llanwith cargaba con demasiado peso en el estómago, y eso le restaba agilidad. Los herederos de estos hombres protegían a las tribus en su territorio, pero los más jóvenes servían como capitanes de caballería en el ejército de Artor.

Sólo Myrddion desafiaba al tiempo. Tenía el pelo casi del todo plateado, salvo por un extraño y desconcertante mechón negro, que mostraba incluso un azul intenso como de ala de cuervo. Seguía teniendo el rostro suave y terso, erosionado sólo por unas arrugas profundas que le surgían entre uno y otro de sus profundos ojos oscuros, unos ojos que poseían el mismo brillo y la intensidad de siempre. No parecía joven, pero tampoco viejo. Es más, para los celtas de la Britania de Artor, Myrddion era simplemente Myrddion. Una fuerza natural por derecho propio.

—¿Te queda todavía alguna idea? —Artor preguntó a un Targo que se entretenía saboreando una manzana con el último colmillo amarillento que le quedaba.

—Sé que esta costa es un terreno infecto para los caballos.

—Entonces, ¿qué?, amigo, ¿mejor andamos? —Artor sonrió, mostrando por un instante su dentadura, blanca y joven.

—¡Como si se pudiera! Hace ya mucho que no se realizan aquellas marchas en las que nos veíamos obligados a cargar bajo la lluvia con todo el petate, bendito sea Mitras.

—¿Qué propones, pues, Targo? —inquirió Myrddion suavemente, un poco para respetar su experiencia o para halagarle—. Tú habrás luchado muchas veces en las montañas.

—Tu puñetero mapa lo deja todo bien claro, cristalino como el agua, o al menos por lo que yo he visto —replicó Targo, frunciendo el ceño, de manera que se le hundían las arrugas alrededor de unos agudos ojos enfurruñados, empeñados en ver a media luz—. Es este maldito terreno elevado, Artor. Puede que César consiguiera batir al pagano Vercingetorix, que también estaba atrincherado en una fortaleza gala construida sobre terreno elevado, pero César siempre tuvo la suerte del enano. Y tenía legionarios entrenados para obedecer sin rechistar. Y, si me lo permiten, señores, en materia de disciplina los guerreros celtas no se comportan exactamente como un grupo de legionarios.

Hechas estas reflexiones, y con todos los presentes enojados, menos Artor y Odin, que no eran de agravio fácil, Targo se echó un buen trago de vino y sonrió maliciosamente.

—Por descontado, Targo, pero con los caballos podemos cargar cuesta arriba —dijo Luka, quizá para provocar a Targo deliberadamente, aunque a través de la barba podía comprobarse el afecto que profesaba a los romanos.

—¿Quieres que enumere aquí las distintas maneras que tiene un buen estratega de repeler a la caballería desde arriba? —Targo recorrió con la mirada los rostros de los allí reunidos—. Lo primero que se me ocurre es que nos tiren rocas y peñascos —el anciano gesticuló claramente y todos visualizaron lo que sería una avalancha de piedras cayendo desordenadamente sobre hombres y caballos por las laderas de la colina—. Hasta los niños pueden lanzar piedras y para decirlo todo, los caballos son criaturas muy frágiles, por sorprendente que parezca.

La mirada de Targo era seria, aunque parecía estar de broma.

—Si yo estuviera en el papel de los sajones, cavaría hoyos para enterrar unas bonitas estacas puntiagudas en las que quedaríais empalados a medida que atacarais colina arriba. Luego me reagruparía en otro punto y haría lo mismo. Así una y otra vez. Vuestras pérdidas serían terribles.

Un consternado Artor asintió con la cabeza.

—Pues menos mal que no eres Glamdring Ironfist —dijo, reconociéndole a Targo su sabiduría. En asuntos prácticos relacionados con la guerra, Targo era un maestro sin igual.

De repente Artor tomó una decisión.

—¡Odin! —gritó.

El enorme guardaespaldas se acercó a la luz e inclinó la cabeza.

—Busca a Ulf, y trata de no asustarlo inútilmente.

Cuando Odin estaba ya en la puerta de la tienda, Artor volvió a hablar.

—Y mientras lo encuentras dile a alguien que saque a Gruffydd del lecho conyugal. Conoce a la perfección precisamente a estos sajones y si hay alguien que pueda darnos alguna pista, ese es Gruffydd.

Odin inclinó la cabeza y salió silenciosamente de la tienda.

Los hombres volvieron a examinar los mapas, inclinándose sobre la mesa. Los candiles de aceite iluminaban la atmósfera con brillos parpadeantes, y a media luz hasta el bello rostro de Artor pasaba a convertirse en una máscara grotesca.

El consejo no había avanzado demasiado en sus deliberaciones cuando llegó Odin. Impasible, hizo entrar a Ulf en la tienda, que se arrodilló inmediatamente en presencia de su rey.

—Levántate, Ulf. No sé hablar con un soldado arrodillado.

Ulf se levantó.

—Eres la única persona, de las que conozco, que has visto a este Ironfist y no estás muerto —dijo Artor—. Descríbemelo, Ulf, porque si pretendo derrotar a ese hombre, tengo que hacerme una idea de cómo es.

Durante las pocas semanas que habían pasado desde la masacre de los emisarios reales, Ulf había tratado de borrar todos los recuerdos que guardaba de Ironfist en su

conciencia. El celta sintió auténtico dolor físico sólo de pensar que tenía que rememorar al líder sajón y evocar de nuevo aquella extensión abierta de losetas grises, empapadas de sangre de hombres y caballos.

Pero lo intentó.

—Ironfist es grande, casi de tu talla, arrogante y grosero. Nos tenía rodeados sin que lo supiéramos, o sea que da órdenes con conocimiento de causa. Y planifica las cosas de antemano. Los sajones debían llevar días escondidos en los bosques, mucho antes de que llegáramos.

La voz de Ulf se apagó un poco, pero, consciente de que lo miraban seis pares de ojos, volvió de inmediato al relato.

—Ese hombre se rige por algún código de honor, mi señor, porque dio a Gaheris la oportunidad de salir con vida por consideración al rey Lot. Pero cuando el príncipe se negó, parece que al sajón tampoco le sorprendió. Parecía… bueno… satisfecho de que Gaheris le desafiara. Nos obligó a ver el asesinato de nuestros amigos, hasta que no quedó ninguno. Y Gaheris tuvo que contemplar la muerte de los demás emisarios.

Ulf se quedó callado.

—Tómate el tiempo que necesites, Ulf —le dijo Artor amablemente, al ver que el guerrero tenía el rostro blanco como la pared, con los labios y las mejillas lívidas.

Siguieron en silencio hasta que Artor volvió a intervenir.

—Odin, ven. ¿Se parece a Odin este Ironfist? Acércate, muchacho. Necesito verte los ojos.

En un gesto que decía mucho a su favor, Ulf levantó la vista y examinó con detenimiento al enorme juto. Se humedeció los labios, carraspeó y de nuevo empezó a hablar.

—No, Ironfist no se parece en nada a Odin —contestó Ulf más tranquilo—. Entre otras cosas porque Odin es más alto y más aseado.

—¿Hay algo más que puedas recordar, amigo? —reclamó Luka.

—Apenas he oído hablar a Odin, aunque siempre esté detrás de ti, mi señor —dijo Ulf pensativamente—. Ironfist daba la impresión de estar fanfarroneando y jactándose de lo que hacía al ejecutar su traición. Y Odin parece tanto más… robusto, más grande, aunque podría jurar que entre los dos apenas hay unos centímetros de diferencia —Ulf se detuvo, incapaz de aclarar mucho más lo que quería decir—. Le ruego me perdone, señor, pero no sé cómo explicarlo.

Artor estudió a Ulf con serenidad. El rey sabía que Ulf no era muy inteligente, pero le había revelado un grave defecto del carácter de Ironfist.

—A lo mejor nuestro amigo Ironfist es un hombre de paja, un simple fanfarrón que no piensa demasiado en las consecuencias de sus actos —reflexionó—. Sé de sobra que yo nunca habría matado a Gaheris, ni siquiera sabiendo que con ello arriesgaba mi vida.

Ulf seguía callado.

—¿Gaheris tardó mucho en morir? —preguntó Artor—. Dijiste que los hombres

de Ironfist hicieron pedazos a los emisarios.

—No, mi rey. El señor Gaheris, Cerdic y Cessus murieron todos al momento, por orden de Ironfist o por intervención del propio líder.

—¿Por qué?

Ulf dirigió su mirada perdida al rey y Artor lanzó un suspiro de impaciencia ante la lentitud con que discurrían los pensamientos del celta. Volvió a intentarlo.

—¿Por qué crees tú que estos tres hombres merecieron una muerte más compasiva?

Ulf se miró los pies y de su boca salió una voz débilmente destemplada.

—Al primero que mataron fue a Cerdic. Lo decapitaron. Murió rápidamente porque Ironfist reconoció el valor que había demostrado al guiar a los emisarios. No se acobardó y siguió ondeando la bandera de paz hasta el final.

Artor reconoció su aliento, haciendo un gesto con la cabeza.

—Cessus era el guerrero que llevaba un cuchillo escondido en la bota. Y asestó una puñalada al primer sajón que se le puso a tiro.

—¡Ave, Cessus! —masculló Artor, satisfecho de la actitud previsora del guerrero ante cualquier eventualidad.

—Y el príncipe Gaheris siguió provocando a Ironfist. Repitió una y otra vez que los sajones no iban a vencer, porque se empeñaban en no cambiar sus costumbres. Puso a Ironfist en ridículo y era como si se alegrara de morir a consecuencia de lo que estaba haciendo. Juró que te vengarías y anunció la muerte de Ironfist.

—Gracias, Ulf, muchacho —Artor sonrió—. Ya puedes volver con tus camaradas.

Turbado y con cara de preocupación, Ulf salió de la tienda.

—Ironfist no se controla —iba diciendo Artor en voz queda, mientras Ulf se perdía en la oscuridad y entraba Gruffydd—. Puede que podamos incitarle a que inicie una acción precipitada.

Targo asentía complacido al ver la rapidez con que giraban los pensamientos de Artor.

—Sí, sería una ventaja… si pudiéramos jugar con eso. Podríamos ingeniárnoslas para que cometiera un error estúpido sin darse cuenta de que le estamos manipulando —añadió Targo burlonamente con tono malvado.

—A Ironfist se le llena la boca reclamando la corona de Vortigern, y, digamos lo que digamos, Vortigern era celta —observó Myrddion—. El orgullo de Ironfist se volverá contra él si le presionamos. A lo mejor podemos engatusarle para que salga de la fortaleza y luego hacer pedazos a sus soldados.

Gruffydd se estremeció. Sonreía a su rey con familiaridad, como si estuviera leyendo la mente de su señor, porque Gruffydd llevaba doce años actuando de mano derecha del rey, transportando la espada de mando.

—Necesitas de mis servicios para entrar en la fortaleza de Ironfist, mi señor —dijo—. Y yo me estaba empezando a acostumbrar a la buena vida. No hay nada mejor que un estofado casero, sobre todo si lo hace una buena esposa —hablaba con

seriedad, aunque de sus ojos rezumaban ciertas chispas de humor.

—Dime qué aprendiste de los sajones occidentales en tus viajes —le dijo Artor ahorrándose las cortesías de rigor.

Los ojos de Gruffydd se apagaron de pronto.

—Los sajones del este son gente interesante, como los jutos. Respeto su tenacidad para labrarse una vida tan lejos de sus helados países de origen. Pero no me hagas hablar de los malditos sajones que habitan las montañas meridionales. Asesinaron a mis padres a sangre fría, tomándome después como esclavo. Y tendré que llevar su marca en el pecho el resto de mis días.

Gruffydd se remangó para mostrar la rúbrica. Tenía el hombro lleno de pecas y con músculos pronunciados y justo sobre el pecho derecho se le veía la marca de una lanza grabada a fuego sobre la piel, que le había dejado una cicatriz blanca con los bordes arrugados.

Myrddion hizo un claro gesto de dolor y todos reunidos en la tienda permanecieron callados. Gruffydd tomó una sola bocanada de aliento, bastante irregular, y contestó a lo que el rey le pedía.

—Los sajones occidentales llevan mucho, mucho tiempo dominando algunas regiones de Cymru, desde luego desde antes de que yo naciera. Vortigern los invitó a que vinieran a nuestras costas y han demostrado ser tercos como una mula, porque no hay quien los desaloje.

—¿Son sajones auténticos, como Katigern Oakheart? —preguntó Luka—. Porque a ese había que respetarle.

—¡No! —Gruffydd soltó un bufido de desprecio—. Hasta los hijos de Hengist tenían un linaje más puro que la camada de estos bárbaros. Estos sajones han tomado por esposas a mujeres celtas y llevan generaciones mezclándose unos y otros. Durante todo este tiempo han terminado con todo lo que las tribus consideraban valioso; quemaron los Bosques Sagrados para hacer leña y destruyeron los fuertes romanos que les valían de protección. Roban todo lo que no cultivan y se deshacen de lo que no les sirve.

—Qué encanto —Myrddion mostró su desdén, curvando ligeramente sus perfilados labios.

—Y ni siquiera así, porque con esos matrimonios mixtos, que tendrían que haberles atado a la tierra y haberlos convertido en hermanastros nuestros, lo que han conseguido es enorgullecerse de su propia raza hasta límites tan absurdos que ahora rechazan todo lo que no tenga origen sajón. Son atrasados e ignorantes, señor. El príncipe Gaheris fue muy certero al decir que nunca aprenderán.

Con una mueca de ironía, Gruffydd se ocultó la cicatriz bajo la túnica. Y siguió describiendo a los sajones occidentales, permitiéndose la cadencia de voz de un verdadero bardo y matices que convertían en canto los más pavorosos horrores.

—Me trataron peor que a un perro. Muchas tardes, como juego, me obligaban a pelearme con los perros por los restos de comida que sobraban de la mesa de mi amo,

y eso que sólo tenía nueve años. Aprendí a odiar, encogido en una estera asquerosa mientras me pateaban o me fustigaban con el látigo. Estoy lleno de marcas, señor, que me recuerdan constantemente lo valiosa que es la vida y que hay que vivirla con alegría.

Gruffydd miró a Artor y aquellos ojos inauditos, penetrantes como cuchillos, lo traspasaron. Artor no era fácil de seducir a base de imaginería ni con expresiones soporíferas. Estaba intentando averiguar algún punto de ventaja.

—Cantan las canciones tradicionales en unas estancias llenas de corrientes, que como sólo tienen un agujero en el techo para que se vaya el humo, las superficies están llenas de grasa. Han exterminado la nobleza, pero guardan su misma sed de gloria, de sangre y de mujeres. Corren riesgos estúpidos por ese deseo voraz de mantener el honor, pero consideran que los demás no somos siquiera humanos.

—Ya, pero sería estúpido infravalorar a los sajones occidentales. Independientemente de que tengan hambre de violencia y de que les guste revolcarse en la suciedad, son guerreros consumados. Mantienen sus costumbres antiguas, sus dioses antiguos y los modos de otra época y de otra tierra, por muy absurdo que nos parezca eso a nosotros. No les importa cargar contra el enemigo en un ataque suicida, si así consiguen su gloria personal y son excepcionalmente diestros en el morboso terreno del combate cuerpo a cuerpo.

—Lo que quiere decir que ¿nos tendremos que enfrentar a ochocientos o novecientos guerreros, luchando como una turbamulta, sin una idea clara de combate? —preguntó Artor, con ojos muy pronunciados en un rostro ya cansado—. Y digo yo, si el honor personal es tan importante para Ironfist y para los suyos, ¿van a actuar tan precipitadamente, si ven una manera de atacarnos de un solo golpe mortal?

—No conozco esa faceta de Ironfist, señor, pero cuando no tienen enemigos que combatir, los sajones occidentales se enfrentan unos a otros. Cualquier desliz se paga con sangre —Gruffydd se encogió de hombros de manera muy expresiva—. Aunque apenas tengan nada que comer durante el largo invierno, desdeñan la agricultura y viven para batallar. Después de todo, los torpes o los inexpertos en guerrear hace tiempo que están bajo tierra. Puede que Katigern Oakheart aplauda las destrezas guerreras de Ironfist, pero deplora los vestigios del pasado primitivo que el hombre representa.

El silencio se hizo más espeso, un silencio inquietante, que sólo rompía el repiqueteo que hacía la lluvia sobre el techo de cuero.

—Muchas gracias, Gruffydd. Puedes volverte al calor de tu cama y a la calidez de tu esposa, aun más importante, con todo mi beneplácito. A todos nos vendrá bien descansar un poco, porque en siete días tenemos que salir de Venta Silurum.

Gruffydd se despidió con una inclinación de cabeza y desapareció en la noche, silbando.

—¡Qué agradable! ¡Una panda de asesinos rodeados de pis y mierda! —consignó Targo. Tenía la sorprendente costumbre de incidir en el meollo del problema—. Es

igual de difícil vencer a los estúpidos que a los sabios, sobre todo si nos superan en número y están dispuestos a luchar hasta que caiga el último. Si lo vieran necesario, serían capaces de dejarnos morir de hambre, hasta que acaben con nosotros. Ironfist parece más inteligente, o al menos está mejor aconsejado, que un forastero normal.

El debate y la planificación de las operaciones pasó después a asuntos relativos a las armas, el aprovisionamiento, el tren de la impedimenta, el pienso de los caballos o las órdenes que debían darse a la hora de salir hacia Caer Fyrddin. Artor estaba seguro de que Keu conseguiría sacar oro de la nada, con lo cual podía confiar en que el aprovisionamiento del ejército estaba en buenas manos. Mientras tanto, los espías de Myrddion andaban muy ocupados, vigilando calzadas e introduciéndose en los poblados sajones. Llanwith era el jefe supremo de la caballería, por debajo sólo de Artor.

¿Y Targo? Bueno, Targo se ocupaba de que reinara el sentido común.

—A la cama, Artor —aconsejó Targo, guiñándole el ojo a su rey—. No sirve de nada que te quedes toda la noche preocupado, pensando cómo puedes adelantarte a un imbécil. Ya encontrarás tus puntos fuertes; siempre lo haces.

Cuando se quedó solo, envuelto en sus pieles, Artor se sumió en un sueño entrecortado, y como bien sabía Targo, se dedicó a trazar estrategias, dándole vueltas a la cabeza, en una espiral interminable. Al fin, cayó en ese apacible y profundo pozo de la nada, aunque pronto se vio sitiado por extrañas pesadillas de espadas y coronas que colgaban al viento o que daban vueltas sin parar, hasta que se convertían en cabezas sin cuerpo que sonreían y le hablaban en una lengua ininteligible. Sin embargo, en su más íntimo ser, ese que representaba al verdadero Artor, fue mucho peor ver la sombra de Gallia, emergiendo de la oscuridad con un bebé desnudo, que le tendía sus tiernos bracitos para que lo cogiera. Ese estremecido y profundo ser de Artor vio un dragón tatuado en el tobillo del bebé y, levantando la vista, se dio cuenta de que era un niño.

Se despertó envuelto en sudor, con la respiración entrecortada y el corazón palpitante.

CAPÍTULO IV

MORCADÉS

EN LA TENUE oscuridad que antecede al alba, Artor decidió que ya era inútil pretender coger el sueño. Se le había turbado el descanso y notaba el cuerpo caliente e hinchado por dentro. Le sobraba la tienda de cuero; era una especie de oscuro caparazón que lo envolvía, y él una sudorosa polilla desesperada, que luchaba por nacer.

Justo antes de que se hiciera de día se levantó, se vistió y preparó su caballo para inspeccionar el campamento. A sus espaldas quedaba Venta Silurum, callada y oscura, salvo por algún que otro sirviente que andaba atendiendo sus obligaciones. Los centinelas le saludaban al paso desde sus posiciones y luego volvían a su guardia solitaria. Los guerreros se alarmaban al ver al rey supremo solo, pero Artor no les prestaba ninguna atención.

En un principio Artor lo único que quería era respirar el aire limpio y fresco de la mañana, apartado de las preocupaciones del poder, pero mientras cabalgaba, oyó el chillido de las gaviotas en la costa y se imaginó que lo llamaban y que lanzaban su nombre al viento de la suave y temprana brisa del mar.

Por un serpenteante sendero, abierto en medio de la verde pradera, Artor llegó a una fértil franja de tierra, que separaba los montes del mar. Se oían cencerros de vacas, que pacían en las lomas más altas sin dejarse ver, y a eso se añadía la fantasmagórica apariencia traslúcida que confería la luz de la mañana al mar y a la tierra. El territorio terminaba en una playa de suaves cantos rodados y arena pálida, con pequeñas olas festoneadas de puntillas de espuma blanca, que saboreaban la arena y hacían crujir la grava entre sus dientes.

Artor desmontó y Carbón se alejó en busca de hierba fresca.

El mar, el cielo y las inquietas gaviotas lucían distintos tonos de gris, tendidos sobre una tira verde-azulada, tan intensa que hacía daño a la vista. Detrás de unas lomas cubiertas de hierba, la tierra ascendía gradualmente hasta terminar en una cresta salpicada de rocas grisáceas, oscuras y ahumadas. Y por encima de estas tierras altas estaban las montañas, de un negro basalto, prominentes, regias y descomunales a los ojos de quien, como Artor, las miraba desde las tierras bajas, hasta el punto que en un momento ya sólo veía fortalezas de piedra gris que surgían aquí y allá.

El mar parecía frío y a la luz de la mañana el cálido aliento de Artor formaba

débiles bocanadas de vaho, por eso nadie sabría decir, ni siquiera él, por qué decidió quitarse la ropa hasta quedarse desnudo. Targo le había enseñado a nadar de niño, hacía décadas, y ahora de mayor disfrutaba con el roce de las piedrecillas bajo sus pies y el aroma a sal y algas que le traía la brisa. La piel se le erizó del frío y parecía que los brillantes cabellos se le encrespaban. Los gritos de las gaviotas le trajeron a la memoria los ruiditos que hacía Gallia por las noches, cuando Artor exploraba todos los recodos de su cuerpo. Con una semierección provocada por el recuerdo, Artor se zambulló en unas aguas gélidas.

«Necesitas una esposa, estúpido», le dijo una voz interior, mientras su cuerpo se estremecía por el choque violento con aquellas olas cortantes y al tiempo notaba los poros, los capilares y hasta las raíces del cabello revitalizados por el esfuerzo de las brazadas. Durante un tiempo indefinido, sin pensar en nada, opuso su fuerza a los embates de las olas. Después, con ese cansancio renovador que se siente después del esfuerzo realizado, el rey supremo de los británicos se dejó llevar, hundido en el regazo de las olas, mirando al cielo.

Al rato, frío y hambriento, salió a la orilla sorteando olas y retirándose la melena de la cara con un golpe de cabeza.

—Ay, muchacho. Pero si eres hombre muerto.

Targo esperaba distraídamente, montado sobre un buen caballo ruano, con una pierna apoyada de manera informal por encima del cuello del animal. Bajo el pálido sol de la mañana, el pelo blanco del anciano resplandeció como un celaje de luz ante los ojos de Artor, enrojecidos por el salitre. Se puso la mano a modo de visera. Por un momento y a contraluz, Targo le pareció una figura de piedra negra, de rostro y ojos silíceos y formas planas.

—¿Targo?

Artor recogió la tosca túnica de lana que le lanzaron al pecho. Apenas tuvo tiempo de agarrarla, cuando le llegaron también sus pantalones de cuero con un golpe seco.

—Sería mejor que ocultaras tu desnudez, muchacho. No es que a mí me impresione, pero a lo mejor animaba un poco el día a la reina Morcadés.

Artor le miraba boquiabierto, mientras Targo con una garrocha larga intentaba rescatar de la arena otra prenda para lanzársela a su desconcertado y querido señor. Targo estaba muy enfadado.

—¿Morcadés? ¿Qué bobadas estás diciendo, Targo? ¿Qué hace aquí la reina Morcadés? Si se tarda una semana al galope en llegar a Venta Silurum desde el reino de Lot.

—Joder, chico, ¿a mí qué me cuentas? ¿A quién le importa lo que opine? Pero el rey Lot, su esposa y un grupo notable de jinetes y lanceros están a punto de llegar al campamento. Pinhead los vio venir y llegó como una exhalación para avisarnos. Le parecía que nos pondría nerviosos saber que teníamos otro pequeño ejército pisándonos los talones.

—¿Pelles?

—Sí. ¡Te lo acabo de decir! ¡Qué maldición, chico! Nunca me acostumbraré a llamar Pelles a ese hijo de puta. Para mí siempre ha sido Pinhead, y lo seguirá siendo, por muchas galas que se ponga. Es el único que queda vivo de la Escoria de Anderida, y nosotros, claro. Nunca habría pensado que ese tuerto bribón duraría ni la mitad de lo que ha durado.

—Pelles es un superviviente de la cabeza a los pies. Pero no me cambies de tema, Targo.

—Vístete… amo —Targo pronunció estas palabras con ironía y tristeza.

Sin decir palabra, Artor obedeció a su viejo amigo y se vistió rápidamente, sin detenerse.

Targo hablaba con voz sombría, sin rastro de esa chispa de mordacidad tan natural en él. Impertérrito, el rey se tragó las preguntas que le asaltaban y siguió vistiéndose. Notaba las vibraciones que emanaban del sentimiento de desaprobación de Targo, interponiéndose entre los dos, pero Artor apartó de su mente todo tipo de consideraciones personales. Como a Targo le gustaba decir, «lo primero es lo primero».

Artor salió corriendo colina arriba haciendo crujir la arena y los pequeños guijarros bajo sus botas. Al primer silbido llegó Carbón, obediente, siempre atento a los deseos de su amo. El caballo detuvo la carrera juguetonamente justo al lado de Artor, que agarró las riendas. Antes de montarse a la grupa, cogió un puñadito de piedras y las echó al bolsón de cuero que siempre llevaba atado al cinturón.

Targo lo miraba con un enfado mayúsculo. Su rey estaba perdiendo el tiempo con emociones que estaban fuera de lugar.

Artor saltó sobre la silla con agilidad y atrajo los testarudos ojos de Targo.

—Venga, dame ahora el parte —ordenó Artor.

Targo tomó aliento, con aire de desesperación.

—Pinhead ha salido de Deva, al norte, y ha bajado por la antigua calzada romana, cabalgando sin parar. El viejo depravado aparece en el campamento a lomos de un caballo medio muerto y sin fuerzas para dar un solo paso más. Dice que el rey Lot se dirige hacia aquí, seguido de hombres armados.

—¿Y viene mi hermana con él?

Targo soltó un bufido.

—Sí —dijo.

—¿Cuándo llegan?

Targo se encogió de hombros, retirando su labrado rostro de la mirada del rey.

—Mitras sabrá —el viejo romano se detuvo unos instantes antes de seguir, con voz manifiestamente más enfadada de lo que ya la tenía.

—Por cierto, tengo que decir que Odin está muy molesto contigo. Esta mañana al despertarse y ver que te habías marchado del campamento, estaba gritando de todo y lanzando al viento todo tipo de juramentos. Él sabe cuáles son sus obligaciones como

guardia personal y pretende cumplirlas con todo rigor; así que si vuelves a desaparecer sin que él se entere, seguro que va a empezar a dormir con un ojo alerta, si es que duerme algo.

Artor frunció el ceño con una mezcla de irritación y algo parecido al sentimiento de culpa.

—Ya hablaré con Odin de mis malos hábitos, pero ahora, tenemos que regresar al campamento.

Targo fustigó a su caballo y lo puso al galope de una manera tan innecesariamente brusca que el animal lanzó un relincho, en señal de protesta y de dolor.

—¡Targo! —gritó Artor, retirándose hasta quedar detrás de su más fiel sirviente —. ¿Estás enfadado conmigo por lo de Odin?

Targo no se dignó ni a contestar, y siguió impasible, irguiéndose un poco más en la montura de su ruano. Todos sus movimientos expresaban a voces un profundo sentimiento de desaprobación.

Artor espoleó a su caballo y salió al galope detrás de Targo.

—¡Escúpelo ya, Targo! ¡Estás enfadado por algo!

Targo tiró de las riendas del caballo y lo detuvo de golpe, volviéndose hacia su señor.

—¡Por todos los dioses del Hades, Artor! Pinhead ha venido como el rayo para avisarnos de algo importante y no había quien te encontrara. Te zafaste hasta de los vigías… —Targo bajó la voz hasta sumirse en un huraño silencio.

—Necesitaba tiempo para pensar. En el campamento me es casi imposible, porque casi nunca estoy solo —Artor sabía que sus frases podían parecer petulantes, pero también sentía un cierto resquemor hacia estos dos hombres que tanto lo amaban. Estaba claro que de vez en cuando él también tenía derecho a gozar de un rato solo, sin gente.

—Creo que recuerdo algún que otro sirviente de un rey supremo, del que tampoco se tuvieron en cuenta los sentimientos. Pero no quiero hablar más del tema.

Durante un largo instante, el antiguo soldado miró fijamente a los ojos de su rey con enorme dureza. Y al punto giró sobre su animal y se alejó a caballo desbocado.

—¿Quién? ¿Qué? —gritó Artor persiguiendo a su viejo amigo—. ¿De qué hablas?

Targo no quiso volverse.

Artor se quedó inmóvil sobre la grupa de Carbón, rumiando las palabras de Targo.

Se sumió en sus recuerdos intentando sacar a la luz a qué sirvientes pudo haber tratado mal su amo. ¿Era Frith?, ¿Cleto? Imposible. ¿El propio Targo? ¿Gruffydd? ¿Botha?

—¡Ah, Botha! —dijo Artor entre susurros, mientras recordaba a ese hombre alto y orgulloso, de edad mediana, que había servido a Uter Pandragón como capitán de la guardia del rey. Botha había querido mucho a Uter Pandragón, en su dorada juventud, y se había mantenido fiel a sus votos de lealtad, aunque por ello terminara con el

corazón roto.

Sí, Targo se refería a Botha.

En ese momento, con la misma inmediatez que el trueno estalla en medio de la tormenta, Artor comprendió lo que Targo quería decirle.

Espoleó a Carbón y salió a galope tendido hasta que alcanzó al anciano.

—Lo siento muchísimo, viejo amigo —Artor hablaba de corazón a la erguida espalda de Targo—. No tengo excusas, ya que he entendido lo que me querías decir.

Targo ralentizó su caballo y se paró. Dejó caer los hombros, pero se negó a volver la cabeza, rapada al cero.

—Me disculparé ante Odin, también, mi más antiguo maestro —añadió Artor—. Actué sin pensar y lamento mi falta de consideración hacia ti. Lo único que puedo alegar en mi defensa es que a veces se me olvida que tengo responsabilidades con otros y no sólo conmigo.

Targo musitó algo, rehuyendo todavía la mirada del rey.

—¿Dónde estaríamos si no estuvieras aquí para guiarnos, Artor? —preguntó Targo con los brazos abiertos de par en par—. ¿Qué haríamos si uno de los sajones te cortara el cuello mientras andas holgazaneando por los bajíos? ¿Acaso crees que Myrddion o el rey Lot pueden liderar a los celtas, sea en tiempos de paz o de guerra? ¿Piensas que Llanwith o Luka pueden remplazarte? Si mueres, fracasaríamos en nuestro sueño. ¿Quién puede unir las tribus, si no eres tú? ¿Es que en los asentamientos romanos van a hacer caso a Galván? No. Sin ti, vencen los sajones. Sin ti, las ciudades del oeste caerán incendiadas y las iglesias quedarán en ruinas. La sangre profanará el sagrado Glastonbury y la plácida Villa Poppinidii acabará reducida a escombros. Venta Belgarum se convertirá en un erial de barro, con cabañas techadas de hierba y las fortificaciones romanas destruidas. ¿Es eso lo que quieres?

La belleza se había esfumado de la mañana de Artor y empezó a sentirse como un chucho abandonado.

Le resultaba fácil evocar aquella cabeza leonina y Canosa de Botha, cuando lo vio por primera vez en el palacio del rey hacía muchos años. Botha se había mostrado recto y noble, como correspondía a su honor, hasta que las órdenes de Uter lo convirtieron en un asesino. Botha obedeció a su rey, pero perdió su honor para siempre. Los reyes tienen responsabilidades con respecto a quienes tienen a su servicio.

Artor espoleó a Carbón para que se situara junto al ruano, echó un brazo por el hombro a Targo y lo abrazó, pese a lo dificultoso de la postura. Carbón se desplazó furtivamente y los dos hombres rieron al ver que sus monturas los obligaban a separarse.

Targo suavizó el rictus de la boca y esbozó una sonrisa.

—Tienes que entenderlo, muchacho.

Artor ya podía volver a disfrutar del amanecer.

ARTOR SE VISTIÓ con esmero para recibir a sus nobles huéspedes. En honor de Gaheris, Artor se puso su túnica de marta cibelina, el manto y la coraza, a lo que añadió únicamente algunos ornamentos de oro y el medallón con el dragón rampante prendido en el manto. Como consideraba que la corona era innecesaria para hablar con su gente, se trenzó el cabello anudándoselo con hilo de oro. Se puso el anillo de perlas en el pulgar derecho y un sencillo aro de oro, grabado con el contorno de un puño cerrado, en el izquierdo. El anillo de oro se lo había regalado Lucius, el obispo de Glastonbury, hacía muchos años.

Esa misma mañana, un poco antes, Artor dio un beso a Odin en la mejilla después de pedirle perdón, lo cual había dejado al sirviente sin palabras. El enorme guardián se inclinó ante su dueño y señor.

«Me trata como a un dios», pensó Artor con tristeza. «Una carga difícil de soportar».

Ahora con los sentimientos controlados y rodeado de sus capitanes, incluido el irrefrenable Pelles con todas sus galas, Artor esperaba la llegada del rey Lot y la reina Morcadés.

No tuvo que esperar mucho.

Lot y Morcadés detuvieron el séquito en las afueras del vivac celta y se acercaron a caballo al campamento de Arturo con toda calma. La guardia de honor de los guerreros celtas hizo sonar sus armas sobre los escudos, reproduciendo el saludo romano. Solos, acompañados únicamente de dos guardias a modo de representación, el rey y la reina de los otadinos soltaron riendas ante su rey supremo.

Morcadés iba vestida con las opulentas pieles y telas de costumbre, pero en esta ocasión todas sus prendas estaban teñidas del negro más intenso. Al alzar la vista, Artor reconoció en su rostro marmóreo el parecido con su madre Ygerne y con su hermana Morgana. Le sobrevino una súbita ráfaga de lástima ante esta mujer resentida, por el infinito y desgarrador dolor que debía estar sintiendo ante la pérdida de su hijo.

Morcadés había perdido muchas cosas en sus cuarenta y cuatro años de vida. De pequeña se quedó sin padre demasiado joven como para acordarse de él, pero la educaron para odiar a Uter Pandragón, el usurpador del trono de su progenitor, Gorlois, con honda y callada aversión. Siendo muy niña la casaron con un hombre de mediana edad que la arrebató de la suave tierra de Cornualles para llevársela a vivir más allá del Muro de Adriano, en una región de largos inviernos y presa de un pragmatismo sombrío. Había dado muchos hijos al rey Lot, todos ellos fuertes y sanos, pero rara vez fue feliz. Le habían inculcado el odio durante la niñez, primero hacia Uter, que siempre la trató de manera vil, y luego hacia Artor, su hermanastro, por haberse convertido en el heredero de Uter. Pero el odio es un trago amargo, incluso para los estómagos más duros. A lo mejor ansiaba la risa. Artor no tenía modo

de saberlo, porque Morcadés nunca había estado dispuesta a compartir con él sus pensamientos. Y ahora había muerto el hijo que más amaba de todos, de un modo brutal e innecesario, mientras servía en las filas de su despreciable hermanastro.

Se le había pasado la juventud y va sólo le quedaba apenas un ápice de su vigor.

Mientras Myrddion y Llanwith ayudaban a descabalgar al rey Lot, Artor tendió la mano a su hermana. Morcadés aceptó el ofrecimiento y al cogerle la suya el rey notó los dedos tan delicados que tenía. Eran dedos fríos y frágiles, esqueléticos, como pertenecientes a una mujer que hubiera muerto hacía tiempo. Tenía los ojos de un tono gris verdoso, de mirada vacía e impenetrable.

—Bienvenida, hermana. Te ruego aceptes mis condolencias y mi vergüenza por la muerte de tu hijo, el noble Gaheris, que murió con enorme grandeza para honor de esta casa. Lloro contigo por la pérdida del más delicado joven que haya habido en todas las tribus.

Morcadés inclinó graciosamente la cabeza como signo de reconocimiento, aunque sus ojos por un instante emitieron el destello de un sentimiento que Artor no supo reconocer. Si hubiera sido un hombre más experimentado con las mujeres, lo habría identificado con el brillo que emanan las lágrimas contenidas.

—A Gaheris lo adorábamos, por eso hemos venido Lot y yo —contestó con sencillez, mientras Artor le ofrecía el brazo—. No te guardamos ningún rencor, hermano.

El contacto de los dedos de su hermana ligeramente apoyados en su antebrazo le permitió observar que tenía una mano larga y flexible como la suya. Las uñas eran pequeños puntos rosas que sobresalían ligeramente de la elegante tela del vestido. A Artor le sobrevino un escalofrío, pensando que aquellos dedos finos y delicados podrían convertirse en afiladas garras que le destrozaran el corazón. Pero al tiempo parecía que su hermana no mentía. Su propia indumentaria suponía el reconocimiento público del valor que representaba Gaheris para el territorio.

Artor, rey supremo, le hizo una indicación para que se sentara en una silla que habían dispuesto en señal de deferencia, y empezó a pensar en Morcadés y en la larga enemistad que los separaba. Admitía no haberse preocupado nunca de profundizar en el carácter ni en las maquinaciones de su hermanastra. Realmente, se había centrado más en la velada y sutil maldad de Morgana, una mujer de aguda inteligencia e inaplacable resentimiento. Ahora le parecía que Morcadés expresaba un dolor más sincero que su hermana mayor, le resultaba menos frívola e insustancial, más parecida a la pálida Boudica, dispuesta a tirar todo por la borda con tal de obtener un poco de venganza.

Sin perder su máscara de cortesía, Artor se encogió de hombros interiormente, reconociendo el poder y la empatía de su madre, cualidades que había pasado en herencia a todos sus hijos. Con el agudo y sordo dolor que debía estar sintiendo como madre, Morcadés había despertado a la plenitud de su ser y Artor se estremeció al comprobar que le tenía algo de miedo.

«Todas las mujeres son un peligro —pensó Artor para sí—. Se esfuerzan por conseguir lo que pretenden de un modo que a los hombres nos resulta difícil de entender.»

De cara a la galería, Artor sonreía educadamente y con la mirada transmitía el profundo interés y la simpatía que le deparaba la regia pareja. Por voluminoso que fuera, el rey Lot no era nadie, comparado con el poder que irradiaba con su sola presencia esta mujer menuda y enlutada.

Artor, Lot y el resto de los reyes pronto estuvieron sentados a la mesa, atendidos por príncipes jóvenes, que se estrenaban como soldados en esta guerra. Mientras se servía el vino y la fruta que le ofrecían, Morcadés miraba fijamente a la cara de estos muchachos, rostros jóvenes y ardientes, que le evocaban con tanta fuerza la imagen de Gaheris.

El rey Lot, con su progresiva calvicie, estaba sentado algo más alto que Artor y en su comportamiento ya no quedaban rasgos de desprecio ni de desdén. Al hablar, lo hizo en tono conciliador.

—En el pasado ha habido desavenencias entre nosotros —comenzó diciendo el rey de los otadinos, con la frente algo cubierta de sudor por el disgusto y los nervios —. Nos convertimos en enemigos por antiguos rencores que debieron enterrar quienes los iniciaron.

—Hay mucha verdad en lo que dices, Lot, y lo tengo en cuenta. Pero siempre entendí que cuando actuabas, lo hacías por lealtad a tu familia y a tu tribu —respondió Artor, intentando quitarle trascendencia al asunto, aunque su mirada no ocultaba la advertencia que subyacía a sus afectuosas palabras.

«Interpreta lo que digo como mejor te parezca, cabrón», pensó para sí, al recordar las veces que Lot intentó usurpar el trono de los británicos para enriquecerse y enriquecer a su familia.

Algo turbado, Lot arrellanó como pudo su mole corporal dentro de la silla.

—Ruego admitas que en mí no queda enemistad alguna, porque la sangre de mi hijo ha liquidado las cuentas que teníamos pendientes.

«Y así debe ser», añadió Artor para sus adentros.

—A Gaheris le habría encantado que abrazara a su padre —dijo en voz alta.

—Muy amable por tu parte, señor —reconoció Lot, dejando caer la mirada.

Artor sintió un poso de simpatía ante los lamentables gestos que hacía el envejecido monarca por ser cortés.

—Yo también te agradezco las amables palabras que has pronunciado, y que nos enviaras los restos de mi hijo, Artor —murmuró Morcadés con voz queda, mirando a su hermano y al hablar se le inundaron aún más los ojos de lágrimas, por el dolor que sentía. De nuevo surgía la honestidad y Artor suspiró para sus adentros, compadeciéndose de la mujer—. Amaba a mi hijo, Artor; lo amé incluso cuando abandonó su tribu para portar tu bandera. Me sentía orgullosa de su valor y sabía que alcanzaría un nombre dentro de tus dominios. Y sabía que no lo ibas a utilizar para

ahondar en nuestras diferencias, porque tú siempre has sido noble con Galván, nuestro heredero.

Artor interpretó lo que se leía en su mirada.

—Hermana, yo no sabía que los sajones iban a hacer daño a Gaheris. Cuando envié mis emisarios ante Glamdring Ironfist lo hice de buena fe, pero también consciente de que arriesgaban su vida. Ése es el dilema al que nos enfrentamos los reyes. Sin embargo, nunca pensé que Ironfist fuera tan torpe como para asesinar al hijo de uno de sus aliados. Y juro que es verdad lo que estoy diciendo.

—Y te creo —contestó Morcadés sin añadir nada, mientras una única lágrima le resbalaba por el rostro, aún terso.

«Bien hecho, Artor», le susurró al oído de su enrevesado cerebro la insidiosa voz de su ser más íntimo y más frío. Sintió náuseas. Realmente sí que había previsto que traicionaran a los emisarios, y lo había hecho incluso antes de que salieran de Cadbury Tor. Por eso siempre le perseguiría este sentimiento de culpa.

—Hemos venido para unirnos a vosotros, porque pretendemos vengar esos ataques —continuó diciendo Lot en un tono implacable—. Os pido que dejéis a un lado nuestra antigua enemistad y nos aceptéis como aliados de guerra. Mi pueblo ruge por matar a esos perros, que asesinaron a su joven príncipe. Personalmente, he cruzado el Muro de Adriano para matarlos a todos y cada uno de ellos, y a partir de ahora quiero seguir liquidando sajones, hasta que esos descendientes de mi linaje dejen de dominar los pasos del norte. En esta ocasión, Glamdring Ironfist ha ido demasiado lejos.

Myrddion sonrió cubriéndose la boca con la mano. Se preguntaba si Artor no habría jugado con este corolario cuando por fin aceptó que Gaheris fuera entre sus emisarios. Verdaderamente, Artor era rey de reyes.

—Por mi parte, Lot, es como si el viento hubiera borrado la desconfianza y las airadas palabras que en el pasado cruzamos entre nosotros —respondió Artor con gran formalidad, consciente de la gravedad y la oportunidad que representaba el momento para la alianza que estaba a punto de formalizar—. Gaheris fue un joven valeroso, pero además poseía por naturaleza altas dosis de dignidad y nobleza. Murió desafiando a Ironfist. Y al morir, gritó a los cuatro vientos su máxima debilidad, un defecto que nosotros explotaremos. Podéis uniros a nosotros y os damos la bienvenida.

Con esas palabras aparentemente tan sencillas, las fuerzas de Artor se vieron incrementadas en ciento cincuenta guerreros de la irascible tribu de los Otadini, unos hombres que habían labrado su propio reino en las montañas y las fértiles planicies, erradicando del territorio a los salvajes de rostro tatuado de azul del lejano septentrión. De alma exaltada, los Otadini habían triunfado y pese al acento y la piel tan blanca que tenían, eran hombres tan experimentados en el arte de la guerra que sus compatriotas celtas se sintieron reconfortados al firmar con ellos esta trascendental alianza. Bastaba con que Lot depositara su confianza en algo, para que

lo siguieran todas las tribus del norte. Los Otadini lo mismo ocultaban su rencor que blandían una espada, pero cuando hacían un juramento, lo mantenían a muerte.

Artor acalló el remordimiento que lo invadía por sus pecados de omisión, conformándose con pensar que el bien de su pueblo le exigía comportarse como un rey, no necesariamente como un hombre honrado.

Morcadés se resistió a todo intento por hacerla desistir de ir a la guerra como uno más, y rechazó a quienes pretendieron convencerla de que debía quedarse medianamente a seguro en Venta Silurum.

—Quiero presenciar cada una de las escaramuzas y de las batallas —dijo a su hermano, con las pupilas encendidas—. Quiero disfrutar viendo cómo matan al mayor número de sajones que puedan, con mis propios ojos. Con su muerte el alma de mi hijo se liberará y cabalgará a lomos del espectro de sus enemigos hasta reunirse de inmediato con sus antepasados. Y entonces despertará orgulloso en el Palacio de los Muertos.

Artor contuvo una exclamación de miedo incontrolado. «Qué familia tan terrible somos —pensó, observando la furia materna que incendiaba el ánimo de Morcadés —. Realmente las mujeres son mucho más crueles de lo que los hombres creemos. Serían capaces de arruinar la tierra entera por un hijo.»

Artor prometió darle una dosis completa de sangre sajona.

Morcadés sonrió con frialdad, satisfecha. No tendría compasión para quienes llevaran sangre sajona en las venas. No habría suficientes sajones en las islas para compensar su necesidad, ni para mitigar el infinito dolor que la estrangulaba.

El sol lucía en lo alto cuando las fuerzas otadinas recibieron el saludo de bienvenida en el campamento del rey supremo. A su alrededor un círculo de gaviotas reñían por conseguir restos de comida, revoloteando como pájaros carroñeros ansiosos de los mendrugos que se desechaban en las cocinas de campaña.

Morcadés se quedó mirando los terribles picos de las aves y sus penetrantes ojos negros. Sonrió, sepultada en un silencioso volcán de augurios.

CAPÍTULO V

MORIDUNUM

UNA SEMANA MÁS tarde las fuerzas de Artor iniciaron su campaña contra los sajones en medio de una persistente tormenta que agotó a hombres y animales y convirtió el terreno en un lodazal. La marcha era lenta, ya que la fuerza principal avanzaba en grupos de cincuenta jinetes, mientras que los escoltas protegían a las tropas de infantería y a los arqueros de cualquier ataque súbito.

—¡Bueno!, Artor, ¡no iremos a acercarnos así de sigilosos al enemigo! —insinuó Targo despectivamente, todo cubierto de pieles, salvo la punta de la nariz—. ¡Mira lo que viene ahí! —y señaló a su espalda.

Desde la ventaja que le proporcionaba una pequeña elevación, Artor vio que se acercaban jinetes, carros con impedimenta y el normal desecho de hombres y seguidores incorporados al campamento. La larga columna avanzaba esforzadamente a través de las pistas embarradas en que se habían convertido las vías costeras. A su paso, el ejército iba modelando una rodera de fango oscuro, de unos doce metros de ancho, que surcaba la vegetación curtida por el salitre. Cualquier sajón que llevado por la curiosidad se acercara a las colinas vería con facilidad el rastro serpenteante que iba dejando el Dragón Rojo de Artor.

—Sí, dejamos huella, es verdad, pero nunca me planteé ocultarme de Ironfist. Quiero que sepa que voy a por él, así que espero que le den noticia de nuestros números.

—¡Joder!, ¡qué frío! —Targo estornudó y, dando un suspiro, se arrebujó aún más entre sus pieles—. Hay que ser sajón para querer vivir en estas tierras, y yo estoy ya viejo para estas luchas.

—Regresa si quieres, Targo —propuso Artor.

A Targo le temblaba la nariz de indignación.

—¿Estás diciendo que me vaya?

Artor se negó a picar el anzuelo y siguió mirando en lontananza a la caravana que seguía su marcha, pero Targo vio cómo se mordía los labios para evitar la risa.

—¿Ves cómo nos vigilan, muchacho? Cuando estuve en Escitia, por lugares tan horribles como éste, notaba el hierro apuntándome por detrás. En esas colinas hay sajones y nos están observando.

—Que observen lo que quieran.

—O sea, que ¿ésa es tu estrategia? ¿Pretendes introducirte en un país lleno de enemigos y que sean ellos los que pongan las normas? Sé que te enseñe a planificar mejor las cosas.

Artor experimentó una rabia súbita, pero afortunadamente se le pasó enseguida. Targo estaba preocupado, y por eso jugaba al acoso. De hecho él había aprendido a pensar con lógica y claridad gracias a la paciencia del anciano. Le debía corresponder por tanto con la misma moneda.

—Cuando alcancemos las llanuras que hay debajo de Caer Fyrddin, destruiremos las aldeas. Será tarea fácil, teniendo en cuenta que somos muchos y… vergonzosamente innobles. Entonces nos asentaremos en las llanuras a esperar —explicó calmadamente Artor.

—¿A esperar?

—Claro. Tengo que engatusar a Ironfist. Mi plan depende de que se sienta obligado a salir de su fortaleza. Tenemos más o menos la misma posibilidad de éxito que en Anderida, hace años. Pero en aquella ocasión tuvimos la suerte de atacar en la oscuridad, y nos aprovechamos del efecto sorpresa. Si hoy intentara tomar Anderida con el mismo número de hombres, lo más probable es que no lo consiguiera. Entonces no sabía lo imposible que era ese asalto, ni la suerte que tuvimos de sobrevivir.

Targo se olvidó de ese frío y esa llovizna que le provocaban un dolor de huesos tan lacerante. Artor siempre había tenido una especial habilidad para encontrar estrategias sencillas, engañosas y costosas para el enemigo, como suele ocurrir siempre con las cosas simples. Artor iba a intentar explotar las debilidades humanas de Ironfist, mostrando sus puntos fuertes como si fueran defectos. En Anderida había dividido su ejército. Dos escuadrones de caballería atacaron las puertas oriental y occidental, bajo la orden de Artor, Targo y la Escoria, salvando una ciénaga casi en plena noche, escalando las almenas sin que los vieran y abriendo las puertas, todo sin alertar a la guardia del ejército sajón, mucho más numeroso. La táctica había resultado acertada.

—Una vez que nos asentemos en nuestras posiciones, me propongo dividir las fuerzas.

Targo medio sonrió desde el interior de su cubil de pieles, húmedo y maloliente. Allá vamos de nuevo, pensó.

—¿Dividirlas? ¿Por qué?

—Hemos pasado Burrium y Galligaer, las antiguas fortalezas romanas y nos dirigimos a Nidum. Pretendo enviar a Galván para que haga salir de allí a los sajones, sólo por complacer a Morcadés y su deseo de venganza. Y además Galván está deseando aniquilar a alguien en memoria de su hermano, nada extraño, dadas las circunstancias. En todo caso, cuando dejemos Nidum a nuestras espaldas, tiene que ser un lugar seguro desde el que proteger nuestros flancos.

Targo asintió. Asegurarse la retaguardia siempre es bueno.

—Galván será mi primer cebo —siguió Artor—, y seguro que estará encantado de limpiar las llanuras de refuerzos sajones.

Targo volvió a asentir con la cabeza. Era sensato utilizar la caballería en lugares abiertos. Hasta ahora Artor había demostrado tener una estrategia firme y sólida, propia de comandantes maduros, dispuestos a conseguir sus objetivos. Ahora Targo esperaba que Artor le sorprendiera con su toque de originalidad.

—Y después, ¿qué? —preguntó.

—Enviaré los guerreros de Lot a la península de Octapitarum a toda velocidad y Llanwith seguirá avanzando hasta un lugar horripilante que se llama Glandovery. Al menos, creo que se llama así.

—¡Estás loco!

En la mentalidad de Targo, la idea de dividir una fuerza de combate efectiva en unidades más pequeñas y menos eficaces, vulnerables al ataque de un enemigo más fuerte con ventaja táctica, era absurdo. Es cierto que el asalto a Anderida requirió la división del ejército para atacar un mismo punto desde distintos flancos. Pero en esta ocasión, lo que Artor estaba proponiendo era desplegar la caballería por todo el sur de Cymru, en dirección al norte, al este y al oeste, y dejar al grueso de las fuerzas desprotegido.

—Lo más seguro es que Ironfist se disponga a atacar nuestro destacamento principal y, si nadie apoya a esos hombres, puede derrotamos con facilidad.

—En circunstancias normales, estaría de acuerdo con esa consideración y desde luego no tengo ganas de perder ni de morir. Cuando mis unidades hayan salido a realizar las tareas que les he encomendado, me sentaré a esperar junto al río que baja de las montañas. Tendremos el agua detrás de nosotros al menos por dos lados y, desde su perspectiva, Ironfist creerá que no tenemos por dónde escapar ni lugar para escondernos —Artor se volvió hacia Targo y le provocó con una amable sonrisa—. Cada día liberaré a un sajón y se lo enviaré a Ironfist con un regalo. También le haré llegar un mensaje personal, muy especial, para encolerizarlo.

El caballo de Targo empezó a encabritarse, nervioso, al notar la excitación que azuzaba a su anciano y consumado jinete.

—Lo que pretendo con mis mensajes diarios es incitar a Ironfist hasta que se vea inducido a salir de Caer Fyrddin para atacamos con lo que para él es un ejército superior en número de hombres. Estoy jugando con la idea de que es una persona de carácter voluble, como nos indicó Ulf.

Targo se daba cuenta de que su protegido estaba poniendo muchísimo en juego.

—Así que lo más probable es que Ironfist quiera matarte —dijo refunfuñando—. Y si estás apalancado en la llanura costera ¿cómo piensas contener a cientos de piojosos bárbaros, ansiosos de cortarte el cuello? Y a mí, claro. Mi cabeza será un incentivo extra para esos bárbaros.

—Ahí es donde entran Galván, Lot y Llanwith.

—¿Pero no van a estar en la batalla del río, o sí? —observó Targo.

—Confío en que Ironfist se olvide de ellos o que los crea demasiado lejos como para suponer un peligro. En teoría, si asumimos que un grueso reducido de mis fuerzas puede mantener su posición, entonces Moridunum estaría más o menos sitiado. Pero luego quiero que las tres columnas ausentes regresen al río para reforzar mis tropas una vez entablada la batalla con Ironfist.

Hizo una pausa para ver el efecto que le causaban al anciano estas previsiones.

—Antes de que digas nada, amigo, sé bien que los tres destacamentos necesitan tiempo para unirse a los míos, y que tendrán que cabalgar a buen ritmo. Por eso, hasta que lleguen utilizaré como principal método de defensa la propia táctica de los sajones, el muro de escudos. De este modo, los soldados no necesitarán los caballos, que pasarán a los guerreros de Lot para que, cada uno con dos monturas, acelere la vuelta. Tienen que recorrer una larga distancia para apoyar a mis tropas, y lo harán más rápido con caballos descansados. La columna de Llanwith y los soldados de Galván pueden llegar en un tiempo razonable, en cuanto vean la señal de que los necesitamos. Y nosotros tendremos que jugárnosla y confiar en el valor y la destreza de los arqueros, que estarán situados detrás de mis guerreros en los márgenes del río.

—Pues ahora me alegro de que haya venido Pinhead —musitó Targo—. No suelo mencionarlo, pero una vez tuve que «agachar la testa» como dicen los romanos. Estábamos en Iiyricum en un lugar que ni tenía nombre, un poco al norte de Herculia. El terreno era completamente plano y los bárbaros muy desagradables. Día y noche tirándonos flechas, sin parar.

—Y, como se ve, lograste sobrevivir. ¿Qué hizo tu comandante? ¿Cómo os protegió de los arqueros y del asedio de una tropa de salvajes?

Los dos hombres bajaron el montículo a caballo y fueron al paso en paralelo al grueso del ejército. Salvo para los animales que transportaban los fardos, la incomodidad del fango no era tan grande y además la lluvia había amainado hasta no quedar más que en una suave llovizna. Como si se tratara de una vieja y arrugada tortuga, Targo emergió de su coraza de piel.

—De lo único que me acuerdo de mi tribuno es que se llamaba Sisto. Era un hombre normal, sin especial inteligencia, pero sí recuerdo que era terco y adusto; Le dijeron que tenía que defender el campamento hasta que lo relevaran, así que decidió mantener bajo control cada metro cuadrado, cumpliendo las órdenes recibidas al pie de la letra. Cuando nos explicó que si fallábamos moriríamos, formamos un escuadrón de combate. Sabíamos que lo que decía era cierto. Y de sólo pensar en lo que nos esperaba, nos pusimos firmes y recobramos fuerza. Nos dispusimos muy apretados unos con otros alrededor de la columna de equipajes, con los escudos protegiéndonos la cabeza y los costados. Cuando uno cae, otro tiene que ocupar el lugar del muerto, mecánicamente, como una báscula. Ningún hombre, sea muerto o herido, puede ser abandonado al enemigo. «Agachas la testa» y sigues intentando sobrevivir los siguientes cinco minutos, luego la siguiente hora y luego el siguiente día. Esta estrategia es una especie de guerra de desgaste, muy buena para descubrir

quién es el último que pierde los nervios —Targo carraspeó y se rió con su típico graznido—. Sisto no esperaba necesariamente que saliéramos vivos de allí, pero era demasiado terco para rendirse. Le llamábamos «Agallas avinagradas» pero cuando necesitábamos recobrar ánimos, bastaba con mirar al viejo Sisto y nos animábamos. Nunca sonreía, nunca se reía, pero su absoluta imperturbabilidad nos hacía creer que no había por qué preocuparse demasiado, de momento. Y cuando ya estábamos suponiendo que Sisto nos anunciaría que las cosas iban realmente mal, nos relevaron. Es increíble, realmente, lo mucho que influye un jefe.

Artor entendió el mensaje que subyacía a las palabras de Targo. Los sajones normalmente no utilizan flechas y rara vez abandonan la gloria de un combate cuerpo a cuerpo para esgrimir armas de más largo alcance, aunque esto fuera más sensato. «No. Si logramos que Ironfist salga, nos rodeará e intentará socavar nuestras defensas a base de fuerza bruta.»

—Lo cual quiere decir que debemos resistir en nuestra posición hasta que Lot y Llanwith vuelvan del campo de batalla —dijo Targo—. No hay más remedio. Una vez que te embarcas en esta estrategia, hay que repeler a los sajones hasta que te releven.

—Y en ese momento —concluyó Artor—, los guerreros de Ironfist quedarán atrapados en nuestra red y él caerá como manzana madura, lista para ser saboreada y deglutida.

—Si nos sitian en el terreno que queremos, nos libraremos de la lluvia, pero tendremos que luchar contra el fango, eso sí —añadió Targo animándose cada vez más—. A mí me encanta el fango. Confunde al enemigo y lo entretiene.

—Eres un eterno optimista, Targo.

—Pero sigo aquí, ¿no? Y aquí seguiré después de Moridunum. Ya lo verás. Caerán como chinches.

Artor salió a caballo para reunir a los capitanes y darles el parte y Targo volvió a sumirse en sus incómodas pieles. A medida que avanzaba la tarde, iban perdiendo visibilidad y empezaba a avanzar la niebla mientras caía un frío penetrante.

LOS CELTAS DETUVIERON su avance inicial junto a un pequeño afluente, en un lugar de abundante agua y espesa vegetación. De manera ordenada, como corresponde a soldados bien instruidos, dieron primero agua a los caballos y después los amarraron con largas sogas, para que pudieran pastar bajo la atenta vigilancia de la guardia. Luego, fueron organizando las fogatas, las cubiertas y las cocinas por unidades de cincuenta hombres, al tiempo que unos centinelas a caballo se apostaban en distintos puntos estratégicos, cortando las sombras como si fueran látigos de humo. Las luces de las fogatas resaltaban como ojos incandescentes, emitiendo destellos de apacible reposo.

Targo se dirigió al mismo corazón de las huestes, donde ya estaba preparada la

tienda de Artor; Odin estaba supervisando un guiso de conejo que había pillado por algún lado mientras avanzaban y Gruffydd había salido hacia los cerros, para observar y vigilar desde allí. Targo era el único que parecía andar vagando sin objetivo alguno.

El romano volvió a repasar detalladamente el plan de acción que había planeado Artor. Sí, podría resultar, siempre que los vigías celtas estuvieran dispersos por las colinas, solos o por parejas. Si querían triunfar, tenían que cortar las líneas de comunicación de los sajones, de modo que Ironfist sólo pudiera recibir los mensajes que Artor quisiera que recibiera.

Targo se hizo un nudo en los cordones de cuero que abrochaban el manto para acordarse de indicarle a Artor esta táctica.

—El muchacho tiene la vida de los guerreros en sus manos —se dijo el romano para sus adentros, mientras intentaba ver a través de una niebla cada vez más intensa —. Así que ya se cuidará de infundirles el coraje para defender sus puestos en el río. Pero tampoco vendrá mal que yo, por mi cuenta, infunda en los sajones el miedo a Mitras al mismo tiempo. Al menos, es algo que puedo hacer por iniciativa propia.

Siempre que, como ahora, hablaba en voz baja en la oscuridad, Targo no esperaba respuesta; de ahí que se quedara lívido cuando se topó con Luka, que había aparecido sigiloso por entre la niebla y había situado su caballo junto al del anciano.

—¿Estás apesadumbrado, viejo?

—Joder, Luka, a veces me das unos sustos morrocotudos. Y ¿quién eres tú para llamarme viejo? Tú ya tampoco eres ningún niño, ¿no?

—Pero algo más joven que tú, Targo. Si la mitad de las historias que cuentas fueran verdad, serías mayor que el propio Caer Fyrddin —Luka se rió entre dientes, con esa risa que une a los amigos.

—¿Estás comprobando los riesgos del terreno, rey Luka?

—La fuerza de la costumbre —respondió Luka sin más—. ¿En qué anda Artor?

—Va a compartir una estrategia suicida con Galván, Lot y Llanwith.

Espero que estés con nosotros cuando tengamos el cuello bien estirado en el cadalso antes de que nos decapiten.

—Si Artor la ha diseñado, aceptaré la estrategia, porque tiene una mente agudísima, que vale más de diez hachas de Ironfist. Puede que suframos pérdidas, pero me apostaría cualquier cosa a que no perdemos la batalla final. Fíjate bien en lo que digo, veterano, Artor desea llevarse la cabeza de Ironfist como trofeo y hará prevalecer su necesidad de venganza por encima incluso del número de bajas que tengamos que soportar.

Targo se sintió indignado y salió en defensa de Artor.

—Parece que en ocasiones odias al rey, Luka. ¿Cómo puedes juzgar con tanta dureza al muchacho? Lo conoces desde hace tanto como yo.

—Porque lo quiero, y porque confío en él. Lo veo como es realmente, aquel muchacho que decidió no matarme cuando hace veinte años intenté medirle las

fuerzas. Pero ya entonces vi que me habría troceado, si hubiera tenido que hacerlo, porque siempre se guía por el cerebro, no por el corazón. Joder, Targo. Le enseñaste que es estúpido morir innecesariamente y la única vez que lo he visto embarcarse en una empresa inútil fue cuando quiso volver a Aquae Sulis a salvar a Gallia. Igual habría podido salvarla…, pero si le hubiéramos ayudado, no sería rey supremo y probablemente nosotros estaríamos muertos.

Targo se llevó la mano a la cara.

—A mí todavía me duele ese incidente, amigo —contestó con tono suave—. Fui yo quien le cerró esa puerta para siempre. Pero no me malinterpretes, porque volvería a hacerlo, si fuera necesario. No por los británicos, ni por la gente, ni por el territorio, sino por lo que quiero al chico.

—Si hay alguna culpa general que pagar por lo que ocurrió aquel día, todos somos culpables y yo tendría que cargar con la mayor parte. Al estar borracho, se me escapó que Artor estaba casado y la información llegó de inmediato a los oídos de Uter, el diablo lo tenga por siempre consigo. Pero aun así no debemos cegarnos y creer que Artor es quien no es. Estoy a su servicio porque es humano y porque lucha para vencer. Utiliza ese misterioso y maravilloso cerebro que tiene para pergeñar soluciones a problemas que están más allá de mortales inferiores, como nosotros. Es un formidable rey, pero quizá tendríamos que compadecerlo, más que glorificarlo. Nunca verá su ansiada paz.

—¿Después de las veces que le he aguijoneado a meterse en el fango? No, Luka, no lo glorifico. Él es mi gloria y mi orgullo, y lo reconoceré mientras viva.

Luka mostró su blanca dentadura en la oscuridad, en una sonrisa impertinente, tan ridícula en el rostro de un autócrata avejentado.

—Entonces, tendremos que convenir que, al pensar en él, vemos a dos hombres distintos, Targo. Joder, probablemente los dos tengamos razón en lo que decimos de Artor, porque los reyes deberían poder ser hombres normales para su pueblo. Menos mal que no me tocó ser «Guerrero de Occidente» —sonrió mientras reflexionaba—. Me casé con una mujer complaciente y, a diferencia de lo que pasó con Artor, a nadie le importó con quién me casaba. Tuve la suerte de tener hijos varones. Lo que yo sienta es cosa mía, por eso soy libre de odiar a quien quiera y de amar a quien decida. Puedo manifestar mi mal humor, si lo deseo, y a nadie le importa un chifle si insulto o no a quien me resulte estúpido. Artor no puede permitirse esos lujos; está obligado a halagar al rey Lot y a su nociva hermanastra, que lo han agraviado de mil maneras durante años, todo por cimentar una alianza —Luka frunció los labios—. No, no quiero ser el Guerrero de Occidente. Ya resulta bastante complicado gobernar a los bravucones de mi tribu.

—Desde luego, amigo —convino Targo. Olfateó el aire como si fuera un sabueso —. Creo que está a punto de hacernos virar hacia el sur, hasta que nos encontremos con el mar.

—Nunca me gustó demasiado el agua —dijo Luka cortante y salió hacia la

arboleda.

Targo lo vio sumergirse en las sombras, hasta que sólo quedó de él una chispa que aleteaba por entre los árboles a la luz de la luna.

EL GRAN PALACIO de Caer Fyrddin carecía de toda pompa y boato. Lo construyeron los sajones aprovechando parte de las murallas romanas y terminaron la estructura con los árboles que encontraron en las colinas de los alrededores. Las vigas estaban casi carbonizadas, la broza del tejado, descompuesta, con olor a podrido y la paja del suelo, asquerosa, infectada de bichos.

Bedwyr dio un puntapié a un corpulento mastín para que se quitara del medio y poder limpiar una mesa tosca, manchada de cerveza, vino y restos de comida. Años antes había aprendido a controlar el vómito, así que ya no sentía náuseas con los olores y el aspecto general que presentaba Caer Fyrddin.

El joven celta había crecido en el palacio de un jefe menor de la tribu de los cornovios, cerca de los densos y azulados bosques de Arden. Por aquella época era un joven fornido con claro talento para el combate, pese a no tener la altura requerida en un guerrero. De ojos pardos y pelo aún más oscuro, tenía el rostro cubierto de pecas, hasta el punto de que a los veinte años seguía pareciendo un chico travieso.

Al cumplir los veintiuno, y hecho ya un hombre, le pidió a su padre que lo dejara ir a servir a la ciudad de Viroconium, gobernada por el rey Llanwith, para poder ver algo más de mundo. Como las calzadas romanas convergían en Viroconium, Bedwyr tenía la ilusión de toparse allí en algún momento con el gran Artor y con la legendaria figura de Myrddion Merlín. Ansioso de gloria, el joven se convenció de que si Artor lo veía en un momento de distensión en la lucha contra los sajones, lo invitaría a convertirse en guerrero de Cadbury Tor, un lugar idílico que Bedwyr apenas podía ni imaginar.

Bedwyr era un hombre jovial, que gozaba recorriendo la región de Ordovice y que disfrutó incluso cuando, de joven, tuvo que servir en la frontera de los démetas. Aprendió todo lo que sabía de campo en los bosques de Arden, antes de cumplir los diez años, y por eso había convertido los Montes Occidentales en su propia reserva de caza, donde con paso sigiloso y pasmosa facilidad conseguía cazar conejos, pájaros o cervatillos ayudado de la honda o el arco. Bedwyr era un cazador dotado y desenfadado que conocía el terreno a la perfección.

Nunca estuvo demasiado al corriente de la amenaza sajona, hasta que le llegó el momento, porque los clanes de Ordovice desplegaban tanto poder por las colinas de Caer Sivii y de Castell Collen, que los sajones evitaban pisar su territorio. Si aquella tarde no hubiera ido de caza por encima del campamento base que las tropas habían instalado en un pequeño y frondoso valle cerca de Castell Collen, puede que hubiera podido mantener su cándida inexperiencia o puede también que hubiera muerto a destiempo. Sus compatriotas estaban, como siempre, deseando comerse todo lo que

pillara Bedwyr.

Tenía tanta pericia entre las sombras que pronto consiguió dos conejos y un zorro, que habían intentado escapar a toda prisa. Mientras intentaba dar con un cervatillo, le llegó el olor a humo que salía de los cerros que había por encima del valle en que estaba instalado el campamento.

Inexorablemente atraído por el olor, se dirigió hacia el lugar.

Bedwyr fue arrastrándose como una serpiente a través de la maleza hasta su campamento, sin que lo delatara apenas el susurro de una hoja. Las tiendas habían sido incendiadas y las llamas se elevaban rabiosas por encima de las fogatas. El joven intentaba ver algo a través de aquel humo denso, cuando comenzaron los gritos, seguidos de un olor que empezó a revolverle el estómago.

El terrible hedor a carne achicharrada resultaba inconfundible.

Los gritos eran espantosos, se elevaban por el valle con una violencia espeluznante, intensificados por el dolor. Había algo que se retorcía y se contraía entre las llamas, pero Bedwyr procuró no reconocer más detalles del hombre que se consumía en medio de la pira, atado a un tronco.

Y sin embargo, no había manera de escapar de aquella agonía inhumana de gemidos penetrantes.

Bedwyr se puso en cuclillas, con las rodillas pegadas al pecho. Los gritos le recorrían la columna y le reverberaban por todos los huesos. Espontáneamente y sin pretenderlo fueron pasándole por la cabeza las caras de sus compañeros de escuadrón. ¿Quién sería el de la pira, Gallwyn, Octa, Berrigan, Melwai? Bedwyr no pudo controlar el vómito y por eso no oyó que unos pasos se acercaban sigilosamente por el camino de guijarros, ni se dio cuenta del suave brillo del acero a su derecha.

Cuando no le quedaba dentro más que bilis, Bedwyr consiguió controlar los nervios, cogió los conejos y el zorro y se los ató al cinturón con una cuerda. Comprobó que tenía el cuchillo y el arco, salió de su escondrijo… para darse de bruces con dos enormes sajones. Apenas tuvo tiempo de emitir una mínima expresión de sorpresa; la piedra que le atizó en la sien lo dejó sin sentido.

Al despertar se dio cuenta de que iba colgado a lomos de un caballo, con las manos atadas a los pies por debajo de la tripa del animal. Los tendones le hacían aullar de dolor mientras iba golpeándose insistentemente en la cabeza, al ritmo de los movimientos que hacían los músculos de su montura, dilatándose y encogiéndose.

Volvió a vomitar bilis y notó que le dolía la garganta y que tenía el estómago ya muy débil.

Justo en el momento en que creía que se le iban a rasgar los músculos por la agonía que sentía en sus maltrechas articulaciones, le liberaron las cuerdas, cortándolas con un cuchillo, y su cuerpo cayó al suelo con un golpe sordo.

Hecho un ovillo levantó la vista y se encontró con el rostro apuesto y frío de un enorme sajón. El joven le soltó algo en lo que debería sin duda ser su lengua, y Bedwyr movió la cabeza levemente, encogiéndose de hombros en señal de que no

entendía. El sajón escupió unas palabras de impaciencia y cambió a una especie de celta corrupto.

—¡Levanta, perro!

Le cortó con un cuchillo las sogas de los tobillos y Bedwyr intentó ponerse de pie.

—¡Perro, mírame! Si puedes arreglarte con el caballo, tienes muchas posibilidades de salir vivo. Pero, si nos vemos obligados a tirar de ti, te cortaré la cabeza.

Le aseguraron las manos con una larga cuerda al arnés de la boca del caballo y espolearon al animal para que se pusiera en marcha. Sin poder apenas tenerse en pie, y medio aletargado Bedwyr se acopló al paso.

Al final, la cuerda que lo llevaba se aflojó un poco; Bedwyr se limpió la herida que tenía de la ceja a la sien, larga y superficial, que le seguía sangrando. Al animal le costaba subir lentamente por una prolongada colina y Bedwyr se concentró en el suelo, mirando dónde había piedras, grava y ramas caídas. Sabía que, si tropezaba, lo matarían a la primera.

Sin articular palabra, Bedwyr dio gracias a su dios cristiano por haberle dotado de piernas tan ágiles y de tan fibrosos músculos. Se había librado únicamente por la confianza que le proporcionaba estar en forma. Iba cortándose con los arbustos, y los tojos le hacían rasguños en las piernas, pero sin perder el ánimo, forzó el cuerpo hacia delante, primero una pierna y después la otra, y cada paso que daba era un verso de la larga y sonora plegaria que elevaba a su Jesús.

Aturdido y embriagado por el ritmo hipnótico de su propio tambaleo, Bedwyr apenas se dio cuenta de que los sajones se detenían. El silencio de la noche era absoluto, roto sólo por el sonido de la respiración entrecortada y jadeante. El joven sajón se volvió para ver cómo iba Bedwyr; le sacudió en la cara y no pareció gustarle que siguiera en pie.

—¡Escúchame, perro! ¡Si te caes, ahí te quedas! Y si sigues vivo te convertirás en trofeo; serás el trofeo que entregue a mi señor, Glamdring Ironfist. ¡Y ahora, en marcha!

El joven se unió de nuevo a sus compañeros y la agónica marcha volvió a empezar.

La eterna noche discurría entre momentos de celeridad agotadora y breves ratos de descanso en que Bedwyr no se atrevía ni a sentarse por si luego no se podía levantar. En determinados puntos de la pesadilla, su captor le ofrecía de mala gana unos tragos de agua fría, que le ayudaban mínimamente a despejar la cabeza. Sólo lo aliviaba seguir rezando con plegarias deshilvanadas a su dios y recitar fragmentos de la eucaristía en latín. ¡Primero un pie y luego el otro! ¡Otra vez! ¡Y otra! ¡Vamos! ¡No pienses que te asfixias! ¡No pienses en lo que te duelen los músculos! ¡Vamos, aprisa, aprisa, corre!

Cuando las primeras señales del amanecer empezaban a teñir el cielo de rojo,

pudieron vislumbrar una enorme empalizada de madera, construida alrededor de un hacinado conjunto de edificios de piedra y tablas. En el exterior de la empalizada se apiñaban unas cabañas medio derruidas, alrededor de las cuales aves, perros sarnosos y niños mal vestidos se afanaban por buscar comida o tomaban el primer sol de la mañana.

Al llegar a las puertas, Bedwyr agachó la cabeza para apoyarla sobre el lomo de su compañero de marcha, que tenía el hocico enrojecido de sangre por los desgarrones, y la boca espumeante. Cuando atravesaron los imponentes muros, el sajón cortó la cuerda que Bedwyr tenía amarrada al caballo y se llevaron al animal, asustado y exhausto, a la parte trasera de un edificio achaparrado. Mientras el joven enrollaba la cuerda para guardarla, Bedwyr oyó el relincho penetrante que lanzó el caballo cuando le cortaron el cuello.

«Se lo comerán», pensó Bedwyr, sin demasiado remordimiento, ni dolor, agotado como estaba para preocuparse de nada. El caballo estaba mucho mejor muerto.

En el interior de una sala maloliente y llena de humo, había un enorme sajón de barba descuidada, desayunando cerveza, panecillos de cebada y rodajas de una carne semicruda. Con los dedos llenos de grasa el hombre partía las lonchas de carne y se metía los trozos en una boca de enormes dientes amarillentos hasta convertirlos en una plasta húmeda, que le chorreaba por las comisuras. Bedwyr era testigo de todo el proceso, porque el sajón comía sin cerrar la boca haciendo diversos ruidos.

Los sajones más jóvenes relataron en su lengua lo que habían logrado con asesina crueldad, haciendo frecuentes gestos con la mano dirigidos a Bedwyr. Era evidente que estaban jactándose de su hazaña ante su señor.

Después empujaron a Bedwyr para que avanzara un poco y de un manotazo lo tiraron al suelo, en rudimentaria imitación de lo que significaba obediencia plena al rey supremo. Bedwyr estaba demasiado cansado como para oponer resistencia.

—¿Quién eres, perro? —preguntó el señor con un g1uñido—. ¿De dónde eres?

—Soy Bedwyr, hijo de Bedwyr de Letocetum. Pertenezco a la tribu de los cornovios.

El jefe, al que Bedwyr luego identificó como Glamdring Ironfist, lo miró sin especial interés, por lo que Bedwyr se dio cuenta de que el sajón no tenía ni idea de quiénes eran los cornovios, ni dónde estaba su territorio.

Tras otra rápida retahíla de palabras en sajón, que el celta no se esforzó por interpretar, Glamdring se le quedó mirando fijamente, arrugando unos ojos azules que le asomaban a través de una barba rubia y enmugrecida. Mientras tanto seguía masticando metódicamente.

Bedwyr evitó estremecerse e inclinó la cabeza al suelo.

Glamdring tomó una decisión.

—Eres fuerte, esa suerte tienes. Olvidarás tu nombre extranjero y a partir de ahora te llamarás Perro. Me perteneces. Si eres un buen perro y te portas bien conmigo, te daremos de comer. Si no eres buen perro, morirás y servirás de comida a los cerdos.

¡Que le pongan un collar!

Alguien le amarró una banda de hierro al cuello, que se cerraba justo debajo de su oreja izquierda con una tuerca de metal inserta en unas pestañas. Lo pusieron de rodillas, con la mejilla sobre la mesa, para que uno de los sajones sellara la pestaña de hierro con el martillo. El metal le rozaba la piel y Bedwyr sabía que este roce del collar pronto le haría herida.

Otro de los guerreros metió una pequeña pica en los rescoldos de la lumbre.

—Ahora eres mío, Perro. Si muero, morirás conmigo. Y me servirás en el Valhalla. Recuerda que mis perros valen más que tú. Son perros sajones y buenos luchadores. Tú no eres más que un celta bastardo, que hasta ahora no has dado un solo golpe.

Dicho esto, Glamdring lo ignoró por completo. En actitud displicente, lanzó unos brazaletes de bronce a los seis jóvenes captores que enrojecieron de orgullo hasta las sienes.

Bedwyr siguió arrodillado por prudencia, con la cabeza hundida entre los hombros y la barbilla pegada al pecho. En honor a la verdad, se sentía avergonzado. Pese a que si hubiera intentado escapar lo habrían matado, se arrepintió de que lo hubieran tenido tan fácil para capturarlo, cuando sus amigos habían pagado con su vida. Seguro que Glamdring y sus compañeros lo creían demasiado cobarde. Le empezó a latir el corazón con una fuerza cada vez más intensa, por la idea que tenía en la cabeza.

El guerrero que estaba calentando la pica, la sacó del fuego con la punta al rojo vivo.

Una vez que Glamdring asintió con la cabeza, dando su consentimiento, varios guerreros se acercaron al celta y lo dejaron en taparrabos. Ya nunca más vería su túnica, ni sus calzas. El que llevaba la daga se acercó a Bedwyr con decisión. Intentando controlar el miedo y el vientre como podía, el celta sólo deseaba no avergonzar a sus ancestros.

Le obligaron a echar la cabeza para atrás y le dejaron el pecho al descubierto. El guerrero le puso el arma incandescente sobre la piel y presionó con fuerza, justo encima del pezón izquierdo. Salió humo de la carne chamuscada.

Salvo por el estremecimiento involuntario del músculo, Bedwyr no se movió. Había cerrado los ojos para concentrarse en la crucifixión de su Señor Jesucristo; si él pudo sufrir su agonía sin lamentarse, Bedwyr también lo haría. Justo en el momento en que le pareció que iba a gritar de dolor, le retiraron el metal ardiendo. Bedwyr cayó al suelo, jadeando como un animal herido.

—Vete a ver a las mujeres de la cocina, Perro. Te darán un bálsamo que te aliviará de mi linda dentellada. Pero, recuerda, Perro, que te tienes que portar bien y hacer lo que se te ordene, si no quieres saber lo que es verdadero dolor.

Bedwyr ya llevaba tres años haciendo lo que le ordenaban. Y aunque Glamdring era su dueño, cualquier sajón podía mandarle lo que se le antojara.

Como le había crecido la barba y por mucho que intentaba mantenerla mínimamente arreglada con una cuchilla roma, ya no podía dominarla, el pelo se le esparcía como una maraña deshilachada. Tenía el cabello asqueroso y agreñado, y eso que cuando las circunstancias lo permitían, se metía en el riachuelo que hay debajo de Caer Fyrddin para lavarse el cuerpo en la corriente.

En los meses y años que transcurrieron después de que lo hicieran prisionero, Bedwyr se robusteció y consiguió un cuerpo duro como el acero. De hacer tanto ejercicio físico, desarrolló unos músculos recios y siempre iba con la mirada gacha, engañosamente dócil. A ojos de los guerreros y de las mujeres de Glamdring, Perro era medio tonto. Pero los demás sirvientes de la casa sí sabían que, bajo la maltrecha piel de Perro, Bedwyr seguía vivo. De vez en cuando, como de pasada, daba ánimos en voz baja a algún compañero o les pasaba alguna información que sacaba mientras cumplía con el mejor esmero sus obligaciones de limpieza en el gran salón. Y ayudaba a parir a las hembras de mastín, esos animales enormes y deslustrados que lo adoraban, sobre todo un joven macho que atendía por Viento, por el áspero abrigo de lana gris que lo cubría.

Bedwyr se tenía que ocupar por entero del salón, que estaba lleno de mugre. Es imposible saber cómo conseguían aguantar esa pestilencia los sajones, pero puede que ni la enfermedad quisiera alojarse entre ellos. Pese a todo, como Bedwyr tenía firme propósito de seguir vivo y de vengarse de sus captores, se lavaba todo lo posible y se cuidaba mucho de no hacerse cardenales o cortes que pudieran infectársele. Cuando lo marcaron a hierro y fuego, una de las mujeres de Glamdring, menos cruel que sus hermanas, le había dado un bálsamo, que Bedwyr guardó cuidadosamente y utilizó durante meses para curarse la herida. Comía todo lo que podía escamotear, hasta de los perros, y aunque albergaba cierto sentimiento de culpa, no compartía con sus compañeros lo que conseguía. Para Bedwyr, sobrevivir era lo fundamental.

Con tantos años de dolor y degradación, la fe de Bedwyr empezó a flaquear. Es verdad que el santo niño de la cristiandad le había ayudado a llegar a la fortaleza, pero los más oscuros dioses de la guerra le habían hecho recuperar su orgullo y aferrarse más a la vida. Cínicamente, en opinión de Bedwyr, aceptar el sufrimiento para entrar en el Paraíso era un artificio estúpido. Al cornovio lo mantenía vivo el deseo de revancha; y soportaba todas las indignidades con las que pretendían minarle el ánimo con sólo pensar que un día Ironfist moriría ahogado por sus propias manos. No es que sus valores cristianos se hubieran desvanecido, sino que se habían fundido con otros principios más antiguos y más recios que le proporcionaban al menos una frágil razón para mantener la cordura.

Con el tiempo el jefe sajón apenas reparaba en el memo del sirviente que respondía al hiriente nombre de Perro. El esclavo le resultaba algo familiar, parecido a su copa de cerveza favorita, que ya se había hecho a la forma de sus dedos.

Ahora, mientras Bedwyr apilaba cuchillos de madera en un cesto de mimbre y

limpiaba la superficie de una mesa con un harapo sucio, llegó un correo sajón aporreando las puertas de la fortaleza. Tras intercambiar las contraseñas pertinentes, el mensajero se sumió en los más oscuros confines del palacio, como una anguila. Al instante fue recibido por el rey de los sajones. Desde que lo capturaron, Bedwyr había conseguido aprender bastante bien la lengua sajona, pero como casi nunca le permitían hablar, Glamdring nunca pensó que su esclavo tenía oídos para oír, ni boca para filtrar secretos.

—Una enorme fuerza de celtas se ha acercado hasta la costa bajo la bandera del dragón de Artor, mi señor —dijo el sajón—. Van todos vestidos de negro, por eso se les distingue bien de día, aunque por la noche se disipan entre las sombras.

El correo era un hombre de aspecto impresionante. No era particularmente alto, pero sí esbelto y bien parecido, con pelo oscuro para ser sajón. Glamdring dio muestras del desprecio que le merecía el visitante, del que sólo se adivinaba su origen nórdico por el azul de sus ojos. El propio Bedwyr, con toda la porquería que acumulaba en sus pelirrojas greñas, parecía más sajón que este orgulloso guerrero.

—¿Cuántos son? —preguntó fríamente.

El guerrero se sonrojó.

—Más de quinientos jinetes, más arqueros y soldados de infantería, señor. Traen una enorme caravana con la impedimenta y avanzan muy lentamente. Se preparan para iniciar una larga campaña.

—¿Tantos? Artor se está arriesgando mucho porque no debe quedar nadie en sus fronteras.

—He visto el estandarte de Lot en sus columnas. Tu aliado ha roto el juramento.

Glamdring se rió entre dientes y el correo se creció ante la indiferencia con que el líder recibía la noticia del volumen de las huestes. Glamdring, por su parte, estaba encantado; a su juicio cuanto más grande fuera el ejército, más difícil de coordinar y más complicadas las maniobras. Artor se vería debilitado por la propia dimensión de sus fuerzas.

—El muchacho Gaheris me aseguró que Artor vendría a cobrarse venganza y que Lot no toleraría la muerte de su hijo. Traes buenas noticias, muy buenas noticias. Artor pretende enfrentarse a nosotros en nuestro propio campo y, por tanto, según nuestros propios términos. Ya es hora de que descubramos si este cabrón es verdaderamente el Guerrero de Occidente —Glamdring llevaba tiempo ansiando que llegara el momento de comprobar definitivamente el poder de Artor y sus guerreros celtas.

Mientras conversaban el correo y su señor, Bedwyr simuló concentrarse en sus tareas domésticas más rutinarias.

—Dile a Nils Redbeard que venga. Has hecho un buen trabajo, Cadall, puedes comer con nosotros. Después vuelve a tu puesto y asegúrate de que nuestras patrullas de reconocimiento se encarguen de comunicarme cualquier cambio que observen en las tácticas de Artor. Quiero que me den cuenta de cualquier modificación, por

mínima que sea. Artor es un líder victorioso y un aguerrido soldado; seguro que ha diseñado un plan de batalla eficaz.

—Mi vida está entregada a servirte, mi señor —el correo hizo una reverencia y salió a buscar al capitán de la fortaleza.

Bedwyr recogió sus cestas y se retiró de la habitación sin hacer ruido. Con rapidez y minuciosidad, fregó los platos sucios en una enorme artesa de piedra, poco refinada, con agua sacada del pozo. Como los sajones nunca se habían preocupado por cuestiones básicas de higiene, nadie notó que Bedwyr utilizaba agua limpia, de la que bebían, para realizar sus tareas. Echó los restos de porquería a la artesa. Aunque los sajones no parecían enfermar por beber agua contaminada, Bedwyr disfrutaba con estas fechorías insignificantes.

Volvió a entrar en la sala con un balde de cuero con agua limpia. Los guardias ponían a punto sus armas entre bostezos, sin preocuparse de su desgarbada presencia. Bedwyr siguió limpiando los tableros de las mesas, rodeado de una camada de perrillos juguetones, que se le metían entre las piernas y trataban de mordisquear las hilachas que caían de su túnica.

Nils Redbeard entró en la sala con aire arrogante.

El recién llegado respondía a ese nombre por ser muy pelirrojo y tener un carácter potente. Aunque era de origen juto, le habían educado para odiar al estandarte celta, de modo que respetaba a Glamdring Ironfist por ser el único que podía ofrecer resistencia al dominio de Artor. Redbeard se comprometió pronto con las atrocidades y ambiciones de su señor, por lo que se labró un lugar de honor entre los guerreros.

Entró en la sala con ojos impacientes y encendidos. Había llegado el momento de luchar y estaba deseando pisotear cadáveres celtas.

—¿Me llamabas, señor?

Glamdring elevó la vista, clavando su mirada astuta en el rostro de su oficial.

—¿Te has enterado?

—Sí. Nuestros guerreros están ansiosos por teñir sus lanzas de sangre. ¿Cuándo salimos, señor?

—¡Cuando yo lo ordene! Manda venir a los guerreros que están en sus puestos de guardia. Si Artor ha puesto su punto de mira en Caer Fyrddin necesitamos soldados que defiendan la fortaleza —Glamdring sonreía como un zorro—. Y dile a Valdemar que forme una compañía más para que patrulle por los alrededores del fuerte. Su objetivo debe ser contener los pasos de Artor, en cuanto vean que avanza hacia nosotros.

A Bedwyr se le cayó una pequeña copa de madera que hizo un ruido aparatoso al chocar con el filo de la mesa. Glamdring y Redbeard se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa, Perro? —preguntó Glamdring—. Los perros nos resultan muy útiles para guiar rebaños de bestias estúpidas. Eso es, Perro, asiente con la cabeza. Esos amigos que tienes entre los celtas son unas estúpidas bestias, si es que creen que me van a tener aquí, acorralado, en Caer Fyrddin.

Bedwyr esbozó una sonrisa vacua y asintió con la cabeza tan enérgicamente que le salió polvo de la cabeza y pajas que tenía entrelazadas entre los mugrientos cabellos.

Los dos guerreros sajones se rieron con desdén despreocupándose de aquel idiota.

Glamdring volvió a centrarse en Redbeard, mientras Bedwyr seguía limpiando, dejando que se le cayera algo de baba por las comisuras de los labios.

—El mocoso de Lot dijo que éramos incapaces de aprender de nuestros enemigos —dijo Glamdring con soma—, pero se equivocaba y ahora es él el que está bajo tierra. Los celtas utilizan caballos, que son muy peligrosos donde pueden maniobrar, pero en estas colinas no tienen nada que hacer. Nos apropiaremos de los métodos de Artor, utilizando a nuestros guerreros jóvenes, aún sin mancillar, para iniciar ataques sorpresa contra su caravana de avituallamiento. Elige a los que te parezca que tienen más futuro. A lo mejor conseguimos matarlos de hambre a esos cabrones y será Artor el que cometa el primer error. No me falles, Redbeard.

—No te fallaré, señor.

—Entonces, vete, que tienes mucho que hacer.

A Glamdring le encantaba hablar ante un público cautivo, incluso si sus bravatas sólo llegaban a oídos de un esclavo medio tonto. Con repugnante escarnio el señor describió lo felices que se iban a sentir sus guerreros cuando aplastaran a Artor. Describió con cruel precisión lo bien que comerían con lo conseguido en los ataques súbitos a la caravana de avituallamiento, y la manera en que sus arqueros, pese a que no tenía demasiados, utilizarían sus adargas para inmovilizar a Artor.

—¿Tienes miedo, Perro? Parece que asientes con la cabeza, o sea que estás siendo un buen perro. Y ahora haz venir a Wyrr.

Bedwyr salió disparado a buscar al adivino de Glamdring, con el corazón palpitante de júbilo por el secreto del que se había enterado. Los celtas por fin estaban llegando. Si sus dioses eran compasivos, encontraría la manera de acercarse a ellos y saciar así todo el odio que había almacenado durante tanto tiempo.

CAPÍTULO VI

EL CUCHILLO DE ARDEN

BEDWYR CRUZÓ PRESUROSO los enfangados senderos de Caer Fyrddin hasta que llegó a una pequeña cabaña de madera, aislada de las demás residencias de la fortaleza. Tenía una estructura sencilla hecha con troncos y totoras, pero resultaba inconfundible porque justo en la entrada tenía colgadas unas manos momificadas, unidas por alambre, con los dedos para abajo. Cuando corría la brisa, las manos se movían haciendo un ruido parecido al de las sonajas construidas con ramitas secas. Haciéndose a un lado para no tocar los truculentos amuletos, Bedwyr entró en la guarida del brujo.

Dentro de la cabaña se respiraba un aire espeso, lleno de humo y de olor dulzón, porque Wyrr siempre tenía frío. Del techo colgaban ramilletes de hierbas y otros ingredientes menos apetecibles, que apenas se entreveían, y en unos tarros de porcelana había untos y medicinas.

El hechicero de Glamdring era una aberración de la naturaleza, pues su aspecto reflejaba una marchita juventud. De lejos sus rasgos parecían jóvenes, pero si te acercabas, aparecían esas prodigiosas arrugas de la vejez, surcándole las mejillas y los alrededores de unos ojos aniñados. Según lo que se rumoreaba entre los guerreros sajones, Wyrr había nacido en algún lugar de la costa oeste de Cymru hacía unos veintiséis años. Las habladurías locales subrayaban el hecho de que la madre de Wyrr se había quedado muda de pronto al ver por primera vez al silencioso infante, aunque nadie recordaba quién había lanzado el rumor. En todo caso, los caminos de Wyrr y de Ironfist se cruzaron cuando el guerrero sajón era todavía un joven impresionable. Temerosas de que las oyeran, las mujeres de Glamdring juraban que Wyrr había ayudado a su señor a controlar los sentimientos de los sajones occidentales y a obtener la condición de noble. Lo que sí era cierto es que Glamdring había manipulado las supersticiones de su pueblo y se había beneficiado sin escrúpulos de la influencia de Wyrr para ganar en liderazgo. La gente prefería quitarse del medio cuando veían aparecer en su camino la sombra del hombrecillo.

Cuando Glamdring lo vio por primera vez, Wyrr tenía quince años. El muchacho tenía una cara joven, con rasgos poco definidos y de sexualidad ambigua. Pero ya entonces la piel de Wyrr mostraba una delicada red de líneas y venas azules. Aunque no era alto, al tener las articulaciones anchas y las piernas arqueadas parecía aún más

bajo. De lejos, Wyrr no aparentaba más de diez años, pero de cerca parecía un anciano de noventa.

A semejante y horrible apariencia física, hay que añadir que Wyrr era albino. Tenía una piel transparente, de un blanco semejante al del vientre de los peces asociado con las mujeres bellas y con los ancianos enfermos. Llevaba el pelo largo, un pelo incoloro. Era como si los dioses hubieran desleído la vitalidad de este minúsculo cuerpecillo ya antes de nacer hasta disolverla del todo, dejándole tan sólo la cascarilla vacía, ni joven, ni vieja. Apenas se le distinguían las pestañas, ni las cejas, no tenía barba y sus menudos dientes de leche conferían al rostro una imagen peculiar, como si estuviera a medio terminar.

Cuando salía a caminar de día, Wyrr tenía que cubrirse los ojos con un manto grueso, porque se le ponían de un rojo parecido a sangre diluida en agua. Sin embargo, pese a carecer de fuerza física o de vigor alguno, los dioses lo habían compensado con una energía y un carisma superiores, que le permitían imponerse sobre mentes más frágiles. Sin duda, el niño Wyrr nunca se habría convertido en el adulto perverso que era, si no hubiera tenido el temperamento de un guerrero y la fría astucia del asesino. Aunque lo normal habría sido que la suerte lo destinara a ser un bufón, Wyrr era el cerebro de Glamdring; frenaba la impetuosidad y el salvajismo del guerrero, y suplía estos defectos por una incisiva inteligencia. De la fusión de Wyrr y Glamdring surgía un hombre imponente.

Ahora, con pasos infantiles y torpes, Wyrr se dirigía seguido de Bedwyr a la noble sala, llena de humo e inhóspita por las corrientes de aire. Al andar, apenas se le movía la blanca vestimenta que llevaba. A diferencia de la sala o de su dueño, el hombre-niño era sorprendentemente aseado para ser sajón, como si su salud dependiera de un particular tratamiento de higiene. Bedwyr apostaría algo a que la pequeña criatura se rociaba con ungüentos perfumados porque iba dejando un apestoso rastro a almizcle y a nardo exótico.

—Pasa, amigo, y comparte conmigo un trago de cerveza —exclamó Glamdring, invitándolo a entrar, en un tono más conciliador que el que solía utilizar con cualquier otra persona, hombre o mujer, de la fortaleza. Glamdring siempre procuraba agradar a Wyrr y que se sintiera cómodo, dado que el albino era la herramienta más valiosa con la que contaba.

—Desde luego, señor —respondió Wyrr con una voz de falsete infantil.

—Voy a la guerra, exactamente como habíamos planeado, Wyrr. Y por eso necesito tu consejo.

—Desde luego, señor —repitió Wyrr, cuidando de sentarse en el banco más limpio que había cerca de Glamdring.

—¿Por qué no echas las tabas por mí?

La petición que presentaba casi con humildad el arrogante sajón fue cumplida de inmediato. Mientras que Glamdring ignoraba la silenciosa presencia de Bedwyr, Wyrr sí se dio cuenta del interés que mostraba el esclavo y miró al celta con unos ojos que

asomaban por entre los párpados caídos y llenos de bolsas, con la fijeza de un reptil. Los labios de Wyrr se abrieron ligeramente para esbozar una dulce sonrisa juvenil, que se tornó espeluznante en cuanto dejó ver su lengua de color púrpura.

El corazón le latía estremecido. Bedwyr retiró el lecho de los cachorros, colocándolo en una esquina, amontonó con la escoba la paja sucia y se dispuso a cambiarla.

—Más cerveza, Perro —ordenó Glamdring.

Bedwyr atendió con un movimiento de cabeza.

Al volver, Wyrr estaba farfullando algo mientras se balanceaba al ritmo de unos recitados inaudibles. Bedwyr no podría decir si el estado de trance del hechicero era natural o fingido.

Wyrr echó las tabas.

La salmodia fue subiendo de tono hasta alcanzar un crescendo y luego paró, como si un cuchillo hubiera cortado el sonido. Con gestos dramáticos, Wyrr abrió los ojos bruscamente.

—¡Nos acecha el peligro! —la voz aniñada acentuó las sílabas, separándolas cuidadosamente con su timbre agudo—. ¡Muy cerca! ¡Demasiado cerca! ¡Cuidado!

«¡Vaya un fraude! —pensó Bedwyr para sus adentros—. Como no sea que te estés refiriendo a mí, hijo del demonio. En cuyo caso el peligro te acecha, bien lo sabe Dios, ¡muy de cerca!»

Aquellos ojos siniestros se abrieron de par en par hasta que los iris rosas estuvieron rodeados de blanco. Contuvo la respiración enmudecido.

—Glamdring, hermano. Todo depende del nervio y el ánimo que tengas. Artor viene a por ti y va a jugar bazas fuertes. Debes estar a su altura. Debes acoplarte al juego o si no, estarás a su merced. Si quieres llegar a rey supremo, debes actuar como tal.

—No lo entiendo, Wyrr —observó Glamdring midiendo el tono de sus palabras y, a juicio de Bedwyr, con especial cautela.

—Veo un muro de escudos y un enorme líder dentro del muro. ¡Como los sajones! ¡Lo veo, señor! Oleadas de asaltos baten contra el muro de escudos. Pero si fallan, todo está perdido. El miedo es tal, que hasta puedo sentirlo. Cuando llegue la mañana, se habrá terminado el miedo, y la suerte de Glamdring estará echada, con claridad diamantina, como si un cuchillo cortara el escudo. Veo la hoja del cuchillo, y el bosque enroscado en la empuñadura. La hoja es la clave. Tienes que guardar bien el Cuchillo de Arden y llevarlo siempre contigo.

—¿Que la hoja es la clave? —repitió Glamdring—. Ese cuchillo lo tengo yo.

—Entonces asegúrate de que siempre lo llevas encima. Si te despistas y alguien lo coge, te asestará un golpe mortal —Wyrr se derrumbó, y sólo quedó de él un ordenado montón de tela y pelo blanco.

Glamdring se volvió hacia Bedwyr, dándole órdenes y apremiándole con voz recia.

—Perro, vete donde las mujeres. A una de ellas le di un cuchillo que tenía un árbol grabado en la empuñadura. Lo tiene Filla. Quiero que me lo devuelva, y ¡lo quiero ya! Y ni se te ocurra dañarlo, Perro —añadió Glamdring con una astuta mirada lasciva—. Tampoco deberías esconderlo en el arcón. ¡Es mío y sólo mío!

En cuanto Bedwyr salió de la habitación, Glamdring fue a atender al moribundo de Wyrr; lo cogió entre sus brazos, apretándolo contra su pecho como si fuera un niño, y le alcanzó un poco de vino a los empalidecidos labios.

Mientras atravesaba las distintas salas que conducían a las habitaciones de las mujeres, Bedwyr sentía el corazón latiéndole al ritmo de las palabras «¡Es mío! ¡El Cuchillo de Arden es mío!, ¡mío! ¡Mío!».

El cuchillo se lo habían quitado a él cuando lo capturaron, al principio, en Castell Collen. Glamdring confiscó todos los despojos de guerra y se lo quedó como curiosidad. Bedwyr lo vio por última vez en un banco, junto a la copa de cerveza de Glamdring. El esclavo casi se había olvidado de su existencia después de estos tres años.

Cuando por fin Bedwyr dio con Filla, la mujer se mostró remisa a ceder su regalo. Pero cuando Bedwyr le dijo sin miramientos que, si se ponía demasiado tonta, Glamdring le arrebataría la daga y luego la mataría, Filla se calló, manteniendo el gesto enfurruñado. En los dominios de Glamdring las mujeres no tenían categoría de personas; estaban algo por debajo de sus perros y un poco por encima de los esclavos. Echándose hacia atrás la pelirroja melena y sonriendo sin atractivo alguno, Filla le entregó el cuchillo.

El arma era de hoja estrecha, afilada por los dos lados, y por su ligereza resultaba muy adecuada para que lo usaran las mujeres. Tenía el mango bastante largo, de hueso montado en metal, y estaba grabado con un diseño tradicional de árboles entrelazados. A Bedwyr le recordaba al pasado, a los bosques de Arden donde había aprendido a cazar de niño. Sus dedos recordaban cada incisión de la brillante empuñadura, blanca como el marfil. Glamdring lo reclamaba como suyo. ¿Es que el noble se había olvidado de dónde venía? Bedwyr sabía que cuando le entregara el cuchillo al jefe sajón, su mirada no debía delatarlo.

—¿Tienes mi cuchillo, Perro? —gruñó—. Bien hecho. Dámelo.

Pensando en clavarle el cuchillo en mitad del pecho con todas sus fuerzas, Bedwyr se arrodilló y le pasó la daga a su señor, ofreciéndosela en las palmas abiertas de la mano. El sajón se lo arrebató y dio una patada a Bedwyr, que cayó entre las pajas. El noble se regodeó mirando la hoja del cuchillo durante unos minutos y después se lo ató al cinturón, mientras Wyrr lo observaba con ojos infames e impasibles, en los que no se podía leer nada.

Bedwyr estaba apesadumbrado cuando volvió a sus quehaceres. Si Wyrr no mentía, él había sido el responsable de dar con su propia mano un arma simbólica a los sajones. Sintió que le pesaban los hombros mientras se miraba las manos con que había tocado el cuchillo. Las habría maldecido por su docilidad, de no haber estado

Glamdring para oírlo.

Un odio frío le sobrevino para aplacar su progresivo remordimiento.

¿Qué era un cuchillo, al fin y al cabo? Nada, sin una mano para asirlo y una mente que defina su función.

«Yo tengo las manos y… tengo la mente —se dijo Bedwyr para sus adentros—. El cuchillo ha sido mío casi todo el tiempo. La hoja me la hizo mi padre y mi abuelo talló la empuñadura en el hueso de un ciervo que había cazado. Ese cuchillo nunca puede pertenecer por derecho a un granuja como Glamdring. La profecía de Wyrr es falsa y lo único que representa es una promesa vacía o un truco descarado.»

Bedwyr notó que el ardor del odio le subía por dentro. Si pudiera habría derribado las montañas para enterrar debajo a la maldita raza sajona, entera. Encontraría alguna manera de atacarlos y cumplir su destino. Se convertiría en el Cuchillo de Arden o, si no, moriría derrotado con el corazón roto. Había llegado Artor y, si querían ver su tierra libre del azote sajón, todos los celtas debían servir a la causa.

«No fracasaré», se juró Bedwyr sin articular palabra.

Bajó la vista de nuevo concentrándose en sus tareas, como corresponde a todo sirviente disciplinado de un señor poderoso.

Ya desde que entró como esclavo al servicio de Glamdring Ironfist, Bedwyr veía que occidente estaba cambiando. Sabía que Wyrr soñaba con establecer un nuevo orden en el que los sajones gobernaran por toda Britania, imponiendo sobre el pasado la lengua y cultura sajonas, como si el resto de las razas nunca hubieran existido. El rey Artor había asumido el reto del combate, tal y como Gaheris había anunciado, y había llegado a unas tierras en que el terreno era pobre y sólo se cultivaba grano en las capas superficiales de los campos que crecían junto a los valles. Desde la perspectiva sajona, cabía la posibilidad de alcanzar la gloria y quién sabe si también un trono. La muerte de Artor aceleraría el dominio sajón, un desastre que Bedwyr apenas alcanzaba a imaginar.

Bedwyr observaba con qué minuciosidad y con qué altanería preparaban sus armas los varones de la fortaleza, mientras sus hijos merodeaban por allí, jugando a la guerra. El lugar salía poco a poco de su letargo, en un continuo ir y venir de las comunidades vecinas para almacenar toneladas de grano y el mayor número de armas posible.

Cuando terminó su trabajo, Bedwyr se acurrucó entre la paja, entre los enormes e incondicionales mastines.

Esa noche, mientras paseaba a los perros y buscaba tajadas secas de carne de caballo para darles de comer, se dedicó a explorar la fortaleza y sus defensas con ojos intencionados. Antes la desesperanza velaba sus observaciones, pero ahora tenía un incentivo para estar alerta; si quería aplastar Caer Fyrddin bajo su bota de hierro, Artor necesitaría conocer hasta el último detalle de la fortaleza.

En el patio, junto a los fuegos, había más guerreros de lo normal, tirados allí como enormes fardos abandonados. Los sencillos barracones de madera estaban

llenos y desde fuera se oían los ronquidos, que recordaban a un enjambre de abejas… o a una piara de cerdos. Con todo, Redbeard se había asegurado muy bien de que los centinelas estuvieran atentos en las puertas y en la torre de vigía había dos hombres, cuya silueta negra se recortaba a la pálida luz de la luna. A Bedwyr le dieron el alto varias veces, mientras merodeaba por allí, preguntándole que hacía fuera. Trato de explicarse, mientras lo sujetaban enérgicamente.

También vio que había muchos trozos de carne seca colgados en los almacenes subterráneos, junto con sacas de cereal, tarros de miel cerrados con cera y cerveza fermentada. Los romanos se aseguraron de construir buenos pozos para garantizar agua a sus defensas y por eso las laderas de las colinas estaban todas horadadas con espacios de almacenaje. Cuando Bedwyr terminó de recoger la comida de los perros, su mirada había registrado prácticamente todos los detalles del terreno y de los preparativos que se estaban organizando.

Artor había llegado. El viento de la noche silbaba su nombre y Bedwyr sintió que un estallido de alegría difícil de disimular le confortaba del frío, el exterior y el interior. El cornovio sabía que el final de su largo cautiverio estaba próximo.

Fuera, junto a las hogueras, un hombre entonaba melodiosamente una canción que hablaba de una doncella guerrera, llamada Rowan[3] o Serbal, que cuando su marido cayó asesinado se convirtió en un árbol bellísimo. Era una canción dulce y melancólica y por un instante Bedwyr se sintió conmovido por la poesía que vivía y florecía en lo más profundo de la existencia sajona.

Un minuto después dejó de lado semejante blasfemia y volvió a incubar su odio. Aunque el noble sajón tuviera el Cuchillo de Arden pegado al pecho, Bedwyr seguía siendo su dueño, del acero, del asta y de los árboles entrelazados. Y ahora había llegado el momento en que él y su arma estaban sedientos de sangre.

DÍAS MÁS TARDE, una de esas mañanas descaradas en que el sol penetra por entre las nubes, en un estallido de luz que cambia el color del paisaje, dejándolo lustroso como el metal, Artor llegó a un río que iba a morir al vasto océano. Los celtas acamparon en sus orillas, con el plomizo mar a sus espaldas.

—Ya hemos llegado —aclaró Artor a Myrddion—. Aquí libraremos la batalla que decidirá el destino de cada uno.

Myrddion inspeccionó el ondulado terreno, de densos pastos y algo enfangado por el agua.

—Es un terreno pésimo, Artor, pero ¿qué te voy a decir? Ya ves los peligros que hay. Tienes un plan audaz, que yo no sé si sería capaz de llevar a cabo. Pero si funciona según lo previsto, los sajones quedarán encerrados en un anillo de hierro. No tendrán escapatoria —Myrddion frunció el ceño, mientras se miraba las manos huesudas.

—Pero si no lo consigo, los sajones nos harán picadillo —añadió Artor para completar la frase de su amigo.

—Eres tú quien elige el campo, señor —dijo Myrddion con voz contundente.

Artor observó el terreno, en su mayor parte sin árboles. Sobre el río se elevaba un pequeño altozano, con una hierba más densa aún de la que tenían alrededor. Un árbol moribundo, retorcido por los vientos invernales, se erguía ligeramente en su propio montículo, apenas tres metros por encima de aquellas llanuras.

—Allí —dijo el rey supremo señalando con el dedo—. La caravana de avituallamiento se asentará en aquella elevación, y nuestros guerreros defenderán las colinas y los terrenos que hay debajo. Cavaremos hoyos y trincheras, con picas enterradas, para protegemos de posibles asaltos y encauzar a los guerreros de Glamdring por las líneas de ataque que queremos que sigan. Mantendremos fogatas encendidas permanentemente para las flechas de fuego y para cauterizar heridas, porque la carnicería será sangrienta. Tú, amigo, te encargarás de la enfermería y de los heridos que estarán en el centro, y los cadáveres tendremos que colocarlos necesariamente delante de nosotros en forma de barrera, para defendernos de cualquier ataque final. Nuestros guerreros deben seguir sirviendo a la causa, incluso después de muertos.

—Sí —Myrddion reconocía que el plan de Artor tenía posibilidades de prosperar. Pero también sabía que tendría que entregarse a sus atenciones médicas con todas sus fuerzas, lo mismo que los guerreros tendrían que mantener su arrojo hasta el límite en un terreno tan difícil y fastidioso.

—¿Cómo se llama el río? —preguntó Artor—. No es profundo, pero sí es ancho y de fuertes corrientes, por lo que los sajones que quieran cruzarlo se verán en problemas. El río será nuestro aliado, protegiéndonos por el flanco izquierdo.

—No sé cómo se llama, si es que tiene nombre.

—Pues entonces bautizo este lugar con el nombre de Mori Saxonicus, El río del sajón muerto —declaró Artor—. Es un poco raro, pero no soy cartógrafo. Ni poeta.

—Para mí, lo importante no es cómo se llame, sino que ganemos la batalla —contrarrestó Myrddion.

A decir verdad, Myrddion había resuelto que esta campaña era un momento tan bueno como cualquier otro para morir, si es que tenía que morir. Si Artor fracasaba, Myrddion estaría orgulloso de haberse unido a su señor. Pero si Artor triunfaba, y él siguiera con vida… Bueno, entonces quizá tuviera que reconsiderar lo de su muerte.

Myrddion hizo llegar las instrucciones de Artor a todos los capitanes y pronto se ejecutaron los planes para fortificar el cerro sin nombre. Sin alterar el ejército, Artor mandó a los jinetes y a la infantería a cavar las trincheras requeridas. Por ello, unos cuantos grupos de jinetes salieron hacia las colinas para traer troncos con los caballos. Se construyó un baluarte romano que después se ocultó, y al tiempo se dispusieron afiladas estacas en determinados lugares para forzar a los sajones a avanzar en su ataque de acuerdo con un trazado fijo. A quienes tenían dedos hábiles

los pusieron a tender trampas entre la hierba y ordenaron a otro grupo más de jinetes que trajeran rocas. De una aldea cercana y desierta, construida sobre los cimientos de un gran asentamiento romano cogieron adobes, madera y piedras labradas. Para la base de las trincheras se tomaron también tejas rotas y abandonadas. Los más jóvenes y los nuevos seguidores recogían cantos rodados para las hondas y cavaron un foso para hacer fuego, que luego taparon para protegerlo de las inclemencias del tiempo. Pelles lo examinó y sonriendo de oreja a oreja fue a buscar a Myrddion para ver si en la caravana de avituallamiento había brea suficiente.

Las fuerzas celtas estuvieron tres días en el campamento, junto al río, con el mar a sus espaldas. Por la noche, Artor hizo venir a su tienda a Lot, a Galván y a Llanwith.

Llegaron al atardecer, cuando todavía había algo de luz, por lo que parecía que aquel día nunca iba a terminar. Como si estuvieran celebrando algo, se sirvieron un vino dulce de los suyos y brindaron por los emisarios de Artor, nombrándolos uno a uno. A Lot se le humedecieron los ojos cuando mencionaron a su hijo, Gaheris, y bendijeron su memoria.

Artor invocó para sí el nombre de Licia, su talismán en este conflicto.

—Mañana nuestras fuerzas se dividirán —empezó Artor—. No quiero engañaros, ni pretendo convenceros de que mis planes no entrañan riesgo. Mi estrategia es muy peligrosa. Vuestras tres columnas operarán de manera independiente y lejos de nuestras posiciones defensivas, que estarán aquí junto al río. Tenéis que conseguir que los asentamientos externos de Glamdring Ironfist se desangren, para atormentarlo. Vuestra tarea es atacar en una serie de puntos estratégicos mientras mis fuerzas aguardan a que Glamdring irrumpa contra esta posición ribereña. Espero hacerle creer que tengo una fuerza reducida que le permita llevar a cabo un movimiento decisivo. Cuando comience este ataque, tenéis que volver a toda prisa y rodear a sus guerreros con los caballos.

—Un placer, mi señor —declaró Galván sin más—. Donde ataquen mis guerreros no habrá supervivientes. ¿Alguna orden sobre los prisioneros?

—En lo posible soltad a los ancianos, a las mujeres y a los niños, pero sin arriesgar la vida de ninguno de vuestros guerreros. A los adolescentes dejadlos, Galván, porque son los futuros ciudadanos de nuestra nación y no tienen edad para cargar con rencores eternos. Las demás decisiones que hayas de tomar en el campo de batalla, las dejo a tu discreción. Tu objetivo es destruir por completo el asentamiento de Nidum.

Galván era esencialmente un joven sencillo, con una idea del campo de batalla elemental, pero categórica. Mientras tuviera aliento no le fallaría a Artor, porque el sacrificio de su hermano lo había ligado a la causa del rey supremo para el resto de sus días.

—La tarea más difícil te corresponde a ti, Lot. Tu destacamento irá por la península de Octapitarum hasta un campamento fortificado que hay en un lugar llamado Castel Flemish. Nunca he estado allí, así que el plan de batalla depende de la

valoración que hagas tú. Tienes que tomar la fortaleza y conseguirlo con celeridad, porque serás el más alejado de nuestra posición defensiva. Aquí estaremos esperando que llegues con tu caballería para rodear a los guerreros de Glamdring y hacerlos caer en la trampa. Si el sajón actúa como imagino, habrá vaciado Castel Flemish para guarnecer sus propias tropas antes de que llegues a tu destino. Puede que esta imprudencia de Glamdring te lo ponga algo más fácil.

Lot asintió con la cabeza. Sabía bien que en esta campaña el éxito o el fracaso final dependía de los guerreros otadinos, ávidos de venganza, que tenía a sus órdenes. En otra época Lot se habría deleitado viendo la difícil situación de Artor, pero ahora el pago que deseaba cobrarse de Ironfist garantizaba que mantendría su alianza.

—Tus hombres llevarán todo un suplemento de caballos de repuesto que os permita acelerar la vuelta. Tu destacamento saldrá del vivac esta noche, cuando caiga la oscuridad, pero procura hacer todo el ruido que puedas para que Glamdring vislumbre algo de lo que pretendemos. Tenemos que obligarle a que se haga suposiciones equivocadas —Artor se detuvo—. ¿Están claras las instrucciones? ¿He olvidado algo?

Lot estaba seguro de que sus guerreros tomarían cualquier fortaleza sajona, porque las tierras altas eran el terreno donde siempre habían vivido y porque albergaban por naturaleza una furia atroz, surgida de las privaciones que tenían que soportar durante los gélidos inviernos de sus regiones.

—No, Artor, por mí, está bien.

Artor se volvió hacia Llanwith.

—Llanwith, viejo amigo, tampoco tú tienes tarea fácil. Sales por el norte, bordeando Caer Fyrddin hasta que llegues a Glandovery. Las instrucciones son claras: atacar a los sajones en una región que ellos consideran su refugio seguro, de modo que se les obligue a ir mirando siempre de soslayo por cualquier recodo y detrás de cualquier piedra. Sé que hace tiempo perdiste hombres cerca de Glandovery; por eso asumo que conoces personalmente el terreno y que tienes particular interés en llevar a cabo esta misión con éxito.

—Será una misión muy personal, Artor.

—Pues entonces, ya tenemos decidida la estrategia. El plan es relativamente sencillo: vuestros hombres atacarán sus puestos de avanzada, y mientras tanto yo voy enviando mensajes desagradables a Glamdring Ironfist. Durante un tiempo no saldrá de Caer Fyrddin, porque no lo verá necesario. Por agazapados que estemos en estos márgenes del río, estoy seguro de que nos vigilan. Por eso me quedaré con algunos jinetes, para hacer prisioneros a algunos de ellos, que a su vez puedan hacer llegar mis insultos a su señor. Estoy convencido de que si lo presiono lo suficiente, Ironfist terminará perdiendo su propia autodisciplina. Y en cuanto ponga pie fuera de su fortaleza, mi caballería nos alertará de inmediato y después saldrá al galope en dirección norte y oeste para advertir a vuestras fuerzas y hacerlas llegar aquí con la mayor celeridad. Mientras llegáis a relevar a la fuerza principal del ejército, yo

contendré a los sajones —Artor miró fijamente a Lot, porque simplemente con retrasarse en la vuelta y no responder adecuadamente a las demandas que le hacía, el rey de los otadinos podría erigirse en el trono de rey supremo.

—Sé a lo que te arriesgas, Artor —declaró Lot—. Y entiendo lo que está en juego. Te he dado mi palabra y volveré —sonrió mirando a Artor—. Un muro de escudos formado por celtas —dijo en tono mordaz—. Eso sí que no se lo esperan, Artor, y vendrán al combate seguros de su victoria. Sí, tengo que regresar antes de que aplastemos a Glamdring, porque mi reina nunca me perdonaría perderse esa masacre.

—Confío en ti, Lot. Siempre fuiste un hombre decente, pese a que tuviéramos distintos puntos de vista. Por eso me congratula tener tu palabra.

—Pero tú tendrás que contener a los sajones durante varios días, señor —manifestó Llanwith preocupado, haciéndose crujir los nudillos—. Ironfist sólo saldrá de su fortaleza si tiene mayor número de soldados que tú, y los celtas ya hemos olvidado qué es eso de defender una posición difícil y única hasta la muerte. ¿Qué pasará si Lot y yo llegamos demasiado tarde?

—Os encargaréis de nuestros funerales —contestó Artor intentando poner un toque de humor—. Pero Targo me ha dicho que sus amigos los romanos consiguieron en su momento defender posiciones imposibles con poco más que tozudez y fuerza de voluntad. Los imitaré y sobreviviremos hasta que lleguéis —sonrió derrochando confianza—. Bueno, ya hemos hablado bastante.

Artor se humedeció dos dedos y apagó una de las lámparas de aceite. La tienda se quedó a oscuras.

—Mañana partiréis y Glamdring Ironfist se verá obligado a cubrir con vigilancia cuatro frentes en vez de uno. Rogad a vuestros dioses que no fallemos —Artor elevó su copa y la vació de un trago—. Hasta la victoria final.

—Hasta la victoria final —repitieron los capitanes, depositando después sobre las mesa sus copas vacías.

Salieron de la tienda uno a uno y regresaron a sus destacamentos.

ANTES DEL ALBA la oscuridad se llenó de densas sombras de hombres y caballos que iban de un lado a otro por entre las fogatas a medio apagar. Había antorchas encendidas que proyectaban su luz sobre las negras armas de los soldados, según éstos avanzaban lentamente con sus caballos en tres direcciones distintas, con fardos de provisiones para al menos una semana. La noche vibraba con el sonido de los arneses y el sordo pateo de las pezuñas, porque Artor no pretendía ocultar al enemigo lo que estaba haciendo. Cuando las primeras luces empezaron a filtrarse en el campamento, los sajones pudieron percibir tres filas de columnas que abandonaban pretendidamente el cuerpo principal del ejército.

Los espías de Ironfist despacharon correos para Caser Fyrddin y dio comienzo la

partida.

Los lebreles de Artor, bajo el experto mandato de Luka, empezaron a recorrer las zonas bajas de las colinas. Los caballos llevaban las pezuñas enfundadas y ellos iban cubiertos con ropones negros. Cuando se topaban con algún sajón, lo derribaban con ayuda de los caballos y lo conducían al campamento principal.

Pasaron tres días de confiada espera.

Artor había dispuesto que sus hombres prepararan flechas de repuesto, aunque no tenían suficientes puntas. Las propias astas, convenientemente calentadas al fuego, podían causar también mucho daño. Y si ataban al final del asta un poco de borra bañada en grasa, el arquero disponía de una flecha de fuego para prender los hoyos de ramas secas untadas de brea que Myrddion había preparado como barrera defensiva. Tan previsor como siempre, Myrddion había advertido de la necesidad de iluminar el campo de combate durante la noche, para que la oscuridad no beneficiara a los guerreros de Glamdring Ironfist, en caso de que intentaran un ataque sorpresa.

Cada tarde, se elegía a un prisionero de entre los desgraciados que habían caído durante el día. A los que hablaban celta se les hacía repetir una y otra vez el mensaje que tenían que entregar; si sólo hablaban sajón, recibían instrucciones de Gruffydd en su propia lengua. Después se les colgaba al cuello una bolsa empapada de sangre. Sólo Artor y Odin sabían realmente lo que contenían esas sacas, pero positivamente el mensaje que enviaba Artor no tenía más que una interpretación posible para Glamdring Ironfist y sus hordas sajonas.

El primer día a medianoche, soltaron al primer sajón en los límites del campamento y lo enviaron a Caer Fyrddin con el mensaje envenenado.

—Cualquier persona sensata se desprendería del saco y pondría pies en polvorosa —murmuró Targo en cuanto el sajón, pasadas las antorchas, desapareció en la oscuridad.

Luka admiraba la poesía y la justicia que encerraban las acciones de Artor.

—Si no llevan el mensaje a Glamdring y éste vence, será ejecutado por traición. Si efectivamente informan a Glamdring, se arriesgan a que los ejecute por llevar un mensaje que no quiere escuchar. En cualquier caso, siempre pierden.

—Pero nuestros métodos son tan bárbaros como los que utilizó Glamdring —reconoció Myrddion con cierto abatimiento.

—Myrddion, amigo, a veces hablas como una abuela —alegó Luka sonriendo—. ¿Qué otra alternativa le cabe a Artor?

—Bueno, pocas, es verdad, pero no apruebo los medios con los que estamos haciendo salir a Glamdring.

—Pues desapruébalos —dijo Luka entre risas—. No creo que a Artor le importe.

A Artor sí le importaba, en lo más profundo de su ser. Matar a alguien, hasta el más innoble de los sajones, en plena noche, le pesaba mucho en lo más íntimo de su ya atribulado corazón, pero no podía permitirse mostrar ni un ápice de esta repugnancia suya, cada vez que Odin decapitaba a orillas del río a un sajón entre

maldiciones y blasfemias. El cadáver lo echaban a la corriente, pero conservaban la cabeza, que, metida en una bolsa, enviaban a Glamdring. Por muy perturbado que estuviera de emitir semejantes órdenes, no estaba dispuesto a mostrar un solo gesto de debilidad o de repulsión ante sus seguidores, porque ahora era el momento de manifestar valor.

LOS ESPÍAS INFORMARON a Glamdring de los movimientos de tropas celtas, al poco tiempo de que Artor ordenara dividir sus fuerzas.

El jefe sajón estaba sentado en la sombría sala que Bedwyr limpiaba a diario. Trabajaba con discreción, observando todo cautelosamente, esperando el momento en que la diosa Fortuna le diera alguna indicación.

—Pero, ¿qué se propone Artor? —se preguntaba Glamdring sumido en la extrañeza—. ¿Pretende matarnos de hambre? ¿Habrá pensado incendiar y saquear todo Dyfed y las aldeas sajonas?

Sus capitanes parecían desconcertados ante las preguntas retóricas de su señor y por eso no aportaban consejo alguno. Sólo Wyrr advirtió a Glamdring de que debía ejercitar la paciencia. En pocos días los dioses aclararían las estrategias de Artor.

Sin que los demás lo advirtieran, Bedwyr vio que Glamdring acariciaba la empuñadura del Cuchillo de Arden, como para asegurarse de que seguía en la funda que le colgaba del cuello.

«Glamdring está alterado, porque no es de los que tienen la paciencia de sentarse a esperar», pensaba Bedwyr mientras servía guiso de caballo con abundante salsa a su señor.

El noble sajón dio sin querer un ligero golpe a Bedwyr en el brazo y se le cayó algo de salsa en la pierna, lo cual lo sacó de sus meditaciones sobre Artor. Bedwyr bajó la cabeza y mantuvo la calma.

Al día siguiente poco después de mediodía llegó el primer correo a Caer Fyrddin, atravesando las puertas con paso lento y cansado. Horrorizado por la tarea encomendada, el cautivo había intentado huir realmente, pero una de las patrullas de Glamdring lo había descubierto a las pocas horas de que Artor lo pusiera en camino. Viendo el hedor que despedía la bolsa, las manchas que el correo llevaba en la ropa y el evidente terror que mostraba en su rostro, los soldados sajones no dudaron en informar a Glamdring de inmediato. De manera que la patrulla escoltó al humillado guerrero hasta la ciudadela del jefe.

Al saber que uno de sus vigías había regresado, Glamdring salió de la sala con gesto desenfrenado. Se oyeron los alaridos que dio una mujer junto a la muralla, pero el silencio se impuso en cuanto llegó el noble. Bedwyr escuchaba agazapado cerca de la gran puerta de madera, cubierto por los perros jadeantes que descansaban detrás de él.

El vigía venía bañado en sudor y con las pieles y el manto manchados de sangre,

que había traspasado el fardo. Tenía la mirada hundida y lívida de miedo e irritación. Glamdring le arrebató el saco y desgarró el cuero a toda prisa, dejando al descubierto el rostro de Wulf, el de los pies ligeros, un amigo de la infancia. Apretó los dientes y exigió el mensaje.

—A Glamdring Ironfist de Caer Fyrddin. Te son entregados estos presentes en memoria del Príncipe Gaheris, hijo de Lot, y de los emisarios que fueron asesinados por ti, cuando rechazaste nuestra bandera de paz. Observaremos desde el Hades cómo te escondes aterrorizado en tu fortaleza, mientras vas recibiendo cada vez más cabezas de tus guerreros. Eso es lo único que recibirás del rey Artor. Ni un milímetro de tierra celta se verá hollado por tus timoratos pies.

El soldado tartamudeó al decir la última frase y se estremeció al ver los ojos de su señor incendiados de ira.

—¡Por todos los dioses! —blasfemó Glamdring, conteniéndose un poco a pesar de todo—. ¡Que quiten a este imbécil de mi vista! El que se deja capturar no me sirve. ¡Que recoja madera para la pira funeraria de Wulf!

El soldado obedeció a su señor. Temía que el noble le pagara con castigos o con la muerte, pero, sorprendentemente, había conseguido sobrevivir.

Veinticuatro horas más tarde, llegó otro vigía con un saco idéntico al anterior. El mensaje que portaba este hombre era más breve.

—Artor, rey supremo de los celtas, es compasivo. Por ello, si cedes Caer Fyrddin, te permitirá seguir vivo. No quiere siquiera considerar la idea de mandarte más mensajeros de este tipo; pero si te demoras mucho, perderás cien guerreros con cada uno. Debes decidir y además debes hacerlo pronto.

El soldado palideció al ver el airado rostro de Glamdring teñido de rojo escarlata.

—Señor —dijo balbuciendo—, he traído la cabeza de mi compañero para garantizarle un funeral decente. Su cuerpo debe estar ahora flotando entre las olas. Te ruego que no hagas callar la boca de quien te trae estos pavorosos mensajes.

Wyrr se acercó a Glamdring sin hacer ruido y susurró algo al oído de su atribulado señor.

—Ten en cuenta, mi señor, que Artor nunca actúa sin premeditación. ¿No querrá distraerte con tan viles injurias? ¿Dónde tiene el resto de las tropas? ¿Quiere cegarte? Tienes que pensar sobre todo esto, señor.

Poco a poco los exaltados ojos de Glamdring fueron recuperando su color y ordenó que el muchacho realizara la misma tarea que el compañero, llegado el día anterior.

—Sí, tienes razón, amigo. Tengo que reflexionar. Artor está jugando conmigo, pero no caeré en sus trampas —Glamdring murmuraba estas cosas como para convencerse a sí mismo; Wyrr le dio una palmada en el hombro para tranquilizarlo.

Glamdring respondió al deforme hombrecillo con una sonrisa y entre los dos, el albino y el enorme sajón, se produjo un instante de agradable camaradería.

Bedwyr resopló, maldiciendo para sus adentros, pero a medida que pasaban las

horas vio que la confianza de Glamdring se iba minando abiertamente. Justo antes de mediodía Glamdring empezó a dar vueltas por la sala, arriba y abajo, abriendo y cerrando los puños, mientras con mirada recelosa observaba el patio de banderas y el pedregoso sendero que conducía a la fortaleza.

Al tercer día Bedwyr vio que Glamdring estaba pendiente de que llegara algún otro vigía con otra cabeza y otro mensaje, y sonrió entre las sombras de su barba. No podía creer que el noble estuviera realmente aterrado, pero lo notaba desconcertado ante las tácticas de Artor y un tanto fuera de sus casillas ante la inactividad a que se veía sometido.

A medida que aumentaban la ira y la frustración del noble, Bedwyr reconocía que cada vez lo odiaba más. Glamdring no podía contener su nerviosismo y desplegaba su enojo contra cualquiera que se cruzara en su camino, esclavo, mujer o perro, con puñetazos, patadas o garrotazos.

«¿Cuánto tiempo vas a permanecer aquí agazapado, Glamdring Ironfist? ¿Hasta que el rey supremo pierda la paciencia y venga a sacarte de tu pocilga? ¿Es que prefieres seguir aquí como un marrano, cebándote sin hacer nada, hasta que te mate el carnicero?»

Pero las preguntas que se hacía Bedwyr no obtenían respuesta alguna; salvo que los correos no dejaban de llegar, uno tras otro, manchados de sangre.

Cuando le presentaron la quinta cabeza, Glamdring perdió el control. Mientras el vigía estaba recitándole el abyecto mensaje con voz trémula, Glamdring empezó a dar gritos y se lanzó a la garganta del pobre desgraciado sin mayor miramiento. El correo murió ahogado entre abruptos espasmos y sangrando descontroladamente.

Sorprendido, Wyrr se apresuró hacia su señor y lo agarró de la manga, pero Glamdring lo rechazó con violencia.

—¡No!

—Señor, piensa un poco. No…

—¡No, Wyrr! Ya he esperado bastante. Aunque nuestros soldados no hayan descubierto por dónde andan los tres regimientos de Artor, ya no voy a esperar más. Mañana, para bien o para mal, saldremos contra el timorato ejército de Artor y los conduciremos hacia el mar. Si no se atreven a venir, iremos nosotros.

—Señor, así no son las cosas…

—¡No! —gritó Glamdring, con el ceño fruncido de ira—. No espero más.

Wyrr se dio cuenta de que lo mejor era callarse en ese momento.

Esa noche parecía que la oscuridad se había llenado de miradas escondidas. Los hombres lustraban y afilaban sus armas en silencio. Tenían el ánimo alegre y ardiente, deseando combatir para defender su territorio, lo mismo que hacían los celtas. Las mujeres lloraban, como siempre que sus hombres tenían que ir a la guerra. Pero a Bedwyr hacía tiempo que ya no le daban ninguna pena. Pensaba en las mujeres celtas que habían sido capturadas y convertidas en esclavas, violadas y obligadas a vivir la más miserable de las vidas dentro de la fortaleza de Caer Fyrddin. Por su cabeza

pasaron todos los años de dolor y humillación que él mismo había soportado y ahora lo único que deseaba era ver muertos a sus torturadores.

En cuanto Glamdring resolvió atacar a las fuerzas de Artor, se tranquilizó. Parecía aliviado y entusiasmado por su arrebato, algo que satisfacía enormemente a Bedwyr. Era como si el bárbaro se hubiera vuelto loco con la idea de regresar a la acción, porque odiaba la pasividad de estar esperando sin más. «Qué bien, Artor; qué listo has sido de engatusarlo para que tomara una decisión tan torpe.»

Con todo, Bedwyr temía que un ejército de ochocientos soldados, como el de Glamdring, resultara demasiado ejército para los celtas. No había que descartar en absoluto que el noble sajón derrotara sus posiciones defensivas, por fuertes que fueran.

A medida que se iba haciendo la noche, Bedwyr iba inquietándose cada vez más, por si se les ocurría atacar a Artor de súbito. Glamdring no era como los demás sajones, en el sentido de que no creía en ninguna superstición que le impidiera atacar en la oscuridad. Si Glamdring decidía embestir de improviso, con tácticas fulminantes, podrían vérsele desbaratados los planes al rey supremo, cualesquiera que fueran.

—Ya es hora de terminar con Perro y de convertirme de nuevo en Bedwyr —se dijo el esclavo fingiendo dormir, acurrucado en su camastro de paja.

Horas después de la medianoche, la fortaleza fue abandonando el ritmo febril de los preparativos y la calma se fue imponiendo sobre los soldados, que descansaban entre sus muros.

Con enorme cautela, Bedwyr se incorporó levemente. Hasta este último y desesperado momento, nunca había considerado la posibilidad de arriesgar su vida por intentar escapar. Pero había llegado la hora de que el perro de Glamdring huyera y, si fuera necesario, muriera como un celta.

En silencio, como si estuviera acechando a una presa, Bedwyr salió de la sala, agazapándose entre las profundas sombras de los muros. Llevaba tres años observando el cambio de guardia de los centinelas y conocía a la perfección cómo funcionaban las puertas y el ruido que hacían al abrirse. Dos noches antes había untado las bisagras y los cerrojos con grasa de cerdo para cuando llegara el momento, aun arriesgándose que lo descubrieran. Ahora, saltando de sombra en sombra, el celta se alegró de haber sido tan previsor y se acercó aún más al vigía que guardaba la puerta.

Bedwyr no contaba con más armas que sus propias manos y sabía que en las murallas había dos hombres de guardia. Alrededor del cuello llevaba un cordón de cuero, que en su día había servido para colgar un amuleto de piedra plana, al que había atado un palo en cada extremo para usarlo a modo de garrote vil. Pese a que resultaba más corto de lo que le habría gustado, podía servirle bien para matar a alguien, siempre que pillara a su víctima por sorpresa. También se había hecho con un leño grueso a medio quemar que había cogido de la chimenea de la sala.

Es cierto que la Fortuna favorece a los valientes. Y puede también que a los grandes hombres les asista en sus acciones un punto de suerte, porque cuando Bedwyr llegó a la base de la escalera, uno de los guerreros se estaba desabrochando la ropa para orinar. Antes de que le traicionaran los nervios, Bedwyr corrió a la escalera con el improvisado artefacto estrangulador entre los dientes y el garrote metido por el cinturón. Subió los toscos peldaños de madera lo más rápido que pudo, sabiendo que hacía ruido con los pies, aunque decidió no preocuparse demasiado de que el sonido lo delatara, porque confiaba en su velocidad.

En cuanto pudo ver los tablones de la plataforma, sacó el garrote con una mano. Uno de los centinelas lo había visto venir, pero antes de que el sajón tuviera oportunidad de levantarse y darse la vuelta, Bedwyr le asestó un garrotazo en la sien lo más fuerte que pudo. El celta oyó el ruido sordo que hizo el hueso al romperse y notó cómo se astillaba. Sin atender al otro hombre que intentaba cubrirse al tiempo que desenfundaba su espada, Bedwyr empujó como pudo al moribundo y saltó brutalmente contra su compañero. Falló y este segundo hombre cargó sobre él, abriendo la boca de par en par para alertar a los demás. Bedwyr consiguió darle un golpe de revés con el garrote, en plena boca. El centinela sacudió las manos, fue tambaleándose para atrás, tropezó con el borde de la plataforma y cayó al vacío en la oscuridad. De la intensa refriega apenas se oyó nada, sólo un ruido sordo en la lejanía y el frágil repiqueteo de las piedras que arrastró el cuerpo del vigía al caer por la empinada quebrada que protegía Caer Fyrddin en tres de sus lados.

Con manos expertas, Bedwyr le rompió el cuello al que estaba inconsciente y después adoptó la postura y el gesto de un vigilante aburrido, intentando hacerse pasar por él, pese a que seguía respirando agitadamente.

La operación completa había durado menos de un minuto.

Hasta que se tranquilizó y recobró su ritmo de respiración normal el tiempo se le hizo eterno. Aunque estaba a menos de dos metros del suelo, los guerreros más cercanos, que dormían en sus puestos alrededor de las fogatas, estaban a unos seis metros de distancia. Lo suficiente para amortiguar el ruido del asesinato.

Mientras esperaba a que el silencio volviera a reinar en los alrededores, Bedwyr bendijo su suerte y agradeció haber podido actuar por sorpresa. Después metió el cuerpo del centinela muerto y lo amarró para que pareciera que seguía de pie en su puesto de guardia. Esta vez el cordón de cuero le sirvió para atar el cadáver hierático por la garganta y mantenerlo de pie en el poste.

Bedwyr se hizo con el cuchillo y la espada del centinela y se asomó cauteloso por el borde del parapeto. Vio que únicamente se había levantado uno de los mastines, advertido gracias a su excelente oído de que alguien se movía por allí. A Bedwyr los perros no le importaban, porque como los alimentaba, les resultaba conocido. El enorme animal elevó el hocico, olisqueando el ambiente, pero en cuanto reconoció el aroma amigo, volvió a la sala y se arrellanó en su lecho de paja.

Bedwyr suspiró aliviado y rodó por encima del muro de la torre hasta llegar a la

escala por la que se deslizó sin apenas tocar los peldaños. Conteniendo casi la respiración y con los pies descalzos llegó a la puerta y empezó a levantar el enorme cerrojo de hierro. Tuvo que usar bastante fuerza para levantarlo, pero como había engrasado bien el hierro, consiguió que la enorme lengua metálica se soltara con facilidad de su pestillo. Tiró del portón con toda su energía y comprobó que el mecanismo funcionaba y que la puerta empezaba a girar sobre su monumental engranaje.

Oyó un ligero ruido, como si alguna tela rozara sobre la piedra y, advertido de que le acechaba el peligro, Bedwyr se hizo a un lado con agilidad. Al instante vio el destello de una antorcha que le dio justo en el rabillo del ojo y una daga que se hundía hasta el asta en los maderos del portón de los que acababa de retirarse. Sin pensárselo dos veces y sin ningún reparo, Bedwyr desclavó el cuchillo, avanzó hasta la figura cubierta de su atacante y le tapó la boca y la nariz con la mano que tenía libre. Con un enérgico movimiento de muñeca pronto lo tuvo de espaldas, de manera que su enemigo, que movía los brazos desesperadamente, no pudiera agarrarlo. El cuchillo le penetró por las costillas, como si fueran sebo. Bedwyr se lo metió hasta el fondo y después se lo retorció.

Cuando la soltó, la oscura silueta se giró, desplomándose hasta el suelo. Dos ojos blancos se abrieron de par en par mirándolo fijamente en el vacío. Dos pálidas manos intentaban agarrarlo de la túnica, impotentes. Bedwyr se retiró un poco, para no estar al alcance del moribundo. Wyrr, el brujo, abrió la boca, como si fuera a gritar, pero lo único que le salió fue un borbotón de sangre, antes de morir asfixiado.

Sin esperar a ver si el albino estaba muerto, el celta quitó el cuerpo del medio de una patada, empujó el portón y salió corriendo en plena noche.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! —repetía Bedwyr una y otra vez, mientras corría, sin preocuparse de si lo capturaban. Le separaban muchos kilómetros de su señor, el rey Artor. Pero afortunadamente esas agotadoras leguas eran cuesta abajo.

Bedwyr volaba como si el mundo dependiera de lo veloz que fuera. La noche abrazaba su fugaz silueta y ninguno de los vigías sajones se inquietó cuando el asesino pasó por delante de ellos silenciosamente.

CAPÍTULO VII

EL CEBO DE GLAMDRING

GÁLVAN INSPECCIONÓ CON macabra satisfacción el asentamiento incendiado. Nidum no era rico, ni estaba bien protegido, pero era un sitio sajón. Inicialmente, cuando planeó marchar sobre Mori Saxonicus, Artor decidió ignorar el pequeño asentamiento, dado que no representaba ningún poder estratégico que pusiera en peligro sus fuerzas y, si las circunstancias aconsejaban otra cosa, siempre podría emprender una acción contra la ciudad. Nidum se sabía amenazado, por lo que sus defensores respiraron tranquilos al ver que el cuerpo principal del ejército celta pasaba de largo.

Galván había necesitado más tiempo del previsto para completar su tarea. En el camino de ida, su destacamento se había topado con una banda de treinta guerreros sajones que marchaban hacia Caer Fyrddin para unirse a las tropas de Glamdring y pese a que las patrullas de reconocimiento eran reducidas, tuvieron que emplear todo un día rastreando desesperadamente el terreno y aniquilando a todos los sajones. Si hubieran ido a pie y por campo abierto los sajones no habrían supuesto ningún problema para cincuenta avezados jinetes, pero los hombres de Glamdring se habían precipitado a la línea de bosque para cubrirse y desde allí consiguieron protegerse de las sucesivas incursiones de la caballería de Galván. Al final, una vez muerto el último sajón en un claro del bosque regado de sangre, Galván había perdido cinco guerreros y tenía otros siete heridos.

«Si esos cabrones llegan a meterse en la espesura antes de que los alcanzáramos, todavía estaríamos esperando, por buenos que fueran nuestros caballos», pensó Galván inmisericorde, viendo cómo se desmoronaba Nidum entre las llamas.

Para defender el asentamiento los ciudadanos de Nidum habían excavado hoyos encubiertos y habían dispuesto trampas alrededor de los antiguos cimientos romanos. Galván pronunció para sus adentros una plegaria de acción de gracias, al comprobar una vez más la manía que tenían los sajones de destruir todas las estructuras romanas que les resultaban ajenas. Aunque pocas semanas antes Glamdring había dejado Nidum sin apenas soldados, los que quedaron se portaron realmente como valientes. A Galván le sorprendió ver los muchos celtas que había entre quienes se vieron atrapados en las calles, una vez concluido el ataque.

Cuando sus soldados empezaron a cruzar en tropel las puertas en llamas de la

ciudad, Galván observó que una pequeña flotilla de humildes barcas de pesca se alejaba de la orilla, pero no supo decir si los que huían como ratas eran sajones o celtas.

«Probablemente sean celtas —se dijo—. Hay que reconocer que los sajones no suelen huir de los combates»

Y en ese momento, dejando a un lado el eterno dolor que sentía por la muerte de Gaheris, sintió cierta admiración y tristeza por la raza sajona.

—Esta tierra es todo lo que tienen; ¿dónde van a ir, si aquí dejan su casa?

—¿Decías algo, mi señor? —le preguntó su oficial más inmediato, un joven que lo miraba con ojos de preocupación y enorme interés.

—Conduce hasta la orilla a quienes han defendido la ciudad y ofréceles una rendición digna. Las mujeres y los niños que se marchen sin más, y a los hombres con sangre celta que no les hagan daño, salvo que intenten atacamos. Ellos y sus familias pueden quedarse o marcharse, como vean mejor.

—¿Estás seguro de que eso es lo prudente, señor? —preguntó el lugarteniente, aunque su cara reflejaba sin fisuras la profunda admiración que sentía por la magnanimidad de Galván.

—Exponles mis condiciones. Si los sajones las rechazan… entonces los matas a todos —Galván dio estas órdenes tan crueles con pesar, sabiendo que no había gloria ninguna en el asesinato masivo.

Con un infrecuente reconocimiento de lo que supone ser víctima de guerra, Galván ordenó también que se permitiera a las mujeres sajonas recoger lo que necesitaran de sus casas antes de marcharse con sus hijos a lugar más seguro. Al final del día muchas familias celtas parecían haberse diluido simplemente en la oscuridad, de acuerdo con la misma pasividad que había caracterizado a la población de Demetae años atrás. De los sajones sólo se quedaron el indomable Noble de Nidum, con su cana cabellera y un pequeño grupo de guerreros ya mayores.

—No es honor para ninguno de nosotros terminar con vuestras vidas —explicó Galván cuando los tuvo delante, en la línea de costa—. Y me resisto a vengarme en vosotros por las acciones de Glamdring Ironfist en una batalla que no puede librarse.

El noble dio un paso al frente, con rostro y ademán impasibles.

—No pretendemos la gloria, señor —manifestó con concisión—. Sabemos por qué ha venido Artor y no tenemos excusa para los actos cometidos por nuestro señor. Somos ancianos y lo único que deseamos es conservar los últimos torzales de honor que nos quedan. Te ruego que no hagas sufrir innecesariamente a los míos, simplemente porque sean sajones. Puede que algún día mi pueblo deje a un lado sus costumbres y abracen esta tierra como suya, pero yo no puedo, aunque quiera, renunciar a mis tradiciones, ni siquiera por salvar la vida. Te ruego que nos mates en combate abierto y nos dejes morir como hombres.

Galván le escuchó, intentando tomar una decisión, conmovido como estaba por la franqueza con que se había expresado el sajón.

Sería estúpido arriesgar a sus guerreros de ese modo y Galván no era ningún estúpido. Por otra parte, las palabras del anciano jefe habían apelado a su honor. Gaheris también era así, leal a sus juramentos, pero de mente abierta, un hombre capaz de gran generosidad de espíritu.

—Si no quieres sacar a tu gente de aquí y tampoco me permites ofrecerles una salida digna, lucharé a muerte, solo contigo, para que tu alma y la de tus hombres se reúnan con vuestros dioses con honor.

—Mi señor, no puedes hacer eso —dijo el joven sargento, recriminando a su superior.

—Claro que sí —contestó Galván, añadiendo una aclaración obvia—. Como soy el que manda en el destacamento, hago lo que quiero.

Como cabía esperar Galván ganó la breve, pero no menos cruel batalla. El anciano cayó junto al agua, con el corazón atravesado por la daga de Galván. Antes de que se le empañaran los ojos con el velo de la muerte, Galván le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo… Bandur… el que cambia los mares —el anciano tomó un último y entrecortado aliento y expiró.

—Gloria y honor a Bandur, el que cambia los mares —gritó Galván con la daga ensangrentada en alto. Después los celtas dieron muerte al resto de los soldados, de manera rápida y digna.

Galván reunió a sus hombres y volvieron a su campamento para curar a los heridos.

Al día siguiente sus tropas volvieron a ponerse en marcha. Artor les había ordenado que patrullaran al pie de las colinas y el príncipe Galván estaba deseando obedecer. Le entristecía tener que llevar a cabo campañas como la de Nidum, que además le hacían sentirse culpable. Por eso quería limpiar el polvo que dejaban acciones así en las pezuñas de su caballo; olvidarse de ellas. Los soldados sacaban de sus casas a cuantos sajones encontraban y a los celtas de la tribu de los Demetae les aconsejaban evitar las vías y los ejes principales. Estos celtas eran tan adustos y sombríos como sus señores sajones y llamaba la atención la pasividad con que aguantaban su situación. Si a Galván en algún momento se le pasó por la cabeza que pudieran vitorearlo como libertador por haber despejado las colinas de sajones, ahora ya comprobaba que no, que la mentalidad de los démetas era distinta. Durante décadas la tribu se había visto acosada y aguijoneada de mil maneras distintas, sin que le dieran oportunidad de reclamar justicia alguna. Estaban ya hartos de los sueños de poder y de las luchas de los foráneos y lo único que deseaban era que les dejaran reconstruir sus hogares y cultivar sus tierras. Para los descendientes de aquellos gloriosos días de los pueblos occidentales los celtas que acompañaban a Galván eran tan extraños, tan forasteros, como lo habían sido en su momento los propios sajones. De ahí que no estuvieran dispuestos a apoyar a nadie que no perteneciera a la tribu de los démetas.

Galván entendió su posición.

Avanzada la tarde, uno de los escoltas oyó que de la colina caían pequeñas piedras, lo cual le hizo sospechar que alguien se acercaba por el este de Caer Fyrddin. Se dio la orden de que lo interceptaran tres jinetes y lo trajeran en presencia de Galván.

Los guerreros celtas regresaron con un salvaje medio desnudo, subido a uno de los caballos. El hombre venía atado de pies y manos.

—¿Quién es este muchacho tan guapo? —preguntó Galván bruscamente—. ¿Dónde lo encontrasteis? Es evidente que lo olisteis antes de que él se percatara de vuestra presencia.

—Salió como de la nada, señor Galván. Apareció justo delante de las patas de los caballos, como si hubiera salido de la propia tierra. Habla buen celta, pero pide que lo llevemos ante el rey. Creo que puede tratarse de un asesino.

El joven guerrero de los demonios que acababa de hablar se tomaba muy en serio la cuestión de la seguridad del rey supremo, pues su tribu junto con el clan de los durotriges reclamaba a Artor como descendiente suyo. Galván esbozó una sonrisa irónica. Independientemente de cuáles fueran los orígenes de la reina Ygerne y de Uter Pandragón, a Artor le bastaba con ser celta, sin más. Realmente Artor tenía mucho de romano, pues su madrastra y su maestro de armas venían de esta antigua e imponente raza.

Galván miró a la desmadejada criatura, al que habían dejado caer al suelo. Bajo v fornido, de recios músculos, pero mal alimentado, tenía el cuerpo lleno de mugre y suciedad, desde el pelo enmarañado hasta la última y ennegrecida uña del pie.

—¡Ponte de pie! —le indicó Galván sin especial cortesía—. ¿Quién eres? ¿Y dónde vas? Si buscas al rey Artor, vas en dirección contraria —arrugó la nariz del hedor que le llegaba de aquel cuerpo tan descuidado.

—Soy Bedwyr, de los comovios. Me capturaron en la región que hay al sur de Castell Collen, hace más de tres años. He sido esclavo de Glamdring Ironfist y me he escapado para informar al rey Artor de las defensas y los planes de Glamdring. Si me he perdido es porque este lugar no me resulta familiar.

Galván y sus guerreros se estremecieron al oírlo y no sabían si creer que aquel salvaje, que aquella criatura tan sucia, fuera celta. Galván le miró a la cara, negra como el hollín, con evidente gesto de duda.

—Puedes dudar, si lo deseas —dijo Bedwyr—. Y supongo que yo haría lo mismo en tu caso. Pero si me permites asearme y me procuras algo de ropa, te darás cuenta de que lo que digo es verdad.

—Aquí olería mejor, desde luego, si te lavaras —respondió Galván—. Pero ¿por qué he de creerte? Ironfist es capaz de mandar a alguien que asesine a Artor, disfrazado de cautivo liberado. Tendrás que darnos argumentos más convincentes, amigo.

Aunque seguía con las manos atadas, el hombre se despojó de su harapienta

túnica. Cuando se enderezó y se quedó desnudo sin más ropa que un taparrabos igual de sucio, los guerreros le vieron la marca de esclavo que tenía en el hombro y el collar de hierro. Alrededor del metal tenía la carne llena de cicatrices. Galván se acordó de la cicatriz de Gruffydd, copia exacta de la que le habían hecho en el pecho a este salvaje.

—Bien, acepto que llevas la marca de esclavo. Pero ¿cómo puedo fiarme de alguien que ha estado tres años en Caer Fyrddin y es ahora cuando se le ocurre escapar de sus enemigos para unirse al rey Artor?

—Traigo información que el rey Artor debe conocer. Como sirviente de Glamdring, escuché muchas cosas y sé que sus hombres vienen en mi busca. No me lo pongas difícil, porque tiene intención de atacar a Artor en la desembocadura del río. Glamdring ha salido con un ejército enorme y con la intención de borrar a Artor y a sus hombres de la faz de la tierra.

Al ver que Bedwyr sabía dónde estaba emplazado el campamento de Artor, Galván supuso que era verdad lo que decía. Pero aún tenía ciertas dudas.

—Y a ti, ¿qué más te da? ¿Por qué no prefieres ser libre y volver con tu familia?

Bedwyr lanzó un escupitajo al suelo y sus ojos acastañados se le encendieron de ira. Separó los labios, dejando ver unos dientes muy blancos y afilados, como si Bedwyr hubiera estado mascando ramitas y pequeños huesos para conservarlos sanos.

—No descansaré ni regresaré al Bosque de Arden hasta que en el avispero de Caer Fyrddin no quede ni rastro del hedor sajón. Llevo tres años soñando con estrangular a Glamdring Ironfist y me he mantenido vivo sólo para vengarme. La sangre llama a la sangre y la muerte de mis amigos tiene un precio; los quemaron vivos cerca de Castell Collen. Cuando flaqueo un poco, no tengo más que pensar en los gritos que daban para recobrar todo mi odio, un odio renovado —Bedwyr se detuvo para tomar aliento y tuvo que reprimir la emoción que le embargaba visiblemente—. Puedes no creerme, si quieres; cualquier persona sensata lo haría, pero no me impidas llegar al rey. Sólo él puede destruir ese asqueroso nido de bárbaros. Yo con mis manos puedo matar a algunos, pero el rey supremo puede aniquilarlos a todos.

Galván observó la perturbación que emanaba de los ojos del esclavo, y los puños de huesudos nudillos que mantenía ante su rostro, como si estuviera en pleno combate. Le repugnó. Él también odiaba a los sajones por haber traicionado a Gaheris, pero no cabía duda de que a este hombre lo movía un insano apetito de sangre bárbara y que nada podría hacerle desistir de sus intenciones.

—Cortadle el collar que lleva —ordenó Galván resueltamente, tras haber tomado una decisión.

No hizo el más mínimo gesto de dolor cuando le liberaron del hiriente aro de hierro con martillo y cincel y empezó a sangrar por el cuello. Bedwyr no se inmutó.

—Llevadlo al río —ordenó Galván a los tres guerreros que habían descubierto al esclavo—. Dadle una navaja para que se afeite y una cizalla para que se haga algo en

el pelo. Pero, por si acaso, mantenedlo vigilado de cerca, no sea que os ataque con vuestras propias armas. Vamos a ver qué aspecto tiene una vez aseado.

El río estaba helado. Bedwyr tiritaba mientras se frotaba el cuerpo, sentado en medio de la corriente, con puñados de arena. Uno de los celtas le lanzó un cuchillo con una pequeña ampolla de aceite, y al pasarse la hoja por la enmarañada barba, se cortó tantas veces, que el agua se tiñó de rosa a su alrededor. Después se dedicó a arreglarse la melena con unas cizallas romas. Como tenía tantos nudos en los mechones, Bedwyr decidió cortarse el pelo casi al rape. Poco a poco iba ganando un aspecto civilizado. Al final, limpio y razonablemente arreglado, salió del agua y se quedó de pie, tiritando, en la orilla.

A modo de bravuconada lanzó el cuchillo al suelo, para que cayera justo en medio de los pies de su dueño.

—Siento si se le ha estropeado la hoja —dijo Bedwyr inclinándose un poco, y sonrió—. Y te agradezco el aceite. Sin eso me habría sido imposible eliminar tres años de mugre, aunque ahora huelo a grasa rancia.

—Algo hemos mejorado —respondió Alwyn, el guardián celta.

El jinete le pasó la túnica y el taparrabos, que Bedwyr se puso sobre el cuerpo húmedo.

Cuando lo devolvieron a Galván, ya seco, aunque todavía congelado, parecía como si el agua y el rapado hubieran obrado un milagro. Bedwyr tenía el cabello inconfundiblemente rojizo y unas pecas por la nariz y por los hombros que lo delataban. La piel que había estado cubierta por la barba marcaba en su palidez una boca firme y una mandíbula testaruda, que dejaban traslucir la juventud de aquel hombre.

El cuerpo de Bedwyr reflejaba los años de infamia que había sufrido en cautividad. Tenía la nariz rota, que daba un aspecto algo corvo a su rostro, por lo demás muy simétrico. Cubrían su cuerpo marcas blanquecinas de antiguas cicatrices, una sobre otra, particularmente por las costillas y en la espalda. También se le había roto uno de los dedos meñiques y varios dedos del pie, y tenía el torso y los hombros llenos de cortes, moratones y rasguños.

Al verlo, Galván se quedó medio convencido.

—Dime, Bedwyr, ¿cómo te capturaron?

Y Bedwyr se lo contó.

—Todavía no entiendo por qué has estado tanto tiempo entre los guerreros de Glamdring, si esta vez has escapado con tanta facilidad. Lo que me lleva a dudar de tu honradez, es precisamente que no hayas querido huir de la fortaleza.

Bedwyr resopló.

—¿Dónde iba a ir? El rey Artor acaba de movilizar sus tropas a esta parte de Bretaña y hasta ahora no he tenido puerto donde ir. Cuidaba los perros de Glamdring, sí, pero me podrían haber abatido, incluso aunque durmiera con ellos y los alimentara. He esperado y me he mantenido vivo, sabiendo que llegaría el día en que

yo, el perro de Glamdring Ironfist, lo descuartizaría, tal y como en su momento juré que haría. Llevo mucho tiempo dispuesto a morir, porque todo esclavo sabe lo que cuesta vivir con esos dueños. Pero ya que estaba destinado a morir, querría que mi muerte tuviera algún sentido. Decidí llevar a cabo un ataque mortal en el corazón de mis captores y seguir vivo hasta que Artor llegara.

—Si lo que deseas es matar a Glamdring, tendrás que ponerte al final de una larga cola y esperar tumo —le replicó Galván muy seco.

—Tampoco me fue tan fácil escapar. Estuve esperando años pacientemente, aguantando insultos, golpes, hambre, hasta que encontré la oportunidad de huir de los tiernos cuidados de Glamdring. Al evadirme tuve que matar a dos guardianes. Y maté también a Wyrr, el hechicero de Glamdring, y su más íntimo e inteligente consejero. Por lo menos ya no volverá a susurrarle al oído palabras de cautela. Era el cerebro que guiaba los músculos de Glamdring.

—¿Quién es ese Wyrr? —preguntó Galván—. No sabemos nada de él.

—Era un albino cruel. Inteligente y frío, pero lo maté en todo caso. Tus guerreros me quitaron el cuchillo que usé para acallar la peligrosa lengua de Wyrr. Mi señor, estamos perdiendo tiempo con tanta pregunta irrelevante —instado por la urgencia, adoptó un cierto tono amenazante—. Soy un don nadie y se me puede matar con facilidad, si se demuestra que miento. Pero Glamdring va a salir contra Artor y ha reunido a más de ochocientos hombres y conseguirá aún mayor número de guerreros en cuanto los habitantes de los pueblos se unan a su bandera. Artor ha enfurecido a Glamdring hasta la locura y yo me disponía a avisar al rey supremo cuando tus hombres me encontraron y me trajeron ante ti. Príncipe Galván, llévame ante el rey, porque yo no me he pasado tres años de esclavo, escuchando y soportando a los sajones para verlos vencer en la guerra que se avecina, sin que Artor sepa nada.

Galván ponderó el discurso durante un rato más. Recordó el plan de Artor y tomó una decisión. Dio órdenes al guerrero que se había quedado con el cuchillo romo después de que Bedwyr se lo lanzara al suelo en el río. Como descendiente de otadinos, Galván confiaba plenamente en él.

—Alun, lleva a Bedwyr ante Artor lo antes posible. Cuando lleguéis, esperas, por si el rey quiere mandarme un mensaje y después regresas. Coge uno de los caballos de repuesto para Bedwyr y devuélvele el arma. Parece estar muerto de hambre, así que dale algo de comer por el camino, hasta que lleguéis al campamento de Artor.

—Muchas gracias, mi príncipe —Bedwyr sonrió—. No has errado tu confianza.

—Espero que no. Y si no, te encontraré y te mataré.

Con gran eficacia y agilidad, Bedwyr y Alun salieron a caballo a los pocos minutos de recibir las órdenes de Galván. El príncipe se quedó pensativo viéndolos alejarse y desaparecer por entre la maleza. Y más que por cualquier otra cosa, al ver lo bien que montaba Bedwyr, Galván se dio cuenta de que el cornovio no era ningún espía. Los sajones no veían ventajas en el caballo; preferían ir a pie, pero Bedwyr desde luego era un jinete consumado.

—Bueno, Artor descubrirá con más facilidad que yo que este hombre dice la verdad —dijo Galván en voz alta—. Si a Bedwyr le parecía exótico el hechicero de Glamdring, ¿qué dirá de Myrddion y Targo?

ALUN Y BEDWYR fueron todo el tiempo a medio galope. Al principio siguieron la pista abierta por el ejército de Artor, por eso iban rápido.

Luego, al caer la noche, se metieron por la línea de bosque. La primavera estaba fresca y Bedwyr apenas llevaba ropa, pero los años de privaciones le habían inmunizado contra la llovizna y el relente de la noche. Cuando los caballos empezaron a cansarse, los hombres se bajaron y siguieron el camino andando. Aunque Bedwyr tenía las plantas de los pies muy callosas y acostumbradas a pisar piedras y matojos, al resbalar por las pizarras y las rocas astilladas del terreno por el que iban, empezó a sangrar por los pies. No es que hiciera mucho caso a los cortes y las fisuras, de hecho, seguía andando imperturbable, pero lo cierto es que iba dejando huellas de sangre en las piedras. Al final, como no podían arriesgarse a que los descubrieran, Alun le pasó un trozo de tela vieja y Bedwyr se entretuvo en vendarse los pies.

Para Bedwyr, que se había criado en el Bosque de Arden, las frondosas laderas de las colinas que se alzaban por la costa eran como mochetas despuntadas. Toda la vegetación estaba apagada y en silencio, salvo por el graznido de los omnipresentes cuervos, que llevaban mil años siguiendo ejércitos. El joven imaginaba ver ojos negros y brillantes por todas partes, en ese raquítico bosque. Familiarizado con la penumbra de la maleza, Bedwyr se sentía como en casa en medio de esa luz verdosa y tenue; le inspiraban confianza los viejos árboles, retorcidos por los vendavales marinos y convertidos en extraños humanoides que hacían sonar sus tupidas ramas, al paso de los caballos.

A las cuatro horas vieron que salía humo por encima de la línea de árboles y Bedwyr captó el sonido del agua corriente de un río y el estruendo sordo del mar vecino.

Los jinetes se detuvieron y se bajaron de sus monturas para inspeccionar el terreno que tenían delante.

Con gesto de satisfacción, Alun agarró las riendas y volvió a montar, indicándole a Bedwyr que hiciera lo mismo.

—El humo que vemos sale del campamento de Artor —dijo Alun—, pero no acierto a adivinar dónde están los hombres de Glamdring. Veo ojos que nos acechan y por la espalda casi noto el impacto de las flechas. A partir de ahora tenemos que jugamos la vida y cabalgar lo más rápido que podamos, aunque los caballos mueran en el intento. Vamos por camino abierto, así que aguanta. ¿Me oyes? Si te caes, no pienso recogerte.

Bedwyr no pronunció más que un gruñido e intentó calmar a su caballo.

—Bueno. Estoy harto de esconderme. Que los dioses valoren la justicia de nuestra causa.

Antes de que Alun tuviera tiempo de tomar la delantera, Bedwyr espoleó a su caballo con las riendas y salió a galope tendido.

Los animales apretaron los músculos de las patas traseras y salieron al descubierto, espantando a un montón de cuervos que brotaron alborotados de los árboles. Agazapado sobre el cuello del caballo, Bedwyr reclamaba del animal mayor esfuerzo. Como la pista estaba tan embarrada, decidió ir por los cerros, con Alun detrás. Oyeron un tímido silbido que cortaba el aire del bosque colindante y al instante una flecha alcanzó el cuello de su montura. Apenas provocó daño; el animal tardó poco en volver a recobrar el paso.

Bedwyr no lo dudó, sacó la flecha de inmediato, y de la herida salió un pequeño reguero de sangre.

Clavó los talones en las costillas del jaco y el animal recuperó el galope tendido. Les llovieron más proyectiles, pero llegaban con poca fuerza y no dieron en el blanco. Menos una, que rozó a Bedwyr en la mejilla, las flechas se perdieron en la espesura.

Pese a la velocidad que llevaban, los jinetes veían a los guerreros de Artor en los límites del campamento, yendo de arriba abajo como hormigas inquietas, disponiéndose para repeler al enemigo.

—¡Somos amigos! —gritó Alun, haciendo señales con el brazo—. ¡Amigos, venimos de parte de Galván! ¡Abrid paso! ¡Abrid paso! ¡Galván! ¡Galván!

Algunos de los guerreros plantaron sus enormes escudos rectangulares en el barro, pero Bedwyr y Alun, como si no los vieran, impusieron mayor ritmo a sus monturas. Al llegar al obstáculo, los animales levantaron las patas delanteras, engañosamente endebles, y saltaron la línea de escudos. Ya estaban dentro del campamento. Al punto se vieron rodeados por un grupo de hombres muy serios que formaban un círculo de hierro.

Bedwyr detuvo bruscamente su caballo y lo mismo hizo un atemorizado Alun. Acariciando el cuello del caballo por donde tenía la herida, Bedwyr lanzó las riendas del exhausto animal a uno de los guerreros y desmontó con agilidad. Los guardias observaron las manchas de sangre que tenía en las vendas de los pies y las cicatrices que le cubrían el cuerpo.

—Que uno de tus hombres se ocupe de curarle la herida al caballo, porque se ha portado bien y no quiero que sufra. Y llévame ante el rey supremo —dijo Bedwyr al guerrero, sonriéndole con inconsciente ingenuidad—. Traigo nuevas para el rey Artor de parte de Glamdring Ironfist.

Artor había estado observando a los dos jinetes que galopaban como locos hacia el campamento y vio que uno de ellos era uno de los otadinos de Galván. También vio el reguero de flechas que les habían lanzado al pasar, y que alcanzaron casi hasta las murallas del propio Mori Saxonicus. Myrddion estaba junto al rey, contando los

disparos para calcular el número de lanzadores, porque era la primera vez que el campamento de Artor sufría un ataque, por débil que fuera.

—Por lo menos hay tres arqueros en los árboles. Probablemente estén escondidos entre las ramas porque las flechas salen para abajo —dijo Myrddion—. Se lo diré a Gruffydd. Él los hará salir.

Artor hizo un simple movimiento de cabeza.

—¿Quién es el espantapájaros que va delante? —preguntó—. Cabalga como un loco. Que lo hagan venir. Puede que necesitemos a Gruffydd, por si es sajón, aunque no acierto a entender para qué quiere un sajón entrar en mi campamento.

Cuando Myrddion se acercó al hombre de extraño aspecto, Luka estaba gritándole airadamente, recriminándole por haberle lanzado las riendas del caballo.

—¡No soy tu mozo de cuadra, estúpido esmirriado! ¡Y nadie va a hablar con el rey, hasta que yo no vea que esa persona no constituye una amenaza!

Cuando se enfadaba, Luka era más terco de lo habitual y fruncía tanto el ceño que apenas se le veían los ojos. El recién llegado no iba a ir a ningún sitio, hasta que él lo dijera. A su vez el harapiento guerrero se mantenía firme, con los pies ligeramente separados y las manos en las caderas, en actitud beligerante. Tenía la mandíbula adelantada, manifestando un notable desprecio por la autoridad del anciano.

—He venido andando y a caballo desde Caer Fyrddin. Me ha costado mucho escapar del avispero sajón y te aseguro que el rey supremo se arrepentirá, si no me dejas pasar —dos notas de color avivaron las curtidas mejillas del forastero y los ojos, de un castaño miel, amenazaban con encenderse de ira.

—¡Bedwyr, por favor! —le suplicó Alun inútilmente, intentando apartarlo de un Luka cada vez más enfadado, que tenía ya el cuchillo a medio desenvainar—. No sabes a quién estás insultando.

Bedwyr dio un manotazo al guerrero que lo sujetaba.

—Mientras no se trate del rey Artor, me da igual quién sea. Traigo un mensaje que no puede esperar a que un puñado de zopencos decida si soy o no merecedor de entrar ante la presencia del noble señor. Sí, voy harapiento. Y estoy sucio, ya lo sé. Y el príncipe Galván me dijo que olía mal y no lo dudo. Pero Artor es el único que sabe cómo utilizar la información que le traigo.

Luka sacó la daga, y al hacerlo se oyó un leve silbido amenazador.

—Quienquiera que seas, yo tengo prioridad en la jerarquía y reclamo el derecho de dar voz a tu garganta. Estás ofendiendo a Luka, rey de los brigantes y miembro del Consejo Supremo del rey Artor. Ya veo que estás empeñado en ofender al primero que se te ponga por delante, pero esta vez te has equivocado al elegir a quien tratas como esclavo.

Luka soltó las riendas del caballo con displicencia y el curtido rostro de Bedwyr enrojeció ligeramente. Myrddion se acercó al joven forastero con pasos silenciosos e hizo un gesto a uno de los guerreros para que recogiera las riendas.

Se llevaron los caballos.

Un tanto ruborizado, pero con indiferencia y retraso, Bedwyr se inclinó ante Luka.

—Te presento mis disculpas, señor, pero el caballo está herido y aún no he transmitido el mensaje al rey. Estoy tenso, después de tres años de inactividad. La cortesía vendrá después, porque tengo que ver al rey supremo inmediatamente. Cuando el rey Artor conozca lo que tengo que decirle, intenta matarme si lo deseas… y ¡puedes!

—Señor, eres un insolente hijo de…

Luka se quedó sin poder aclararle a Bedwyr el oficio de su madre, porque Myrddion entró en el debate, imponiéndose por encima de los gritos de los otros dos. Bedwyr se asustó de tenerlo tan cerca, pues no le había visto llegar.

—¡Cállate, Luka! ¡Y tú también, joven, quienquiera que seas! O hablas con lengua civilizada o Luka te hará trizas. Soy Myrddion Merlín, y me manda el propio rey supremo.

Bedwyr seguía intentando deshacerse de Alun, que lo tenía todavía agarrado. Con lo enfadado que estaba, apenas escuchó la última parte de la alocución de Myrddion.

—¡Que lo intente! Por muy rey que sea, va a tener que sudar para quitarme del medio. Y mi madre era una mujer decente, esposa de un jefe cornovio. Que no me la toquen.

—¡Basta! —rugió Myrddion, usando ese tono y ese volumen de voz que imponen silencio inmediato—. ¡Si hay alguien que mereciera que lo transformara en sapo o en serpiente, ése, desde luego, eres tú, cretino! ¡Dicho! ¡Y ahora! —Se volvió hacia Luka—. Es evidente que este cachorro no sabía con quién estaba hablando, Luka, así que es inútil sentirse ofendido. Y gritar no es propio de un rey.

Luka aceptó el reproche y envainó la daga.

—¡Tú! —Myrddion señaló a Bedwyr—. ¡Ven conmigo!

—Yo también voy —dijo Luka—. Este hatillo de harapos no es de fiar —estaba buscando camorra; el campamento llevaba días en tensión.

—Como quieras, Luka. Pero te sugiero que dejes fuera tu mal humor cuando entremos a ver a Artor. No está para bromas. Intentad comportaros como adultos, vosotros dos.

Myrddion echó a andar con gesto y maneras que expresaban visiblemente su disgusto.

—Ya lo sabes —Bedwyr esbozó una sonrisa irónica y Luka se sorprendió sonriendo también.

—Se toma muy en serio su papel de consejero y hechicero real —explicó Luka—. No has sido muy educado con él.

—Vaya —por costumbre Bedwyr se santiguó a la manera romana, aunque tenía muy quebrada la fe. Luka dejó de dudar del joven, porque los sajones no fingían ser cristianos, nunca.

Artor había visto el altercado desde su montículo y estaba irritado. No le llegaban

noticias de Glamdring Ironfist y empezaba a pensar que su estrategia había fallado. Estaba muy alterado y mantenía una mirada particularmente fría.

En cuanto Bedwyr vio el extraordinario cabello del rey y la talla que tenía, comprendió que todo lo que se decía sobre su autoridad era verdad. Se postró de rodillas ante él sobre una castigada hierba y hundió la frente en el lodo. Le latía tanto el corazón, que creyó que se le iba a salir.

—Señor, mi rey —murmuró al tiempo que intentaba besarle el pie.

—Levántate, hombre —respondió Artor, brusco e impaciente, visiblemente atorado por el homenaje que le rendía Bedwyr—. ¿Quién eres? ¡Es obvio que no eres celta!

Bedwyr se incorporó, mostrando su metro sesenta y nueve de estatura, un tamaño considerable para ser británico, aunque al lado de su rey parecía enano. Se sintió insultado.

—Señor, soy de la tribu de los cornovios. Me llamo Bedwyr, hijo de Bedwyr, jefe de Letocetum, camino de Viroconium. Mi familia ha sido siempre, desde tiempo inmemorial, guardiana de Arden y es precisamente esa tutela del bosque lo que constituye nuestro mayor orgullo.

—Mis disculpas, joven, si te he ofendido. Pero tienes que admitir que pareces un auténtico bárbaro. La verdad es que me he precipitado y he sido un poco tonto, porque los sajones no cabalgan como tú —Artor sonrió ligeramente y se le aclaró la mirada—. Algún día contarás a tus nietos que conseguiste pillar al gran Artor en un error de lógica elemental.

De repente, arrebatado por el cálido encanto del rey supremo, Bedwyr perdió toda su locuacidad. Se sumió en la confusión y en la devoción que le embargaba y habría vuelto a postrarse, si el propio Artor no se lo hubiera impedido físicamente.

—Ya basta de reverencias y marrullerías, porque odio toda esa parafernalia. Dime, ¿cómo te capturaron los sajones? Por el aspecto que traes, imagino que te tuvieron como esclavo.

Bedwyr suspiró y empezó a relatar de nuevo la historia de su cautiverio. Mientras hablaba, mantenía la mirada fija en el lindero del bosque.

—Le pedí a mi padre que me enviara a Viroconium y de ahí, bajo las órdenes del rey Llanwith, a la frontera de Castell Collen. Los sajones tendieron una emboscada a mis compañeros, pero como yo estaba cazando, conseguí librarme de la terrible muerte que les esperaba a mis amigos. No quiero hablar de lo que vi, ni de lo que hicieron los sajones a los guerreros de Ordovice; prefiero guardar esos terribles recuerdos en mi memoria hasta que alguien pague por ello.

—Continúa —ordenó Myrddion.

—Me apresaron vivo y me entregaron como trofeo a Glamdring Ironfist. Para llegar a la fortaleza me obligaron a ir corriendo todo el camino, hasta Caer Fyrddin, sin tregua. Lo conseguí y por eso me convertí en esclavo de Glamdring, en su perro.

Myrddion recorrió mentalmente la distancia que separa Castell Collen de Caer

Fyrddin y otorgó a Bedwyr un merecido, si bien tácito, respeto.

A Gruffydd no se le engañaba tan fácil con simple palabrería. Se acercó al joven, y dando una vuelta a su alrededor, fue observando con ojos bien atentos las cicatrices, moratones y rasguños que lucía su cuerpo.

—Perdona, Bedwyr, pero el rey debe conocer tus heridas —y sin previo aviso, Gruffydd le rasgó la túnica de arriba abajo, que quedó hecha un ovillo en el suelo.

De los que allí había, sólo Artor miró desapasionadamente las señales de violencia que marcaban el cuerpo de Bedwyr, algunas cubiertas con cardenales y cicatrices recientes. Era clara la marca del collar, que ya nunca se le quitaría. También se apreciaba con nitidez la cicatriz que le había dejado en el pecho el hierro candente, copia exacta de la de Gruffydd. Luego el joven se dio la vuelta para que los consejeros le pudieran ver la espalda.

—Tráele algo para que se cubra, Gruffydd —ordenó Artor sin inmutarse—. Ya veo que has sido un esclavo, Bedwyr, y que has aguantado muchos años. No comprendo cómo has logrado sobrevivir.

Bedwyr frunció el ceño. «¿Cómo iba a morir mientras Glamdring Ironfist siguiera vivo?».

Como nadie decía nada, Bedwyr retomó su discurso a trompicones, sin cuidar demasiado lo que decía y casi llorando de rabia.

—Tengo veinticuatro años, mi rey. No soy ningún niño. He visto mucho y he oído cosas que nadie debería oír nunca. He venido a informarte de lo que ha dicho y de lo que se propone hacer Glamdring Ironfist, para que puedas hundirlo en su propia inmundicia. Conozco bien los entresijos de Caer Fyrddin, porque para salir con vida, los esclavos tienen que saber todo lo que ocurre en su prisión. Pregúntame cuanto quieras.

—Pues, habla, Bedwyr. Estoy escuchándote.

Gruffydd volvió con un buen manto de lana que el propio Artor tendió sobre los hombros de Bedwyr, un claro signo de honor que Bedwyr apenas apreció, absorto como estaba en sus obsesiones y apasionamientos.

—Glamdring lleva más de una semana esperando, con la sangre a flor de piel. Desea matarte en combate, pero Wyrr, su hechicero, le aconsejó prudencia. Hasta ayer, vaya. Porque como Wyrr está muerto, Glamdring estará aquí en horas. Wyrr era peligroso, porque aplacaba los brotes de ira del sajón y guiaba sus planes de batalla.

Artor levantó una de sus ambarinas cejas.

—Maté a Wyrr a las puertas de Caer Fyrddin. No me había propuesto hacerlo, o sea que no tengo mérito ninguno; fue cosa de suerte. Era como un ser maléfico y contrahecho, pero muy inteligente, y ejercía gran influencia sobre Glamdring, que en el fondo es un bruto. Tenía un talento casi sobrenatural; imagino que tendría que aguzar el ingenio, precisamente por lo débil y frágil que era. Al no contar ahora con las advertencias de moderación que le imponía Wyrr, Glamdring Ironfist saldrá de sus colinas hecho una furia e intentará sacudirte hasta que te rindas. El sajón no se anda

con sutilezas, sólo entiende de fuerza y valor.

—Que se atreva —dijo Artor con sonrisa irónica. Miró a su alrededor—. Enseñaremos a los sajones que nosotros ya usábamos el muro de escudos mucho antes de que nuestros enemigos los romanos nos mostraran su verdadera utilidad. Adoptaremos la primitiva estrategia de Glamdring y le asfixiaremos en plena embestida.

Un rato más tarde Artor, sentado en una silla de campaña muy similar al trono curul que usó César siglos antes, empezó a dar órdenes. Sirvientes y consejeros salieron cada uno a cumplir sus tareas.

—Luka, revisa nuestros planes defensivos del campamento. Como no es lógico pensar que Glamdring ataque siempre de día, prepara lo necesario para resistir ataques nocturnos. Targo ha estado entrenando diariamente a los hombres para que formen el muro de escudos; lo usaremos como maniobra táctica fundamental, una vez que Glamdring entre en batalla. Con suerte, vamos a dar una buena lección de pericia guerrera a nuestros amigos sajones.

Después Artor se volvió hacia un hombre tuerto y con muchas cicatrices en la cara, absurdamente ataviado con un ropaje de lana morado debajo del peto metálico.

—Pelles, los arqueros quedan bajo tu mando. Tenlos preparados detrás de la línea principal de guerreros, porque tienen que liquidar a los sajones antes de que se produzca el más mínimo ataque. Los carros de avituallamiento les proporcionarán la altura necesaria para que cumplan mis órdenes.

»Gruffydd, llévate a siete hombres a las colinas en cuanto caiga la oscuridad y termina con ese puñado de arqueros que están justo al otro lado de las lindes del campamento.

»Bedwyr, cuando termines de hablar con Myrddion, puedes ir con Gruffydd y su grupo. Supongo que sabes hablar sajón.

—Como un nativo, señor —contestó Bedwyr, un tanto intimidado por el vigor con que Artor se había hecho con la situación.

—Myrddion, procura que Bedwyr te proporcione toda la información posible sobre el trazado y las defensas de Caer Fyrddin. Intenta sacarle también planes de batalla, para estudiarlos más tarde. La fortaleza tendrá que esperar hasta que derrotemos a su señor. Pero, concluida esta batalla, pienso atacar Caer Fyrddin y arrasarla a fuego.

—¡Sí! —contestó un coro de obedientes.

—Y ahora, cuéntame algo de Glamdring, Bedwyr. Como eras su esclavo, debes conocerle mejor que ningún otro. ¿Puede derrotarme? Y si es así, ¿cómo va a conseguirlo?

—Tiene más de ochocientos guerreros, expertos y bien formados, señor, más buen número de hombres aptos, reclutados estas últimas semanas. Aquí tienes poco más de doscientos soldados, si no me equivoco en mis cálculos. ¿Sirve esto como valoración?

Artor asintió con la cabeza.

—Creo que Glamdring no puede derrotarte, porque Wyrr ya no está y su señor confiaba plenamente en él para todo. Intentará conseguir que te rindas, atacando con un gran contingente de soldados, pero se guiará por la ira y la crueldad, que crecen y se multiplican en su interior, no por la razón. La fuerza de sus hombres hará que este campamento se tambalee hasta los mismísimos cimientos y matarán a muchos de tus guerreros, pero cuando intente atacarte personalmente, lo cegará la superstición.

—¿Por qué? —preguntó Artor en voz baja. Estaba impresionado de este nuevo aliado, un joven guerrero, que seguía manteniendo la cabeza erguida después de tantos años de abuso implacable, capaz de abatir a cualquiera.

—El noble ha depositado toda su confianza en una profecía de Wyrr, relacionada con el Cuchillo de Arden. Wyrr vio que este cuchillo sería la perdición de Glamdring, si el noble no llevaba consigo el arma, pegada al pecho. Pero ni Glamdring ni Wyrr parecían recordar que el cuchillo de Arden era de mi propiedad, y que es copia de una sagrada reliquia de mi tribu. El cuchillo que Wyrr describió me lo arrebataron los guerreros sajones, cuando me capturaron por primera vez y ha estado en posesión de Glamdring desde entonces —Bedwyr sonrió abiertamente al rey—. Sin embargo, lo que Glamdring y Wyrr no entendieron es que el cuchillo de Arden no es un arma física, que pueda llevarse en las manos y utilizarse para matar o mutilar enemigos. ¡Yo, Bedwyr ap Bedwyr, soy el Cuchillo de Arden! Soy el heredero de los bosques de Arden y nací para protegerlo —Bedwyr tenía el rostro serio y le brillaban los ojos—. Y yo, Bedwyr ap Bedwyr, mataré a Glamdring antes de que finalice su campaña.

Por un momento Artor lamentó que a este joven delicado le hubieran arrebatado su finura a base de golpes, pero arruinado o no, Bedwyr era un arma realmente eficaz que se había incorporado fortuitamente a su arsenal.

—Entonces, vamos a ver. Estamos en tiempo de matar y los sajones vienen a exigir su cuota. Parece que hasta los pájaros lo saben —pese a todo, Artor sonrió a sus capitanes, allí reunidos, antes de volverse hacia Luka—. Galván, Llanwith y Lot tienen que regresar inmediatamente y ponerse a mis órdenes. Manda dos buenos correos por caminos distintos a cada destacamento con este mensaje. Necesito que vuelvan con diligencia, porque espero sus órdenes para acorralar en cuatro días a las fuerzas de Glamdring. ¿Entendido?

Luka no puso objeciones ni hubo más preguntas de quienes allí estaban.

—Id, pues. Gaheris nos observa desde el Hades y nuestras espadas están sedientas de sangre sajona.

La audiencia había concluido.

El campamento bullía de agitación, mientras la ordenada maquinaria del ejército de Artor se preparaba para la batalla y Myrddion sacaba información sobre lo más recóndito de Caer Fyrddin, hablando con Bedwyr. Por fin, el celta se liberó del interrogatorio y pudo ir a buscar comida y a descansar un poco antes de unirse a Gruffydd para acosar a los arqueros sajones que había por las colinas.

—Artor siempre va muchos pasos por delante, Bedwyr —le dijo Myrddion antes de que marchara—. Te vendría bien tener los ojos abiertos y aprender de un maestro estratega.

La noche había caído ya cuando Bedwyr se unió a Gruffydd y a su pequeño grupo de cazadores. Se metieron en la espesura del bosque, ya fuera del campamento de Artor. Llevaban ropas sajonas para confundir al enemigo, en caso de que los descubrieran.

—Vamos a cazar sajones, Bedwyr. Supongo que tendrás agallas —Gruffydd se desnudó el pecho para que Bedwyr viera la antigua cicatriz a la tenue luz de la noche. Bedwyr se dio cuenta de que el destino los había unido en este lugar tan sórdido, para que pudieran abandonar durante un rato sus años de esclavitud.

—Hace una buena noche para morir, hermano —contestó Bedwyr—. De modo que vamos a cumplir lo que quiere nuestro señor. Estoy deseando matar sajones.

—Si tienes paciencia —observó Gruffydd astutamente—, tendrás una ración entera para ti solo.

El grupo quedó engullido entre las sombras y no quedaba nada, ni un ruido, que delatara la presencia de cazadores nocturnos. Sólo los búhos observaban su marcha, pero fieles a la diosa celta que los presidía, no advirtieron a los sajones de que la muerte había salido y quería saciarse.

CAPÍTULO VIII

EL MURO DEL RÍO

BEDWYR ACECHABA, INMÓVIL como una roca.

La espera recompensó su paciencia. Oyó que en un árbol se movía algo, a unos treinta metros de donde estaba; lo notó, más que lo oyó, dada la distancia. Gracias a que veía muy bien en la oscuridad, descubrió una figura agazapada, oscura, que en principio le pareció parte de la corteza de un árbol robusto.

Bedwyr se deslizó silenciosamente entre la maleza. Sabía moverse en el monte y para él era como respirar, de lo natural que le resultaba.

Al llegar al pie del árbol, se incorporó. Oyó y sintió que alguien le apuntaba al corazón con una flecha.

—Traigo un mensaje de Glamdring. ¿Puedo subir? —susurró en sajón.

El hombre permaneció callado. No cabía duda de que estaba confundido; no entendía por qué aparecía un sajón en medio del bosque celta.

—Ironfist va a reunirse con nosotros dentro de un rato. Déjame subir —volvió a susurrar Bedwyr con mayor apremio.

—Sí —A Bedwyr le bastó con oír esta palabra para trepar a la copa con la agilidad de un muchacho.

El joven, que se había colocado entre tres poderosas ramas, tenía poco más de diecisiete años. Era campesino, a juzgar por las toscas ropas de lana que llevaba, nada refinadas. Al ver a Bedwyr vestido de sajón, se le disiparon las dudas, pero al celta le invadió un súbito sentimiento de culpa tras degollar al ingenuo muchacho, justo después de que le revelara dónde se escondía el siguiente arquero.

Bedwyr limpió cuidadosamente su cuchillo en el manto del chico, se acomodó en el árbol y le quitó el arco y las flechas, antes de pasar al siguiente arquero en medio del mismo silencio.

Después de matar a tres, Bedwyr volvió al punto de encuentro. Sus víctimas habían sido un muchacho y dos ancianos, ése era el legado que dejaba Wyrr, por sugerir que para esconderse en los árboles había que utilizar recursos humanos poco prometedores o inútiles para la batalla. Gruffydd y sus compañeros también habían cumplido su tarea, al descubrir a otros siete arqueros en el bosque. Encontrarlos había sido muy fácil, tan aséptico que no tuvo especial mérito. Sin embargo, les sorprendió que los sajones portaran arcos tan largos y particularmente elaborados, y no entendían

por qué, teniendo esas armas tan devastadoras, no las usaban con mayor destreza.

—Los campesinos sajones utilizan esos arcos para cazar, no como armas de guerra —susurró Gruffydd al oído de Bedwyr—. Tienen un alcance impresionante, pero los jefes sajones parece que los consideran cobardes. Menos mal que Glamdring no quiere utilizar un ejército de expertos arqueros para defender sus posiciones de ataque, porque si no sí que conseguiría abatir a muchos de nuestros guerreros, que quedarían inutilizados, sobre todo durante el día. Y tú, amigo, podrías haber corrido peor suerte cuando saliste de estampida para llegar al campamento de Artor justo delante de sus narices.

—Esos cabrones casi me cogen cuando Alun y yo hicimos el último trecho para llegar al campamento —murmuró Bedwyr—. ¿Sabes a cuánto estamos del muro de escudos? Esos arcos son realmente mortales. Los nuestros, en comparación con la fuerza y el alcance que tienen estos, son un juego de niños.

—Pues mejor me lo pones. Alun y los demás correos parten en cuanto salga la luna. No tenemos tiempo que perder; hemos de asegurarnos de dejar estos puñeteros árboles limpios —Gruffydd blasfemaba con la creatividad de un veterano—. Si los jinetes no logran pasar, estamos perdidos.

—Estoy seguro de que hemos descubierto a todos —dijo Bedwyr en voz baja, aparentando gran convencimiento, pese a que no dejaba de observar atentamente las copas de los árboles, por si notaba el más mínimo movimiento.

Apenas había terminado de hablar, cuando un jinete salió del campamento a galope tendido.

Era Alun, que salía para hacer llegar a Galván las órdenes de Artor.

Al pasar por un bosquecillo particularmente denso, se oyó vibrar una cuerda de arco y Alun se desplomó momentáneamente sobre la grupa del caballo. Se agarró el brazo, se sacó una flecha invisible y siguió su arriesgado camino a toda velocidad en medio de la noche.

—Mierda —dijo Gruffydd—. Nos hemos dejado a uno de esos cabrones. Ve a buscarlo, Kennett, y no te demores.

Se volvió hacia Bedwyr.

—Bedwyr, lleva nuestros trofeos al campamento y dile a Artor que nos quedaremos aquí todo lo que podamos para mantener el bosque limpio de sajones. Dile que Garum ha visto fogatas en las colinas, con lo cual la llegada de los sajones es inminente.

—Cuídate, viejo —contestó Bedwyr. Gruffydd lo despidió con una manotada de camaradería y se sumergió en la oscuridad.

—Al chaval se le da particularmente bien la caza —murmuró Gruffydd, hablando para sí mismo.

Bedwyr saltó por encima de una acequia y remontó hasta llegar a una tierra de nadie que rodeaba al ejército celta, donde un desazonado centinela casi lo mata sin preguntar. Salvó el pellejo de casualidad, dando una mínima explicación y mostrando

los arcos que llevaba encima.

Se apresuró hacia la tienda de Artor, pero se desvió un poco para acercarse a las exóticas dependencias de Pelles, capitán de los arqueros.

Aunque Pelles no tenía pretensión aristocrática alguna, adoraba la ostentación y se había ganado el derecho a satisfacer sus gustos gracias a su trabajo y su talento. Bedwyr casi se muere de risa al ver la tienda de cuero teñida por todos lados y llena de caricaturas de grifos. Dentro, la dependencia lucía una ostentosa lámpara dorada colgada de un soporte central, que iluminaba una profusión de jarros de vino, copas, fuentes, pieles y arcones, todo ello, aparentemente, estorbos incomprensibles en una larga campaña. Pero, en honor a la verdad, también había que reconocer que Pelles tenía una mesa plegable dentro de la tienda, repleta de arcos de distintos diseños, plumas para estabilizar las flechas y un montoncito de puntas perfectamente organizado.

Pelles seguía despierto. Cuando se cernía una batalla, el veterano se afanaba en revisar la disposición de sus arqueros y organizar la manera de que siempre tuvieran el carcaj lleno de flechas. En la batalla, un arquero sin armas es como un tronco caído.

Bedwyr quedó aturdido al ver la edad tan avanzada del guerrero y el aspecto tan ignominioso que tenía. El anciano mostraba una serie infinita de cuchilladas ya cicatrizadas en la cara y era ciego de un ojo, afortunadamente del que no usaba para apuntar con las flechas. Vestía de fina lana ribeteada con una cinta de oro, luciendo el atuendo más rimbombante que Bedwyr había visto nunca, ni siquiera al propio Artor. Y aun así, no había nada ridículo ni cómico en Pelles, por más que siguiera recibiendo el sobrenombre de Pinhead, cabeza de chorlito. Los años le habían dejado una pátina de experiencia, más que de senectud, y el ojo que le quedaba irradiaba una inteligencia natural.

—Así que eres el esclavo celta del que tanto hablan —empezó a decir Pelles sin consideración alguna hacia Bedwyr—. A mí no me habría gustado estar tanto tiempo entre los sajones. O tienes mucha paciencia, o eres un cobarde; ¿cuál de las dos cosas?

—Tú dirás, viejo.

Y sin preocuparse de la explosión de ira que súbitamente reflejó la mirada de Pelles, Bedwyr dejó caer diez arcos y carcajes con flechas sobre la mesa plegable del veterano.

El talante del arquero cambió al instante. Acarició la madera impecablemente laminada de uno de los arcos que medía más de metro y medio de largo.

—Los dueños están todos muertos —alegó Bedwyr.

—Había oído hablar de estas obras de arte —murmuró Pelles. Se puso de pie, olvidando todo insulto previo—. Son impresionantes, caray, casi como yo de altos, y tiene que ser la leche tensarlos.

—No sé, me temo que no soy arquero —Bedwyr se encogió de hombros—. Pero

los arqueros que matamos eran todos niños y ancianos, así que no parece que haya que ser muy fuerte para utilizarlos.

Cuando Pelles tensó la cuerda lo más que pudo, Bedwyr se fijó en el mitón que llevaba en una de las manos, cosida a cicatrices y la manga de cuero que le cubría el antebrazo, desde la muñeca hasta al codo.

—Dios, este arco es una maravilla. Debe tener un alcance increíble.

¿Y los sajones tienen estos arcos? ¿Pero por qué diablos no los utilizan?

—Los hombres que maté eran campesinos; a lo mejor es que los guerreros sajones consideran poco digno usar el arco —contestó Bedwyr, divertido al ver la admiración con que Pelles observaba estas armas de tejo tan bien pulido—. Sería como matar a distancia. Con uno de esos no puedes acercarte ni sudar en el combate.

—¡Entonces es que los sajones son estúpidos! —Pelles murmuró mientras acariciaba el arco con el mismo cariño que le dedicaría a una bella dama—. Yo los tendré, y muy gustoso. Llegado el momento todos los que estén bajo mis órdenes llevarán un arco así. ¡Y están hechos de tejo!

Mientras Pelles seguía acariciando los arcos, maravillado por la perfección con que habían sido construidos y farfullando para sus adentros, Bedwyr se retiró de la tienda.

Artor también estaba despierto, porque por la rendija de la puerta escapaba una luz tenue. Cuando Bedwyr intentó entrar, Odin casi se lo come. Artor tuvo que darle una voz al gigante juto para que dejara pasar al lánguido Bedwyr.

—Gruffydd me ordena que te informe de que el bosque ya ha quedado libre de arqueros, pero que hay fogatas encendidas en las colinas cercanas —dijo Bedwyr escuetamente, algo aturdido por la velocidad con que había actuado el guardaespaldas de Artor y la ferocidad con que lo había hecho—. Está seguro de que Glamdring estará aquí en cuestión de horas.

Al fondo de la tienda había un anciano lleno de arrugas y vestido con una coraza romana, rígidamente sentado en un catre de paja.

—Ironfist no va a dar tregua a sus tropas, muchacho —advirtió el viejo con toda naturalidad—. Querrá sorprenderte antes de que amanezca. A lo mejor ha hecho encender fogatas para hacerte creer que sigue en las colinas, cuando realmente está más cerca de lo que suponemos.

—Ya, Targo —contestó Artor pensativo—. Yo en su lugar, desde luego lo consideraría.

—No, no lo harías —Targo explotó en una risotada—. A nadie se le ocurriría lanzarse a ciegas sobre campo ajeno, salvo en casos de locura desesperada.

Bedwyr se frotó sus ojos cansados. Este anciano era evidentemente el maestro de armas de Artor, el hombre que había convertido a su noble alumno en el más grande Guerrero de Occidente. Verdaderamente, pensó, en este lugar tan desolado, mires por donde mires, te topas con auténticas leyendas.

—Lord Pelles tiene los arcos de los sajones, mi rey —dijo—. Lo he dejado

acariciándolos, como si fueran bellas damiselas.

—¡Este Pinhead! —Targo refunfuñó—. No me extraña que haya vivido tanto. Tiene un olfato exquisito para las armas excepcionales.

—Estupendo —dijo Artor—. Será mejor que duermas un poco, Bedwyr, y Odin te procurará una armadura de tu tamaño y armas. Honradamente, hueles que apestas con esa indumentaria sajona.

Como siempre que se trataba de asuntos bélicos, Artor no pudo ser más claro y conciso.

Bedwyr se bañó en el río con aceite y un estrígilo viejo que le dio Odin, un hombre capaz de proporcionar al instante como por arte de magia cualquier utensilio que se le pidiera con urgencia. En la orilla Odin le dejó una armadura bastante usada, un casco y ropa. También había encontrado un escudo rectangular en condiciones razonables, una pequeña espada romana, una piedra de afilar y una daga infame, muy gastada.

Pese a que era de noche y a que el agua salobre estaba muy fría, Bedwyr se sentía cada vez más alegre y desenfadado, a medida que iba deshaciéndose de los últimos flecos que le quedaban de su pasado en cautividad. Se restregó la piel con arena de río hasta dejársela sonrosada y limpia como la de un bebé. Se lavó el pelo y se afeitó con la navaja una incipiente barba, poniendo en su aseo especial esmero. Aunque los guerreros cornovios normalmente llevaban barba, Bedwyr prometió ir siempre con la cara limpia, como su rey, por mucho que le aterrara la mera idea de hacerlo.

Bedwyr no quiso ni secarse con el atuendo sajón que había usado, y, tiritando como estaba, decidió ponerse las calzas, una camiseta de lana y un jubón de cuero sobre la piel mojada. Por primera vez desde que escapó de la ciudadela de Glamdring, Bedwyr se sintió realmente celta. Recogió su coraza, el escudo romano y las armas desgastadas que le habían dado y se fue a la fogata más próxima.

Bedwyr sabía que tenía que intentar dormir, pero las armas le resultaban extrañas. Odin después informó a Artor de que el joven estaba sentado con las piernas cruzadas cerca del fuego, afilando y poniendo a punto las armas, todas, hasta los filos de cobre del escudo metálico.

Artor sonrió.

—No hay nada mejor que pasar el filo cortante de un escudo bajo la barbilla del enemigo para provocarle un terrible dolor de mandíbula, si le queda mandíbula, claro.

Odin se rió, cosa rara en él. El juto también se había dedicado a mascar ramitas y carbón vegetal, como su señor, y lucía unos dientes llamativamente blancos bajo su barba rojiza.

—Este muchacho promete, Odin, pero nunca se ha puesto a prueba en la batalla. Vamos a ver cómo le va.

Odin asintió con la cabeza.

—Pronto, Odin, pronto —murmuró Artor, apoyando la cabeza sobre las armas que tenía en la mesa—. Despiértame en cuanto amanezca.

A su alrededor parecía que todo el campamento dormía, pero había muchos ojos puestos en las armas de cada cual o intentando escudriñar en la densidad de la noche. Llegaban las horas del alba, un momento en que los guerreros sueñan con la muerte, por eso muchos preferían mantenerse despiertos.

Sin que le perturbaran los sueños, Artor durmió con la intensidad y la inocencia de un niño, mientras Targo y Odin le guardaban las espaldas de cualquier atisbo de peligro.

UNA DENSA NIEBLA envolvió el campamento, el río y la franja de tierra que había entre el mar y los bosques. El aire era espeso y húmedo, como el tacto de un ahogado, y los soldados de Artor comenzaron a sentir los primeros escalofríos de miedo. Temían que el ejército de Glamdring se abalanzara sobre ellos antes de que el sol disolviera la bruma.

Antes de que amaneciera, Artor ya estaba despierto y perfectamente armado. Tal y como prometió, se había pintado el rostro de azul añil y arcilla blanca, lo cual le hacía parecer una calavera en las primeras luces de la mañana. Había ordenado que desplegaran su estandarte, que ahora ondeaba levemente al vaivén de la imperceptible brisa marina que había traído la niebla sobre el campamento. Los hombres miraban al Dragón Rojo de Britania, rampante sobre sus cuartos traseros, para armarse de valor. También ellos se pintaron el rostro.

El rey supremo, armado para el combate, fue dando grandes zancadas hasta el lugar en que debía formarse el muro de escudos. Targo y Odin iban detrás, pisándole los talones. A su paso, Artor iba ordenando que apagaran las hogueras y que los hombres se apresuraran a ocupar sus posiciones defensivas.

Pelles había dispuesto a los arqueros en una pequeña elevación que había detrás del lugar en que se había concentrado el ejército. Arrodillados por filas, a la manera romana, aguardaban, sabiendo que serían ellos quienes se llevaran la gloria de la primera sangre sajona. Pelles había izado también su propio estandarte, más pequeño, un extravagante monstruo compuesto de varias criaturas: en parte serpiente, en parte caballo, en parte reptil irascible. Sus hombres se enorgullecían de ser hijos de Quimera, nombre con el que Pelles había bautizado a su emblema.

En la retaguardia, inmediatamente detrás de los carros, Myrddion y su equipo de sanadores avivaban los fuegos y preparaban todo lo necesario para cumplir su misión en la batalla que se avecinaba. Ya habían metido entre las ascuas unas largas lenguas de metal para que se pusieran de un rojo apagado y las tenían calientes, porque para cauterizar heridas graves sólo servía el metal candente. En el suelo de uno de los carros de repuesto habían dispuesto pequeños recipientes con ungüentos y otros linimentos sencillos del oficio, perfectamente ordenados por filas. También tenían a mano bacinillas metálicas, tenazas, unas agujas infernales y un gran almirez con su mazo. Tan exigente como siempre, Myrddion se había puesto un delantal de cuero

que le cubría los brazos, el torso y las piernas. Como sabía que pronto estaría bañado en sangre, se había trenzado toda la melena blanca, dejando el rostro despejado. Y, desde luego, aunque ya empezaba a sentir la angustia de tener que ver morir a los amigos, lo que no quería era que la tristeza se le notara en la cara, ni perder su habitual serenidad.

Al borde mismo de la línea defensiva, se agolpaban los hombres de Artor. Siguiendo órdenes de Targo, los guerreros habían formado una pared humana, agazapados detrás de sus rectangulares escudos, que habían hundido mínimamente en la hierba, según la táctica utilizada por César tantos siglos atrás.

Targo ordenó que clavaran las lanzas entre los escudos, para que los enemigos tuvieran que enfrentarse a un maldito bosque de hierro.

Detrás de la primera fila de soldados se dispuso una segunda. En este caso tenían los escudos inclinados para proteger las cabezas de los hombres situados en primera línea, y cubrir al mismo tiempo la parte alta del cuerpo de quienes los empuñaban. Detrás de ellos, se dispuso una tercera fila de soldados con los escudos colocados sobre la cabeza, para formar una sólida cuña de hierro y madera. Muchos años atrás las legiones romanas habían bautizado esta táctica con el nombre de tortuga, por la impenetrabilidad que mostraba la carcasa de hierro.

—¡Descansad! —ordenó Targo, una vez que comprobó que la antigua caballería entendía los principios de la guerra de asedio—. No es necesario que os agotéis antes de que Ironfist decida hacer su entrada.

Artor permanecía de pie, sin casco, con Targo, detrás de la tercera fila de defensa. Luka estaba situado en el flanco izquierdo, junto al río. Odin había ido por orden del rey a reforzar el flanco derecho, que defendía Keu. Todos tenían órdenes de mantener sus posiciones a cualquier coste, aunque tuviera que caer hasta el último hombre. Keu había sonreído abiertamente al recibir estas órdenes de su hermano, cosa que desconcertó un tanto a Artor, ya que casi nada hacía brillar la mirada de Keu.

«No te preocupes —pensó Artor—. Si el ansia de sangre le hace mejor caudillo, al final le agradeceré los servicios prestados a nuestra causa.»

El océano formaba la última barrera defensiva, más allá del muro de escudos, y las riberas del río cubrían el flanco izquierdo.

—Bien, muchacho, estamos más preparados que nunca —dijo Targo a su rey con una sonrisa de satisfacción—. Ahora nos queda esperar la llegada de nuestro invitado de honor. Si fuera sensato, atravesaría esta maldita niebla como las Furias, creyendo que nos pillaría desprevenidos.

—Quiere que sepamos que nos superan en número, para reconfortarse a sí mismos, inspirándonos terror —replicó Artor—. Hasta Glamdring Ironfist tendrá sus dudas de vez en cuando. Después de todo es mortal, y le afligen los mismos miedos que a cualquier otro líder. Tenemos cierta ventaja, por cortesía de Bedwyr, porque Glamdring ya no cuenta con el efecto sorpresa ni con esa criatura de Wyrr que le proporcionaba tan excelentes consejos y tanto equilibrio.

—¿Y dónde está nuestro joven asesino? —preguntó Targo prudentemente. Porque todavía no se fiaba del todo del cornovio.

Artor señaló las filas de soldados que aguardaban apretados unos junto a otros, con los músculos tensos y la mirada inquieta, intentando ver algo a través de la bruma. Bedwyr había decidido luchar en primera línea, justo en el centro de la fila, donde se produciría el ataque más duro.

—Ese chico o sueña con la muerte o lleva demasiado odio dentro —comentó Targo.

—Esto último, tiendo a pensar, porque hasta que la muerte lo abata no se librará de la cicatriz que le hizo ese collar. Alberga casi tanto odio como Keu.

—¡Hmm! Pensé que era mejor tipo que Keu —añadió Targo.

—Estoy convencido de que lo es. Y si sobrevive, me vendrá muy bien. Los cornovios han sido siempre amigos y ahora tengo la suerte de poseer el Cuchillo de Arden.

—Cuídate del orgullo, amigo —advirtió Targo, mostrando claros signos de preocupación en la cara—. Bedwyr es un hombre, no un instrumento para usar y tirar.

—Ya. Lo hago todos los días. Pero en este momento estoy deseando ya que pase algo.

El sol empezó a salir tímidamente entre la bruma, pero la densidad del aire ensordecía todos los sonidos, salvo el graznido de las gaviotas que revoloteaban en la playa de guijarros, peleándose por alguna gamba.

De repente se oyó un grito que salía de la densa neblina. Se cortó bruscamente.

—Parece que uno de nuestros amables visitantes ha encontrado un hoyo —dijo Artor en voz baja.

—Manteneos firmes en las alineaciones —rugió Targo, intentando con todo contener la voz—. Que Dios descomponga esta niebla. Apenas llego a divisar la primera línea defensiva.

—Targo, ya está saliendo el sol, así que dentro de nada veremos mejor.

De repente una fuerte brisa hizo sonar los estandartes. La verde serpiente de Luka se bamboleaba por la izquierda y el águila de Keu desplegaba sus descaradas alas por la derecha. Súbitamente, en ese momento afortunado que agradecen todos los guerreros, la brisa marina se enfrió y disolvió la fastidiosa niebla en vagas tiras de enfermizo aire gris.

Una enorme horda de soldados se apelotonaba a escasos cien metros de ellos.

—¡A vuestras posiciones, hijos de puta! —gritó Targo, mientras las trompetas de Artor repetían la orden.

Artor se volvió y levantó el puño cubierto con el guante.

—¡Pelles! —rugió—. ¡Que sangren los sajones! ¡Piensa en las víctimas de Y Gaer!

La primera fila de arqueros se levantó, tensó los arcos lo máximo posible y lanzaron una volea de flechas a lo lejos contra las apretadas huestes sajonas.

Sin esperar siquiera a ver el daño causado, la primera fila se arrodilló y los hombres de la segunda apuntaron y lanzaron sus flechas cuando Pelles lo indicó.

Y lo mismo hizo la tercera fila de arqueros, cuando les llegó el turno.

—Alto el fuego —gritó Artor.

El granizo de flechas había provocado muertes, pero el daño era bastante superficial. La primera volea había cogido desprevenidos a los hombres de Ironfist y por eso habían caído muchos. La segunda los pilló de novatos o atontados, porque ni siquiera se protegieron con las adargas de piel o de metal, pero la tercera sarta de flechas se había clavado sin más en los escudos defensivos de los guerreros.

Al final de la descarga, había unos cincuenta sajones que yacían sin vida o se revolvían en el suelo como serpientes agonizantes.

—Bueno, unos cuantos menos que matar —dijo Targo con crueldad.

Artor hizo una mueca de repulsión.

—Supongo que quedarán unos ochocientos o así.

—¡Artor! —se oyó el bramido de una voz estentórea, elevándose por entre las hordas sajonas que ahora se dispersaban para formar largas filas de descomunales guerreros—. ¡Hijo de puta! ¡Intruso! ¡Hoy morirás! ¡Aquí estoy, yo, Ironfist, porque te he jurado la muerte!

—No contestes, Artor —le susurró Targo.

—Pero, ¿crees que estoy chocheando, anciano?

Los guerreros sajones se agazaparon en sus posiciones de ataque, haciendo brillar sus hachas y espadas a la luz cada vez más potente del amanecer.

—¿Es que piensas seguir todo el día escondido detrás de tus guerreros, Artor?

Los gritos se elevaban por encima de los gemidos, maldiciones y gimoteos de los heridos.

—Vamos a coger vuestro lamentable muro de escudos y os lo vamos a colgar del cuello.

—Hablas demasiado, Ironfist —gritó una voz de entre los soldados que formaban el muro de Artor—. ¿Dónde está Wyrr? ¿En qué infierno te está esperando?

Glamdring aulló, extendió el brazo y todo un destacamento de sajones cargó al instante contra el flanco izquierdo de Artor.

—Parecía Bedwyr. Sabe cómo azotar a Glamdring, porque está enviando a sus hombres directamente a los hoyos —Targo se rió entre dientes, sin compasión alguna.

Unos doce sajones murieron atravesados por criminales y bien afiladas estacas, ocultas bajo lo que parecía terreno firme. Los demás atacantes desviaron su curso, como había previsto Artor, y cargaron directamente por el centro de ese mismo flanco, justo en el lugar en que había mayor número de defensas. El rey supremo oyó a Luka dando órdenes, a grandes voces para sobreponerse a los lamentos, a medida que los celtas utilizaban las lanzas para matar sajones enloquecidos.

—¡Que el Hades los acoja, Pelles! —rugió Artor y las trompetas sonaron al unísono. Los celtas del flanco izquierdo se confinaron en sus escudos, mientras los

hombres de Pelles acribillaban a los sajones en el pecho, la cabeza o las piernas.

Glamdring atacó por el flanco derecho inmediatamente, con una carga directa, frontal, pero descubrieron pronto los hoyos y comenzó un cruel enfrentamiento. Artor dio la orden de fuego y la segunda línea de arqueros de Pelles se giró para cubrir el lado derecho de la posición defensiva.

Entonces, en una embestida que hizo temblar la tierra, Glamdring dirigió el grueso de sus tropas justo por el centro, para golpear en pleno corazón la línea defensiva de Artor.

Arremetieron con la fuerza de una ola gigante, pero la línea logró resistir. Si alguno caía, el que estaba detrás de él se metía en la brecha y periódicamente Pelles recibía órdenes de disparar una volea de flechas de fuego que, al prender las trampas de brea que había escondidas, mermaban las huestes amigas y enemigas. La táctica de la tortuga salvó a los celtas de toda herida, salvo de algunas leves; pero los sajones, en cambio, no pudieron evitar teñirse de sangre por las heridas ni retorcerse entre las llamaradas.

Pero no pensaban retirarse.

Como las olas que golpean contra las rocas, los sajones venían una vez y otra y otra más. Las bajas celtas eran irreemplazables, pero Glamdring derrochaba hombres igual que los borrachos desparraman vino, con plena conciencia de que contaba con la ventaja de los números. En primera línea de defensa, Bedwyr insertaba su afilado escudo en las desprotegidas barbillas de los contrarios y sentía cómo crecía en él el ansia de sangre, a medida que los humores arteriales le iban cubriendo de pies a cabeza. Apenas se daba cuenta de que alguno caía a su lado. Golpeó con la lanza hasta que se le quebró el asta y luego siguió utilizando el hacha de un sajón abatido con idéntica ferocidad.

De algo le tenía que servir haber pasado tres largos años viendo lo que hacían los matarifes de cerdos. Ahora maldecía a los guerreros sajones en su propia lengua, haciéndolos enloquecer con sus insultos, hasta que encontraba por dónde meter el cuchillo, el hacha o la espada.

De repente, con la misma rapidez con que dio la orden de ataque, Glamdring instó a sus soldados que se retiraran a la línea de bosque.

Artor envió a dos mensajeros para determinar las bajas producidas en el flanco izquierdo y en el derecho. El daño provocado en el centro, ya lo veía él, demasiado bien.

—Retrocederemos unos veinte metros y apilaremos los cadáveres sajones delante de nosotros, formando una muralla y dejando un pasillo para que maniobre el enemigo —Artor ordenó con impaciencia—. A los heridos, que dejen de sufrir. ¡Sin piedad! Ahora Glamdring atacará con un golpe frontal para intentar rompernos el centro. Así que tendrán que trepar por encima de los cadáveres de sus compañeros, si quieren alcanzarnos.

Targo se apresuró a supervisar el ordenado movimiento de las tropas.

Pronto organizó a los que no combatían en equipos para que recogieran cadáveres y heridos. Los cadáveres celtas los apilaban acordonados unos con otros delante de los carros de abastecimiento, formando una muralla de protección que actuaba como última línea defensiva, y resguardaba a los sanadores que trabajaban intensamente para dar socorro a los heridos que podían curarse. Como si se tratara de una maquinaria bien engrasada, el ejército de Artor se movía cumpliendo órdenes, sin preguntar, sin miedo y sin escrúpulos.

Mientras Myrddion se afanaba en su cruenta tarea de salvar vidas, los hombres de Pelles rebuscaban entre los cadáveres de los sajones para recoger flechas. Al tiempo los celtas mataban sin compasión a todos los heridos sajones, cuidándose de hacerlo fuera del alcance del enemigo, ya que los sajones no morían con facilidad, y hasta los heridos graves intentaban llevarse a su contrario al Hades, si se ponía a tiro.

En primera línea, Bedwyr estiraba los músculos, ya muy atenazados, y revisaba sus armas sin perder ojo de lo que ocurría en el bosquecillo donde se había resguardado el ejército sajón. A su lado, un guerrero brigante echaba pestes al ver que se le había hecho una muesca en la espada.

—¡Me cago en todo el Hades v en sus malditos sajones! —gritaba el guerrero dando muestras de escasa imaginación. Aunque llevaba una venda por la cara, cubriéndole las mejillas y la nariz, la sangre le llegaba a la vestimenta.

—¡Me he cargado la espada de mi padre con la cabeza de un sajón! —murmuraba el brigante, manifestando su repulsión en cada palabra que emitía y en los gestos de su rostro.

—Bueno, pero ¿lo mataste? —replicó Bedwyr escueto, mientras seguía limpiando su propia hoja con un trozo de trapo que había arrancado de su túnica.

—¡Sí!, pero al abalanzarme sobre él le di en el borde del casco. ¡Mierda!

Bedwyr observó al brigante con más detenimiento. Por el manto de lana y la insignia que llevaba, el anillo de oro macizo y el ornamentado brazalete se veía que era un hombre importante.

—Estás sangrando —señaló Bedwyr sin añadir nada más.

El brigante volvió a maldecir y se quitó la especie de vendaje que llevaba. Una larga y profunda herida le cruzaba en ángulo su rostro, joven y curtido. Al ver que la carne se le abría, sobre todo en el cartílago de la nariz, Bedwyr pensó que el guerrero tenía que ser un hombre muy duro consigo mismo para ignorar el dolor y el reguero de sangre que emanaba de la herida.

—Bueno, Rostro Zurcido, te recomiendo que les pidas a los sanadores que te cosan esa espita de amor que te han dejado los sajones, porque si no se te va a infectar con toda esta mierda —con la mano que tenía libre Bedwyr señaló la mezcla de barro, sangre, vómitos y heces con la que un suelo virgen se había convertido en el campo de muerte que rodeaba el muro de escudos.

El brigante carraspeó y escupió sangre sobre el repugnante barrizal.

—¡Sí!, es una estupidez tratar de matar sajones con la nariz medio despegada.

Ocupa mi lugar en la línea de fuego, Cuchillo de Arden.

Pero volveré antes de que los sajones recuperen fuerzas para atacarnos de nuevo.

Cuando estaba a punto de irse, extendió la mano con la que utilizaba la espada, reproduciendo el antiguo símbolo de la camaradería.

—Me llamo Melwy de Verterae y estoy orgulloso de tenerte al lado en la formación.

Consciente del honor que le deparaba, Bedwyr se secó la mano en la túnica para estrecharla con la que le ofrecía el brigante.

—Pues creo que a partir de ahora te llamarán Melwy Rostro Zurcido, amigo. ¡Sí! Ocuparé tu posición y te la guardaré hasta que el señor Merlín te haga una nariz nueva.

Los dos rieron y Melwy se alejó tranquilamente, examinando todavía la mella que le había hecho a la espada.

Allí, sentado en el suelo, mientras afilaba su espada esperando al siguiente embate sajón, Bedwyr se maravillaba pensando en la camaradería que había encontrado en el campo de batalla. Los hombres luchaban y sufrían juntos, sin que las diferencias de tribu, de estatus o de riqueza afectaran en nada a este hermanamiento que genera la muerte.

Al poco Bedwyr se olvidó completamente de Melwy Rostro Zurcido.

Artor había comenzado la batalla con doscientos cincuenta guerreros en su destacamento, sin contar a los cincuenta arqueros ni a los otros treinta hombres que no combatían. Un pequeño grupo de seguidores, mujeres recias que acompañaban a sus maridos al campo de batalla. Reunían hondas, piedras y hasta cuchillos para cuando se necesitaran. El rey supremo había perdido sesenta hombres en el muro de escudos, pérdida que no podía seguir sosteniendo en sucesivos ataques. Los cadáveres sajones se hacinaban en un montón de casi dos metros de altura, pero mirando al ejército de Glamdring, refugiado entre los árboles, parecía igual de inmenso que al principio.

Artor suspiró. Tres días era demasiado tiempo.

—No te aflijas, muchacho —murmuró Targo, mientras se quitaba un trozo de venda de una herida superficial que se había hecho en el brazo—. Con los años, yo me he ralentizado un poco, pero por lo demás, no he cambiado. La batalla va bien, Artor. En estos primeros sondeos hemos perdido uno de los nuestros por cada dos de los suyos, pero a partir de ahora será uno de los nuestros frente a tres de los suyos. Tus tácticas han funcionado hasta ahora, chiquillo, así que ten confianza. Lot y Llanwith llegarán y nosotros aquí estaremos para darles la bienvenida por haber vuelto al redil.

El rey supremo se mordió el labio. Hasta entonces no había tenido siquiera la oportunidad de sacar su espada; le disgustaba tener que mandar a la muerte a buenos guerreros, mientras él se limitaba a dar órdenes desde posiciones relativamente seguras.

Caminó hasta colocarse entre sus hombres y les explicó sus planes. Si conseguían resistir dos días más, Glamdring Ironfist quedaría atrapado en una arrolladora red de acerado hierro. Estaría derrotado y los demás podrían regresar a sus casas a llevar una vida de paz y felicidad.

—No quiero mentiros, diciendo que el asedio será fácil —les advirtió—. Podríamos perder esta batalla, porque nos superan con mucho en número. Pero me niego a aceptar que los corazones de los celtas son menos tenaces y disciplinados que los del poderío sajón. Por mucho que Glamdring golpee nuestras defensas, no nos desmoronaremos. Cuando vuelvan los sajones, lucharé con vosotros, si alguien me deja una lanza y un escudo.

—No, señor, no —gritó uno de los guerreros—. Tú tienes que dirigir la batalla; si no, moriremos todos. ¡Resistiremos! ¡Vamos a resistir!

Y Artor inclinó la cabeza en reconocimiento al valor de quien había hablado, declarando ante los guerreros lo privilegiado que se sentía de liderar unos patriotas tan excepcionales. También les explicó cómo utilizar el escudo como arma, a la manera de Bedwyr, con el borde afilado.

Cuando los soldados vieron al cornovio, manchado de sangre sajona de pies a cabeza, marcharon todos a coger sus piedras de afilar y se pusieron a trabajar.

Por la tarde, poco después de comer el habitual pan rancio, un taco de queso y agua fresca, los sajones iniciaron su siguiente ataque.

Glamdring había estado intentando desarrollar una nueva estrategia. Puede que las palabras de Gaheris lo persiguieran, porque esta vez sus guerreros no estaban dispuestos en una columna de ataque. Una fila de campesinos arqueros se desplazó cautelosamente por la hierba hasta situarse fuera del alcance de los arcos convencionales de Pelles, mientras que los guerreros de la fuerza principal permanecían a lo largo de la línea de bosque, donde tampoco alcanzaban las flechas.

La descarga sajona golpeó contra la tortuga celta con tal fuerza que las flechas casi traspasaron del todo los escudos de madera.

—¡Por todos los fogones del infierno! —soltó Targo—. Esos arcos tan largos los carga el diablo.

—Por eso es bueno que tengamos diez —contestó Artor—. Pelles —gritó al jefe de arqueros—. Coge a los más expertos para que utilicen nuestros mejores arcos. Tienen que ponerse delante, al abrigo de los cadáveres sajones. Que los utilicen de escudo para ir abatiendo a los arqueros de Glamdring uno a uno. Los sajones están al descubierto y serán presa fácil. Hazlo ya.

Pelles se reservó un arco para él y mandó a otros nueve arqueros excepcionales a que se refugiaran detrás de las barricadas lo más rápido posible. En cuanto tomaron posiciones, lanzaron sus flechas y se agacharon para protegerse tras la barrera.

La mayoría de las flechas no se lanzaron bien y se perdieron por el suelo, sin provocar daños, pero Pelles sí tuvo puntería.

Los demás arqueros volvieron a apuntar, esta vez con mayor precisión para

igualar el ojo de su líder.

—Este Pelles vale su peso en oro —alardeó Targo al ver que otros dos arqueros sajones caían al suelo.

—Guárdate el comentario para más tarde, Targo. Aquí vienen de nuevo.

Y de nuevo comenzó la penosa cosecha de muerte. El campo de batalla se convirtió en un combate de deseos y de desgaste, porque en ambos lados se produjeron pérdidas, pero la flor y nata de los sajones occidentales se estaba inmolando en un barrizal envuelto en sangre.

En el momento más duro de la batalla, Artor oyó un agudo gemido y notó algo que le golpeaba con fuerza bajo el brazo, justo en la hendidura que queda entre la coraza y los protectores de hombros. Se tambaleó hacia atrás por el impacto y vio que le salía una saeta con plumas del lateral superior del brazo.

—¡Mitras divino! —exclamó Targo—. ¡Te han dado!

—Saca la flecha y ponme el manto encima. No te preocupes de si me haces daño. Mis hombres tienen que ver que sigo aquí con ellos.

Targo obedeció, aunque la herida hizo un ruido de succión extraño y Artor estaba muy pálido. Targo hizo un gesto a Pelles, que entendió la situación al momento. Diez pares de ojos empezaron a rastrear el terreno que quedaba más allá de la ciénaga de guerreros, hasta que Pelles encontró una flecha, la cogió, levantó el arco y disparó, todo en un mismo movimiento suavísimo.

Targo siguió el vuelo con la mirada y vio cómo un guerrero mal vestido caía para atrás contra la muralla de cadáveres de sus compatriotas, con la flecha de Pelles limpiamente ensartada en la garganta.

Targo sonrió con ojos fieros, mientras permanecía de pie junto a su rey, que intentaba desesperadamente mantenerse erguido.

—Al menos el cabrón que te disparó está muerto, pero debe haber otros encargados de lo mismo. Si te matan, estamos perdidos. ¿Puedo llamar a Myrddion? —suplicó Targo.

—No, todavía no. Mis hombres se desanimarán si ven que abandono el campo de batalla, y entonces Glamdring los derrotará. Si el estandarte del Dragón Rojo tiene que caer, no será porque yo haya huido del combate al primer rasguño. Deja que intenten matarme.

—Muy bien, pues, muchacho —aceptó Targo—. Pero al menos deja que tome algunas precauciones.

Targo interceptó al mensajero que actuaba de correo entre los dos flancos del ejército de Artor y le susurró algo al oído para que se lo dijera a Pelles.

Recibido el mensaje, Pelles ondeó el brazo en señal de que lo había entendido y mandó a dos de sus arqueros que se encaramaran sobre el montículo de cadáveres celtas. Su misión era la de vigilar atentamente el terreno, con las flechas preparadas para disparar contra cualquier sajón que apuntara a Artor.

Mientras tanto el rey supremo intentaba concentrarse en la melé que se producía

ante sus ojos. Pese a que respiraba con dificultad y el pecho no hacía más que dolerle, no podía permitirse el lujo de perder el tiempo pensando en la herida, abandonando el control de la batalla.

—Dobla la línea, Targo. Y manda que la primera línea avance un paso. Los sajones quedarán atrapados entre el muro de sus propios cadáveres y nuestros guerreros, de modo que no les quedará espacio de maniobra.

Targo volvió los ojos hacia el feroz combate. Notaba que la fuerza de los celtas empezaba a desfallecer.

—Pero…

—Haz lo que te digo —gritó Artor sobreponiéndose a los gemidos de los moribundos—. Y luego ordénale a Pelles que dispare a los sajones con las flechas que tengamos. Que no reserve ninguna. ¡Vamos!

A Targo no le quedaba más que obedecer. Contra toda lógica, cuando les dijeron que Artor quería que avanzaran un paso más y que se metieran en la tortuga, los hombres más débiles recobraron las fuerzas que no tenían. Los guerreros que tuvieron tiempo para mirar atrás vieron a Artor, orgullosamente erguido en campo abierto, sobre una ligera inclinación del terreno. Y entonces, fue como si se les disipara el miedo a las armas enemigas. Los guerreros creyeron comprobar que Artor confiaba ciegamente en su capacidad, y elevaron el ánimo para no defraudarlo.

Atrapados en un estrecho desfiladero, los sajones morían bajo la lluvia de flechas que lanzaban los arqueros celtas hasta que Glamdring se vio obligado a ordenar a sus soldados que se replegaran a sus posiciones del bosque.

Los dos ejércitos se tomaron tiempo para aliviar sus heridas.

—Moved todos mis guerreros para atrás, unos veinte metros —ordenó un Artor jadeante—. Y recoged todas las flechas y armas, como antes. Luego reconstruid el muro de cadáveres sajones de manera que tenga una entrada diferente que conduzca a nuestras barricadas. Tenemos que hacerles pagar por cada una de las vidas que se han cobrado.

—Estás gravemente herido, señor —murmuró Luka. El joven mensajero le había comentado el estado en que se encontraba Artor y en un alto de la batalla había venido apresuradamente desde el flanco izquierdo.

Artor clavó sobre él su mirada impenetrable.

—Luka, vuelve… a tu… puesto.

Luka veía el esfuerzo que le suponía a Artor articular la más mínima palabra, pero rehuyó el menosprecio de su rey. En el Artor de treinta y ocho años no había ni un signo de blandura ni de debilidad, y se guardaba mucho de que su corazón albergara algún resquicio para ello. Hasta los viejos amigos como él tenían que servir en la misión que Artor tenía pensada para ellos.

—Me miras como si fuera un monstruo, Targo. Pero ¿quién te va a sostener a ti, si yo no lo hago? A quienes los dioses quieren destruir… —Artor perdió la voz.

—¿Primero los enloquecen? —Targo movió su anciana cabeza—. No creo, hijo.

Los griegos que acuñaron este antiguo lema no te conocían. Los dioses te aman, Artor, loco o no, como nunca amaron a tu padre. Y nosotros también te amamos.

Esto último lo pronunció casi entre susurros, pero Artor, abatido por el dolor, no lo oyó. Siguió de pie, firme sobre la pequeña loma, hasta que la tarde dejó paso al anochecer y se dio descanso a los hombres para comer y para dormir por turnos.

—¿Quieres que te vea ahora Myrddion, señor? —preguntó Targo.

Artor suspiró y dejó caer los hombros.

—Sí. Voy a que me vea Myrddion ahora.

CAPÍTULO IX

UNA TEMPORADA EN EL HADES

EL PEQUEÑO REINO de Myrddion era una especie de infierno. El hedor de los muertos era constante, no intenso, ni dulce todavía, porque la muerte era reciente, sino húmedo y denso, como el aire que queda en la habitación vacía, una vez que el paciente ha muerto.

Los hombres yacían sobre camastros improvisados en un círculo formado por carros. Con la mirada absorta por la adormidera, tenían heridas de diversa gravedad: muñones ensangrentados por amputación de hacha o espada; heridas de flecha, penetrantes, que olían como la propia muerte; y el *delirium* de las heridas craneales a las que pocos sobrevivían. Los que tenían heridas leves ya se habían reunido con sus compañeros, luciendo heroicos vendajes, puntos o cabestrillos, Preferían matar una y otra vez antes que regresar al hogar de los muertos vivientes de la colina.

Myrddion y sus ayudantes trabajaban sin descanso. Aunque tenía el delantal totalmente manchado de sangre seca y fresca, las manos estaban impecables, porque se había dado cuenta de que con las manos sucias la infección se propagaba. Había encargado que le trajeran regularmente agua del río hervida, pensando que el agua de las corrientes salobres estaría limpia. Además lavaban cualquier trozo de tela que usaban con un paciente antes de tocar a otro con él, exactamente igual que Myrddion se enjuagaba las manos antes de tocar a otro paciente. Había quienes morían, pero otros juraban que el hijo del diablo salvaba más vidas de las que perdía.

Myrddion estaba agarrándole la mano a un moribundo, haciéndose pasar por su padre y ofreciéndole una mentira piadosa para consolarlo, cuando llegó Odin ayudando a Artor a entrar en el círculo de los desahuciados. Myrddion palideció al verla cara tan sumamente demacrada de Artor, pero no varió el tono suave y cadencioso con que hablaba de los partos matutinos y de los terneritos pastando en los valles de arriba. Los ojos de su paciente tenían las típicas pupilas de adormidera y pronto se sumió en un sueño, arropado por el arrullo de su padre hablando de asuntos domésticos y cotidianos.

Myrddion le soltó la mano con suavidad y se agachó para besarle sus agitados párpados. El joven sonreía entre sueños.

—¿Vivirá, Myrddion? —preguntó Artor en voz baja, cuando el curandero se acercó a él, sumergiendo las manos en agua limpia.

—No. Lo han destripado. Morirá por la mañana, ya nada puedo hacer. Si los dioses le son compasivos, dormirá toda la noche, al menos mientras nos dure la adormidera, y prometo que no sufrirá dolor alguno.

La habitual serenidad que manifestaba el rostro de Myrddion reflejaba una infinita tristeza v Artor empezó a entender todo lo que conseguía su principal consejero en el campo de batalla. Si un moribundo necesitaba un amante, un amigo, una esposa o un padre, Myrddion adoptaba ese papel. Decía todo lo necesario para infundir paz y ofrecer un bálsamo afectivo a los que sufrían y permitía que los valientes murieran envueltos en los brazos de sus seres más queridos, que estaban lejos. Pese a no haber asestado un solo golpe, Myrddion Merlín tenía la gentileza y la dignidad de los héroes.

A Artor le empezó a dar vueltas la cabeza y casi se desmaya.

—Ven, Artor —ordenó Myrddion, que llegó a tiempo de cogerle para que no se cayera—. Tengo un camastro limpio para ti. Déjame ver qué te han hecho.

Artor retrocedió.

—No; no puedo estar aquí con estos hombres. No puedo estar enfermo, porque hay muchas cosas que se deciden en las batallas de mañana. Sácame la cabeza de la flecha y ponme un vendaje bien apretado. Que pase lo que tenga que pasar. Me tienen que ver al mando cuando el amanecer empiece a iluminar el día.

Myrddion sonrió con dulzura, entendiendo bien lo que decía.

—Si te estás muriendo, Lord Artor, te lo digo. Si no, harás lo que yo considere. Odin, desnuda a tu señor de cintura para arriba.

Por una vez, Odin eludió las febriles manos de Artor y obedeció a Myrddion. Le quitó la coraza, después el jubón de cuero y ambos hombres palidecieron al ver lo manchada que tenía la camisa de lana. Cuando tuvo el torso desnudo, enseguida advirtieron la cabeza de flecha.

—¿Qué tal respiras, señor? —preguntó Myrddion con delicadeza.

—Me duele, pero el aire sigue entrando y saliendo —contestó Artor con humor —. No, Myrddion, no tengo ningún colapso pulmonar, pero al hablar me duele.

Myrddion le examinó la espalda y presionó ligeramente sobre el músculo que tenía hinchado debajo del hombro. Pese a haber apretado los dientes, Artor dio un grito y palideció aun más. Targo estaba seguro de que su señor se iba a desmayar, pero Artor hacía lo posible por mantenerse erguido.

—¿Y bien, Myrddion? Me prometiste la verdad.

—La flecha te ha traspasado prácticamente el cuerpo. Tengo que hacerte una incisión por la espalda para sacar la cabeza y el asta que viene con ella. Creo que debes tener también la clavícula rota, por eso te duele, pero no, no es ningún colapso pulmonar. Esta herida te podía haber matado.

—Pues empieza a cortar, porque tengo que volver a mi puesto.

Myrddion se rió un poco.

—¡No, mi rey! Ahora estás en mis pequeños e infernales dominios, y creo que la

herida es grave. Sí, te haré un remiendo para que al amanecer puedas reunirte con tus tropas, pero a no ser que quieras abandonar esta vida, debes dejar tu cuerpo a mi cuidado. Al menos por esta noche.

—¡Mierda! —espetó Artor, porque Myrddion rara vez mentía y a él nunca.

Dirigió la cabeza hacia Targo.

—Ocupa mi puesto en la línea de batalla, Targo —dijo con suavidad—. Dile a los que pregunten que Myrddion está cosiéndome una pequeña herida y que me reuniré con ellos al amanecer.

—¿Yo? Nunca he estado al mando. Ya sabes lo que pienso de los oficiales.

Artor apretó los dientes, cuando Myrddion le exploró la herida que tenía alrededor de la flecha.

—¡Haz lo que te digo! ¡Inmediatamente!

—¡Vaya mierda! ¿Yo, oficial? He estado cuarenta años o más intentando eludir esa responsabilidad.

—Te convertiste en oficial el día que a mí me nombraron rey supremo, o sea que no discutas. Limítate a obedecer las órdenes que te acabo de dar —Artor sonrió—. Y recuerda, si te equivocas, date por muerto.

—¡Por todos los dioses! —soltó un contrariado Targo, al salir del círculo de los heridos.

Myrddion seguía explorando la pequeña entrada de la herida que tenía Artor en el hombro.

—Ahora te voy a hacer daño, Artor. Puedes tomar adormidera, si quieres, pero preferiría que estuvieras despierto para saber si te estoy tocando algún punto vital. Odin te sujetará y quiero que aprietes esta cinta de cuero con los dientes, lo más fuerte que puedas. Lo último que quiero es que te muerdas la lengua.

Artor negó con la cabeza.

—Nada de adormidera. Lo haremos como tú digas, viejo. Lo único que te pido es que tengas cuidado de no equivocarte con el cuchillo, porque temo que Odin no sabría diferenciar.

Odin y otro de los curanderos ayudaron al rey a sentarse con la espalda erguida sobre el camastro, y le sujetaron bien los brazos al lado del cuerpo. Un tercer hombre, muy corpulento, se sentó sobre las piernas del rey, mientras Myrddion le metía la tira de cuero en la boca.

—No creas, tener que hacer esto me duele a mí más que a ti —le dijo Myrddion medio bromeando, mientras realizaba una incisión rápida en la espalda con una cuchilla estrecha y bien afilada.

Artor se estremeció todo él por el dolor repentino.

—Agarradlo fuerte —ordenó Myrddion, y volvió a cortar carne y músculo, esta vez más adentro, en el mismo sitio. A Artor le corría el sudor frío por la frente, mientras apretaba el cuero con los dientes todo lo fuerte que podía. Cuando Myrddion indagó en la herida abierta con un pincho desinfectado al fuego, sólo la enorme

corpulencia de Odin impidió que el rey se moviera.

—¡Ajá! —gritó—. He encontrado la punta del metal.

Como Myrddion tuvo que meter el pincho todavía más dentro de la herida, a Artor se le nublaron los ojos y quedó inconsciente.

—¡Bien! Ahora tenemos que ir rápido.

Myrddion tenía los dedos resbaladizos por la sangre, pero no se los limpió. Prefirió hendir el pulgar y el índice en la herida, partiendo físicamente músculos y tendones para abrir un camino por el que pudiera salir la punta de flecha.

Entonces, de pie justo delante de su rey, el curandero se dispuso a realizar la tarea que tenía delante.

Con el cuerpo tenso y con la palma de la mano izquierda sobre el astil clavó el fragmento de madera roto todo lo que pudo en el hombro de Artor.

Odin vio con horror cómo aparecía la cabeza de flecha por la espalda del rey, a la altura del hombro. Por él, habría golpeado a Myrddion en ese momento, pero al ver la mirada que le dedicaba el sanador, se apaciguó.

Myrddion volvió a la herida abierta por detrás y agarró firmemente la cabeza de flecha con unas pinzas enormes. Después sacó limpiamente la punta y el astil roto por el hombro de Artor, en medio de una fuerte hemorragia de sangre.

La sangre manaba a borbotones de las dos heridas. Odin quería tapar la herida del pecho, pero Myrddion le dio un manotazo para impedírselo.

—No toques a nuestro rey, si realmente lo aprecias —espetó—. La sangre al salir limpia las heridas y nos facilita la tarea.

Hasta entonces Myrddion no se había parado para lavarse las manos. Lo hizo ahora.

—Necesito un trapo nuevo, Fynn. Que esté limpio y no se haya usado antes. Y también necesito la botella de bálsamo y el frasco de cristal que está en la bolsa del caballo. ¡Corre!

Fynn fue presuroso a uno de los carros de avituallamiento donde tenían unas cajas de madera impecables con los materiales necesarios para los sanadores en tiempos de batalla. Ayudándose de unas pinzas y con las manos limpias, sacó un paño doblado que le llevó a Myrddion. Después cogió un jarro de cerámica marcado con el número X romano y dejó los demás recipientes, marcados con otros números, en sus lechos de paja.

La otra cartera de Myrddion estaba en la banca de la carreta. Como si estuviera husmeando en la habitación privada de alguien, no sin cierto pudor, Fynn rebuscó por todos los compartimentos, sumamente ordenados, hasta que dio con un bello frasco de cristal. Concluida la tarea, volvió a donde estaba Myrddion con su noble paciente, excusándose en voz baja por el retraso.

—No, Fynn. Lo has hecho muy bien. Ahora mira con atención. Si me pasa algo, esto es lo que tienes que hacer.

El curandero limpió bien las heridas y vertió parte del contenido del frasco de

cristal en cada una de ellas.

—Esto es licor de albaricoque —explicó a su ayudante—. Lo uso para matar esos humores que provocan infecciones en las heridas.

Se detuvo para examinar el resultado. A medida que el líquido se iba introduciendo en las heridas, se veían unas burbujitas que hacían un leve siseo.

—Ahora mezcla las cataplasmas de hierbas sobre dos paños limpios —añadió hablando casi como para sí mismo—. Pero no lo hagas con las manos. Hay una cuchara de madera limpia en el tarro. ¡Bien! ¡Muy bien!

Myrddion insertó con sumo cuidado un trocito de gasa de un repugnante color verdoso en la herida frontal y después colocó el segundo sobre la incisión que Artor tenía en la espalda.

—Ahora envolvedlo con ropa limpia y apretad bien. La presión ayudará a que los fragmentos de hueso se vayan uniendo y la cataplasma no se moverá de donde está. Usad la tela que necesitéis. Mejor usar más que menos.

Miró al juto, que observaba cuidadosamente el proceso quirúrgico con expresión atemorizada.

—Ahora puedes lavar a tu señor, Odin. Pero no le toques las vendas. Tápalo y que no pase frío. Lo demás ya queda en manos de Mitras.

Odin comenzó a lavar el torso del rey, quitándole la sangre. Cuando terminó, envolvió a Artor de cintura para arriba en un paño de lana fina y se sentó dejando que la cabeza del rey descansara sobre su pecho.

Mientras le tenía abrazada la cabeza, Odin entonaba una cancioncilla forastera que de algún modo parecía relajar los ánimos de aquellos incansables hombres del improvisado hospital de Myrddion, ahora rendidos por el trabajo.

Myrddion y Fynn se volvieron a la ardua tarea de atender a los enfermos.

Odin observaba que cuando morían otros hombres siempre era Myrddion el que les cerraba los ojos. Si llegaban nuevos pacientes cojeando, eran las manos de Myrddion las que les cauterizaba las heridas con hierros candentes; y eran los dedos de Myrddion los que extendían con suavidad una espesa capa de bálsamo sobre sus heridas ardientes. Los que podían irse andando, inclinaban la cabeza en agradecimiento al anciano sanador de blancos cabellos, mientras él seguía cosiendo heridas, abrazando a los moribundos y haciendo más fácil el tránsito a los que morían.

La noche seguía negra como el carbón cuando Artor se despertó, con los ojos aturdidos por el dolor. Myrddion se acercó al instante.

—¿Qué hora es? —murmuró Artor con voz ronca, mientras intentaba malamente escaparse del abrazo de Odin.

—Falta más o menos una hora para que amanezca. No te has despertado tú. Me he visto obligado a devolverte la conciencia, porque te di mi palabra, Artor.

—Te lo agradezco, amigo. ¿Me puedo vestir ya? Los guerreros tienen que verme fuera.

—Te he sacado la flecha, Artor. Te he limpiado las heridas y te he aplicado unas cataplasmas. Tuviste suerte porque la cabeza de flecha tenía unas aristas criminales. Nunca habría podido sacarla por donde entró sin haberte provocado serios daños.

Myrddion puso una pequeña cabeza de flecha muy aristada en los insensibles dedos de Artor, sujetándola para que no se le cayera.

—Ahora vamos a ver si sigo siendo un sanador —añadió, mientras indicaba a Fynn que le trajera el licor de albaricoque, el bálsamo y una nueva remesa de vendas limpias.

Al notar el aire de la noche sobre la piel, Artor empezó a sentir escalofríos, pero Myrddion le aseguró que en las heridas no se veía nada infectado.

—Con todo, tenemos que asegurarnos, señor —y vertió una nueva dosis del potente líquido sobre la carne, que enseguida hizo una ligera espuma por los alrededores de la herida.

El rey supremo chilló de dolor, aunque gracias al frescor de la cataplasma enseguida obtuvo cierto alivio. Repitieron el proceso sobre la incisión que tenía Artor en la espalda.

Como ya estaba advertido, Artor asió con fuerza la cabeza de flecha y su amuleto, con lo que aguantó el dolor con la mayor hombría que pudo. Una vez vendado de nuevo, Myrddion le ofreció una taza de té salobre, brebaje que Artor aceptó con recelo.

—El cielo saldrá pronto por el Este, mi rey, y tienes que volver necesariamente a tus obligaciones. He echado un poco de adormidera en ese té de hierbas, pero no te dormirás porque he puesto muy poca cantidad. Te quitará algo el dolor de la cabeza, lo suficiente para que la herida sane y tú sigas manteniendo el control de la batalla. Confía en mí, señor; sabes que nunca te miento.

Artor intentó esbozar una sonrisa y se tomó el repugnante mejunje.

—Ahora, que Odin te dé de comer, pero no puedes tomar vino, cuidado. Si puedes que te den carne roja y almohadilla un poco la coraza antes de ponértela. A mediodía te mandaré más té. No tengas miedo, porque estoy seguro de que veremos desmoronarse Caer Fyrddin los dos juntos.

El campamento sitiado era un nido de especulaciones; algunos aseguraban que el rey supremo había muerto, rumor que se sostenía al ver que era Targo quien estaba junto a las fogatas de guardia. Por mucho que el antiguo legionario jurara a los incrédulos que el rey estaba vivo, el miedo se expandió por los distintos estamentos con su olor característico, los soldados olían el amargo hedor de la derrota.

Con las primeras luces, cuando el sol comenzó a subir por el horizonte, Targo ordenó a los soldados que se levantaran para ocupar sus posiciones. Los guerreros obedecieron, pero un tanto alicaídos y lanzando miradas furtivas bajo el casco, por lo que Targo temía que algunos huyeran cuando aparecieran los sajones.

Desde el centro del campamento empezó a oírse una ovación irregular, que fue extendiéndose y aumentando de volumen, a medida que los hombres vieron a Artor

acercarse con toda naturalidad al muro de escudos.

—¡Artor! ¡Artor! ¡Artor!

Los gritos resonaban hasta que las aves carroñeras que estaban disfrutando del banquete que les proporcionaban los cadáveres sajones salieron de estampida en una nube de alas negras. Pálido, algo demacrado de facciones, pero indudablemente vivo, Artor siguió andando solo, sin ayuda, ataviado de batalla, hasta que llegó a su lugar acostumbrado, sobre el montículo.

Cuando el ruido amainó, Artor se dirigió a los soldados. Los que no podían oírle recibían el mensaje, hasta que el último de los ciento veinte hombres que formaban el muro, heridos o sanos, recibió las instrucciones del rey.

—Vinimos a hacer justicia por la muerte de nuestros embajadores de paz. Vinimos para expulsar a los sajones occidentales por mar y para terminar con los años de guerra. Ahora es tiempo de hacer balance. El día será muy largo, pero somos el Ejército de los Muertos, ¿no?

Aunque tenían la garganta en carne viva, los hombres contestaron con un simple «¡Sí!».

—Trajimos arcilla y tintura añil para pintamos la cara. Pues hoy las vamos a usar, para que el enemigo vea calaveras bajo los cascos. Que cuando nos miren, se atemoricen.

Una vez más se oyeron vítores y gritos de lealtad, tantos que hasta las gaviotas se fueron y dejaron de buscar por allí carne fresca.

Entonces Artor se extendió arcilla blanca por el rostro, ya pálido, dejando un círculo alrededor de los ojos y la boca, siguiendo el contorno de los huesos. Odin le acercó el casco dorado y se lo puso sobre los cabellos recogidos; en estas primeras luces matutinas quien le devolvía la mirada era una calavera.

Los hombres gritaron enfervorizados al ver el rostro del rey y empezaron a pintarse unos a otros en forma de calavera. Fueron a buscar sus mantos oscuros y cubriéndose de negro azabache, se lanzaron a las líneas enemigas.

—Somos el Ejército de los Muertos. Intentad matarnos, ¡a ver si podéis!

El reducido ejército de Artor esperó a que volvieran los guerreros de Glamdring.

Targo se reunió con su señor y sus ancianos ojos reflejaron un brillo de alivio.

—Alabado sea Mitras. Demos gracias de que estés vivo y hayas podido venir. Sólo un rey supremo podía enderezar a los hombres un día como hoy. Defendemos un terreno muy pequeño, ojalá podamos mantenerlo hasta que caiga la noche.

—Resistiremos —respondió Artor distante y Targo percibió que los fieros ojos de su rey rezumaban más frialdad que de costumbre.

—Entonces, ¿la herida no era tan grave? —preguntó Targo, más para romper el agobiante silencio que por curiosidad.

—Venga, no me hagas reír que no puedo moverme mucho —contestó Artor recuperando algo de su antiguo sentido del humor.

—Alabado sea Mitras. Aquí vienen.

Los sajones se lanzaron como salvajes por encima de las barricadas construidas con los cadáveres de sus compañeros y arremetieron contra el muro de escudos. Se enfrentaban a la mirada de unas calaveras y hasta el más valiente de los sajones empezó a sentir los primeros escalofríos de miedo supersticioso.

Contra todo pronóstico, la línea de Artor consiguió resistir.

Los sajones volvieron al anochecer. Los hombres de Pelles utilizaron las últimas flechas de las que habían recuperado —y más— para atacar a los sajones antes de que estos impactaran en tropel sobre el muro de escudos. Suavemente, como si se tratara de una danza en un ritual de muerte, los hombres caían y se veían sustituidos por otros inmediatamente, incluso antes de haber retirado los cadáveres, que pasaban para atrás. Los sajones cayeron por cientos y sus cuerpos eran apilados en un montón junto a la muralla defensiva.

Después, al llegar la noche, los sajones se retiraron a sus propias líneas.

A estas alturas, el muro de escudos había quedado llamativamente reducido. Artor sabía que sus celtas estaban casi acabados. Aunque habían perdido pocos hombres en comparación con los sajones, había muy pocos celtas que no estuvieran lesionados con heridas graves y el muro de escudos había tenido que retroceder poco a poco hasta quedar al pie del montículo. Si Llanwith y Lot no llegaban por la mañana, el ejército de Artor sería aniquilado.

Artor se sorprendió al ver a Pelles entrar en su tienda lleno de alegría. El arquero tuerto se tiró sobre una banqueta y suspiró contento, descansando los pies, que tenía muy hinchados.

—Seguimos recuperando nuestras propias flechas, así que mañana ya tendremos algo para lanzarles a éstos —informó a su señor—. Pero como ahora parece que tengo más arqueros que flechas disponibles, a lo mejor puedo ofrecerte a veinte de mis muchachos para que engrosen tu línea defensiva. A mi juicio se ha quedado horrorosamente endeble.

—¿Por qué estás tan contento, Pinhead? —interrumpió Targo—. Lo mires por donde lo mires, aquí la situación es muy grave.

—Mañana es un día para morir tan bueno como cualquier otro. Yo creía que iba a ver terminar mis días hace muchos años y aquí estoy. Confío en la suerte de Artor, porque hasta ahora las apuestas siempre han salido bien. ¿Te acuerdas del botín que conseguimos en Anderida? ¡Joder! Eso sí que fue una batalla infernal. Pero ¿esto, con ese nombre? ¿Mori Saxonicus? Seguirán contando historias sobre el muro de escudos durante años, cuando ni tú ni yo estemos ya en el mundo —sonrió mirando al viejo veterano romano—. Y preferiría que no me llamarais Pinhead. A mi hijo no le gustaría.

Targo se quedó boquiabierto.

—Pero ¿qué mujer iba a tener hijos contigo? No sé si eres el guerrero más guapo de todos.

Pelles intentó mostrarse agraviado, pero le traicionaba el buen humor que se le

transparentaba por su ojo nublo.

—Tengo mujer y dos hijos menores de doce años, niño y niña, así que se acabó lo de Pinhead, viejo.

—Esperemos que tu hija no haya salido a ti, amigo.

Pelles se fue al poco rato, para reunirse con sus arqueros, después de que Artor le elogiara sinceramente su trabajo. Tras Pelles llegó Keu, el hermanastro del rey, pidiendo permiso para entrar en la tienda.

Como Pelles, Keu estaba muy optimista. Su destacamento había sufrido el mayor número de bajas y el desgaste había sido horrible, pero Keu parecía querer olvidarse de la sangre y la destrucción que había visto a su alrededor. En todo caso, se mostró sumamente confiado en el momento de informar al rey.

La oscura capa de Keu estaba empapada de sangre, por lo que le caía por los hombros formando rígidos pliegues. Tenía los brazos y las manos limpias, porque Keu era tan escrupuloso como Artor, pero las botas reflejaban toda una historia de barro sanguinolento, de cerebros aplastados y de todo el horror que conlleva la lucha cuerpo a cuerpo. Artor le observaba distante y se dio cuenta de que el buen humor de Keu apenas traspasaba su mirada.

—¡Uf, hermano! Te va a quedar una cicatriz interesante de esa herida. Debes de ser el hombre más afortunado del mundo.

Keu observó detenidamente la herida y examinó con cierto morbo el trabajo que había hecho Myrddion, hasta que Artor empezó a sentirse incómodo ante la avidez con que le miraba su hermano.

—Si Llanwith y Lot nos fallan, Keu, siento reconocer que no volverás a ver a tus hijos —dijo Artor para distraerlo—. Y yo lamentaré enormemente las lágrimas que Antor verterá por ti.

Keu resopló.

—En todo caso, llorará por ti, no por mí. La sangre de mi madre se interpone todavía entre nosotros, como un muro de piedra. Y Julanna y los niños apenas me echarán de menos. Los dioses casi ni me conocen. He pasado años a tu servicio, hermano, pero no me quejo. A pesar de todo, he disfrutado de todos estos años contigo, cosa rara, teniendo en cuenta que siempre te he despreciado bastante. Ojalá las cosas hubieran sido distintas, lo cual no quiere decir que te desee la muerte. Todo lo contrario, en realidad. Por desgracia no puedo controlar mis sentimientos. Supongo que es una cuestión de celos, sin más; tú has conseguido tanto y yo tengo tan poco que mostrar después de lo que he luchado para conseguir la gloria…

Artor se quedó boquiabierto y enrojeció.

—Tienes esposa e hijos que alabarán tus proezas cuando te retires.

Cuando yo me vaya, no le importará a nadie, salvo a los pocos que hay por aquí y que son mis auténticos amigos. Y puedo contarlos con los dedos de una mano. Vives contrariado por el recuerdo del pasado, pensando cómo podría haber sido, sin preocuparte de ser un hombre de verdad.

El rey miró profundamente a los ojos de su hermanastro, como si quisiera rasgar el velo de silencio contenido que hacía de Keu un verdadero enigma.

—Y además, Keu, la gente habla con admiración del valor que tienes y de lo bueno que eres en la batalla. Obedeces órdenes, hasta las más difíciles o imposibles, como las que has tenido que realizar estos dos últimos días. Que te preocupes por mí o no, me importa poco. Eres un aliado valioso y un estratega capaz. ¿Qué más quieres?

Keu bajó la vista, con lo que Artor no podía ver lo que pensaba.

«¡Todo lo que tú tienes, hermano! ¡Todo! ¡El amor, el respeto… todo!».

Keu se rió irónicamente, momento en el cual Odin se levantó amenazadoramente de donde estaba sentado, detrás de Artor.

—Dile a ese perro de presa que se vaya, Artor, porque yo nunca te voy a hacer daño. Sé que sin ti no soy nada más que una bolsa vacía de tufo y humo. Sólo quiero que sepas que siempre he intentado servirte lo mejor posible y que te lo estoy diciendo, con toda sinceridad, la noche antes a lo que podría ser mi último día.

—Lo entiendo y te lo agradezco, Keu. Me gustaría confiar en que podamos seguir diciéndonos lo que pensamos en el futuro, porque valoro la honestidad más que cualquier alabanza o falsa amistad. Siempre te he considerado un magnífico líder y un guerrero capaz, por mucho que tú te consideres inadecuado. En todo caso, sigo pensando que es prematuro entregamos al oscuro pensamiento de que vamos a morir mañana.

Keu expresó una sonrisa burlona, sin pizca de humor, más bien como amenaza.

—Sí, todavía quedan sajones por matar, supongo. Es un consuelo, hay que admitirlo. Que duermas bien, Artor, y rezaré para que te siga acompañando la suerte —se dio la vuelta y salió por la puerta de la tienda.

Myrddion se retiró un poco, complaciéndose en el trabajo tan estupendo que había hecho. Veía el dolor que asomaba a los ojos de Artor, pero siguió a lo suyo, moliendo otra dosis de té de hierbas en un bol de piedra, con un macillo del mismo material gris.

—Ese hombre te va a causar problemas, Artor —susurró el anciano—. Keu todavía me pone los pelos de punta, pero hoy ha sido un día lleno de horrores. La verdad es que tiene razón. Por mucho que haya conseguido en esta tierra nuestra y por mucho que haya demostrado su valor mil veces, siempre imagino que los Severinii están detrás de él. También está en lo cierto cuando dice que tiene celos de ti, porque a ti tus hombres te quieren. Pero no sienten nada por Keu. Lo obedecen y lo respetan, pero nadie lo aprecia. Tiene algo que repele a la mayoría. Supongo que hay que tenerle pena.

Artor se estremeció un poco.

—Su padre lo sigue queriendo, independientemente de lo que crea Keu, y yo también lo aprecio y siento cierta pena por él. No sé por qué exactamente, pero es el único vínculo que tengo con mi niñez… con la anciana Frith y la señora Livinia… —

a Artor le empezó a flaquear la voz y Myrddion temía que se echara a llorar, abatido por el dolor físico, las obligaciones del mando y la terrible responsabilidad de la espera.

Como sabía que el rey se iba a avergonzar si se le escapaban las lágrimas, Myrddion se dio la vuelta discretamente y echó un poco de agua al brebaje. Cuando volvió a mirar al rey, con una taza en la mano, Artor ya estaba recompuesto.

—Bébete esto, señor, y descansa. La noche será breve y Odin vigilará.

—Keu sigue siendo lo que siempre ha sido: una herramienta perfecta para mis propósitos. Siempre he sabido que había que utilizarlo en la batalla, donde llaman valor a su tendencia a la crueldad. Sólo lo temo en tiempos de paz.

—Bebe, Artor. Si Ironfist decide atacar por la noche, ya te despertará Odin. Mientras se mantenga el reino, tendremos una larga época de paz, así que Keu estará seguro durante muchos años.

Myrddion salió delicadamente de la tienda y se volvió a atender a sus moribundos. Por muy terribles que fueran sus tareas, el curandero sabía que no eran tan arduas, ni tan descorazonadoras como las que afectaban a su rey.

Artor se durmió, y la noche dio paso a un sol rojo y brillante, que asomaba por oriente.

GLAMDRING IRONFIST BUFABA enfurecido, intentando descansar en su tienda de campaña.

Echó de la cama a su mujer favorita con malos modos y amenazó con decapitar al primer sajón que se atreviera siquiera a mencionar el nombre del rey supremo.

—¡Artor, Artor, Artor! Lo único que oigo es ese maldito nombre. Esos asquerosos celtas con sus caras de calavera deberían estar todos muertos, y juro que servirán de carroña a las aves antes de que se termine el día de mañana. Pero ¿dónde está Wyrr, ahora que lo necesito?

Glamdring sabía que estaba haciendo una pregunta retórica. Él mismo había estado a las puertas de Caer Fyrddin, llorando el cadáver de su consejero. Ninguno de los sajones se había atrevido a moverse ni a hablar porque percibían que esa luz roja de la locura había invadido los ojos de Glamdring.

—¿Quién ha hecho esto? —aullaba—. ¿Quién ha matado a mi Wyrr? Que encuentren al asesino y lo desollaré vivo antes de quemarlo en la hoguera. ¡Traedlo!

Los guerreros de Glamdring se miraban unos a otros, sumidos en la más absoluta confusión. De entre el grupo de guerreros sólo Nils Redbeard se atrevió a dar un paso al frente para decirle la verdad a su señor.

—Han matado a nuestros dos centinelas, además de Wyrr, y el esclavo que se llamaba Perro ha escapado. Creemos que Wyrr lo sorprendió mientras cruzaba las puertas.

—¿Perro? —los enmarañados pensamientos de Glamdring se centraron en la

única idea que emergía como cierta de su propio caos mental—. ¿Que Perro ha hecho esto? ¿Ese imbécil que limpia la sala ha asesinado al más leal y más valioso de mis sirvientes?

La ira de Glamdring iba en aumento a medida que pronunciaba las palabras; tenía la barba salpicada de saliva y los nudillos le sobresalían, blancos y tensos, de la fuerza con que empuñaba la espada. Los soldados se apartaban de él, estremecidos, mientras Nils Redbeard bajaba la vista rogando a todos los dioses que su señor le perdonara la vida.

—Sí, mi señor. He torturado a una de las sirvientas que era amable con él. No sabía nada… salvo que había aprendido a hablar nuestra lengua. Estoy seguro de que decía la verdad, porque le rompí los dedos de las manos y de los pies, uno a uno, y al final me habría dicho algo. No tenía ni idea de que pensara escapar.

—¡Matadla! ¡Matad a todos los sirvientes celtas de la casa, porque no quiero tener miedo de dormir en mis propias dependencias! Que cuelguen sus cabezas en palos sobre las puertas, en señal de advertencia. Porque Glamdring Ironfist no tolerará la desobediencia. ¡Y pasad a cuchillo a todos los guardias que estaban de vigilancia por la noche, que lo vean todos! No han cumplido con las obligaciones debidas a su tribu.

Las sangrientas ejecuciones apenas aplacaron mínimamente la furia de Glamdring.

Incluso ahora, una vocecilla burlona resonaba en su mente, mofándose de él y recordándole que sin el consejo de su pequeño e inteligente Wyrr, fracasaría.

Pero Wyrr ahora servía de comida a los gusanos.

Glamdring manoseaba la labrada empuñadura de hueso del cuchillo que llevaba colgado del cuello.

—Me queda el Cuchillo de Arden —murmuró en voz alta—. Y Wyrr estaba seguro de que nadie me tocaría, salvo quien empuñara el Cuchillo de Arden. Así que seguiré teniendo suerte hasta el final.

Sin embargo, Glamdring sabía bien que su fuerza original había quedado reducida a los cuatrocientos hombres que seguían sanos, con los que podía contar para la próxima batalla. Los heridos ascendían a unos cien, pero como los guerreros sajones eran reacios a retroceder en un ataque frontal, no solían sobrevivir a las tremendas heridas recibidas. Si abatían a un guerrero sajón, normalmente moría, porque a ellos nunca les faltaba valor.

Hoy iba a ser distinto, porque Glamdring sospechaba que los celtas también habían sufrido pérdidas inmensas. El jefe sajón se confortaba pensando que sus fuerzas, por reducidas que estuvieran, seguían superando en número a las huestes originales de Artor y además muchos de sus soldados no valían para nada, porque estaban perdiendo el tiempo acosando pequeños campamentos que carecían de importancia estratégica.

Se avecinaba el final, porque ¿cómo iba a conseguir este maldito Artor mantener

su estrecha franja de tierra? El rey celta se encontraba en una situación desesperada; Glamdring Ironfist se llevaría la cabeza de Artor a Caer Fyrddin y la colgaría de un poste junto a las de los demás esclavos celtas para verla desde la sala.

—¡Los cuervos se comerán toda la carne de su calavera, hasta que quede hueca y encontraré a Perro! Para él tengo que pensar una muerte especial, más adecuada.

Pero a Glamdring Ironfist el viento marino volvió a traerle el olor a carne descompuesta en el aire de la mañana. Los celtas habían amontonado los cadáveres de sus hombres para formar barricadas que ralentizaban y frustraban sus ataques. E incluso ahora un miasma de muerte se filtraba por el campamento sajón, que socavaba la voluntad de los soldados. Glamdring advertía que los celtas debían estar rodeados de cadáveres sajones y suyos, y que el hedor que emanaba del campo de batalla vivía con ellos, noche y día. Y sin embargo, seguían manteniendo el muro de escudos en su sitio y no cedían un ápice cuando los sajones los incitaban al combate.

—Que los dioses acaben con ese hijo de puta —maldijo Glamdring.

Pero de todos los contratiempos de los últimos días, lo peor había sido la pérdida de Wyrr. Sólo Glamdring sabía lo importante que había sido para él ese mozalbete de prodigiosa edad a la hora de trazar estrategias o de planear acciones.

Llevado por el mal genio lanzó su jarro de cerveza por la tienda, que al caer al suelo se rompió en mil pedazos dispersando al aire un olor apestoso a cerveza amarga.

—¡El maldito Perro! —gritó Glamdring asqueado al recordar al que en su día fue su esclavo y el daño que le había provocado en la campaña—. Si algún día logro ponerle la mano encima a ese animal, morirá mil veces, enloquecido de dolor. Pero antes de morir, se lo entregaré a mis mujeres.

Glamdring sabía que no existía peor castigo, porque las mujeres, sobre todo las que habían perdido a sus seres más queridos en la batalla, superaban a los hombres en la frialdad con que aplicaban la crueldad. Eran capaces de mantener vivo a un enemigo para alargarle el sufrimiento mucho más que un hombre, que acabaría antes con él.

Sí, entregaría a Perro a las viudas de Caer Fyrddin.

¿Qué le habría aconsejado Wyrr? Este pensamiento le asaltó justo después de haber decidido la suerte de Perro.

Durante dos días las fuerzas de Glamdring habían mantenido una actitud titubeante ante el muro de escudos que utilizaban las defensas de Artor. Y cada vez resultaba más evidente que atacando directamente no iban a ganar. Quizá fuera más eficaz pensar en una estrategia alternativa.

Puede que Glamdring Ironfist fuera un ignorante, pero no era tonto.

Enseguida encontró la solución a su problema y se apresuró a vestirse. Movido por una ferviente impaciencia, salió a toda prisa en medio de la oscuridad previa al alba para levantar a sus capitanes.

—Vamos a atacar de noche, inmediatamente; en cuanto despertéis a vuestros

soldados los mandáis a sus posiciones. Los celtas estarán dormidos, porque imaginarán que llegaremos cuando despunte la mañana. Si no hacemos ruido, contaremos con el factor sorpresa y podremos sortear las barricadas sin que nos alcancen esos arqueros infernales.

Los capitanes de Glamdring asintieron con la cabeza, sonriendo para sus adentros. Últimamente su señor había estado muy abstraído, y con su irritabilidad y falta de seguridad había inspirado en las tropas una honda sensación de desesperanza, acrecentada al ver que atacaban las posiciones celtas sin demasiado éxito. Ahora contaban de nuevo con el Ironfist de siempre, un Ironfist que derrochaba energía por todas partes, tanta, que hasta el aire literalmente bullía de entusiasmo a su alrededor.

Los capitanes se dispersaron para alertar a los soldados. Los búhos con sus enormes ojos observaban a los sajones, que empezaban a deslizarse por la franja de terreno abierto que separaba su vivac de las líneas celtas.

Desde la copa de un árbol, Gruffydd se despertó sobresaltado al oír que alguien un poco descuidado había quebrado una ramita con el pie poca distancia de donde estaba. Durante las tres últimas noches Gruffydd y sus compañeros habían estado vigilando el campamento sajón y matando a los incautos que se habían alejado de sus compañeros para hacer sus necesidades. Imitando el grito de una lechuza para alertar a sus hombres, Gruffydd bajó del árbol sigilosamente y se puso a gatear entre las sombras para llegar al lugar convenido.

A los pocos minutos se reunieron con él los demás vigías.

—Los sajones están planeando un ataque nocturno y ya se han empezado a mover. Si no avisamos a Artor, lo sorprenderán durmiendo. Tú, Kennett, ocupa mi puesto como líder del grupo, mientras llevo el mensaje al rey supremo.

—Te descubrirán en cuanto des un paso, Gruffydd. Si quieres dejarlos atrás tendrás que salir al descubierto. Y si te mueves por terreno abierto, tienes todas las de perder.

—Ya no soy joven, Kennett, y nunca me ha atraído mucho sufrir los males de la vejez, así que cierra el pico y cumple lo que te digo.

Dio un abrazo rápido a Kennett y empezó a moverse resueltamente en dirección a las líneas celtas. Al principio se mantuvo entre las sombras de la línea de bosque, pero al final tuvo que salir al descubierto y marchar deprisa silenciosamente con la extraña sensación de ser un espía bien adiestrado.

Como iba vestido de negro, Gruffydd sabía que no era fácil que lo vieran. De modo que al adelantar a una tropa de soldados sajones que se dirigían al flanco de Artor, empezó a chillar para alertar a los celtas.

—¡Arriba! ¡Despertaos! ¡Vienen los sajones! ¡Formad el muro de escudos! ¡Arriba! ¡Despertaos!

Gruffydd oía los pasos de los sajones justo detrás de él y procuraba correr lo más posible. Sabía que la oscuridad le protegía de las flechas o las lanzas, porque no era fácil apuntar bien, y que sólo caería si se topaba de frente con un sajón.

Corrió hasta que el corazón parecía que le iba a estallar.

En la primera línea de cadáveres sajones, tuvo que detenerse un poco para dar un rodeo y entrar por el pasillo que se abría entre las dos murallas de cuerpos. Casi le alcanza un sajón. Sintió que una mano le agarraba a tientas de un pliegue que le sobresalía de la capa. Consiguió desprenderse del ropaje, dejándole al sajón con el negro paño en la mano.

—¡Despertaos! —gritaba sin aliento—. ¡Despertaos! ¡Vienen los sajones! ¡Despertaos!

El vigía se abalanzó sobre la última fila de cadáveres, pero perdió el equilibrio y cayó sobre una mano rígida y deformada. Dejándose de miedos supersticiosos, se levantó con dificultad y subió pateando cuerpos los cinco metros de muralla hasta que alcanzó el otro lado y se sumió en la oscuridad que reinaba en el campamento celta.

—¡Abrid paso! ¡Soy el portador de espadas, Gruffydd! ¡Abridme paso!

Apenas podía respirar ya; los pulmones le estallaban y cayó contra los parapetos de hierro y madera. Alguien lo cogió y lo llevó en volandas por entre las líneas defensivas, como si fuera una pluma, mientras se recomponían las tres filas de soldados, con las lanzas clavadas en el suelo, preparados para la inminente carga sajona. Gruffydd no observó ninguna señal de pánico entre los celtas; únicamente rostros cansados, pintados como calaveras, con una oscura sombra hecha con arcilla alrededor de los ojos, y el blanco de tiza cubriéndoles el resto de la piel.

Artor surgió de las tinieblas, con Odin pisándole los talones. Gruffydd no se había fijado hasta entonces en lo cerca que estaba el muro de escudos al montículo, donde la caravana de avituallamiento formaba un círculo natural.

—¡Qué alegría verte entero, Gruffydd! —susurró Artor.

Gruffydd miró de reojo el pálido rostro de Artor, parcialmente iluminado por una luna cada vez más tenue. Como nunca había visto al rev tan pálido, se preguntaba si no estaría herido. Pero ni la talla ni el semblante del rey ofrecían pistas al respecto.

—¡Pelles! —gritó Artor y el hombrecillo vino corriendo—. A menos que sepas disparar flechas en la oscuridad, reúne a tus hombres en el muro para que actúen como cuarta línea de defensa. Dudo que tus hombres fallen el tiro de cerca, aunque no vean el blanco.

—Muy bien, mi señor. Mis hombres están deseando ver algo de sangre. No llevan bien estar todos a salvo, cuando tantos buenos muchachos han caído en las sombras de esta maldita explanada. ¡Lo harán bien!

Artor sonrió.

—Ten cuidado, Pelles. Eres el último de la Escoria de Anderida y llevaría muy mal que te arriesgaras innecesariamente. A lo mejor por eso empezaría a fallarme la suerte.

Pelles guiñó el ojo que tenía y sonrió.

—Eso no va a pasar, señor. Sé desde hace muchos años que cuanto mejor planeas las cosas, más suerte tienes. Pocos habrían tenido la prevención de ordenar a

Gruffydd que se pusiera en un lugar desde el que pudiera avisarnos si Ironfist atacaba por la noche. Mantendrás la suerte, pero Llanwith y Lot ya podrían darse más prisa.

En las líneas que tenían delante de ellos se produjo la sacudida repentina de la primera embestida. En plena oscuridad, los sajones se lanzaban contra la línea celta en un ataque desesperado.

—¡Mierda! ¡Tengo que darme prisa! —renegó Pelles y salió corriendo a reunirse con sus arqueros.

—Gruffydd, convoca a los que no combaten, a los equipos de avituallamiento, los herreros y los sanadores que no estén ocupados. Llama incluso a las mujeres que sepan disparar con una honda. ¡Tenemos que mantener la línea!

Artor tenía la mirada distante.

—Ven, Odin. Ya es hora de que el rey añada su espada al combate. Targo, quédate aquí y mantenme informado de todo lo que resulte relevante.

—Señor, llevo catorce años cumpliendo tus órdenes y te he seguido de un extremo a otro del país, pero ahora no quisiera esperar la muerte sin hacer nada. Aunque sea viejo, sigo sabiendo matar.

—¡Como quieras!

Artor se infiltró en la segunda línea de defensa con el resto de los guerreros. Cuando el hombre que tenía delante se desplomó sobre sus armas, Artor le cogió el escudo y le sacó la enorme espada que llevaba, sin tener en cuenta el enorme sufrimiento que le subía por el hombro y el pecho.

A su alrededor los hombres estallaron en un grito de alegría. «¡El rey está con nosotros! ¡Artor, Artor!».

Mecánicamente, seguido de Odin, Artor se puso a horcajadas sobre el herido y empezó a utilizar la espada como si fuera una guadaña. Al chocar con la carne, la hoja penetraba hasta el hueso y lo atravesaba; los guerreros sajones se retiraban de su bucle mortal.

Cuando apareció un segundo sajón, casi abalanzándose sobre él, Artor tenía la espada en alto. Antes de que el hacha del bárbaro cayera sobre la desnuda cabeza del rey, Targo le atravesó el cuello con la daga y el hombre cayó al suelo.

Los sajones atacaban por oleadas; surgían de la oscuridad como enormes figuras borrosas, quebrantando las líneas celtas a machetazos. Poco a poco, a medida que se iba haciendo de día, el enemigo resultó más visible, con lo que los arqueros de Pelles empezaron a disparar por encima de la cabeza de Artor, abatiendo sajones antes de que llegaran a la línea defensiva.

Pero el enemigo seguía llegando en mareas interminables, desesperadas, y Artor sabía que la línea estaba a punto de romperse.

—¡Atrás! —rugió—. ¡Atrás, al montículo! ¡Por el oeste! ¡Recurrid al montículo!

Los guerreros celtas se retiraron ordenadamente por filas, peleando por cada palmo de tierra. Los sajones sentían que la victoria estaba próxima, pero a medida que la línea de celtas se hacía más estrecha, también se hacía más densa, y los

soldados ahora luchaban sobre tierra firme en vez de sobre un terreno resbaladizo, inundado de barro y sangre, entrañas y moribundos. A pesar de todo, al amanecer, cuando ya el sol asomaba formando un círculo rojo sobre la línea de árboles, Artor no encontraba razones para tranquilizarse. El muro de escudos, encajonado entre el enemigo y el montón de cadáveres de sus propios hombres, ya no tenía espacio para desplazarse.

De repente, el aire se cubrió con una lluvia de piedras, lanzadas por encima de sus cabezas, con fuerza mortífera. Incluso aunque erraran el tiro, los proyectiles aéreos obligaron a los sajones a protegerse y abandonar su empresa. Subidas sobre los cadáveres de sus propias filas, grupos de mujeres de mirada enfurecida hacían girar las hondas al aire, gritando como endemoniadas, maldiciendo y chillando en plena furia, con ansia de muerte.

—¡Las mujeres! ¡Dios las bendiga! —murmuró Targo, abriéndose camino por entre las piernas de los guerreros sajones. Incorporado por encima de su pequeño sirviente, Artor sonreía, viendo que, utilizando el escudo como Bedwyr, había abatido a otro sajón segándole la mandíbula.

Artor oía también los gritos de los que no combatían, implorando a los dioses para que ayudaran a los suyos. Un herrero irrumpió en el muro de escudos empuñando una brillante barra de hierro candente, recién sacada del fuego. El golpe alcanzó a dos sajones, que se tambalearon y cayeron por el impacto, apretando los ojos del dolor. El herrero se retiró de nuevo a zona segura, sin darse cuenta de la herida que tenía en el muslo.

Artor tenía la espada ensangrentada y salpicada de vísceras, pero pese a que los dedos se le resbalaban a la hora de asestar golpes certeros, la enorme hoja parecía poseer vida propia. Los rayos de sol incidían sobre Escalibor, lanzando destellos al aire y transformando el arma en una macabra lengua de luz abrasadora.

En ese momento en que los arqueros de Pelles se encontraban encajonados contra el montón de cadáveres en descomposición, se oyó una trompa por el oeste, dando señal de llegada; le contestó otra por el norte.

—¡Por fin! ¡Por fin han llegado! —gritó Artor, mientras seguía asestando golpes con la espada, atravesando hueso y músculo del enemigo—. ¡Han llegado Llanwith y Lot! ¡Seguid luchando, guerreros de occidente! ¡Han llegado los caballos!

En cuanto oyeron los gritos de su rey, los desesperados guerreros de Artor encontraron nuevas razones para empuñar la espada. Las trompas volvieron a sonar y Targo repitió las palabras de Artor, a él lo siguió Odin y otros, hasta que todo el muro de escudos entonaba el mismo estribillo, mientras seguían matando enemigos y mientras desgraciadamente también los mataban a ellos.

—¡Ha llegado la caballería! ¡Ha llegado la caballería! ¡Ha llegado la caballería!

En la explanada Glamdring vio surgir a la colosal caballería al galope por los árboles que tenía detrás de él y chilló de impotencia y de rabia, al ver que por culpa de la audacia de Artor tenía que solicitar la retirada.

Por el cruce del río llegaban muchos más caballos, abriéndose paso por el ancho estuario. Glamdring observó que sus fuerzas quedaban atenazadas entre las dos formaciones de caballería. La estrategia de Artor revelaba auténtica maestría y Glamdring tuvo que aceptar, medio atontado, que le habían atrapado en una trampa mortal por su propia impaciencia y estupidez.

Se oyó otra trompa por el este y apareció Galván por la retaguardia sajona. Glamdring lo vio todo, a los soldados avanzando hasta donde antes se habían retirado, a los otadinos saliendo del río batiendo hachas y espadas y detrás de él a los implacables guerreros de la tribu de los ordovicos.

¡Cogido en la trampa! No había dónde ir. Glamdring Ironfist lanzaba al cielo su desafío, mientras reverberaban en su oído las advertencias de Gaheris: «Nunca aprenderéis… nunca cambiaréis… nunca aprenderéis».

El sajón se percató de que lo único que podía hacer era abandonar el campo de batalla y refugiarse en Caer Fyrddin.

—¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! —gritó—. ¡Replegaos! ¡Replegaos! ¡Volved al bosque como podáis!

A medida que la fuerza sajona se fue replegando, Artor dejó caer la ensangrentada espada, porque había abusado demasiado de sus músculos pectorales y ya no podía sostener el peso de la enorme hoja. Se puso la mano bajo el jubón de cuero y descubrió que los vendajes de Myrddion estaban rebosando sangre.

—Ordena a los hombres que descansen, Targo. Han conseguido un milagro y occidente recordará esta gran batalla mientras duren estas islas.

Se volvió para mirar al portador de espadas.

—Coge a Escalibor, Gruffydd; límpiala bien porque ha vuelto a servir una vez más a occidente —miró a su alrededor, observando el nauseabundo baño de sangre—. Pero lo primero, antes de disfrutar de la victoria, debemos ocupamos de los heridos.

Allí en la explanada Lot y Llanwith estaban practicando deporte.

En cualquier batalla el enfrentamiento de la caballería contra la infantería siempre resulta desigual, pero ahora después de tres días de sanguinario combate, los sajones estaban agotados y deseando escapar. Los que aún podían correr formaron pequeñas bandas y se abrían camino entre los jinetes para escabullirse hacia el bosque y desaparecer como el humo. Sin embargo, muchos de los hombres de Glamdring vieron cortada su retirada; pronto quedaron congregados en grupos y rodeados por las columnas de relevo celta, cuyos hombres fueron abatiéndolos con toda facilidad.

La reina Morcadés contemplaba la carnicería desde una pequeña elevación que daba al campo de batalla, protegida únicamente por un guardia testimonial. Estaba sedienta de sangre sajona y se saciaba en cada uno de los desesperados intentos que los abatidos sajones hacían por huir del combate.

Se oían los alaridos de las múltiples refriegas que se estaban produciendo, pero por encima de todos la reina escuchaba el fiero grito de guerra de los exultantes guerreros otadinos: «¡Por Gaheris! ¡Por Gaheris! ¡Por Gaheris!».

Oculta tras su capucha, Morcadés lloraba, satisfecha por fin de haber podido vengar la muerte de su hijo. Cruzó a caballo las extenuadas líneas de defensa celtas, con el corazón palpitante de dolor y de victoria, y cuando llegó ante su hermano, le hizo un saludo con la cabeza.

Pero no se detuvo hasta que alcanzó la cima del montículo, donde desafió la ira de Myrddion regodeándose sobre los vivos, los moribundos y los muertos. Observó los cadáveres sajones, apilados en un montón de más de cinco metros de altura y sonrió calmadamente.

La muralla de cadáveres celtas ocupaba un lugar perfecto desde el que contemplar la masacre de los pocos guerreros sajones que quedaban y Morcadés se quedó impertérrita mirando desde su montura como si fuera un oscuro basilisco o una marmórea escultura funeraria.

Myrddion estaba asqueado al ver el placer con que la reina se deleitaba en la masacre. Parecía que cogía fuerzas con el sufrimiento que su marido infligía a los soldados, en venganza por la muerte del hijo común. Myrddion la habría expulsado de su pequeño reino, pero percibía algo en su mirada, oculto tras el deleite y el deseo de sangre, algo vulnerable y extraviado. Se alejó de ella, con el estómago revuelto. Sabía que la reina estaba provocándose un daño irremediable, que le afectaría a la mente y al alma.

Realmente Morcadés nunca volvió a ser una mujer poderosa. Algo esencial se había extinguido dentro de ella desde que contempló aquel campo de batalla junto a un río sin nombre. La reina vivió y siguió gobernando durante muchos años, pero a partir de entonces ya no fue más que un pálido cascarón vestido de negro, incapaz de saborear el verdadero placer de la vida.

—Todos pagamos nuestros placeres y nuestras venganzas —murmuró Myrddion para que le oyeran.

—¿Señor? —preguntó el paciente al que estaba atendiendo, con los ojos nublados por efecto de la última adormidera que Myrddion acababa de darle.

—Lo siento, chico. Estaba intentando encontrar solución a un enigma, pero supongo que es tontería creer que voy a conseguirlo. A ver… El brazo te quedará rígido para siempre, pero al menos podrás mover los dedos como te plazca.

Cuando terminó de coserle la herida y de vendársela cuidadosamente con gasa limpia, el curandero volvió a mirar a la reina. Seguía igual, una figura negra recortada sobre el azul del cielo, tan quieta que parecía no respirar.

—Que los dioses tengan compasión de ti, Morcadés —le dijo en voz muy baja—. Porque pagarás por lo que hoy has deseado.

Y así fue como la columna vertebral de los sajones occidentales quedó quebrada. La purpúrea mañana dio paso a un día aún más púrpura, y el Mori Saxonicus parecía llevar un caudal rosáceo, por el flujo de sangre diluida. Cuervos y cornejas se dieron un buen festín con los cadáveres abiertos de los sajones, hasta que Artor ordenó que quemaran los cuerpos apilados y descompuestos en grandes fosas comunes para

reducir el riesgo de enfermedades.

Por su parte el rey Lot buscaba en vano el cuerpo del asesino de su hijo. Si Glamdring Ironfist había escapado, toda esta sangrienta campaña no habría valido de nada hasta que encontraran al sajón y lo ejecutaran. Lot echaba pestes y juraba venganza, pero la reina Morcadés se volvió hacia su hermanastro y al ver su inquebrantable mirada le leyó sus intenciones.

—No temas, marido —dijo con tono apagado—, que Artor no va a permitir que Ironfist salga con vida.

El propio Lot palideció al ver el rostro helado de su esposa.

Sin hacer caso a su hermana, Artor centró la atención en el campo de batalla y en cómo mataban a los sajones rezagados. Después se volvió hacia Targo.

—Busca a ese joven cornovio, Bedwyr, y tráelo ante mí. Lo necesito, porque vamos a Caer Fyrddin y conoce la fortaleza.

Dejaron al pequeño grupo de guerreros que había sobrevivido a la batalla del muro de escudos vigilando a los heridos y quemando los cadáveres de los guerreros fallecidos.

En cuanto le volvieron a vendar bien, Artor montó a caballo y se puso al frente de la caballería, camino de Caer Fyrddin, donde se habían refugiado los despojos de las huestes sajonas.

Y Bedwyr, el Cuchillo de Arden, cabalgaba en el grupo.

CAPÍTULO X

CAER FYRDDIN

BEDWYR HABÍA SOBREVIVIDO al terror de estar en primera línea en el muro de escudos durante tres milagrosos días y cinco ofensivas. Pasado el primer día, los hombres lo tocaban, buscando suerte, porque lo veían cubierto de sangre de pies a cabeza, pero sin un rasguño. Después del segundo día, les invadió un miedo supersticioso y apartaban los ojos —por si acaso— de su enlucido rostro, porque en la simulada calavera del guerrero la mirada refulgía con el fuego de la locura.

Durante el ataque nocturno Bedwyr luchó como si estuviera poseído. El mero olor a sajón le revolvía el estómago e inflamaba su furia. En ese osario que era la primera línea defensiva, el verdadero Bedwyr no existía; era Perro y estaba devolviendo cada golpe, cada desprecio, cada herida sufrida en el cuerpo de sus compañeros y cada uno de los gritos que salieron de sus gargantas heridas de fuego.

Cuando terminó la batalla y los sajones huyeron en retirada, el joven fue poco a poco volviendo en sí, y se sintió horrorizado ante lo que había hecho durante el combate.

Apestaba a sangre, fresca y seca. Le venía el hedor a muerte y tenía el pelo áspero y pegajoso con algo que ni se atrevía a nombrar. Asqueado y medio enloquecido por lo que había visto, Bedwyr salió disparado hacia el río, para bañarse en los bajíos. Pero incluso allí, comprobó que las aguas estaban enturbiadas con sangre diluida y restos de cadáveres que cabeceaban entre las pequeñas olas que bañaban la orilla.

Cruzó con dificultad la desembocadura del río hasta llegar al mar, haciendo crujir con sus botas el lecho de arena y guijarros. Una vez allí, se quitó toda la ropa mojada. En el agua salada se dejó llevar por las olas, que le besaban la piel mientras le despojaban del detritus de muerte que ennegrecía cada pliegue de su cuerpo. Desnudo, se tumbó en la orilla, sobre la arena húmeda, sintiendo cómo se le mecían los miembros, fláccidos, al vaivén de las olas. Y al poco rato se sumió en una especie de sueño reparador, que lo llevó a los bosques de Arden.

—¡Eh! —dijo una voz áspera—. ¡Tú, Bedwyr! ¡Te llaman!

Bedwyr no hizo amago alguno de levantarse. Lo único que ahora toleraba era el movimiento del mar, dulce como los brazos de su madre.

Unas botas sucias llegaron hasta él salpicando agua. Reticentemente Bedwyr

abrió un ojo.

—Déjame en paz —protestó.

—No puedo, muchacho —contestó Targo en tono amable, mirándole a la cara con ojos entornados llenos de compasión—. El rey Artor te necesita, y no se caracteriza precisamente por su paciencia. Cuando un rey supremo ordena que vayamos, los mortales obedecemos.

—No voy a ningún sitio —dijo Bedwyr muy tranquilo, pero al ver la figura de Targo junto a él, pareció recobrar parte de su cordura. El anciano soldado le sonrió de nuevo.

—Glamdring Ironfist ha huido del campo de batalla y se refugia en Caer Fyrddin. La campaña no ha terminado, así que no tenemos tiempo de descansar ni de disfrutar. Como conoces bien la fortaleza, según nos dijiste en su día lleno de orgullo, te necesitamos, muchacho, y vas a venir, como si tengo que llevarte a rastras hasta Artor.

—Eso es imposible, viejo. Peso más que tú y soy más alto que tú.

Targo apenas varió el tono amable con el que estaba hablando.

—Yo no tendré nada que hacer. Pero Odin, sí, porque pesa más que tú y es más alto —Targo señaló a Odin, que dio un paso al frente y tapó el sol.

Bedwyr suspiró y se puso de pie torpemente.

—Entonces, no tengo alternativa, ¿no?

—No muchas —Targo sonrió—. Me han dicho que luchaste como un valiente en el muro.

Bedwyr bajó la vista de repente y Targo se dio cuenta de que el joven estaba a punto de llorar.

—Nunca habías estado en una batalla, ¿verdad, chico? —Targo le pasó un nervudo brazo por el hombro—. Creo que no. Esta batalla ha sido todo lo mala que un combate puede ser. Han muerto más de seiscientos hombres en sólo tres días. Hasta el guerrero más fajado estaría conmocionado con esta ordalía, y tú eres un neófito. Algún día te despertarás y pensarás que todo ha sido una borrosa pesadilla medio olvidada.

Odin ayudó a Bedwyr a vestirse con su ropa, que, aunque calada, estaba al menos limpia gracias al agua del río.

—Intenta no darle muchas vueltas, muchacho —dijo Targo, intentando confortar al joven—. La mayoría de los guerreros no podemos desprendemos de estos horrores, pero parece como si los escondiéramos en el fondo de la mente hasta que necesitamos algo de lo que nos han enseñado —le dio una palmada en la espalda—. Creo que Artor te quiere pedir que nos acompañes de vuelta a Caer Fyrddin. Sabe que si no mata a Glamdring ahora, tendrá que volver dentro de unos años y pasar otra vez por los mismos campos de muerte. Es mejor rematar el trabajo, de una vez por todas.

Artor había decidido que para tomar la fortaleza de Caer Fyrddin y matar a los que quedaban de las huestes de Glamdring bastaría con la mitad del destacamento de

caballería comandado por Lot y Llanwith. La infantería se había ganado el descanso, tenían que dormir de modo continuado y cuidar de sus heridas. El resto de la caballería se ocuparía de quemar los cadáveres celtas y sajones y de levantar un pilar en honor de los héroes celtas que murieron en la desembocadura del río.

Al menos no se terminarían las raciones y los suministros, dado que las bajas habían sido tan grandes.

Lot y Llanwith habían conseguido sus respectivos objetivos; por eso Artor sabía que Glamdring no recibiría refuerzos de las villas sajonas, sólo refugiados.

Luka se pondría al mando de la mitad de la caballería de Lot y de los guerreros que habían luchado en el muro de escudos y quedaban vivos. Su tarea consistiría en trasladar a los heridos y a los soldados no combatientes a Venta Silurum, haciendo etapas cortas, y en escoltar el botín de guerra que habían recuperado de los sajones en Mori Saxonicus.

Cuando Artor salió para Caer Fyrddin, Keu ya estaba haciendo inventario de las armas sajonas que había amontonadas, de los aros, las insignias de oro y los anillos. Al ver a su hermanastro pasar, Keu le sonrió, como si la conversación que tuvieron en la tienda del rey supremo la víspera de la desesperada batalla nunca se hubiera producido.

Ya no importaba que Artor fuera en algún momento reacio a atacar Caer Fyrddin. Puede que sus murallas fueran sólidas, que tuviera mucha agua y suministros, o que estuviera rodeada de barrancos por tres de sus cuatro lados. Si Glamdring Ironfist no conseguía hombres para defender la fortaleza, Caer Fyrddin terminaría por ceder. Con la confianza que le proporcionaba haber librado una buena batalla, la caballería de Artor se tomó su tiempo en ascender por la primera colina que se elevaba sobre el valle, destruyendo a su paso algunas bolsas aisladas de resistencia sajona.

Al llegar a la cima del primer collado desde el que se obtenía una vista general del río y del mar, con las colinas al fondo, Artor comprobó la prosperidad que en su momento había reinado en esa comunidad. A lo largo de amplias calles, ahora agrietadas, se elevaban ruinas de murallas romanas, de casas particulares y de edificios dedicados al comercio.

—Lo que no les sirve, estos sajones lo destruyen —dijo Artor con tristeza—. Imagino que esto es todo lo que queda de Moridunum, el lugar en que nació Myrddion. A lo mejor algún día vuelve a resurgir y la raza empezará a importar menos que la tierra en la que viven hombres y mujeres.

—Mira, Artor. Allí —Targo señalaba las lomas de una colina, hacia las afueras, próxima al lado oeste de las ruinas—. ¿Ves? Me apuesto algo a que eso fue en su momento un teatro romano. Ni Glamdring lo ha podido destruir del todo.

—Bedwyr —Artor se volvió hacia el joven—. ¿En qué dirección está Caer Fyrddin?

El cornovio señaló hacia el norte, indicando con el dedo una cresta neblinosa que se alzaba más allá de las colinas bajas. Parecía que no había mucha distancia, pero era

todo cuesta arriba.

Esa noche Artor le pidió a Bedwyr que dibujara en el suelo planos de Caer Fyrddin una y otra vez. El rey absorbía cada detalle de la información que le proporcionaba el joven acerca de los acantilados que vestían las murallas, del sencillo portón de madera guardado por el vigía de la torre, la gran sala, el pozo, las cochiqueras y los establos de vacas, los barracones de soldados o los enormes silos que escondían los cimientos de la antigua fortaleza romana.

—Si Ironfist hubiera decidido esperar tranquilamente, Caer Fyrddin podría haber resistido años. Domina todo el valle del río.

—Pero conseguiste sacarlo de su ciudadela, Artor —dijo Lot.

—Gran parte del mérito se lo debemos a Bedwyr, que privó a Glamdring de su consejero. Aunque no lo conocí, parece que Wyrr era un arma potente y, al no estar, tuvimos una enorme ventaja. De esas casualidades dependen las fortunas de las guerras —Artor estaba pensativo. Le volvían los recuerdos de Anderida, la primera batalla que ganó—. Bedwyr, ¿Glamdring se protege las espaldas?

—No entiendo que quieres decir, señor —Bedwyr se rascaba la mandíbula, de barba descuidada, tras la que se escondían las finas líneas de su rostro.

—¿Es posible trepar por las paredes del acantilado?

—Otra vez Anderida, no —se quejó Targo, en cuanto vio lo que el rey estaba pensando—. Odio las alturas, mucho más que el fango y las ciénagas.

Llanwith se echó a reír, recordando la trampa suicida que Uter Pandragón había tendido a su hijo años atrás.

El rey Lot parecía confundido, nada más.

Pese a que no era ni mucho menos el más listo, Bedwyr intentó evocar en su memoria los escarpados acantilados que rodeaban la antigua fortaleza.

—No, en principio, no. Pero, claro. Están las antiguas cloacas bajo la fortaleza.

Artor subió una ceja, con gesto muy expresivo y Bedwyr se apresuró a explicarse.

—Los sajones arrasaron el puesto romano inicial para construirse sus residencias y desarrollar su propio sistema defensivo. Pero las antiguas cloacas utilizadas por los romanos se convirtieron en una especie de vertedero que quedaba en las zonas inferiores del sistema, y por eso las utilizaron como graneros y áreas de almacenamiento a ras de suelo. Las cloacas originales se abren directamente a las paredes del acantilado, más o menos a medio camino desde abajo. No me preguntes cómo podían funcionar, porque no lo sé. Pero no creo que Glamdring sepa que la canalización esté ahí.

—¿Por qué sabes lo de las cloacas, Bedwyr? —preguntó Artor aparentemente tranquilo, aunque le brillaban los ojos de impaciencia.

—Mientras estuve prisionero, nunca dejé de buscar rutas para escapar, sobre todo cuando me di cuenta de que Glamdring ya no me veía como un ser humano. Descubrí que en Caer Fyrddin podía andar por donde quisiera, siempre que tuviera cuidado. Un día, intentando encontrar una vía de salida, bajé hasta los cimientos de la fortaleza.

Encontré las cloacas de piedra y descubrí un camino que salía de allí y terminaba en un corte abrupto de las paredes del acantilado. No podía robar cuerda, porque ese tipo de material está siempre bien guardado. En aquel momento no pensé que esa vía de escape me fuera a servir de nada. Había demasiada altura para saltar al suelo.

—¿Tuviste miedo de la caída? —preguntó Artor abruptamente.

Bedwyr se puso todo colorado, hasta las raíces del pelo. Luego, ante la mirada escudriñadora de Artor, palideció y apenas le salía la voz, temblorosa, cuando por fin trató de explicarse.

—Tengo vértigo, Artor, mi señor.

Targo se echó a reír, hasta que se dio cuenta de que el joven estaba diciendo una verdad muy seria.

—Seguí buscando una cuerda lo suficientemente larga como para descolgarme por allí, pero siempre me alegraba de no encontrarla. Dios sabe lo que me habría pasado si tengo que descender por una cuerda al vacío. Y supongo que nunca lo sabré. Por curioso que parezca, no me importa subir, sobre todo si no veo el suelo. Cuando trepé hasta la torre vigía de Caer Fyrddin, lo hice tan deprisa y tan atemorizado que no tuve tiempo de pensarlo mucho y desde pequeño siempre he subido a los árboles. No entiendo por qué me daba tanto miedo bajar por el acantilado desde la boca de las cloacas, y me da vergüenza haberme quedado por miedo en un lugar tan espantoso.

Artor acarició fugazmente el hombro del joven.

—Lo has compensado con creces en el muro de escudos, muchacho, pero tenía que saber por que nunca utilizaste esa vía para huir.

Targo y Odin se miraron, con ojos de comprensión, pero Artor seguía con expresión adusta.

—Pues hay que superar pronto esa debilidad, Bedwyr. Aunque comprenda lo que has pasado, no tengo tiempo de atender a tus miedos. ¿Podríamos escalar por el acantilado hasta la boca de las cloacas, si consiguiéramos tender una cuerda desde dentro del túnel?

—Posiblemente —Bedwyr se quedó blanco como la pared—. Pero no me entusiasma mucho la perspectiva.

Artor estaba tranquilamente sentado, bebiendo una copa de vino. Lot y Llanwith lo observaban reflexionar.

—¿Gruffydd? Te necesito —dijo Artor a voces.

Gruffydd apareció por entre las sombras, sin hacer ruido.

—¿Gritabas algo, señor?

Artor hizo caso omiso a la ironía de Gruffydd, pero el rey Lot se ofendió al ver la familiaridad con que hablaba el portador de espadas.

—¿Crees que todavía podrías pasar por sajón? Supongo que Glamdring aceptará a todos y cada uno de los que se presenten voluntarios en este momento. Sus tropas deben haber quedado reducidas a unos cien hombres, pero aun así ese pequeño

número de soldados pueden dar problemas a una fuerza de ataque.

—Si entrando en la fortaleza, vencemos a las tropas de Glamdring, hay que arriesgarse a todo —respondió Gruffydd—. Si no, me veo de vuelta dentro de un año o dos a luchar otra vez contra ese cabrón.

—Por desgracia, ésa es la verdad. ¿Piensas lo mismo, Bedwyr?

El corazón del celta palpitaba agitadamente.

—Gruffydd podría entrar en la fortaleza haciéndose pasar por sajón sin dificultad, pero Glamdring reconocerá que soy su perro, aunque sólo me vea de refilón. Se enterará de que he llegado en cuanto cruce las puertas de la fortaleza. Al fin y al cabo, fui yo quien mató a Wyrr, así que estará deseando matarme —miró a Artor—. Iré, si me lo pides, señor, porque es mejor escalar por una cuerda que caerte al vacío, pero necesito un buen disfraz. Estoy seguro de que soy el más indicado para encontrar la salida por las cloacas, pero si me descubren, descubrirán también a Gruffydd.

—¡Tranquilízate, Bedwyr! —intervino Artor, volviendo a un tono de conversación normal—. Todavía estamos a muchos kilómetros de Caer Fyrddin, así que seguimos hablando mañana.

Bedwyr empezaba a comprobar que el rey supremo casi nunca actuaba impulsivamente. En muchos aspectos, Glamdring y Artor compartían los mismos rasgos, orgullo, carisma y capacidad de mando, pero Artor era frío de mente y se guiaba por la lógica. Estaría dispuesto a sacrificar a sus amigos más íntimos, si la nación celta lo exigiera, pero sus sentimientos eran reales y consistentes. Era rudo en sus maneras, muy distinto del voluble Glamdring, pero lo más significativo era que la gente quería a Artor, hasta los que morían por él, porque no les exigía más de lo que se exigía a sí mismo. Bedwyr tenía claro que si Artor hablara bien sajón, habría sido el primero en buscar una entrada a la ciudadela de Glamdring Ironfist.

Al día siguiente, después de comer, los celtas tendieron una emboscada a cinco guerreros sajones y los eliminaron de inmediato. Artor ordenó que desnudaran los cadáveres y lavaran bien sus toscos ropajes hasta que no quedara ni rastro de sangre.

—¿Has oído hablar alguna vez del caballo de Troya, Bedwyr? —preguntó Artor cuando estaban por la noche junto al fuego.

—No, señor —contestó Bedwyr, un tanto confundido como siempre, ante la agilidad mental de Artor y la facilidad con que cambiaba de tema.

—Fue una treta que utilizaron en un lugar llamado Troya hace muchos, muchos años, a la hora de librar una batalla —le explicó Llanwith—. Mucho antes de que Roma fuera siquiera un poblado de cabañitas de barro, Troya era la fortaleza más importante del mundo conocido.

Bedwyr le miraba confundido.

—Hace muchos años —explicó Artor—, un hombre llamado Homero escribió que los antiguos griegos en cierta ocasión atacaron la ciudad de Troya en una guerra que se entabló, curiosamente, por una mujer. El ejército de Homero asedió la ciudad durante muchos años, con un inmenso número de guerreros, pero la ciudad se

mantuvo inexpugnable y, pese al asedio, no consiguieron que los troyanos se rindieran. Al final un inteligente guerrero griego llamado Odiseo construyó un enorme caballo de madera, un animal sagrado para Poseidón, el dios de los troyanos. Y colocaron el caballo fuera de las puertas de la ciudad —sonrió ante la asamblea de guerreros—. Después los griegos en sus naves desaparecieron por el horizonte.

Lot torció el gesto.

—Entonces ¿los griegos se rindieron, sin más?

—No exactamente, Lot. Dentro del caballo Odiseo había dejado veinte hombres. Los troyanos introdujeron el obsequio en la ciudad para celebrar lo que consideraban su triunfo frente a los griegos, que se habían retirado por mar. Odiseo y sus hombres esperaron hasta que los troyanos estuvieron completamente borrachos y entonces salieron silenciosamente de su escondite. Unos cuantos abrieron las puertas de la ciudad para que entraran sus compañeros, que ya habían vuelto, mientras que los demás mataban a toda la población —Artor acompañó su frase con un gesto que remedaba el degollamiento—. Hay un viejo refrán que nos previene aún hoy de los griegos que vienen con regalos, porque pueden tener gato encerrado.

—De modo que Bedwyr y yo vamos a ser tu caballo de Troya —dijo Gruffydd.

—Para abreviar, sí. Y con vosotros irán otros tres guerreros que hablen sajón, porque hemos reunido uniformes suficientes para disfrazar a cinco hombres —Artor miró a Bedwyr—. Lógicamente tú no puedes ir con ese pelo rojizo, que delata de dónde eres. Si no podemos teñírtelo, tendrás que afeitarte, incluidas las cejas. Y sin barba, desde luego. Llevarás también un gran rollo de cuerda atado a la cintura, debajo de la ropa. El relleno te dará un aspecto más fornido y te ayudará a camuflarte mejor. Cuando superéis las cloacas y hayáis descubierto una vía de acceso en el acantilado, echáis la cuerda a nuestros soldados que estarán justo debajo.

Se detuvo hasta ver que Bedwyr asentía con la cabeza, mostrando que había comprendido la idea.

—Mis hombres atarán el cabo que les lancéis a una escala de cuerda, que vosotros alzaréis hasta la apertura del acantilado. La fijáis bien en la boca que hayáis descubierto. Una vez que tengamos allí la escalera, será muy sencillo entrar en Caer Fyrddin por las cloacas. Y Glamdring ni sospechará que estamos entrando por un camino subterráneo, bajo sus pies.

—Es un plan bárbaro —dijo Llanwith—. La perfecta estrategia del caballo de Troya, pero ¿tienes una escalera de cuerda suficientemente larga?

—A mí no se me da bien escalar —argumentó contrariado Lot, dándose una palmadita en la barriga mientras lo decía.

—¿Subirías la escalera en memoria de Gaheris?

Lot asintió, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta.

—Farryll, Camwy y Lucan, los tres hablan bien sajón —señaló Gruffydd—. Con ellos ya somos cinco.

Artor sonrió.

—Entonces es hora de que te corten bien el pelo, Bedwyr. Glamdring nunca te ha mirado de cerca, ¿no?

—No. Para Glamdring sólo era Perro. Pero sí reconocerá la marca del collar que llevaba como esclavo.

—Sólo si la ve —Artor se fijó detenidamente en la apariencia del joven cornovio —. Estoy seguro de que vas a parecer otro cuando te disfraces con otra ropa y te cambiemos el pelo. Y, desde luego, ocultemos las cicatrices que tienes.

—Claro que sí —corroboró Bedwyr en voz baja.

Comprendió que, pese a todos sus recelos, iba a volver a Caer Fyrddin, y lo aceptó con resignación. Como ya había dicho, prefería entrar en la fortaleza disfrazado que escalar por una cuerda al borde del abismo.

CUANDO ESTUVIERON YA cerca de Caer Fyrddin, Odin rapó la cabeza a Bedwyr con una cuchilla afilada. También le rasuró la barba de varios días y le disimuló el rojo de las cejas con un poco de tizne de carbón.

Bedwyr se sentía peculiarmente raro. Artor había conseguido en algún sitio metros y metros de soga gruesa que, enrolladas a la cintura, daban a Bedwyr un aspecto achaparrado, que en nada recordaba a su verdadera figura.

Era otro hombre.

Cuando los cinco espías estuvieron listos, con el uniforme y la armadura sajona, los escudos circulares y los llamativos cascos del enemigo, hasta Bedwyr tuvo que admitir que nadie los identificaría como celtas.

Artor sonrió al ver a los jóvenes.

—Vuestra misión es entrar en la ciudadela y anunciar a Glamdring que nuestras fuerzas están a dos horas de camino de Caer Fyrddin. Mientras vosotros estáis cumpliendo este cometido, nosotros situaremos a unos cuantos guerreros cerca del acantilado que queda debajo de la salida de las cloacas. En cuanto les hagáis llegar las cuerdas y la escalera esté bien sujeta, ya no habrá que fingir. ¿Podrás guardarte hasta entonces el odio que te inspira Glamdring?

—Sí. Puedo llegar incluso a adularle y a besarle los pies, si al final eso me permite cortarle el cuello —contestó Bedwyr irónico.

—Bien.

Sin pensarlo mucho, a la mañana siguiente cinco guerreros celtas disfrazados subían por la larga pista que conducía a la fortaleza de Caer Fyrddin. Se les veía de lejos; por eso cuando llegaron a la torre de vigilancia sabían muy bien que los arcos les apuntaban.

—Parece que Glamdring se ha dado cuenta por fin de la eficacia de sus arqueros —susurró Bedwyr.

—Yo hablo y tú te callas —le reprochó Gruffydd— Puede que Glamdring te reconozca por el tono de voz.

—Soy Cerdan Shapechanger y este hombre es Modrod of Forden —gritó Gruffydd a los sajones que vigilaban las murallas—. Y estos tres cretinos son nuestros criados. Nos hemos zafado de los escoltas de Artor y traemos noticias de Castell Collen. ¡Dejadnos entrar! Los jinetes de Artor nos siguen de cerca y sus tropas están sólo a unas horas de Caser Fyrddin.

Pese a reconocer el aspecto sajón de los cinco guerreros que tenían delante, los vigías no estaban por arriesgarse.

—Esperad. Vamos a llamar al jefe.

—Tanto mejor —masculló Gruffydd sarcásticamente en sajón.

Mientras Gruffydd y sus compañeros esperaban a las puertas de la fortaleza, chascándose los nudillos, Bedwyr observó que las cabañas del poblado habían sido abandonadas apresuradamente. Estaba claro que Glamdring había ordenado que todo hijo de vecino entrara en el recinto para incrementar las tropas de defensa.

Encima de las puertas veía unas cabezas que lo miraban con ojos vacíos. Fue duro ir reconociendo rostro tras rostro a los esclavos celtas de Caer Fyrddin, decapitados, pudriéndose colgados de los postes. Hizo un corte de mangas, dirigiéndose a las alturas.

Gruffydd se rió estrepitosamente y masculló entre carcajadas:

—¡Bedwyr, ríete, imbécil! Ahí habrá alguien vigilando a ver cómo reaccionamos.

Bedwyr intentó esbozar una débil sonrisa.

—Eran mis compañeros de cautiverio, todos, y los han asesinado uno por uno, hasta no dejar ni al último chaval.

—Por eso, ¡ríete, Bedwyr! —insistió Gruffydd—. Glamdring pronto pagará por sus pecados y ya no queda nadie que pueda traicionarte.

Bedwyr hizo un visible ademán hacia uno de sus compañeros y señaló la cabeza del más joven, un muchacho de catorce años.

—Pagará por el pequeño Gannett —dijo forzando sus carcajadas.

Como Llanwith había resumido a Gruffydd cómo cayó Castell Collen, cuando Glamdring apareció en las murallas, Gruffydd le pudo describir punto por punto la derrota. En varios momentos Glamdring asintió, lo cual hacía pensar que el caudillo ya conocía los detalles del saqueo de la fortaleza del norte. Bedwyr dio gracias al cielo de que Artor tuviera casi todo previsto.

—Decidme de nuevo cómo os llamáis —gritó Glamdring desde arriba—. ¿Quiénes sois y qué queréis de mí?

—Somos Cerdan Shapechanger y Modrod de Forden. Estos de ahí son mis criados —Gruffydd se detuvo para asegurarse de que todos los que estuvieran alrededor le oían—. Llevamos días eludiendo a los jinetes de Artor, pero ahora están a sólo unas horas de aquí. Mi familia vivía cerca de Castell Collen; han muerto todos, por eso venimos, para vengamos cuando comience aquí la batalla. Todo occidente sabe que por el sur sólo Glamdring Ironfist resiste al poder de Artor.

Glamdring se sintió un tanto halagado ante las palabras de Gruffydd.

Entonces señaló a Bedwyr con un dedo encallecido.

—¿Y tú, qué, Modrod de Forden, dónde rayos está eso? ¿Por qué has venido tú? No pareces muy desnutrido.

—Mi esposa e hijos han muerto, me han arrasado los campos y los hombres de Artor han asesinado a mis esclavos —Bedwyr elevó el tono de voz lo más que pudo —. Puede que esté algo rechoncho, pero tengo el brazo fuerte y lo ofrezco al servicio de Glamdring Ironfist.

En la memoria de Glamdring se despertó cierta sombra de sospecha.

—¡Quítate el casco, Modrod!

Glamdring observó concienzudamente a Bedwyr desde la torre vigía.

Bedwyr se alegró de haber reconocido las cabezas de sus compañeros de esclavitud. La ira le permitió enfrentarse a la mirada de Glamdring sin miedo. La decisión le hizo cuadrarse de hombros y elevar la barbilla, con aire retador, algo que Glamdring interpretó equivocadamente como un gesto que avalaba su deseo de venganza contra los celtas. En todo caso, Perro nunca habría mirado a su señor directamente a los ojos.

—Para ser sajón, no tienes pelo —señaló Glamdring con brusquedad—. No es corriente entre nosotros. ¿Por qué estás calvo?

—Por enfermedad, señor. ¡Puede que no tenga pelo, pero sí corazón sajón! Si no necesitas de nuestras espadas buscaremos un lugar seguro. Nosotros ya hemos cumplido con nuestro deber de advertirte de la llegada de los cabrones de los celtas.

—No corras tanto, Modrod. En tiempo de guerra, los rostros y las circunstancias desconocidas generan desconfianza. La fortaleza agradece la ayuda de vuestras espadas, así que pasad y sed bienvenidos como huéspedes.

Superado el primer problema, Bedwyr volvió a sus pensamientos y cruzó escéptico las puertas de Caer Fyrddin, un lugar que apenas había cambiado desde la noche en que huyó de su esclavitud.

—Podéis comer con nosotros cuando descanséis —anunció Glamdring desde donde estaba, encima de la muralla, sin dejar de mirar a los recién llegados que ya se adentraban en los confines de la fortaleza.

LA COMIDA DE la noche fue casi la perdición de Bedwyr.

La sala estaba tan asquerosa que Gruffydd empezó a temer que la comida estuviera contaminada. De la chimenea salía un humo denso, que se elevaba hacia las mugrientas vigas del techo, y las paredes estaban grasientas y manchadas, marcando los sitios que ocupaban los hombres al apoyarse contra los paneles de madera.

A lo largo de la sala se extendían mesas y bancos con restos de comida sedimentados de tiempo atrás. Glamdring y sus principales oficiales estaban sentados en una mesa más pequeña dispuesta a lo ancho en la cabecera de la sala. Gruffydd y los demás celtas se sentaron lo más lejos posible de la mesa principal. Comieron con

celeridad y bebieron poco.

Los guerreros clavaban sus cuchillos en la carne de aquel aceitoso rancho, sin preocuparse demasiado de la grasa que les chorreaba por la barba. Toda la habitación apestaba a cerveza derramada. Los sajones se entretenían lanzando huesos a los perros por encima del hombro y contentándoles de cuando en cuando con un trozo de carne. Fue uno de los perros, el joven mastín gris, llamado Wind, el que casi delata a Bedwyr.

Como el perro se acordaba de él, le hizo muchas fiestas, lamiéndole las manos y poniéndose de pie para clavar las pezuñas en los hombros de Bedwyr.

—Eres un tipo curioso con los perros, amigo Modrod. ¿Siempre les gustas tanto? —Glamdring hablaba en broma, pero a través de sus turbios ojos azules brotaba un punto de sospecha.

—He criado animales desde que era niño, señor. Y reconozco que puedo convertir al más recalcitrante de los cachorros en un buen perro guardián.

Glamdring lanzó un silbido y la cabeza entrecana de su lebrel se giró desde el otro lado de la mesa.

—Vamos a ver lo que sabes hacer con este viejo Grodd —dijo Glamdring desafiante—. No deja que nadie le dé de comer más que yo.

Mentiroso, pensó Bedwyr. Cuando Glamdring se cansaba de cuidar a sus perros, a Grodd lo alimentaban regularmente los criados, aunque Bedwyr dudaba de que el sajón siquiera lo hubiera advertido.

Bedwyr cogió un hueso suculento, que rezumaba grasa, y llamó al perro por su nombre. Al principio, Grodd lo miró con hostilidad y gruñó al extraño que tenía delante. Glamdring empezó a reírse. Pero como el hueso era muy tentador, Grodd se acercó cautelosamente a Bedwyr.

Cuando llegó a un punto en que pudo reconocer el olor de Bedwyr, el perro recordó los momentos en que compartieron las sobras de comida y dejó que Bedwyr le rascara las orejas antes de coger el hueso. El celta hizo como si el perro hubiera intentado morderle y arrancarle un dedo.

—Buena pieza, señor. Ya veo por qué estás orgulloso de él.

El comentario aplacó un poco a Glamdring.

—Se ve que realmente se te dan bien los animales, Modrod. Esperemos que seas igual de eficaz con los celtas.

La cerveza corría como el agua, pero Bedwyr procuró beber poca y derramar mucha, sabiendo que iba a necesitar tener la cabeza clara a la hora de llevar a cabo la tarea que le habían encomendado.

Hubo otro momento delicado que Bedwyr superó por muy poco, cuando a una de las criadas casi se le cae la jarra de cerveza que llevaba en la mano al reconocer los inconfundibles ojos almendrados del celta.

Había conseguido que no la mataran porque era medio sajona y le habían obligado a compartir cama con Glamdring cuando tenía once años. Nadie consideró

que era de la tribu de los démetas y que podría molestarse al tener que ocupar un puesto de servicio en la fortaleza.

Cuando Bedwyr se dio cuenta de lo consternada que se había quedado al reconocerlo, tiró de ella y la sentó sobre sus rodillas, antes de que la muchacha pudiera abrir la boca. Tocándole uno de sus enormes pechos con la mano, la obligó a besarlo, mientras él le acariciaba la oreja.

—¡Sonríe, mujer! Si valoras en algo tu vida, no me delates.

La mujer sonrió nerviosa, al tiempo que Bedwyr le rasgaba impulsivamente la andrajosa túnica que llevaba y empezaba a manosearle los pechos. Glamdring, siempre al tanto, estalló en una risa cruel, junto a sus oficiales. Bedwyr empezó a besarle los pezones, susurrándole al mismo tiempo.

—Enciérrate esta noche en la cocina y con un poco de suerte tú y tus hijos sobreviviréis a lo que aquí ocurra.

—Déjala ya, Modrod —ordenó Glamdring desde su mesa, elevada sobre las demás—. No es más que una criada y no vale para mucho, salvo para traemos buena cerveza. Si quieres una mujer de verdad, hay aquí unas viudas sajonas a las que les gustará cabalgar contigo, como nunca lo has hecho.

Glamdring levantó su copa en forma de cuerno para que se la llenara la chica, a la que todavía se le veían los pechos al descubierto a la luz del hogar. El sajón le retorció un pezón con toda la fuerza de su mano izquierda y la muchacha dio un grito ahogado de dolor. Después, cuando se marchaba apresuradamente a rellenar la jarra, se volvió y lanzó a Bedwyr una sonrisa rápida y enigmática.

—Gracias, mi señor, pero siempre me ha atraído la carne de las sirvientas femeninas. Hay algo en el miedo… que le da un poco de chispa al hombre.

Glamdring se echó a reír, manifestando coincidencia de pareceres, y la velada siguió su curso.

Al final, fingiendo que estaban borrachos, los cinco celtas se acurrucaron sobre la paja, a las puertas de la sala, mientras que los guerreros sajones que todavía podían tenerse en pie se marcharon a sus barracones.

Gruffydd estaba maravillado ante la confianza que había mostrado Glamdring. Pese a que le habían advertido de que el peligro acechaba, dentro de la fortaleza sajona se vivía como si fuera éste tiempo de paz.

«Así tenemos más fácil la tarea —pensó Gruffydd con sarcasmo—. La derrota en Mori Saxonicus no le ha enseñado nada a Glamdring. Ante la venganza de Artor está dispuesto a arriesgar los guerreros que le quedan sin preocuparse de reforzar la guardia. ¡Este tipo está loco!»

Mientras se hacía el dormido, tumbado en una paja llena de chinches, con el maloliente Wind bien apretujado junto a él, Bedwyr se maravillaba de la rapidez con que habían cambiado sus circunstancias. Hacía sólo una semana que había abandonado esa pila de paja y ahora estaba aquí otra vez, planeando derribar Caer Fyrddin y hacer caer sus pilares sobre la cabeza de Glamdring.

—Es hora de irnos —susurró Gruffydd.

Los cinco hombres y el enorme mastín se pusieron de pie.

—¿Tenemos que llevarnos al animal? —Gruffydd señaló su cuchillo—. Podría interferir en lo que hagamos.

Bedwyr se sintió horrorizado.

—Wind es mi perro y me lo pienso quedar. Lo he criado desde que era un cachorro, así que respondo de su carácter. Y si es posible me gustaría que no tocáramos a los animales. Los sajones suelen tratarlos mucho mejor que a las personas.

—Bueno, ¡pues a joderse! Pero ocúpate tú de que ese enorme tarugo no nos complique las cosas. Nos guías, Bedwyr.

La sala estaba tranquila, salvo por los ronquidos de algunos y por los grupos de perros que se revolvían de tanto en tanto. Pero Bedwyr no tenía más que susurrarles unas palabras y los animales se volvían a dormir.

A la cabeza del grupo de hombres, Bedwyr indicaba el camino con una pequeña antorcha en la mano. Gruffydd se quedó en la retaguardia, abriéndose paso en la oscuridad con otra pequeña antorcha. Los hombres fueron avanzando a través de estrechos y húmedos pasadizos que unían las cocinas y los dormitorios hasta que llegaron a unos barracones en pendiente y a una oscura entrada de escalones desgastados que conducían al abismo estigio.

—Son los graneros —susurró Bedwyr y empezó a bajar.

Bedwyr fue abriendo camino entre cestos de mimbre y tinas de almacenaje, hechas de cuero y madera, hasta que detrás de una pesada caja llena de diversas piezas de cerrajería, descubrió una minúscula apertura de piedra, curvada por arriba, que apenas tenía un metro de altura.

—A partir de aquí el corredor se va haciendo cada vez más pequeño a medida que avancemos.

Wind se mostró inicialmente reacio a entrar por el oscuro agujero, pero pronto se metió con dificultad, detrás de Bedwyr, no fuera que lo abandonaran allí. En la retaguardia Gruffydd siguió a sus compañeros, lanzando toda clase de juramentos sarcásticos, mientras gateaba.

Pasados unos noventa metros, el corredor de piedra se ampliaba hasta el punto de que podían ir de pie, aunque algo encorvados. Las paredes estaban cubiertas de porquería incrustada durante décadas y de cieno reseco. Gruffydd intentó por todos los medios no pensar en los desechos de las letrinas que habían alimentado este canal a lo largo de los años.

«Al menos tenemos que agradecer que las cloacas ya no se utilicen», pensó enfurruñado.

Las cloacas descendían cada vez más, estrechándose tanto en ocasiones que Bedwyr tenía que quitarse la cuerda para serpentear por un espacio tan reducido. La sensación angustiosa de que tenían toneladas de tierra y roca por encima de sus

cabezas hacía creer a los celtas que llevaban años enterrados y que sus cadáveres estaban podridos tras décadas de inmundicia.

Pasaron una hora muy desagradable gateando.

Entonces, con la misma inmediatez con que se habían internado en la cloaca, llegaron al final. Un tenue rayo de luna se insinuaba al final del túnel descendente y los cinco hombres se encontraron en una salida llena de escombros que se abría vertiginosamente al vacío.

Al examinar la cavernosa apertura, Bedwyr observó que los romanos habían construido estas cloacas con piedra cuidadosamente labrada y la roca viva de la montaña. Pero al mismo tiempo, esos sagaces ingenieros, conscientes de la debilidad que aquello suponía para la defensa de la fortaleza, se esforzaron por instalar barras de hierro en la piedra, para impedir probablemente que algún enemigo tenaz los atacara por la espalda.

La mayoría de los barrotes se habían partido por el óxido o estaban rotos por el simple paso del tiempo, pero aún quedaban dos montantes de metal en el filo mismo de la salida, firmemente arraigados al suelo de roca. Para evitar arriesgarse usando sólo uno, Bedwyr utilizó los dos para asegurar la cuerda.

Gruffydd lanzó una piedra al tenebroso vacío que tenían delante.

Desde la oscuridad, allí abajo, alguien lanzó una maldición. Gruffydd sonrió dirigiéndose a Bedwyr.

—Creo que debo haberle dado a alguien en la cabeza.

Dejaron caer la cuerda y los hombres se volvieron a meter en la cloaca. Al rato notaron que tiraban del cabo y Bedwyr fue recogiendo de nuevo la soga, que venía con la escala sólidamente atada a ella, hasta la entrada de la cloaca. En cuestión de minutos la escalera estuvo también convenientemente amarrada a los montantes de hierro.

Bedwyr acarició la enorme cabezota de Wind, rogando al cielo que la escalera fuera lo suficientemente larga y fuerte como para aguantar el peso de los hombres.

La cuerda chirrió y se tensó cuando el primer escalador inició el ascenso. A la entrada de la cloaca los cinco hombres observaban angustiados, con el corazón en la garganta, viendo que el metal cedía un poco; pero los barrotes aguantaron.

Odin, el guerrero más pesado con mucho, entró a gatas a la cloaca.

Uno a uno fueron llegando los demás hombres. Artor miró a Wind con dulce curiosidad. El mastín enseñó los dientes por un instante, pero inmediatamente bajó la cabeza en señal de sumisión.

—¿Es tu perro, Bedwyr?

—Sí, mi señor. Y te agradecería mucho que cuando tomemos la fortaleza no mataras a los animales de los sajones. Son unos animales extraordinarios, buenísimos cazadores y guardianes. Puedo asegurarte que son lo único verdaderamente bueno que tienen estos sajones. Aunque los educan para asesinar personas, son criaturas nobles. Si alguna vez consiguiéramos educar nosotros este tipo de animales,

conseguiríamos que nos fueran útiles a la causa.

Artor sonrió ante el rostro sincero y preocupado de Bedwyr.

—¿Los alimentabas tú cuando eras esclavo?

—Sí, mi señor.

—¿Te obedecerían?

—Sí, mi señor —Bedwyr acompañaba sus respuestas al rey con asentimientos de cabeza—. Y otra cosa, señor —continuó—. Hay una esclava en Caer Fyrddin que es sólo mitad sajona. No me ha delatado y le he prometido que ella y sus hijos serían liberados. Tuvo suerte de no ver su cabeza convertida en adorno de las puertas de Caer Fyrddin, como ocurrió con las de los demás esclavos celtas que estaban aquí cuando maté a Wyrr. Estos esclavos llevan años maltratados y ella está ya abatida del todo. Te pido que no la mates, si puedes. Le he dicho que se encierre en las cocinas y me espantaría verla sufrir por mi causa y por la de los míos.

—Muy bien, Bedwyr —contestó Artor—. Después de todo, esa mujer lleva algo de sangre celta en las venas.

Pasaron varias horas hasta que entraron en la fortaleza unos cien hombres. Tuvieron que subir uno a uno, porque los montantes sólo resistían el peso de un guerrero. Y contra todo pronóstico el viejo hierro resistió firme en la roca.

El resto de las tropas, bajo las órdenes de Llanwith y Lot, estaba preparado para lanzarse en tropel por las puertas de entrada en cuanto los necesitaran.

—Dinos por dónde, Bedwyr —ordenó Artor—. Odin irá inmediatamente detrás de ti, y después yo. Iré detrás de Odin porque somos los dos más corpulentos del grupo y los que tendremos más dificultad para pasar por estos túneles.

En cualquier caso, uno y otro casi se quedaron atrapados en las zonas más estrechas. Cuando por fin alcanzaron la relativa comodidad del almacén, tanto Artor como Odin decidieron para sus adentros que jamás se comprometerían a semejante ordalía.

Artor se volvió hacia Bedwyr.

—¿Dónde estamos ahora?

—Las dependencias de los guerreros quedan a tu derecha, según sales de este almacén —explicó Bedwyr, dibujando un plano en el empolvado suelo de piedra—. Habrá por lo menos unos cuatrocientos hombres acuartelados ahí.

—Odin, te ordeno que cojas cincuenta hombres y tomes el recinto de los guerreros. Mátalos y no pares hasta que mueran todos o accedan a dejar sus armas. No tenemos suficientes soldados para tomar prisioneros hasta que termine la batalla y la fortaleza esté bajo control. ¿Queda claro?

—Sí, mi señor.

Artor se volvió hacia Bedwyr, que seguía explicando.

—Al menos veinte guerreros más duermen en la gran sala con los perros. Aunque están borrachos y no deberían oponer especial resistencia, los perros pueden causar problemas, porque están entrenados para matar y cazar.

—¿Dónde estará Glamdring? —preguntó Artor con voz suave y peligrosa.

—Ironfist estará con sus mujeres, aquí —Bedwyr señaló violentamente con el dedo un punto en el improvisado mapa que estaba trazando—. Pero puede que se haya llevado consigo algunos hombres de su guardia personal, dado que está advertido de la amenaza de tus tropas. La torre vigía estará bien custodiada y a esos hombres habrá que matarlos si queremos abrir las puertas. Hay más guardias en las murallas, pero no creo que revistan mucha importancia.

Artor asintió.

—Contamos con la ventaja del factor sorpresa, así que deberíamos terminar la batalla rápidamente. Afortunadamente Glamdring no tiene medio de conseguir refuerzos. Yo me pondré al frente de una fuerza principal de veinte soldados y aseguraré la gran sala, mientras que tú tienes que escoger cinco hombres para sorprender a Glamdring y su guardia personal. Tu misión es capturar a Glamdring y matar a los guerreros que estén con él. Sin piedad.

Bedwyr asintió, indicando que lo había entendido.

—Gruffydd. Tú ponte al frente de los soldados que queden y captura la torre vigía. A la más mínima oportunidad, haz que algunos abran las puertas para permitir que Llanwith y Lot penetren en la fortaleza con sus soldados —Artor recorrió con la vista la asamblea de oficiales allí reunidos—. ¿Está claro el plan y estáis de acuerdo con lo que hay que hacer?

—¡Sí! —respondieron a coro.

En treinta minutos, los sajones fueron capturados o asesinados. Muchos decidieron morir en un acto de rebeldía final.

Llanwith, junto con Lot, introdujo a sus jinetes en Caer Fyrddin y fue abriéndose camino por entre los guerreros que escapaban del osario de la gran sala y de los barracones.

De los perros sólo Grodd prefirió morir. El cráneo del animal estaba partido en dos por el golpe que le asestó un hacha cuando intentaba defender a su dueño.

En cuanto descubrieron a Glamdring, desnudo y sorprendido, en la cama con su mujer, lo rodearon y lo mantuvieron apartado de sus armas. Estaba a merced de Bedwyr.

Liberaron a la sirvienta que se había encerrado en las cocinas, y a las demás esclavas. Al principio, se arredraron y lloraban, temiendo que les esperara el habitual destino de las mujeres apresadas durante una batalla, pero Artor recordó su juramento y las llevaron a la gran sala. Decidió que no sufriría daños ninguna mujer inocente de las que habían sido obligadas a trabajar en la fortaleza de Caer Fyrddin.

Las mujeres de Glamdring y las de los demás vasallos de la fortaleza eran capítulo aparte y tendrían que sufrir el destino de aquellas que, en último término, se ven convertidas en trofeo de guerra. Los niños sajones fueron agrupados para ser conducidos al oeste donde serían entregados como esclavos o dados en adopción.

Al sajón no se le permitió el honor de vestirse. Bedwyr lo sacó de la cama a

patadas, desnudo y desconcertado, mientras que Gruffydd se ocupaba en acallar los gritos de su mujer. Bedwyr agarró a Glamdring por la cabeza y se la echó para atrás con fuerza tirándole de su sucia cabellera para arrebatarle el Cuchillo de Arden que llevaba colgado del cuello. Amenazándole con el cuchillo en la garganta, le obligó a caminar hasta la sala, dando tumbos, descalzo, resbalándose sobre la sangre derramada y con sus marchitas vergüenzas al aire, que levantaron todo tipo de procaces chanzas.

—Ahora ya no te jactas tanto, enano —dijo Bedwyr con aire despectivo, mientras Glamdring movía la cabeza, confuso, intentando recordar de quién era esa voz que le venía a la memoria—. Una mierda, mucha palabrería, nada más, ¿no?

—¿Quién eres? —preguntó Glamdring.

A decir verdad, el jefe nunca había temido a la muerte. Sólo al fracaso.

—¿No reconoces a tu perro fiel? Venga, Glamdring Jellyfish, gallina traidora, ¿nunca pensaste que volvería acompañado del ejército de Artor? ¡Sin Wyrr, que te decía lo que tenías que pensar, siempre has sido un inconsciente!

Desnudo, Glamdring estaba de pie en medio de su gran sala, furioso, intentando liberarse por todos los medios. Pero pronto se dio cuenta de que Bedwyr se complacía viendo sus infructuosos esfuerzos. Cerró la boca de golpe, hasta el punto que del esfuerzo se le marcaron todas las venas del cuello, pero se cuadró, levantó la cabeza y se mantuvo callado.

Los celtas lo rodearon y lo encerraron junto a los escasos sajones supervivientes en un círculo de hierro.

Pese a lo impotente que estaba, había algo noble en el rostro de Glamdring que avivaba su imperturbabilidad, esa misma nobleza que poseen los osos o los jabalíes cuando luchan con los perros, sabiendo que al final van a morir. Bedwyr se hizo el fuerte y se acarició la cicatriz que le marcaba el cuello.

Artor dio un paso al frente, con el pelo suelto, sin casco, luciendo una envergadura que eclipsaba hasta al gigante de Glamdring. Bajó la vista para mirar el rostro barbado del hombre que había decidido mantenerse erguido y cuyos ojos destilaban un odio implacable.

—En Y Gaer mataste a mis enviados, que llegaban con una propuesta de paz. ¿Qué excusa tienes para haber cometido semejante traición?

—¿Es que se puede traicionar a los celtas y a los cobardes bellacos? Esta tierra nos pertenece. Sois vosotros los usurpadores. Hemos vivido aquí durante generaciones, invitados por vuestro rey Vortigern. Como descendiente de Horsa reclamo mi derecho sobre estas tierras.

—Si te hubieras dignado a escuchar lo que te proponía, esta tierra seguiría siendo vuestra —Artor mostraba un auténtico pesar—. Estaba dispuesto a ofrecerte un pacto digno, entre iguales, en el que se admitía vuestro derecho sobre la tierra que conquistaron vuestros antepasados. Tú y yo somos británicos, como lo es Lucan, por mucho que su abuelo fuera ciudadano romano —Bedwyr señaló con indiferencia a

uno de sus compañeros que se había hecho pasar por sajón para entrar en la ciudadela —. Habla sajón, exactamente igual que tú. Es más, tú mismo lo invitaste gustoso a entrar en la fortaleza. Pero es británico y está orgulloso de serlo. El rey Lot es descendiente de los Pictos, que gobernaban esta tierra cuando todos nuestros antepasados vivían en cabañas de barro y no sabían nada. Si hubieras aceptado que eres primero británico y luego sajón, no habrían muerto cientos de hombres. El error, Glamdring Ironfist, está en tus prejuicios y en tu soberbia.

Glamdring escupió a Artor, que se apartó. Artor sintió tristeza al ver a aquel hombre, desnudo, todavía tan poderoso y altanero pese a sudesnudez.

—Eras un enemigo digno, pero habrías podido ser un mejor aliado.

¿Cuándo va a aprender tu gente? ¿Cuándo van a contemplar estas montañas, estas llanuras y estos pastizales como lo que son? Un regalo que nos han legado los dioses, sobre todo si fuéramos capaces de vivir en paz y en armonía todos juntos.

—¡Nunca! —Glamdring gritó enfurecido—. Soy el heredero de Vortigern. Esta tierra es mía. Puedes matarme, si quieres, pero no voy a cambiar en nada.

Artor suspiró.

—¡Vortigern era celta, Glamdring, celta! ¿No lo entiendes? Hablas como si estuvieras loco, como si fueras un necio, y por eso lo que no te sirve, lo degradas o lo matas. Cualquier persona inteligente sabe que la crueldad siempre se vuelve contra uno y golpea cien veces más fuerte —miró a los oficiales que Glamdring tenía alrededor—. ¡Cuidaos de vuestros enemigos!

Llanwith dio un paso al frente.

—Has asesinado a todo soldado de la tribu de los ordovicos que haya puesto un pie en vuestras tierras. Y no mostraste compasión alguna. Regaste de sangre a tus propios jóvenes haciéndoles torturar a nuestros guardas de frontera. Nos robaste las mujeres y abusaste cruelmente de ellas. Exijo que mueras.

Glamdring le escupió.

Entonces se adelantó unos pasos el rey Lot.

—Tienes suerte de que mi reina no esté hoy aquí conmigo, porque exigiría que las mujeres celtas te desollaran vivo. Fui tu aliado, y aun así mataste a mi hijo porque no quiso romper un juramento de sangre. Cualquier hombre mejor y más sabio que tú habría liberado a mi hijo por el valor que demostró. ¡Exijo que mueras!

Gruffydd dio un paso al frente.

—Tus soldados mataron a mi familia y yo fui tornado como esclavo —Gruffydd se rasgó el sayo que tenía bajo la túnica para mostrar la cicatriz de lanza—. Llevo la marca sajona. Por tu culpa y por la de tu sanguinario padre me he visto obligado a matar a mucha gente buena de entre los sajones. Yo también exijo que mueras.

Por último, Bedwyr mostró su cabeza rapada. Se puso frente a Glamdring, con el perro Wind a su lado.

—Me llamabas Perro y me enseñaste a odiar. Vi cómo morían cruelmente mis compañeros y me tomaste como esclavo. Limpié tu escoria, aprendí tu lenguaje y me

vi obligado a asesinar al brujo, Wyrr. Soy Bedwyr, de los cornovios, nacido cerca de los bosques de Arden y te odiaré siempre por la crueldad que has demostrado —sonrió triunfante ante Glamdring Ironfist—. También yo exijo que mueras, porque yo, Bedwyr ap Bedwyr soy el Cuchillo de Arden.

Al final Glamdring perdió la compostura y chilló, blasfemó, enrojecido de ira, y lanzando chispas por los ojos. Se negó a aceptar que había contribuido a su propia destrucción, porque ni él ni Wyrr valoraron nunca a un esclavo.

—Si he de morir, dejadme morir en combate —exigió—. Lucharé contra cualquiera de vosotros, o contra todos. Me da igual.

—No permitiste a Gaheris el honor de morir en combate —Artor afirmó sin miramiento alguno—. Por lo que hiciste con Gaheris, servirás de alimento a los buitres, como le ocurrió a él, y te verás privado de un entierro digno de tus cenizas.

Glamdring intentaba soltarse de sus ataduras.

—Por lo que hiciste a Gaheris y a Cerdic y a todos esos nobles guerreros que murieron en Y Gaer por tu traición, serás ejecutado como te mereces, como cualquier delincuente.

Artor miró a Glamdring, directamente a los ojos.

—Se te cortarán las manos, como a los ladrones y morirás ahí, donde estás ahora. Cuando mueras las manos que asesinaron a Gaheris le serán entregadas a su madre, la reina Morcadés, para que ella disponga de ellas como desee. Que los dioses tengan piedad de ti en las sombras de la muerte.

Artor hizo una señal con la cabeza a Odin, que se encontraba justo al lado de un vociferante Glamdring Ironfist. El propio rey Lot sostenía la cuerda que inmovilizaba las manos del sajón. De un estirón le pusieron las manos extendidas sobre una mesa.

—¡Ya!

La voz de Artor resonó firme y su rostro no revelaba más que el desprecio que sentía por Glamdring.

Cuando de un fuerte golpe de hacha Odin le seccionó las manos al sajón por encima de las muñecas, Bedwyr se dio la vuelta y a su pesar vomitó. Glamdring empezó a dar alaridos de espanto, de dolor y de furiosa impotencia.

Uno de los oficiales de Lot recogió la macabra reliquia y las metió en un saco de cuero, mientras Glamdring se contemplaba los muñones.

Siguió mirando y viendo cómo se iba desangrando poco a poco sobre la paja.

—En nombre de Gaheris y en su memoria, exhibiremos tu cabeza en un poste y la llevaremos por estas tierras hasta Cadbury Tor, donde los carroñeros terminarán de limpiarla. En mi lugar tú habrías hecho lo mismo conmigo. En ti no veo signo alguno de sensibilidad ni de decencia, tan sólo el instinto de las bestias, por eso no te perdono la vida. Dejarte existir así, sin manos, sería un castigo demasiado cruel y yo no soy como tú. Por tanto, yo, Artor, rey de los británicos, he resuelto: ¡hágase!

Glamdring inclinó su rostro lívido hasta que el cabello le ocultó las facciones. Como se estaba desangrando rápidamente, cayó sobre una de sus rodillas, como si al

final estuviera rindiendo algún tipo de homenaje al rey supremo de los británicos.

Había llegado a creer que Artor sería compasivo.

Odin blandió de nuevo el hacha con fuerza y segó la cabeza de Glamdring. Cogió la lanza a uno de sus hombres, empaló la cabeza y la izó, ante la aclamación de todos los soldados celtas allí reunidos.

—El cuerpo de Glamdring será arrojado en mitad del campo, fuera de Caer Fyrddin, para festín de los buitres. Después despojáis a este apestado de todo lo que tenga de valor. Los niños y las mujeres que quieran someterse serán conducidos hacia tierras del sur donde comenzarán una nueva vida. Bedwyr se llevará los perros de Glamdring. Todo lo demás será arrasado.

Y así la fortaleza de Caer Fyrddin quedó reducida a cenizas y escombros.

Lejos de allí, en una carreta tirada por bueyes que transportaba heridos, Myrddion vio por el oeste una columna de humo negro. Y mientras la miraba, recordó cada una de las campañas de Artor con remordimiento. Incluso ahora, después de tanto tiempo, seguían muriendo hombres para asegurar la paz a la nación celta.

Myrddion se llevó la mano a las sienes para calmar un fuerte dolor de cabeza que empezaba a propagársele por todo el cráneo. Había tantos lugares fantasmales y era tan difícil acordarse de todos… Magnis, Lindum, Pontes y Causennae, donde estaban aquellas calzadas romanas tan rectas; en las colinas debajo de Ratae y en el río, en los alrededores de Vernemetum; los lugares se sucedían en su cerebro uno tras otro, en una larga y sórdida procesión de heridos, amputaciones y muertes terribles. Todavía olía las hogueras crematorias de Vindomora, donde fueron presas de un invierno que cayó con puño de hierro y los sajones y los pictos, esos guerreros azules, casi habían conseguido romper la línea de Artor hasta que logró conducirlos hacia el hielo que sus zapadores llevaban días debilitando y ocultando. Curiosamente, los sajones no nadaban.

Myrddion se esforzaba por recordar los nombres. Navio fue terrible, en las profundidades de la espesura que cubría las faldas montañosas. Los sajones y los celtas se habían estado persiguiendo durante todo el otoño, infame, largo e inútil, hasta que los sajones y los anglos se retiraron al territorio que se extiende más allá de Lindum. Y entonces, antes de que pudieran restañar sus heridas y recuperar fuerzas, Artor reunió a las dispersas tropas que le quedaban, infundió fuerza a aquellos hombres cansados y los obligó en una agotadora expedición a marchar tras el enemigo. En un vado sin nombre, los celtas hicieron correr ríos de sangre enemiga.

Está claro que, en las tempranas épocas de lucha, los sajones habían salido en masa de Anderida, donde dio comienzo la violenta campaña, aunque Artor había obtenido importantes victorias en Anderida Silva y al este de Noviomagus. Pese a todo, Anderida seguía siendo baluarte sajón, un bastión que vigilaba los mares de las Gallias, y llegaría el día en que ni siquiera la enorme fuerza de Artor podría detener su lento e inexorable avance. Cada verano los bárbaros extendían sus murallas y su esfera de influencia en tomo a Anderida. Myrddion era realista, como lo eran los

ciudadanos de Noviomagus, Portus Adurni o de Clausentum. Un día, cuando Artor no estuviera, Anderida prendería fuego a todo el sur.

—Señor de la Luz, Myrddion de las Alturas, padre adoptivo y tocayo, te ruego ayudes a mi señor —susurró Myrddion—. El rey supremo no entiende que una paz frágil puede ser más destructiva que todos los feroces enfrentamientos juntos. ¿Pues quién detendrá la crueldad humana cuando todos los enemigos estén derrotados?

Pero el adivino sonreía dolorosamente ante sus reparos, porque en lo más profundo de su sabio y secreto corazón, se regocijaba al ver la magnitud que había cobrado la derrota sajona. Sí, los relatos de la gesta se expandirían como el fuego y crecerían, narración tras narración.

Y así se ganó la decimosegunda y última gran campaña de las guerras de Artor contra los sajones y comenzó la leyenda de Camlann.

CAPÍTULO XI

LA MUJER DE CABELLOS DORADOS

SEIS MESES DESPUÉS de que Artor regresara triunfante a Cadbury Tor, a finales del invierno, la tierra estaba sometida al duro yugo de la meteorología. Aunque los campos seguían cubiertos de una fina capa de nieve y escarcha, los agricultores ya intentaban abrir surcos en el huraño terreno para iniciar la siembra que recogerían al verano siguiente. Como los frutales ya se habían quedado sin hojas, los animales buscaban alimento en la hierba que aún sobrevivía en frías hondonadas para completar el forraje que recibían de los pastos cortados el otoño anterior.

Los cielos eran grises y rara vez se despejaban de la masa de nubes, que sólo permitía atisbar resquicios de un sol pálido y tenue. Las rapaces revoloteaban en las alturas buscando conejos y otras pequeñas criaturas, que ahora vestían sus capas invernales. La propia Cadbury estaba resbaladiza, cubierta de hielo, y los mayores se veían obligados a andar con cuidado por los mal empedrados caminos, para no caerse. El paisaje conformaba una armónica sinfonía de grises, salpicada por las oscuras tracerías que dibujaban los árboles y el oscuro follaje de robles y pinos. Allí residía la belleza y la paz; los habitantes iban y venían por helados senderos y los niños, sonrosados, jugaban a cosas incomprensibles entre los árboles sin temor alguno.

Aunque el cráneo de Glamdring Ironfist era ya una calavera despojada de restos, seguía situado sobre la muralla, como si desde sus enormes órbitas huecas mirara las aldeas y los campos que había intentado destruir. A decir verdad, pese a que había pasado tan poco tiempo desde que saquearon Caer Fyrddin, la gente apenas recordaba al sajón, salvo cuando mentaban al «tío boquiabierto» para asustar a los niños pequeños. La violencia y el asesinato terminan por resultar tareas inútiles comparadas con las que exige la tierra.

Artor solía sentarse en la sala para dirimir pequeñas disputas entre aldeanos insatisfechos o litigantes y, pese a que con frecuencia le aburrían las insignificantes querellas y discusiones que surgían por cuestiones de lindes, nunca dejaba traslucir sus sentimientos y mantenía un rostro sereno. Fuera lo que fuera lo que decidiera, la gente decía que era el mejor rey que había en el mundo. Artor sabía que el sano sentido común resolvía casi todo y que no era ningún Salomón, sino un hombre sencillo que entendía los problemas de la gente corriente.

El salón del trono estaba casi igual que antes de la batalla de Mori Saxonicus, pero Artor había querido añadir algunas cosas. Colgadas del techo en unos enormes montantes, destacaban las banderas de Artor, Pelles, Luka, Keu, Lot y Llanwith, raídas y ensangrentadas. Lucían sucias y andrajosas, dando fe del uso tan duro que habían tenido y de su venerable historia.

Al otro lado de la sala, Artor había ordenado que colgaran los estandartes de guerra de sus enemigos, Katigern Oakheart, Glamdring Ironfist y las de otros guerreros occidentales. Estos símbolos también estaban manchados de sangre y acartonados por el fango ya seco. Algunas estaban rasgadas de lado a lado y otras quemadas por los bordes.

El dragón blanco de los sajones y el dragón rojo de los celtas se lanzaban bufidos uno a otro desde ambos extremos de la gran sala.

En una mesita que quedaba a la derecha de Artor había una delicada caja de avellano que habían hecho de una rama caída. Contenía un trozo de tela, que en su día fue blanca, pero que ahora tiraba a marrón por las manchas de sangre seca. Artor había ordenado a sus soldados que recogieran de Y Gaer la bandera de la paz y este fue el único pedazo que encontraron. Artor conservaba esta reliquia para no olvidar nunca el sacrificio de los patriotas que tan noblemente le habían servido. Cuando le flaqueaban las fuerzas o cuando su creciente cinismo le decía que todos sus esfuerzos eran en vano, le bastaba coger la cajita de avellano para recordar que a él se le exigía cumplir con su deber hasta la muerte.

En comparación con otros muchos reyes celtas, la corte de Artor resultaba espartana, pero su limpieza, los brillantes tapices, el mosaico que había delante de la tarima y los deslucidos estandartes otorgaban al recinto un poder y una sofisticación más fuerte que el oro, los ampulosos repujados o las pinturas recargadas.

Aquel día llegaron dos visitantes a la corte del rey supremo. El primero de los hombres era un correo del rey Leodegran, el gobernante un tanto pomposo de los dobunios, que compartía las suaves tierras que se extendían al sur de Sabrina Aest con la última de las ciudades romanas. Leodegran quería visitar Cadbury Tor con toda solemnidad durante ese mes y quería ir acompañado de su única hija, de inefable belleza, Wenhaver[4].

El correo quedó encantado al escuchar las delicadas palabras de bienvenida que le brindó Artor y sobre todo al pensar que le esperaba una buena cena y una cama caliente antes de regresar a Corinium, donde estaba Leodegran, recibiendo a la corte. Siempre cortés en cuestión de protocolo, Artor honró al correo con un anillo de plata en señal de agradecimiento.

Por dentro, Artor bufaba. Conocía bien las maquinaciones de los príncipes tribales con hijas casaderas y odiaba los estúpidos compromisos sociales que le correspondía atender a un rey supremo y los malabarismos que hacían los que le rodeaban para conseguir más poder. Tampoco creía que la visita de Leodegran fuera simplemente cuestión de cortesía. Los consejeros de Artor llevaban años insistiéndole

en que tenía que dar a su reino una esposa y un heredero, para que no se repitiera el sangriento escándalo que se produjo antes de su coronación.

El rey sabía que algún día tendría que casarse, pero estaba harto de que le agobiaran presentándole posibles candidatas. Siempre resultaban demasiado jóvenes o demasiado viejas, demasiado guapas o terriblemente feas, o tontas, o tan ambiciosas que le ponían los pelos de punta.

Wenhaver tenía fama de ser excepcionalmente bella, pero él necesitaba algo más que una cara bonita para conseguir la felicidad. Artor recordaba con nostalgia y un punto de idealización los placeres conyugales con Gallia, aunque sus rasgos se le difuminaban poco a poco con el paso de los años. Lo que sí recordaba era que aquella mujer compartió su vida en todos los aspectos. Con ella trataba largamente todo lo que le ocurría, lo compartía con ella en amorosa unión, igual que ella compartía su vida, sus pensamientos y sus miedos con él. En brazos de Gallia se sintió libre de todo miedo. Y, después de todos estos años, el haberla perdido aún le generaba un vacío en el estómago y una oscura oquedad en el corazón.

¿Qué princesa, educada para llevar un hogar palaciego y para criar aristócratas, iba a compartir sus pensamientos y sus acciones como hizo Gallia? Incluso cuando estaba terminando de hablar con el correo y de concederle sus más distinguidas palabras, se llevó la mano a la figurita femenina que llevaba colgada del cuello en una cadena de oro y recordó el tacto de los pechos y la delicada cintura de Gallia.

Gallia había sido real y auténtica. Las princesas e hijas de jóvenes reyezuelos que le habían presentado no eran ni una cosa ni otra, porque estas muchachas se jugaban mucho. Independientemente de su carácter o de su aspecto físico, la joven que se convirtiera en reina suprema impulsaría a su familia a un lugar destacado. Muy a su pesar Artor reconocía que la perfecta dama tendría que ocultar a la fuerza cualquier defecto o duda que tuviera y ofrecer una imagen pasiva y dócil.

Por eso, si todas las muchachas iban a ser tan parecidas, Artor decidió buscar una mujer que tuviera gran belleza y poder, con un padre que se convirtiera en aliado, y del que pudiera obtener más dinero, que siempre necesitaban los reyes, y hombres para asegurar las fortalezas establecidas a lo largo de la cordillera. Las montañas mantendrían a los sajones alejados del oeste, pero siempre que las ciudadelas se mantuvieran fuertes y guarnecidas. De ahí que el matrimonio del rey viniera a ser un instrumento necesario para conservar el reino.

Pero el sentido común consuela poco al que ha conocido esa extraña comunión anímica que Artor había vivido con Gallia.

Hacía mucho que Gallia había muerto; murió con menos años de los que Artor llevaba con el regalo de bodas que le hizo Frith colgado junto a su pecho. Frith había encontrado en el bosque un pequeño botón de avellano, al que la naturaleza había dado forma de minúscula mujer embarazada. Como la madre de Gallia había muerto, la noche de bodas —siguiendo la costumbre romana— Frith había sustituido la medalla de nacimiento de la joven por este pequeño amuleto de fertilidad.

Desde que murió Gallia, Artor no se había quitado nunca el amuleto.

La querida Frith, esclava, madre y consejera, murió por proteger a Gallia. Las espadas de los guerreros de Uter Pandragón la habían abatido cuando intentaba llegar hasta su señora, pero Frith no se había marchado sola a las tinieblas del Hades. Consiguió atravesarle el ojo a uno de sus agresores con un pasador de bronce y clavárselo en el cerebro, hasta que lo mató. Siempre que Artor acariciaba el pequeño amuleto, se sentía alentado por dentro, confortado por la alegría de Gallia y la tenacidad de Frith.

El segundo visitante entró tranquilamente en la sala de Artor, como si fuera su casa.

Alertado por el murmullo de la multitud, Artor levantó la vista y vio a una figura exótica y familiar que avanzaba hacia el trono dando grandes zancadas.

Gareth, el nieto de Frith y administrador de Villa Poppinidii había llegado a Cadbury.

En una sala de gente de pelo oscuro, Gareth destacaba. Tenía el cabello rubio ceniza llamativamente largo, recogido en la base del cuello con un pasador de bronce alargado. Al inclinarse para saludar, Artor reconoció el pasador de Frith en la coleta del joven. De pequeño, Artor jugaba en la villa con esa púa de bronce, sólida y sencilla, cuando apenas gateaba. El rey se sintió extrañamente confundido al ver este humilde objeto en el cabello de un soldado. Los recuerdos de Gallia y Frith lo sobrecogieron, y tardó en devolver el saludo a Gareth más de lo convenido en un acto de cortesía.

Gareth leyó el dolor en los ojos del rey y no se lo tuvo en cuenta. Después de todo, era uno de los pocos que sabía que Artor había estado casado y que era padre de una niña.

Gareth tenía ahora treinta años y había desarrollado una complexión robusta. No era tan alto como Artor, pero sobresalía por encima de la mayoría de los hombres que estaban en la sala de Cadbury Tor. Tenía la piel dorada, ojos verde azulados y un pelo claro, palpablemente heredado de la estirpe de su abuela. Artor podría jurar que por las venas de Gareth corría sangre juta.

Myrddion recabó la atención de Artor, poniéndole suavemente la mano sobre el hombro.

—¿Puedo sugerir que canceles lo que tengas hasta mañana, Lord Artor? Gareth no habría venido, si no fuera porque algo urgente ocurre en Villa Poppinidii.

Myrddion utilizó un tono tan suave que ni el soldado más próximo podría haberlo oído. El sabio era consciente de que Gareth había querido a Gallia y de que ahora cuidaba de Licia, la hija no reconocida de Artor. El asunto debía ser importante porque si no, no habría dejado a la niña.

Artor asintió y se quitó la pesada corona de dragón.

La corona no había perdido un ápice de su primitivo encanto y belleza en doce años. Sobre los rizos broncíneos de Artor, ese dragón rampante, de oro, con las alas

elevadas a las alturas, era algo que inspiraba respeto. Incluso ahora, colocada en la mesa junto a la cajita de avellano de Artor, la corona brillaba con el lustre y la afable belleza del oro puro y maleable, sus granates y los enormes cuarzos de talla sencilla. Realizada con las piedras de los pendientes de su madre y las muchas gemas, conseguidas de manera espuria, de Uter Pandragón, la corona de Artor se imponía como afirmación del poder sobrehumano ennoblecido por un espléndido oficio de orfebrería.

—La corte del rey supremo queda cerrada para lo que queda del día y se reanudará mañana —anunció Myrddion en voz alta para que resonara por toda la sala. El rey brindó un saludo de cortesía a los decepcionados demandantes que se morían por saber qué ocurría. Entre murmullos de sorpresa y conjeturas los ciudadanos, de clase alta y baja, salieron en fila de la gran sala, mirando a hurtadillas a Gareth, mientras pasaban a su lado.

—Ven conmigo —ordenó Artor a Gareth, levantándose para salir de la sala, seguido de Odin y Targo, que tenía que usar un bastón para ayudarse a caminar.

Viendo al rey entrar a sus dominios, Gareth pudo observar con calma la enorme figura de su señor. Superficialmente, Gareth apenas percibía cambios físicos en el semblante de Artor desde que lo vio por primera vez en los establos de Villa Poppinidii dieciocho años atrás.

El rey vestía formalmente, finas ropas de lana, teñidas de rojo o de un blanco níveo, que llevaba con su habitual desenfado. El manto se ataba al hombro con un gran broche en forma de rueda, decorado con una orla continua y sinuosa de oro puro. La túnica interior estaba impecable y dejaba ver las fuertes pantorrillas del rey, por lo que Gareth pudo admirar sus suaves botines claros de piel de cerdo. No llevaba joyas caras, ni en las orejas, ni en el cuello ni en las manos, salvo un anillo en los pulgares y un sencillo aro en el dedo índice. Gareth suspiró admirado.

La cara de Artor, sin embargo, sí había cambiado, aunque no mucho, algo en lo que iba pensando Gareth mientras caminaba junto a Targo, detrás del rey. Las dos profundas arrugas que se le habían formado entre las cejas revelaban concentración y desasosiego. Los ojos del rey siempre habían sido de un frío color grisáceo, pero en su juventud el humor y el interés que sentía por los demás le habían proporcionado mayor calidez. Ahora, sin embargo, los ojos de este rey supremo resultaban glaciales e insondables. Sólo quienes habían venerado a Artor durante todos estos años reconocerían ciertos signos de desilusión dibujados en las comisuras de los labios. Afortunadamente estos labios, bien formados, aún destilaban rasgos de humor e indicaban que el muchacho llamado Artorex no había muerto del todo en ese proceso de transformación a la madurez.

No pronunciaron palabra hasta que llegaron a las dependencias privadas de Artor. La mente del rey recorría todo el espectro de posibles razones por las que hubiera venido Gareth, pero no se atrevía a decir nada hasta que no se vieran dentro de su habitación privada y apartada del resto, donde se trataban aquellos asuntos

verdaderamente secretos. Despidió a su guardia e invitó a entrar a su sanctasanctórum a Gareth, Targo, Myrddion y Odin.

Las dependencias privadas de Artor eran masculinas, pero opulentas. Los muebles incluían una mesa de talla delicada, construida por un inteligente artesano de la tribu de los brigantes, en la que el rey redactaba los decretos oportunos. La silla curul preferida por el rey lucía cómodos almohadones y en la pared había varios nichos en los que el monarca guardaba sus rollos. Por la habitación había más sillas y todos los bancos estaban cubiertos con cojines para amortiguar la dureza de la madera. La vidriera de una de las ventanas en forma de flecha, que dejaba entrar la luz en el cuarto, protegiendo al tiempo el recinto de los fríos vientos invernales, estaba formada por pequeñas piezas de cristal traído de Italia del tamaño de una mano. Había también un jarro de vino dorado preparado para su uso y bandejas de fruta y nueces para saciar el apetito.

Artor procuró que sus invitados se encontraran a gusto y sólo después preguntó a Gareth la razón de su visita a Cadbury Tor.

—Máster Antor ha recibido una buena oferta para obtener en matrimonio la mano de Licia, señor. Conoces al chico, al menos de referencia, porque es Comac ap Llanwith, de los ordovicos. Es el hijo menor del rey Llanwith.

El rey supremo dio un respingo y dejó caer la mirada. La sospecha fluía por su cabeza como un sutil veneno. Gareth estaba aturdido ante lo que podía leer en el rostro del rey. ¿Es que Artor realmente desconfiaba del rey Llanwith, uno de sus más viejos amigos?

—¿Sabe este Comac quién es Licia? —preguntó Artor muy seco.

Tenía la mirada anodina e indiferente como el cristal.

—No, mi señor. El rey Llanwith no se lo ha contado al joven, creyendo que podría comprometer su amistad contigo. Licia y Comac se conocieron cuando el rey Llanwith visitó a Antor como amigo de la familia. Aunque Licia es joven, lo tiene muy claro y ha depositado todo su afecto en Comac.

—¡Es demasiado joven! —protestó Artor, como si fuera un viejo.

En realidad, Artor no había reparado en que Licia ya era una mujer y estaba en edad de casarse. Cuando se trataba de su hija, era como si el tiempo no hubiera pasado para el rey; en su mente la joven había quedado congelada en una edad que apenas superaba el momento en que empezó a andar. No había hombre que pudiera ser el amante adecuado de la hija de Gallia. Apenas había tenido a Licia en los brazos; por eso, el pensar que ella pudiera amar a un hombre le llenaba de horror. Y que tuviera que pasar por el peligro de dar a luz le provocaba auténticos mareos.

—Tiene catorce años, señor, como bien sabes. Livinia se casa en primavera y sólo es un año mayor que Licia. Me temo que donde vaya una de esas chicas, la otra irá detrás.

—¡Ah! ¿Sí? —preguntó Artor escueto—. Keu no me ha dicho nada al respecto. ¿Con quién se casa Livinia?

—Señor, Keu todavía no es el *pater familias* de la familia y es Máster Antor quien toma estas decisiones. Ha arreglado un casamiento entre Livinia y el nieto de Branicus, el magistrado de Aquae Sulis. Es una buena boda, pero no tan beneficiosa como la que pretende Licia. Si el hermano mayor de Comac muere, Licia se convertirá en reina.

Artor enrojeció. Los celos que le acosaban y el mal humor representaban un insulto a su padre adoptivo. Antor amaba a Licia tanto como a Livinia la menor, su propia nieta. El sentido común empezó a asentarse de nuevo en la mente de Artor. Licia tenía que casarse con alguien y en casa de Llanwith estaría a salvo.

—Si Antor aprueba el matrimonio de Licia, supongo que no tengo derecho a poner trabas. Enviaré un regalo de bodas más que adecuado. ¿Te parece bien así?

Artor estaba a punto de enfadarse, pero Gareth evitó sentirse ofendido.

—Y hay otro asunto, Lord Artor, aunque no sé bien cómo plantearlo, porque sospecho que te va a molestar.

—Suéltalo, Gareth. Es mejor que me lo cuentes y asunto resuelto.

—Comac ha expresado su deseo de que Licia reciba el nombre de Anna en las ceremonias públicas. Su gente no vería bien que un miembro de la familia real llevara nombre romano, aunque Comac la seguiría llamando por su nombre en privado. También debo mencionar que Comac cree que Licia es tu hermanastra.

—¿Qué? —Artor se quedó estupefacto al oír esto—. ¿Y hay más gente que comente sobre semejante relación?

—Sí, mi señor. Y por eso el rev Llanwith ha accedido al casamiento, por el futuro bienestar de la propia Licia. Cree que si la gente en general conoce que existe una relación contigo, aunque no sea la auténtica, Licia podría correr algún peligro. Mientras que si pertenece a la corte del rey Llanwith, estará a salvo para siempre.

—Pero ¿por qué la relacionan conmigo en Aquae Sulis? No lo entiendo.

Esto era algo que Artor nunca había pensado. Por una vez su capacidad de predecir acontecimientos le había fallado.

—Es idéntica a ti, pero en mujer, señor, salvo en los ojos. La he visto crecer y siempre he reconocido en ella el parecido contigo. Por respeto a ti nadie ha sugerido que sea tu hija, pero todos los ciudadanos de Aquae Sulis saben que la hija adoptiva de Máster Antor proviene de una familia importante. Este matrimonio viene a solucionar todo, señor, y ella será feliz, llamándose Anna, Licia o las dos cosas.

—Parece que el matrimonio es para bien, Artor —intervino Myrddion precipitadamente, no sólo porque quería convencer a Artor, sino porque Llanwith ya le había comentado el problema hacía unas semanas. Sabiendo cuál era el punto flaco de Artor en lo que respecta a Licia, Myrddion no tuvo claro cómo abordar el tema con su señor.

Targo fue más práctico.

—A ti te habría gustado que nadie se acostara con ella, Artor, pero Gallia estaría contenta con esta boda para su Licia. Por eso tú también debes alegrarte. Llanwith es

amigo tuyo desde hace años y que su hijo se case con tu hija es un honor para los dos.

—Muy bien —Artor se estaba exasperando y sintiéndose un tanto irritado—. El casamiento es sensato, pese a que yo odie la idea de que ya sea una mujer hecha y derecha. Muy bien. Brindemos por Licia, o Anna, o como quieran llamarla. Y que tenga muchos hijos fuertes.

Los hombres se tomaron una copa de vino dulce, intentando no hacer caso al humor de Artor, que seguía taciturno.

—¿Vendrás a la boda, señor? Antor celebraría tu presencia, porque hace poco tuvo un sueño que le anticipaba la muerte y desea despedirse de ti.

Artor miraba fijamente a Gareth, que procuró mantener la aterradora mirada del rey sin parpadear. Gareth conocía a Artor desde que era niño y siempre había visto ese gris intenso y penetrante como lo que era. Artor estaba pensando y haciendo sus composiciones.

—No. No iré a la boda. Si voy los comentarios estarán centrados en Licia. Que se crean que es mi hermanastra, si quieren. No sería descabellado pensar, usando la imaginación, que Uter hubiera tenido una hija con alguna criada antes de morir y que Antor adoptara a esa niña. Pero si asisto a la boda, doy legitimidad a Licia y eso la convertiría a ella y a sus hijos en el blanco de algún desalmado sin escrúpulos. Estoy seguro de que Llanwith y sus herederos cumplirán con su deber.

Gareth hizo un gesto con la cabeza indicando que había entendido las instrucciones de Artor, pese a la insatisfacción que reflejaba en el rostro.

—¿Crees que soy un desconsiderado, Gareth? Pues no, te lo juro. Dentro de cinco días saldré de Cadbury en dirección a Villa Poppinidii para ofrecer mis felicitaciones a la familia antes de que Licia se case.

En cuanto a Máster Antor, me turba pensar que se crea próximo a la muerte. Es mi padre en todo menos en el nombre, y ahora veo por qué ha ejercido su responsabilidad de buscar esposos a Livinia y a Licia, para hacerlo antes de cerrar los ojos por última vez. Todo lo que más quiero se lo debo a él, por eso voy, desde luego. Myrddion hará saber que Máster Antor está retirándose.

—Claro, Artor —dijo Myrddion en voz baja.

—Señor —interrumpió Gareth, con un nudo en la garganta—. Le ruego que me permita hacerle cumplir su promesa.

Gareth observó cómo la mirada de Artor se desviaba momentáneamente, para recordar qué es lo que el joven deseaba de él. Entonces le vino a la memoria la conversación que habían tenido unos seis meses antes en el jardín de Gallia.

—Sí. Cuando Licia se case, puedes venir a Cadbury Tor y unirte a la guardia. Odin te instruirá en el arte de la batalla hasta que adquieras las virtudes del guerrero. Pero te advierto que aunque Odin no está al nivel de Targo, el viejo no puede doblarse y estirarse como antes. Y desde luego, Targo ayudará a Odin de vez en cuando, con su inconfundible estilo —Artor sonrió de nuevo como un muchacho—. Te tendrá saltando vallas dentro de nada. Y también pronosticará mil veces cuándo

vas a morir.

Targo se rió abiertamente, dejando ver los pocos dientes que aún le quedaban.

Myrddion miró disimuladamente a Targo. En lo más profundo y más honesto de su alma, a Myrddion le preocupaba que Artor terminara a la deriva en el momento en que perdiera a las pocas personas que quería, algo que ocurriría por simple ley de vida. El viejo guerrero estaba mal.

Mori Saxonicus fue la última ocasión en que pudo poner en práctica sus habilidades militares. Pronto Targo quedaría ensombrecido y Artor experimentaría otra pérdida irreparable en su urdimbre vital.

Gareth se puso de pie y bajó la cabeza en señal de homenaje a su señor.

—Te ruego que me permitas retirarme, rey Artor, para poder saborear la gloria de un sueño. No tengo palabras para expresar mi agradecimiento.

Cuando Gareth abandonó las dependencias privadas de Artor, el ambiente de la sala se relajó y cobró naturalidad. Aunque el muchacho era un viejo conocido, Artor se mostraba reservado con personas en las que no confiaba del todo, particularmente en asuntos que le habían estado preocupando desde la batalla de Mori Saxonicus.

—Ahora que ya casi he cumplido con mis últimas obligaciones para con Antor y Gallia, se acerca el momento en que deba considerar la idea de casarme yo —se volvió hacia Myrddion. Artor mostraba una expresión imprudente y fantasiosa, lo cual provocó un instante de pánico en Myrddion—. ¿Qué dices a esto, amigo? ¿Qué mujer conoces que pueda aportar la mejor alianza para la corona de los británicos? Personalmente no me importa quién comparta cama conmigo, siempre que sea fértil y complaciente. Tendrás que elegir por mí.

Myrddion palideció y los demás hombres parecían horrorizados. Sólo Targo se atrevió a intervenir, aprovechándose de su edad.

—¿Estás tonto, Artor? Cásate, si quieres, claro. De hecho, tienes obligación de engendrar un heredero que siga tus pasos. Pero no debes forzar a Myrddion a que te busque esposa. ¿Qué pasa si el casamiento va horriblemente mal? Bueno, ya sé que a ti no te importaría, pero a él sí. Se culparía siempre de haberte causado dolor y problemas.

Ahora le tocaba a Artor ruborizarse.

—Perdóname, Myrddion. He hecho mal en sugerir esa bobada, siento si te he molestado. Lo que pasa es que hoy el mundo está patas arriba y me encuentro algo perdido.

Se detuvo.

—Sí, sé que debo elegir yo, pero no creo que pueda volver a encontrar el amor y menos en este jaleo político, en el que la categoría de reina haría destacar una tribu sobre las demás. Soy una mercancía por la que se lucha y a la que se halaga. Supongo que a las mujeres que resulten adecuadas les importaré un bledo.

Artor rara vez admitía alguna debilidad o algún temor, por eso Myrddion no dudó en aceptar sus disculpas. Si Myrddion quería tanto a su rey, era precisamente por esos

pequeños defectos que se dejaban ver en su carácter.

—Yo sólo puedo aconsejarte, señor. De hecho la hija de Leodegran parece buen partido, pero nunca la he visto ni he tenido ocasión de valorar hasta qué punto es la que te conviene. Desafortunadamente es probable que ni siquiera tú tengas ese privilegio hasta que llegue el día de la boda, porque, como bien sabes, las nupcias reales son más una cuestión de interés que de amor.

Artor mostró una sonrisa irónica, ante lo bien que Myrddion había resumido la situación.

—Entonces esta Wenhaver podría convertirse en mi nueva prometida. Después de todo, ¿cómo de mala puede ser esta chica? Organízalo tú, ¿quieres, Myrddion? Mira a ver cómo es la chica personalmente y valora si me conviene. Y entonces, si te parece bien, consigue que Leodegran ofrezca una buena dote. Ese cabrón siempre se retrasa en proporcionarme guerreros y en pagarme los impuestos, cuando todo el mundo sabe que sus tierras son ricas en cobre, estaño, cereal, incluso oro. Si quiere a Artor de yerno, el privilegio le va a costar un ojo de la cara.

»Hazme el favor de viajar a Corinium y examinar a la chica antes de que me comprometa a recibir a la pareja. Si esta Wenhaver es adecuada, acordaremos la dote y firmaremos los tratados convenientes en la visita oficial. Si no, mejor que no vengan. Estar pendiente de una chica apenas madura me resulta muy cansado.

Myrddion bajó la cabeza, aceptando la petición, y sin subir los ojos miró a su señor. El rostro de Artor no reflejaba más que aburrimiento. El brujo suspiró.

Myrddion no pudo evitar sonreír. Leodegran era un imbécil pedante y a él le iba a divertir el regateo, sobre todo porque tenía todo el poder estratégico en la palma de sus humildes manos.

—Y Gruffydd se ha ido a Venonae, a ver a su niña mimada, la pequeña Niniana. Cadbury Tor se va a quedar vacío; a lo mejor a ti también se te ocurre irte por ahí a algún lado, Targo.

—Yo voy contigo, Artor. Quiero ver a Antor y a Licia antes de que Villa Poppinidii cambie para siempre. Aunque Keu sea asistente del rey supremo, cuando Antor ya no esté, introducirá cambios en Aquae Sulis que estos viejos ojos no tienen interés en contemplar.

—¿Qué opinión te merece Gareth, Targo? —preguntó Artor en tono informal, cuando sus amigos empezaban a levantarse para dejarlo descansar.

—Gareth parece que da el tipo, ¿no, Odin? Quizá haga de él un buen guerrero, pese a que está entrando en el oficio algo tarde. Al menos sabe montar, lo que le hace mucho más competente que nuestro último pupilo.

—¿Es que nunca vas a olvidar, viejo? —dijo Artor riendo. Y de pronto la estancia recobró la calidez que le proporcionaba la serenidad del rey.

COMPLACIDA Y SATISFECHA, Wenhaver miraba su imagen en un espejo de

plata. El velo nuevo tenía exactamente ese tono de azul que mejor iba con sus ojos. Verdaderamente los romanos conocían todos los trucos del arte del teñido y su padre había pagado mucho dinero por esta pieza de tenue azul celeste, que habían comprado expresamente para cuando fueran a Cadbury Tor. Wenhaver cantaba mientras bailoteaba por la habitación, recogiéndose sobre el pecho el corte del delicado tejido.

—¡Me querrá! Se enamorará de mi belleza en cuanto me vea, aunque es muy viejo. Y entonces me convertiré en reina de todos los británicos.

Hacía un mes, tras conocer por un cortesano de Cadbury que el rey supremo estaba planeando casarse, Leodegran había decidido ocuparse de su hija. Se frotaba las manos sólo de pensarlo y bendecía el día en que había decidido pagar a varios informadores para que le trajeran noticias de la corte de Artor. Como era un negociante nato, Leodegran sabía lo estúpido que sería pensar que Wenhaver conquistaría el corazón del rey. Sin embargo, en su ambicioso interior también era consciente del valor que él representaba para el trono del oeste. Aunque su hija hubiera sido poco agraciada, tenía excelentes oportunidades de triunfar en esta particular maniobra política.

Cuando explicó a su hija lo importante que era su visita a Cadbury, Wenhaver se había pavoneado y enfurruñado a la vez, hasta que su adorado padre le prometió un cerro de vestidos nuevos, trajes de fiesta, adornos de pelo y piedras preciosas, el perfecto anzuelo para captar la atención del rey supremo.

Y ahora, llegaban de visita a Corinium dos nobles legendarios para valorar hasta qué punto la hija de Leodegran resultaba apropiada.

—Puedo convencer a estos viejos estúpidos de que seré una reina excelente —resolvió Wenhaver volviendo a mirarse complacida en el espejo de plata.

—¿Señora? —preguntó su doncella. Al darse cuenta de que estaba hablando en alto, Wenhaver enrojeció, entre avergonzada y enfadada, y la sirvienta fingió no percibir la contrariedad en el rostro de su señora.

—Esta tarde me pondré el vestido amarillo de vuelo, Myrnia. Y procura que no esté arrugado. Padre ha llamado a un vidente para que me lea la suerte y no quiero parecer un adefesio.

La criada hizo una reverencia de asentimiento, aunque en su interior echaba humo por tener que cargar con la responsabilidad de preparar el vestido amarillo para que estuviera presentable. Wenhaver era particularmente descuidada con su ropa y dejaba las telas más delicadas en cualquier lado, donde cayeran, en montones mal apilados. Y después a cualquier desventurada que intentara remediar el daño la desollaban viva.

Wenhaver era demasiado joven para que todos alabaran su belleza, pero Leodegran estaba tan ufano de su pequeña que casi desde que gateaba la hacía salir cuando venían invitados. Agraciada con una intachable tez dorada, claros ojos azules y una melena rubia, resultaba una niña perfecta y delicada.

Con los años la joven fue ganando en belleza y estaba tan consentida, era tan mimada y la alababan tanto que llegó a pensar que en la vida sólo contaba el aspecto físico y que sus deseos estaban por encima de las necesidades que tuviera cualquier otro miembro de la casa. Nunca consideraba lo que costaban las cosas, ni se preocupaba por los sentimientos de los demás, porque todos le habían hecho creer que era sublime en todos los sentidos.

A nadie le gustaba mucho Wenhaver, salvo al rey Leodegran, pero es que era su hija.

Y de hecho Leodegran tenía mucha culpa de los excesos de la muchacha. Hacía dieciséis años se había casado con una joven bellísima. Leodegran tuvo que esforzarse para desenterrar el nombre de entre los de sus cuatro esposas e incontables concubinas, mancebas y amantes puntuales que habían ensuciado su trayectoria vital. ¡Ah! ¡Sí! Se llamaba Sybille y tenía unos ojos enormes, color aguamarina, que era lo único en lo que el rey había reparado. Tras dar a luz a Wenhaver, su primera y única hija, suspiró tranquilamente como si diera por terminado su trabajo y murió sin aspaviento alguno.

Leodegran sonrió. Sybille había sido la mujer perfecta, entre unas cosas y otras. A él le gustaba comer bien, beber buen vino, vestir ropa elegante y gozar de todos los placeres de los sentidos. Por decirlo brevemente, Leodegran veneraba el altar de la apariencia y las emociones físicas. Y sí, Sybille había sido perfecta. Tuvo a su adorada Wenhaver y después «desapareció».

A la gente tampoco le gustaba mucho el rey Leodegran.

Al llegar la tarde Wenhaver dejó que la vistieran y la peinaran con una diadema de oro labrado que recogía un poco sus rubios tirabuzones. El traje amarillo le sentaba muy bien y Wenhaver se puso un collar, varias pulseras y dos anillos en los pulgares del mismo metal, para reforzar el efecto. Como un niño al que le han regalado una bolsa de chucherías, tiró su joyero sobre la mesa y estuvo revolviendo el sinnúmero de ornamentos para ponerse anillos en todos los dedos.

Myrnia se divertía secretamente viendo lo ostentosa que era Wenhaver. La madre de Myrnia había estado al servicio de una dama romana y, de niña, la criada se maravillaba de cómo una única piedra, bien elegida, podía resaltar el estilo y la elegancia de la señora, atributos de los que Wenhaver carecía del todo.

Satisfecha de sí misma, Wenhaver entró majestuosamente en el comedor de Leodegran, con mucho pavoneo de falda y mucho meneíto de melena.

Leodegran era rico y disfrutaba de los lujos de la riqueza. Grande, de buen porte, hermosos rasgos y bonito cabello, en su día tuvo un rostro masculino y atractivo, pero ahora estaba mofletudo y tenía pequeñas venas rojizas por las mejillas y la nariz, que lo afeaban. Igual que su hija, él también vestía con mucho arreglo y boato y por eso no veía nada raro en la indumentaria de la muchacha.

La mujer que estaba sentada en la mesa que tenía al lado izquierdo era un compendio de contrastes. Vestía totalmente de negro, salvo por el marrón oscuro de

su ropa interior, de manera que, cuando caminaba, la oscuridad se movía tras ella. Tenía el cabello suelto, signo de que no estaba casada, ampliamente surcado de mechones de plata que, curiosamente, le daban al pelo negro un tinte más oscuro y brillante. De rostro terso y pálido y ojos caídos, sólo desvelaban su edad, más próxima a los cincuenta que a los cuarenta, unas cuantas arrugas dispersas sobre una suave tez. Aunque ya era muy mayor para ser mujer, tenía las manos impecables y desprovistas de anillos. De hecho, el único adorno que lucía era una banda de filigrana de oro de gran valor ciñéndole la frente y un collar en el pecho en forma de ojo abierto. El prisma del colgante era un enorme topacio que parpadeaba en la oscuridad como si estuviera vivo.

La mujer, que mantenía los ojos clavados en él, causaba cierto desasosiego a Leodogran. Las respuestas monosilábicas a sus galanterías le hacían sentirse torpe y menguado. Cuando se ponía nervioso, Leodegran tendía a poner pegas y Wenhaver fue su primera víctima.

—Llegas tarde, hija. Llevamos un buen rato esperándote.

Wenhaver hizo un mohín y repasó con la mirada a la extraña mujer que estaba sentada con tanta naturalidad al lado de su padre.

Una criatura sin gracia, pensó. Pero la cinta de filigrana de oro le provocó un punto de envidia.

—Esperamos a una vidente, sin más, padre. ¿Qué clase de persona es ésa para justificar que yo me presente ante ti mal vestida?

Desde que nació, a Wenhaver le indujeron a decir en voz alta lo que pensaba, sin considerar ningún tipo de razón, cortesía o sentido común, de modo que Leodegran frunció el ceño hasta empotrarlo en su nariz aguileña, entre disgustado y avergonzado.

—La vidente, como tú la llamas, está aquí. Hoy tenemos el privilegio de comer con Lady Morgana, hermanastra del gran Artor e hija de Ygerne, la más bella flor de los británicos. Ha venido expresamente para verte, o sea que compórtate.

Entonces, tras una falsa y tímida sonrisa de bienvenida, Wenhaver ocultó su tremendo enfado. Como era una actriz profesional, sus disculpas parecieron a todas luces sinceras, pero por debajo de esa expresión ingenua, estaba furiosa.

Se dio cuenta de que la mujer, Morgana, era vieja y lo de que la madre de la vidente era de inefable belleza no se veía mucho en la hija.

De joven, sometida al violento antojo de Uter Pandragón, Morgana había aprendido paciencia y crueldad. El viejo monstruo también le había enseñado el valor de la verdadera inteligencia. Como Leodegran, su hermano, Artor, e incluso su hermana, Morcadés, se servía de espías en todas las cortes occidentales. Y el observador secreto que tenía en Cadbury le había mandado noticia de que por fin el rey supremo estaría dispuesto a casarse.

Morgana, recordando una antigua profecía que había hecho en la villa, fuera de Aquae Sulis, cuando ella y su hermano eran pequeños, se preguntaba si este

pimpollo, nacida de una tribu ociosa y corrupta, no sería la pesadilla de Artor. Quizá, bajo su belleza, esta niña Wenhaver ocultaba una volubilidad capaz de debilitar todo lo que Artor había construido. ¿Resultaría ser ella sus pies de arcilla?

Cuando Morgana tuvo noticia de que Myrddion Merlín se proponía visitar Corinium por orden del rey supremo, se lanzó apresuradamente hacia el sur, cabalgando día y noche, sin escatimar caballos ni guardias personales.

Ahora, allí sentada frente a una muchacha de mirada mercenaria, cuya belleza rompía corazones, Morgana valoraba cómo advertir a la chica de que Myrddion tenía el olfato más fino de todo occidente. Wenhaver debía disimular y esa hembrita mimada no sabría cómo.

En cuanto a su padre, Leodegran, era un regordete, vacuo y bienintencionado, que se escondía bajo un pelo teñido y un ardiente apetito por la buena comida y las mujeres. Había que convencerle de que debía proteger a su hija de todos los excesos que pudiera cometer siendo reina, pero este sibarita no tenía capacidad siquiera de proteger a un gato de un ratón viejo. Si esta putilla tontorrona se sobrepasaba, Artor la decapitaría y buscaría otra esposa.

En líneas generales, fingiendo admiración con una sonrisa tonta y mirándole a los ojos, de un azul desvaído, Morgana decidió que el rey de los dobunios era su preocupación más acuciante en ese momento.

Pero, después de todo, no era más que un hombre y en todo caso un viejo verde. En caso de que lo necesitara para llevar a cabo su complicado juego de entrometerse premeditadamente en asuntos ajenos, podría convencerle de que bailara al paso que ella marcara.

Satisfecha, Morgana desvió su atención a la bella y mimada Wenhaver, que la miraba con desdén. No se le podrían enseñar sutilezas, pero quizá por propio interés aprendiera a mentir.

—No, querida, no he heredado la belleza de mi madre, ¿verdad? —afirmó Morgana sin más preámbulo—. No como Artor, mi hermanastro. Pero tampoco soy tan vieja, aunque lo parezca por mis canas. Nací con la blanca veta de la profecía marcada en la frente, y eso se acrecienta con los años.

Morgana tenía una voz preciosa y bellamente modulada. Absolutamente desconcertada, Wenhaver sintió como si la vieja hubiera penetrado en lo más profundo de su cerebro para arrancarle los pensamientos más íntimos y más vergonzosos y sacarlos a la luz… La mirada de Wenhaver quedó atrapada en los apagados ojos de Morgana, y la vidente sonrió de una manera particularmente desagradable.

Wenhaver se estremeció.

—Reitero mis disculpas por el retraso, Lady Morgana, y si he sido descortés, lo siento también —consiguió decir Wenhaver con algo de sinceridad—. Me temo que estoy aturullada y no soy yo. Todo el mundo habla de tus excepcionales artes y nunca habría soñado que alguien tan humilde como yo fuera a ser la elegida para

demostrarlas —Wenhaver hacía reverencias mientras hablaba y bajaba la vista con ojos traicioneros, para que Morgana no reconociera en ellos rasgos de falsa adulación.

Morgana se echó a reír, con un alborozo tan cristalino como el tintineo de campanillas, y Wenhaver tuvo que reconocer que su padre empezaba a encandilarse con el encanto de Morgana. Por dentro estaba que bufaba; se reclinó en el sillón y cogió un diminuto cuchillo que tenía la empuñadura en forma de ruiseñor.

«Esta zorra sabe exactamente lo que estoy pensando»

—Palabra por palabra, niña. Entiendo palabra por palabra —le decía una voz en su interior. A Wenhaver se le cayó el cuchillo.

«No es más que mi imaginación», pensaba Wenhaver desesperada.

Y Morgana volvió a reír.

La comida fue opulenta, rica en salsas y finas carnes. Morgana no paró de comer, aunque no quiso vino español y prefirió beber agua. Ignoraba por completo a Wenhaver y se dispuso a conquistar a Leodegran contando anécdotas de Uter Pandragón, Artor, la vida en la corte y las rarezas y meteduras de pata de los próceres. Tenía mucha gracia y era irónica, pero resultaba sumamente divertida y al fin de cuentas Leodegran tampoco era un hombre demasiado indulgente. Ahora, en vez de contestar con frialdad, como hacía antes de que llegara Wenhaver, Morgana se hacía la gran dama, incluso coqueteaba con Leodegran, cogiéndole la mano regordeta con sus espigados dedos.

Irritada, ignorada y totalmente vencida, Wenhaver observó que Morgana se teñía la punta de sus largas y blancas uñas con henna y que tenía la joven piel de los brazos pintada hasta el codo con elaborados motivos, que desaparecían sensualmente bajo el vestido. Leodegran no le quitaba los ojos de encima y a Wenhaver le resultaba fácil leer en esa mirada pensamientos lascivos.

—¡Si quiero, lo haré mío, pequeña! ¡Yo consigo siempre lo que quiero!

Wenhaver estaba empezando a creer que la burlona vocecilla interior emanaba de los celos que sentía, pero Morgana se echó de nuevo a reír, levantando los insondables ojos para clavarlos en las encolerizadas pupilas de Wenhaver. Sonrió a la chiquilla con la misma falsedad con la que Wenhaver había actuado antes.

—Querido Leodegran. Me parece que Wenhaver se está impacientando. Seguimos hablando más tarde, si quieres, pero creo que ahora debo cumplir con lo que he venido a hacer, que es descubrir el futuro de tu hija.

Leodegran hinchó los pulmones, pensando probablemente en los placeres eróticos que le esperaban. Seguro que Morgana era una mujer versada en las artes amatorias, pensó Wenhaver asqueada, y deseando huir de la sala.

—Dame la mano, niña. A ver qué leo en tus líneas.

Wenhaver obedeció, pero en cuanto sus manos rozaron las de la vidente, frías como las patas de un reptil, se estremeció.

—Vas a vivir muchos años, niña. Y durante tu larga vida irás perdiendo sólo un

poco de tu belleza. Al final te refugiarás en un convento, para impedir que el mundo sepa hasta qué punto el destino y tus propias decisiones han contribuido a tu postrera fealdad.

—Creía que si venías era para predecir cosas agradables —gritó Wenhaver, casi bañada en lágrimas sólo de pensar en semejante futuro—. No quiero ser vieja y no pienso ser fea.

—Llámame, si quieres, cuando tu belleza empiece a desvanecerse. Porque tengo un toque de glamour con el que engatusar a los hombres. Sólo tienes que pedírmelo.

Un tanto más tranquila, Wenhaver preguntó con quién se casaría.

—¿Quién te crees que soy, Wenhaver? En este momento Myrddion Merlín viene a Corinium para concertar tu boda con el gran Artor. Sí, si tienes mucho, mucho cuidado, te convertirás en reina suprema de los británicos.

Wenhaver retiró la mano y empezó a aplaudir de júbilo.

—Seré reina y me adorarán; todos me admirarán y se maravillarán de mi belleza.

Morgana paralizó a la muchacha con la extraordinaria fuerza de su mirada.

—¿Quieres saber más? Puedo decirte más cosas sobre tu futuro si no estás satisfecha con lo que veo en tus manos.

—¡Sí, sí! Dime más ——contestó Wenhaver impaciente.

Leodegran se mostraba petulante.

Morgana sacó una fina tira de cuero y se tapó los ojos.

—Artor no te querrá, por mucho que te empeñes. Hace muchísimo tiempo entregó su corazón a otra mujer y, medida por ese rasero, encontrará en ti muchas carencias. Con los años se enamorará de una mujer que es bella por dentro.

—¿Era tan guapa su primera esposa? —interrumpió Wenhaver, con una petulancia que llegaba a extremos insospechados.

—Era bastante guapa, pero además era buena, limpia y cariñosa. Ésas son las cualidades que admira en una mujer, como irás viendo, e intentará encontrar en vano algún parecido entre su primer amor y tú. Cuando la pasión se le vaya apagando, hallará a otra, pero la felicidad le será esquiva.

—Conseguiré que me quiera —dijo haciendo un mohín—. Seguro.

—No lo conseguirás, niña. Pero se te acercarán muchos otros, como moscas a la miel, y a tus pies se postrarán los más nobles e ilustres.

—Bueno, eso no está mal, ¿no, padre? —respondió Wenhaver.

Leodegran lució una sonrisa radiante. Ya estaba imaginándose las deferencias que le brindarían los reyes tribales.

—Indudablemente pronto serás eclipsada por la Doncella del Viento y el Agua, pero afortunadamente no le interesa competir contigo —prosiguió Morgana—. Cuando llegue esa etapa, tienes que tener cuidado de no mostrar tus cartas con demasiada alegría, porque Artor prescindirá de ti.

—Que se atreva —bramó Leodegran con tono altisonante. Estaba imaginándose el prestigio que le daría tener un yerno tan poderoso y las dádivas que le lloverían a

partir de entonces. Repitió la amenaza para armarse de valor— Artor no se atreverá a planteárselo a los dobunios.

—Artor se atreve a cualquier cosa, porque es todopoderoso. Debes tener cuidado, Wenhaver, porque puedes terminar en la hoguera para ejemplarizar al pueblo, si confundes tu papel.

Wenhaver palideció. Sólo pensar en semejante final no le cabía en la cabeza.

—Con todo, tendrás las llaves del reino en los años venideros. No hay nada seguro. Si eres imprudente, Artor quizá decida apartarte de su vida. Pero, si sabes cumplir satisfactoriamente tu papel de reina, te recordarán generación tras generación a lo largo del tiempo y la memoria de tu inefable belleza perdurará más de mil años. También te vilipendiarán, pero no debe preocuparte. Siempre desearás lo que no tienes y tendrás lo que no quieres. Pero la inmortalidad bien merece un pequeño sacrificio, ¿verdad, pequeña?

Wenhaver torció el gesto un poco al ver el desprecio que desprendía la mirada de Morgana.

—Seré reina y se me recordará siempre. Lo demás ¿qué más da?

—Pues eso, nada, hija. Ten por seguro que los celtas nunca te olvidarán —le dijo Morgana con una sonrisa.

Wenhaver no dejó de pensar en la ambigüedad que reflejaban las palabras de Morgana. No era particularmente inteligente y hasta ahora no conocía las sutiles artimañas y medias verdades que utilizaban los cortesanos.

—Tengo que dejarlo aquí, porque estoy cansada y necesito descansar un poco —dijo Morgana en voz baja, lanzando una seductora sonrisa a Leodegran—. Pero sólo una o dos horas. Quizá podamos seguir luego, señor.

—Claro —contestó Leodegran con un tono engolado, mezcla de lujuria y de un delicioso miedo excitante.

Leodegran se servía de bellas y jóvenes criadas como quería y cuando quería, pero Morgana prometía unos placeres sexuales capaces de anegar sus sentidos. Cuando la vidente se levantó de la mesa para irse, el rey le hizo una reverencia de despedida. La oscuridad quedó atrapada en su delicado vestido de lana y su extraordinaria melena.

Mientras se encaminaba en silencio a las dependencias que Leodegran le había reservado, Morgana permitió que de su rostro terso e inexpresivo asomara una sonrisa. ¡Era tan fácil manipular a los ambiciosos! Y, además, a su juicio, Leodegran y su hija eran candidatos más que probables al trono de Occidente. Con todo, en caso de que Myrddion calara a esta pequeña descarada, tampoco importaba tanto. La vidente había visitado la corte del rey catuvelauno, Cadmus, que ahora vivía en Bannaventa, a las afueras del Bosque de Arden, y sabía que como había sido expulsado de Verumilamium, Londinium y Durovigatum, presionado por los sajones, vendería a su hija, Rutha, al mejor postor, por muy cristiano que fuera.

Además, Morgana tenía en mente otros dos reyes con hijas casaderas que estarían

encantados de asumir el lugar de Leodegran, si el rey de los dobunios no conseguía convencer a Myrddion de la idoneidad de su hija.

Una vez en sus dependencias, Morgana lanzó las tabas y se estremeció al ver lo que el futuro realmente revelaba. Pero los distintos tipos de odio llegan a estrechar lazos cuando se les ha contenido durante mucho tiempo.

La adivina vio un barco zarandeado en medio de una tempestad y entendió que estaba a punto de embarcarse en un viaje a Occidente. Tras ella, todos los ilustres británicos estaban muertos o abrasándose vivos, incluida su hermana; Cadbury Tor estaba abandonada, con los edificios convertidos en simples conchas, al albur del viento. Una mujer de pelo rubio, ya canosa y vieja, rezaba arrodillada en un convento y la fuerza sajona había aniquilado todo lo bueno de la corteza terrestre.

Entonces, en las sombras del pasado, vio el bello rostro de Artorex y escuchó sus propios augurios: «Cuídate de una mujer de pelo rubio, porque te llevará a la ruina».

Después Morgana contempló su propio rostro en las tabas. Su eterna juventud había sucumbido a los años; se había convertido en una bruja anciana, que sólo servía para asustar niños. Al norte, en el escudo del bosque, crecían los nietos de Artor, cada vez más fuertes, mientras que ella no dejaba tras de sí más que los efluvios del miedo.

—¿Merece la pena tanto sufrimiento? —preguntó a las tabas, y por una vez le contestaron.

—Por supuesto que no. Destruirás el cuerpo de Artor, pero lamentablemente para ti y para tu tranquilidad interior, nadie puede quebrantar su espíritu.

Esa noche se dedicó a enseñarle a Leodegran nuevos laberintos eróticos, hasta el punto que, si ella hubiera querido, Leodegran le habría propuesto matrimonio. A lo largo de la velada Leodegran le prometió concederle todo lo que deseara; él tenía buena memoria para eso, pero Morgana debería recordarle, cuando lo necesitara, sus obligaciones como padre. Sin embargo, pese a todo el placer físico que le dio al rey y pese a lo que se esforzaba por sentir algo, Morgana sabía que su alma ya estaba muerta.

CAPÍTULO XII

LA DONCELLA Y LA DAMA (I)

POR LAS ENTREABIERTAS cortinas de cuero que daban paso a las cocinas de Venonae, el pesado cuerpo de Gruffydd se abrió camino, portando un montón de regalos. Y allí le esperaban los agradables aromas familiares a agua caliente, madera quemada, comida preparada y sudor, todos mezclados, para darle la bienvenida.

Cómo habían pasado los años, pensó Gruffydd, desde que trajo a Niniana, siendo un bebé, para que lo cuidara la jefa de cocina de la guarnición de Venonae. Aunque no había tenido hijos propios, Gallwyn demostró ser una excelente madre y Perce, el pinche, se convirtió no sólo en su hermanastro, sino en su compañero más incondicional. Cuando Gruffydd venía de visita, siempre le parecía que regresaba a su segunda casa.

—¿Dónde estás, Gallwyn? —gritó, un poco preocupado por la calma que reinaba en la estancia—. ¡Dios bendito, mujer! ¡Holgazaneando a estas horas, y el venado quemándose!

Se echó a reír afablemente por la broma tan tonta que le había salido, pero al mirar el caos en que se sumía este hogar habitualmente ordenado, le desapareció el júbilo. Llevaba doce años acostumbrado al organizado frenesí de las cocinas, por eso este silencio tan prolongado y el ver que el estofado estaba en el fuego, hirviendo demasiado fuerte, a punto de salirse, le alarmó.

Cogió una manopla para retirar el cacharro del fuego, agarrándolo por la enorme asa de hierro forjado, dejó apresuradamente sobre la vieja y usada mesa los paquetes que traía hechos un hatillo y empezó a explorar.

Lo primero que vio fue a tres de las ayudantes de cocina abrazadas junto a la leña. Estaban llorando, tapándose las lágrimas con esas manos enrojecidas y bastas de las cocineras.

—Es por la señora Gallwyn. Está enferma, muriéndose —dijo una de ellas entre sollozos.

Estaba claro que alguien tenía que hacerse cargo de la cocina y después de doce años al servicio de Artor, Gruffydd estaba preparado para cualquier eventualidad.

—Pues, dejando que se queme toda la comida de la guarnición, no vais a ayudar mucho a vuestra jefa —gritó Gruffydd a las criadas—. Poneos a trabajar. El horno de

pan está frío, no hay astillas y el guiso se está quemando. ¡Vamos, espabilad!

—Perce ya está cortando más leña —dijo una de las chicas, llorosa.

—Vaya, podemos dar gracias al cielo de que no todos hayan desaparecido —dijo Gruffydd señalando con el dedo a una de las mujeres más viejas del grupo—. ¿Cómo te llamas? —preguntó con aspereza.

—Jena —contestó la mujer tímidamente, con voz temblorosa e insegura—. Señor —añadió, instantes después, porque todo el mundo sabía que Gruffydd era el espadero del rey supremo.

—Jena, pasas a ser la encargada de las cocinas hasta nueva orden. Y serás la responsable si arriba no se sirve comida en las mesas.

Las criadas desaparecieron rápidamente a seguir con sus quehaceres.

Gruffydd se dirigió con paso rápido a los aposentos de Gallwyn, un cubil pequeñísimo, que no merecía el nombre siquiera de habitación.

Estaba con las cortinas completamente cerradas.

—¿Gallwyn? ¿Gallwyn? ¿Qué te pasa, mujer?

De detrás de las cortinas salió una espigada figura, hecha una furia, empujándolo hacia la puerta a base de puñetazos, que salían de unas manos delicadas.

—¡Niniana! ¿Pero qué haces, hija? ¿Qué te pasa? Me conoces, soy Gruffydd.

Gruffydd agarró por las muñecas a la chica, que no dejaba de lanzar golpes al aire desesperadamente, y advirtió la expresión aterrorizada que emanaba de sus ojos, abiertos de par en par.

—¡No puede haber ruido de ninguna clase! ¡Tiene que estar tranquila, así que no la molestes!

Sin pretenderlo, Gruffydd notó que Niniana había crecido y que ya estaba a su misma altura.

—Tienes que dejarme verla, Niniana, cariño —ordenó Gruffydd con voz cariñosa —. No la voy a molestar, te lo prometo. Si está mala, tenemos que hacer algo para que se mejore. Pero, cuéntame qué ha pasado.

—¡No lo sé! —gimoteó Niniana—. Estaba riéndose conmigo mientras pelábamos zanahorias y de repente fue como si no pudiera respirar… Y se cayó al suelo —a la chiquilla se le saltaron las lágrimas sin querer—. Tiene los labios morados.

—Vete y dile a una de las ayudantes de cocina que le prepare una infusión. Y échale un poco de esa miel que tanto le gusta a Gallwyn. Pero antes manda a alguien que vaya a buscar al curandero y que venga lo antes posible. Él sabrá qué hay que darle para que mejore.

Cuando apenas era más que un chiquillo, Gruffydd había visto morir a su abuelo de la misma forma; por eso ahora se asustó.

Se armó de valor para descorrer la cortina que daba paso a la reducida alcoba de Gallwyn. ¿Qué iba a ser de él, si Gallwyn moría? ¿Qué iba a ser de la pequeña Niniana?

La niña tenía catorce años y pese a las terribles dificultades que tuvo al nacer,

arrancada del vientre de su madre bajo un sauce, no había sufrido mayores problemas. Pero Gruffydd se acordaba de la profecía que lanzó Morgana cuando Niniana sólo tenía unos días: si no fuera una niña querida, se convertiría en una criatura aterradora y con el tiempo arrebataría el espíritu del reino. Gracias al amor y al sensato sentido común de Gallwyn, no había ocurrido ninguno de estos terribles presagios.

Gruffydd respiró hondo, se obligó a sonreír y abrió la cortina.

Gallwyn descansaba sobre un camastro en la minúscula habitación. Estaba incorporada, apoyada sobre unos cojines que le habían puesto para que respirara mejor, pero tenía ya el aspecto de un cadáver. Niniana había descrito muy bien el tono amoratado de sus labios y Gruffydd pensó que a su vieja amiga le había fallado algún órgano vital.

—¿Gallwyn? —susurró en voz muy baja—. ¿Me oyes?

—Claro que te oigo, mentecato —dijo resollando, sin apenas aliento. Abrió sus cansados ojos almendrados y dijo—: Me alegra que hayas venido, Gruff, aunque hayas llegado demasiado tarde.

Parecía que cada una de sus palabras tenía que abrirse paso con denodado esfuerzo para salir de aquel pecho tan agitado.

—Niniana ha ido a buscar al curandero para ver si te puede ayudar —susurró Gruffydd sonriendo, pese al nudo que se le estaba haciendo en la garganta—. También te va a traer una infusión con un poco de tu miel favorita, así que con eso imagino que pronto te recuperarás.

—No hay té que me alivie, Gruff. Sé que me estoy muriendo y no creo que tarde mucho en irme.

—Entonces no hables, querida Gallwyn. Descansa hasta que te pongas más fuerte —Gruffydd quería llorar, porque ya veía cómo el velo de la muerte iba cubriendo los penetrantes y envejecidos ojos de Gallwyn.

—Tendré tiempo de descansar dentro de nada. Pero ahora es momento de hablar claro. ¿Me estoy muriendo, no?

—Quizá, Gallwyn —Gruffydd no quería darle falsas esperanzas—. Pero hay quien sobrevive a esta enfermedad.

—Pero yo no.

Se detuvo un minuto y cerró sus ojos cansados.

En ese momento volvió Niniana con un cuenco de madera lleno de un líquido aromático, que casi estaba espeso de la miel que tenía. La convencieron para que tomara un sorbito y Gallwyn obedeció dócilmente. Aunque recobró algo de color en la cara, la mano que tenía Gruffydd agarrada, una mano curtida por el trabajo, seguía rígida y fría.

—Niniana, mi chiquitina, quiero que oigas lo que le voy a decir al viejo Gruff. Y le vas a obedecer en todo, ¿me lo prometes?

Niniana habría prometido cualquier cosa. Y lo hizo.

—Gruff, somos amigos desde que me entregaste a la niña, ¿verdad?

—No se me ocurriría discutir contigo, Gallwyn, porque sé que perdería.

Recuperó un poco de su antiguo humor e intentó golpear al viejo en la cara con la otra mano. La supuesta bofetada fue tan suave como una caricia.

—Si me ocurre algo, alguien tiene que ocuparse de mi pequeña. Alguien tiene que protegerla.

Gruffydd vio que los ojos de Gallwyn se llenaban de lágrimas. Se sorprendió muchísimo, porque nadie había visto nunca que la jefa de las cocinas del rey supremo se mostrara frágil.

—¡No! —gimoteó Niniana y empezó a llorar de verdad—. ¡No vas a morir, porque yo no te voy a dejar!

—Tráeme un poco más de té, chiquitina —ordenó Gallwyn suavemente. Gruffydd vio que había hecho esfuerzos por bebérselo todo—. Hazme un poco más, porque me encuentro mejor que nunca.

En cuanto Niniana salió, Gallwyn volvió sus ojos a Gruffydd.

—Prométeme que te la llevarás, Gruff. Hay muchos moscardones merodeando a su alrededor y yo ya no podré ayudarla. Si la abandonas, terminará como su madre.

Abrumada de preocupación y de dolor, Gallwyn se agarró con la mano derecha a la túnica de Gruffydd, pero las fuerzas empezaban a fallarle y no pudo mantenerla. Gruffydd oía que la respiración se le hacía cada vez más lenta. Puso su boca junto al oído de la mujer y empezó a susurrarle unas palabras, mientras, poco a poco, haciendo esfuerzos para tomar aire, ella empezaba a deslizarse hacia las sombras.

—Me llevaré a Niniana y la cuidaré, pase lo que pase, te lo prometo. Le pediré a Artor que la tome bajo su tutela y le encontraré un buen marido que la proteja. Te lo prometo, vieja amiga, así que muere con toda tranquilidad.

Cuando Gruffydd levantó la cabeza, Gallwyn tenía los ojos cerrados, pero sonreía. En ese momento, Niniana, que volvía con la segunda infusión, al abrir la cortina y ver el agotado rostro de Gallwyn, dejó caer el cuenco y se lanzó junto a ella. Lloró como un bebé, con el rostro escondido en el hombro de la anciana.

Al final, Gallwyn simplemente dejó de respirar y murió en los brazos de su hija adoptiva, casi como si la maquinaria que tuviera en su interior se hubiera roto irremediablemente.

Niniana estaba destrozada. No quiso separarse del cuerpo de Gallwyn y se quedó todo el día llorando y acunándola, por mucho que Gruffydd se esforzara por consolarla. La niña sólo se movió cuando le dijeron que tenían que amortajar a Gallwyn para enterrarla.

—No —dijo escuetamente—. Gallwyn quería que la incineraran. Me dijo muchas veces que no quería estar bajo la tierra fría y húmeda. Me dijo que le espantaba, así que no pienso dejar que la entierren. No podéis meter a Gallwyn en un hoyo lleno de barro.

—Te prometo que no la vamos a enterrar, Niniana. Te lo prometo.

Pero hay que amortajarla. ¿Tenía algún vestido preferido?

Niniana se limpió los enrojecidos ojos para quitarse las lágrimas y con las dos manos arrancó las cortinas, tejidas en vivos colores.

—Le encantaba esta tela. Se la coseré alrededor del cuerpo, mientras Perce y tú vais a buscar leña para su pira funeraria.

Mientras la chiquilla buscaba la mejor aguja de Gallwyn y el hilo, Gruffydd le preguntó si necesitaba ayuda para mover el cadáver.

—No, lo moveré yo sola. Soy yo la que tiene que lavarla y prepararla para la incineración —dijo con un orgullo involuntario.

Gruffydd dio una palmadita en el hombro a su hija adoptiva y la besó en la frente.

—Eres preciosa, Niniana. Gallwyn estaba muy orgullosa de ti.

De algún modo, a pesar de lo duro que resultó el día siguiente, las chicas de la cocina se las arreglaron para que no faltara comida a los habitantes de la fortaleza.

Mientras tanto, Gruffydd y Perce se pasaron el tiempo reuniendo leña para preparar la pira funeraria. Juntos pusieron troncos en una burda plataforma y dispusieron paja y pequeñas ramas alrededor de la base. Después rociaron la pira con un jarro de aceite que Perce había sustraído del almacén de la fortaleza.

Cuando terminaron de construir la pira, los sirvientes de la casa, según les permitían sus obligaciones, fueron recogiendo por turnos ramitas de pino y hierbas aromáticas para vestir el último lecho de Gallwyn. Niniana cumplió con sus últimas obligaciones para con la única madre que tuvo y Perce y Gruffydd llevaron el cadáver hasta la pira con relativa facilidad, teniendo en cuenta la distancia. Gruffydd siempre creyó que la cocinera era enorme, pero al cogerla en brazos, se dio cuenta de que no era mayor que un muchacho de doce años.

«Siempre pareció más grande que la propia vida, por eso nunca me fijé realmente en lo pequeña que era —pensó Gruffydd entristecido—. Es difícil imaginar que ya no voy a volver a verla sonreír.»

Cuando el cuerpo de Gallwyn estuvo colocado en la pira, Niniana metió un ramo de flores silvestres, atado con un mechón de su propio pelo rubio, en el centro mismo de la figura amortajada. Gruffydd añadió un corte de tela que le había traído a Gallwyn de regalo y un muy preciado brazalete de cuero que le había dado su madre.

Entonces, ante un reducido, pero sentido grupo de dolientes, Gruffydd puso una lámpara de aceite encendido en las manos de Niniana.

—A ti es a quien más quería, hija. Ayúdala a reunirse con los dioses a los que adorara.

Al principio, la madera ardía muy lentamente, pero enseguida el aceite prendió y saltaron enormes llamas hacia la luz del anochecer, envolviendo a Gallwyn en una guirnalda trenzada de brillos, naranjas, rojos y rosados. Mientras el cuerpo se iba consumiendo entre las llamas, el olor a madera de pino enmascaraba el característico olor a carne quemada. Perce, Niniana y Gruffydd permanecieron junto al fuego hasta que se desmoronó toda la plataforma y quedó reducida a un montón de brasas. Luego

los dos hombres acompañaron a la niña inconsolable de vuelta a casa.

Cuando llegaron a la alcoba de Gallwyn, vieron que Jena, en un arrebato de petulancia, se había metido en el camastro de la anciana.

—¡Sal ahora mismo de esta habitación, zorra! —gritó Niniana desesperada—. ¡Vete! Todavía no se han apagado las cenizas de Gallwyn y ya estás intentando robarle sus posesiones. Si no quitas tus asquerosos huesos del medio en este instante, te arrancará los pelos uno a uno.

—Pero el cuarto es mío. Ahora soy la jefa de cocina —dijo Jena quejumbrosa, dirigiéndose a Gruffydd.

—Puedes quedarte aquí a partir de mañana, cuando Niniana se vaya —contestó el viejo enfadado ante el gesto huraño de Jena—. A partir de entonces, duerme donde quieras. Y si te has guardado algo en el delantal que no te pertenezca, dámelo inmediatamente. Si no quieres, y veo que has robado algo de la habitación de Gallwyn, mandaré que te azoten.

Jena se sacudió el raído delantal que llevaba atado a la cintura. Sobre una minúscula mesa que ocupaba gran parte del pequeño cubículo, cayeron un pequeño espejito de plata y el pasador de bronce de Niniana.

Niniana se lanzó sobre Jena como una gata herida, con uñas y dientes, enfurecida. Sólo entre Perce y Gruffydd consiguieron evitar que hiriera de verdad a la anciana.

Jena se levantó, apretándose la herida del rostro que le había hecho Niniana con las uñas, para que no sangrara.

—¡Bárbara imbécil! ¡Maldita puta! Hasta tienes la marca de la serpiente que demuestra que eres hija de una pestilente fulana extranjera.

Gruffydd le cruzó la cara ensangrentada con su enorme mano. Y la mirada, hasta entonces simplemente irritada, se le inflamó de ira.

—Cierra tu sucia boca, mujer. El propio rey supremo ordenó que le tatuaran la pierna para mostrar que es suya. No va a recibir con buenos ojos la descripción que has hecho del Dragón de Britania como silueta de una serpiente bárbara, ni que hayas llamado puta a su protegida o fulana a su madre —Gruffydd agarró a una Jena petrificada por el vestido casero que llevaba y la zarandeó—. Ahora lárgate y vuelve a tu sitio, con las demás criadas. Y ya veremos si sigues como encargada de cocinas. Pero te sugiero que reflexiones sobre lo que ha ocurrido hoy y vuelvas en otro momento a hacer las paces con Niniana.

La cocinera salió corriendo del minúsculo cubículo, espantada.

Gruffydd se volvió para mirar a Niniana.

—Es hora de que intentes dormir un poco, joven dama. Salimos para Venonae a primera hora.

La chiquilla accedió, agotada como estaba, y Gruffydd la dejó irse con Pelles y sus arqueros, que acababan de regresar a la ciudad fronteriza tras la victoria de Mori Saxonicus. Bebió abundante cerveza y cuando por fin se durmió estaba demasiado borracho como para soñar.

A LA MAÑANA siguiente la resaca no contribuyó a mejorar su estado de ánimo. Se tomó muchos tragos de agua y salió a buscar un caballo para Niniana. Consiguió comprar una pequeña yegua por muy poco dinero. Comprobó las patas y el físico del animal y no logró ver nada malo, pero por la cara triunfante que puso el sospechoso marchante de caballos cuando cerraron el trato, Gruffydd sabía que la bestia tenía algún defecto.

—Vigila bien al caballo, Niniana. Ese adulador cree que me la ha metido; no me ha gustado nada su actitud.

—Bueno, parece una criatura muy hermosa —dijo Niniana con voz melodiosa, mirando a la enorme yegua parda—. La llamaré Gallwyn, o mejor Whinny, porque Gallwyn no es realmente un nombre muy apropiado para un animal.

Niniana intentaba por todos los medios no volver a llorar. Al verlo, Gruffydd se alejó un poco para organizar los bultos en su mula de carga, pero vio que Perce casi había hecho ya todo. Junto al viejo caballo de Gruffydd había un burro estrábico.

—¿Vas a algún sitio, Perce? —preguntó Gruffydd—. ¿De dónde has sacado ese burro?

—Marcho a Cadbury, señor. Siempre he soñado con ir allí, así que ahora lo hago. Iré andando, si es necesario. Y en cuanto a Betsy, la encontré.

—¿Por qué, Perce? Tienes ya veinticinco años, por lo menos, lo cual es una edad avanzada para iniciarte en la espada o en el arco. ¿Qué esperas conseguir viniéndote con nosotros?

Perce miró testarudamente a Gruffydd.

—Quiero una oportunidad para demostrar que soy capaz de mucho más que cortar leña y lavar calderos. Como conoces por dónde se va a Cadbury y yo no, pienso ir contigo, te guste o no te guste.

El rey supremo solía decir que no hay que despreciar ningún arma. Así que Gruffydd decidió que fuera Artor el que resolviera si el chico valía. Por otra parte, como la buena disposición del chico y sus sanas intenciones parecían auténticas, Gruffydd no quiso ser él quien defraudara sus sueños.

Niniana se les unió y estuvieron un rato de pie junto a las cenizas de la pira funeraria de Gallwyn. La brisa matutina levantaba espirales de un polvo gris plata que se iba dispersando por Venonae y las tierras que la rodeaban.

—Estará feliz aquí en estas tierras que tanto trabajó —dijo Niniana apenada. Soltó las riendas de su caballo y deambuló despacio por entre los soportes carbonizados de la pira. Algo hubo que le llamó la atención y se tiró sobre el objeto. Lanzando un gritito de alegría, lo cogió y lo metió en un sencillo guardapelo de bronce, el último regalo que le había hecho Gallwyn.

Gruffydd sospechaba que Niniana había encontrado un pequeño fragmento de hueso. Había pagado a dos campesinos para que recogieran todos los huesos que no

habían devorado las llamas y los enterraran para que Niniana no se sobrecogiera al encontrar algún resto de su madre adoptiva. Pero al parecer no habían hecho su trabajo bien del todo.

Aunque a Gruffydd le resultaba repugnante la idea de acariciar tan espeluznante objeto, Niniana tenía un fuerte instinto amoroso y una enorme pasión contenida dentro de su ser. Si algún vestigio de la vida de Gallwyn le ayudaba a enfrentarse con fuerza a un futuro solitario e incierto, ¿quién era el para criticarla? A Gallwyn no le habría importado. De hecho Gruffydd sabía que la anciana cocinera estaría encantada al ver que una parte de su persona iba colgada del pecho de Niniana, junto a su corazón.

—Bueno, Perce, pues si vas a venir a Cadbury con nosotros, olvídate de tus placeres animales durante al menos una semana.

—¿Qué placeres de qué animales criatura? —contestó Perce feliz, esbozando una enorme sonrisa. A diferencia de lo que ocurría con otros muchos campesinos, a Perce se le iluminaba el rostro cuando mostraba esos dientes tan blancos.

—Y tú, muchachita, ponte algo que te cubra la cabeza y los hombros mientras estemos de viaje. Si te abrasas con el sol, tendrás fiebre y toda la piel quemada, y entonces ¿qué hacemos?

La joven dejó a un lado sus caprichos y se tapó. La extrema blancura de su piel atraía a todos los jóvenes que vivían millas a la redonda, y no siempre con buenas intenciones. Con lo cual Gruffydd en este momento no estaba considerando sólo que la niña no enfermara.

Apenas media hora después de salir de Venonae, la yegua parda empezó a dar sacudidas y a patear, intentando desequilibrar a su amazona.

Gruffydd al instante lo entendió todo.

—Déjame las riendas, Niniana. Y agárrate con todas tus fuerzas a las crines de Whinny. La han entrenado para que tire a quienes la monten y regrese a los establos de su antiguo dueño. Hay que llevarla con mucha determinación hasta que se acostumbre y sepa que ya no volverá a su hogar nunca más.

Niniana obedeció al momento y Gruffydd amarró las riendas al bulto que llevaba su propio caballo; justo a tiempo, porque al minuto siguiente Whinny consiguió deshacerse de su cabalgadura y tiró a la niña al suelo.

Sin preocuparse de los rasguños y los moratones que se había hecho, Niniana se levantó de un salto, agarró el bocado de hierro del animal y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas. Perce ayudó castigando al animal con una vara. Entre los dos consiguieron que Whinny siguiera la senda por la que iba el caballo de Gruffydd.

Durante un largo rato la yegua anduvo rebelde y relinchando en señal de protesta. Gruffydd se juró que en cuanto volviera a Venonae tendría una larga y dura conversación con el embaucador del marchante. Pero cuando ya estaba empezando a pensar que quizá tendrían un viaje más tranquilo si sencillamente dejaban que Whinny se fuera, el caballo se rindió y empezó a caminar pesadamente como si nunca

hubiera pasado nada.

El trayecto fue transcurriendo en una monotonía que encadenaba días a caballo y noches bajo las estrellas, con lo que Gruffydd tuvo tiempo de reflexionar con calma sobre sus nuevas obligaciones.

Niniana era hermosa en un sentido extraño y poco familiar. Nunca se había cortado el pelo, excepto por el mechón de delante que había utilizado para anudar el ramo el día del funeral de Gallwyn. Durante los largos días de viaje lo llevaba recogido en una trenza, que le llegaba más abajo de la cintura. Era de color rubio platino, tan singular como un día de sol invernal. Ni siquiera el pelo de Gareth, de un rubio clarísimo, podía compararse con el espléndido tono tan delicado de Niniana, que además lucía una piel transparente en el rostro, lo cual le confería un aspecto inconfundible. Llamativamente, sin embargo, tenía las cejas oscuras y dibujadas hacia arriba, rasgo que le proporcionaba cierta frialdad espiritual al semblante. Los ojos, protegidos por largas pestañas oscuras, poseían el color azul violeta del norte y revelaban una curiosa e inteligente vivacidad, pulida bajo la tutela de Gallwyn. La cocinera se había asegurado de que su pupila supiera leer un poco y se manejara con los números.

«No me extraña que los jóvenes anden rondándola como perros en celo», pensó Gruffydd consternado.

Incluso dejando a un lado el tatuaje que tenía en la pierna, y que acentuaba la delicadeza de sus miembros, había en Niniana algo salvaje, sobrenatural, rotundamente erótico. Era alta y esbelta, nada extraño, teniendo en cuenta sus orígenes sajones o jutos, y desplegaba una gracia sensual y misteriosa a través de sus distinguidas manos, atractivas piernas y elegantes pies. Tenía hermosos labios, que sonreían con frecuencia, y sabía hacer muecas, moviendo las cejas, con tanta comicidad, que sus dos acompañantes no podían dejar de reír.

«Es como si pudiera hechizar el alma masculina —murmuró Gruffydd mientras la contemplaba a la luz del fuego nocturno—, pero en el fondo no es más que una niña»

Niniana le sonrió y Gruffydd, pese a su edad, sintió que el corazón se le salía del pecho.

En cuanto a Perce, Gruffydd descubrió que empezaba a gustarle, ahora que iba conociéndolo un poco mejor. Durante todos los años que pasó yendo y viniendo a Venonae, Perce era simplemente un criado más, siempre atareado y sonriente, de cara pecosa.

Pero mirándolo de cerca, Gruffydd se dio cuenta de que los cabellos infantiles color cáñamo del chico y sus inocentes ojos azules escondían un ánimo tan terco como el burro que cabalgaba. Perce había llegado a Venonae de niño y allí le habían confiado las fatigosas tareas de cortar leña, fregar y barrer a cambio de cama y comida. Y el chico cumplía sin rechistar todas estas ocupaciones menores, siempre pensando que en Venonae estaría más cerca de cumplir su sueño de hacerse guerrero.

Tal grado de paciencia y buen humor hablaban muy bien del joven. Y era fuerte.

Por la formidable musculatura que mostraba en brazos y espalda se veía que había pasado años talando árboles, preparando leña y acarreando enormes calderos en las cocinas. La mayoría de los hombres que anhelan cumplir sus sueños se habrían amargado teniendo que realizar estos tediosos trabajos durante años, pero Perce mantenía una alegría interior que lo estimulaba y le permitía cultivar su eterna sonrisa. No tenía grandes necesidades y en su interior bullían pensamientos de esperanza. Iba a Cadbury y sabía que donde el rey supremo reposaba su cabeza, todo era posible.

La extraña comitiva cruzó la larga distancia que se abre entre el país montañoso del norte y la Gran Llanura en la que se alza la Danza del Diablo, y de allí a Cadbury Tor. Los niños, como Gruffydd los llamaba para sí, quedaban maravillados con lo que veían a cada paso, ya fueran calzadas romanas o antiguos monolitos que surgían por entre las hierbas en lugares silenciosos. La pareja charlaba y se peleaban como hermanos, con lo que uno de los principales miedos de Gruffydd quedó al menos pospuesto. Perce amaba enormemente a Niniana, pero como hermana, porque había jugado con ella durante años y la había entretenido siempre que el fragor de las cocinas obligaba a Gallwyn a centrarse en su trabajo.

Cuando Niniana y Perce divisaron Cadbury Tor desde la lejanía, casi enmudecen del asombro.

Como el terreno que rodeaba la fortaleza era bastante llano, la colina se alzaba majestuosa, como si fuera un enorme túmulo construido por gigantes en los albores de los tiempos. Estaba rodeada de murallas, que se elevaban a gran altura, simulando las espirales que formaría una enorme piel de manzana cortada por una experimentada doncella. En la cima se erigía una iglesia de piedra, cuadrada, de anchos muros, próxima a un gran edificio de madera rodeado por las dependencias privadas del rey supremo y toda su corte.

Bajo la fortaleza iba desarrollándose con celeridad una floreciente ciudad. Cuadras, herreros, alfareros, panaderos, joyeros, médicos, comerciantes y siervos libres trabajaban y vivían en casas nuevas de tableros cortados y tejado de paja, en general mejores y más espaciosas que las que existían en Venonae y Venta Belgarum.

—Parece un hormiguero —exclamó Niniana con tono de admiración—. Pero el rey supremo vive en la cima, no como la hormiga reina, que vive muy por debajo de tierra. ¡Qué maravilla! Mira, Perce, hay vacas y cerdos, gallinas… ¡Cuántos animales! ¡Y tan gordos! ¡Y la hierba tan verde y tan fresca! —levantó los brazos al aire, como una chiquilla, bajó de Whinny de un salto y cayó sobre una alfombra de tréboles, echándose a rodar por la pradera sin importarle el agresivo zumbido de las abejas.

Afortunadamente, la fortaleza quedaba a cierta distancia y las payasadas de Niniana sólo las vio una cuadrilla de divertidos campesinos.

—Recuerda que eres una dama, Niniana, y que no debes avergonzar a Gallwyn con tus tonterías —le advirtió Gruffydd. Pero el entusiasmo que rebosaba la

muchacha le sirvió para ver la grandeza que Artor había creado con ojos nuevos.

Alrededor de la ciudad florecían profusamente campos de cereales, huertas y prados. Había muchos meandros que regaban las cosechas y los campos de frutales, manzanas, peras, avellanas y albaricoques llenaban el aire de olor a naturaleza en todo su esplendor. Junto a ello, los lechos de tréboles endulzaban la miel.

Vista desde la distancia Cadbury era un milagro de encargo.

Los prodigios persistían a medida que se acercaban a su destino, atravesando huertos, pastos y campos de cereal. Los campesinos tenían un aspecto saludable y feliz, y todo el que les salía al paso se quitaba el sombrero para saludarlos con una reverencia, diciendo: «¡Salud, amigos. Bienvenidos a Cadbury y a la corte de Artor, rey supremo de los británicos!».

A Artor lo idolatraban. Cuando el rey regresó a Cadbury tras la devastadora carnicería de Mori Saxonicus, hombres y mujeres se arrodillaban sobre el polvo, inclinándose humildemente a su paso, hasta que el rey, seguido de sus soldados, entró en la fortaleza. Cuando intentó reprochar a sus ciudadanos que lo veneraran tanto, estos se echaron a llorar, agradecidos como estaban de que el monarca les garantizara seguridad. Después se dirigió a la gente en el foro y les pidió perdón por haber tenido que sacrificar tantas vidas de padres, esposos o hijos. Artor esperaba una abnegada resignación, pero lo que vio fue el rostro triste del triunfo; lo vio en unas mujeres que consideraban afortunados a sus seres queridos; habían podido morir por su pueblo en la guerra más cruel del momento. Artor nunca entendió el homenaje que le brindó la gente, pero Gruffydd sí entendía aquella devoción, porque antes de que lo tomaran como esclavo, había sido hijo de campesinos. Artor ofrecía un futuro esperanzado y seguro en tiempos difíciles. Y lo que era más importante, ofrecía a la gente normal la figura de un líder que nunca les abandonaría.

Tras la batalla de Mori Saxonicus, Artor era realmente venerado por los campesinos celtas. Los reyes unidos habían aplastado a los sajones occidentales con tal contundencia que en las tierras noroccidentales nadie se atrevía a reclamar su estirpe sajona. En el este, los habitantes extranjeros procuraban resarcirse de las heridas, intentando recobrar fuerzas para organizar un nuevo verano sajón, pero por ahora, reinaba la paz en sus territorios. Éste prometía ser tiempo de abundancia.

MYRDDION MERLÍN SE dirigía a la corte de Leodegran con sentimientos encontrados. Nadie iba a negar que si los británicos querían seguir disfrutando de este periodo de paz y prosperidad que el rey supremo les había procurado, necesitaban un Artor casado y asentado con una mujer dócil e hijos inteligentes.

Pero también era cierto que Artor tenía muchos amigos varones que no se iban a quitar del medio por una simple esposa. Y Myrddion sabía que ninguna hembra podría conquistar el hermético corazón del rey. Si el amor intervenía en el matrimonio, el resultado serían los celos y las peleas continuas. La única manera de

mantener una felicidad prolongada era el matrimonio de conveniencia.

La ciudad de Corinium no llamaba mucho la atención. Carecía de muralla, en callado tributo a los romanos, y poseía muchos de los distintivos de una ciudad latina, sin la grandiosidad de aquéllas. Sin embargo, una vez traspasados los muros del imponente palacio, no era difícil ver que los dobunios estaban gobernados por un auténtico sibarita.

Las paredes estaban cubiertas por tapices realizados en exquisitos tejidos, que añadían toda una gama de colorido a la adusta frialdad de la piedra. Los motivos reproducían escenas casi obscenas y todos los bancos de la estancia estaban tapizados con telas bellamente labradas con hilos de oro. En una de las paredes desnudas se conservaba un antiguo fresco romano, que realzaba la sala. La escena representaba a un rubio Apolo cruzando el cielo en su carro de oro, contemplado con admiración y regocijo por su hermana Diana, ataviada con túnica de plata y exhibiendo sus flechas. La sala resultaba extraña y heterogénea, pero sorprendentemente opulenta.

Durante tres días Myrddion disfrutó de los dudosos placeres de una comida sazonada en exceso, que le produjo indigestión, y de la discutible compañía de un bufón indolente. A pesar de todo, se decía, Leodegran podría ser mucho peor. Su riqueza era manifiesta y, como Midas, todo lo que el rey de los dobunios tocaba se convertía en oro. Y además, sería un buen suegro precisamente por ese carácter suyo tan indolente y superficial, que lo hacía poco dado a entrometerse en asuntos de estado.

A Myrddion le abrumaba la opulencia que veía alrededor. Artor le había dado *carta blanca*, o sea, una tarea onerosa y ligeramente arriesgada, pero comparada con los deberes y la pérdida de libertad que Myrddion le había exigido al rey durante tantos años, esta pequeña responsabilidad no significaba tanto.

¿Tenía Myrddion alguna confianza en las dadivosas promesas que le hacía Leodegran? ¡En absoluto! ¿Le preocupaba el tipo de reina que sería Wenhaver? Lo más probable, pero Myrddion no valoraba demasiado a las mujeres como colectivo. Puede que Morgana hubiera captado que el punto más débil del erudito radicaba precisamente en este prejuicio suyo.

Ante el sabio se extendía un espléndido banquete, del que se habría excusado sin duda de no ser una persona de tan inveterada cortesía.

Resplandeciente, ataviado con un manto de exquisito paño de importación color teja, ribeteado con hilo de oro, Leodegran se apresuró a recibir al más estrecho consejero de Artor, dándole una cordial bienvenida. Toda la nación celta sabía que en cuanto Myrddion Merlín le susurrara la más mínima palabra al oído, Artor prestaba su máxima atención. Myrddion se sintió asqueado ante las palabras excesivamente efusivas y los lisonjeros halagos que le brindó Leodegran.

Contra sus principios, Myrddion había tomado una decisión esa misma tarde, así que ahora tenía que soportar el elogio de Leodegran, la euforia del triunfo y el regocijo del rey de los dobunios. Myrddion deseaba haber acertado con la decisión,

sentirse satisfecho, pero el anciano era realista y sabía que no iba a encontrar a nadie que le pareciera suficientemente adecuado para Artor. Con Leodegran se podía negociar, con lo cual su hija era menos importante que la dote y las alianzas que pudieran obtenerse como trofeo de boda.

Mientras Leodegran seguía con la perorata del gran honor que se le había conferido a su casa, Myrddion ya estaba planeando lo que iba a decirle a Artor.

—Examina bien a la chica cuando los dobunios vengan de visita oficial para firmar los compromisos nupciales. Si no te gusta, recházala. ¡Para algo eres el rey supremo!

Myrddion dio un soplido de alivio, que obligó a Leodegran a detener su halagador discurso, un tanto sorprendido. Tan manipulador como siempre, Myrddion había conseguido una excusa por si la precipitada decisión que había tomado no saliera bien. En el fondo, Myrddion era un hombre honesto.

«Que los dioses nos asistan —pensó para sus adentros—. Estamos ante el peor ejemplo de lo que ha sido la influencia romana sobre Britania. Leodegran es lo suficientemente celta como para sentirse orgulloso de ello y lo suficientemente romano como para adorar el hedonismo y la sofisticación. Pero no se puede confiar en él, porque sólo se mueve por fatuidad. Solo Hades sabe cómo es de verdad su hija.»

Morgana había decidido advertir a Wenhaver sobre Myrddion Merlín, antes de irse rodeada de sirvientas, alegando que tenía que hacer algo que sólo ella sabía.

—Myrddion es mucho más inteligente que tú, Wenhaver. Si tienes dudas, guarda silencio y muéstrate complaciente, porque si no habla bien de ti, Artor nunca te tomará por esposa.

—Es bastante viejo, ¿no? —contestó Wenhaver—. A los auténticos caballeros de edad siempre les gusto. Me llaman tesoro y se matan por que les bese.

Morgana se reía con un tono desagradable y estridente.

—Myrddion es viejo, pero no babea, así que no te molestes en poner en práctica tus truquitos con él —la vidente no se desanimaba ante la estupidez de Wenhaver, porque las tontorronas eran mucho más fáciles de engatusar.

Wenhaver bajó la cabeza y empezó a gimotear, con el labio de abajo sensiblemente levantado en un gesto nada atractivo.

Morgana frunció el ceño.

—Cuando estés con Myrddion no pongas esa cara. Te hace muy vulgar… nada atractiva.

Inteligente Morgana, inteligente.

Wenhaver se arregló un poco antes de que la recibiera Myrddion Merlín. Hecha una damisela esplendorosa, llevaba un rosa muy tenue, casi blanco, lo suficiente para realzar el rubor de las mejillas, pintado con carmín, y el azul de los ojos quedaba acentuado con un simple toque de polvo de lapislázuli, un producto terriblemente caro. Myrddion creía estar al tanto de para qué utilizaban las mujeres los cosméticos,

pero hubo de reconocer que exteriormente Wenhaver le dio toda la impresión de ser una dama tranquila, obediente y sensible.

Por su parte, Wenhaver se hizo una clara idea de Myrddion nada más verlo. No sería muy lista, pero sí tenía perspicacia suficiente como para reconocer que el hombre que tenía delante en su día había sido más guapo, a su modo, de lo que ella sería nunca y que estaba inmunizado frente a los encantos del aspecto físico. Si había de utilizarlo, tendría que buscar otra treta. Quizá pudiera conseguir que Artor se hartara de él, pensó mientras hacía una reverencia tan marcada que casi toca el suelo con la cabeza.

Wenhaver reconoció debidamente las delicadas palabras de agradecimiento que le presentaba Myrddion y el elogio de su vestido y su peinado. Con una inocente sonrisa, murmuró alguna frase de correspondencia sin especial gracia. Myrddion sonrió también, pero sin saber por qué, notó que se le erizaba el vello de los brazos.

Durante estas sutilezas iniciales, Leodegran se había mantenido al margen, contra lo que era su costumbre. Myrddion no había tardado mucho en plantear al rey los términos del casamiento de Wenhaver, y Leodegran estaba todavía digiriendo la cuantía que tenía que pagar por la dote. Estaba intentando encontrar una vía de salida a las excesivas exigencias que la boda de su hija iban a suponerle para el bolsillo.

—Enhorabuena, hija —dijo por fin Leodegran, muy expansivo—. El rey Artor ha pedido tu mano en matrimonio y yo he accedido a sus términos. Myrddion y yo hemos acordado una fecha, dos meses después de que visitemos Cadbury Tor; así que supongo que necesitarás hacerte un magnífico vestido de gala para la ceremonia. Afortunadamente, todavía hay tiempo en el entretanto para estas fruslerías.

La tomó por la barbilla y la besó suavemente en la frente.

Como correspondía a una dama de noble alcurnia, Wenhaver expresó todo lo que se requería de una joven candorosa; dijo que no era digna de tal honor y manifestó sus miedos de no estar a la altura de los elevados deseos de Artor. Mantuvo la expresión más inocente que pudo, pero Myrddion captó en ella un brillo de satisfacción personal, escondido tras la azul mirada de la joven.

Myrddion abandonó Corinium a los dos días, después de asistir a interminables banquetes en su honor, sesiones de cacería y otros divertimentos más exóticos que no le procuraron placer alguno. Wenhaver le resultó insulsa, bella y profundamente estúpida; además cuando la conversación no giraba en torno a su persona o a sus deseos, había cometido algunos errores que delataban un egoísmo atávico. En cierto momento una de las criadas tropezó con Myrddion, cuando éste se retiraba a su dormitorio. El anciano ayudó a la muchacha a ponerse en pie y, aunque la chica volvió la cara de inmediato, Myrddion vio con horror que tenía cinco profundas marcas, desde la mejilla hasta el cuello, arañazos hechos con saña y uñas afiladas. El anciano supo instintivamente que las bellas garras de Wenhaver, pintadas con henna estaban detrás de todo aquello. Claramente a la candidata le gustaba provocar dolor.

A favor de Wenhaver estaban su juventud, su enorme belleza y un cierto encanto,

que Myrddion pudo percibir cuando la joven no intentaba engañarlo. Era tan tremendamente joven, parecida a una mujer a la que Myrddion había querido antes de convertirse en un cínico, que el erudito llegó a pensar que se podría hacer de ella algo más noble que un simple dechado de vanidad y pedantería. Artor era un hombre serio y justo. Con paciencia y amabilidad, podría moldear a la chica y convertirla en la reina que era capaz de ser.

Myrddion confiaba en que Artor se fijara en la niña que se ocultaba tras aquella sofisticada y quebradiza fachada.

«Estoy comportándome como un cobarde», pensó Myrddion apesadumbrado, pero los problemas de estas hembras tempestuosas escapaban a su conocimiento y a su paciencia.

Quizá tendría que lamentar el trato que había cerrado, pero pensó que Artor estaría a la altura de cualquier belleza malcriada. Todo lo que se le pedía a esta doncella era fertilidad y fidelidad; si fallaba en alguna de las dos cosas, Artor podría quitarla del medio. Wenhaver aprendería pronto que Artor no estaba para hacerle los honores a nadie, ni siquiera a la mujer más bella del mundo.

LA VILLA POPPINIDII bullía en una actividad frenética; el anciano Antor, sus criados, nerviosos, y una Julanna medianamente distraída se preparaban para celebrar dos bodas que tendrían lugar en el corto plazo de dos semanas.

Por fin había llegado el verano a Aquae Sulis. Los campos relucían repletos de flores silvestres, que hacían la competencia a los brotes de cebada, centeno y trigo. Los frutales empezaban a retoñar y la tierra color chocolate exhalaba el aroma fecundo y fresco de una nueva vida exuberante.

Artor y su retén habitual llegaron sin especial fanfarria, pero movidos por ese misterioso y sabio instinto de la gente sencilla, los campesinos le esperaban en el recodo del que salía una pequeña senda que llevaba a Sorviodunum. Y a su paso, montado en su nuevo caballo de batalla (a Carbón lo habían retirado tras la batalla de Mori Saxonicus), le lanzaban ramas recién verdecidas, capullos de flores, avellanas, recogidas cuidadosamente del suelo.

Artor se sentía intimidado al ver esos rostros enardecidos, que lo miraban desde abajo, henchidos de auténtica veneración y respeto.

—¡Artor! —gritaban—. ¡Bienvenido sea el rey supremo!

El rey tiró de las riendas del caballo, se detuvo y bajó de la montura. Allí se habían reunido muchas caras que le resultaban familiares, venidos de distintos pueblos, para saludarlo y celebrar las ceremonias que iban a tener lugar. Incluso campesinos jubilados de Villa Poppinidii, hombres que le habían conocido de niño, cuando lo llamaban Zote, ellos también venían a rendirle tributo. El rey dio la bienvenida personalmente a todos los que le aguardaban, preguntó el nombre a quienes no conocía y recordó con ellos anécdotas relevantes de la vida de hombres y

mujeres que habían formado parte de su juventud.

Los campesinos le besaban las manos, los pies y el faldón del manto y Artor no tenía fuerza para rechazar sus sencillas declaraciones de patriotismo y de cariño. Tiempo atrás Lucius de Glastonbury le había advertido a Artor que nadie es profeta en su tierra, pero el rey estaba gozando de la veneración que le tenía la gente sencilla que lo había conocido de joven.

Como siempre, Antor salió al encuentro de Artor en las quebradas puertas de la villa y lo recibió entre abrazos. El rostro del anciano se iluminó al ver a su hijo adoptivo, pero empalideció un poco al ver que Keu no estaba entre los miembros del retén. Aunque Antor lo abrazó con la misma fuerza de siempre, Artor notó el huesudo esqueleto del anciano bajo la carne ya marchita. Y en su interior Artor lloró la pérdida que habría de venir inexorablemente.

—Hijo mío, apenas has cambiado. ¡Seas bienvenido! ¡Bienvenido! Mi ayudante velará porque tus amigos y criados se sientan a gusto. Mientras tanto, vamos al *scriptorium* y compartamos una copa de buen vino tinto. Tú también, Targo, amigo, porque veo que estás casi tan endeble como yo, y tengo unas ganas enormes de hablar de los viejos tiempos que sólo los tres conocemos.

Sin parar de hablar, Antor condujo a sus dos invitados a su lugar preferido, el *scriptorium*, revestido de madera, donde Artor se había pasado horas leyendo a escondidas por la noche hasta impresionar a su maestro con sus conocimientos de latín.

Otro joven, que se parecía asombrosamente a Gareth, entró en la antigua y cálida sala con el vino, las copas y unos pequeños platos con frutas escarchadas, bocados exquisitos y frutos secos; después ayudó a sentarse a su señor y a Targo en unos cómodos bancos, bien almohadillados con lana de oveja para evitar la dureza y el frío de la madera.

Cuando el joven se marchó con una reverencia y cerró la puerta, Artor levantó un poco la ceja, con cara de curiosidad, dirigiéndose a Máster Antor.

—Ese joven es Garan, el hermano menor de Gareth. Llevaba unos dos años preparándose para ser ayudante, porque imagino que sabrás que Gareth tiene sus miras puestas en Cadbury Tor, con intención de ponerse a tu servicio. Dios, yo también me iría contigo, pero el tiempo me ha recluido en este maravilloso lugar y mi mujer me echaría de menos si faltara siquiera un día.

Artor se alegró de que Targo, que se estaba calentando los pies en el calor de las baldosas, interrumpiera ese pequeño momento melancólico con su habitual y jovial franqueza.

—Entiendo perfectamente cómo te sientes, viejo amigo. Para mí también se han terminado los apacibles paseos a caballo. La mente permanece joven y afanosa, pero el cuerpo se niega a obedecer. Así que me parece que estoy contemplando Villa Poppinidii por última vez. ¡Ay, quién pudiera volver a ser joven!

—Yo intento no mirar atrás —contestó Antor sonriendo—. Toda mi felicidad está

aquí y me alegra pensar que voy a dejar a mis dos niñas bien protegidas antes de ir a reunirme con mi dama.

Le cambió la cara y en sus ojos de un azul ya desvaído asomaron sombras, como si fueran nubes que oscurecen el cielo.

—Veo que Keu ya no está contigo.

—Es mi ayudante y me sustituye en Cadbury —explicó Artor—. Pero vendrá al glorioso día de Lavinia. Te manda cariñosos saludos y te felicita por esta pareja tan estupenda.

Antor sonrió con pesar.

—Keu nunca me ha dicho eso. Para él la villa no es más que una cómoda casa de recreo, a la que viene cuando se cansa de hacer las tareas que le has encomendado en Cadbury. No, no endulces la cosa, Artor, y no te sientas tan culpable. Desde que murió mi querida esposa, Keu nunca se ha preocupado por la villa. Cada pasillo le recuerda sus errores y el chico prefiere huir que enfrentarse a la verdad en lo más íntimo de su ser. Yo ya soy viejo y estoy harto de excusar a nuestro único hijo. Lo mimamos demasiado, Lavinia y yo, y no quisimos ver sus defectos. Sé lo que es mi hijo y te agradezco que lo hayas protegido durante tantos años.

—Antor, no hace falta…

—Ahora podemos decirnos la verdad, Artor —Antor puso su dedo índice, deformado e inflamado por la edad, sobre los labios del rey—. Lamentablemente, no puedo dejarte nada de la villa, pero tengo estos rollos que siempre he querido que fueran tuyos a su debido tiempo. Ese día ha llegado, así que mandaré que los envuelvan para que te los lleves de regreso a Cadbury. Lo que Keu no ve, no lo echará de menos y dormiré tranquilo sabiendo que los ancestros de lady Livinia no reunieron estos rollos en vano. La tierra que Gallia y tú recibisteis sigue siendo tuya y el título está a nombre de la pequeña Licia. Estate seguro de que Garan cuidará de él con tanto celo como Gareth lo hacía en el pasado.

—¿Qué puedo decir ahora, señor? Te echaré de menos cuando vuelvas a tus antepasados porque esta villa es mi único y verdadero hogar y tú has sido un padre cariñoso conmigo, el único que he tenido.

—No siempre fui el mejor padre contigo, Artor, y lamento no haber sido más cariñoso cuando eras pequeño. Pero he aprendido a quererte y espero que me hayas perdonado, si alguna vez me mostré indiferente.

Artor se ruborizó incómodo.

—Te preocupaste de que comiera todos los días, que estuviera ocupado en tareas útiles, que tuviera ratos de juego, una mujer que me amara y una educación. ¿Qué más puede pedir un hijo adoptivo que no pertenece a la familia? Y cuando me escapaba, como bien recuerdo, nunca me golpeaste, ni me maltrataste.

—Eres muy amable, al procurar que un anciano se sienta mejor, muy amable, de verdad —murmuró Antor y se secó las ancianas lágrimas que le brotaban de los ojos —. Siempre ha pesado sobre mi alma la falta de cariño que viviste de pequeño.

—Has sido mi padre toda la vida, Antor, y habría estado orgulloso de que me engendraras.

—Mierda, Artor, si continúas, me echaré a llorar en un momento —interrumpió Targo con su habitual irreverencia y desdentada sonrisa—. ¿Qué pensarían tus enemigos si descubrieran que eres tan sentimental como cualquiera?

Targo observó que aquí, en el *scriptorium* de la villa, mientras se embebía de la esencia de Antor, Artor lucía una mirada clara y confiada, y no reservada, como habitualmente. Quizá porque tenía plena conciencia de que no iba a volver a ver al anciano.

—No necesitas llorarme cuando me deslice entre las sombras, porque mi Lady Livinia está esperando impaciente que nos volvamos a ver. Cuando en su día muera Keu, heredarán Villa Poppinidii Livinia la menor y su marido, porque he dejado mi testamento bien claro ante el magistrado y su hijo, Drusus. Aquí se mantendrá la misma vida sencilla que llevamos ahora, y yo moriré feliz.

Sin poder articular palabra, Artor se abrazó al frágil cuerpo del anciano y sintió que el corazón le latía agitado en su pecho.

Antor se levantó como pudo.

—Bueno, no es momento de tristezas. Se van a casar nuestras hijas y en estas dos semanas el sol va a brillar más que nunca. Como sé que no estarás para los desposorios, esta noche tendremos nuestro propio banquete nupcial y nos alegraremos por lo que nos toca. ¡Venga! Podemos bañamos, descansar y por la noche lo celebramos.

Targo esbozó una maliciosa sonrisa.

—¿Sigues teniendo esas extraordinarias reservas de vino? Nunca he conseguido que me guste la cerveza.

—Amigo —contestó Antor—, esta noche podrás bañarte en un espléndido vino de Campania que descubrí por casualidad en el almacén de Gallinus. Brindaremos por las jóvenes más bellas nacidas en esta tierra de los británicos con el mejor vino que nunca se ha hecho.

—¡Con gusto brindaré por ello!

—He organizado un banquete para esta noche sólo comparable con las propias celebraciones nupciales —añadió Antor con satisfacción—. Cenaremos ostras regadas con salsa de bígaros, sopas elaboradas con los mejores pescados, mariscos y anguilas que puedan comprarse en el mercado, jabalí glaseado relleno de pichón, paloma, gelatinas y una cornucopia de exquisitos dulces con los que mi viejo maestro de armas creerá haber entrado en el paraíso de los dioses. Comeremos hasta hartarnos, Artor, lo más suculento y delicioso que haya en Aquae Sulis.

—Me malcrías, Antor. Te aseguro que engordo cada vez que duermo bajo tu generoso techo —Antor, bromeando, le dio unas palmaditas en el estómago a Artor.

—Nunca en la vida has comido demasiado, hijo mío —dijo Targo con una sonrisa —. Pero hoy deja a un lado ese control tan férreo que siempre has mantenido y vamos

a celebrarlo hasta que llegue el día.

Targo y Antor se abrazaron dándose palmadas en la espalda que mostraban la alegría que tenían.

Artor y Targo fueron a bañarse para descansar y relajarse mientras que Antor siguió con sus ocupaciones. Más tarde el rey supremo empezó su sesión de esgrima diaria en el patio de entrenamiento que había en la villa.

—Caramba, chico, sigues siendo igual de bueno —exclamó Targo orgulloso al ver la agilidad con que se movía Artor reproduciendo los distintos toques de combate tradicionales—. Tu nueva esposa no podrá quejarse de que te falte fuerza ni poderío.

Artor se animó un poco con la procaz risotada de Targo. Como esta era una noche de celebración, se vistió con parsimonia y particular esmero. Y así, con el cabello suelto, envuelto en finos paños de lana con aplicaciones doradas, que reflejaban las luces de la chimenea, daba una imagen esplendorosa. Odin trajo dos arcones de madera bellamente labrada y esperaron en el atrio a que llegaran Livinia la Menor y Licia para unirse al banquete.

Julanna se sentía, con razón, muy orgullosa de sus niñas. Livinia la Menor se había convertido en una bella dama, de pelo oscuro, mejillas sonrosadas y una figura fresca y femenina. Cuando Artor le ofreció su regalo, la joven se ruborizó un poco y lo besó en la mejilla. Tenía la gracia y la elegancia natural de su abuela, suavizadas por la dulzura de Julanna.

La muchacha prorrumpió en exclamaciones de admiración al ver los paños de fina lana y las copas de cristal de roca del Mediterráneo. Cuanto más buscaba dentro del baúl, más maravillas descubría. Hasta que encontró un collar y unos pendientes de exóticas perlas polinesias, las llamadas perlas negras, que tenían el mismo color gris de los ojos de Artor. El contenido del arcón haría de Livinia la Menor una anfitriona distinguida, incluso en la refinada Aquae Sulis, y la sonrisa de alegría que puso la joven fue lo mejor que Artor podía esperar.

Por su parte, Licia se parecía mucho a Artor, con cabellos de ámbar, un rostro fino y de rasgos marcados, particularmente alta y esbelta, y cuando se movía era como si bailara. Habían pasado ocho meses desde que el rey la vio por última vez, ya convertida en una joven, pero seguía siendo una niña, emocionada y ansiosa a la hora de abrir regalos.

Artor había vertido todo su amor en los regalos que le hacía a la niña en esta celebración tan especial. Copas de vino de oro, botellones con el dragón grabado, generosos cortes de telas delicadas, un espléndido caldero del mejor hierro fundido, y joyas y ornamentos femeninos que llenarían de satisfacción y de admiración a cualquier muchacha. En lo más hondo del arcón había una bolsita de malla de plata con una cadena de oro y en otra un cuchillo con empuñadura de dragón del tamaño adecuado a una mano femenina.

—Señor, mi rey —Licia dio un suspiro de admiración al sacar de la bolsita de plata en la que venía envuelta la cadena de oro—. ¡Qué regalo tan maravilloso!

De la cadena colgaba una pequeña raíz de madera, pulida por los años de uso, que tenía la forma exacta de una mujer embarazada.

—¡Pero esto es tuyo, señor! —argumentó Licia—. No puedo aceptar este regalo.

—Tú no puedes aceptarlo… pero Anna sí —contestó Artor, sonriendo a la jovencita—. Porque era de su madre —y se le iluminaron de alegría sus ojos grises.

Licia sonrió y sacó el cuchillito de su funda.

—Esta daga es gemela de la que tienes tú, Artor. A partir de ahora ya no necesitaré protección, vaya donde vaya. Sí, es un arma preciosa.

—Lo único que te pido es que se la des algún día a tu primer hijo, para que se acuerde de mí.

Por primera vez, a la joven se le puso un gesto serio y envolvió a su padre con sus cálidos ojos color ámbar.

—¿Soy de verdad tu hermana, señor? He oído rumores y no soy tonta. Este tipo de regalos tan espléndidos sólo se hacen a la familia.

Artor se llevó la mano al pecho y sintió cómo le latía el corazón; miró largamente a su hija, dejando traslucir su alma a través de la mirada, llena de añoranza.

—Por seguridad personal nunca te han dicho de dónde vienes exactamente —dijo Artor sonriendo afectuosamente a la joven—. A lo mejor algún día Llanwith te cuenta los detalles de tu nacimiento, pero yo no puedo hacerlo ahora. Estas bagatelas no son más que una manera de expresarte mi amor y mi admiración. Te deseo todo lo mejor para el resto de tus días.

La muchacha se levantó y lo besó en la mejilla.

—Te lo agradezco, mi señor, a pesar de que no entiendo bien lo que me estás diciendo.

Artor sopesó sus palabras. ¿Estaba sospechando la verdad? Vio en Licia el reflejo de su propio gesto contenido, pero con rasgos más alegres y relajados, porque la vida no le había decepcionado y seguía confiando en lo bueno del mundo. Artor deseaba ardientemente que el tiempo la mantuviera protegida de las pesadumbres que él había sufrido durante su juventud.

Esa noche el banquete salió como Antor había prometido, pero con todo lo que habían fanfarroneado, Targo y Antor se fueron a la cama mucho antes de medianoche. Artor se quedó sentado junto a la fuente respirando el aroma de las rosas, los jazmines y el romero. Las estrellas refulgían como pequeñas lamparitas blancas sobre el cielo aterciopelado del verano y el aire agitaba dulcemente las hojas del árbol de Livinia la Mayor, que lo acunaban con su apacible susurro. Esa noche y los días que siguieron Artor sintió una paz de la que no había disfrutado desde que dejó la seguridad y el afecto de esta villa para convertirse en rey supremo de los británicos.

CUANDO ARTOR, TARGO y Odin ya salían de Villa Poppinidii, volvieron la

cabeza para contemplar otra vez la bucólica estampa que dejaban atrás y conservar en sus pupilas esa vista de la dulce estructura de piedra y ladrillo que se alzaba sobre la colina. Cada uno interpretó la apacible escena de manera distinta, pero todos se quedaron pensando que quizá ya no volvieran a dormir bajo aquel techo nunca más.

Targo observaba las piruetas de los pájaros, afanados en privar a los frutales de nuevas yemas. Y viendo la gracia y la velocidad con que volaban pensaba en los hombres que había matado y en las mujeres con las que se había acostado. De Roma apenas le quedaba un borroso recuerdo en la memoria, la sensación de calor y el aroma a aceitunas prensadas. Igual que esos pájaros, se había posado en Villa Poppinidii para buscar comida y anidar dentro de sus viejas murallas, que le evocaban un orden y una belleza familiares. Como los cuervos, había descansado allí una temporada, aprovechándose de las muchas recompensas que le proporcionaban sus florecientes campos, antes de lanzarse a la libertad y la agitación del Viejo Bosque. Como lo quiso el destino, marchó tras Artor, preparado para lo que fuera, y encontró el honor en un momento en que ya no pensaba ser digno de tal palabra. El corazón le rebosaba de gratitud sabiendo que al final, tras cruzar la laguna estigia, reposaría junto a Gallia y la anciana Frith. Artor ya se ocuparía de cerrarle los párpados y depositar en ellos unas monedas para pagar al Barquero, y esparciría sus cenizas por Cadbury Tor.

Artor se fijaba en un halcón que revoloteaba a lo lejos, dejándose llevar en las alturas por las corrientes de aire. Detuvo la mirada en la oscura línea de árboles que marcaba el comienzo del Viejo Bosque, y volvió a sentir la impresión que le produjo hacía años la novedad de verse dentro de aquellos confines. Con un poco de esfuerzo podía recomponer la chimenea de la casa, cubierta de hiedra, que en su momento le proporcionó una dicha tan transitoria. Confiaba en poder recuperarla algún día, pero, como el ave rapaz que ahora miraba, sabía que era un hombre solitario, demasiado acostumbrado a estar con guerreros, como para entregar su corazón a alguien que le exigiera emociones ya marchitas para él años atrás.

Contempló la villa y vio a un jovenzuelo que acarreaba cubos de cuero y madera en dirección a los establos. Y recordó su otro yo, el Artor joven, preguntándose si habría podido ser feliz en ese remanso de paz. La verdad es que lo dudaba y además puede que Gallia hubiera vivido siempre amargada, al verlo marchar al campo de batalla una y otra vez, tras reyes distintos.

—Todo tiene su razón de ser, pero nunca entendemos los designios superiores —dijo en voz alta.

Targo lo miró con abierto desdén.

—Lo único que a ti te pasa, chico, es que nunca saboreas el instante. Siempre estás con la cabeza en la siguiente prueba, la siguiente idea, el siguiente problema, y por eso te pierdes estos días tranquilos, que son los que nos proporcionan mayor satisfacción. Vamos a sentarnos aquí un rato, ahora que no me duele la maldita pierna, y disfrutemos del sol. Esto le viene bien a cualquiera.

Artor sonrió y asintió con la cabeza, pero volvió la mirada de nuevo hacia el halcón, que iba haciendo círculos cada vez más bajos, para atrapar con su pico poderoso y sus garras ganchudas alguna criatura que había divisado desde lo alto.

«Ya estoy deseando vivir la siguiente prueba», pensó, mientras el pájaro bajaba en picado contra su presa.

CAPÍTULO XIII

LA DONCELLA Y LA DAMA (Y II)

CADBURY BULLÍA DE animación; Gruffydd, Perce y Niniana cruzaban la ciudad abarrotada de gente, abriéndose paso a caballo para llegar a las grandes puertas de la fortaleza. Los guardas de la muralla conocían bien a Gruffydd, porque el portador de espadas era un hombre del que ya se decían cuentos y letrillas.

A medida que iban acercándose a la cima, subiendo pesadamente por una cuesta serpenteante, la paciencia de Gruffydd iba acabándose, hasta no poder más. No tanto por la dificultad que suponía subir, sino por la lentitud con que avanzaba el decrépito burro de Perce. Con tanto calor, Niniana se había despojado del improvisado sombrero de paja y del manto que la cubría; tenía el pelo revuelto, algo caído sobre su delicado rostro y parecía que llevaba una corona de plata; irradiaba emoción y desenfado.

Al verla, pocos de los hombres que se habían reunido a lo largo del camino para recibirlos conseguían apartar la mirada de la joven; algunos la silbaban y otros lanzaban improperios reprobatorios ante una supuesta relación entre Gruffydd y Niniana. El portador de espadas se limitaba a atravesarlos con mirada sanguinaria, obligándolos a retirar la vista de la chica o a sumirse en el más absoluto silencio. Perce quería vengarse de los insultos, pero Gruffydd consiguió de algún modo templarle los nervios y hacer que siguiera cuesta arriba hasta la cumbre.

Niniana se acicaló un poco, dejando ver en ello su lado femenino, que también lo tenía.

Ahora que estaban tan cerca de Cadbury, Gruffydd empezó a pensar si era sensato traer a la fortaleza de Artor a los dos muchachos que tenía a su cargo. Lo de Perce había sido un capricho, pero ¿lo de Niniana? Había prometido a Gallwyn que velaría por la seguridad de la niña y antes que llevarla a Venta Silurum para que su esposa la recibiera sin gana alguna, prefería llevarla a Cadbury.

Niniana era demasiado bella, demasiado inteligente y demasiado ingenua como para dejarla al albur de nadie. Cuando tenía unas dos semanas, Artor la tatuó con el símbolo del dragón y una vez que la dejó en manos de Gallwyn para que la cuidara y la educara, se olvidó de ella. Gruffydd no tenía alternativa; era Artor el que debía decidir.

Al llegar a la última puerta les salió al paso Keu con aire despreocupado, haciendo similares comentarios obscenos sobre la posible utilidad de la niña. Gruffydd detuvo su caballo, dijo a los chicos que siguieran y se dirigió a Keu.

—Lo que estás diciendo me resulta ofensivo, señor. Si te fijaras un poco, verías que la niña lleva en el tobillo y la pierna derecha la marca de Artor. Me extraña que no la recuerdes, porque el rey supremo diezmó tus tropas para vengar la muerte de su madre. Es la hija del sauce.

Keu se quedó lívido, y en sus mejillas aparecieron dos manchas simétricas, signo de la vergüenza. A Keu le molestaba que le recordaran aquellos lejanos días en que sufrió escarnio público por sus actos. Tenía ahora cuarenta años cumplidos y desde que había entrado al servicio de Artor, había desarrollado un cuerpo hercúleo. Incluso pese al poco tiempo que había pasado desde la batalla de Mori Saxonicus, el hermanastro del rey se había ganado cierto prestigio por la habilidad con que conseguía dinero, y pretendía seguir llevando durante largos años esta vida tan cómoda.

—Eso fue hace mucho tiempo, Gruffydd. Se me había olvidado siquiera que la chiquilla vivía. Es muy guapa. Lo digo por ella, pero no sé si la nueva novia del rey va a recibir de buen grado que haya otra belleza en Cadbury.

—¿Nueva novia? ¿De qué hablas?

—Los reyes han convencido a Artor para que se case. Si no quiere que el reino pase por el mismo quebranto por el que pasó a la muerte de Uter Pandragón, tiene que dejar un heredero. Parece que a mi hermano no le preocupa demasiado con quién casarse, así que Leodegran va a ser el afortunado suegro. Ese haragán tiene la suerte de que su hija esté en la edad adecuada y de que tenga el aspecto y el pedigrí adecuados.

Gruffydd casi se cae, pero reaccionó pronto.

—¡Qué buena noticia, Lord Keu, porque el rey tenía que casarse! ¿Ya conoce a esa belleza?

—No, Gruff, eso es lo más gracioso. Artor dice que está demasiado viejo para ocuparse de esas cosas. Bueno, es más joven que yo, de hecho. Pero ¡yo sí me ocuparía, créeme!

Keu se rió abiertamente y Gruffydd se sorprendió al ver de nuevo lo atractivo que resultaba el hermanastro de Artor, cuando se lo proponía. Pero Gruffydd era hombre que juzgaba a la gente por sus acciones, y no por sus palabras más o menos amables. Y sabía que ahora Antor estaba organizando la boda de la hija de Keu en Villa Poppinidii, porque Keu estaba demasiado ocupado con otras cosas de su interés. Para Keu, las hijas no contaban; y el no tener hijos varones le irritaba mucho.

—Hemos perdido de vista a tus pupilos —señaló Keu—. Supongo que te entretendrás mucho cuidando de esa chiquilla, amigo.

—Sí, señor. Que tengas buen día.

Keu se limitó a inclinar la cabeza y Gruffydd salió al galope para alcanzar a Perce

y Niniana que seguían colina arriba, discutiendo sobre el sitio desde donde se veía mejor la fortaleza.

«Así que Artor quiere casarse», pensó Gruffydd especulando. Durante años Artor se había resistido al matrimonio, pero ahora, instalado en los comienzos de la edad madura, sus consejeros le habían obligado claramente a considerar razones de estado.

La fortaleza de Cadbury hervía de agitación, con criados de librea yendo de acá para allá, del palacio a los demás edificios que había en el recinto adoquinado de arriba.

«Parece que esperan con afán la llegada de Leodegran», pensó Gruffydd, mientras empujaba al caballo para que se metiera en el establo y decía a los jóvenes que hicieran lo mismo. Después les mandó que descargaran sus cosas de los animales y que lo siguieran a sus dependencias.

—Voy a ver si Artor quiere veros —dijo Gruffydd sin tenerlo muy claro, viendo desde las ventanas de su habitación el ordenado caos que se vivía en Cadbury—. Lavaos bien y poneos el mejor traje que tengáis. El rey es sumamente observador y si vais como mendigos no le vais a gustar. Voy a ver qué espera de vosotros.

Antes de dirigirse a las dependencias de Artor, Gruffydd entró en una habitación muy acogedora que había al final del ala de los criados.

Allí, sentado junto a una chimenea de piedra, estaba Targo, envuelto en pieles y con el mismo aspecto desastroso de siempre.

Targo había admitido que tenía artritis. Ya era mayor cuando entrenaba a Artor en el arte de la espada, pero ahora estaba anciano y daba la impresión de haberse convertido en un desbaratado hatillo de huesos esqueléticos, una cabeza desnuda, que siempre se afeitó, y unos ojos negros profundamente hundidos en el rostro. Artor guardaba profunda lealtad a sus más afectos y ahora que el cuerpo de Targo ya no le servía para nada, le había procurado descanso en un apartamento tan lujoso como el que estaban preparándole a Leodegran. Targo seguía comportándose como guardaespaldas de Artor y Gruffydd sabía bien que, pasara lo que le pasara personalmente, aún sería capaz de escupir a cualquier regicida en plena cara. Artor nunca habría humillado a su antiguo tutor, echándole a la calle. Y además, Artor disfrutaba charlando con el viejo. Por eso el portador de espadas, hombre de alma sencilla, viendo la consideración que tenía para con su antiguo soldado, se sentía tan orgulloso de su señor.

Targo levantó la vista para mirar a Gruffydd con sus ojos nebulosos, afectados de cataratas. En cuanto reconoció aquel pelo entrecano y pelirrojo, Targo se dio cuenta de quién había venido a verlo.

—¿Ya has vuelto, Gruff? Mi señor te dio dos meses de permiso para que estuvieras con tus nietos y ya estás de vuelta. ¿Has tenido algún problema?

—No, ninguno, pero por el camino he adoptado dos pupilos y no sé bien qué hacer con ellos.

A Targo no le hizo gracia la noticia y sintió mucho saber que Gallwyn había

muerto. Se acordaba de cuando Niniana era niña y, oyendo lo que Gruffydd contaba, sintió mucha curiosidad por conocer más detalles y rumores.

—Que venga la niña de visita en algún momento. Siempre me he preguntado si se merecería que murieran por ella tantos soldados inocentes, cuando Artor diezmó las tropas de Keu. Ya debe ser toda una mujer.

—Es tan guapa que te rejuvenecería hasta a ti, Targo. Pero, no creas, hay algo de salvaje en ella, y eso que es encantadora y… bueno… es una monada.

Targo dejó escapar su risa burlona y sirvió vino en una copa de bronce. Gruffydd se dio cuenta de lo que le temblaban las manos, porque derramó un poco.

—Después de lo que has dicho, estoy deseando conocer a ese dechado de virtudes que ha cautivado al hermético Gruffydd.

Después Gruffydd empezó a hablar de Perce, de sus ambiciones, su fuerza y su infinita, casi sobrenatural, paciencia.

—Se le ha pasado con mucho la edad para aprender el arte de la guerra. Tiene veinticinco años, por lo menos, pero sigue aferrado a su sueño, le digan lo que le digan.

Targo estalló en una carcajada, pero le dio un ataque de tos un tanto preocupante; Gruffydd empezó a alarmarse por el estado de salud de Targo.

—Gilipolleces, Gruff —soltó Targo—. Tú y yo sabemos que no hay edad para empezar a entrenarse. Sí, es mejor ser joven porque así te evitas malas costumbres. Pero lo que cuenta es el corazón. Incluso ahora Odin está entrenando a Gareth y Gareth tiene treinta años. Artor sabrá inmediatamente si este Perce sirve, en cuanto le ponga los ojos encima, por muy enfrascado que esté en ese estúpido matrimonio en que se va a meter con esa criatura de Wenhaver.

Se notaba que Targo estaba muy molesto, tanto que Gruffydd se asustó. El viejo daba vueltas por la habitación, airado; conservaba algo de su antiguo vigor, aunque se apoyaba más sobre una pierna que sobre la otra, y se presionaba la cadera con sus dedos artríticos.

—Puede que no sea más que una fantasía de viejo, Gruff, pero me estoy acordando de esa bruja, Morgana. Hace muchos años me dijo que la segunda esposa de Artor destruiría el reino, y a mi edad me estoy haciendo supersticioso.

Gruffydd soltó una risotada, de sólo pensar que Targo empezara a creer en algo que no pudiera tocar, ver, oler, oír o saborear.

—¿Qué es lo que dijo Morgana que te preocupe tanto?

—Nos dijo que Artor se cuidara mucho de una mujer de cabellos rubios. En su momento nadie de los que estábamos en Villa Poppinidii nos tomamos muy en serio la amenaza, porque entonces no sabíamos hasta qué punto las predicciones de Morgana se cumplían. ¿Y cuántas mujeres de cabellos dorados se dan entre los celtas? —se detuvo—. Mierda, Gruff, me preocupa el chico. Morgana siempre le ha tenido ojeriza y, a todas luces, esta Wenhaver tiene el pelo rubio.

—Artor no es tonto en estos juegos del amor, Targo. Lo sabes mejor que nadie, y

no me gustaría estar en el pellejo de una mujer que se dedique a contrariarlo.

Targo dio una palmada de gratitud a Gruffydd y siguieron con lo que estaban hablando.

—Quiero que me presentes al chico cuando Artor haya tomado la decisión que sea. Puede que estas viejas manos todavía puedan ofrecerle algo para ayudarlo en sus proyectos. Ojo, es puro interés y no prometo nada. Por lo que dices, el chico debe de ser un zoquete.

—Es normal que tengas reservas, Targo, y te agradezco la ayuda, porque me gusta el muchacho. Me trae recuerdos de lo que yo sentía cuando era joven.

Targo rió abiertamente y se dejó caer de nuevo en su silla, porque le había dado otro ataque de tos.

—¿Tú? ¿Joven? —dijo cuando pudo hablar—. Nunca fuiste joven, viejo depravado. Tú y yo nacimos ya viejos.

Gruffydd miró detenidamente los ojos atribulados del mercenario.

—¿Estás bien, Targo? Porque he de decir que no lo parece. No me gustaría que te pasara nada.

—Estoy lo suficientemente bien, amigo. Mori Saxonicus fue demasiado para mí, pero no cambiaría un minuto de ese osario ni por diez años más de vida. No pretendo oxidarme aquí, muerto de aburrimiento, y no lo digo por nada. Además, mi chico me necesita todavía, así que tendré que encontrarme bien durante unos cuantos años más. Pero aprecio mucho tu interés, portador de espadas. Ninguno de los dos estamos muy allá, a estas alturas de la vida.

—Bueno, tú nunca fuiste muy guapo, siento decírtelo, Targo —dijo Gruffydd para cambiar el tono, impresionado como estaba por los razonamientos de Targo.

Cuando Gruffydd salió de la habitación, confortable y abrigada en exceso, el viejo soldado parecía contento y satisfecho.

Por su estatus, Gruffydd pudo acceder fácilmente a las dependencias de Artor, que estaba un tanto distraído, mirando telas y descartando túnicas elegantísimas que le presentaba un sastre venido de la ciudad de Cadbury. Artor pareció agradecer la interrupción y ordenó al sastre que saliera de inmediato y volviera más tarde.

Gruffydd volvió a explicar por qué había regresado tan pronto y reconoció el dilema que se le planteaba con Niniana y con el pinche, Perce.

—¿Puedo decirles que se presenten ante ti, señor? Tú sabrás decidir qué es lo que conviene hacer. El chico es realmente un problema, porque está decidido a convertirse en uno de tus soldados. Intenté disuadirlo, pero no hay quien le haga cambiar de opinión. Ya he hablado de esto con Targo.

—Hmmm —musitó Artor, levantando su leonina cabeza.

Gruffydd se dio cuenta de que el rey supremo se acababa de cortar ese pelo tan llamativo que tenía, dejándoselo a la altura de los hombros y ahora se le acentuaban más los rizos. Como de lo único que presumía Artor era de su pelo, Gruffydd empezó a sospechar si este esquilado de trenzas no indicaría que Artor había cambiado

radicalmente de forma de pensar. La idea no le agradaba demasiado. El rey supremo además se había dejado una barba muy corta que añadía severidad a su rostro, pero que también reflejaba un deseo de romper con las costumbres romanas de su juventud. Apenas se le notaban las arrugas en los ojos o en la boca tras tantos años de luchas y lucía un cuerpo saludable y vigoroso, como siempre.

—Tengo que felicitarte por tu próximo enlace, señor —añadió Gruffydd—. Espero que engendres muchos hijos varones.

—¡No empecemos, Gruff! En algún momento tenía que casarme, y esta mujer, Wenhaver, lo hará igual de bien que cualquier otra chica. Por acuerdo matrimonial, Leodegran mantendrá la parte que le corresponde de la frontera septentrional con mayor firmeza; o sea que no te engañes, ni creas que me he enamorado a mi edad.

—No pretendía insinuar que tus decisiones le interesaran a nadie más que a ti, señor.

Artor se echó a reír.

—Hablaré con tus huérfanos. Para vengar el honor de la madre de Niniana murieron soldados excelentes y admito que tengo curiosidad por ver en qué se ha convertido aquella niña. También por ella encontré tus servicios, amigo, lo cual era un regalo espléndido viniendo de alguien tan joven.

Gruffydd inclinó la cabeza en señal de gratitud a las amable palabras que el rey le deparaba.

—Y dile a Myrddion que me atienda mientras tú estás en otra cosa. Pretende no estar presente cuando venga el rey Leodegran y no voy a tolerarlo. No sé qué está rumiando por dentro, pero se siente culpable.

—Señor —contestó Gruffydd, se dio la vuelta y salió. Como siempre, deseaba que Artor fuera menos franco con los que tenía alrededor, porque las confidencias de un rey resultaban nocivas para la salud de cualquier mortal.

En el pasillo Gruffydd se topó con dos criados, delegó en ellos sus distintas tareas y se quedó esperando, apoyado en la pared, a que llegaran Niniana y Perce.

Pero Odin llegó antes.

El enorme juto se había civilizado en estos años de reinado de Artor. Llevaba zapatos y se había quitado las pieles, que sólo usaba cuando venían los días más fríos del invierno. Sin embargo seguía absolutamente entregado al bienestar de Targo y Artor.

—Estás de vuelta —dijo Odin con abierta sonrisa—. Eso es bueno.

Targo te ha echado de menos mientras no estabas.

—¿Y tú no? —bromeó Gruffydd.

—Yo también, también —contestó Odin con su habitual seriedad y honestidad—. Sí, te he echado un poco de menos, amigo.

—Eso me halaga, Odin —dijo Gruffydd riendo, al tiempo que el juto daba muestras de no entender nada—. Yo también te he echado de menos.

En ese punto aparecieron por el corredor Niniana y Perce. Como siempre,

discutiendo, pero a Gruffydd lo invadió un particular sentimiento paternal.

Niniana se había quitado la mayor parte del lodo y el polvo que traía encima y llevaba puesto un vestido de lana sin blanquear, que podría haber resultado rudo y deslucido. Pero se había deshecho las trenzas y se había cepillado el pelo de color rubio platino, de manera que por los hombros y la espalda le caía una melena suelta, de rizos ondulados. El collar de bronce que llevaba siempre había desaparecido y se había recogido los pelos que le sobresalían del flequillo con el pasador de su madre.

Hasta el propio Odin contuvo la respiración al verla, sobre todo cuando la chiquilla se dio una vuelta para que la miraran y mostró el dragón tatuado que le sobresalía por las gastadas sandalias de cuero.

—La niña —dijo asombrado—. La mujer sabia y la esposa del mar.

—¿Perdón? —inquirió Gruffydd, pero Odin mantuvo los labios cerrados, con los ojos fijos en Niniana, hasta que la muchacha se puso colorada.

—¿Estoy guapa, querido Gruff? Me encantaría tener un traje más bonito, pero estoy segura de que el rey supremo lo entenderá.

Irradiaba una alegría contagiosa, tanto que hasta Odin esbozó un amago de sonrisa, enorme logro, si tenemos en cuenta que el juto no tenía ningún sentido del humor, como era bien sabido. Junto a ella, estaba Perce, que, lavado y radiante y vestido con simples ropajes, parecía aún más raro de lo normal.

Gruffydd vio que Niniana podía eclipsar a cualquier otra mujer y empezó a temer por su futuro bienestar, porque conocía de sobra los celos y la vanidad que reinaban entre las mujeres de la corte de Artor.

Llamaron a las puertas que conducían a las dependencias del rey y Artor les contestó que pasaran. Niniana y Perce se postraron ante el rey con un respeto y veneración difíciles de fingir. Cuando Niniana saludó con la cabeza, el cabello le cayó sobre los hombros como una delicada cascada de plata hasta rozar el suelo. En ese momento entró Myrddion Merlín. Aunque tenía casi sesenta años y había abandonado hacía tiempo cualquier pretensión de juventud, todavía andaba erguido y resultaba apuesto con sus vestimentas negras y el pelo de un color plateado por las canas, similar a la melena de Niniana.

—Levantaos, hijos míos —ordenó Artor—. Y acercaos para que os pueda ver bien —se volvió hacia Myrddion—. ¿Qué piensas, Myrddion? ¿Se merecía que murieran diez hombres por ella?

Niniana levantó la vista, y frunció el ceño, de cejas negras y muy marcadas, sorprendida ante el tono que había usado Artor. Sus ojos estaban a punto de estallar de genio. Se puso de pie, muy erguida; parecía una bella y esbelta valquiria vestida con un traje corriente, pero hasta el más tonto de Cadbury reconocería instintivamente que esta muchacha era fuera de lo corriente.

A Gruffydd se le encogió el estómago.

—Lo siento si parezco frívolo, hija, pero digo lo que pienso —argumentó Artor, consciente de que había herido a la muchacha.

Niniana no se intimidó y se volvió hacia Myrddion.

—Por favor, señor, ¿qué significa frívolo? Si lo supiera podría contestar al rey como es debido.

Myrddion se quedó prendado al instante al ver la honesta franqueza de su mirada. Se recompuso un poco y explicó detenidamente el significado de la palabra.

—Gracias, señor —Niniana bajó la cabeza para expresar que había entendido—. Ya no se me olvida.

Y se volvió hacia Artor.

—Señor, la pregunta no era frívola, porque la vida de la gente es cosa muy seria. Y sí, valgo la vida de diez inocentes. La lógica resulta inexorable. Tú ordenaste que los mataran para castigar a mis enemigos y eres el rey. Tus órdenes siempre son justas, por eso valgo lo que decidiste que valiera. Y en cuanto a si has recibido algún beneficio que compense la vida de esos soldados, no lo sé, porque Gallwyn no me lo contó.

Artor miró a Myrddion, que tenía los ojos clavados en Niniana, con una mezcla de sorpresa, desconcierto y de algo que Artor no sabía reconocer.

—A la chica parece que se le da muy bien el razonamiento lógico —dijo en tono de conversación dirigiéndose a Artor—. Sobre todo si tienes en cuenta cómo se ha criado.

—¿Señor? —interrumpió Niniana, con el ceño ahora completamente fruncido y claramente indignada—. Perdone, pero no quiero oír una sola palabra de reproche sobre mi querida Gallwyn. Y estáis totalmente equivocados con ella. Me enseñó a leer y a contar y me enseñó a no mentir nunca y a no robar. Era buena, así que la manera en que me he criado, como has dicho, ha sido también buena.

Artor estaba muy divertido. Inclinó la cabeza ante Niniana, que se puso roja hasta la garganta. Hay muchas chicas que pierden algo de belleza cuando enrojecen, pero en Niniana el color rosado de la piel realzaba y embellecía su delicado rostro.

—Lo siento, si he herido tus sentimientos, Niniana, pero no soy más que un simple y burdo soldado que lleva muchos años sin tener mujeres alrededor. De hecho, tu carácter me recuerda al de mi madrastra, Livinia, aunque ella tenía mucho más tacto que tú, hija mía.

Gruffydd vio que en el ágil cerebro de Niniana se acumulaban múltiples preguntas, sobre todo, que era eso del tacto.

—¡Oh, cielos! —Artor se acordó de repente—. ¿Todavía llevas el tatuaje?

Niniana sonrió ligeramente a Artor, con un cierto gesto de superioridad asomándole por la dulce comisura de sus labios, y asintió lentamente con la cabeza. Después de todo, difícilmente se podría haber quitado un tatuaje de esas dimensiones sin que le quedara una cicatriz enorme.

Se levantó un poco el vestido y mostró el dragón, que alzaba sus alas hasta casi las rodillas de la chiquilla.

—Bien, llevas mi marca, así que resulta obligado que te encuentre algo que hacer

en la corte. ¿Quieres atender a la reina cuando llegue a Cadbury Tor? —Artor evaluó la extraordinaria belleza de Niniana e inmediatamente reconsideró su ofrecimiento. Se dio cuenta de que no habría mujer, y menos una belleza como Wenhaver, que aceptara con buenos ojos tener a Niniana como doncella, porque significaría estar cuestionando permanentemente su estatus de reina de la corte.

Myrddion carraspeó.

—Señor, si se me permite intervenir. Durante años he sentido la necesidad de tener un aprendiz, para que continuara mi labor cuando yo ya no sea capaz de servirte. Esta joven es inteligente, como tú mismo has dicho, y ya tiene los conocimientos básicos. Te sería de gran utilidad cuando a mí me llegue la hora.

—Para eso falta mucho, amigo, porque estoy seguro de que guardas el secreto de la vida eterna —bromeó Artor—. Pero, independientemente del razonamiento, es buena idea; así que quédatela, si quieres. Pero Niniana tiene que dar su consentimiento, porque en Cadbury correrán los rumores y va a ser ella quien se vea más afectada por los recelos y el afán de curiosidad. Aunque nadie se atreva a cuestionar nuestras decisiones, la chica resultará una diana fácil a la hora de socavar los intereses de la corte. Y además, Myrddion, no sé si hay tantos jóvenes que quieran andar trasteando con tus pociones, tus venenos y con la sangre que siempre implica tu trabajo de curandero. Puede que Niniana no acepte… Y, según ella misma me ha recordado, vale por diez buenos guerreros.

Los ojos de Niniana se encendieron amenazadoramente, pero por prudencia prefirió no hablar.

—Y ahora tú, chico, ¿qué hacemos contigo? —Artor examinó a Perce con mucha calma, caminando a su alrededor, como si el muchacho fuera un caballo de mercado.

Perce aguantó el escrutinio real de pie, callado y respetuoso, mostrando en su rostro la radiante alegría que le producía simplemente encontrarse en presencia del rey supremo.

—Quiero ser un gran guerrero, señor —afirmó—. Seré el mejor de todos los guerreros que tengas a tu servicio.

—Tienes las miras muy altas, pinche —contestó Artor en tono anodino—. ¿Sabes algo?

—No, señor. Pero aprenderé muy deprisa y trabajaré todo lo que pueda. Con su permiso, querría pedirle a Lord Targo que me ayudara a lograr mi destino, como lo hizo contigo, señor. Sólo pido que me permitas empezar a entrenar.

Gruffydd hizo un gesto de inconveniencia. Perce estaba dando por hecho demasiadas cosas; si el rey supremo decidiera sentirse ofendido por lo que le decía este simple pinche de cocina, podría disolverle los sueños en un abrir y cerrar de ojos. Es verdad que Artor apoyaría cualquier propuesta que suscitara el interés del anciano Targo, pero vacilaría en encargarle tareas que minaran su salud.

Mientras esperaban a que el rey tomara una decisión, se oyó una trompeta lejana. Artor se acercó a una ventana y abrió las portezuelas exteriores de madera.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Leodegran viene antes de tiempo.

—Señor, ¿y si Perce pasa a ser el criado de Targo? —intervino Gruffydd—. He hablado con mi viejo amigo y me ha indicado que le gusta sentirse útil. Al tiempo este muchacho atendería con gusto las necesidades de su señor. Sabes de sobra que Targo está cada día más débil…

Con gesto distraído, Artor levantó la mano dando su aprobación, aunque al oír hablar de las fatigas de Targo no pudo evitar fruncir el ceño, disgustado.

—Lo dejamos así, de momento al menos. Y ahora tengo que cambiarme y prepararme para recibir a mis invitados, porque el séquito de Leodegran ya ha llegado a la primera puerta. ¡Maldita sea!

Y como Artor comprendía los miedos que recorren el cuerpo de un joven ambicioso, le sonrió, dándole ánimos tácitamente, y conquistó al muchacho para siempre.

—Una cosa más antes de que te vayas —añadió Artor—. Tu nombre apesta a fogones[5]. Cámbiatelo si quieres servirme como guerrero.

Perce asintió con la cabeza, muy serio.

—Ocúpate de que le den una habitación a Niniana, Myrddion, porque ahora es tu aprendiz. La dejo bajo tu protección personal. Gruffydd, Perce es responsabilidad tuya, así que asegúrate de que encuentre un nombre más adecuado —no había rastro alguno de sarcasmo en las palabras de Artor—. Y ya que este joven cree que puede convertirse en mi mejor guerrero y héroe de los británicos, arregla las cosas con Targo para que comience a entrenar.

Niniana y Perce salieron corriendo, pero Gruffydd no pudo resistir la tentación de detenerse junto a un ventanuco para observar cómo iba subiendo la hilera de cortesanos por el espiralado sendero que llevaba a la cima de la fortaleza.

A la cabeza iba Leodegran sobre un vistoso caballo gris moteado, cubierto con un manto real ribeteado de oro y piedras preciosas que dejaba ver sus espléndidos ropajes. Tras él, rodeada de doncellas y damas de compañía brillantemente ataviadas, marchaba una recatada Wenhaver, sobre un corcel blanco puro. Al caballo no le habían cortado nunca las lustrosas crines, que caían trenzadas, haciendo ondas, sobre un cuello poderoso y arqueado. Para sus vestidos Wenhaver había elegido un color marfil, en inteligente contraste con los tonos intensos que lucían sus damas de honor; destacaba, así, como un lirio pálido y elegante que despunta por entre un manto de capullos silvestres. Armónicamente sentada sobre su delicada yegua, Wenhaver parecía una muñequita, rubísima, envuelta en ropas caras y refinadas.

Los visitantes llegaban acompañados de una larga y pesada recua de impedimenta, con múltiples baúles de madera en los que Leodegran y su hija habían metido ropa como para vestir a toda la corte de Artor. Uno de los carruajes, que venía muy cargado a tenor de cómo traía las ruedas, iba protegido por soldados armados con espadas. Dentro habían escondido la dote de Artor entre otros muchos arcones llenos de paja.

El séquito era enorme, incluso para lo que era normal en Leodegran. Cuando por fin llegó, se detuvo en el patio exterior del palacio de Artor, que estaba alegremente decorado con estandartes de colores llamativos y lleno de criados con librea y soldados uniformados en oro, azul intenso y guirnaldas de flores.

Gruffydd tuvo oportunidad de ver que Wenhaver era muy guapa, algo rechoncha y que venía un poco disgustada. Cuando la ayudaron a bajar de su montura, Gruffydd la vio pisar al soldado que la atendía y se le cayó el alma a los pies. Aunque la joven se disculpó con una sonrisa de oreja a oreja, a Gruffydd no lo engañaba. «Lo que nos faltaba —pensó—, una cachorrita enfurruñada a la que le gusta romper cosas cuando está de mal humor.»

Wenhaver desapareció, cogiéndose el pesado vuelo de la falda para no ensuciarlo al andar. Miró para arriba y cruzó su mirada con la de Gruffydd, que se quedó perplejo al comprobar lo desagradable y antipático que resultaba el gesto de la joven. Claramente, Cadbury se iba a resistir mucho a los encantos de su nueva dama.

—HAY QUE SONREÍR, porque el rey supremo está a punto de casarse —murmuró Myrddion, mientras ordenaba a Niniana que practicara latín con una tiza y una piedra de pizarra.

—Es muy emocionante, señor. Yo nunca he estado en una boda realmente importante, así que lo consideraré parte esencial de mi educación. ¿Qué me pondré? —Niniana sonrió con naturalidad y en ese momento Myrddion se sintió muy viejo—. El día está precioso —siguió Niniana—. He visto criados ahí fuera recogiendo canastos de flores y la pena es que siendo tan hermosas se marchiten y se mueran cuando las cortan. Cuando yo me case, pondré todas las flores en macetas.

—Como ese jardín que has plantado en mi ventana y en todas las superficies planas que has encontrado por mis habitaciones. ¿Cómo van a creer que soy de verdad un demonio malvado y artero, si tengo las habitaciones llenas de margaritas y geranios y… qué sé yo?

Como Myrddion parecía un poco malhumorado, Niniana le besó la mano con una mezcla de coquetería y desenfado.

—¿Señor? —preguntó, recatadamente, con la mirada baja.

—Lo que quieres es atarme con cuerdas, extraerme el cerebro por la nariz y dejarme ahí hasta que me muera viejo y solo —dijo Myrddion bromeando.

Niniana se mostró arrepentida y miró fijamente al anciano, dejándole ver su limpieza de alma.

—Nunca vas a ser viejo, señor —dijo sin vacilación—. Eres el hombre más listo del reino con diferencia. Y el más guapo —añadió entre susurros, haciendo esfuerzos por mantener un gesto anodino.

Habían transcurrido dos meses desde que Leodegran y su única hija llegaran a Cadbury para rendir homenaje a Artor y cerrar los arreglos de la boda. Durante ese

tiempo habían asistido a banquetes y cacerías y habían inspeccionado al detalle la casa del rey supremo. Pero a mediados del verano, se marcharon para que Wenhaver pudiera ocuparse de su traje de bodas y otros preparativos de la ceremonia y Leodegran tuviera tiempo de evaluar los contratos que había firmado para comprarle un reino a su hija.

En cuanto el último dobunio del cortejo abandonó los campos de Cadbury, se produjo un suspiro de alivio colectivo en todos los que habían estado al servicio de los invitados. Durante su corta estancia Wenhaver actuó en público con impecable cortesía y distancia, para que las multitudes de Cadbury quedaran cautivadas con su belleza y aparente refinamiento. Pero los moradores de la fortaleza la conocían mejor. Cuando no tenía delante a la muchedumbre aduladora y se veía libre de la fría mirada del rey supremo, Wenhaver se enfurruñaba, cogía rabietas, tiraba y rompía todo lo que tenía a mano, copas de cristal de roca, pinturas, vestidos, hasta convertir sus dependencias en un cenagal. En Cadbury hacía frío; Cadbury no tenía elegancia; los criados no se inclinaban lo suficiente y, lo más indignante, había una mujer de extraordinaria belleza bien arrellanada en la fortaleza.

Como era de esperar, Wenhaver odió a Niniana desde el primer día que la vio. Se dedicaba a decir a todos y cada uno que Niniana era evidentemente la hija de una bruja que le habían endilgado al rey supremo por alguna nefanda razón que no se atrevía a mencionar, pero hasta el criado más humilde sabía lo que le irritaba la belleza de Niniana, aunque nunca estuvieron juntas en los actos sociales.

—Es sobrenatural, padre, y no la quiero aquí —le dijo Wenhaver a Leodegran antes de irse de Cadbury.

Leodegran suspiró.

—A lo mejor se ha ido cuando volvamos a la boda —contestó con la esperanza de que así fuera.

Igual que Leodegran estaba muy orgulloso de su única hija, las rabietas de Wenhaver le resultaban agotadoras. Y en ocasiones tenía miedo, porque las ridículas cosas que exigía dejaban ver una codiciosa mezquindad de carácter que incluso él, siendo todo lo indulgente que era, consideraba repugnante.

—Afortunadamente pronto será el problema de Artor y no mío —murmuró para sus adentros.

—No tienes por qué ver a la chica, Wenhaver —dijo para suavizar—. Es la aprendiza de Myrddion Merlín, así que estará muy ocupada y nunca va a ir a la corte de Artor.

—Pero ese hombre tiene acceso directo a Artor. El rey supremo debería atender sólo a lo que diga su mujer y no un hijo del diablo que es demasiado viejo como para servir para algo.

Wenhaver lucía un gesto absolutamente enfurruñado.

—Déjame que te de un consejo, hija. No intentes ponerte entre tu marido y sus amigos, porque, atiende a lo que te digo, perderás la batalla y todo el mundo dirá que

eres una cría totalmente estúpida. Por favor, cuídate de decirle lo que tiene que hacer. Artor es el hombre más poderoso de occidente y tú no tienes más que dieciséis años. La corte se reirá de ti y te convertirás en el objeto de todas las burlas —se detuvo—. Pero si consigues regalarle un hijo y heredero, será mucho más fácil de manejar.

—¡Jo! —dijo sacudiendo los brazos—. Puede que Artor sea guapo y fuerte, pero ¡es insoportablemente viejo!

—No es *tan* viejo, pequeña. Dicen que en su guardia personal hay un buen número de guerreros que tienen el mismo pelo y los mismos gestos que los del clan de Pandragón.

GRUFFYDD NO ESTABA muy seguro de que Artor hubiera acertado al aceptar como esposa a esa brujita marrullera. Se veía a la legua que estaba mimada hasta límites insoportables, que era grosera con la gente que consideraba inferior y que despreciaba el esplendor de Cadbury. ¿Dónde estaban las cortinas de lana para evitar corrientes? ¿Dónde estaban las copas de oro y las sábanas delicadas? ¿Por qué Artor no importaba fuentes de cristal de la Gallia para vestir la mesa civilizadamente? Todas las doncellas de Cadbury, además, eran torpes y no valían para nada. Cuando volviera para casarse, se traería sus propias criadas.

Por eso las personas más humildes de Cadbury Tor, los criados de la fortaleza, estaban horrorizados de tener que volver a aguantarla a la vuelta y cuando a sólo dos meses de llegar vieron alejarse al cortejo, no paraban de echar pestes.

Aunque le habían preparado unas habitaciones luminosas y acogedoras, con flores y lujosos aceites perfumados, Wenhaver no apreció nada de lo que hicieron para que se sintiera a gusto. Se quejaba de que la cama era demasiado blanda, y de que los ventanucos no tenían contraventanas para evitar el frío nocturno. Era inútil explicarle a esta maniática que los cristales decorados la protegerían del aire que pudiera entrar. Los criados se inclinaban ante ella, le daban la razón en todos los absurdos defectos que ponía… y la odiaban. Pero ante Artor y ante los nobles de la corte, Wenhaver era la mujer perfecta. Aunque apenas tenía dieciséis años, desde pequeña le habían educado para saber lo que le gustaba a los poderosos. A Artor lo halagaba, lo reverenciaba, le hacía ver que sus palabras la sonrojaban; en definitiva, lo trataba como si fuera el dueño del universo.

Para no extendernos, fue una pena que el rey supremo no se diera cuenta de la espléndida interpretación dramática. De hecho, apenas se fijó en Wenhaver. Simplemente no incidía en sus pensamientos. A la hora de estar con una mujer los hombres de la edad de Artor exigen algo más que bellos mohines y pechos robustos. Para aplacar las necesidades físicas, para poseer un cuerpo fresco, podían ir a cualquier sitio. Pero como Artor ya sabía por experiencia, la legitimidad era todo. Sí, la chica valdría, siempre que le diera un hijo que continuara la línea sucesoria de Pandragón. Eso sí, que no buscara ningún idilio, porque se defraudaría, sin más.

El primer día que conoció a Artor fue suficientemente revelador. Leodegran ya había advertido a su hija de que el rey supremo no era hombre que se preocupara de las necesidades afectivas de una mujer y que no sería particularmente halagador en sus maneras. Ese primer día, cuando el soldado le ayudó a bajar de su montura, Wenhaver estaba de mal humor. El viaje había sido largo, le dolía muchísimo la espalda, le apretaba el vestido y dijo que había pisado al soldado sin querer. ¡Estaba reventada!

Su adorado padre hizo las presentaciones oportunas en medio de muchas florituras y ella se inclinó ante el rey con una reverencia exagerada. Y esperó a que le ayudaran a ponerse de pie. Y esperó. Y esperó mucho más. Levantó la vista y vio que el rey Artor, consciente de lo que pasaba, tenía el semblante frío como un témpano y con claro gesto de reproche. Se había dado cuenta de lo que Wenhaver había hecho.

Pero la joven no estaba acostumbrada a dar cuenta de lo que hacía. Y además, el matrimonio estaba concertado y ella era la prometida del rey supremo de los británicos. Los acuerdos políticos no se rompen tan fácilmente, y desde luego menos porque un simple sirviente tenga un pie dolido. Un tanto acalorada por el sofoco, Wenhaver se levantó y extendió su mano para que la besara Artor.

—Mi señor —musitó, mientras el rey la cogía por las yemas de los dedos y se disponía a besarle uno de los anillos para evitar rozarle la piel.

—Mi señora —contestó con exagerada cortesía.

Y así se conocieron los prometidos y se midieron las fuerzas uno a otro, y no quedaron nada impresionados.

En alguna ocasión Artor sentía verdadera aversión a Wenhaver. La gota que colmó el vaso fue cuando la llevó a que conociera a Targo, el único vínculo que él tenía con sus orígenes.

—¿Tengo que ir, señor? —había preguntado Wenhaver quejumbrosa—. No me gustan los viejos.

Artor se vio obligado a recordar que la chica tenía la misma edad que Gallia cuando se casaron. Wenhaver vio que el rey hacía un gesto de desaprobación y comprendió que había metido la pata.

—Sí, tienes que ir —insistió Artor—. Targo ha sido mi maestro, mi amigo y mi guardaespaldas. Tiene derecho a que le rindas tus respetos.

El tono del rey dejaba pocas alternativas, así que Wenhaver decidió no provocar mayores sinsabores al monarca, al menos hasta que estuvieran formalmente casados. Después ya podrían enviar a ese asqueroso viejo a algún lugar lejano, para que viviera allí retirado, sin ella tener que aguantarlo. Wenhaver tenía una lista cada vez más larga de las reformas que habría que introducir en la corte, una vez que se celebrara la boda.

El encuentro con Targo no fue bien. Wenhaver se mostró distante y fría y torcía la nariz abiertamente asqueada ante la mezcla de olores a viejo, linimentos y cerveza que permeaban las habitaciones. Artor estaba contrariado y las veces que Wenhaver

intentó congraciarse con Targo, no fue nada bien recibida.

El viejo romano supo leer su carácter desde el momento en que entró. Tenía ya muchos años y un carácter irascible como para fingir, así que se dedicó a provocarla sin piedad con comentarios particularmente groseros, incluso para él, que había oído ya todas las vulgaridades del mundo.

Dando muestras de un inaudito sentido común, Wenhaver evitó caer en las trampas que le tendía Targo y se limitó a sonreír con mueca meliflua. Como Targo no daba tregua, Artor hizo un gesto atribulado ante su mentor y sacó a la chica de allí.

Targo sonrió con malicia.

—Artor se va a arrepentir de haberse unido a esa pequeña y malvada brujita, joven Percival. Apunta lo que te digo.

Percival era el nombre que Perce había elegido para que lo llamaran en la corte. Había hablado con Targo del tema, y entre los dos decidieron esperar a mejor ocasión para obtener la aprobación del rey supremo. Pero, mientras tanto, cuando Targo lo llamaba así, le gustaba.

—¿Te he contado alguna vez algo de la única persona que casi llega a matarme? —dijo Targo exhalando un suspiro de placer—. Era la mujer más dulce y más tierna que he conocido. Tenía un cuchillo enorme y se aprovechó del efecto sorpresa. Casi me alcanza, pero conseguí matarla yo primero. Cuando murió me pasé semanas llorando.

Perce miraba fijamente a Targo con gesto de incredulidad.

—No creo que lloraras por una mujer, señor, por mucho que la quisieras. Por Lord Artor, quizá, si estuviera a punto de morir, pero ¡por una mujer! Puede que haya sido pinche, Lord Targo, pero no soy ningún crío al que engatusar con cuentos de hadas.

—¿Me estás acusando de ser un despiadado mentiroso, chico? —rugió Targo.

—Bueno, no del todo, señor —empezó Perce, colorado como un tomate—. No eres despiadado, pero no puedo creer que lloraras por alguien que no consiguió matarte. Estás exagerando, Lord Targo.

Targo emitió un gruñido, pero bajo su aparente brusquedad, se sentía satisfecho de que su pupilo no mintiera, ni siquiera para halagarlo.

Perce estaba tan contento trabajando con Targo, que pensaba que el corazón le iba a estallar de alegría. Targo ya no tenía especial habilidad con la espada, porque a causa de sus problemas óseos le dolían todas las articulaciones. Pero había perdido menos de lo que la mayoría logra aprender en su vida. En cuanto el anciano veía el rostro franco y pecoso de Perce y cómo se movía con las armas en la mano, le venía a la cabeza el joven Artor, cuando aún no se lo había tragado la vorágine del poder.

Como las manos de Targo iban retorciéndose y agarrotándose cada vez más, Perce lo afeitaba todas las mañanas. Por la enfermedad Perce tenía que ayudar al anciano a bañarse y hacerle el almuerzo, para lo cual Perce rebuscaba por la cocina los más exquisitos manjares que pudieran facilitar la digestión de su señor. Con esto

Perce concluía sus obligaciones y Targo tomaba la vez para enseñarle al chico los rudimentos del arte de la esgrima. Y aunque el muchacho no tenía buen contrincante, las lecciones iban bien, porque Targo aún podía mover las piernas, si bien con algo de dificultad, y tenía tal maestría que Perce apenas encontraba hueco para tocar al viejo mercenario. El chico tenía tantas ganas de destacar, que sólo dejaba de entrenar cuando lo reclamaban sus tareas. Al poquísimo tiempo Targo ya no pudo esquivar los toques de Perce, con su espada de madera. Y lo mismo que hizo Targo en su día con Artor, Perce se acostumbró a dormir, interrumpiendo el paso, sobre un sencillo camastro a la puerta de la habitación del anciano.

En más de una ocasión el rey supremo había tropezado con la cama del chico cuando de noche se pasaba a ver a su viejo amigo.

—¿Qué tal es, Targo? —preguntó Artor al anciano una de las noches que Perce dormía tras un día agotador.

—Ojalá tuvieras cien como él. Hay quien nace señor y quien se convierte en señor. Perce es de esta última casta. Es buen hombre, impecable. Me cuida y me acicala como si fuera una madre, ¡malditas sean estas manos! ¿Quién iba a decir que en doce meses se me iban a hinchar los nudillos y a retorcer los dedos de tal manera que ni siquiera consigo sostener una espada?

Targo frunció el ceño y por la mejilla le cayó una lágrima, que no intentó limpiar. Hacía poco más de un mes, todavía montaba a caballo, pero había algo en su cabeza que lo debilitaba día a día.

Artor vio la lágrima y tuvo que reprimir un hondísimo sentimiento de dolor por ese viejo amigo que tenía desde hacía tantos años.

—Me tienen que afeitar y que bañar como a un niño. Maldita sea, no sabes cuántas veces necesitamos estas jodidas cosas —Targo mostró las manos a su señor, agitándolas en el aire—. Odio la debilidad de la vejez, por mucho que con Perce nunca sienta que soy una carga. Dice que es un privilegio servir a un hombre de las legiones. No miente, por eso sé que le compensa quitarme los vomitajos y la mierda sin queja. En pocos meses me he vuelto más enclenque que un bebé. No puedo comer lo que comía y la carne roja me cuaja las tripas completamente. Estoy viejo, y he vivido más de lo que puede vivirse, así que debería estar agradecido de seguir siquiera respirando. Pero lo noto, muchacho, por mucho que intente creer que sigo siendo útil. Que Mitras bendiga a Perce, porque con él he vuelto a sentirme alguien.

Artor le abrazó, rodeándolo por los frágiles hombros y se mantuvo un rato agarrado al anciano.

¿Qué iba a decir para consolarle, si todo lo que Targo había dicho era cierto? Por eso prefirió arropar al viejo como si fuera una madre, un padre o una amante.

Perce se había despertado y estaba observando la escena desde su camastro, contento de que los dos hombres creyeran que estaba durmiendo.

—Tú me sigues siendo útil, Targo. En noches frías, cuando Gallia sólo resulta un recuerdo perdido en lo más hondo de mi memoria, cuando pienso que nunca voy a

poder reconocer a los hijos que tenga Licia, entonces siento que la garganta de Uter se me revuelve por dentro, como si fuera un veneno latente. En esos momentos vengo a tu habitación para ver en tus ojos al viejo Artorex y los recuerdos me hacen feliz durante un rato.

Targo se deshizo del abrazo.

—Como me gustaría haber sido tu padre, muchacho. Aunque habrías sido de una condición mil veces más baja de lo que eres.

Los dos rieron.

—Me gustaría pedirte que Odin nos ayudara dos horas al día para entrenar al chico en el uso de las armas cuando esté instruyendo a Gareth. Yo puedo trabajar el cerebro de Perce, pero Odin puede darle el sentido y el oficio de la batalla. Te aseguro que Perce se convertirá en un buen soldado y te pido que lo aceptes como tal, pensando en mí. Considéralo como el último regalo que te hago.

Artor inclinó su cabeza leonina y cogió la deforme pezuña de Targo entre sus cálidas manos.

—Pide lo que quieras, Targo. Puedes llamar a Odin, quedarte con Perce o con todo el reino, si lo deseas. Eso siempre que estés dispuesto a quedarte conmigo.

—Nada es eterno, Artor, lo sabes. Pero si estoy seguro de algo es de una cosa. Creo que Perce debería sustituirme, cuando yo ya me haya ido a reunirme con los dioses.

—Si es tan bueno, lo tendré en cuenta. Pero nadie puede sustituirte, amigo. ¡Nadie! ¿Quién va a recordarme a mí que soy mortal, cuando tú ya te hayas sumido en las sombras?

—Paparruchas, muchacho. Habrá cola para demostrarte que eres mortal.

Se rieron abiertamente. Al rato quedaron en silencio los dos, sentados, mirando a la chimenea durante largo tiempo.

—¿Hago bien en casarme con esta Wenhaver? —preguntó Artor—. No me gusta mucho.

—Supongo que tienes que casarte con alguien y ésta servirá, si la tratas como si fuera oro molido y toleras su vanidad. Pero yo no confiaría en ella, muchacho. Es superficial y tiene menos cabeza que un chorlito.

—Te escucho, Targo —contestó Artor con sonrisa infantil.

—Y con su cabeza de chorlito enredará todo lo posible, si le da por sentirse provocada —prosiguió el anciano.

—Y lo más probable es que me haga equivocarme, si no miro bien por dónde voy —añadió Artor.

—Tú lo has dicho, chico. Sí. Pero siempre has sido rápido en ver las cosas, justo como este Perce mío —Targo miró con cariño hacia el lugar en que el criado fingía dormir.

—Voy a empezar a sentir celos de Perce, si sigues hablando así de lo que vale. Ya sabes cómo era mi padre.

Artor bromeaba, pero sólo a medias. Y Targo lo sabía.

—Ya, pero al que más he querido siempre ha sido a ti. Y quiero que seas tú quien prenda fuego a mi pira funeraria.

—Deja va esas cosas —advirtió Artor con delicadeza—. Todavía no te ha llegado la hora.

—Pero está cerca, Artor. La noto llegar.

ANTES DEL VERANO, la mañana que se iba a casar, Artor intentaba revivir lo feliz que había sido veinte años antes cuando Gallia se le acercó, con un vestido carmesí y el pelo adornado con flores silvestres. Pero se sintió desolado, como quien ha vivido más de lo que le correspondía.

El día antes había llegado una carta de Aquae Sullis, una carta esperada, pero no por ello menos difícil de aceptar.

El correo que trajo el rollo se inclinó tanto, que la espalda se le curvó como un arco. Artor le dio unas monedas en agradecimiento, respiró hondo y rompió el sello de cera para leerlo.

El texto estaba escrito en un latín muy puro y con bella caligrafía.

A Artor Rex, rey supremo, y hermano político.

Antor, tu padre, ha muerto. Se fue dulcemente en un sueño; agradezco a los dioses que no sufriera. Mi señor estaba contento y en paz por haber cumplido la promesa que te hizo y por haber podido asistir a la boda de sus queridas nietas.

No te reproches, señor, haberlo visto poco. Estaba muy orgulloso de ti y de la confianza que habías depositado en él, y se sentía muy confortado con los recuerdos.

Estaba tranquilo ante la muerte, porque creía con todas sus fuerzas que sus seres queridos lo estaban esperando al otro lado del velo de las sombras. Muchas veces decía que estaba deseando llegar para abrazar a Gallia y a Frith por ti. Se alegraba de morir, porque quería reunirse con su adorada Livinia. Por eso no debemos apenarnos.

He mandado recado a mi marido, que ha decidido estar presente en el momento en que Antor vaya al encuentro de los dioses. Antor prefería que lo inhumaran y que lo enterraran en el jardín de Gallia, con el ataúd debajo de un banco de granito, para que quienes lo visiten puedan sentarse al sol y contemplar la belleza del mundo en el que yacerán sus restos. Está convencido de que los oirá y sentirá la alegría que los inunde. He encontrado un marmolista que ya está trabajando en la lápida de Antor. He decidido que graben una simple frase en latín, en un costado, protegida del viento:

ANTOR FUE BUEN PADRE, ESPOSO, HIJO Y GUERRERO.
UN HOMBRE.

¿Te parece demasiado sentimental? ¿Crees que su alma marchará gozosa con ese epitafio? Me guiaré por lo que aconsejes, porque tú lo conocías mejor que nadie.

Querría enviarte su enhorabuena por la boda, porque Antor estaba contento de que hubieras puesto fin a tan largo duelo. Antor comprendía que el amor entre los vivos tiene prioridad frente a cualquier honor que debamos a los muertos.

Te deseo lo mejor y siempre recordaré lo mucho que te debo. Mi amiga Gallia estaría tan, tan orgullosa de ti.

Villa Poppinidii sigue marchando, como siempre, así que no te preocupes por nosotros.

De Julanna, matriarca de Villa Poppinidii
Escrita por Sisiphus, criado de Branicus
Magistrado de Aquae Sulis.

Artor se quedó llorando un poco y luego le dio la noticia a Targo. Esa última noche, cuando aún no se había casado, el rey supremo y su maestro de armas estuvieron recordando con una jarra de vino muchas de las cosas que Antor había dicho y había hecho en la vida. A la mañana siguiente el rey se despertó con un tremendo dolor de cabeza y una especie de vacío en la boca del estómago. Se vistió con esmero, sumido en pesares y recuerdos.

El día no se presentaba muy propicio y temía el final.

Como Targo insistió en asistir a la ceremonia, Perce lo vistió con sus mejores galas y después se transformó él mismo en el cómplice adecuado para acompañar a un caballero de tamaña distinción. Ayudó a su señor a llegar a la iglesia, mulló unos cojines, para que al sentarse en los duros bancos de madera, que habían encargado a los sacerdotes, no le dolieran las articulaciones. Perce se aseguró de llegar temprano, porque Targo quería mostrarle quién era cada uno de los nobles antes de que comenzara el servicio; durante la ceremonia el joven tendría que colocarse en su sitio, junto a los demás criados, a lo largo de los muros exteriores de la capilla.

A la boda de Artor fueron todos los reyezuelos del país, con regalos a cual más ostentoso y más inútil. Artor estaba asombrado ante la variedad de objetos con que le honraban sus pares y miraba entretenido las fuentes de plata, los distintivos de oro, las vainas ornamentales, los cuchillos de comida, los guantes bordados con joyas, el muy preciado aceite de nardo y hasta un par de sandalias con suela de oro.

Entre los invitados, Targo se fijó en que Llanwith estaba casi calvo y venía

acompañado de su hijo y su nieto, tan parecido a su anciano abuelo que no tuvo problema para reconocerlos y presentárselos a Perce. Afortunadamente para tranquilidad de Aitor, Comac y su nueva esposa, Licia, prefirieron quedarse en casa, porque Licia seguía de luto por su abuelo. Artor escuchó lo que Llanwith contaba de la pareja con evidente deleite.

El rey Luka llegó solo. Ahora andaba con las piernas bastante arqueadas, después de toda una vida a caballo, pero Perce se quedó mirándolo fijamente, con gesto de suma veneración, cuando Targo le contó lo importante que había sido en la formación de Artor como guerrero. Los tres viajeros iban asumiendo el brillo de la leyenda a gran velocidad.

—¡Ay! Los años han volado, muchacho. Han pasado tan rápido. Tienes que recordar todo lo que te cuento del pasado, porque si no, se perderá para siempre.

—Lo recordaré, señor —prometió Perce. Y como no sabía escribir, decidió pedirle a Niniana que le conservara todos los recuerdos de Targo.

—Ah aquí viene el rey Lot. Le llaman Lot el Gordo. Y la mujer que va con él es la reina Morcadés, hermanastra de Artor. Es una mujer bastante estúpida y malvada, que durante mucho tiempo odiaba a Artor. Pero hizo las paces con su hermano cuando Artor vengó la muerte de su hijo, Gaheris, asesinado por Glamdring Ironfist hace unos años.

Sonrió al recordar la muerte del noble sajón.

—Y la bruja de negro es Morgana, hermana de Morcadés. Es una bruja y a veces le llaman la Vidente. Es inteligente y malvada y siempre ha odiado a Artor por lo que su padre hizo a su familia.

Perce miró a Targo, con el rostro lívido.

—Ya descubrirás las diferencias que separan a Artor y Morgana en algún momento, chico. Por ahora simplemente procura evitar a la bruja. Te utilizará para zaherir a Artor, en cuanto encuentre la oportunidad.

Targo sonrió al reconocer a otros invitados, que le devolvían el gesto con un saludo.

—Ese joven apuesto es Galván, el primogénito del rey Lot y de la reina Morcadés, o sea que es sobrino de Artor y príncipe de nacimiento. Técnicamente, supongo, es el heredero de Artor. También es la mejor espada de Bretaña. Se me olvida quién es quién de sus hermanos, todos tienen nombres muy parecidos. Morcadés es boba, pero eligió los nombres de sus hijos para que el mundo nunca se olvidara de su padre, Gorlois. En fin, todo lo más que puedo concederle es que sea una boba obsesiva.

—No será tan estúpida si consigue restregar su derecho de cuna ante cualquiera que sólo pronuncie el nombre de sus hijos —susurró Perce.

—Mira que eres listo, chico —respondió Targo—. La mayoría no se da cuenta de lo que pretende.

—Y ahí está Niniana —añadió Perce encantado; los dos amigos apenas se veían,

ocupados como estaban con sus respectivos tutores.

Myrddion entró a la iglesia y se sentó discretamente detrás de los reyes. Con el traje negro, el cabello plateado y una piel tersa, ya pálida después de tantos años en la biblioteca, destacaba como figura apuesta y distinguida.

Pero Niniana, su aprendiz, eclipsó a las demás mujeres que había en la iglesia. Llevaba su preciosa melena suelta, como correspondía a las doncellas. Iba vestida de gris, a tono con el puesto que tenía, pero no habría habido color que resaltara mejor su etérea belleza. El vestido llegaba hasta el suelo y lucía los brazos, las orejas y la garganta desnudas, sin aderezo alguno.

Cuando divisó a Perce entre los invitados, le lanzó una sonrisa radiante, que le iluminó toda la cara. Más de uno la siguió con la mirada hasta que se sentó detrás de Myrddion y más de un joven se dio cuenta de que se había quedado embobado de admiración.

—Lo que la va a odiar Wenhaver —comentó Targo divertido—. Pero Myrddion es el cerebro más hábil del reino, así que la protegerá.

—¿Qué quieres decir, señor? No entiendo. ¿Por qué iba nadie a odiar a Niniana?

Perce se mostraba tan inocente en esto del deseo, que Targo decidió charlar un día con él largo y tendido sobre temas sexuales.

—Niniana es exquisita. Y tampoco se da cuenta de lo que gusta a los hombres, si tienen las pelotas en su sitio. Esa tosca ingenuidad la hace aún más atractiva, y los más despiadados ven en ella una provocación andante.

Perce soltó un gruñido.

—¿Qué significa ese ruido tan grosero? —dijo Targo enfadado.

—Sería capaz de matar a cualquiera que la obligara a acostarse con él. Una vez vi cómo taladraba el muslo de un arquero con ese pasador que lleva, con tanta saña que el arquero no pudo andar en una semana.

Ahora le tocó reírse a Targo.

—Pero no quería darle exactamente en el muslo, ¿a que no?

—Porque el hombre se movió en el último momento, que si no…

—Castrado —terminó Targo la frase.

Perce asintió.

Targo observó cómo iban llagando los demás invitados.

—Aquí viene el obispo de Venta Belgarum. Veo que se ha puesto bien rellenito —Targo sonrió al recordar la espléndida comida y los vinos tan exquisitos que le ofreció por el cargo sacerdotal. ¡Qué duro resultaba estar al servicio de su dios!

—Bueno, lárgate, muchacho. Te veo cuando esta jodida alianza esté ya grabada en piedra.

En ocasiones Perce se sentía confundido por la manera que tenía Targo de dirigirse a él, lo mismo que les pasaba a la mayoría de los cortesanos que rodeaban al rey. El anciano podía soltar tales groserías que Perce agradecía no tener mujeres alrededor. Y, sin embargo, cuando quería, que no era casi nunca, Targo hablaba como

un auténtico noble. Como era muy inteligente había conseguido reunir palabras y frases elegantes a lo largo de su vida. Pero cuando lanzaba maldiciones y soltaba tacos, era como si Targo quisiera recuperar sus años jóvenes, los años en que había servido a las legiones romanas. Perce comprendía el dilema de Targo, porque él también procedía del mismo entorno de pobreza y había aprendido a hablar al regazo de su madre. La diferencia era que Targo se había pasado la juventud matando y Perce no. El joven era muy religioso y Targo no. En resumen, Perce tuvo oportunidad de aprender lo que Targo sabía sin tener que pasarse la vida ofreciendo sus servicios al mejor postor.

Perce se abrió paso con dificultad entre la masa de criados hasta que logró situarse en un lugar privilegiado desde donde observar la ceremonia.

Al poco rato entraron en la iglesia el rey Leodegran con su hija, que iba vestida de oro y un rojo intenso, con el cabello suelto y ondulado.

Llevaba anillos en todos los dedos y se había puesto tantas pulseras y tantos brazaletes que al moverse lanzaba chocantes destellos de oro. Su rostro expresaba una extraordinaria petulancia, lo cual restaba atractivo a su belleza natural.

La novia y su padre fueron avanzando lentamente por la nave de la iglesia. Keu, que actuaba como Agregado de la Casa del rey supremo, convocó a los grandes hombres de occidente a que se pusieran de pie en presencia del monarca y del obispo de Venta Belgarum. El rey Leodegran y Wenhaver ocuparon su puesto ante el altar, y Artor entró en la iglesia por el presbiterio. Iba vestido de blanco, no aliviado por ningún otro color, en señal de luto por Gallia y en honor a la felicidad que había vivido en un matrimonio tan breve. Llevaba muchos realces de oro, en la corona, la antorcha, los brazaletes y la camisa de malla metálica, que, bañada en el precioso metal, brillaba al sol convirtiendo la figura en un halo de luz. Tras él iba Gruffydd, portando la enorme espada, Escalibor, por la empuñadura.

Artor miró de refilón a Keu con cierto desdén; esa mañana habían discutido porque Keu había pospuesto su viaje a Aquae Sulis hasta que pasara el banquete de bodas.

—Si no vas, obligarás a retrasar la ceremonia de Antor —masculló Artor entre dientes—. Ojalá pudiera casarme por poderes y asistir a las pompas fúnebres de nuestro padre en señal de respeto a él. El banquete no me interesa nada.

Keu bajó la cabeza, fingiendo entender a su hermanastro, pero tenía la mirada perdida.

—Hermano, lo que mi padre querría es que me ocupara de que la boda saliera perfecta. Cuando termine mis obligaciones, me voy. Por lo que cuentan, Julanna se arregla bien con la ayuda de Livinia y Branicus.

«Y te da rabia, ¿no?», pensó Artor con amargura.

Pero no era momento de discutir y quizá Julanna agradecería estar más tiempo sin su marido.

Artor sentía la enorme y cálida presencia de Odin, que permanecía de pie junto a

él y Keu, una figura inmensa, como un signo expreso de poder.

«Dentro de nada Perce estará a la altura de Odin —pensó Targo para sus adentros —. Seguro que tendré oportunidad de verlo, antes de que los dioses me reclamen.»

Miró la erguida espalda de Morgana, que estaba de pie justo delante de él. Bajo el negro del vestido, se le adivinaban todos los músculos, tensos y agresivos.

—Esa pobre mujer nunca perdonará a Artor —murmuró en voz alta, sin preocuparse de las miradas que le lanzaron los invitados que tenía alrededor—. No creo que encuentre la tranquilidad antes de morir.

La ceremonia del matrimonio en sí duró poco y se desarrolló en un tono formal, como si fuera un tratado, que es lo que era realmente. Después la misa se prolongó bastante más, aunque como muchos de los invitados no comulgaban con el dios cristiano, no tomaron parte en el ritual. Targo se sorprendió al ver a Perce situándose discretamente en la cola para recibir la hostia de manos del obispo.

Y después, se terminó la ceremonia. Perce ayudó a Targo a salir de la iglesia lentamente, porque el anciano quería asistir al banquete y tenía que descansar un poco. Al pasar por su lado, Targo se agarró al brazo de Myrddion.

—Señor —dijo Targo, con su desagradable sonrisa habitual—. Tengo verdadero anhelo por conocer a tu aprendiz. La tienes tan ocupada que no ha tenido ni tiempo de visitar a Perce. Mi chico y Niniana son amigos de toda la vida. ¿Podría pasar a verme antes del banquete?

—Viejo verde —dijo Myrddion con una risita, poco habitual en él—. Pues como preferiría que Wenhaver no se topara mucho con ella de momento, me solucionas un problema. Yo tengo que atender al rey supremo y a su esposa, y no sé por qué a la reina no le gusta nada mi pequeña Niniana.

«¿Tu pequeña Niniana?», pensó Targo, estupefacto. Pero a su avanzada edad muchas veces había tenido que morderse la lengua para no ser grosero.

—Muy agradecido, señor —dijo sin más.

Myrddion apartó a Niniana de un grupito de jóvenes admiradores, mostrándole a la chica donde estaban Perce y Targo.

—Targo es el mejor amigo del rey y el mentor de Perce. Quiere conocerte; ya coquetearás con estos jóvenes en otro momento.

—Gracias por rescatarme, señor, porque los encuentro absolutamente estúpidos.

—Y lo son normalmente, pequeña —confirmó Myrddion tajante—. Date prisa o no los alcanzarás.

Niniana se marchó envuelta en el siseo que le hacía la falda al rozar las baldosas del patio de la iglesia, y en ese momento una mujer se hizo paso hasta Myrddion y se descubrió la cara.

—Qué rubia es la dragoncita, ¿verdad, Lord Myrddion?

—¡Morgana! ¿Qué haces arrastrándote por ahí como el monstruo de las leyendas infantiles? Sí, Niniana es muy rubia y tiene muchas de las virtudes de un joven dragón —Myrddion observó cómo desaparecía su esbelta figura gris por las puertas

de madera del palacio, detrás de Targo y Perce. Después se volvió a su antigua enemiga—. El tiempo ha hecho mella en ti, mi señora. Siempre te advertí que la venganza y el odio te devorarían el alma.

Pese a lo incisivo de sus palabras, los ojos de Morgana reflejaban arrepentimiento. La bruja reconocía que Myrddion no mentía y asentía con la cabeza.

El rostro de Morgana era una caricatura de la deslumbrante belleza que un día exhibió. Su melena negro azabache había desaparecido para dar paso a las canas. Seguía teniendo una piel muy fina, pero a plena luz del día se le notaban mucho las arrugas que tenía alrededor de la nariz y de la boca, proporcionándole un gesto de desagrado. Su enfermiza palidez quedaba acentuada ahora por unos tatuajes que le perfilaban los labios en color morado y se extendían por la frente, formando franjas.

—Hay una palabra para referirse a los viejos enemigos que se conocen tanto que casi son amigos —dijo Morgana con suavidad—. No me acuerdo de cuál es, pero siempre que te veo me siento así, Myrddion.

Mientras hablaba, Myrddion se fijó en lo afilados que tenía los dientes.

—Se llaman idiotas —respondió cortante.

—Entonces somos dos idiotas, Lord Myrddion, porque ya pertenecemos a la leyenda de Artor. Sé que tú al final conseguirás lo que querías, porque lo leo en tu rostro y en la oscuridad de mi cerebro. ¿Qué voy a recibir yo? No sé. La diosa no concede a la vidente el poder de predecir su propio destino.

Myrddion cogió las mustias zarpas de Morgana entre sus manos, unas manos todavía fuertes, gracias a tantos años de montar a caballo y tantas horas de practicar la escritura.

—Te revelaré un secreto, Morgana. Algo que no he dicho nunca a nadie. A veces veo el mundo del más allá, o al menos eso creo. Y he tenido una visión que me dice que morirás en el exilio y que bendecirás el día en que tomes tu último aliento.

Con repentino sentimiento de culpa, soltó las manos de Morgana.

—Lo siento, Morgana, porque no tengo derecho a contarte mi sueño. Además, ni siquiera creo en esa basura. Si te he herido, lo siento y te presento mis disculpas.

—¿Recuerdas lo que he dicho sobre los viejos enemigos? —dijo Morgana con una sonrisa, que dejó entrever la belleza que escondían aquellos huesos de un rostro tan demacrado—. Nadie, salvo tú, Myrddion, se atrevería a tocar ni siquiera el bajo de mi vestido, por no hablar de mi cuerpo. Procura no convertirte en un idiota como yo, porque he llegado a la conclusión de que un reino no lo es todo. Yo me he convertido en una criatura que aterroriza tanto a niños como a adultos. Y es verdad que sigo alimentando el odio simplemente por costumbre. Gorlois murió hace muchos años, pero a veces lo único que dejamos a nuestro paso son nuestras antiguas podredumbres, por eso quiero advertirte ahora de tu futuro.

Myrddion nunca había desestimado el poder de Morgana, ya fuera éste fruto de la observación, la inteligencia o la magia.

—Entonces dime lo peor —solicitó.

—Dos mujeres destruirán a Artor. Y las dos están aquí en Cadbury —afirmó Morgana con gesto ausente y sin malicia—. Ya no puedo mantener la cólera que un día tuve, porque el reino fue el peor castigo para Artor, un castigo más cruel que cualquier otra mezquina crueldad que hubiera podido concebir.

—Siempre tan inteligente, Morgana —Myrddion se sentía incomprensiblemente cómodo con la bruja, y no se preocupaba de las miradas y miedos supersticiosos con que los observaban los invitados que iban abandonando el lugar.

—Debes saber que Artor será el más grande de los hombres; así que no has derrochado tu juventud por nada —añadió—. Cuando caigan las estrellas y nadie recuerde nada de lo que hoy conocemos, Artor seguirá en la memoria. Y nosotros también nos convertiremos en criaturas mitológicas, tan etéreos como los fantasmas, porque somos parte de su vida en la tierra. Hay hombres que nacieron para arrastrar una carga y uno de ellos es Artor. Y hay hombres que nacieron para verter lágrimas y Artor es también uno de ellos.

Myrddion clavó su profunda mirada en los ojos de Morgana, ahora de un verde oracular.

—¿Y para qué he nacido yo? —preguntó en tono desenfadado, pese a lo tenso que se sentía por dentro.

—Eso sí que sería predecir, viejo enemigo, ¿a que sí? —Morgana sonrió y desapareció sigilosamente hasta sumirse en la masa que abandonaba el recinto.

Myrddion la observó marchar, aliviado y un tanto decepcionado.

Todo el mundo quiere conocer su futuro, sobre todo si es bueno y está rodeado de felicidad. Pero Myrddion sería el primero en admitir que nadie quiere saber el día y la manera en que va a morir. Y en eso, él no se diferenciaba de los demás.

Se abrió paso hasta llegar a Artor. Se inclinó ante el rey supremo e hizo una reverencia con la cabeza a la reina Wenhaver. Ésta empezó a dar golpecitos con el pie mostrando su enojo.

—Le ruego me permita, señor, darle la enhorabuena el día de su boda. Todos piensan que te has casado con una mujer de extraordinaria belleza y prestigio que proporcionará grandes elogios a la corte.

—Muchas gracias, Myrddion —contestó Artor únicamente—. Pero deja de agacharte y descoyuntarte, porque sabes que me molesta —sólo llevaba diez minutos con Wenhaver y ya notaba que se le estaban exaltando los ánimos.

—Con tu sola presencia, mi reina, haces de Cadbury un lugar de excepcional belleza —siguió Myrddion, sin tener en cuenta alguna a Artor.

Wenhaver se debatía entre aceptar vanidosamente los cumplidos o sentirse humillada ante tanta condescendencia.

—Tienes una aprendiz muy especial —disparó, con un tono de voz que no podía ocultar el rencor con que lo decía—. ¿Qué es lo que te llevó a aceptar a esa criatura bárbara y tan extraña, Lord Myrddion? Mucha gente cree que es una bruja.

—La admití como ayudante por la inteligencia que demostró y por la lógica con

que organiza sus pensamientos, mi reina. Pocas mujeres hay con mente tan incisiva y aún menos capaces de analizar siempre la verdad sobreponiéndose a sus sentimientos. Puede que la llamen bruja porque consigue penetrar en la mente y el corazón de las personas. Pero en la familia de Lord Artor hay brujas realmente poderosas, no Niniana.

Myrddion era un estadista consumado de cortesía intachable, pero al ver la divertida sonrisa de Artor, Wenhaver se dio cuenta de que la estaba menospreciando. Y desde ese preciso instante decidió hacerle a Niniana todo el daño posible para vengar tal insulto a su honor.

—Eres demasiado inteligente para mí, Lord Myrddion —expresó con sonrisa bobalicona.

Al brujo se le oscurecieron los ojos de desprecio.

—Por favor, excusa a este anciano. Tengo que descansar para poder disfrutar de los placeres de tu banquete de bodas. ¿Puedo expresarte mi deseo de que los dioses traigan armonía y prosperidad a tu matrimonio?

—Claro —contestó la joven. Y para dar muestras de su mal humor se esforzó por inclinarse ante el amigo de Artor un poco menos de lo que requería el protocolo, mostrando exagerada locuacidad, lo cual resultaba una insultante parodia de la cortesía.

Cuando Myrddion salió de la sala, pensó lo estúpido que había sido por su parte no tener en cuenta sus reservas iniciales. No debería haber ofrecido al padre de esta mujer tan intratable un contrato de matrimonio que comprometiera al rey supremo con ella. «Nos verá a todos sometidos a los sajones por culpa de su absurda e inútil vanidad —pensó, mientras el eco de sus botas se dejaba oír por el patio—. Y el error fue mío. Tenía demasiadas ganas de encontrar un heredero para occidente»

Mientras tanto Niniana se lo estaba pasando de maravilla en la lujosa habitación de Targo. Estaba bebiendo cerveza con el anciano, algo muy llamativo en una chica bien educada, pero como Niniana le dijo a Targo ingenuamente, le habían educado en las cocinas donde la cerveza era mucho más sana que el agua.

Niniana asintió.

—Gallwyn siempre me dijo que salvo cuando veas que el agua sale limpia del manantial, puedes envenenarte. La cerveza, por eso, es más sana que el agua.

—Tu Gallwyn era una mujer bien sensata —comentó Targo—. Yo he visto a todo un ejército yéndose por la pata abajo por beber agua contaminada —el viejo observó a Niniana con curiosidad, por ver si su lenguaje la ofendía.

Ella simplemente se echó a reír.

—Y ahora, enséñame ese tatuaje que llevas. Lo vi cuando te lo hizo Odin de pequeña, pero entonces apenas tenías dos semanas.

Niniana mostró su talón, de delicados huesos, y se remangó un poco la falda.

—Mira —Targo siguió con la vista parte de la cabeza y el cuerpo del dragón, que parecía casi una serpiente.

—Eso fue por Morgana, la bruja. Te llamaba su pequeña serpiente.

Ordenó a Gallwyn que te llevara a sus dependencias. Quería utilizarte como arma contra su hermano.

—¿El rey supremo? —Niniana se moría de curiosidad. Gallwyn nunca le había hablado de Morgana ni de que la bruja intentara ponerle un tatuaje diseñado por ella en la pierna—. Esta Morgana debe ser muy malvada. Creo que debo conocerla.

—No te enfrentes a la arpía —Targo se alarmó—. Es una mujer peligrosa, Niniana.

Niniana se limitó a sonreír.

—Pero yo también, Targo. Y parece que tenemos tareas pendientes.

Ella y yo. Tendrá que ver que no soy el arma de nadie.

Targo se puso nervioso al ver la luz marcial de la batalla que iluminaba de pronto la mirada de Niniana.

—En todo caso —continuó—, cuando Artor supo por Gruffydd de la tropelía que te habían hecho en el tobillo, encargó a Odin que transformara la serpiente del tatuaje de Morgana en el diseño que tienes ahora.

Niniana sonrió y recorrió la cabeza del dragón, sus alas y las patas que le ascendían por toda la pantorrilla.

—Tatuarme debió llevar mucho tiempo.

—Lo hicieron en una sola noche, pequeña —el viejo sonrió excusándose—. Pero te dolió y Odin al final lloraba como un niño, aunque Myrddion te había dado unas gotas de jugo de amapola para amortiguar el dolor. El pobre Odin tuvo que hacerlo todo muy deprisa, ¿sabes?, porque si no Morgana habría cambiado de nuevo el dibujo.

Perce trajo una infusión de hierbas aromáticas y ayudó al anciano a tomar un poco.

—Bueno, me gusta mi dragón. No lo tiene nadie más. Y aunque digan que es el dragón de Artor, no es verdad. Es mi dragón —Niniana suavizó sus palabras desafiantes con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ay, eres una muchacha estupenda, Niniana —Targo la miró amablemente mostrando los dientes que le quedaban—. Cuánto mejor habría sido que mi Artor se hubiera encadenado a una chica como tú y no a esa paliducha de Wenhaver.

—Te estás alterando, señor —dijo Perce preocupado.

—No, no me estoy alterando. Estoy diciendo sencillamente la verdad —dijo Targo gruñón.

Niniana se acercó y le dio unas palmaditas en la mano, claramente marcada por la edad.

—La cuestión es discutible —sonrió a Perce—. Mira, por fin he podido encajar la palabra. ¿Ves, Perce, lo lista que empiezo a parecer? —Niniana se volvió hacia el viejo—. No me casaría con Artor, aunque me lo pidiera.

—Y ¿por qué no? —Targo se sintió un tanto insultado.

—Creo que ya quiere a otra. Cuando decida casarme, quiero ser única para mi marido —contestó Niniana sin más.

Targo la sonrió. Era rápida y sensible, no cabía duda. Pero ¿sobreviviría a la corte que Wenhaver iba a crear? ¿Tenía la fuerza y la astucia suficiente para caminar en un nido de víboras sin que la mordieran?

Cuando Targo le comentó lo que pensaba, la chica se rió con más ganas todavía que antes.

—Yo voy con Lord Myrddion. Hubo diez hombres que murieron por mí y logré sobrevivir al asesinato de mi madre y al frío de las aguas. Que tengan cuidado las víboras, porque les aplastaré la cabeza.

Targo miró profundamente a los ojos de Niniana y descubrió en la joven una capacidad de violencia despiadada que Wenhaver nunca tendría. Se quedó un poco amedrentado ante esta muchacha tan delicada.

—¡Por todos los dioses, pequeña! Te ruego que no fastidies a Artor en el proceso. Fue él quien te salvó, para que crecieras segura en los brazos de Gallwyn y castigó al hombre que había asesinado a tu madre. La profecía que Morgana la Vidente vertió sobre ti es que arrebatarías el cerebro del reino. Y me disgustaría mucho que fueras tú la que en último término destruyeras todo lo que Artor ha construido.

Le trastornaba tanto pensar que alguien pudiera hacer daño a su rey que Targo empezó a temblar. Niniana se arrodilló delante de él y le puso las manos en su corazón.

—Nunca lo haría, Targo. Nunca haré daño conscientemente al rey porque le debo la vida. Y le rindo mis respetos. Mírame a los ojos y comprueba que no miento.

Targo se quedó convencido. No vio nada que le fuera a quitar el sueño o por lo que tuviera que preocuparse.

—¿Myrddion es amable contigo? —preguntó. Hablaba con tono algo brusco para ocultar su rubor.

—¿Amable? No y tampoco querría yo que fuera simplemente amable. Me organiza el cerebro para que vea el mundo como es, me enseña a leer latín y a aplicar la lógica. Me hace practicar horas y horas, igual que tú intentas que Perce repita mil veces la misma postura con la espada, y me encanta. Me gustaría que los días fueran más largos para aprender más del hombre más erudito de todo occidente.

Esa lealtad tan absoluta provocó la sonrisa de Targo.

—¿El más erudito, Niniana? ¡Eso sí que es buen piropo!

—Porque se lo merece. Nadie ha trabajado más desinteresadamente para afianzar el reino de Artor. ¡Nadie! Ha dedicado a esa tarea toda su vida.

—Y ahora está agotado, como yo —dijo Targo bromeando con tono serio.

—¡No! —protestó Niniana en un arrebato de ira. Perce quiso intervenir, pero Targo lo disuadió haciéndole un gesto con la mano—. Es apuesto y fuerte. Myrddion sigue en forma y todavía monta a caballo mejor que muchos guerreros. Es ágil mentalmente y me hace reír, sobre todo cuando me cuenta a lo que juega cuando se

topa con algún idiota o algún vanidoso. Mi señor no es viejo, por mucho que lo piense a veces.

Targo adivinó un cierto tono de tristeza en la voz de Niniana que le llevó a pensar si Myrddion, quién sabe, habría encontrado por fin la horma de su zapato.

—Va siendo hora de que descansemos todos, pequeña. Los banquetes son eternos y este viejo sólo puede enfrentarse a tal ordalía si duerme un poco antes. Y ahora, dame un beso para recordarme cómo era eso de ser un apuesto y joven soldado.

Niniana accedió de buen grado.

—Creo que eres un viejo travieso que en su momento tuvo más mujeres de las que le correspondían —replicó sin alterarse, en un estilo nada adecuado para una joven dama bien educada.

—Sin duda, querida, son incontables. Pero de momento este viejo cuerpo tiene que contentarse con soñar contigo.

—Qué bonito —contestó Niniana y salió bailoteando de la habitación de Targo.

—Myrddion Merlín lo tiene difícil —murmuró Targo.

—¿Perdón, señor? —preguntó Perce.

—Estaba sólo pensando en alto, muchacho. Los viejos somos así de bobos.

Perce ayudó al anciano a meterse en la cama. Targo cerró unos ojos cómplices y se sumió en un sueño ligero.

CAPÍTULO XIV

EL GUSANO DE LA MANZANA

PUEDE QUE EL paraíso haya existido alguna vez. Las enseñanzas hebreas y cristianas hablan con entusiasmo del Edén y de su naturaleza perfecta, pero los seres humanos no admitimos ni apreciamos semejante estado ideal. Si le preguntaran a Targo, diría que el Edén resulta aburrido y por ese defecto quizá es por lo que el bien que tenemos en el mundo se ve constantemente minado por el afán de conseguir metas emocionantes y que apelen a la fruta prohibida.

Artor había creado un pequeño paraíso en Cadbury Tor, en el que afortunadamente no cabía el tedio, teniendo en cuenta los enemigos implacables que lo acosaban. Aunque echara de menos el placer de las termas romanas, Artor seguía pensando que las corrientes de los ríos, con sus limpias aguas, cumplían perfectamente su papel, incluso aunque durante el invierno tuviera a veces que romper el hielo. Los campos crecían fértiles y cuidados, la fortaleza era un prodigio defensivo y tanto la bulliciosa ciudad de abajo como el palacio de arriba estaban bien planificados y organizados para evitar la enfermedad. A la hora de hacer cualquier cosa, Artor siempre tenía en la cabeza las costumbres romanas referidas a la higiene, lo cual beneficiaba a la población de Cadbury.

Pero hasta las manzanas más dulces y jugosas pueden encerrar peligros difíciles de percibir a simple vista. Desde dentro, el gusano va retorciéndose, horadando poco a poco y devorando la pulpa sana, hasta que todo el fruto ennegrece y se pudre. Como el propio gusano de la manzana, los problemas de Artor iban a llegar pronto desde dentro.

El banquete de bodas fue un anticipo del deterioro que habría de venir. Desde la misma mañana del día de la boda, Wenhaver invadió las dependencias de Artor con su séquito de criadas, sus vestidos, sus montones de ropa arrumbada, sus ungüentos y sus fruslerías. Viendo que se iba a armar la gorda, Artor ordenó que llevaran su vestuario a un pequeño grupo de habitaciones donde podía pensar tranquilo y disfrutar de la soledad.

A Wenhaver no le gustó la reorganización, pero lo pasó bien en la boda. Era la que lucía mejores joyas, entre ellas las que le había regalado Artor, y no pudo resistirse a ponérselas. Era la que tenía el pelo más dorado, mucho más bonito de color que el rojizo de las hijas de los reyes del norte y el castaño de las del sur; y el

vestido había eclipsado a todos los demás, mucho más caro y suntuoso.

O eso es lo que creía ella hasta que vio a la aprendiz de Myrddion a la salida de la iglesia cruzando el patio.

¿Cómo se atrevía a estar ahí ese día? ¿Por qué estaba tan atractiva de gris, si todo el mundo sabe que el gris es el color de las grandes damas y de las mujeres mayores? ¿Por qué se arremolinaban los jóvenes a su alrededor? ¡Y el pelo! Esa imbécil era bárbara hasta la médula.

Wenhaver siguió pensando y lanzando improperios. Esa obsesión de Artor por rodearse de personas absolutamente indecentes iba a terminarse, si le dejaban intervenir en el tema. El rey y la reina deben rodearse sólo de aristócratas, no de extranjeros y meretrices sin abolengo alguno. Y en cuanto a Myrddion, cuando le hizo la reverencia mostró una condescendencia insultante hacia la reina. No se agachó lo suficiente ante ella y encima tuvo el atrevimiento de sermonearla hablando de las virtudes de Niniana, sin mencionar en ningún momento la paciencia y el aguante que ella estaba teniendo.

Varias de las criadas tuvieron ocasión de comprobar su potencia de voz, hasta que Wenhaver consiguió controlarse un poco y lo único que acallaba en ella la sensación de haber sido vejada era pensar en lo esplendorosas que habían lucido sus galas durante los festejos. Para el banquete nupcial había decidido ponerse un vestido de hilo de oro, porque le favorecía mucho y resaltaba aún más su belleza rubia. Y cuando estaba enfrascada en prenderse la última de sus joyas, Artor llamó cautelosamente a la puerta.

—Pasa —dijo con coquetería, lo cual ya puso a Artor en guardia de inmediato.

Cuando vio su esplendor, Artor se quedó helado, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¿Qué significa ese silencio, marido? —preguntó Wenhaver amenazadoramente —. ¿Te molesta mi vestido?

—Estás esplendorosa, pero a mí me educaron a la romana —Artor intentaba por todos los medios salir de allí—. No pretendía ofenderte.

—¿A la romana? ¿Cómo se ofende a la romana, marido?

Wenhaver sonreía con dulzura, pero a Artor no lo engañaba. A lo largo de los años había aprendido lo peligrosas que pueden ser las mujeres cuando se cuestiona algo de su aspecto. Y de manera poco inteligente, intentó explicarse.

—Mi madrastra, Livinia, nunca se ponía todas las joyas juntas, porque creía que lucir sólo una o dos piedras extraordinarias era, con mucho, más elegante que llevar un número exagerado de ellas. Pero Livinia murió hace muchos años y no tengo ni idea de lo que dictan ahora las modas.

A medida que Artor iba hablando, Wenhaver se enfurecía más.

—Si no te importa esperar fuera, termino de arreglarme y te recojo —contestó la reina antes de cerrarle la puerta de golpe en las narices.

Artor se estremeció al oír el estrépito que hizo al volcarse un valioso mueble

árabe. Después escuchó el grito de una de las criadas y apretó inconscientemente los puños para no saltar de irritación.

—¿Cómo vas a arreglártelas para salir de la noche de bodas, imbécil? —murmuró en voz baja, pero en cuanto oyó que Wenhaver abría la puerta y salía por el pasillo tuvo la precaución de dibujar una amable sonrisa en el rostro.

Le congratuló ver que se había quitado la mitad de las joyas y estaba mucho mejor.

—Los invitados esperan, esposa.

—Claro, marido. Sólo tienes que abrir paso —contestó Wenhaver con peligrosa dulzura.

«¡Y una puta mierda! —pensó Artor con la rudeza propia del soldado—. Esta bruja quiere ponerme una anilla en la nariz y llevarme de acá para allá como si fuera su perro de compañía. Y no sobreviví a los ataques de Uter Pandragón para convertirme en su juguete.»

En el banquete Wenhaver disfrutó razonablemente de los encantos de Artor. Estaba sentada en la cabecera de la mesa del gran salón como una auténtica reina, mientras Artor le daba de comer pequeños bocaditos que cortaba con el cuchillo y le servía él mismo el vino. De vez en cuando le decía algo al oído y ella enrojecía y sonreía llena de satisfacción.

Desde una mesa más baja Myrddion hacía muecas de horror y Llanwith no quitaba ojo de los gestos de disgusto que ponía su amigo. Miraba al rey, a la reina y luego otra vez a Myrddion, que intentaba trinchar con esmero una pechuga de pollo.

—Me tienes intrigado, Myrddion. ¿Qué pasa?

—Mira a Artor —Myrddion susurró al oído de Llanwith—. ¿Te parece que ese solicito enamorado es el hombre que conoces? Algo le ha hecho ella para trastornarlo —pinchó con la daga un trozo de pollo y se lo comió con fruición.

Llanwith observó a la pareja de amantes y poco a poco se le fue mudando la cara. Estaba alarmado.

—Cuando se enfada, tiene la misma expresión que su padre.

Myrddion hizo otra mueca de espanto.

—¡No será verdad! Si Wenhaver fuera un poquito menos vanidosa y estúpida, le advertiría que no es inteligente perder el tiempo en tonterías con un hombre como Artor. Pero está convencida de que puede manipular al rey supremo para que haga las cosas a su manera.

—En eso no creo que consiga mucho.

—No, pero esta mema sufrirá intentando molestarlo. Él se ha pasado el día pensando en Gallia y en Licia. Así que tiene los nervios de punta.

Llanwith se quedó pálido.

—Yo no me atrevería a pronunciar esos nombres, Myrddion —susurró—. Tenemos que ser discretos.

—Estoy preocupado, Llanwith. Muy preocupado.

En un rincón, donde se sentaban personas de la nobleza baja, Niniana se lo estaba pasando estupendamente. Targo, junto con Perce, Odin, Gruffydd y otros jóvenes soldados que se parecían demasiado al rey supremo, no hacían más que cortejarla. Y ella disfrutaba del juego.

Niniana no se había preocupado de cambiarse de vestido, esencialmente porque tenía tres y los otros dos no eran muy adecuados. Además, si la reina ya iba a eclipsar a todas las mujeres de la sala nupcial, ¿quién se iba a fijar en una aprendiz?

Cuando volvió de ver a Targo, Myrddion le lanzó un hatillo de tela. La joven lo cogió con buenos reflejos y notó que pesaba mucho.

Cuando desenvolvió el paquetito, vio algo como de plata. Era un collar de eslabones de plata, unidos por delante por un gran disco del mismo metal en el que había un pez grabado. En sus manos relucía como si fuera una cadena de escamas radiantes. Niniana se quedó boquiabierta de sorpresa.

—¿Esto qué es? —preguntó.

—¿Te has quedado sin palabras, mi pequeña parlanchina? Sí, ya te explicaré la palabra mañana. Este collar es muy antiguo, y ahora no te puedo contar la historia, pero me dijeron que es de electrón y que es más antiguo que los propios celtas. Era de mi madre.

—Señor, no debes dejar que me ponga una joya tan bella —Niniana devoraba el collar con la mirada, pero estaba totalmente decidida a devolvérselo a su señor.

—Cógelo, Niniana. Si vas a asistir al banquete, necesitas ponerte algo y no quiero que crean que mi aprendiz tiene poca gracia para arreglarse. Piensa que me haces un honor, si te lo pones.

—Bueno, muy bien, Máster Myrddion, pero ¿cómo me lo voy a poner? No tiene broche.

—Ven aquí, pequeña. Y levántate el pelo.

Obediente, Niniana bajó la cabeza para que el pelo le cayera por la cara, dejando al desnudo su blanco cuello. Myrddion simplemente le puso la cadena por la cabeza.

Niniana se volvió a echar el pelo para atrás y entre los dos intentaron soltar algunos rizos que se le habían enredado a la muchacha en el collar. Al notar el contacto con los dedos de la joven, Myrddion se retiró como si hubiera tocado fuego.

—Es precioso, Niniana. Siempre he tenido este collar, pero nunca he conocido a la mujer que, a mi juicio, pudiera llevarlo. Y le va perfectamente a tu color —Myrddion estaba balbuceando y lo sabía.

Ahora, en el banquete, con su vestido gris y luciendo el extraordinario collar, más de uno de los más importantes invitados la miraba, preguntándose qué escondería ese vestido gris. Cuando Niniana se echaba para atrás muerta de risa, mostraba un cuello terso, pálido y esbelto que muchos querían besar.

Y había una mirada en concreto que anhelaba verla agonizar, con los ojos abiertos de par en par.

Pero Niniana estaba al margen de lo malo que pudiera ocurrirle y Myrddion se

hallaba demasiado lejos para protegerla. Afortunadamente Odin parecía oler el hedor de la crueldad en la sala y sintió que se le ponían los pelos de punta por la nuca, como si presintiera algo. Como las leyes de Artor impedían que nadie entrara en el salón armado, Odin sintió la inminente necesidad de echar mano a su espada, pero no la tenía. Con arma o sin ella, Odin juró que protegería a la joven e inteligente muchachita hasta que volviera con su señor.

A su debido tiempo los jóvenes más lanzados pidieron un baile, y desde su elevado trono, Artor les sonrió y les dio su permiso. Niniana no había dado un paso en su vida, pero de pronto toda una procesión de soldados se la rifaban para dar vueltas con ella y cogerle los dedos mientras intentaban torpemente reproducir alguna pieza por la sala o el patio del palacio. La melena de Niniana volaba como un estandarte plateado, las faldas giraban al ritmo de la música, dejando ver sus delicados tobillos y todo el mundo, o todos los que miraban, se dieron cuenta de que llevaba un dragón tatuado en la pierna.

Artor y Wenhaver se habían puesto de pie para ver el baile. Wenhaver, que había bebido ya demasiado vino, se fijó en el collar de electrón y notó que la sangre empezaba a hervirle por dentro.

—La aprendiz de Myrddion se lo está pasando muy bien —susurró—. Puede que demasiado, para lo que exige la buena educación, así que voy a indicarle que un comportamiento tan escandaloso no está precisamente bien visto.

Artor miró a su esposa. ¿Qué pretendía ahora?

—Es muy joven, esposa, y se ha educado lejos de la corte. Déjala que disfrute un día; mañana Myrddion la tendrá moliendo hierbas, recogiendo sapos o aprendiéndose el nombre latino de buen número de remedios. Mi leal consejero es un instructor muy duro.

—Pues no puedo imaginar a ninguna mujer decente y educada que quiera recoger… el sudor de… los sapos. ¡Qué asco!

Artor se rió, viendo el garbo con que Niniana giraba, dando una vuelta en círculo, con su falda gris convertida en campana y con el pelo y el collar resplandeciendo a la luz de las antorchas, como si fuera agua.

—¡Es tan natural, que sería absurdo reprenderla!

En cuanto lo dijo, Artor se dio cuenta de que había elegido mal las palabras, porque los ojos de Wenhaver echaban chispas. El collar que lucía Niniana era espléndido, por la elegancia de su sencillez, por lo extraño que era y por su belleza. Como mujer que adoraba las alhajas sobre todas las cosas, Wenhaver ansiaba tenerlo a toda costa y su irritación iba en aumento.

Después observó el tatuaje de Niniana.

—¿Qué tiene en la pierna, Artor? —preguntó con voz algo chillona.

—¿Dónde? —replicó, con cara pálida. Se le había olvidado completamente el tatuaje de Niniana.

Como Wenhaver pocas veces se explicaba cuando no la entendían, Artor estaba

empezando a enfadarse con tanta exigencia enigmática.

Igual que un grano de arena va formando una perla en la concha de la ostra, el egoísmo y el ego de Wenhaver empezaban a generar en el rey una bola de nervios, pero el fruto de su enojo no iba a ser precisamente una gema.

—Esa especie de tatuaje que tiene en la pierna la aprendiz de Myrddion —insistió Wenhaver muy seca.

A Artor no le gustó el tono de la reina e hizo caso omiso de las horribles arrugas que de repente le surgieron alrededor de la boca.

—Es una marca de propiedad, querida, para decirle al mundo que está bajo mi protección —contestó dirigiéndole a su esposa una mirada fría y concluyente—. Es el Dragón de Bretaña.

«Que esta estúpida zorra piense lo que quiera», pensó rotundamente.

Artor sabía hacer más cosas que provocar a su nueva esposa, pero ya estaba harto de su comportamiento. El niño, Artorex, habría actuado con tacto y consideración, pero Artor se estaba acordando de lo que oyó cuando Wenhaver le cruzó la cara a una criada. Frunció los labios y se negó a pronunciar una sola palabra más, ni siquiera para rebajar la indignación de Wenhaver.

Wenhaver pasó entonces a concluir la siguiente estupidez.

—¡Entonces es tu mujer! ¿Y permites que ande pavoneándose delante de mí?

La reina iba subiendo el tono, cada vez más estridente, consiguiendo sobreponerse a la música y acallar el bullicio de voces en que se sumía la sala. Los instrumentistas dejaron de tocar y los que bailaban se vieron de pronto detenidos en sus movimientos, sin entender nada.

—¿Cómo te atreves a cuestionar a tu rey, mujer? —La voz de Artor helaba los sentidos—. Debes tener muy poco seso y muy poco entendimiento para lanzar improperios contra tu marido el mismo día de su boda y en presencia de todos los invitados. Vas a tener que aprender rápido lo que son normas básicas de cortesía.

Si Wenhaver hubiera sabido lo que significaba esa mirada contundente y gris, se habría echado para atrás, igual que lo hicieron todas las demás personas de la sala. Pero Wenhaver era boba, mimada y se iba haciendo cada vez más perversa.

Se volvió contra su marido.

—¿Qué significa entonces cuando dices eso de que lleva tu marca? Yo soy tu esposa y no lo voy a tolerar —Wenhaver dio un pisotón al suelo para reafirmar la frustración que sentía.

—En ese caso, querida, disfruta de tu noche de bodas sola.

Artor se limitó a marcharse de la sala y la dejó allí, impotente y humillada. Wenhaver tuvo que aguantar y recibir las apresuradas felicitaciones de los invitados, las personas más notables del reino, que se disponían a marcharse por no enfrentarse a la violencia que irradiaba su mirada. A su alrededor se creó un muro de silencio que la hacía invisible.

—¡Santo cielo, por el amor de dios! —gruñó Myrddion—. Pero ¿qué ha hecho

ahora? Tendrías que haber ocupado el sitio de Artor —le dijo a Llanwith—. A lo mejor podrías haber acelerado la despedida de los invitados y decir algo para suavizar las cosas. Les podríamos haber dicho que la reina estaba algo nerviosa pensando en la noche de bodas. ¡Sí! Ya sé que es un poco grosero, pero quizá se habrían tragado la bola. Wenhaver no tiene más que dieciséis años, justo la mitad que Artor —Se volvió hacia Luka.

—¿Luka?

—Sí, te veo venir. Quieres que acompañe a la joven dama a sus aposentos y que la tranquilice —dijo Luka con resignación—. ¿Por qué me tocan siempre las tareas más peligrosas?

—¿Preferirías convencer a Artor de que tiene que cumplir con su deber como esposo? —contestó Myrddion muy en serio—. A lo mejor te haría caso.

Luka quedó algo turbado.

—No, no, amigo mío. Déjame que suavice las cosas y consuele a la reina —le imponía verdadero respeto la ira de Artor.

Myrddion se dirigió a las nuevas dependencias de Artor.

—Esa niñata estúpida —murmuró entre dientes.

Cuando Luka se acercó a Wenhaver, Leodegran ya estaba con su hija, dando rienda suelta a su mal humor. Tenía el pelo muy revuelto y no paraba de dar golpecitos con el dedo a su hija, a la altura del hombro.

—Las reinas nunca se comportan como niñas mimadas y ¿dónde vas a ir, si Artor te repudia? Lo tiene fácil, así de fácil —chascó los dedos—. Eres una jovencita estúpida, Wenhaver. Has conseguido que todos los notables del reino vean lo estúpida que eres. ¿Con quién te crees que estás tratando? Me daré con un canto en los dientes si mañana no se presenta a las puertas de mi casa, con todo el ejército, por lo que has hecho hoy y por los insultos que le has lanzado.

—¡No lo va a hacer! —susurró Wenhaver—. ¡No le pienso dejar!

Leodegran se echó a reír sardónicamente, pero de lo enfadado que estaba, le dio un golpe de tos.

Luka se insinuó entre Leodegran, que estaba colorado como para darle un ataque, y su hija, que de repente se sentía arrepentida.

—Mi reina, permíteme acompañarte a tus habitaciones —dijo suavemente—. Tu padre está enfadado y no debemos decir cosas de las que luego nos arrepintamos.

—No, no pienso ir a ningún sitio contigo. ¿Dónde está mi esposo?

—Artor no tendrá que responder de nada, si decide eliminar cualquier rastro tuyo de la fortaleza —gritó Leodegran—. ¡A ver si consigues que entre en razón, Luka! ¡Nadie más puede hacerlo! —Luka reconoció después que al hombre estaba a punto de darle un infarto.

—Ven conmigo, majestad —ordenó Luka—. No conviene que estéis padre e hija gritándoos en público.

El rey Leodegran pareció darse cuenta entonces de la escena que estaba montando

delante de los boquiabiertos criados y de unos cuantos aristócratas rezagados. Hizo un amago de reverencia a Luka y a su hija y salió haciendo aspavientos.

—¿Cómo me puede decir esas cosas? —dijo Wenhaver con voz quejumbrosa, que traicionaba tanto su juventud como su ignorancia—. ¡Soy su hija! ¡Y soy la reina!

Luka sonrió, le cogió una de las manos, le dio unas palmaditas y la cogió del brazo para escoltarla hasta sus habitaciones. Hacía años que había aprendido a atender a mujeres llorosas hablándoles con suavidad, como si fueran bebés, o caballos. Y sabía que tanto unos como otros respondían bien a sus solicitudes. Los despojos del banquete que dejaban atrás, las luces a medio arder, el vino derramado y los enormes sabuesos sajones devorando lo que quedaba por las mesas daban muestra como un testamento mudo de una celebración que había salido terriblemente mal.

Wenhaver seguía sin entender lo arriesgado de su postura.

—¿Dónde está Artor? Quiero hablar con mi marido —exigió, pese a tener los ojos envueltos en lágrimas.

—Majestad, permíteme el atrevimiento, eres tan sumamente joven. ¿Te haces idea de lo que acaba de suceder? ¿No entiendes que pueden anular tu matrimonio? Con todo respeto, señora, el rey supremo no es un hombre al que se le pueda dar órdenes, ni avergonzar; nadie debe hacerlo, ni sus amigos más íntimos. A mi no se me ocurriría humillar nunca a Artor en público y eso que lo conozco desde que él tenía doce años.

Wenhaver intentó, sin conseguirlo, aparentar que no le importaba.

—Él fue quien empezó la discusión. Yo tenía razón para oponerme a que la puta de mi marido estuviera en el banquete —Wenhaver torció el gesto y Luka, no lo pudo evitar, pensó lo poco atractiva que se ponía cuando se dejaba arrastrar por los celos.

—¿A quién te refieres, mi reina? —preguntó Luka.

Las pálidas mejillas de Wenhaver enrojecieron. Y como habían llegado a sus dependencias, la joven se detuvo.

—Hablo de la aprendiz de Merlín —dijo altanera—. ¡La zorra de Niniana!

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó Luka en actitud beligerante, acorralando a la reina contra la pared—. Has provocado la escena más inadecuada de la historia de Cadbury; te arriesgas a perder la cabeza y la vida de tu padre, ¿todo porque crees que Artor ha tomado a Niniana como amante?

—Sí… —balbució Wenhaver, y siguió peleando—. Sé que es así. Me dijo que el espantoso tatuaje que llevaba en la pierna la convertía en propiedad suya.

—Señora, puede que me odies por decirte eso, pero estás siendo terriblemente estúpida.

De manera eficaz, pero sin escatimar un solo detalle de cómo nació Niniana ni de cómo se vengó Artor del asesino de su madre, Luka explicó a la reina por qué la joven llevaba el tatuaje del Dragón.

—Pues debió explicármelo todo y entonces no habría habido discusión —se reprochó Wenhaver como un niño malhumorado.

—¡No, señora! Artor no tenía por qué contarte nada, porque es el rey. Ha matado personalmente a más hombres que criados tiene tu padre en palacio y es el único escudo que poseemos para protegemos de la invasión sajona. Está cansado, después de doce años de guerra y ha habido que persuadirlo de que se case con una niñata estúpida, que desde que ha llegado no ha hecho más que exasperarlo.

Luka sabía que Wenhaver no iba a entender hasta qué punto había soliviantado al rey. Y de nuevo intentó recurrir a la verdad para hacerle entrar en razón.

—Olvídate de las tonadillas de amor que imaginas alegran el matrimonio. Olvídate, también, de las mentiras que te han contado todos estos años. Artor es un hombre maduro y nunca se sentará a tus pies como un perrito faldero, ni te adorará por tu belleza. ¡Nunca! No te ama y dudo que te ame algún día. No tengo ni idea de las libertades que te ha permitido tu padre, pero Artor no es Leodegran, porque, si no, tu padre sería el rey supremo y no Artor. Artor no admite que se le diga lo que hay que hacer, no se lo admite a nadie, salvo, quizá, a Targo o a Myrddion.

—¿Ese viejo apestoso y ese… ese…?

—¿Qué? —preguntó Luka con tono amenazador.

—Iba a llamarlo bastardo, a Myrddion —replicó Wenhaver toda orgullosa.

Luka puso los ojos en blanco y volvió a intentarlo.

—El padre de Artor, Uter Pandragón, era un líder nato, de fuerza sobrehumana, cruel y despiadado hasta la médula. Fue Myrddion quien consiguió que Uter se mantuviera atento al gobierno en beneficio de los pueblos britanos. Y fue Myrddion quien encontró al joven Artor, quien lo pulió para que se convirtiera en rey supremo a la muerte de Uter, y quien lo ha guiado hasta ahora. No hay quien lo emule en inteligencia y sabiduría. Y en este momento, ese mismo hombre, ese hombre al que tanto desprecias y al que pretendes llamar bastardo, está intentando convencer a Artor de que eres demasiado estúpida como para que se te condene a muerte. Si no lo consigue, puede que te ejecuten antes de que amanezca.

Esto, por fin, logró callar a Wenhaver. Poco a poco se iba dando cuenta de que su persona no era tan sacrosanta.

—¿Qué es lo que te ha puesto tan en contra de Niniana esta vez? No finjas, Wenhaver. Te he estado observando. Estás tan celosa de su belleza que te sale espuma por la boca. ¿Qué es lo que ha hecho esa joven para molestarte tanto esta noche?

—No… Ella no… —Wenhaver se echó a llorar, pero Luka estaba implacable.

—¿Qué? Vamos a analizar qué bobada es la que ha provocado todo este lío.

—Me gustaba su collar. ¿Por qué tiene que tener una cosa tan bonita? —Wenhaver se limpió las lágrimas con el puño y se las ingenió para aparentar que tenía cinco años. Hasta Luka, un hombre bien duro, sintió pena por una niña tan egocéntrica, incapaz de entender las consecuencias que podían tener sus celos.

—¿Has arriesgado el reino por un collar? —repitió Luka—. ¿Un collar que no te podrías poner, porque no te quedaría bien con tu tono de piel?

—Pero es tan bonito. Artor debería habérmelo regalado a mí.

—Chiquilla, me da la impresión de que les ahorraría a todos un montón de tiempo y de disgustos si te estrangulara en este momento por las tonterías que sigues diciendo. El collar no lo regala Artor. Pertenece a la herencia de Myrddion y fue él quien se lo dio a Niniana, ¡no Artor!

—Pero yo lo quería —respondió Wenhaver sin más, como un niño cariacontecido.

—Pues no puedes tenerlo, querida. Artor adora a Myrddion y se preocupa de él mucho más de lo que nunca se preocupará de ti. A Myrddion le gusta Niniana y por eso le dio el collar a ella y no a ti. Tú le has tratado como a un leproso, ¿de qué te iba a dar nada? Si Artor quiere una mujer, la toma. Sus aventuras no significan nada, porque a Artor le arrebataron el corazón y lo perdió hace ya mucho tiempo, y tú no tienes la inteligencia suficiente como para cambiar el corazón de Artor.

Cogió a la muchacha por la barbilla.

—Sólo voy a decírtelo una vez, Wenhaver. Te recomiendo que hagas caso del consejo de un anciano y que dejes de llevarte por delante a todo el que encuentres por Cadbury Tor. La gente de este reino adora a Artor y si molestas al rey, te van a odiar al instante. Pero si eres lista y consigues dar a Artor un heredero legítimo, entonces te puedes convertir en la mujer más poderosa de occidente. Si fallas, pasaras a ser una don nadie, olvidada y abandonada. Y tienes que dejar en paz a Niniana, porque Artor realmente mató a nueve inocentes, y a un sólo culpable, para descubrir al guerrero que asesinó a su madre.

Luka miró fijamente a los ojos de Wenhaver para ver si había entendido algo del consejo que acababa de darle.

—¿Alguna vez ha habido alguien que mate a diez soldados por ti?

Luka solía ser el más sensible de los hombres, pero en esta ocasión dijo lo único que Wenhaver no perdonaría ni olvidaría jamás: puso en duda su valía. A Luka, Niniana le parecía realmente una buena chica y amaba a Myrddion; y por las ganas de pinchar el globo de la vanidad de Wenhaver, metió la pata.

Wenhaver cerró la boca de golpe y se aclaró los ojos. Sentía algo que nunca había sentido en el interior de su conciencia, un miedo a no ser realmente la mujer más bella o más valiosa del mundo entero. Como el ácido, el miedo la fue devorando por dentro hasta que encontró un rincón donde agazaparse y crecer. Wenhaver, a su modo, era tan valiente como su esposo e igual de despiadada si se le presentaba la ocasión, pero ahora esa férrea seguridad que tenía en sí misma comenzaba a resquebrajarse.

Wenhaver en realidad no había odiado a nadie hasta ahora, ni a nada, si es por eso. ¿Para qué perder el tiempo odiando, cuando nadie puede alcanzar el pedestal en que estás subido? Pero si Artor podía mandarla de vuelta a casa con su padre o mandar que la ejecutaran con sólo mover un dedo, entonces ella ¿qué valía? Y lo que era más, si una humilde aprendiz podía generar la admiración de reyes y cortesanos bien curtidos, y si el rey supremo había asesinado a diez hombres por Niniana,

cuando ésta era sólo un bebé, entonces Wenhaver no podía reclamar ninguna superioridad ni física ni moral sobre ella.

—Quizá lo mejor sea que te vayas a la cama —dijo Luka—, y que reces para que Artor venga a verte. Yo rogaría además que Myrddion no tenga en cuenta los insultos que has vertido contra él y contra su ayudante, y que convenza a Artor de que te dé otra oportunidad.

Wenhaver siguió el consejo de Luka, pero en su cabeza rondaba un único pensamiento: «¿Qué valgo yo?»

DESPUÉS DE MUCHAS súplicas, de mucha zalamería y de una auténtica imposición por parte de Myrddion para que afrontara la situación, Artor se encontró a la puerta de las habitaciones de Wenhaver. Odin, que sabía todo y no decía nada, sonreía, a su manera un tanto extraña, mientras Artor esperaba apoyado en la pared intentando en vano recobrar un mínimo entusiasmo para el ejercicio de seducción que le tocaba hacer.

—Bueno, ¿qué hago? ¿Llamo a la puerta de mi propia habitación? —preguntó Artor a Odin, claramente irritado—. Tú que pareces saber de todo, Odin, ¿qué hago?

—Es una mujer —dijo Odin muy parco—. Y te está exasperando; así que, ¿qué más da?

—¿Qué más da, efectivamente? —murmuró Artor para sus adentros y abrió la puerta de una patada.

Entró a grandes zancadas y se introdujo en un caos total.

Myrnia, la doncella, intentaba ordenar las consecuencias del mal humor de Wenhaver, procurando por todos los medios no llorar de dolor. Le habían golpeado en la cara y con tal fuerza que tenía cortes en la mejilla.

La reina estaba echada en la cama, cariacontecida, vestida con una camisola vaporosa, excesivamente sofisticada, que con la que resultaría imposible dormir, pero que cuadraba con la idea femenina de lo que una mujer seductora debía ponerse en su noche de bodas. Artor se hizo idea de la situación en un instante, mientras que Wenhaver se acariciaba la melena muy sonriente, como si de súbito se le hubiera pasado todo el enfado.

Artor decidió que ya era hora de desconcertar un poco a esa zorrilla.

—¿Odin? Ven aquí —ordenó.

Wenhaver se quedó perpleja cuando Odin tuvo que agacharse para caber por la puerta. Por un instante pensó que la iba a estrangular, esa bestia inmensa.

—Ayuda a esta pobre chica a limpiar todo este lío tan improcedente y llévatela a que le curen la cara. Myrddion se ocupará de que no le quede cicatriz.

Sin decir nada más, Artor levantó el rostro de Myrnia y le pasó los dedos con suavidad por los moratones y los arañazos, que se veían claramente en uno de los lados.

Se le crispó un poco el rostro.

—Por favor, su Majestad. Ya estoy bien —balbuceó Myrnia, agradeciendo la delicadeza con lágrimas que le caían de unos dulces ojos pardos—. No hay necesidad de molestar a Lord Myrddion.

—Haz lo que te digo, Odin —ordenó el rey—. Y asegúrate de que esta bella muchacha se vaya a dormir pronto. Ha tenido un día muy difícil.

Wenhaver estaba con la boca abierta y frunció el ceño de manera amenazadora, pero la mirada gélida que le lanzó Artor la mantuvo callada. Myrnia se iba a enterar. Visto lo visto, ¿dónde iba a ir una criada?

Odin empezó a doblar telas y a colocarlas en el arcón que tenía abierto Myrnia. La chica resoplaba con los ojos llorosos intentando no hipar demasiado alto. Como los dos criados trabajaban al unísono, pronto la habitación estuvo ordenada.

—Llévate a Myrnia y haz lo que te he dicho —ordenó Artor con resolución—. Creo que me las podré arreglar sólo con una estúpida.

—Me ocuparé de la muchachita —respondió Odin con discreción y una sonrisita en la mirada, divertido de pensar lo que iba a pasar allí.

—Sé que lo harás bien —afirmó Artor cortés.

Cuando Odin y Myrnia salieron de la habitación, tras la correspondiente reverencia, Wenhaver se sentó al filo de la cama.

—Desnúdate, mujer —ordenó Artor sin más preámbulo—. Aunque estoy muy enojado contigo, Myrddion me ha hecho ver que fui un tanto negligente al no decirte antes de que se celebrara la boda para qué quiero una esposa. Y pretendo arreglar esta situación de inmediato.

Wenhaver habría discutido, pero Artor se puso un dedo en los labios obligándola a callar, con lo que tuvo que tragar saliva y aguantarse la necesidad de replicar.

—Mi esposa será siempre una anfitriona generosa y educada y nunca, nunca me llevará la contraria ni discutirá conmigo en público. Soy el verdadero hijo de Uter Pandragón y el rey supremo de todos los británicos. Y tú, te guste o no, no eres más que una mujer. ¿Me explico?

—Sí, pero…

—En mi casa ya no hay peros —sonrió con lascivia—. Y llevas una ropa ridícula.

Wenhaver intentaba mostrarse seductora, retirándose los peripuestos encajes de la camisola para dejar al aire los hombros, pero Artor hizo como si no la viera.

—He considerado la posibilidad de mandarte a casa con tu padre, pero Myrddion me ha obligado a darte una segunda, y última, oportunidad. Cree que quizá valgas la pena, pese a todo el trastorno que has causado. Si no demuestras que estás capacitada para ser mi reina, anularé el matrimonio. No creas que eres la única princesa presentable que hay en estas tierras.

Artor se quitó la camisa y la ropa interior. Tenía un cuerpo escultural, dorado y musculoso. Wenhaver se quedó boquiabierta al ver la piel tan extraordinaria que tenía.

—Ahora péiname. Tu obligación es ver que deseo para agradarme y no al contrario. No esperes ninguna amabilidad por mi parte hasta que aprendas a controlar tus modales y tu carácter.

Amedrentada por vez primera ante la desnuda masculinidad de su marido, Wenhaver salió disparada a buscar un peine de hueso y un cepillo de cerda de jabalí. Artor se sentó y se soltó las trenzas para que Wenhaver le desenredara los nudos. El cepillado le provocó una sensación agradable y la joven notó que mientras le pasaba los dedos por los rizos, al rey se le destensaban un poco los agarrotados músculos de la espalda.

Wenhaver estaba acostumbrada a que adolescentes y jovenzuelos la reverenciaran, pero Artor era el primer hombre realmente maduro que había conocido porque, en palabras de Wenhaver, su querido padre y tíos casi no contaban.

Cuando tuvo el cabello desenredado del todo, Artor se quitó los pantalones y las botas de cuero y se quedó de pie, desnudo frente a ella.

Wenhaver dio un pequeño gritito, porque no había visto nunca a un hombre desnudo, ni tenía rasero por el que evaluar la belleza masculina de Artor. Le habían dicho que el rey iba con frecuencia con mujeres y que las elegidas nunca se habían quejado ni de su cortesía ni de su pericia amorosa.

Pero Wenhaver no tenía experiencia y no estaba segura de lo que se esperaba de ella, ni qué decir, si había que decir algo.

—¡Ponte de pie, mujer!

Wenhaver obedeció. Por dentro estaba temblando, pero intentó dibujar una sonrisa de complicidad. A Artor no lo engañaba. Sabía que era una niña-adulta a la que tenía que dominar. Y entonces puede que madurara y dejara de tener esa insoportable arrogancia.

Extendió primero una mano, luego otra, recias y vigorosas; y en cuanto aquellas palmas rigurosas, acostumbradas a la espada, entraron en contacto con su piel, Wenhaver se sobresaltó. Entonces, el rey de un tirón rasgó su acicalado atuendo que dejó abierto hasta la cintura.

La delicada tela resbaló por los hombros de la joven y dejó expuestos sus amplios y exuberantes senos.

Wenhaver abrió la boca para decir algo, pero Artor volvió a ponerse el dedo en los labios.

Wenhaver temblaba.

—Quítate eso —bramó Artor.

Pese a su fingida afectación, Wenhaver nunca había visto a un hombre sexualmente excitado, y tenía miedo. Artor le pasó la mano por los cabellos y fue resbalándole los dedos por las orejas y por el cuello. Con un movimiento rápido le dio la vuelta hasta tenerla de espaldas y presionó su cuerpo contra las cálidas nalgas y la suave espalda de la muchacha. Le cogió los senos, ahuecando las manos, y empezó a excitarle suavemente los pezones.

Sorprendida, Wenhaver notó que los pechos se le endurecían y se contoneó para hundirlos aún más en las manos del monarca. Artor sonrió divertido y se lanzó a estimular y seducir a su esposa. No era Gallia, pero si no la miraba, podía imaginar que lo era. Con los labios le mordía suavemente el cuello y con las manos exploraba las suaves ondulaciones de sus nalgas. Como Wenhaver se estremeció, Artor la miró con ojos atentos y bastante crueles, pero Wenhaver no pudo verlo.

A medida que el rey iba descendiendo más, recorriendo con las sensibles yemas de los dedos el cuerpo de Wenhaver, la muchacha se dio cuenta de que el matrimonio tenía ventajas que nunca había imaginado.

—Tu cuerpo me pertenece, mujer; es mío para hacer con él lo que quiera. Y en presencia de toda la asamblea de nobles británicos juraste que me pertenecía, así que no te me resistas. Además, Wenhaver, eres bella; eres un melocotón ardiente y dulce que pienso devorar.

Lo decía con un tono monótono, como si estuviera comentando un plan de guerra o una excursión al campo. Wenhaver no tenía ni idea de qué hacer, ni si tenía que contestar.

Hasta entonces nadie se había atrevido a traspasar la intimidad de su cuerpo, por eso le sorprendía que Artor consiguiera tal magia de una forma tan diestra y tan distante. Después de un rato de caricias y suaves besos, a Wenhaver ya no le importaba si el rey pronunciaba siempre su nombre ni si le profesaba amor eterno. Nunca había pensado encontrar placer en el lecho nupcial, por eso se sorprendió cuando Artor la penetró. Y sin saber cómo, notó que su cuerpo, tras un breve momento de dolor, respondía gozoso a las artes del rey, abandonándose a sus incitaciones.

Artor sonreía, sin que el rostro reflejara el placer físico que estaba experimentando. Wenhaver respondía con tanta pasión como Gallia; incluso con más, porque estaba saboreando nuevas sensaciones y quería volver a sentirlas una y otra vez, a medida que Artor la adiestraba en las prácticas amatorias.

Era una alumna ávida y ansiosa.

—Eres una zorrita insaciable, ¿a que sí, mi reina? —murmuraba mientras la penetraba con fuerza, hundiéndola entre las sábanas—. Puede que seas novicia, pero vas a aprender pronto.

Wenhaver tenía el cuerpo empapado de sudor, mientras abrazaba con las piernas la cintura del rey, y se movía instintivamente con balanceos que le procuraban placer. Por un traicionero instante, al rey le pareció ver la cara de Gallia bajo su cuerpo, y eran los pechos de Gallia y los muslos de Gallia los que estaba estimulando cuando llegó al clímax.

Cuando ya no pudo más gritó el nombre de su primera esposa y aunque fuera sólo por esa sensación de placer físico, sintió que todavía tenía vivo el corazón, algo que no había sentido en muchos años.

Por un momento Artor estaba agradecido a su esposa, porque le había hecho

sentir algo más que el puro deseo pasajero. En ese instante sí surgió la posibilidad de tener un matrimonio duradero y feliz, pero la joven no supo reconocer el agradecimiento que asomaba a la mirada de Artor. Estaba centrada únicamente en sí misma y en lo mucho que valía.

Instintivamente se dio cuenta de que en cuestión de sexo era una profesional en potencia. En las neuronas de su cerebro se mezclaron el regocijo de haber descubierto su maestría con el placer del acto sexual, pese a que todavía estaba jadeante, satisfecha y exhausta, experimentando esa dulce sensación de miembros y músculos derretidos. Pero su egocéntrico narcisismo reapareció en clave de venganza.

—¿Quién es Gallia? —reclamó, intentando respirar hondo.

Artor se volvió para el otro lado, dándole la espalda. Se sintió herido y abandonado y no quería que su esposa lo viera tan abatido.

—Fue la primera chica de la que me enamoré. Murió con dieciocho años; yo era algo mayor. No tienes por qué temer a un fantasma. Y si consigues llegar a ser la mitad de lo que Gallia fue como mujer, estaré satisfecho contigo.

Wenhaver debió notar que el rey hablaba con voz más grave. Y aunque había disfrutado mucho físicamente con el acto sexual y con el saber hacer de su marido, seguía debatiéndose interiormente con el miedo, alentado en parte por la abyecta alarma que le provocaba que Artor pudiera hacerle algo.

—¿Era tan guapa como yo? —preguntó sin malicia, aunque sospechaba que una de las mayores debilidades de Artor radicaba precisamente en los recuerdos y en la angustia que estos recuerdos le creaban.

Puede que Wenhaver fuera boba, pero demostraba tener buena intuición, sobre todo cuando se veía espoleada por el instinto de supervivencia. En la cálida oscuridad de la alcoba, decidió adoptar una actitud petulante y echar más leña al fuego.

—No era ni mucho menos tan bella de cara como tú, ni tenía un cuerpo tan bonito, Wenhaver —Artor suspiró—. Pero la gente la quería porque se reía mucho y odiaba la violencia, por encima de todo. Las hormigas y las arañas podían estar tranquilas, porque no las iba a tocar, pero era capaz de luchar como una leona, y hasta de matar, para defender a la gente necesitada. Cuando logres reproducir mínimamente este tipo de actitudes, entonces serás una auténtica reina.

—Si era tal dechado de virtudes, ¿por qué no fue reina de los británicos? —preguntó Wenhaver incisiva, soltando sin querer el desprecio que sentía y los celos que le provocaban unas cualidades que no tenía.

—Era romana —contestó Artor para cerrar el tema—. Y ahora déjame, que quiero dormir.

—¿Romana? —cacareó Wenhaver complacida, pese a que pretendía habérselo susurrado a las sábanas—. No creía que los reyes celtas aceptaran tener encima a una romana —se le escapó una risita, pero la contuvo medio tapándose la cara con la almohada.

Pero Artor la había oído.

Se levantó hecho una furia. Se le habían ido ya todos los sentimientos de gratitud y todos sus propósitos condescendientes. Nadie, nadie ni nada con un hálito de vida, iba a reírse de la memoria de Gallia.

Wenhaver se estremeció, cuando el rey empezó a hablar.

—¡Ándate con mucho cuidado, esposa! El placer de la cama no implica una fusión de almas y mentes. Tienes un largo camino por delante, para demostrarme que eres algo más que una mocosa mimada y estúpida, muy inferior a una pinche de cocina, y además mucho menos dispuesta y menos curtida. Mi hermano es romano, mi madrastra era romana y el cristal de esa ventana que tanto te gusta es romano. Pero a diferencia de los romanos, tú no te lavas lo suficiente y me repugnas.

Wenhaver se quedó helada, con la boca abierta, dando un gemido de sorpresa.

Como todas las celtas educadas, Wenhaver se lavaba el cuerpo en cacharros de agua cuando era necesario y la cara y las manos, todos los días. Nadie había osado decirle nunca que se aseaba poco.

Artor recogió su ropa sin preocuparse de vestirse, porque si un rey decidía estar desnudo en su casa, así estaba.

—Si te reclamo alguna noche, tienes que bañarte entera y lavarte el pelo con aceites limpiadores. No voy a compartir cama con una celta que se mofa de los hábitos romanos, y menos cuando está a años luz de ser perfecta. ¿Me entiendes?

Wenhaver estaba tan enojada, tan visceralmente enojada, que casi se muere, de la furia y la irritación que le ardía por dentro. No pensaba en nada; su obsesión era devolverle el golpe y herirlo más de lo que él la había herido a ella.

—Hemos consumado nuestro matrimonio, esposo. Ahora no me puedes repudiar. Si no te gusto como soy, a lo mejor no debíamos vernos.

Artor se arrodilló, bajó la cabeza y extendió las manos.

—Lo siento, esposa mía; echaría de menos ese cuerpo tan lozano.

Cuando levantó la cabeza la joven se dio cuenta de que se estaba riendo de ella, y que la observaba con mirada pétrea.

Artor se levantó y cada movimiento suyo era un insulto.

—Señora, sobreviviré sin ti.

NO HAY MAYOR impotencia que no poder devolver el golpe a quien te rechaza de plano. Puede que las personas habiten esta benévola tierra nuestra hasta el ocaso de los tiempos, pero hasta entonces seguirán siendo las mismas torpes, maliciosas y violentas criaturas de siempre, unas criaturas que quizá no hayan aprendido nada que las acerque un poco a la sabiduría.

La mañana siguiente a la tempestuosa celebración, Wenhaver se levantó temprano, con una cara que no mostraba especiales bondades.

Myrnia miró amedrentada el despiadado gesto de su señora y rezó para no estar presente en el momento en que se desencadenara la inevitable tormenta, que seguro

que descargaría su furia sobre la cabeza de algún incauto. Probablemente la suya.

—Myrnia, necesito un balde enorme, como para meterme entera. Y que sea impermeable, si no quieres que te arranque la piel a tiras antes de que te toque limpiar todo el desaguisado —Wenhaver lanzó a la criada una sonrisa cruel—. Ya puedes procurar elegir bien, porque quiero lavarme a diario.

Myrnia se quedó helada. No tenía ni idea de por dónde empezar a buscar. Asintió con la cabeza, hizo una reverencia de cortesía y salió disparada de la habitación, intentando por todos los medios no llorar de frustración y de miedo. Mientras iba corriendo por el pasillo, oyó que su señora estaba llamando a gritos a las otras criadas.

—¿Qué hago? —murmuraba Myrnia, frotándose sus manos encallecidas, como si fuera una anciana—. Y ahora, ¿qué hago?

Cegada por las lágrimas, se dio de bruces con Myrddion y Niniana, que estaban discutiendo amigablemente. Musitó algo, se inclinó exageradamente, para excusarse y se habría esfumado de no ser porque Myrddion la cogió del antebrazo.

—¡Para un momento, hija! ¿Qué es lo que te apura tanto, que pareces un peligro público?

Myrnia tragó saliva y miró sucesivamente a Myrddion y a su ayudante con ojos aterrorizados. Y entonces, para espanto de Niniana, la chica estalló en un mar de lágrimas.

—Lo siento, Lord Myrddion, pero la reina me ha dicho que le consiga una bañera. Quiere que se la lleve a sus dependencias antes de mediodía y no sé dónde encontrar una. Siempre has sido muy bueno conmigo y ya casi no me duele la cara, pero no me puedo quedar a explicarte más… Si supiera lo que tengo que explicar. ¡No sé ni lo que es una bañera!

Las últimas palabras las pronunció entre gemidos de angustia.

—Volverá a golpearme si no se la llevo, señor —dijo llorando amargamente, todavía con las marcas entre morado y verde de los moratones que tenía en la mejilla.

Myrddion y Niniana se intercambiaron miradas de exasperación.

—Has tenido suerte de encontrarnos, bella dama —dijo Myrddion con una sonrisa—. Estoy seguro de que mi aprendiz sabrá exactamente dónde buscar.

Niniana casi fulmina a Myrddion con la mirada, mientras la joven mantenía los ojos bajos.

—Desde luego —dijo Niniana para tranquilizar a la aturullada muchacha—. ¿Pero para qué quiere un baño? ¿Por qué no se mete en el río?

—Supongo que el río y las pozas están muy frías, o no proporcionan intimidad —contestó Myrddion educadamente—. Lo que hay que averiguar es por qué la reina ha decidido de repente adoptar la costumbre romana de la higiene.

Myrnia se quedó como estaba, como si Myrddion hablara en chino.

—A lo mejor podríamos hacer una de madera —dijo Niniana, pensando en voz alta—. No, se iría el agua, a no ser que la untáramos con brea, y entonces no serviría

para bañarse.

Siguió dándole vueltas al tema.

—Las bañeras no se venden en el mercado.

—¡Ajá! —dijo Myrddion que parecía sumido en sus pensamientos—. Vamos a ver.

—¿Ver, qué, señor?

—Venid conmigo.

Las dos mujeres fueron detrás de él, mirándose sin entender nada. Salieron de palacio, cruzaron el patio de acceso y descendieron por el serpenteante camino que llevaba a la ciudad. Myrddion saludó con una sonrisa de oreja a oreja a los soldados que holgazaneaban junto a las murallas. A Niniana le entraron ganas de darle un sopapo, para quitarle tanta altanería. En resumen, Myrnia estaba aterrorizada y Niniana muriéndose de curiosidad.

—¿Dónde vamos, señor? —preguntó, un poco falta de aliento por lo deprisa que iban.

—A ver a Glaucus, el que hace sarcófagos.

—¿A quién? —Niniana se paró en seco, igual que Myrnia, que estaba a punto de llorar del miedo y la ignorancia que tenía.

—Un sarcófago no es más que un nombre extravagante para un ataúd de piedra —explicó Myrddion, como si estuviera dando una conferencia—. Hay romanos que al morir no quieren que los entierren, sino que depositen su ataúd sobre el terreno, mientras que otros deciden yacer bajo tierra. Y también hay romanos, y muchos celtas, que quieren que se les incinere, la cremación.

—¿Pero cómo puede haber gente que desee yacer bajo tierra?

—Glaucus no tiene mucho trabajo, así que también hace utensilios de cocina y cosas para el mobiliario. Como buen empresario romano, siempre está atento a lo que salga.

Estuvieron dando vueltas por la ciudad, doblaron una esquina, luego otra, y pasaron por el mercado, donde los agricultores tenían su mercancía expuesta sobre la hierba. Manzanas, peras, frutos secos en cestas de mimbre, huevos envueltos en paja, pollitos vivos, conejos y patos en jaulas hechas con bastones de sauce, y todo tipo de panes y bizcochos llenaban la plaza de ruido, de olores y del bullicio propio de la compraventa.

Un hombrecillo cheposo y retorcido vendía palomas, pichones y codornices vivas; una mujer mayor, que se había levantado de madrugada para coger setas, líquenes, hongos y buen número de hierbas aromáticas, ofrecía su mercancía colgada de un poste de madera. La curiosidad de Niniana era tal, que se habría quedado allí, pero Myrddion hacía seguir a las niñas, como si fueran dos pollitos. Nada más entrar al mercado, las faldas que llevaban se les mojaron y se les ensuciaron por abajo del barro que había por las callecillas, aunque consiguieron evitar el estiércol de los lechones, las terneras, incluso de algún potro que había en jaulas.

Al rato, Myrddion se detuvo frente a una cabaña hecha de madera y yeso, alegremente pintada y miró admirado la cantidad de ataúdes que había fuera de la casa. Ocupando el lugar de honor había un receptáculo de cuarzo, con forma de cuerpo humano, y una tapa que semejaba a una mujer de amplias y redondas caderas. Se parecía muchísimo a la diosa Andrómeda.

Si le quitaban la tapadera, tenía el tamaño y la forma perfecta para lo que necesitaban.

—Creo haber visto esto antes —se dijo Myrddion para sus adentros.

Dio con su bastón de mando en la pared de la entrada a la cabaña.

—¿Dónde te metes, Glaucus, viejo bribón? Tienes clientela. ¡Sal ya y deja de holgazanear por ahí!

De las cabañas vecinas que había detrás de la casa principal llegaba un sonido de martilleo. Estaba claro que Glaucus tenía varios sirvientes con mucho trabajo.

El comerciante resultó ser un romano celta enorme y robusto de sonrisa empalagosa y manos grasientas. Llevaba un delantal de cuero que le cubría su más que considerable panza y atufaba a una mezcla de sudor, serrín y pescado.

—Lord Myrddion, mi humilde morada está abierta para todo lo que necesites. ¿En qué puedo servir a un hombre de tan exquisito buen gusto?

Myrddion se sentó al sol sobre la tapadera del ataúd de piedra y aceptó el vino que le ofrecían y trajeron al instante. Niniana mordisqueaba un higo, mientras que Myrnia parecía exactamente una efigie de piedra. Estaba a punto de estallar de lo nerviosa que se encontraba.

—Estoy interesado en el sarcófago de Andrómeda. Dicen que fue un encargo que el cliente no quiso aceptar. ¿Por qué no lo quiso? El comerciante se puso colorado y Niniana vio que estaba intentando rápidamente descubrir si se había metido en algún lío.

—La dama en cuestión deseaba un lugar para descansar, muy duro y muy duradero. Y para eso se usa normalmente el cuarzo, señor, porque todo el mundo sabe lo dura que es esa piedra. Pero no le gustaba el color. Le pareció ofensivo que fuera negro. ¿Y qué haces en esos casos, si eres decente? No quiso pagar el encargo y luego insistió en que lo quería de mármol, así que para cuando encontré ese material, apenas había ganado nada. Después esa cretina decidió que no le gustaban las vetas verdes del mármol, y yo le dije que eso o nada, y que estaba dispuesto a llegar hasta el rey supremo, si no me pagaba lo que me debía.

—Y por eso tienes aquí el sarcófago de Andromeda.

—Correcto, señor.

—¿Es impermeable, Glaucus?

—Absolutamente, señor. No podemos arriesgarnos a que los cadáveres vayan por ahí rezumando humores.

Myrddion musitó algo, expresando su conformidad, mientras Niniana intentaba no vomitar el higo que se había comido. Myrnia se limitaba a mirar con la boca

abierta.

—¿Cuánto? —preguntó Myrddion.

Glaucus dijo una cifra que provocó una carcajada en el anciano.

—Estoy seguro de que el rey supremo te perdonará la broma y el intento que has tenido de engañarlo.

Al instante, Glaucus reconsideró el precio y llegó a una cifra que seguía pareciendo desorbitada, pero que Myrddion aceptó. El anciano se escupió en la mano para cerrar el trato.

—Pero el acuerdo implica algo más: tienes que llevar a Andrómeda a las dependencias de la reina antes de mediodía. Si llegas tarde, no hay trato. ¿Entiendes los términos que te presento, amigo?

El comerciante asentía con la cabeza de manera compulsiva.

—Sí, mi señor, porque tus deseos son órdenes. Pero ¿quién me paga?

—Mándame la cuenta a mí y yo se la entregaré en persona al rey supremo. Pero no me falles.

Glaucus parecía ofendido.

—Una cosa más, Glaucus. No necesito la tapa. Quiero que la destruyas y la tires. Personalmente. ¿Me explico?

—Sí, señor, tengo que deshacerme de la tapa.

—No deshacerte, amigo, quiero que la destruyas. Como alguien vea esa tapa, vas a pasarlo muy mal.

Cuando iban de regreso a la ciudadela, Niniana hizo la pregunta de rigor.

—¿A la reina le va a gustar bañarse en un ataúd? —preguntó—. A mi me encantaría usarlo, pero no me imagino a la reina Wenhaver disfrutando del baño en semejante receptáculo.

—Por supuesto que no pienso decirle que es un ataúd —contestó Myrddion muy contento—. Y estoy seguro que Myrnia tampoco le dirá a Wenhaver lo que es Andrómeda, ¿verdad, hija?

La criada negó con la cabeza, tan vigorosamente que Niniana creyó que se le iba a salir de cuajo.

—Bueno, pues como ninguno de los tres pretende contarle a Wenhaver nada relacionado con su bañera y como Glaucus va a destruir la tapa, estoy seguro de que la reina quedará satisfecha.

—Yo tendré la boca bien cerrada, señor —prometió Myrnia—. Y además, ni me acuerdo de cómo se llama eso.

La aventura del sarcófago, como lo llamaba Niniana, resultó ser una solución perfecta. Nadie en Cadbury Tor poseía un objeto de uso cotidiano tan bello, con lo cual Wenhaver estaba inmensamente complacida por la suerte que tenía.

No ocurría lo mismo con el personal de la cocina, que soltaba sapos y culebras por tener que calentar tantísima agua para llenar la bañera, ni con los soldados y criados que cumplían la tarea de llenar y vaciar el receptáculo en las dependencias de

Wenhaver cada vez que a la reina le entraban ganas de utilizarlo. Como además en Andrómeda vertían pétalos de rosa, aceites y perfumes para suavizar la piel de Wenhaver y hacerla más atractiva, la reina se deleitaba con sólo pensar que tales placeres también eran exclusivos. Así que Andrómeda tenía un doble valor para la señora de la corte.

Cuando se bañó por segunda vez, Wehnaver ordenó a Myrnia que se acercara a las dependencias de Artor para dejarle un mensaje.

—Le dices que estoy impecable —ordenó a la aterrorizada criada que no entendió el significado de las instrucciones que le habían dado.

Cuando Artor se presentó en las habitaciones de Wenhaver en respuesta al críptico mensaje recibido, casi se ahoga por contener la risa.

Consiguió mantener el semblante y felicitó a su esposa por la compra que había hecho y por la rapidez con que había atendido a sus demandas.

Más tarde, hablando con Myrddion, Artor sacó el tema de la bañera Andrómeda.

—Myrddion, ¿qué habrá llevado a mi esposa a comprar un ataúd para usarlo de bañera?

—Es un sarcófago, señor —contestó su consejero sin inmutarse, con expresión aséptica.

—Ya sé lo que es, Myrddion, pero ¿de dónde lo ha sacado?

—He sido yo, señor. Encontré la bañera de la reina en el establecimiento de Glaucus. Pero lo que no entiendo es por qué lo quería.

Al final, Myrddion consiguió sacarle a Artor la historia de su desastrosa noche de bodas y se puso serio cuando supo lo que se habían dicho uno a otro, fruto del enfado.

—No cabe duda de que a la boba de la muchacha le dio una pataleta. No tiene sutileza ninguna, señor, y siempre te va a exasperar, pero me temo que tú debes cumplir con tu deber e intentar no herirla demasiado en sus sentimientos.

—No me censures, Myrddion. Eres lo más parecido que tengo a un amigo, después de Targo, pero no pienses que me vas a instruir en lo que tengo que hacer —Artor pronunció rotundamente las últimas palabras.

—Juro que no estoy criticándote, señor; simplemente sugiero que embarcarte en una guerra civil con Leodegran no es una maniobra muy sabia. Por mucho que te exasperen las tonterías, si pones en evidencia a su hija ante todas las tribus, tendrás que enfrentarte a él en la batalla. —Myrddion sabía que estaba cargando a Artor y luchaba con todas sus fuerzas para concluir con el tema, pero llamaron a la puerta insistentemente y tuvo que abandonar sus pensamientos. Era la criada de Wenhaver con un recado de la reina, invitando a Artor a que fuera esa noche a sus habitaciones.

—Malditas mujeres —murmuró Myrddion.

—Te he oído —contestó Artor con su habitual tono de naturalidad.

Pero a Myrddion no lo engañaba. A Artor había que aplacarlo.

Myrddion abrió sus brazos de par en par, bajó la cabeza y se arrodilló en el suelo,

sobre las baldosas. Artor no reaccionaba. Esperaba que el estratega se enervara con él, o lo engatusara para algo, o intentara sobornarlo; pero lo que no esperaba era que se postrara de manera tan abyecta.

—¿Y ahora qué pasa, Myrddion? ¿Estás de broma?

—Mi rey, la culpa de todo este lío tan vergonzante ha sido mía en último término. Sí, señor, yo tengo la culpa. Wenhaver adora las joyas por encima de todo y yo fui muy incauto al regalarle a Niniana mi collar etrusco. No quería herir a nadie, porque el electrón difícilmente le queda bien a una mujer de la piel de Wenhaver. Pero la reina está tan acostumbrada a eclipsar a las demás mujeres en belleza, estilo y compostura que le traicionaron los celos.

Por un momento, Artor parecía tan enfadado y tan impaciente que Myrddion pensó que se había excedido en la actuación, pero al rato Artor suavizó el gesto. Comprendía las envidias femeninas, pero no las soportaba.

—¿Quieres que despida a Niniana, señor? —preguntó Myrddion al rey supremo —. Quizá fuera lo mejor.

Artor se quedó mirando fijamente el rostro de Myrddion, anciano y joven al mismo tiempo, que seguía mirando hacia abajo y parecía extrañamente afligido. Artor empezó a sospechar.

—¿Quieres que se vaya, Myrddion?

Myrddion negó con la cabeza.

—No, señor. Está tan llena de vida y tiene tantas ganas de aprender que me hace sentir más joven. La echaría de menos.

Artor evaluó el problema.

Por la ventana entraba el dulce aroma del aire fresco, aroma a flores y cosechas recientes. El rey repasaba todo lo que había construido y lo mucho que Myrddion había contribuido a que sus sueños fueran realidad.

De súbito y muy dolorosamente el rey supremo sintió enormes remordimientos.

—Yo soy quien tiene la culpa en último término, amigo, por haberte utilizado de confidente para ampliar mis metas. Te he exigido todo lo que podías darme durante estos largos años de lealtad en que has estado a mi servicio. La responsabilidad final siempre será mía.

—No. Eso no es así. Lo que he dado, lo he dado voluntariamente. Y estoy dispuesto incluso a prescindir de Niniana, si el reino lo exige.

Después de todo fui yo quien te presionó para que te casaras con Wenhaver inicialmente.

Artor ayudó a Myrddion a ponerse de pie y lo abrazó efusivamente.

—¡Al infierno, Myrddion! Si estás dispuesto a echar a tu valiosa aprendiz, yo por lo menos tengo que intentar concebir un hijo con esa niña mema. Pero Niniana se queda en Cadbury. Me gusta, admiro la inteligencia que tiene y lo valiente que es. Wenhaver tiene que aprender a comportarse como una reina, y puede que Niniana llegue a ayudar en eso, si mi esposa está dispuesta a aprender de la chica.

Myrddion torció un poco el gesto.

—No lo veo probable, señor.

Sabía que si Artor sugería que Wenhaver emulara la espontánea delicadeza y la naturalidad de Niniana, su aprendiz no duraría una semana.

—¿Vas a volver al lecho nupcial? —preguntó.

—Sí. Pero no prometo cumplir, sobre todo si empieza a hablar. No soporto a las mujeres que se quejan tanto.

Después de pensarlo mucho y de prepararse mentalmente, Artor se dirigió a las dependencias de la reina. No iba apresurado, ni especialmente risueño, pero ya no se sentía intimidado por la tarea que tenía por delante.

EN UNA TABERNA de las afueras de Cadbury los tres viajeros de antaño estaban tomándose tranquilamente unos vasos de humilde vino español, mientras los criados limpiaban las mesas de alrededor. Luka tenía los pies sobre la mesa, Myrddion se había desabrochado el cuello de su túnica negra y Llanwith parecía somnoliento, pero seguía bebiendo.

—Brindemos, caballeros —sugirió Luka y los tres hombres alzaron sus copas—. Brindo por nosotros, porque hemos conseguido evitar el desastre dos noches seguidas. Primero, me doy la enhorabuena por tener un pico de oro. Luego felicito a Llanwith, por el tacto que tiene. Y, finalmente, mi eterna gratitud a Myrddion por lo que ha contado de la historia de la bañera.

Los tres hombres hicieron chocar las copas.

Llanwith apartó a uno de los perros del tabernero. El perro había cogido particular afición a su pierna de repente.

—Esperemos que Artor consiga impresionar tanto a Wenhaver, que se quede muda, al menos durante un día o dos —dijo Luka—. Y no precisamente del modo en que lo hizo la noche de bodas.

—Y recemos para que se quede pronto embarazada, y tenga algo en lo que ocupar su cabeza de chorlito —añadió Myrddion.

—Artor ha demostrado su virilidad unas cuantas veces, así que no creo que tengamos dificultad en este aspecto de la sucesión, tal como la hemos previsto —con la mente en otro sitio, Llanwith acariciaba la cabeza del perro, que insistía en quedarse.

—Hum —Myrddion parecía cabizbajo y apesadumbrado—. Lo único que he aprendido de Wenhaver es que a su alrededor las cosas suelen marchar fatal, sí.

—Al menos, Niniana está a salvo —Luka intentaba animar un poco al taciturno de su amigo—. Maldita sea, ¡cómo me gusta esa chica!

—No me hagas caso —murmuró Myrddion—. Sigo sintiendo que se acerca una tormenta y que Wenhaver está metida de lleno en ella.

—Tú y tus presentimientos —dijo Llanwith bromeando—. ¿Estás seguro de que

tu padre no era un diablo?

—Estoy completamente seguro. Si no, ya te habría convertido yo en sapo, grandullón.

CAPÍTULO XV

CUESTIÓN DE CONFIANZA

LOS MISTERIOSOS SUCESOS acaecidos tras las selladas puertas de los apartamentos reales revestían infinito interés para la gente que vivía en los dominios de Artor. El banquete de bodas había dado a Cadbury, a los pueblos de alrededor y a todo el occidente celta mucho que hablar, y la historia de lo que había pasado en palacio iba acrecentándose al correr de boca en boca. Muy al norte, Morgana se encontraba medio satisfecha, al ver que la discordia empezaba a corroer la capa de felicidad que envolvía al reino.

Pero en los complejos asuntos del corazón, Morgana se había equivocado por completo al juzgar a Artor; no se parecía en nada a Uter Pandragón, frío y calculador hasta la muerte. Aunque Artor ya no era el mismo, debido al poder sin par que le otorgaba su posición, durante la niñez había sido el blanco de todas las bromas y sabía demasiado bien lo desgraciado que era quien se desviaba del destino para el que había nacido. Desgraciadamente también había experimentado la sencillez del verdadero amor, y Wenhaver no era Gallia. Y desgraciadamente tampoco la hija de Leodegran era una reina, por mucho que la hubieran educado para desempeñar ese papel.

Artor era un seductor nato y perfectamente capaz de conseguir que su esposa estuviera deseando irse a la cama con él. Si lograra dominar su impaciencia, el rechazo que sentía y el deseo de destruir la egocéntrica vanidad de Wenhaver, la boba de su mujer aprendería a cumplir con su papel real. Y además el apetito que ella tenía por el sexo era una ventaja añadida, que Artor podía utilizar para ganarse su lealtad y el afecto que la joven fuera capaz de sentir.

La segunda verdadera noche de bodas, Wenhaver estaba impecable y Artor le halagó lo suave que tenía la piel, con olor a rosas. La joven ronroneaba de agradecimiento.

En cuanto Artor empezó a explorar suavemente su cuerpo dorado y lozano Y a besarle los labios, Wenhaver se excitó. Era tan guapo que a la reina no le fue difícil olvidarse de su edad. Todos decían que se complementaban, con ese aspecto tan rubio y saludable, y según los campesinos eran como gobernantes de otro mundo, tan apuestos y de piel tan dorada, casi increíbles. Y ni que decir tiene, Wenhaver enseguida se apoderó de esos halagos.

No. Wenhaver no tenía de qué quejarse en lo referente a su esposo y a cómo la seducía. De hecho las cicatrices y las marcas de violencia que el rey supremo tenía en el cuerpo le habían hecho ver por primera vez que Artor era primero un espléndido soldado y sólo después rey supremo. A veces se henchía de satisfacción en secreto de pensar que un hombre tan poderoso la hubiera tomado por esposa.

Pero aunque se saque al gusano de la manzana, la pulpa tierna y jugosa sigue pudriéndose. La gangrena ha hecho ya su nido y no se la puede extirpar a base de conquistas sexuales ni de gloriosas promesas. Por mucho que tenga, el corazón siempre quiere más, y así se fue propagando la infección por el alma de Wenhaver.

Cadbury Tor estaba lleno de apuestos jóvenes que estaban deseando halagarle el pelo, el rojo de sus labios o lo reducido de su cintura, que seguía manteniéndose igual de esbelta. Y cuando Artor se marchaba a visitar las ciudades fronterizas, Wenhaver se quedaba sola, salvo un reducido grupo de chicas, hijas de reyes, de las que se rodeaba.

Y que la halagaban sin parar.

—Eres tan afortunada, mi reina —murmuraba Ludmilla, de los icenos, mientras cepillaba los largos cabellos de la soberana, que le llegaban a la rodilla—. La mayoría de las mujeres de pelo rubio tienen tonos cobrizos en los bucles, pero tú lo tienes como un ovillo de oro.

Wenhaver se acicalaba para estar a la altura y se mostraba amable con Ludmilla; hasta llegó a darle un pequeño anillo para el pulgar, que guardaba entre sus tesoros infantiles, porque Ludmilla era diminuta y morena.

—Te has casado con el hombre más importante de Bretaña, quizá el más importante del mundo —seguía diciendo entusiasmada—. Es guapo y fuerte y tan, tan atento.

—¿Verdad que sí? Es verdad. Con todo, a veces me siento como una yegua de cría y seguro que todo Cadbury está impaciente por ver si hay alguna señal, pero yo preferiría disfrutar del matrimonio durante un tiempo, sola.

—Es todo tan romántico —suspiró Ludmilla, dejando el cepillo de plata y volviendo a su costura.

—En general, sí —confirmó Wenhaver, dejando ver cierta reserva, porque en cuestiones de orgullo y de dignidad no se le pasaba una.

Y ese factor precisamente la carcomía por dentro en su autoestima, como un veneno inquebrantable, gota a gota. Sabía que deseaba el cuerpo de Artor con más ardor que el que el rey sentía por estar con ella. Wenhaver no quería a su esposo. Wenhaver no quería a nadie, pero a él lo necesitaba y él lo sabía. El miedo estuvo rondándole por los oscuros recovecos de su cerebro, hasta que se le hizo consciente. ¿Cuánto la valoraba él? Muy poco, concluyó con amargura.

Artor iba a sus habitaciones cuando le apetecía, sin tener en cuenta los deseos de su esposa. Y en esos momentos en que ella estaba dispuesta a todo para mantenerlo a su lado, para sentirse amada entre sus brazos, el rey bostezaba, sonreía de manera

anodina y se iba desnudo, dejando a un lado los sentimientos de la joven.

Así de fácil es poner en peligro los reinos terrenales.

Mientras tanto la vida proseguía tranquila en las dependencias de Myrddion Merlín y, por primera vez en su dilatada vida, llena de carcajadas. Se quedaba paralizado, mirando a Niniana, cuando la muchacha trataba de pronunciar palabras nuevas sacando la punta de la lengua por la boca, toda concentrada. Se decía para sí que se estaba convirtiendo en un viejo chocho, tan obnubilado por una chiquilla que bien podía ser su nieta, pero lo cierto es que todos los días se levantaba de un salto y con el corazón rebosante de alegría. Myrddion intentaba convencerse de que no era más que una muchacha inquieta, algo más inteligente que la mayoría de las jovencitas de su edad y poca cosa comparada con otra gente. Sí, el consejero más sabio del reino intentaba racionalizar sus sentimientos, pero sabía que se estaba engañando, nada más.

La satisfacción de Myrddion no podía durar mucho.

Artor estaba fuera; había tenido que ir a Venonae, porque lo había llamado Pelles para que reorganizara las defensas, de modo que Cadbury estaba más tranquilo de lo normal y Wenhaver se encontraba lánguida y aburrida. Como el otoño había hecho su entrada en la fortaleza con abundantes lluvias, días grises y rezumante humedad, los cortesanos tenían los nervios a flor de piel. Muchas de las damas de compañía de Wenhaver incubaban catarro y por los pasillos se oía a la gente sonándose, tosiendo o hablando de cosas deprimentes. La reina se pasaba el día normalmente aburrida, aunque de vez en cuando cosía un poco, hilaba, tejía o cotilleaba. Ni que decir tiene que estaba de mal humor, irritable e insatisfecha.

Puede que Wenhaver no pretendiera provocar un altercado tan grosero y tan desagradable, pero como Myrddion diría tiempo después, si los deseos fueran caballos, los engreídos serían expertos jinetes.

Targo explicaba el comportamiento de la dama con mayor crudeza.

—No puedes convertir en reina a una puta, porque siempre le gustará la mierda.

Como Wenhaver había visto salir a Myrddion y encaminarse carretera abajo hacia la ciudad, decidió entretenerse un rato. Ordenó a Myrnia que hiciera subir a Niniana a sus dependencias.

Niniana estaba machacando hierbas en un mortero cuando entró Myrnia. Sorprendida por la invitación, se lavó las manos se atusó un poco el pelo y salió.

—Ten cuidado, señorita —advirtió Myrnia en voz baja, sin dejar de mirar a su alrededor por si había alguien mirando—. La reina está de un humor muy raro hoy y no te tiene en mucho aprecio.

Niniana sonrió abiertamente y cogió de la mano a Myrnia, para tranquilizarla.

—Por mí no te preocupes, Myrnia. Tu señora no tiene ningún poder sobre mí. Al fin y al cabo, no me puede mandar nada que yo no quiera hacer.

Pero Niniana tristemente estaba muy equivocada.

En su salón matutino, particularmente caldeado, estaba Wenhaver tumbada sobre

un sillón y rodeada de sus damas de compañía, afanosamente ocupadas en sus labores, ya fuera bordando, remendando o hilando. A diferencia de ellas, las manos de Wenhaver, bellamente decoradas con henna, estaban ociosas, aunque jugueteaba con una rosa marchita, bastante mustia, cuyos pétalos habían crecido de manera irregular por culpa de vientos imprevistos.

—Por favor, toma asiento, señorita Niniana. Me alegra que hayas atendido tan rápido mi solicitud, porque me temo que yo he tardado mucho en querer conocerte.

Wenhaver jugaba con los pliegues de su túnica roja. Como la tela era de un tono escarlata, más que carmesí, favorecía poco a la rosácea palidez de la reina. Por el contrario, el sencillo vestido gris que llevaba Niniana resultaba elegante y sobrio.

—¿Quieres tomar un poco de vino dulce calentito? ¿Algún dulce? ¿Agua? —preguntó Wenhaver con educación exquisita, arrancando con sus hermosas manos una hoja del tallo de la rosa.

—No, no tomo nada, gracias, su alteza. Pero agradezco tu invitación —añadió Niniana. Estaba desconcertada porque los modales de la reina le resultaban confusos y fingidos.

—¿De qué hablamos, señoras? ¿Cómo podríamos conocer mejor a Niniana? ¡Ya sé! —Wenhaver levantó un dedo con un gesto muy teatral.

Las chicas sonrieron para ocultar su apuro y siguieron con lo que estaban, sin mirar a Niniana.

—Todas sabemos que la señorita Niniana es la aprendiz de confianza de Myrddion Merlín, de quien el rey asegura que es el hombre más sabio que vive sobre la tierra. Por tanto, cabe esperar que con ese mentor sólo estudie una persona extraordinaria; y si es así ¿qué educación especial recibiste de pequeña para conseguir tal honor? No seas tímida, Niniana. Estamos deseando conocer tus secretos.

La reina seguía sonriendo, como cuando los gatos juguetean con alguna presa, pequeña y aterrorizada. Y Niniana se encontraba incómoda. Sabía instintivamente que estaba en terreno ajeno, con estos juegos maliciosos que practicaban las jóvenes aristócratas de la corte de Artor.

—Ninguna, que yo recuerde, su alteza. Tuve una niñez muy normal.

Wenhaver zureó fingiendo extrañeza y arrancó una segunda hoja de la flor que tenía en las manos.

—Eres demasiado modesta, muchacha. He oído que estabas al tanto de todas las intrigas de Venonae. Los criados saben todo, ¿no?

—No tanto, mi reina. Te han debido contar un bulo.

—¿Y no era tu padrastro Gruffydd, el portador de espadas?

—Sí, mi reina. Eso sí es cierto —Niniana frunció el ceño, manifestando su sospecha.

—¿No te visitaba regularmente? Y tú ¿dónde dormías? Me contaron… Sí, ya recuerdo. En la cocina con los criados —Wenhaver se echó a reír con estridentes

carcajadas, mezcla del buen rato que estaba pasando y de rencor.

—Sí, su alteza.

Niniana empezó a entender por dónde iba esta sesión con la reina. Lo que pretendía era torturarla poniéndola en ridículo en el curso de una supuesta conversación normal, para desembocar en una discusión inevitable, de la que ninguna aprendiz podría salir airosa. Niniana se agarró con fuerza a la burda lana de los bolsillos, hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

Las jóvenes aristócratas se reían disimuladamente, mientras Wenhaver arrancaba otra hoja de la flor.

—Qué extraño, querida, que aprendieras tanto entre asados, cazuelas, hornos y sartenes. Es como si fuera el lugar ideal para aprender filosofía, ciencia y medicina. Sé que tu mentor te eligió por la maravillosa experiencia que tenías y por la entrega con que te dedicaste a tus estudios, así que de algún sitio habrás sacado tu formación. Digo yo.

A Wenhaver le fluía el sarcasmo por los labios como veneno dulce, pero Niniana se limitó a mantener la boca cerrada con fuerza, para no abochornar a Myrddion con la rabia que se le acumulaba en la garganta.

Wenhaver percibió la vehemencia que irradiaban los azules ojos de Niniana y siguió despojando la rosa.

—¿Quién fue tu madrastra? —siguió preguntando la reina en su estrategia de ataque—. Me han dicho que era cocinera, pero no creo que esa educación tan exquisita pueda ofrecerla una persona así. ¿O es que el hacer potajes, salsas y bizcochos se considera educación exquisita? Mi padre ha sido realmente negligente, porque yo no sé ni freír un huevo.

—Estoy segura de que su majestad sí fue muy afortunada en lo que a formación se refiere —contestó Niniana intentando desviar el ataque que la reina iniciaba contra Gallwyn.

Un pétalo de rosa cayó sobre el pavimento; Wenhaver se incorporó y aplastó aquella delicada hojuela con el tacón de su elegante zapato. Niniana observaba esta pequeña carnicería con despegado y glacial interés.

—Un portador de espadas y una cocinera. Espectacular, ¿verdad, señoras? Pero yo sigo pensando que son mejores esos humildes comienzos que haber tenido que crecer en un estercolero sajón, entre bárbaros salvajes. Sí, si te hubieran criado tus verdaderos padres, tendrías el pelo y las uñas sucias, una lengua mugrienta y peor olor, así que imagino que agradecerás que la cocinera te acostumbrara a ir limpia.

Las damas prorrumpieron en una risita ahogada, como siguiendo un guión, pero reflejaban cierto nerviosismo en la mirada, que no apartaban de su costura.

—Hasta el más tirado de los campesinos es mejor que un sajón, supongo. Pero dime, Niniana, ¿qué le sedujo a Lord Myrddion de ti? ¿Es que le gusta la ordinariez monda y lironda? ¿Es que ve en ti algo extraordinario, dejando a un lado tu privilegiada inteligencia, o tu tatuaje? Dios mío, no, seguro que es incapaz… No, no

puedo imaginar que un aristócrata, aunque sea un noble bastardo como Myrddion, pudiera… Bueno… Ya sabes, querida —con aparente delicadeza, Wenhaver se inclinó para oler lo que le quedaba de rosa, hizo un gesto como si hubiera descubierto algo podrido y arrancó dos pétalos más.

—No, su majestad. No sé —la voz de Niniana cortaba como el cristal.

Wenhaver se echó a reír con mirada fría y cruel.

—Claro que lo sabes, Niniana, si has crecido en las cocinas. Tienes que haber tenido una educación muy… Amplia… Desde que dejaste de ser una niña. No es raro que Myrddion Merlín no se pudiera resistir a tus encantos.

Muy despacio y con mucha finura Niniana se puso de pie. Con mirada heladora fue repasando a la reina, de pies a cabeza con detenida e insolente minuciosidad. A la luz de los apliques lucía un rostro muy pálido y se mantenía erguida como una lanza, en señal de orgullo. Wenhaver se vio obligada a levantar la vista para mirar a Niniana, ya que esta se le acercó hasta situarse al alcance de la reina.

—Puedes decir lo que quieras sobre mi lugar de nacimiento, mi infancia, mi formación y mi honestidad, majestad. No voy a contestar, porque te estás haciendo tú más daño que el que me pretendes hacer a mí. Resultas vulgar, más vulgar que los mercenarios a los que he tenido oportunidad de escuchar en Venonae, cuando se reunían en torno al fuego de campamento, pero no voy a responderte, ni a insultarte —Niniana respiró profundamente—. El querido Gruffydd era campesino y ascendió hasta convertirse en uno de los hombres más grandes del país por sus propios méritos, y no por los azares de la cuna. Sí, mi querida madrastra, Gallwyn, también era una ignorante campesina, pero el rey me encomendó a sus cuidados y sigo bajo su protección. Tampoco caeré en la trampa respondiendo a los groseros insultos que has vertido contra las magníficas personas que se han ganado el respeto de todo el mundo. No soy ninguna estúpida, preocupada sólo por los placeres superficiales, así que tus insultos no me hieren.

Las muchachas miraban aterrorizadas los incendiados ojos nórdicos de Niniana, pero Wenhaver hizo un gesto desafiante, moviendo la barbilla hacia delante. Se produjo un encontronazo de ojos azules, chocaron como dos bloques de hielo, y Wenhaver se puso de pie.

—Pero al poner en entredicho el honor de mi mentor —prosiguió Niniana implacable—, un hombre de intachable dignidad, decencia y bonhomía, has ido demasiado lejos y el rey debe conocer tu deslealtad. Y me pregunto cómo es posible que una dama bien educada sepa qué indecencias se producen en las dependencias de los criados, a menos que se dedique a escuchar detrás de las puertas. O cómo puede una mujer de alcurnia hablar con tanta libertad de licencias sexuales, a menos que sea una experta en la materia. Y antes de que aquí se escuchen frases que queden para siempre en la memoria, solicito tu permiso para retirarme.

Cuando Wenhaver consiguió descifrar los insultos que iban ocultos en la refinada invectiva de Niniana, se ruborizó. Después cogió el tallo de la rosa, ya sin hojas, y le

cruzó la cara a Niniana.

—¡Cómo te atreves! ¿Estás diciéndome que soy una grosera y una inoportuna hablando? No puede resultar inoportuno nada de lo que una reina desee hablar con una salvaje ignorante como tú. Soy la reina suprema de los británicos y soy yo la que decide cuándo puedes retirarte —levantó la rosa para volver a darle en la cara a Niniana, pero esta vez la joven le sostuvo el brazo para evitar el golpe. A Niniana ya le sangraban las mejillas y la nariz por los rasguños de las espinas.

—Su majestad ha vuelto a olvidarse de sus modales; por ello vuelvo a recordarle que no soy una criada dispuesta a aceptar sus cobardes latigazos sin rechistar. ¡Que pase buen día!

Y mientras Wenhaver se subía por las paredes enfurecida por su impotencia, Niniana se dio la vuelta y salió de la habitación, manteniendo su dignidad intacta. Sólo cuando estaba lavándose los rasguños que le habían hecho las espinas en la cara y en el brazo, empezó a temblar como un álamo, sometido a los rigurosos vientos del invierno.

Y así la encontró Myrddion, llorando de frustración y de alivio.

Le preparó una taza de manzanilla con miel y mientras se la tomaba, Myrddion consiguió sacarle todo lo que había pasado. Y a pesar de la experiencia que tenía en intriga política, el anciano apenas podía creer que Wenhaver se dedicara a practicar un juego tan sucio.

—Lo siento, señor. Insultó a Gallwyn, y lo dejé pasar… Pero cuando sugirió que me tomaste como aprendiz para seducirme… Le dije que sus palabras me resultaban groseras e inoportunas. Me enfadé mucho y perdí los estribos.

No hay hombre que viendo a una mujer disculparse por haberlo defendido no se sienta conmovido de orgullo y en eso Myrddion no era una excepción. Pero se encontraba inquieto e incómodo, porque Wenhaver se había lanzado al vacío y ahora maestro y aprendiz tenían que estar muy pendientes de lo que la reina iba a hacer.

—Tienes que prometerme, Niniana, que nunca vas a entrar en las habitaciones de la reina sola, sin que vaya contigo alguien que te apoye. La maldad de Wenhaver no conoce límites y es una bruja actuando. Evítala por todos los medios, por tu bien y por el mío. Sé que no tienes la culpa pero estás bajo mi responsabilidad y tengo que protegerte —miró a la chica con el ceño fruncido—. Escúchame bien, Niniana. No hables con nadie del desencuentro con la reina. Ni con Targo, siquiera. Artor no toleraría que su mujer se comporte así y la castigaría. Pero inmediatamente después la reina buscaría la manera de destruirte.

Pero Targo y Odin enseguida se enteraron del encontronazo habido entre la reina y Niniana, porque lo había presenciado mucha gente y los rumores no atienden a barreras.

Con todo, el incidente de la rosa, como lo llamaba Niniana, nunca se mencionó en público. La reina levantó la barbilla en señal de reto cuando se encontró con Myrddion, pero como el erudito no les dijo nada, ni a ella ni al rey supremo, la reina

dejó que la cosa se aplacara. Realmente, Wenhaver perdió parte de su dignidad al comportarse de manera tan grosera y varias de las princesas que la rodeaban en la corte regresaron a sus tribus antes de tiempo por lo que habían presenciado. Los criados también hablaban del tema y la reina no salía bien parada en los relatos que hacían del desagradable incidente. Niniana siguió con sus tareas habituales, pero ahora Myrddion, Odin y Targo no le quitaban el ojo de encima, sabiendo que la joven se había granjeado una peligrosa e implacable enemiga.

DÍA A DÍA Myrddion iba puliendo la joven mente de Niniana, llegando a cotas que nunca había pensado. Se pasaban muchas horas hablando y analizando numerosos problemas; Niniana devoraba las memorias de César y después pasaban a descifrar las notas manuscritas que Myrddion guardaba del reino de Uter Pandragón. Sistemáticamente la aprendiza quería comentar lo que leía en los empolvados rollos.

—Encuentro que las diferencias entre Lord Artor y su padre son mucho menos interesantes que sus parecidos —comentó Niniana, provocando que Myrddion levantara la cabeza del libro que estaba leyendo.

Aunque Myrddion se sentía un poco raro hablando de temas de estado con una joven, había algo en la franca curiosidad de Niniana que eliminaba del tema los aspectos menos oportunos.

—Uter estaba marchito por dentro —afirmó la joven con contundencia—. Por lo que dices en tus memorias, creo que vino al mundo con una carencia afectiva y este vacío espiritual que sentía lo llenó de furia y de deseo de venganza.

—Además de todo, Niniana, estás mejorando mucho tu vocabulario —murmuró Myrddion con suavidad—. Me sorprende que puedas reconocer ecos del anciano rey en el carácter de Artor. Yo mismo no soy capaz de ver similitudes.

—Porque no lo intentas, señor. Artor vino al mundo totalmente sano y fuerte, sin vacío alguno. Me lo imagino. Pero no tuvo unos padres que le quisieran.

—Me complace que reconozcas su condición de huérfano —Myrddion se estremeció de orgullo desde la coronilla hasta la punta del pie. Niniana era rápida, lógica y transparente.

Instigada por Myrddion, Niniana fue analizando el concepto de soledad.

—Ni Artor ni yo encajamos en el entorno en el que nacimos —prosiguió Niniana en voz alta—. Éramos unos raros y unos proscritos, supongo, y Artor no tenía noble cuna para ir por el mundo con mayor desenvoltura, como tampoco la tuve yo.

Niniana estaba muy concentrada, dando golpecitos en el suelo con el pie, mientras su mente funcionaba con agilidad.

—Pero Uter tenía que haber reflexionado sobre sus carencias, hasta las que tuvo de niño. De pequeño debió sentirse muy solo. Artor, desde luego, y yo también.

—Soy muy viejo, pero no pretenderás que me acuerde de lo que sentía Uter Pandragón cuando era un muchacho —contrarrestó Myrddion mordaz.

—No eres tan viejo, maestro —contestó Niniana automáticamente, sin dejar de dar vueltas a su razonamiento—. No. Fue Gallwyn la que hizo que yo creciera de manera distinta. Era cariñosa, dulce, normal. Realmente lo que hacía era organizar muy bien las cocinas, y preocuparse de sobornar al administrador para que yo aprendiera algo. ¡Un buen bizcocho de frutas con mazapán hace milagros! —dijo Niniana entre bromas.

—Y Artor tenía a Frith, una esclava, para ayudarle a ordenar su mundo —dijo Myrddion—. Frith lo adoraba y le dio todos los consejos y el equilibrio que necesita un jovencito. Livinia la Mayor también se ocupó de su educación, sobre todo cuando necesitó aprender algo sobre deslices femeninos. Esas dos mujeres lo quisieron mucho.

—Livinia era una matrona romana, un dechado de virtudes, pero no era muy dada a mostrar afecto. La has descrito muy bien, señor, y también explicas por qué Artor protege al odioso de Keu; por su madre, porque el rey nunca rompería las promesas que le hizo a una mujer como Livinia.

—Es cierto, Niniana. Artor amaba a Livinia, pero más de la forma en que se admira a un profesor. Salvo a la hora de nacer, la auténtica madre de Artor, la madre a la que Artor quiso, fue una esclava, una mujer que a los ojos del mundo estaba por debajo de Gallwyn.

Niniana se puso instintivamente de pie de un salto, y empezó a pasear impaciente por la habitación, haciendo ruido con la acartonada túnica que llevaba.

—De mis charlas con Targo sé que Frith, la esclava, no era nada corriente. Debió ser una mujer muy fuerte.

—Eso también es cierto, aunque no te sigo. Educó a Artor en cosas fuera del alcance de Targo; le enseñó el valor que supone tener confianza absoluta en alguien —Myrddion suspiró profundamente—. Y aquí se desmorona completamente tu razonamiento sobre los parecidos, porque Uter no confiaba en nadie.

—En algún momento de su juventud, estoy segura, Artor se dio cuenta de los peligros que encerraba confiar en alguien. Hoy todo lo que hace y todo lo que dice el rey supremo parece medido y calculado. Usa como criterio la justicia de Livinia y la lealtad de Frith, pero la desilusión le ha enseñado que el mundo tiene un corazón negro y despiadado. Uter siempre creyó en la venganza del destino y nuestro rey ha aprendido a ser como su padre en este aspecto. Se parecen en que los dos desean mantener el control —Niniana volvió la mirada a Myrddion con la cara muy seria—. Si el rey pierde esos amigos que tiene y a los que ama, sobre todo esos hombres y mujeres que humanizan su carácter, el legado de Uter surgirá dentro de él como una pica, todo púas y brutalidad. Es como lo han hecho muchas personas, pero Uter sigue siendo su padre. He visto en él cierta crueldad. Y confío en que brote de la necesidad y no de un deseo de infligir daño.

Las palabras de Niniana se hincaban como astillas en el cuerpo de Myrddion. En las horas que siguieron, ya estuviera despierto o en sueños, la valoración que había

hecho la joven le torturaba, por lo que tenía de advertencia sobre el inexorable paso del tiempo. Cuando Targo entró renqueando en su habitación del brazo de su criado, Perce encontró a Myrddion cínico y preocupado.

—Buena tarde, Lord Myrddion. ¿Qué te pasa? ¡Tienes peor cara que un gato viejo! Yo tampoco estoy muy allá estos días, pero puedo escuchar; ¡así que suéltalo, amigo!

—Estoy perfectamente bien, Targo —replicó Myrddion—. Estás delirando.

—¡Ahora es cuando estoy seguro de que te pasa algo! —Targo se acomodó en una silla tapizada, muy mullida—. Tú nunca eres descortés y ahora acabas de ser grosero conmigo. Así que cuéntaselo a Targo.

Mirando a Targo, Myrddion observó que sus facciones conformaban un animado nido de arrugas, muy parecidas a las de un viejo mono que había visto de joven cuando estaba en la corte de Ambrosio.

—No serías justo, si sospecharas que voy por ahí contando cosas —afirmó Targo —. No diré una palabra, ni a Artor, si no quieres. No puedo decírtelo más claro —y para demostrarle su buena fe, se volvió hacia su criado y le dijo que se fuera—. El muchacho ya se ha ido, estamos solos. Lo que hayas hecho, sea lo que sea, puede quedar entre tú y yo.

—He cometido un maldito error, Targo —empezó Myrddion, con una voz que apenas alcanzaba al susurro.

—¿Cómo? Habla más alto, Targo, por Mithras. Estoy viejo y mis oídos también.

—¡He cometido un maldito error, Targo! —Myrddion hablaba con tono agudo y casi desesperado—. Un enorme error de cálculo.

Los ojos de Targo se sumergieron entre los pliegues de los párpados, como los de una tortuga vieja.

—He hablado con demasiada libertad de nuestro señor, y me han advertido de algo que me preocupa.

Ahora Targo frunció además los labios.

—Entonces mereces estar preocupado, Myrddion. Sigue. Suéltalo todo.

Myrddion relató la clase que había tenido con Niniana, sintiendo cada vez más vergüenza al ver el gesto de desaprobación que ponía el viejo soldado.

—Niniana no pretendía herir a nuestro rey, amigo —aseguró a Targo, aunque le temblaba la voz—. Nunca he tenido en consideración lo que opinaba del problemático carácter de Artor hasta ahora. De hecho, he estado más preocupado por las reacciones que pudiera tener yo con ella, al ser una chica tan joven y atractiva, no sé si me entiendes.

—Preferiría que no me dieras la tabarra con tus subidones de sangre a la cabeza —o a donde sea— por cuestión de mujeres. ¡Toda la conversación que tuviste con Niniana fue un error! Niniana es una muchacha muy dulce y no me parece mal que reciba una educación, pero no deberías tratar al rey como si fuera uno de los especímenes que guardas en tus frascos.

El consejero del rey asintió. Lo que decía Targo era cierto.

El viejo soldado revisó con la mirada la confortable habitación de Myrddion, y observó los muchos estantes que había con frascos de cristal llenos de polvos, líquidos y objetos diversos que el mercenario prefería no identificar. Tenía un gesto de desaprobación y la voz escondía cierto enfado.

—No hiciste bien, Myrddion, en dejar que la chiquilla hablara del rey en esos términos y fuiste doblemente estúpido al permitirle que diera en el puñetero clavo.

Myrddion levantó la vista súbitamente.

—¿Tú crees que para mí Artor es un monstruo? No, Targo. No. Artorex fue un joven delicado y Artor, ya adulto, ha evitado caer en los riesgos del poder que se le han ido presentando.

—Permitió que Gaheris fuera su emisario, ¿no? Puedes engañar a Niniana. Puedes engañar a todo el mundo, si quieres, Myrddion, pero a mí no me vas a engañar. Artor hace lo que debe, sin escrúpulos. Lo quiero más que a mí mismo, pero veo lo que hay en él; eso que tú te niegas a admitir. Por eso has estado hoy tan preocupado. Niniana te restregó por las narices la pura verdad y no te gustó.

—Consideremos sus defectos desde la perspectiva de Artor —continuó Targo sin dar tregua—. Artor nunca actúa guiado por sus impulsos, ni sin propósito claro, ni siquiera cuando están en juego las vidas de los que tiene más cerca. Nosotros, esa gente que él adora, salvaguardamos su lado humano, pero a veces creo que llegaría a sacrificarnos a todos, si fuera necesario defender y preservar el occidente para los celtas. Lo haría. Y por eso es un rey que merece el respeto de todos, un hombre forjado a la altura de estos tiempos tan difíciles. Nuestro rey sabe lo que es, y a veces se detesta. ¿O no? Pero ¿hasta dónde puede uno llegar a odiarse, si no quiere verse reducido a añicos?

Myrddion tenía la cara pálida de la tensión, pero no podía rebatir las valoraciones que había hecho Targo, tan crueles como las de Niniana y expresadas con tanta y tan triste seguridad.

—Dios nos asista para que Artor no pierda esos amigos que le ofrecen hasta cierto punto la medida de la felicidad —concluyó Targo—. Cuando llegue ese aciago día, quedará a la deriva, perdido en el vacío y el silencio de la soledad.

Myrddion y Targo se sumieron cada uno en su silencio, pensando en sus propias miserias. Como siempre, Targo despertó primero.

—¿Y eso es todo lo que hablasteis? Dios del cielo, has sido muy indiscreto y has permitido que la chica sepa demasiado. ¡A veces eres tan tonto, Myrddion, tan puñeteramente tonto!

Myrddion se sentía ofendido y lo manifestaba.

—Has cometido traición al hablar de las razones que mueven al rey de manera tan descuidada —dijo Targo sin miramientos—. Pero lo que es aún peor, es que te has medio convencido de que Artor puede decidir de algún modo si comportarse como un santo o como un canalla. La única alternativa que se le presenta es la del soldado,

matar o que te maten. Esta acción ¿va a perjudicar al reino o va a ayudar a mejorarlo? Este hombre, o su familia, ¿representan un peligro para preservar la seguridad de mis tierras o no? Y si es que sí, ¿qué hago para proteger el país? ¿Mato al culpable? ¿Mato a toda la familia, a toda la tribu? Cuando acaba el día Artor es el responsable de lo que pasa en occidente. Si es o no es como su padre no importa un carajo con el tiempo. Lo que intenta es que el viento no sople o que no llueva y como es inteligente, valiente y tan puñeteramente decidido, suele tener éxito en todo lo que emprende. Sí, tiene amigos íntimos, pero sobreviviría sin nosotros.

Por extraño que parezca, Myrddion iba encontrándose algo mejor y lo dijo. Y cuando estaba calentando vino en una pequeña estufa de hierro, volvió Perce, con mejor aspecto porque se había lavado en el río.

También llegó Odin, y con su enorme presencia ocultó todos los armarios y rollos que Myrddion guardaba en el estudio. Artor se había encerrado con la reina, así que sus guardaespaldas tenían una hora o dos libre.

—¿Cómo va el entrenamiento con armas, Perce? —preguntó Myrddion, intentando canalizar sus pensamientos hacia cosas más mundanas y soportables.

Perce se encogió de hombros, pero Odin estaba llamativamente parlanchín.

—Perce se mueve como el mejor de los guerreros, el guerrero en que se va a convertir. Es fuerte y muy decidido, casi me quita el hacha hoy.

—Bien hecho, Perce —Niniana aplaudió contentísima.

Los hombres se dieron la vuelta, sorprendidos al ver que había entrado la aprendiz de Myrddion, la causa de tanta discordia.

—¿Qué pasa? —preguntó, mientras Myrddion y Targo no dejaban de mirarla—. ¿Tengo el pelo mal?

—No, Niniana. Los viejos no estamos acostumbrados a tener jóvenes tan bellas alrededor —murmuró Targo educadamente.

—Qué amable —Niniana sonrió—. Pero aquí el héroe es Perce.

Perce enrojeció, entre alegre y avergonzado. Myrddion sabía que el joven era hijo de un empajador y eso le daba poca oportunidad de conseguir una espada de guerrero. Pero como Artor era un hombre justo y cabal hasta la médula, no olvidaría lo que había prometido a Targo, si con eso hacía un poco feliz al antiguo sirviente. Myrddion estaba convencido de que Perce se convertiría pronto en uno de los guerreros de Artor, independientemente de la convención y de lo determinante de los orígenes.

—¿Que nombre vas a ponerte cuando entres en la guardia de Artor? —preguntó Myrddion con toda seriedad.

Perce parecía incómodo.

—¿Qué más da? —intervino Niniana.

—Es bien mandona, ¿eh? —comentó Targo, sin dirigirse a nadie en particular—. Mira Odin. Ha renunciado a su nombre, porque no sabíamos pronunciarlo y menos entenderlo.

—Me apellidaba Sven —reveló Odin, sin pizca de resentimiento—. Pero con Odin vale, los dioses me perdonen.

—El escudo de tu apellido, al menos, tiene un anillo noble alrededor —dijo Myrddion—. Pero el nombre de pila parece un cesto lleno de serpientes.

Cuando tenía curiosidad, a Niniana no había quien la detuviera.

—No me digas que no te has decidido por ningún nombre todavía, Perce. Conociéndote como te conozco, seguro que llevas años pensando en el nombre adecuado.

—Quiero que me conozcan como Percival —susurró el joven. Estaba sumamente cortado.

—¿Perdón? —preguntó Myrddion—. Estos viejos oídos míos se están quedando algo sordos.

—Quiero que se me conozca como Percivale Maladroit.

—¿Maladroit? —Niniana miró a Myrddion para que se lo explicara.

—El contrahecho —explicó Myrddion—. Parece bastante adecuado para ti, teniendo en cuenta tu pasado —y sonrió al muchacho para manifestarle su aprobación —. Artor lleva un anillo de perlas para acordarse de ciertas realidades que, en general, querría olvidar. En particular su parentesco con Uter Pandragón. Al menos tú siempre tendrás un recuerdo tangible de lo que fuiste.

—Las perlas son lágrimas —dijo Niniana en voz baja, con la mirada perdida.

—Sí, y de lágrimas está hecho ese anillo —dijo Myrddion—. Estaba en la tapadera de una caja de madera de peral, en la que Uter guardaba las joyas que cogió a la madre de Artor. La perla sirve de saludable recuerdo de lo que representa la corrupción del poder.

—El rey hace lo que puede —añadió Targo, con una voz cascada, como de bisagra vieja—. No he conocido a ningún gran hombre que no se haya visto asediado por el poder que tiene en las manos —mientras hablaba, Targo buscó la mirada de Myrddion, y la retuvo, recordándole lo delgada que es la línea que separa el estudio académico de la traición.

—Los sentimientos siempre fueron importantes para nuestro rey…

Y los motivos, independientemente de los resultados.

—Pero el berserker sigue vivo en su fuero interno —dijo Odin sin más.

Niniana no conocía ese término nórdico e insistió para que Odin y Myrddion le aclararan bien el significado. Cuando Odin explicó titubeando que la sangre y la furia de la batalla podían insensibilizar al guerrero ante el dolor ajeno y cómo los guerreros reaccionan sólo movidos por el ansia de sangre, la joven hizo un pequeño mohín de sorpresa con la boca.

—Pues a mí me ha pasado. Cuando esa pinche de cocina se apoderó de la cama de Gallwyn y de sus tesoros, y todavía el cadáver estaba caliente, se me cubrieron los ojos de una neblina roja y quise matarla —Niniana hablaba con tal solemnidad, que los hombres tuvieron que esforzarse por mantenerse serios.

—El berserker nunca desaparece —advirtió Odin.

—Pero tú sí puedes contener el enfado con palabras grandilocuentes e ideas sensatas, pequeñita —dijo Myrddion para animarla.

—Julio César no se molestó en civilizar las tierras del norte —añadió Targo como acotación—. Y a todas luces fue un excelente soldado. Pero no era tan tonto como para gastar sus legiones con un enemigo como el de las hordas de berserker, capaces de seguir luchando hasta que no quedara nada ni nadie.

—¿O sea que esto del berserker es malo? —preguntó Niniana.

—Cuando se le da rienda suelta es malo, muy malo —dijo Myrddion todo serio.

—Pobre Artor —Niniana respiró profundamente.

DURANTE CASI Dos años la vida en Cadbury Tor y en la próspera ciudad de abajo discurrió tranquilamente. Artor solía estar fuera, atendiendo a los asuntos del reino, aplacando pequeñas trifulcas tribales y aplastando a los sajones que querían extender sus dominios. Myrddion gozaba de los placeres de una mujer y descubrió que sólo unas cuantas, muy escasas, como la Gallia de Artor, tenían la capacidad de ser compañeras más que mero objeto de satisfacción sexual. Pero cada vez con mayor insistencia el cuerpo y el corazón de Myrddion anhelaban de Niniana más de lo que sus pensamientos se atrevían a demandar. Si ella se daba cuenta del pujante amor que él le profesaba, no decía nada, para que Myrddion no se sintiera avergonzado de verse atraído por una joven.

Pero dos años es mucho tiempo en un país peligroso. Un día llegó a Cadbury Tor un guerrero brigante con la cabeza vendada con una gasa muy sucia y una herida más grave en el muslo. Como las heridas estaban infectadas y supuraban, Myrddion tuvo que utilizar fuego para cauterizarlas y un cuchillo afilado para retirar los tejidos muertos o en proceso de putrefacción.

El guerrero parecía impaciente, deseando tener audiencia con el rey supremo, pero como la fiebre lo mantenía abatido, fue Artor el que visitó al brigante en la enfermería improvisada de Myrddion. Las noticias que traía el joven congelaron el semblante del monarca y sumieron a la fortaleza en un frenesí de preparativos.

En una cacería, aprovechando que el noble se había separado de sus ayudantes, habían asesinado a Luka. Encontraron el cadáver hecho pedazos, pero sus armas estaban llenas de sangre. Antes de que los asesinos clavaran sus restos ensangrentados en un viejo roble, el caballero había estampado su firma sobre ellos.

La cólera de Artor se disparó como la lava de un volcán, chamuscando todo a su paso.

A primera hora de la mañana el monarca ya había salido con una tropa de unos cien hombres. Llevado por el afecto que tenía a Luka, Myrddion afrontó esa cabalgada larga y brutal hasta Verterae, en el corazón mismo de las montañosas tierras de los brigantes. Los guerreros galopaban como locos, detrás de un Artor de

mirada profunda y extenuada, espectral.

Al llegar a Verterae uno de los guerreros golpeó las puertas de la fortaleza con la espada, hasta que abrieron. Unos criados aterrados y temblorosos llevaron al rey supremo hasta la sala en que yacían los restos de Luka; y allí Artor pudo ver con sus propios ojos el cuerpo decapitado y descuartizado de su amigo. La ira del rey no tenía límites, los ojos le ardían y Myrddion recordó lo que le había dicho Niniana: ante la muerte de un amigo Artor reaccionaría con una ira incontenible, seguida de una fría y sanguinaria sed de venganza.

Verterae se despertó entre el miedo, el silencio, el afilado de espadas y los efluvios del pánico.

—A mi amigo no lo han matado ni los sajones ni los jutos, porque éste no es su estilo. Son bárbaros, sí, pero el asesinato ha sido sutil, además de brutal. El asesinato de Luka tiene visos de haberse perpetrado con intención regicida; ha debido ser su propio pueblo, que siempre lo trató como si fuera un cerdo. Y además han querido humillarlo y estampar su firma destrozando el cadáver de mi querido amigo. Se arrepentirán del día en que me arrebataron a Luka.

El capitán de Verterae temblaba aterrorizado y sentía los huesos como derretidos ante la mirada de Artor, que estaba hecho un basilisco.

El hombre deseaba en ese momento ser cristiano para poder jurar por la Virgen que no había tomado parte en el asesinato, pero como pariente lejano del rey Luka estaba bajo sospecha y lo sabía. Con los ojos en blanco y dedos temblorosos, miraba desesperadamente alrededor para ver si encontraba alguna manera de salvarse y de salvar a su fortaleza que Artor había jurado arrasar.

Rhys ap Cernach, que así se llamaba, admitió haber oído rumores de insatisfacción entre los aristócratas brigantes. El rey Luka había sido el primer monarca tribal que envió su caballería para ayudar a Artor cuando Uter Pandragón lo nombró Dux Bellorum; y cuando se necesitó oro para pagar y alimentar a las fuerzas del rey supremo, Luka estableció impuestos sobre sus vasallos para contribuir a la causa celta. Él también se implicó personalmente, ofreciendo oro, hijos y tiempo; por eso las muestras de descontento contra su mandato fueron creciendo durante sus largas y obligadas ausencias.

Mientras Artor permanecía en Verterae, envió a Odin, a Bedwyr y a un pequeño grupo de soldados al árbol en que había sido ejecutado Luka y ordenó que desde allí siguieran la pista de los asesinos y los apresaran. Odin quedaba encargado de traer a los asesinos ante Artor, y de traerlos vivos.

Acosado por las malas noticias, dos días después de que partiera Odin con sus hombres, Rhys se acercó al rey supremo y a su consejero Myrddion. Parecía consternado y traía el rostro lívido.

—¿A qué viene esa cara tan abatida, Lord Rhys? —preguntó Artor irritado, pues Rhys seguía siendo sospechoso de haber participado en el asesinato de Luka hasta que no diera prueba fehaciente de su inocencia—. Cualquiera diría que han asesinado

a tu madre.

—Ojalá lo hubieran hecho —susurró Rhys. Al oír estas palabras Artor se puso tenso.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Han llegado noticias de Lavatrae y parece que se han cometido más asesinatos a traición en otras ciudades. Me duele enfurecerte más, pero en este caso, tengo suerte de haber estado en Verterae contigo toda esta semana.

Artor enarcó las cejas.

—¡Cuéntame y acabemos con esto! No te castigaré si no has tomado parte en la traición.

—Los tres hijos del rey han muerto, señor. Asesinados mientras dormían. El nieto de Luka, que acaba de hacerse guerrero, ha huido a algún lugar que desconocemos, confiado en que hagas justicia y castigues a los asesinos. Nadie sabe quién se esconde detrás de estos crímenes, puesto que fue la gente normal la que afiló las armas, pero el primo del rey Luka, Simnel, se ha declarado nuevo rey y se dirige a la fortaleza de Melandra para tomar las riendas de gobierno.

—¿Ahora? —musitó Artor. Y Rhys daba gracias a los Tuatha de Danann por no estar en el pellejo de Simnel.

La sala estaba fría, gris y húmeda de lo que había llovido esos días. Artor se metió las manos entre los pliegues de la túnica y se sentó con el manto de lobo echado por los hombros. Junto a la ventana, a la débil luz de las primeras horas de la tarde, Gruffydd afilaba Escalibor. Tenía un gesto anodino, fingiendo estar concentrado en su tarea.

—¿Vas a ser leal al heredero legítimo del rey Luka, Rhys, o vas a apoyar al usurpador? No espero que me contestes, porque ¿cómo voy a confiar en que digas la verdad? Por eso, lo que te pido es que dejes a tus guerreros bajo mis órdenes y vengas conmigo a Melandra para comprobar que se hace justicia —Artor usaba un tono cortante, pero no desagradable. Y como hombre sensato que era, Rhys pensó mucho qué posibilidades tenía.

Al final, contestó a su señor.

—Te paso el mando de todos los recursos que tenemos en la fortaleza de Verterae, señor, porque la tribu de los brigantes necesita protección. No podemos permitirnos una guerra contra todas las tribus que se alíen bajo tu bandera, majestad, porque no sobreviviríamos. Pero lo más importante, este primo mío, Simnel, siempre ha sido un hombre taimado y peligroso, y nadie estará a salvo bajo su mandato, ni siquiera yo. Es mejor una guerra civil que obedecer a un déspota que lleve a toda la tribu al desastre.

Al día siguiente, antes del amanecer, Artor salió con una fuerza de doscientos cincuenta hombres armados a caballo. Un día después, en Melandra, la caballería acampó en lugar bien visible, en una colina próxima a la fortaleza. Como las estructuras romanas de Melandra habían sido objeto de amenaza por parte de los

enemigos, Luka había instalado en los edificios su centro administrativo. En el país de los brigantes había muchas otras fortalezas, mejor protegidas y fáciles de defender, pero al padre de Luka le gustaba particularmente Melandra por sus bosques y las hermosas vistas que ofrecía de las tierras bajas. Luka también se deleitaba mucho con esas vistas, y por eso Artor se sentía bien allí, mientras esperaba a Odin, contemplando el oscuro verde de los árboles y los amplios claros bañados de sol que se divisaban desde la ciudad favorita de Luka.

Odin y Bedwyr llegaron cinco días después de que Artor colocara su tienda de campaña ante la fortaleza de Melandra. Traían bien atados sobre los caballos a dos prisioneros con las muñecas encadenadas a los talones, los ojos amoratados y la mirada aterrorizada por la ordalía a la que habían sido sometidos. Uno de los hombres mostraba una desagradable herida de espada por las costillas.

—Atadlos al roble más próximo para que todos los asesinos conozcan mis intenciones —ordenó Artor, con la mirada brillante, fría, gélida como el metal—. Ahora me dirigiré a los criminales.

Con deliberada parsimonia, Artor bebió un poco de agua fresca y se tomó unas nueces, fruta y pan duro. Como se suponía que Rhys tenía que satisfacer a Artor, el brigante le sirvió él mismo la comida dentro de la tienda de cuero que el monarca había instalado. Gruffydd acunaba a Escalibor desde la retaguardia, sin perder de vista uno solo de los movimientos de Rhys. A Rhys le temblaban los dedos cuando llenaba la copa de agua, pero ya no se sentía incómodo en presencia de hombres tan peligrosos.

—Es hora de interrogar a los asesinos de Luka —decidió Artor. Y se levantó tranquilamente.

El roble que habían elegido para infligir el castigo crecía en los linderos del bosque, en un lugar en que los prisioneros quedaban claramente a la vista para quienes observaran desde el palacio de Melandra. El árbol era inmenso; un gigante de tiempo inmemorial, cosa que sorprendió realmente a Artor, puesto que los romanos, siempre tan pragmáticos, solían destruir los árboles sagrados que utilizaban los británicos en sus ceremonias religiosas. Con su erudición y perspicacia de siempre, Myrddion explicó que el legado romano de la guarnición había utilizado ese mismo roble para ejecutar a los celtas que se negaron a admitir a sus nuevos dueños, o para torturar a los desventurados druidas que capturaron vivos.

Artor tendría que haberse estremecido, pero se estaba armando de valor para ser duro, implacable y justo. El rey supremo no quería errores: ordenaría que los torturaran cruelmente y que los ejecutaran para extraer los detalles de la conspiración que mató a su amigo y se aseguraría de que hasta el más obstinado de los guerreros brigantes se enterara de lo que había ordenado.

Plantaron una bandera de paz delante del roble y de sus macabros y amargos frutos. Myrddion en persona se dirigió a Melandra para invitar a ciudadanos, siervos, nobles y guerreros amantes de la rectitud a que presenciaran cómo impartía justicia el

rey supremo.

Y, como Artor había previsto, llegaron ancianos, nobles locales ataviados con todas sus galas, niños peleando y hasta esclavos.

—¡Matadnos! —pedían a la muchedumbre los dos harapientos mercenarios desde el árbol al que estaban atados—. Somos brigantes; leales servidores del pueblo, mientras que el bastardo de Artor es un déspota, sanguinario y malnacido, que abandona a la gente en la pobreza. Nos va a torturar por ser patriotas. ¡Por amor a la diosa de la guerra, matadnos y tened compasión!

Por entre la muchedumbre se oyeron algunos murmullos de aprobación, pero la mayoría de los guerreros que estaban allí habían pertenecido a la caballería de Llanwith o habían formado parte de la muralla de escudos en Mori Saxonicus. Y sabían a ciencia cierta que todo el oro que las tribus habían aportado se había utilizado para pagar armas, comida con que llenar los estómagos de los soldados y compensaciones para las viudas de guerra. Se vieron numerosos gestos de reproche y muchos hombres se habrían ido de no ser porque Artor les ordenó que se quedaran.

—Vuestro rey, Luka, fue mi mentor y mi amigo. Los brigantes sois un pueblo que honran las leyendas de los tres viajeros, de quienes hasta los niños han oído hablar. Durante cuarenta años, como príncipe y como rey, Luka se dedicó a matar sajones, librando sangrientas batallas en nuestras tierras, para manteneros a salvo en vuestros hogares. ¿Cómo iba a merecer el trato que se le ha dado? Mirad al que fue vuestro rey, y sed testigos del tipo de muerte que recibió después de estar cuarenta años al servicio de la tribu de los brigantes y de los pueblos celtas.

Myrddion se había empleado a fondo para recomponer el cadáver desintegrado de su viejo amigo y lo había envuelto en una sábana de tela delicada. El hedor a muerte era un repugnante presagio de la obscenidad que Artor iba a descubrir ante la mirada de la multitud, con los orificios en las uñas y todo.

—Gentes de Melandra, os pido que os acerquéis para ver al que en su momento fue vuestro rey; recordad a su padre; recordad a sus hijos; recordad el orgullo que sentís ante el valor de los brigantes, ante la seguridad del reino en que vivís, y después ved lo que Luka ha recibido por su vida de sacrificios. ¡Vedlo!

Bajo la atenta mirada de Artor, la mayor parte de los ciudadanos que se había concentrado allí desfilaron ante el féretro, unos por curiosidad, pero la mayoría por miedo. Algunos guerreros depositaban un pendiente, un pasador, un anillo o cualquier otro objeto preciado sobre la lívida piel del cuerpo mutilado y las mujeres ofrecían flores, pero muchos ciudadanos parecían no verse afectados al mirar el cadáver. Simnel brilló por su ausencia y permaneció en la fortaleza protegido por cincuenta leales guerreros.

Cuando los ciudadanos terminaron de pasar delante del cadáver de Luka, Artor comenzó a interrogar a los asesinos.

—¿Quién os pagó? ¿Cuánto dinero recibisteis y cuáles fueron las órdenes? —inquirió Artor a los dos hombres que estaban atados por las muñecas con los pies

apenas rozando el suelo. Al no tener apoyo, la tensión en los músculos del pecho resultaba agónica.

Pero las preguntas de Artor no recibieron respuesta; apenas gestos retorcidos, respiraciones agitadas o elaboradas blasfemias.

—¡Odin, prepárate para crucificarlos! Y mientras, sácales los ojos, porque no tienen derecho a ver el sol ni esta bella tierra a la que han traicionado. Acuérdate de Luka y de la risa que tan generosamente nos brindaba.

Odin se puso a los preparativos, pero los asesinos seguían sin hablar.

Durante aquel largo y sangriento día, los bellacos fueron sometidos a torturas físicas cada vez más dolorosas y aunque muchos ciudadanos asqueados se volvían para no verlo, hubo muchos más que contemplaban las atrocidades que les hacían con morbosa satisfacción.

Colgaron a los felones en distintos lados del tronco para impedir que se miraran o que se confortaran uno a otro ante el dolor. Les clavaron al árbol por las muñecas y los talones. Les cortaron los dedos de las manos y de los pies, las orejas y la nariz. Y sólo cuando les quemaron la piel ensangrentada con lanzas ardientes se desmoronaron y empezaron a confesar lo que sabían de la conspiración.

Después Artor mostró a la multitud que también podía ser compasivo.

—¡Que estos guerreros reciban su honor, por perros que sean! Han mostrado su valor y su lealtad a su cobarde señor, Simnel, que no ha levantado un solo dedo para salvarlos ni ha disparado una flecha para que murieran sin dolor. Se han ganado el derecho a morir como guerreros, pese a que por ellos he perdido un amigo al que tanto amaba. ¡Libéralos Odin!

El juto los decapitó de inmediato.

La multitud suspiró.

—Gentes de Melandra, ¿os dejo bajo el mandato de Simnel y sus conspiradores, o bajo el del nieto de Luka, que ha escapado gracias a sus leales servidores? Decidme lo que queréis. Me dolería disgregar las tierras de los brigantes de la unión de reyes y dejaros solos frente a los anglos y los jutos, que en verano se lanzarán en hordas contra vosotros desde Eburacum, Cararactonium y Petuaria, pero os aseguro que, si decidís seguir con el usurpador, os abandonaré a vuestra suerte. No firmo tratos con el hombre que asesinó a mi amigo.

La multitud se revolvió un poco, como si les hubiera sorprendido una súbita corriente de aire. Los rostros estaban lívidos, porque a nadie se le escapaban las consecuencias que implicaba desgajarse de la unión.

Los soldados que habían luchado en Eburacum recordaron la amenaza de Katigern Oakheart y decidieron la suerte de Simnel, según había previsto Artor.

Esa noche los propios brigantes entregaron a Simnel y a sus conspiradores, conduciéndolos ante Artor. Los hombres que confesaron haber tomado parte en la trama fueron ejecutados con rapidez y sin sufrimiento, y a sus mujeres e hijos se les permitió mantener las tierras y las propiedades, para que los hijos no pagaran las

culpas de sus progenitores.

Pero Simnel recibió su merecido con toda propiedad.

Artor tuvo que contener su propia cólera día y noche. De los asesinos que participaron en la acción, el primo de Luka corrió la peor suerte. A Simnel lo colgaron vivo y tembloroso a las puertas del gran palacio de Melandra insertándole con saña los mismos clavos con que habían crucificado a Luka. Y allí lo dejaron hasta que murió.

La gente corriente se sentía sobrecogida al ver que Artor iba todas las mañanas a hablar con el moribundo. El primo de Luka tenía la boca estropajosa por la sed y las heridas iban empeorando, infestadas de moscas. Mientras el traidor agonizaba, el rey supremo se reconfortaba relatándole los recuerdos que guardaba de Luka. Y por mucho que Simnel gritara, gimiera o suplicara, tuvo que aguantar hasta que el cuerpo no pudo más.

En cuestión de crueldades sutiles, Artor casi estaba por encima de Uter Pandragón.

Cuando por fin murió el desdichado, despedazaron su cadáver y lo echaron al albañal de palacio para que lo devoraran los perros. Después, una vez instalado el nieto de Luka en el trono de su padre, Artor y sus guerreros desaparecieron, como el frío viento de invierno que los había llevado a las tierras de Luka.

Pero dejaron pocos amigos a su paso.

En los meses que siguieron se prohibió pronunciar el nombre de Luka en presencia de Artor, aunque Myrddion y Targo solían reunirse para reír y recordar juntos el espíritu indómito de Luka, su brillante ironía y la maestría que mostraba con la espada. Se sentían confortados por los recuerdos, incluso cuando rememoraban su alegría sardónica e irreverente. Pero Artor estaba hundido. Targo y Myrddion intercambiaban miradas de preocupación, pero ninguno se veía capaz de expresar en voz alta hasta qué punto se había hecho realidad lo que meses antes no eran sino vagos temores, por lo que se refería a la integridad del monarca.

Para toda la población celta el mensaje que llegó de Artor resultó inequívoco. El que tocara a alguien que estuviera bajo la protección del rey supremo recibiría inevitablemente un trato similar y quedaba sometido a una justicia despiadada.

—Nuestro pueblo tiene suerte de que la lealtad hacia Artor esté tan extendida, porque si no se cumplieran sus órdenes, las tribus se habrían desintegrado hace años —dijo Myrddion a Targo con auténtica sinceridad.

Targo mantenía los párpados caídos y su boca de anciano expresaba un gesto de profundo pesar.

—Cuando haces un arma, amigo Myrddion, la haces para que sirva a tus propósitos —dijo con suavidad—. Cuando haces un hombre, el hombre debe servir a sus propósitos. Hemos sido muy arrogantes, hermano, porque Artorex no tenía que servir de arma a nadie.

Myrddion se estremeció.

—Era todo lo que teníamos. Y lo volvería a utilizar si se dieran las mismas circunstancias.

—¿Sí? —preguntó Targo en serio—. ¿De verdad?

—Probablemente. Lo mismo que creo que tú volverías a dejarlo inconsciente mil veces para evitar que siguiera la suerte de Gallia en Villa Poppinidii. Hasta hoy, si tuvieras fuerzas, volverías a hacer lo mismo por salvarlo.

—Sí —murmuró Targo—. Nada cambia en lo que al corazón se refiere.

O al cerebro, pensó Myrddion taciturno.

Pero la suerte de los pueblos, unida a los extremos de la ambición humana, puede cambiar y traer consigo años de infelicidad que resultan interminables, o así lo piensan los sufridos mortales que experimentan tales calamidades.

Los padecimientos de Artor acababan de comenzar.

CAPÍTULO XVI

LA PESTE

DESPUÉS, NADIE SABÍA, o quería, decir quién había sido responsable de la peste que afectó a la población de Cadbury. Se pensaba que los comerciantes eran quienes habían transmitido la enfermedad, más probablemente porque sus itinerarios los llevaban a distintos lugares del país, limpios o no. Estos tipos habían llegado a la fortaleza occidental de Artor, al ver que la localidad se había convertido en un centro de intercambio de productos de lujo, cereales, miel, bebidas o carnes que ahumadas y desecadas en las largas travesías al continente podían venderse hasta en Constantinopla.

La enfermedad se abrió paso por todos los rincones y rendijas del país, fueran de piedra, madera o paja. Afectó indiscriminada y despiadadamente a todos. Cuando años atrás la peste acabó con la mayor parte de la familia de Gallia, de nada sirvieron el dinero o el poder para detener la inexorable marcha de una enfermedad que afectó o terminó con miles de vidas.

El primer síntoma era la fiebre. En las primeras etapas no parecía grave, aunque debilitaba mucho. Después, a los pocos días, a los enfermos les salían unas úlceras en la piel, sobre todo bajo los brazos y en los pliegues del cuerpo. Y al final, llegaba el delirio y la afección de los pulmones, hasta que sobrevenía la muerte.

Ni siquiera Myrddion, con todo lo que sabía, era capaz de detener esta extraña y foránea enfermedad que minaba primero las fuerzas y luego el deseo de sobrevivir.

Acordándose de lo que hicieron durante la cuarentena de Antor en Villa Poppinidii, Artor selló por completo la ciudadela frente al exterior.

Los soldados formaron unas barricadas para impedir que viajeros, demandantes o peregrinos subieran la colina que conducía al palacio de Cadbury. A los habitantes de la fortaleza se les dijo que si salían de la zona que estaba en cuarentena, no serían readmitidos.

En la ciudad las casas de los afectados quedaban cerradas y, en ocasiones, arrasadas. El rey supremo sabía que se podrían construir nuevas casas, pero la enfermedad mortal no tenía manera de hacer regresar a la gente al mundo de los vivos.

Tan insensible como siempre, Wenhaver se quejaba pública y deliberadamente del hedor de las piras funerarias y de las casas incendiadas. Se estuvo lamentando

constantemente de la vida tan aislada y tediosa que llevaba, hasta que Artor huyó de ella como si fuera la propia peste. Y entonces empezó a agasajar a cualquiera que quisiera escuchar sus historias sobre por qué la había abandonado su marido.

Si Wenhaver hubiera quedado embarazada, puede que se le hubieran pasado sus egoísmos y sus modos infantiles, como pecadillos de la edad. Pero el destino quiso que fuera estéril, algo que secretamente le hacía feliz, porque temía que al dar a luz se desvaneciera la finura de su talle o la tersura de sus senos. Seguía sin interesarle lo más mínimo lo que decía Artor sobre la descendencia, sin considerar ni por un instante que, si no conseguía darle un heredero al trono de los británicos, el rey supremo podía prescindir de ella. Seguía confiando irracionalmente en la influencia que su padre tenía sobre el monarca. Y de manera inevitable, cuando Cadbury tuvo que enfrentarse a su bautismo de fuego con la enfermedad, la situación generó una discusión entre marido y mujer de proporciones inusitadas.

Wenhaver estropeó una velada relativamente agradable, quejándose de aburrimiento, después de haber pasado la noche con Artor, mientras éste consideraba si quedarse a dormir o no en aquella cama tan suave.

—No hay nada que hacer, Artor. No puedo montar a caballo y si coso, me aburro en cuanto hago un par de muestras. No dejas que nos visite nadie y ni siquiera puedo llamar al que me hace los trajes.

Artor observó el rostro de rosa de su esposa con ojos desconfiados.

—¿Preferirías contraer una enfermedad que te llena de úlceras purulentas, provoca vómitos de una especie de baba verdosa y te lleva a morir ahogada? —le cogió una mano y contempló lo perfecta que era—. Si quieres evitarlo, te aconsejo que sigas cosiendo o hilando. Claro que, acostumbrada a no trabajar, quizá te salgan callos en estas bellísimas manos.

—No te pongas tremendo, Artor —soltó Wenhaver—. Lo que no me gusta es pasarme el día aquí sentada, pero tampoco voy a trabajar como una esclava.

—Como no me has dado hijos, quizá fueras algo útil recogiendo ropa usada o telas para esos ciudadanos que están muriéndose ahí abajo. Si no puedes ser madre, quizá puedas ser reina.

Los comentarios de Artor dejaron a Wenhaver sin aliento, que es lo que pretendían. Secretamente, aunque no quería que los niños le afearan la cintura ni le dejaran marcas en el cuerpo, la incapacidad de tener hijos le resultaba dolorosa. Estaba acostumbrada a que la agasajaran por su aspecto, por su estilo y por su perfección femenina; pero la mortificaba no tener descendencia.

—No me culpes, Artor —dijo con aspereza, mordiéndose la uña del pulgar, hasta que se la arrancó.

—En Cadbury hay varios jóvenes engendrados por mí y algunas de mis hijas ya están casi en edad de casarse. Parece que no soy impotente. Pero antes de acusarme de que te estoy echando la culpa, ten en cuenta que desde que me casé, no me he acostado con ninguna otra mujer que estaba deseando hacerlo.

Los bastardos de Artor fueron la gota que colmó el vaso para Wenhaver. Sabía de la potencia sexual de su marido, claro, como todo el mundo en Cadbury, pero ¿presumir de infidelidad? Le tiró el cepillo de plata que tenía a mano, olvidándose pretendidamente de que un monarca soltero puede ir a lamerse las heridas donde le plazca.

—Te odio —susurró Wenhaver. Artor se encogió de hombros y se bajó de la cama.

—Entiendo que prefieres ser célibe y dejar de tener contacto sexual conmigo. Después de todo, parece que mis esfuerzos no producen demasiado fruto en tu lozano cuerpo.

Naturalmente, Wenhaver no había querido decir eso. Los placeres del lecho representaban para ella un esparcimiento en el que se unían dos personas por lo demás incompatibles. Y ahora su marido le estaba insultando aún más que cuando despreciaba su incapacidad para procrear. Estaba sugiriendo que sólo se había acostado con ella para dejarla embarazada.

¿Cómo iba a responderle, en el caso de que fuera capaz de contener su rabia? Wenhaver no le iba a suplicar que compartiera lecho con ella sin admitir que lo deseaba. Y peor aún, ¿cómo le iba a confesar lo mucho que le dolía no poder albergar en su seno al hijo con el que Artor tanto soñaba? Se sintió como una cortesana.

Puede que Wenhaver llorara de dolor.

Artor se sentía avergonzado de haber contestado así, con tanta crueldad, a la incapacidad de la reina por tener hijos. Wenhaver no había cumplido aún los veinte años y era verdad que la reina llevaba una vida muy tediosa últimamente. Se pasó la mañana reprochándose su comportamiento y después fue a las dependencias de Wenhaver a pedir disculpas.

Lo que encontró en las habitaciones le hizo hervir la sangre.

Wenhaver se había reunido con sus damas de corte en algún otro sitio de la casa, pero cuando Artor se volvió para salir de la caótica habitación, oyó moverse algo y se detuvo. Creyendo que se trataba de algún ladrón, que hubiera conseguido burlar la seguridad de la fortaleza, desenfundó su daga. Y entonces, Myrnia que se había acurrucado en el suelo, y estaba como escondida, gritó al ver la sombra del rey.

—¿Qué haces ahí en el suelo, Myrnia? ¡Dios santo, muchacha! ¡Casi te mato sin querer! —los ojos de Artor se incendiaron de horror al ver la estampa—. ¿Quién te ha hecho eso, Myrnia? ¡Te ordeno que me lo digas!

Myrnia intentaba llorar pero tenía un ojo herido, desgarrado, que le sangraba abundantemente. Apenas tenía párpado, y la nariz mostraba un corte similar, en el mismo lado de la cara, con el orificio abierto. Y la boca había recibido el mismo tratamiento.

Artor sabía que por muchos cuidados que pudiera darle el más avezado de los sanadores, la chica quedaría marcada para siempre.

—¿Quién te ha hecho eso, Myrnia? Juro que los castigaré.

La muchacha movía la cabeza lentamente, del dolor que claramente tenía.

—No, mi señor, ni siquiera tú puedes salvarme —dijo con el ojo sano bañado en lágrimas y rezumando sangre por las heridas.

—La reina es la que te ha hecho este horror, ¿no? ¡Contéstame!

Artor torció el gesto avergonzado, porque sabía que también tenía algo de culpa al haber provocado la cólera de su mujer.

—¿Con qué te hizo las heridas?

Myrnia abrió la mano y dejó ver un objeto sencillo y elegante, luctuosamente marcado en la punta con sangre de la muchacha. Un pequeño mango de hueso, bellamente labrado, sostenía una delgada y resistente caña de plata, como la palma de una mano de larga. En la punta tenía un garfio romo. A Myrnia le habían atacado con una herramienta que se utilizaba para enganchar y enroscar hebras de lana.

Artor se estremeció; cogió el denigrante objeto de la mano de Myrnia, que lo entregó sin reserva, y cogió en brazos a la muchacha. Era ligera como una pluma y temblaba de la impresión. En actitud protectora el rey la llevó por los corredores de palacio hasta las dependencias de Myrddion.

Niniana empezó a palpar a la aterrorizada y dolorida chiquilla, pero ésta le retiró las manos. Myrddion se hizo cargo, con un gesto difícil de interpretar.

—Coge el jugo de amapola, Niniana, con miel para que esté dulce y después busca las agujas más delgadas que haya y el hilo más fino —mientras Niniana se apresuraba a buscar lo que le pedían, Myrddion acostó a Myrnia en un camastro sencillo, le tomó las manos entre las suyas y la miró cariñosamente.

—Con lo que te voy a hacer enseguida te vas a sentir mucho mejor, Myrnia, enseguida. No te prometo que no te queden cicatrices, porque te mentiría, pero intentaré mantener esa preciosa carita que tienes lo mejor que pueda. Desgraciadamente, puede que pierdas la vista del ojo izquierdo.

Niniana llegó con el jugo de amapola que mezclado con miel parecía un engrudo dorado, justo en el momento en que Myrnia empezó a gritar, movió la cabeza de lado a lado y se puso a temblar de terror. Con mucha suavidad, maestro y aprendiz la persuadieron para que se tomara la poción, que hizo su efecto casi de inmediato. Aunque le pesaban los párpados, la chica se esforzaba por mantener la cabeza levantada, luchando contra el narcótico, pero felizmente pronto se sumió en un estado de inconsciencia.

—Date prisa, Niniana, los paños más suaves que encuentres, agua limpia y el jugo de limón.

—¿Para qué tenías que decirle toda la verdad? —preguntó Artor irascible, aunque por dentro no estaba de ningún mal humor.

—La chica lo merece. Si se infecta, puede quedar ciega de los dos ojos. Cuando se tiene un ojo dañado, a veces pasa eso. Yo no puedo arreglar un ojo con la pupila rasgada. No puede hacerlo nadie, ni los hijos de Isaac o Ishmael, y eso que son los mejores del mundo. No sé ni siquiera cómo funciona realmente el ojo, por eso tendré

que hacer sencillamente lo que mejor sepa. Voy a lavarle las heridas con agua, una y otra vez, hasta que queden completamente limpias. Después, voy a aplicarle jugo de limón por todas partes, menos por el ojo. He observado que la lima y el limón sirven para limpiar metales y veo que también son buenos para heridas, mientras que si uso licor de melocotón podría dañarle la piel. Luego tendré que coser los desgarrones que tiene lo mejor que pueda. Quizá le diga a Niniana que cosa las partes más difíciles; ve mejor que yo. Y luego, a esperar. Y a esperar —Myrddion miró al rey—. ¿Cómo ha ocurrido este espanto?

Sin decir palabra Artor mostró a Myrddion la inocente herramienta.

—Un objeto tan simple causando esta devastación. ¿Qué hizo Myrnia que molestara tanto a Wenhaver?

Artor se estremeció.

—Entonces ¿se ve tan claro quién tuvo la culpa?

—¿Quién iba a querer herir a la doncella personal de Wenhaver, sino su propia dueña? ¿Quién más se iba a atrever? Pero, más concretamente, Artor, ¿qué vas a hacer después de esta atrocidad?

Myrddion, con Niniana al lado, empezó a lavar las heridas con agua, abriéndole los pliegues de la piel para limpiar bien por dentro. Cuando el sanador consideró que ya no había sangre seca, óxido u otros contaminantes dentro de los cortes más profundos, cogió una aguja muy delgada que le pasó Niniana, enhebrada con un finísimo hilo clarito. Con mucho cuidado y con tal concentración que Artor apenas se atrevía a respirar, Myrddion fue uniendo los bordes de las heridas.

Cuando llegó a la piel más delicada del párpado, maestro y aprendiz cambiaron los papeles, porque Niniana tenía muy buena vista. La muchacha fue dando puntos diminutos, tanto, que el rey estaba admirado de que no se equivocara, y le cosió el párpado por dentro y por fuera, hasta el borde mismo, para que Myrnia pudiera parpadear y llorar con comodidad durante los largos años de vida que le quedaban por delante.

Cuando ya vio que Myrnia se encontraba todo lo bien que le permitían sus heridas, Artor regresó a los apartamentos de Wenhaver, donde encontró a su esposa, caprichosamente iracunda un rato y enfurruñada al siguiente, porque no encontraba su péplum favorito.

—¿Dónde estará esa zorra indolente de Myrnia? Esto es lo que pasa por tratarla tan bien; no cumple con sus obligaciones —refunfuñaba Wenhaver.

Artor la miraba atónito, porque la reina no tenía ni idea de lo que había hecho, realmente.

—¿Por qué me miras así? ¿Y Myrnia? Supongo que habrá ido a contarte bulos sobre mí.

Artor sintió que sus labios se arqueaban de desprecio.

Mostró el pequeño objeto que llevaba en la mano derecha y Wenhaver lo cogió con cuidado, sin dejar de mirar ni por un instante a los fríos ojos de su marido.

—Tendría que usar esto contigo, mujer, igual que lo has hecho tú con Myrnia. Tendría que dejarte ciega de un ojo, desgarrarte el párpado, abrirte la mejilla y rajarte los labios, pero ni así entenderías, ¿o qué?

—A Myrnia no le pasa nada —balbuceó Wenhaver a la defensiva, aunque tenía una mirada aterradora—. Está fingiendo, nada más. Y además, yo no tengo la culpa. Tú me pusiste de mal humor y ella rasgó mi mejor chal, y… y…

—El mundo te mirará a ti primero y luego a la pobre de Myrnia, llena de cicatrices y ¿qué va a pensar la gente de ti?

—¡Tú tienes la culpa! Siempre eres muy cruel conmigo… —Wenhaver lloraba, dando grandes y desgarrados gemidos, porque realmente estaba aterrorizada de lo que le había hecho a su doncella.

—Voy a arreglar esto, mujer, pero a ti no quiero verte en una buena temporada, hasta que me olvide de las heridas que hoy muestra el malogrado rostro de Myrnia. Voy a mandarla a su casa con una dote de oro rojo, para que haya algún pretendiente que no tenga en cuenta sus defectos físicos. Y quizá un día sea una mujer y una madre feliz. En cuyo caso, habrá tenido más suerte en la vida que tú.

Wenhaver estalló en una horrible y estridente risita.

—En ese caso, debería estar agradecida de que yo haya perdido los nervios. No sé si no cómo iba a encontrar un marido respetable.

Artor no pudo contenerse más.

—Mira que eres cruel y estúpida, Wenhaver. Lamento el día en que me casé contigo y si pudiera rompería el pacto mañana mismo. Eres vomitiva, ¿cómo puedes sugerir que la pobre Myrnia tiene que estar agradecida de que la hayas dejado ciega? Debería haceros caminar a las dos por todo Cadbury Tor para que la gente vea qué tipo de mujer eres, pero ese acto de justicia humillaría a Myrnia y la expondría a la conmiseración pública o, quizá, al ridículo. No pienso avergonzarla ni molestarla más, sobre todo ahora que la peste llama a nuestras puertas.

Wenhaver se alejó un poco de su marido, al ver que estaba moviendo los dedos como si estuviera realmente ahogándola con fuerza. El rey la miraba con una aversión tan palpable que a la reina le entraron verdaderas ganas de devolver.

Acto seguido Artor salió de la habitación enfurecido, dando patadas a los muebles que encontraba a su paso.

Durante meses la reina sólo vio a Artor incidentalmente y después, cuando el cargo lo exigía. Una vez lo encontró besando a una de las criadas y se quedó atónita, pero el rey se limitó a mirarla con total indiferencia y los ojos abiertos de par en par.

A Myrnia no se le infectaron las heridas, porque era joven y fuerte, y como estaba acostumbrada a obedecer, Myrddion pudo seguir el tratamiento y la medicación estrictamente. El rey supremo, muy pendiente de lo que había prometido, encargó que le hicieran un parche, de oro repujado y mullido con algodón del mejor, para que fuera cómodo, y que se ataba a la cabeza con una cadena también de oro. En el parche se veía el símbolo del dragón de Artor, echando fuego por la boca, para que

quien tuviera la tentación de reírse de las cicatrices de Myrnia quedara advertido de la cólera del rey.

Al final, cuando terminó la epidemia de peste y a Myrnia se le curaron completamente las heridas, el rey supremo la mandó a casa, como si fuera una mujer acaudalada. La acompañaban un criado y su propia doncella; y además era dueña de dos bellos caballos grises, un bolso de cuero lleno de oro y un carro de muebles, ropas y paños de lana. Con el tiempo la joven se casó con el hijo pequeño de un jefe local, que la trataba con enorme respeto por la dote que había aportado al matrimonio y por la señal de protección del rey supremo con que había llegado.

A Wenhaver le dolía cada una de las monedas que se habían empleado en compensar a la doncella, pero tenía miedo de quejarse, por si Artor cumplía su amenaza de airear su crueldad. Sabía que la mayoría de los ciudadanos de Cadbury le creerían.

Cuando la epidemia alcanzó su punto máximo, Wenhaver estaba harta y necesitaba nuevos estímulos. Estaba deseando herir a su esposo en su arrogancia.

Aunque Myrnia seguía en la fortaleza recuperándose de sus heridas, Wenhaver apenas sentía ya vergüenza de lo que había hecho, un daño que yacía acaso como molesto recuerdo en lo más recóndito de su memoria. Culpaba a Artor de toda la tragedia, porque estaba acostumbrada a atribuir culpas a todos menos a ella misma. Y para colmo de su desgracia, se pasaba buena parte del día bordando y cosiendo como cualquier esposa, pero con una maña desastrosa.

Para demostrarse a sí misma su valía se apoyaba esencialmente en la capacidad que tenía de provocar admiración entre los hombres. Y aunque desde el incidente de Myrnia, Artor la repudiaba, Cadbury Tor estaba lleno de jóvenes muy viriles.

Llena de vanidad y malicia la reina empezó a buscar activamente algo en lo que entretenerse.

Deliberadamente empezó a desviarse de las estrictas normas de comportamiento que exigía su condición de reina. Bajaba las pestañas seductoramente y se ruborizaba con gracia cada vez que tenía un hombre al lado, sin tener en cuenta su origen ni su situación social. Myrddion y Niniana la observaban atónitos, viendo cómo aumentaban sus devaneos y sus ligerezas. Y Myrddion empezó a sentir verdadero miedo. A Niniana, que seguía siendo una pequeña bárbara, le entretenía ver la chabacanería de la reina.

—Lleva años dando una imagen de risa, señor, tan abultada con esos ceñidos vestidos tan ridículos que se pone. Wenhaver cree sinceramente que es la única mujer del mundo que tiene pechos.

—¿Pero te imaginas lo que puede hacer Artor, si se entera que está liada con otro hombre? —murmuró Myrddion.

—Espero que se vea obligado a matarla. Y así en Cadbury volveremos a vivir tranquilos.

—¿Tú crees? —preguntó Myrddion—. Lamentablemente me parece que

Leodegran y su hijo no se iban a tomar tan bien que se recriminara violentamente a un miembro de su familia. Y aunque se supone que son nuestros aliados, el rey Lot y los suyos no tardarían mucho en decir a la gente que el espíritu de Uter Pandragón había regresado a occidente. Me temo que este problema hay que meditarlo mucho.

—¡Parece que siempre hay que hablar de Uter Pandragón! Ese hombre lleva muerto un montón de años, más de los que yo tengo, pero todo el mundo que conozco susurra su nombre con expresión de terror, como si todavía estuviera vivito y coleando. ¿Cómo de malo debió ser para que siga inspirando semejante pavor? —Niniana no solía discutir demasiado con Myrddion, pero manifestaba la confianza y la seguridad que sólo pertenece a los jóvenes.

—Uter fue tan terrible que su hijo sigue teniendo que soportar la mácula de su nombre —contestó Myrddion—. Así que ojalá no tengamos que afrontar esa desgracia.

Pero las imprudencias de la reina representaban algo muy serio para la corona, la corte y el reino. Con mucha prudencia y a regañadientes, Myrddion sacó a Artor en un aparte para intentar hablar con él en privado sobre la cuestión.

—Tengo un tema algo sensible que hablar contigo, señor —susurró—. Me preocupa que la reina haya sido un tanto imprudente y…

—No me hables del asunto, amigo, porque me temo que no voy a oírte —Artor mantenía los labios bien apretados y la mirada fría.

—Pero, mi señor, me veo obligado a decirte que…

—Hay cosas que los reyes deben saber —le interrumpió Artor—, y otras que son muy peligrosas de decir en alto.

—¿Hasta si las digo yo? —dijo Myrddion apesadumbrado.

Artor abrazó bruscamente a su amigo y le susurró al oído:

—Hasta si las dices tú, viejo amigo. Pero no temas, porque pronto la reina tendrá que ser más cauta. Ya me encargaré yo.

¿Qué más podía decir o hacer Myrddion? Como la mayoría de los que vivían en Cadbury Tor, se vio obligado a esperar y ver.

Y entonces sucedieron dos tragedias al mismo tiempo.

A principios de verano Galván había ido a Cadbury de visita y Wenhaver quedó completamente extasiada ante su rubicunda belleza y su dúctil musculatura. A diferencia de sus hermanos Galván no había querido casarse joven, y prefería cazar, guerrear y estar con las mujeres que le salían al paso, preferiblemente casadas, para evitar problemas. Cuando la fortaleza quedó sellada del mundo exterior, a Galván se le hacían las horas eternas, porque sólo podía dedicarse a cepillar su caballo y a beber por la noche con sus amigos.

La ciudad de Cadbury durante el día estaba muy tranquila y por la noche se sumía en un profundo silencio, sin apenas luces y con las calles desiertas. Artor había ordenado cerrar los mercados y aquellos lugares en que se congregara gente para ralentizar la expansión de la enfermedad. Los ciudadanos se encerraban en sus casas

y esperaban hasta que llegaban soldados voluntarios repartiendo comida. Y como estaba tan aburrido Galván se unió a ellos. Al menos, repartir comida, hacer guardia para controlar quién entraba y salía de Cadbury Tor y quemar las casas en que había muerto la familia entera proporcionaba cierta distracción, pero pronto esto también se convirtió en una mera rutina.

La ciudad parecía poblada de espectros, vivos y muertos. Los árboles de las huertas seguían produciendo fruto, los animales salpicaban los campos y seguían levantando la cabeza cuando pasaba alguien, y el cereal crecía en los labrantíos que, si bien es cierto, estaban un tanto abandonados. Y aunque la brisa seguía irrigando los verdes terrenos, ya nunca salía humo de los cónicos tejados de las aldeas. Lo único que rompía el extraordinario silencio de la localidad era el sufrido mugir del ganado que había quedado sin ordeñar, con las ubres llenas, porque sus dueños habían muerto. Al final llegaban los cuervos como si olfatearan el hedor a muerte y también ellos lanzaban sus gritos sardónicos por aquel territorio inerte.

En los límites de la ciudad, un humo denso y negro se alzaba por el aire hasta ocultar el sol y la luna sobre las tierras yertas. Allí los guerreros incineraban a los muertos, protegiéndose las manos con mitones, y cubriéndose la boca, la nariz y cualquier otra parte del cuerpo con trapos. Daba igual el calor que hiciera, los fuegos seguían ardiendo y el olor a carne incinerada teñía el aire de un hedor fétido y repugnante.

Una tarde Galván se unió a un grupo de soldados que se habían presentado voluntarios para hacer labores fuera de la fortaleza. Pensó volver a mostrar su valor haciendo frente a ese enemigo invisible que tan caprichosamente elegía a sus víctimas. Pero pronto se dio cuenta de que no tenía estómago para llevar a cabo ese trabajo de quemar cadáveres corruptos y abotargados a pleno sol. Y a medianoche regresó a Cadbury escalando por las murallas.

Cuando Artor descubrió que Galván se había saltado las estrictas normas que se habían dictado, se enfureció, sobre todo al ver que el príncipe entró en palacio dando grandes zancadas, asustando a los criados y haciendo aullar a los perros.

—Estoy perfectamente —dijo Galván para justificarse—. Nunca he estado mejor, señor. Creía que te gustaría saber cómo va la ciudad, y de sospechar que estaba enfermo no se me habría ocurrido poner en peligro la fortaleza.

Exasperado, Artor miró a la cara del joven, pecosa y atractiva, y comprendió que por mucho que reprendiera a Galván, el príncipe no entendería el peligro que había supuesto lo que había hecho. De los hijos de Lot, sólo uno había heredado la inteligente perspicacia del padre y Gaheris hacía tiempo que había muerto. Los demás eran muy parecidos a su madres, Morcadés, frívola y amante de los placeres. Pero tampoco había heredado ninguno el odio de Morgana. Galván había sido el héroe en numerosas incursiones contra los sajones, y lo conocían por lo útil que era en situaciones difíciles, siempre que hubiera alguien que le dijera lo que tenía que hacer.

—Al menos mantente alejado de los más jóvenes y los más viejos; esta peste

parece afectar a los sanos para desde allí buscar el resquicio necesario y hacerse con los débiles. Te agradecería que tengas consideración por los demás habitantes de la fortaleza.

—Por descontado, señor. Quemaré mi ropa y me lavaré bien. El médico judío que hay en la ciudad me ha dicho que en Cadbury ha bajado el número de afectados. Cree que la peste está remitiendo —Galván no pudo evitar sonreír ante su rey. Artor intentó calmarse los nervios; Galván con treinta años seguía siendo un jovenzuelo influenciable e irresponsable, y no pasaría de ser justo lo que tenía delante: un guerrero amable con carácter genuinamente sereno.

—Castigarte por desobedecer mis órdenes sería como esperar que una coneja no críe o que un halcón no persiga pájaros. Pero, joder, Galván, que no necesitamos pestes en la fortaleza. ¿Qué pasa si enferma la reina? ¿O Myrddion? ¿O yo?

—No lo había pensado —Galván se quedó lívido ante el rey—. Pero ahora veo lo que quieres decir.

Artor podía visualizar la maquinaria lenta y pacienzuda de la mente de Galván, trabajando para buscar solución a las preguntas.

—Entonces ¿vas a hacer lo que se te diga de ahora en adelante? —preguntó Artor, viendo que se le escapaba una sonrisa. Galván tenía el extraño don de hacer amables las situaciones, incluso cuando no tenía intención de acatar ninguna instrucción que le llegara de ninguna autoridad.

Ironías de la vida, cuando Targo de repente se puso enfermo, no se contagió de Galván, que nunca visitó al viejo soldado. Fue Artor el que terminó provocando la muerte del hombre al que amaba más que a cualquier otra persona del mundo. Quizá la enfermedad había anidado en el pelo de Artor o se le había enredado como una serpiente entre los pliegues del manto. O puede que la enfermedad empezara por un leve resfriado que el anciano cogiera por haberse quedado levantado hasta tarde hablando con el rey.

Un día Targo estaba tan perspicaz como siempre. Al siguiente, después de estar con el rey por la noche, empezó a sentirse mal.

Inmediatamente Perce selló las puertas de las habitaciones de Targo, para evitar que la enfermedad se propagara más. Enseguida mandaron aviso a Artor y al instante estaba Niniana golpeando la puerta, con una cartera de cuero al hombro y mirada testaruda.

—¿Quién es? —preguntó Perce desde el otro lado de la puerta.

—¡Soy Niniana! Déjame pasar ahora mismo, Perce, o te prometo que te meterás en un lío.

—No puedes entrar, Niniana. Targo me ha dicho todo lo que tengo que hacer, así que supongo que sobreviviremos a la enfermedad.

Niniana empezó a dar patadas y golpetazos en la puerta, cada vez más fuertes.

—¡Escucha, zoquete! Me ha costado muchísimo convencer a Myrddion de que no venga en persona a atender a Targo. Y como no quiero tener a mi maestro

amenazado, he venido yo. Así que abres la puerta en este mismo momento o juro por Jesús, por Odin o por todos los dioses que hayan existido nunca, que la arranco de cuajo.

Niniana dijo estas frases a gritos, y Artor, que iba corriendo por el pasillo, se encontró a la muchacha, coloradísima, absolutamente dispuesta a arremeter contra la puerta con una banqueta.

La encolerizada joven se volvió al oír los pasos de Artor. Vio su gesto de angustia, su mirada desesperada y lo encogido que iba, y sintió miedo por el rey. Nada podría haberle calmado más los nervios.

Educadamente se inclinó ante él.

—Señor, estoy intentando convencer a Perce para que me abra sólo una rendija para poder entrar. Tengo unas cosas que ha preparado mi maestro que podrían salvar la vida de Targo, pero… —Niniana volvió a patear la puerta—, Perce no me deja entrar. Están siendo demasiado nobles.

Artor suspiró y tenía un gesto tan atormentado para lo habitual en él, que Niniana se vio casi levantando la mano para consolarlo.

—Perce, soy Artor, tu rey. Deja que entre Niniana, por favor.

Desde la habitación se oía parcialmente el sonido sordo de una pequeña discusión.

—Targo me prohíbe que abra para no poner en peligro a Niniana, señor —respondió Perce, con la voz bastante entrecortada—. Dice que no quiere ser responsable de su muerte.

—El responsable soy yo —contestó Artor—. Como sólo le visité yo, soy yo el que le ha provocado esta maldita enfermedad. Pero lo que está hecho, ya no tiene remedio y no podemos cambiarlo. Así que abre la puerta, Perce y dale a Targo la oportunidad de sobrevivir.

—Targo dice que tú no entres, señor —insistió Perce—. Dice que prefiere morir solo antes que poner en riesgo tu vida.

Niniana observaba cómo a Artor se le mudaba el gesto y creía que la iba a ayudar a tirar la puerta abajo. Pero con enorme fuerza de voluntad el rey consiguió serenarse y dejar de temblar.

—Dile a Targo que voy a negociar con él. No entraré en la habitación, independientemente de lo que ocurra, siempre que deje entrar a Niniana para que lo cuide durante su enfermedad. Os haré llegar el agua y la comida necesaria y la dejaré en la puerta. Respetaré sus deseos en todo, siempre que deje pasar a Niniana.

Artor oía lo que Targo estaba diciendo sin necesidad de aguzar el oído.

—¡Joder! Este chico siempre encuentra la manera de conseguir lo que quiere. Déjala entrar, Perce. No creo que el Hades pueda con la tremenda de Niniana.

En cuanto abrieron una rendija, Niniana se infiltró con agilidad en el cuarto, antes de que Perce cambiara de opinión. Cuando Artor escuchó el cerrojazo, hecho con la enorme barra de madera, supo que aquella puerta no volvería a abrirse hasta que la

peste hubiera desaparecido o hasta que las almas que había dentro estuvieran muertas.

Con los ojos húmedos, Artor vio llegar a Myrddion corriendo. El sabio tenía la melena muy despeinada y el traje a medio abrochar, con el torso, suave y pálido, al descubierto.

—¿Niniana? ¿Niniana? —gritó desde fuera—. ¿Será mentirosa esta bruja?

—¿Te ha mentido? —preguntó Artor.

—¡Claro que me ha mentido! Le dije que me preparara la bolsa con las hierbas y los ungüentos mientras me vestía. Y cuando salí de la habitación, ya se había ido. ¡Con mi cartera!

Artor no sabía si Myrddion estaba furioso, molesto o aterrorizado. En realidad, esas tres emociones pasaron, persiguiéndose una a la otra, por el rostro del curandero.

—¡La voy a matar! Es lo más desobediente, rebelde, conflictivo…

—Myrddion se quedó sin adjetivos.

—¿Qué tal… valiente? —añadió Artor—. Déjala que esté ahí, amigo. Y mientras, vete a buscar a Galván y dile que se quede en los establos en cuarentena. Si lo veo, lo mato. Yo también me voy a aislar, hasta que sepamos si la fortaleza se ha visto quebrada por la enfermedad.

—Tú no tienes la culpa, Artor. Targo es mayor y lleva años haciendo equilibrios con su salud. No te mortifiques con remordimientos, porque es posible que Targo no esté ni siquiera contagiado.

—Tendría que haber puesto a Galván en cuarentena de inmediato —y empezó a temblarle la voz por el dolor que sentía al ver así a su amigo—. Yo vine a ver a Targo, así que debí transmitírselo yo. Si Targo tiene fiebre, es por mí.

Myrddion cogió la mano de su señor. Artor se sorprendió de la sinuosa fuerza que tenía en los dedos.

Caprichos del destino, Targo fue el único que enfermó en la fortaleza. Mientras Artor esperaba noticias de su portador de espadas, permanecía con el rostro lívido, de turbación y de rabia, de ahí que los cortesanos evitaran cruzarse con él, como si a su paso llevara consigo la mácula de la muerte.

Galván se instaló prudentemente en los establos de la fortaleza con su caballo. Y se quedó allí, hasta que el tornadizo humor del rey mejoró un poco. Porque hasta Galván sabía que si Targo moría de peste, no iba a encontrar refugio seguro en todo el reino.

CAPÍTULO XVII

UN VERANO DE LOCOS

NINIANA INSPECCIONÓ DETENIDAMENTE la habitación de Targo, con su chimenea abierta, las ventanas y contraventanas y el estrecho camastro. Era pequeña, pero estaba bien distribuida y con el fuego podrían obtener el agua caliente que Targo iba a necesitar, en caso de que sobreviviera. En un rincón, bajo un foco de luz difusa, había un montón de pieles y telas de lana ordinaria, que cubrían el camastro y la figura encogida que éste albergaba. Niniana se puso firme y se dispuso a dar batalla a la edad, al padecimiento y a aquella enfermedad mortal.

Se arrodilló junto al montón de pieles y retiró el hatillo de telas con el que Targo se arropaba la cara. Aunque seguía teniendo los mismos ojos vivos, color almendra, de siempre, sus facciones estaban hundidas, tanto que podían apreciársele todos los huesos bajo una piel transparente, como papel de fumar. Al anciano le corría una capa de sudor por la frente.

—A ver, Targo, dile a Niniana dónde te duele —ordenó con eficacia maternal.

Targo no le hizo ningún caso, porque estaba atento a la conversación que Artor y Myrddion mantenían al otro lado de la pesada puerta.

—Que no entren —dijo resollando, esforzándose por pronunciar las palabras, y Niniana comprobó el gorgoteo de la espesa flema que le obstruía los pulmones. El anciano volvió a repetir lo mismo otra vez y se veía que el esfuerzo lo debilitaba aún más.

Niniana se levantó y se dirigió con toda intención a la puerta.

—Por favor, señor. Lord Targo está cansándose mucho, por miedo a que enferméis. Ahora es mi paciente, así que debéis dejarme hacer a mí todo lo que se pueda hacer.

—¿Cuántos años tiene esta aprendiz tuya, Myrddion? ¿Dieciséis? —preguntó Artor.

—Tiene diecisiete, señor —contestó Myrddion compungido—. Y realmente espera que se produzca no sé qué milagro. Es absurdo, pero no hay quien la detenga.

—Entonces a lo mejor deberías quitártela del medio —sugirió Artor de manera algo brusca.

—No puedo, así que por favor no me pidas eso. Sé que debería hacerlo, señor, pero veo que cuando decido buscarle un marido adecuado, siempre encuentro una

excusa para no hacerlo.

Myrddion parecía tan abatido que Artor miró a su viejo consejero con auténtico interés. Myrddion se había ruborizado.

—Vaya, vaya. Por fin han pescado al gran Myrddion.

Myrddion torció el gesto entre tímido y avergonzado, con tanta hondura que a Artor se le partió el corazón.

—Tengo sesenta años y hasta ahora he conseguido desafiar al tiempo, pero no soy eterno. Y Niniana es poco más que una cría. Mi amor resulta obsceno e indigno y nunca va a ser correspondido por una chica tan hermosa. No puedo negar que la amo, siquiera por lo que la admiro, con ese cerebro tan despierto que tiene y esa naturaleza tan indomable. Si fuera mayor, le dejaría ver mis sentimientos, pero Niniana es una cría en todo, por eso intento seguir siendo su maestro, sin más.

—Wenhaver es sólo un poco mayor que Niniana —contestó Artor con indiferencia—. Mi padre, como el rey David de los judíos, se metía en la cama con niñas para aliviar sus dolores y transmitir su enfermedad a cuerpos más jóvenes y fuertes. Lo único que haces es divagar de manera absurda, viejo. La edad siempre se aparea con la juventud. No voy a decir que es el tipo de pareja ideal, pero tampoco es rara. No entiendo por qué eres tan… Escrupuloso, cuando juzgas lo que sientes por ella.

Myrddion miró al rey con tristeza, como si quisiera obligar a un Artor más viejo y a veces enigmático a que comprendiera sus reservas. El joven Artorex habría entendido al momento por qué se torturaba tanto con el sentido de la obligación y la decencia. Artorex habría sabido hasta qué punto la juventud llama a la juventud.

Myrddion se cuadró, con gesto de resolución. Disfrutaría de los años que le quedaban con Niniana, en vez de perder un tiempo tan precioso sumido en las vacilaciones y el infortunio. Si, para cuando saliera, la chica no estuviera contagiada de peste, puede que él hubiera conseguido desenmarañar esos sentimientos tan poco convencionales que le aturdían. De momento, lo que la joven necesitaba era que él fuera resuelto y objetivo. Parecía que algo de luz se iba abriendo entre las turbias aguas de su cerebro, barriendo con ello sus dudas; y, como siempre, mañana sería otro día.

—Tenemos que ayudar a Niniana, señor. Va a necesitar un balde grande para agua, aguamaniles, telas finas, recipientes con tapadera y una buena cantidad de comida fácil de calentar y agua. Hay que apostar aquí a una sirvienta para que atienda las demandas de Niniana en cuanto las pida, pero sólo una criada y siempre la misma. Y que quemen todo lo que salga de esa habitación.

—¿Todo qué? No entiendo.

—El cuerpo sigue funcionando y teniendo sus necesidades, señor —Myrddion carraspeó respetuosamente, hasta que el rey se puso colorado.

—Claro —dijo Artor diligentemente—. Nunca me había parado a pensar en esos aspectos prácticos. Organízalo todo tú en mi nombre, pero mantenme informado.

Myrddion asintió con la cabeza y los hombres se separaron.

Desde la habitación Niniana los oyó alejarse y se quedó más tranquila. La tarea más importante que le habían encomendado hasta ahora era sencillamente aliviarle el dolor a Targo, así que ya tenía una causa noble por la que luchar. Gallwyn a menudo le decía que si había sobrevivido a tantos problemas al nacer, era porque los dioses le tenían reservada una misión; tenía el futuro trazado, anudado en una lazada de oro, que sólo a ella le correspondía soltar.

—Bueno, Targo, ya estamos solos tú, Perce y yo. Pero no me has dicho exactamente cómo te encuentras, así que cuéntamelo o me voy a enfadar. Y te aseguro, viejo, que más te vale tenerme contenta.

—¡Malditas mujeres! —farfulló el anciano—. Causan más problema de lo que ayudan, sobre todo las prepotentes.

—Te he oído —contestó Niniana con dulzura.

Niniana empezó a pasarle a Targo una esponja húmeda por todo el cuerpo, cosido y decrépito, y comprobó que efectivamente tenía fiebre, pero también estaba segura de que no se trataba de la fatídica peste. En todo caso, el tratamiento era el mismo y de nada servía darle vueltas a lo inevitable. Primero convenció al anciano para que no se avergonzara lo más mínimo cuando tuviera que hacer sus necesidades, y después tuvo que soportar la actitud fuertemente protectora de Perce en relación al mismo tema. Como vio que Perce dormía en un pequeño cubículo, decidió que aquel apartado podía servirles de letrina a los dos.

Lo más urgente era que Perce sacara su camastro de allí y después Niniana le encargó que metiera los artículos y enseres de enfermería que les habían dejado en la puerta y los fuera almacenando en aquel cubículo.

—Myrddion no me ha fallado —observó Niniana satisfecha—. Me ha traído todo lo que vamos a necesitar.

—Veo que se ocupa de nuestras necesidades más íntimas —dijo Targo con aspereza.

—Pues claro. Perce y yo también necesitamos una letrina, así que no pongas tantas pegas, abuelo —la chica sonrió con dulzura—. Y ahora, Targo, es hora de que te tomes una infusión para bajar la fiebre.

—Y no me va a gustar nada, ¿a que no? —dijo Targo haciendo una mueca de asco antes de empezar.

—Te va a repugnar —contestó Niniana con buen humor—. Pero vete haciéndote a la idea.

El cuerpo de Targo estaba agotado por la edad. Niniana albergaba pocas esperanzas de que pudiera combatir esa infección, que poco a poco se iba apoderando de sus pulmones.

Targo tardó días en morir porque Niniana hizo hasta lo impensable para mantenerlo con vida. Tres veces al día le colocaba la cabeza al borde del camastro, le metía varias almohadas bajo las nalgas, le daba golpecitos en la espalda y le frotaba

el pecho y los costados con pócimas extrañas. Con eso Targo empezaba a toser para expulsar el pérfido moco verde que parecía ir ahogándolo poco a poco. Después de cada sesión el anciano se dedicaba a narrar anécdotas de su larga y aventurada vida y le pedía a Niniana que anotara todo lo que iba diciendo, palabra por palabra. Era la historia última de una vida llena de devastación y de orgullo guerrero, lo que más apasionaba a Targo, después de su pequeño Artorex.

En las terribles y extrañas cuestiones del combate, Targo era todo un maestro. Si hubiera vivido en otro mundo, si hubiera tenido unos padres distintos de aquellos campesinos que inicialmente guiaron sus pasos, podría haber llegado muy alto, porque era inteligente y un superviviente nato. Pero sus verdaderos padres fueron las legiones romanas desde que era poco más que un muchacho, y sus compañeros de armas la única familia que tuvo. Todo lo que se le exigía era una obediencia ciega y habilidad para matar.

Por las noches Niniana consideraba los horrores que Targo le contaba y observaba el mapa de las viejas cicatrices que le cosían el cuerpo, ahora tan frágil. La alegría con que el anciano narraba las anécdotas se compadecía mal con la violencia que encarnaban. Parecía no verse muy afectado por lo que había visto o por lo que había hecho.

Niniana contemplaba la luna, apoyada contra el minúsculo resquicio de una ventana. No había ni una sola nube. Allá lejos, distantes y temblorosas, brillaban las estrellas. Una leve brisa le revoloteó el pelo, refrescó la minúscula habitación y acercó el sonido de unas risas achispadas.

«Targo es como un niño que juega a la guerra con soldados de broma y nunca le ha preocupado la sangría que provoca ese pasatiempo tan querido por reyes y dirigentes —musitó Niniana—. Supongo que es un realista; el mundo es un lugar cruel y despiadado y Targo ha tenido que sobreponerse a tanta aberración considerando la guerra como una ocupación».

—Cuánto te echo de menos, Myrddion —dijo Niniana, lanzando sus palabras al viento que le acariciaba la frente—. Echo de menos nuestras charlas.

Pero la oscuridad no resulta siempre tan amigable. Y si no pregúntenselo a los niños, a ver cuántos horrores esconden los oscuros rincones donde la luz no alcanza. Y tampoco reconforta la oscuridad, con sus negros pliegues herméticos, capaces de ocultar todo tipo de iniquidades, que quedarían estigmatizadas a plena luz del día.

En los establos del rey, Wenhaver, incitada por pensamientos prohibidos y un profundo deseo que reclamaba ser saciado, dejaba a un lado su honor y sus obligaciones para besar a Galván, un tanto intimidado.

La cena que le había traído quedó olvidada en un rincón, mientras reina y príncipe se enredaban placenteramente entre la paja, rendidos a sus instintos y a la frivolidad de su traición. Y si Galván resultó ser un amante más atento y vehemente que el rey era porque obedecía las órdenes de Wenhaver, o eso pensaba él. Como de costumbre, Galván actuó sin medir el alcance de las consecuencias. Y también es verdad que los

torneados brazos de la reina, sus cabellos largos y ondulados, esos pechos tersos, que de algún modo se habían hecho hueco dentro de su ardiente boca, no llamaban precisamente a la prudencia o a la conversación. En ningún momento pensó estar traicionando a la familia.

Así se pierden los reinos y se hunden los hombres.

En cuanto a Wenhaver, se excusaba diciendo que quería castigar a su marido. La repudiaba desde que Myrnia se había ido de Cadbury. Aunque ni Artor ni Myrddion le reprocharon nunca abiertamente su crueldad, por los ajetreados pasillos de la fortaleza se extendieron los comentarios como zarcillos de humo, de modo que soldados, sirvientes y hasta los ciudadanos miraban a Wenhaver con una mezcla de desaprobación y curiosidad morbosa.

Wenhaver no podía enfrentarse a sus detractores pretendiendo negar su culpa. Por las noches, en su espléndida cama, atendida por atentas criadas que se mantenían a prudente distancia, se desesperaba y odiaba a su marido por haber dicho algo que en su fuero interno ella sabía que era verdad. Pero, como siempre, le daba la vuelta a las culpas. Fue culpa de Myrnia. El responsable fue Artor. Y conseguía describir todas las vejaciones, reales o imaginarias, que había sufrido desde que llegó a Cadbury para justificarse.

Por eso, al seducir al sobrino del rey, la reina se sentía mucho, muchísimo mejor.

POR LA NOCHE siempre se mataba. En la fortaleza se cometían mil asesinatos menores bajo el manto de la oscuridad, cuando lechuzas, ratas o insectos guiados por sus instintos acechaban a cualquier presa que pudiera salirles al paso.

Desde un escondido rincón de la ciudadela unos ojos fríos y desapasionados observaban cómo se reflejaba la luna sobre los cabellos de Niniana. Las pupilas, negras y estáticas, enmascaraban un deseo de apretar, violar, hundir los dientes con fuerza en aquellos pechos proporcionados, perfectos. Desde la distancia Niniana notó instintivamente la presencia y sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Se alejó del ventanuco y tapó a su paciente, que en su estado febril se había movido, dejando parte del costado al descubierto.

Amaneció por fin, después de una noche agitada, en que el viento, como si fuera alguien que intentara entrar con poderosos dedos, estuvo golpeando insistentemente las contraventanas. Targo estaba agonizando; se esforzaba por coger aire y tenía el corazón muy abultado. Niniana ya había presenciado esta dolencia antes, cuando murió Gallwyn, y sabía que por mucho que hiciera, no conseguiría nada. Aquel menguado armazón no tenía signo ninguno de estar infectado por la peste. Así que se arriesgó. Abrió un poco la puerta y murmuró algo a la criada que estaba fuera.

—Dile al rey supremo que Targo se está muriendo. Dile que el mal de su anciano amigo es la edad y no la peste. El alma de Targo se dispone a realizar la oscura travesía que separa este mundo del siguiente y quiere despedirse de su señor.

Targo se encontraba inquieto y su rostro reflejaba un tono apagado y febril.

—Es jodido ser viejo y morirse, pequeña —murmuró, expresando con la mirada que aún conservaba el mismo ingenio y la misma inteligencia.

—Nos llega a todos, querido Targo. Pero mira lo bien que has vivido; has visto lugares exóticos y has conocido hombres que ya forman parte de la leyenda. Marchas a descansar, pero sabiendo que has tenido una vida plena.

—Qué buena eres, hija, queriendo consolarme. Pero la mente siempre anhela seguir viviendo, por mucho que el cuerpo duela. Ver una cara tan hermosa como la tuya es mucho mejor medicina que esos asquerosos potingues que me das. Pero lo que realmente me gustaría ahora es tomarme un buen vaso de vino tinto, chiquitina. No me va a hacer daño; no puede hacerme daño —Targo sonrió con su antigua malicia—. Me voy a morir igual, hija. Anda, por favor.

—Eres un demonio, Targo —dijo Niniana riéndose de veras—. Perce encontrará un jarrito de buen vino español. O, mejor, que traiga una botella y varios vasos, para que bebamos todos. Hades tendrá que esperar a que terminemos de brindar.

—¡Así se habla! —murmuró Targo—. ¡Que el jodido se espere! Me ha estado acosando toda la vida, desde que tengo uso de razón, y tendrá que ingeniárselas para capturarme, así que de momento que se quede ahí plantado hasta que yo esté listo y bien. Además, no me encuentro tan mal… Teniendo en cuenta —el viejo soldado dio unas palmaditas en la mano a Niniana—. A veces pienso que habría preferido morir en la batalla, defendiendo a Artor… Pero entonces no te habría conocido. Sí, la edad es muy jodida…, pero tiene sus compensaciones.

—Creo haber oído mi nombre —interrumpió el rey, entrando en la habitación. Se arrodilló junto al camastro de Targo y le agarró con fuerza la mano entre las suyas—. Dice Niniana que estás considerando seriamente abandonarme. ¿Pero cómo vas a conseguir que no me vaya al carajo, cuando no me puedas dar consejos?

Niniana se sonrojó al oír ese lenguaje soldadesco, pero Targo sonrió, mostrando los pocos dientes que le quedaban.

—¡Así me gusta, éste es mi chico! Sí, lo más probable es que te vayas al carajo, pero lo mismo le ocurriría a un César en este país de estúpidos y de puñetera agua. No hay nada que hacer, chico. Nada que hacer.

El anciano cogió la mano de Artor y la besó. Niniana notaba que se le acumulaban las lágrimas en los ojos y tuvo que frotarse las mejillas con la mano para borrar cualquier rastro que pudiera traicionarla. No era momento de llorar cuando se estaba muriendo un guerrero.

—Te he querido como a un hijo, muchacho. Y también quise a Gallia. Y todavía me duele más pensar que Licia está hecha toda una mujer, y una esposa, y que no estuvimos allí para celebrar con ella su gran día. La vieja Frith siempre tenía razón, ¿verdad? Hay hombres que tienen que soportar más cargas que otros.

Artor estaba a punto de llorar. Niniana podía percibir las lágrimas, rondándole aquellos ojos penetrantes que ahora estaban sencillamente mustios y tristes.

—Si los sacerdotes tienen razón, Targo, Frith y Gallia te están esperando para recibirte. Lady Livinia, Antor, Luka, la Escoria… ¡Tantos amigos que están esperando que llegues!

Niniana no tenía ni idea de lo que hablaban, pero al ver cómo se querían y lo unidos que estaban después de tantas experiencias vitales, descubrió para sí un nuevo rey supremo de los británicos. Ante su atenta mirada, Artor se estaba mostrando como un auténtico hombre, capaz de amar apasionadamente, además de gobernar sin piedad, que es lo que hasta ahora conocía de él.

Perce entró apresuradamente en la habitación intentando que no se le cayera la jarra de vino llena de polvo y los vasos algo burdos que traía en la bandeja. Se inclinó ante el rey y empezó a llenar los vasos con un vino caro, color rubí.

Artor enarcó una ceja mirando a Niniana, quien le explicó que Targo había pedido como último deseo beberse un buen vaso de vino y que ella había decidido que todos se unieran a él. Mientras hablaba entró Myrddion en la habitación y también a él le dieron una copa.

Perce incorporó un poco al anciano con mucha suavidad y le puso unos almohadones para que se apoyara. Con ayuda de Niniana, Targo bebió con tanta fruición que hasta le salieron unos colores sonrosados en las mejillas.

—Por Artor, rey de los británicos, mi rey y mi último señor —dijo Targo con toda seriedad y voz moribunda y frágil—. Mi mejor dueño, el que me ha dado mis más grandes triunfos.

Con la misma solemnidad Niniana, Perce y Myrddion bebieron con él a la salud de Artor.

—En recompensa a mi lealtad, te pido que recuerdes la promesa que me hiciste, señor —añadió Targo con habilidad, iluminándosele los ojos—. Te pido que te portes bien con el joven Perce. Ya casi está a punto y será para ti un guerrero leal, que te protegerá siempre, por el cariño que me tiene. Descansaré más tranquilo sabiendo que va a ocupar mi puesto.

Artor levantó su copa, bebió y saludó a Targo.

—Por las horas que pasaste enseñándome a combatir, por las lágrimas que hemos vertido juntos y por las pérdidas que hemos soportado los dos, mano a mano, juro que cumpliré la promesa que te hice, amigo.

—Con eso vale —resolló Targo—. ¿Pero que hay que hacer aquí para que te sirvan una copa?

Perce miró a Niniana sin saber qué hacer y la joven asintió con la cabeza casi imperceptiblemente. El muchacho volvió a llenar el vaso de Targo.

—¿Cómo eres de rápido, chico? —preguntó Targo muy despacio.

—Bastante —a Artor se le quebró la voz. Se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque mantenía la boca cerrada, aguantando con todo el coraje posible.

Targo bebió unos sorbos y después dejó el vaso a un lado, con las fuerzas muy menguadas.

—Estoy muy cansado —susurró el anciano, cerrando los ojos.

Odin entró en la habitación, se hizo cargo de la situación nada más llegar y montó guardia en la puerta como si fuera una efigie de piedra.

Targo estuvo unos cinco minutos dormitando. En medio de aquel silencio se oía mucho la respiración. Niniana le tenía la mano cogida, amarillenta, mientras se fijaba en el vaso a medio beber que el anciano había dejado en el suelo. Parecía que bombeara sangre.

El anciano parpadeó un poco y abrió los ojos cansadamente.

—¿Cómo eres de fuerte, muchacho? —sus palabras apenas salían por entre sus labios resecos.

—Bastante —contestó Artor sin alterarse, aunque tenía todo el rostro húmedo.

—¡Pues entonces, piensa antes de actuar… ya conoces la norma de Targo! ¿Te acuerdas?

De nuevo al anciano se le cerraron los ojos, como si ya no tuviera fuerza para mantenerlos abiertos. Respiraba más lentamente y con mayor esfuerzo, hasta que Niniana pensó que aquel pecho no volvería a palpitar más. Pero Targo seguía con ganas de vivir y volvió a abrir los ojos.

—¿Niniana? Hija, mi daga es para ti.

—No te preocupes, hombre. Descansa, que estamos todos contigo. Artor está aquí. Y Myrddion, Odin y Perce también van a quedarse a tu lado.

Le acarició la frente, pasándole la mano con suavidad maternal, como si Targo fuera un niño pequeño. El anciano, obediente, volvió a cerrar los ojos. Targo ya no era más que una carcasa, una concha quebrada y rota, sin solución. El corazón le seguía funcionando, pero Niniana sabía que su alma pronto se liberaría de aquel cuerpo inútil.

Abrió los ojos de par en par.

—¡Odin! —gritó con expresión súbitamente desesperada. El juto se acercó a la luz de la lámpara para que Targo pudiera al menos reconocer el perfil de aquel cuerpo desgarbado que le resultaba tan familiar.

—¡Prométeme que vas a protegerlo! Cueste lo que cueste, tú… Zoquete… Pagano… Protégele las espaldas a mi muchacho.

—¡Hasta la extenuación! ¡Hasta la muerte! —prometió el juto, y Niniana empezó a sollozar. Ya no podía seguir en silencio, pero tampoco quería apartarse de allí.

Mientras Targo agonizaba, era como si su dios le estuviera pasando un enorme paño invisible para quitarle las arrugas, hasta que los años que soportaba el cuerpo empezaron a desaparecer. Ahora Niniana descubría el rostro alargado e inteligente que Targo tuvo en su día, cuando era joven y vigoroso, y empezó a sollozar más fuerte, sumida en el dolor y la desolación.

—Se ha ido —susurró con una mezcla de alegría y angustia—. El corazón le sigue latiendo un poco… Pero su alma se ha ido.

Gradualmente, con una suavidad que apenas permitía observar minúsculas

diferencias, Targo fue respirando cada vez más lento, cada vez más débil… Hasta que ya no respiró más.

El corazón dio un único latido más en aquel pecho tan frágil y el cuerpo de Targo murió.

Artor le besó en los labios y se puso de pie, sin preocuparse de las lágrimas que le corrían por la barba, ahora oscurecida. Tenía el gesto retorcido de dolor, de vacío y de algo más negro que demostraba, como sabía Myrddion, que el rey había sufrido en el último año mucho más que la pérdida de sus amigos.

—Yo me encargaré de lavar a Targo, señor, y de amortajarlo —prometió Niniana.

Levantó la vista y mirando al rey supremo a la cara, lívida, se atrevió a acariciarle la mano. Artor parecía ignorar su pequeño gesto de consuelo.

—¿Quieres que lo entierren? —preguntó, orgullosa de ofrecer este último favor femenino al viejo soldado—. ¿O que lo incineren?

—Targo será incinerado como un auténtico guerrero celta. Y sus cenizas descansarán en Villa Poppinidii, donde pasó tantos años felices.

Los ojos de Artor se volvieron hacia Niniana y parecía como si la viera ahora por primera vez. Por un instante la joven creyó que la iba a atravesar con la mirada y se arrugó ante la fiereza de aquel rostro.

—Te haré llegar una mortaja, la mejor que haya en mi reino. Gracias, Niniana, aprendiz de Myrddion. Estaré siempre en deuda contigo.

—Vivo para servirte, señor. Sólo tienes que pedir lo que necesites.

Artor se inclinó, se dio bruscamente la vuelta y salió a grandes zancadas de la habitación. Myrddion se quedó un instante mirando con cierto temor aquella espalda erguida como una coraza de hierro y a regañadientes fue tras su señor, el rey de los británicos.

ARTOR ENTRÓ EN las dependencias de su esposa como una hidra. La crudeza de sus emociones quebrantó el perfumado ambiente en que se encontró.

—¿Wenhaver? ¿Dónde estás? —voceó.

Las damas de Wenhaver se apartaron de él como pájaros de exótico plumaje alertados por un halcón.

La reina salió de su habitación, con el pelo revuelto y miró a Artor con un punto de desprecio.

—Aquí estoy, marido. No hace falta que grites.

—¿Dónde tienes esa tela de oro que venía con la dote? ¡La necesito!

Artor hablaba con voz áspera y cortante, y las doncellas lo observaban cautelosas, con la mirada baja.

—Tengo intención de hacerme un vestido con ella. La tela es mía y se pagó cuando me casé contigo. La tengo reservada.

Artor no hacía más que abrir y cerrar el puño de su mano derecha. Las doncellas

se refugiaron en un rincón de la suntuosa habitación para evitar que les afectara la pelea que sin duda iba a producirse.

—No me fuerces a buscar esa tela, Wenhaver. Es mía, no tuya, así que la quiero para amortajar a Targo, mi más fiel servidor, que acaba de morir.

Si Wenhaver hubiera sido una mujer más inteligente y menos codiciosa habría accedido, viendo la cara de evidente malhumor de su marido. Pero, como siempre, la reina evaluaba las demandas de Artor a través del filtro de sus propios deseos. Había encontrado un sustituto de su marido en la cama y había depositado sus anhelos en un vestido suntuoso, con el que eclipsar a todas las mujeres de occidente.

—¡Ese viejo apestoso! ¡No, no se la doy! Era de mi padre, o sea, mía, ¡y no pienso desprenderme de ella!

Había elevado el tono de voz, rozando la estridencia. Artor, por el contrario, permanecía peligrosamente callado.

—Obedece, mujer, y haz lo que te digo en este preciso instante. ¡Vamos! —señaló a la criada más guapa—. ¡Tú! ¡Encuentra esa tela, ya! ¡Ahora mismo!

—Te lo advierto, Linnet. Ni se te ocurra atreverte —berreó Wenhaver.

Las lealtades de Linnet se debatían entre la perversa cara de Wenhaver y la mirada implacable del rey.

—Linnet. ¡Obedece! ¡Soy el rey!

Por fin se decidió. Fue hasta un inmenso arcón, abrió la tapa y empezó a rebuscar entre los maravillosos paños de tela, hasta que consiguió sacar una pieza luminosa labrada en oro.

Wenhaver dio una patada en el suelo.

—Mandaré que te azoten, Linnet y me importa un pito quién sea tu padre. No eres la doncella del rey, sino la mía. Te ordeno que me des esa tela.

—Como toques a la chica, Wenhaver, te castigaré hasta que tengas las mismas heridas que ella, después de anunciar públicamente en Cadbury Tor a qué se debe el correctivo. Ten cuidado con lo que dices, señora, porque soy el rey supremo y todavía no has pagado por lo que le hiciste a Myrnia. Puede que sea una criada, pero estaba a mi servicio, o sea que cuidadito. Y además, aquí no eres más que una cargante y estúpida esposa, puedes perder tu puesto cuando me complazca.

Toda joven aristócrata de cierta valía que entraba al servicio de Wenhaver aprendía pronto a taparse las orejas para luego poder jurar tranquilamente por los Tuatha de Dannan o por el Cristo que no habían oído nada mientras realizaban sus tareas dentro de las dependencias.

Sin añadir nada más, Artor cogió suavemente el paño que le tendía Linnet y salió de la habitación. Al cerrar la puerta escuchó los berridos de Wenhaver, y el estallido de los botes de cristal lanzados contra la pared, con sus ungüentos y perfumes; hasta que no le quedó más remedio que reconocer que parecía una puta barata.

—A ver si se desespera —murmuró en voz baja, mientras avanzaba por los enrevesados pasillos—. Esa zorra egoísta va a vivir como yo ordene, lo quiera o no;

si no, que no viva.

Niniana levantó la vista al oírlo entrar, con la cara bañada en lágrimas. Targo estaba desnudo en su camastro, salvo por el paño que le cubría los genitales. Perce y Niniana le estaban lavando el cuerpo.

—¡Aquí está! —dijo Artor con amabilidad, dejando el bellísimo paño sobre una banqueta—. Targo se merece una mortaja de rey, y por eso llevará la mejor que tengo. En tres días encenderemos la pira funeraria en el patio de Cadbury Tor.

Y se marchó, igual de rápido que vino.

Odin salmodiaba en su lengua, mientras Niniana cosía la mortaja alrededor del cuerpo de Targo. Y cuando estaba a punto de terminar, el juto deslizó sobre el pecho del anciano un pequeño trocito de madera con un barco grabado.

—Así, cuando las valquirias conduzcan su alma al Valhalla, Targo tendrá un barco para surcar los cielos —explicó Odin tranquilamente.

—Targo creía que tenía que pagar al barquero para cruzar la laguna estigia. El rey me ha dejado a mí las monedas —dijo Niniana apesadumbrada y depositó las dos piezas de oro sobre los ojos cerrados de Targo.

Terminó de coser el paño y los restos del viejo romano se sumieron en la oscuridad.

—Por mar, fuego, barco o como jinete del aire —ofició Odin—, nuestro amigo irá al encuentro de los dioses como se merece todo gran guerrero —se volvió para mirar a Niniana—. Hiciste todo lo que estuvo en tu mano, dragoncita.

Niniana lanzó una mirada al juto, manifestando su sorpresa.

—Hablas un celta excelente cuando quieres —dijo—. No me había fijado hasta ahora.

Odin bajó la cabeza y sonrió con timidez.

—Targo sí lo sabía. Me enseñó a hablar su lengua; yo escuchaba y aprendía. Pero Targo me decía que serviría mejor a mi señor si todos pensaran que soy imbécil.

Niniana se rió por primera vez después de tantas horas de tristeza. Era un borbotón de afecto y reconocimiento ante la capacidad de previsión de Targo y… La duplicidad de Odin.

—No se lo diré a nadie —prometió Niniana—. Y seguro que Perce tampoco revelará tu secreto. Después de todo eres el mentor de Perce a partir de ahora.

—¡Niniana! ¡No tenía otra cosa que hacer! —protestó Perce, fingiendo sentirse molesto.

Los tres amigos se cogieron de las manos alrededor del marchito cuerpo de Targo y estuvieron un rato riendo y llorando alternativamente. Al viejo soldado le habría gustado oírlos reír.

Niniana, Perce y Odin se quedaron junto a lo que ya era sólo el caparazón del anciano, y lo velaron toda la noche. Niniana rezaba y cada aliento suyo era un himno de súplica para que Targo no tardara en llegar a su otra vida. Había visto cómo su alma había abandonado el cuerpo y estaba segura de que Targo vivía ya en un mundo

que escapaba a su comprensión o a su conocimiento.

No hubo más muertes por contagio. La peste desapareció de Cadbury como había venido, precipitadamente y sin fanfarrias. Fue como si la desaparición de Targo marcara la vuelta a la normalidad. Sensible como siempre al poder de los símbolos, Artor se dedicó con las fuerzas que aún le quedaban a espolear a la población con un solo propósito, construir una inmensa pira funeraria para su amigo. De Cadbury salieron carretas enteras en dirección a los bosques, que volvían quejumbrosas, cargadas de troncos largos y escogidos, ya preparados para el ritual de fuego.

La población no escatimó esfuerzo alguno para el funeral de Targo. El anciano estaba revestido de leyenda, en tanto que maestro de armas del rey y último guerrero romano de Bretaña. Había sido la mano derecha de Artor durante años y en su ancianidad había alcanzado una estatura de gigante a ojos de la gente corriente. Era grande para todos, porque era un hombre sencillo que había rozado la gloria de los dioses y, como los demás ciudadanos normales de Cadbury, había muerto, igual que ellos morirían algún día.

Como se tardó varios días en construir la pira, Artor envió mensajeros para que avisaran de la ceremonia a los antiguos amigos de Targo. Wenhaver era la única que no tenía alabanza alguna para el viejo soldado; se limitaba a fastidiar y a enfurruñarse, alternativamente. Artor prescindía de ella y hacía caso omiso de su infantilismo. La reina soportaba bien los insultos, pero la indiferencia la volvía medio loca de rabia. Por eso, cuando fueron llegando los reyes leales para dar a Targo su último adiós, la reina se comportó como una mala anfitriona, desdeñosa y falta de afecto. Con todo, como los que conocían a Targo no hicieron caso de sus groserías, ella se sintió más víctima aún de la injusticia.

A la semana de la muerte de Targo dispusieron su cuerpo encima de una impresionante pira de troncos. El aire rezumaba un olor embriagador a aceites exóticos, que colocaron en panales de cera entre los troncos, para enmascarar el hedor a putrefacción que emanaba de la mortaja de oro. Artor ordenó que el anciano marchara a la otra vida sin armadura ni armas porque, como le dijo a Llanwith, Targo ya había demostrado su estatus de guerrero y no necesitaba de ninguna espada para proclamar el coraje que tenía como hombre.

La mañana de la ceremonia el día amaneció limpio y templado. Las puertas de la fortaleza estaban abiertas y a Niniana le parecía que había venido la ciudad entera; la plaza estaba repleta de gente y no quedaba ni una elevación donde no hubiera alguien subido para poder ver mejor. Los chiquillos, agitados, balanceaban las piernas al filo de los tejados, deseando ver cómo el gran Artor rendía homenaje a su maestro de armas. Un aire festivo llenaba la plaza, que bullía de emoción y de flores que muchas mujeres habían ido a coger para lanzarlas a la pira; sus brillantes colores suavizaban la austera suntuosidad de los troncos toscamente labrados.

Niniana se había puesto su mejor ropa, y acunaba entre sus brazos la vieja daga de Targo. Iba directamente detrás de su maestro, que vestía de negro, como siempre,

y estaba situado a un lado de los reyes tribales.

La figura de Myrddion, alta y esbelta, resultaba viril y delicada a la vez, y hoy lucía una ensortijada cadena de oro en el pecho.

La multitud suspiró al ver salir a Artor de palacio, acompañado por la reina. Wenhaver se había puesto un vestido ostentoso, de brillantes y variados colores. Como resultaba habitual en ella, iba profusamente adornada con piedras preciosas y llevaba el pelo suelto como una doncella. Al ver semejante ostentación festiva, muchas mujeres de entre la multitud torcieron el gesto en señal de desaprobación, pero algunas jóvenes se quedaron embelesadas ante la incuestionable belleza de la reina, pese a que ese día, sin embargo, estaba menos radiante por la expresión altanera y hosca que lucía su rostro.

El rey era una figura sombría, vestida de luto riguroso, sin adorno alguno. Sólo el pelo ámbar y la corona del dragón de oro proporcionaban algo de color a su paso.

Tenía el gesto adusto y duro, pero Niniana sabía que el rey se había pasado horas llorando la noche anterior, porque lo había oído cuando pasaba cerca de sus dependencias. Gruffydd le había dicho que estaba inconsolable y que se había quedado en su habitación la mayor parte del tiempo. Ella fue la única que se dio cuenta de la palidez del monarca, oculta bajo el moreno de su piel, y de lo hinchados que tenía los párpados que cubrían su mirada gris.

Cuando los invitados allí reunidos estuvieron todos acomodados en su sitio, Myrddion Merlín dio un paso al frente y levantó un gran bastón negro que era el símbolo de su condición.

—¡Oíd, gentes de Bretaña! Nos hemos reunido aquí hoy para honrar a un hombre que llegó a nuestras tierras siendo un extraño, en una época de altercados y peligros. Vivió muchos años entre nosotros y nos sirvió con inmenso valor y virtud. Todos los que quieran honrarlo, que hablen ahora para recordar a Targo, Maestro de Armas y escolta del Rey Supremo de los Británicos.

Artor dio un paso al frente y se produjo un silencio sepulcral. De espaldas a la pira, Artor miró a la multitud que tenía delante con la cabeza alta de orgullo por el honor que estaba a punto de rendirle a su amigo.

—Targo, mi amigo, sólo tenía ese nombre. Carecía de apellido por el que conocer a sus antepasados. Todo lo que sabemos de él es que procedía de orígenes humildes y que nació bajo el sol ardiente de las colinas romanas. Cuando lo conocí ya no era tan joven. Fue un encuentro poco amable, porque yo era un muchacho irresponsable y él un exigente maestro de armas. Todavía lo recuerdo sentado bajo un tilo ordenándome que hiciera cosas incomprensibles para mí, que aún era demasiado joven. Y cuando en las sesiones de entrenamiento cometía un error de cálculo, me decía: «¡Estás muerto, chico!». Me enseñó poco a poco a tomar decisiones basadas en la lógica y el razonamiento. Contribuyó a que dejara de ser aquel chico irresponsable para convertirme en un hombre. El que hoy yo esté aquí ante vosotros como rey supremo de los británicos, imbatible ante los sajones, sólo cabe atribuírselo a Targo y a lo que

él me enseñó. Sus enseñanzas eran sus leyes vitales. Targo me acompañó siempre en el dolor y en el hastío. Me proporcionó momentos de alegría, de esperanza, de valor, y la fuerza necesaria para enfrentarme a una tarea que aún tenemos que concluir. Y siempre me incitó a reflexionar y a gobernar con justicia, a ser un guerrero, hasta cuando estaba agonizando. Hoy quiero honrar a Targo, mi viejo amigo y más fiel servidor. Era un extraño venido a tierras exóticas, que dedicó toda su vida a mantener la libertad de los británicos en occidente. ¡Ave Targo! ¡Maestro de armas y hombre! ¡Honradle, hombres libres de occidente!

Artor se retiró y tras él intervinieron otras personalidades de renombre, entre ellos Myrddion, que habló del valor y la hombría de Targo.

Gruffydd también dio un paso al frente, con la gran espada de Artor en la mano, y habló de su compañero de taberna, mientras se deshacía en lágrimas, sin importarle lo que pensaran de él.

Y así terminó la ronda de oradores.

Niniana se mordió los labios. Estos hombres habían incidido en los aspectos más preciados de un guerrero, pero se habían dejado muchas cosas de Targo en el tintero, todo lo que ella había observado desde que llegó por primera vez a Cadbury.

Armándose de valor, dio un paso al frente, rompiendo las normas de protocolo. Amedrentada ante la multitud, temerosa, sentía que el corazón se le salía del pecho.

La gente empezó a protestar y Wenhaver con ellos, exultante, porque a las mujeres no les estaba permitido pronunciar discursos de alabanza a los muertos, y menos a una criada desconocida para la mayoría, y de origen campesino.

Niniana aguantó impasible ante la embravecida multitud, una mujer alta y esbelta vestida de plata y gris, que esperó hasta que Artor levantó la mano.

La multitud se calló.

—Sé que estoy hablando contra toda normativa —dijo Niniana con voz alta y clara—, pero rompo la tradición porque Targo era mi amigo y tiene que saber que yo lo amaba y lo respetaba por lo maravilloso que era como persona. ¡Quiero hablar de Targo y no me voy a callar!

El gentío volvió a estallar en gritos de insulto, pero Artor se puso al lado de Niniana y el griterío poco a poco se fue apagando.

—¿Te has vuelto loca, chiquilla? —le preguntó casi al oído—. Te pueden matar, si te enfrentas a toda esta gente. Como se sientan ofendidos, no sé si voy a ser capaz de apaciguarlos.

Niniana miró fijamente a los enfurecidos ojos de Artor.

—Señor, a ti todos te obedecen. Estuve con Targo en su lecho de muerte y sé qué tipo de persona era realmente, en lo más profundo de su corazón, donde ni las armas ni los crímenes pudieron nunca entrar. Alguien tiene que hablar del Targo que trascendía con mucho su oficio de soldado. Como él, yo también vengo de otras tierras, y nos entendíamos, señor, y conozco su historia, tal y como él la relató, de sus propios labios, y la tengo escrita, porque Targo me pidió que lo hiciera durante esos

días y esas noches que estuvo agonizante. Reclamo el derecho a hablar por boca de Targo.

Artor miró a la multitud pausada y detenidamente. Con la mirada ensombrecida, reconoció que había muchas facetas de Targo que él nunca se había preocupado por conocer.

—Cuando Targo cayó enfermo, esta mujer lo cuidó poniendo en grave riesgo su vida. Estuvo dispuesta a quedarse con Targo, sin temer al contagio. Niniana asistió a nuestro viejo amigo durante toda su enfermedad y, mientras agonizaba, Targo le contó la historia de su vida. Ella es quien sabe y comprende realmente quién era Targo, lo que pensaba y lo que sentía. No resulta muy adecuado proferir insultos e improperios delante de Targo, que está aquí en una mortaja dorada, cosida puntada a puntada por esta mujer extraordinaria. Os propongo romper con la tradición y que la dejemos hablar, aunque sea mujer y aunque nuestras costumbres no suelen conceder tales licencias a las mujeres. La famosa Boudica, esa extraordinaria britona que casi consigue expulsar a los romanos de nuestras tierras, también era mujer, pero fue castigada como un hombre por Roma. Si nuestros enemigos no hacen distinciones, ¿cómo vamos a hacerlas nosotros?

Por los murmullos de protesta que se oían entre la multitud estaba claro que muchos hombres seguían encolerizados por el atrevimiento de Niniana, pero para otros ese alboroto de censura resultaba mucho más inadecuado que las trivialidades que pudiera decir una mujer.

Niniana, de pie, vestida de gris como un plateado rayo de luz, aguardó en silencio hasta que la multitud se acalló, unos dispuestos a escucharla, otros simplemente ofendidos.

—Como veis, soy una mujer. Y por el pelo, los ojos y el tatuaje salta a la vista que soy bárbara. También está claro que nací en una familia ignorante, salvaje, que adoraba a dioses paganos venidos de las gélidas tierras del norte. Por eso quiero hablar de Targo, un hombre que venía también de lugares paganos, pero meridionales, donde los vientos mecen con suavidad los verdes olivares y donde las viñas se estremecen con las brisas estivales; donde el aire es denso y se carga de aromas a madera quemada y a pescado asado. Eso me contaba los días antes de morir, porque yo nunca he estado en esas tierras y sólo las puedo imaginar.

La gente siguió en silencio, escuchando sin parpadear.

—A Targo no le dejaron tener hijos propios, algo de lo que se lamentó toda su vida. ¿Y quién le privó de este derecho natural? Las mujeres sabemos de estas cosas y lo entendemos. Cuando el país se sintió amenazado, sacaron a los jóvenes y a los críos de sus humildes hogares y los obligaron a incorporarse a las legiones romanas. Nosotras también sabemos de esas miserias, que nos roban a nuestros maridos, a nuestros padres, a nuestros hijos, a nuestros hermanos. Pero Targo nunca se olvidó de lo mucho que amaba aquellas tierras apacibles, de fértiles campos, la vida campesina y los manantiales de agua fresca, porque ése es el primero de todos los amores que

uno siente, la pertenencia al hogar.

La multitud empezó a revolverse.

Niniana vio que la gente estaba cambiando de repente de actitud, pero siguió esperando. Era una hija de la luna bajo el sol abrasador del verano.

—Aquí, en esta tierra tan distinta del lugar en que nació, se forjó una nueva vida y un nuevo hogar. Sí, echaba de menos el sol, cuando en invierno empezaban a dolerle sus huesos ya gastados, pero se albergó entre nosotros y aprendió a amar de nuevo los apacibles diseños de los campos, en cuanto se hizo al ritmo de la vegetación que aquí crecía y prosperaba. Fue feliz en Aquae Sulis, más que nunca en la vida. Se unió a una viuda que tenía hijos jóvenes, y los educaron juntos, pero el destino no quiso concederle a Targo la apacible vejez que se merecía.

»Después lo llamó un niño, un hombre-niño que no estaba formado para soportar las cargas que le correspondían por nacimiento y Targo dejó a un lado su bienestar y volvió a tomar la espada. Muchos fueron los que mató, demasiados para recordar cómo eran uno a uno, pero por la noche soñaba que regresaban a él como sombras, para recordarle lo valiosa que es la vida y lo difícil que es merecerla.

»Por amor dejó a un lado su bienestar. Por amor, soportó hasta el último día el peso de las muertes que había provocado. Por amor, envejeció prestando servicio, pese a que era un hombre libre, y que lo fue por tan poco tiempo. Por amor renunció a la tranquilidad de tener al lado una esposa leal. Y por amor prefirió renegar de los verdes campos florecientes por la tierra grana de las líneas de batalla.

»¿Hay mayor amor que el que se da libremente y sin reproches, aunque lance de lleno al que lo ofrece a un mundo del que años antes había desertado? No, amigos. Tenemos que honrar a este hombre porque fue un guerrero que sirvió a su señor dándole mucho más de lo que le permitía su fuerza y de lo que anhelaba su corazón.

»Por eso hablo hoy de este hombre generoso. Fue un soldado de enorme valor, pero también fue un alma delicada, que se vio atrapada en un cuerpo entrenado para el combate. No albergaba rencor alguno por lo que tuvo que hacer. Sencillamente y con honda tristeza lamentaba que su nuevo hogar lo sacara de la paz y la discreción que tanto ansiaba. En su muerte estuvo atendido por un rey, un gran erudito, un criado, un bárbaro y una simple muchacha y, como siempre, volcó sus últimas preocupaciones en quienes quedábamos atrás y no en la dramática parodia de su vida.

En ese momento Niniana se puso aún más erguida y levantó el puño, reproduciendo sin pretenderlo el saludo que soldados y gladiadores hicieron cientos de años antes de que ella naciera.

—¡Ave, Targo! Nos regalaste tu ancianidad y te condenaste a la soledad por un sueño de gloria del que no reclamaste parte alguna. Hoy nos ponemos de pie para honrar tu memoria, porque por lo que tú realmente luchabas, Targo, era por el dulce fuego del hogar, ¡del nuestro y del tuyo!

Cuando terminó su discurso, la gente la ovacionó. Hasta Artor se quedó admirado de que una criatura tan frágil pudiera comprender lo más profundo del ser humano, la

aceptación muda del sufrimiento y la muerte para conseguir que la llama siga viva, irradiando calidez en el hogar. Se inclinó ante Niniana, que se retiró a su sitio, a la sombra de su señor, un tanto ruborizada.

Sólo Wenhaver dio muestras de odio, palpable en su mirada.

Artor volvió a salir.

—Y ahora, ¡encomendemos al fuego a este hombre sencillo! —gritó sobreponiéndose al rugir de la multitud allí congregada—. Y recemos para que cuando tengamos que tomar la decisión que ha tomado Targo, nos entreguemos generosamente como hizo él, con fortaleza, elegancia y humor, ¡para que occidente nunca muera!

Artor cogió la antorcha que sostenía uno de los soldados y la introdujo por una de las esquinas de la pira hasta el fondo, y luego otra y otra, hasta que los troncos, las flores, los perfumes y los aceites empezaron a arder poderosamente. Cuando las llamas se alzaron al cielo, el humo blanco envolvió el cadáver, amortajado en oro, y parecía que el cuerpo de Targo se revolvía, queriendo regresar a la vida.

Pocos fueron los que lograron contener las lágrimas mientras se consumía la pira con el cuerpo en su cenit. Los sacerdotes rezaban oraciones por lo bajo, que respondían los ciudadanos de a pie. Todos se sentían apelados a compartir esa noble causa que encamaba la muerte del anciano. Muchos de los guerreros hacían examen de conciencia, y se preguntaban si al verse ante una decisión como la de Targo, serían capaces de dar tanto, de renunciar a todo lo que en su momento anhelaran.

Y así entró Targo en la leyenda y, luego, en el mito, como símbolo humano del gran líder que persiguió a la bestia de la guerra para matarla, pero que nunca abatió a su presa, a pesar de haberse pasado la vida persiguiéndola. Lo que los humanos llevan en lo más profundo de su ser siempre lo glorificarán convirtiendo en símbolo a cualquier persona que encame sus sueños.

Por lo que a Niniana se refiere, conocida ahora bajo el nombre de Doncella del Viento y del Agua por su pelo y su vestido de plata y por el modo en que el torbellino de las llamas hizo saltar sus radiantes mechones en un haz de luz, se convirtió en una figura venerada y temida por la población, porque la absoluta belleza siempre resulta extrañamente inhumana; y pasaron a considerarla una reina, llegada del otro mundo para ser conciencia de Cadbury. Incluso la daga de Targo, gastada y dentada por los años y el uso, expuesta para que todos la vieran, se convirtió en un símbolo de protección, que conferían el gris de la hoja y las elegantes manos níveas de la muchacha. Ya todo el mundo lo sabía.

Al final Niniana consiguió alcanzar la posición que Gallwyn soñó para ella, y se vio envuelta en un manto de amor supersticioso. Siempre que salía por el campo que rodeaba Cadbury a recoger hierbas y raíces para elaborar las pócimas de Myrddion, la gente aseguraba que a su rastro iba dejando un reguero plateado, como si hubiera tenido por padre a un lago y por madre a la luna. La verdad no importaba; nadie quería ver que Niniana recogía las hierbas muy temprano, cuando la hierba aún

estaba rebosante de rocío. La muchacha era ya la Doncella del Viento y del Agua y escapaba a la comprensión de los mortales.

¡Cómo se enfurecía Wenhaver, viendo cómo se acrecentaban las historias! ¡Cómo mordía la almohada en la oscuridad de la noche, cuando Artor la rechazaba, y cuánto mal le deseaba a Niniana, esa advenediza, cada vez que la gente le hacía una reverencia respetuosa por los pasillos, las calles y los campos de Cadbury! En la más profunda oscuridad de la laguna estigia de su alma, Wenhaver deseaba desmontar todo lo que su marido había erigido en torno a Niniana, para que la muchedumbre la conociera realmente como la bruja que era.

Y así fue como Wenhaver desechó la condición de reina y adoptó maneras de puta para vengarse, creyendo que su marido no se enteraría o, peor, lo aceptaría con tal de mantener la paz y que Galván le sería incondicionalmente fiel, anteponiendo el placer carnal a la seguridad del reino. Por sus dorados cabellos asomaba el diablo, seductor como el más dulce de los licores, y los pechos hueros de Wenhaver se emponzoñaron de avaricia. Pero por las calles de Cadbury, iba sonriente, repartiendo dinero y comida para ir ganándose a la gente, y se regodeaba al comprobar que poco a poco empezaban a amarla.

—Seré una auténtica reina y veré morir a la bruja blanca —se juró Wenhaver para sus adentros, mientras yacía en brazos de su amante, cuidándose de que no hubiera miradas indiscretas que revelaran su secreto—. Y Artor perderá todo lo que tiene y al morir sabrá que he sido yo quien lo destruyó.

CAPÍTULO XVIII

A SIMPLE VISTA

A LO MEJOR EL resentimiento y la maldad de Wenhaver podrían haberse quedado en poco más que el sucio secretillo de una puta. Los territorios del rey supremo estaban tranquilos en general, porque los sajones rara vez abandonaban los bastiones que tenían en el este y los guerreros que Artor había destacado en las cadenas montañosas reaccionaban con rapidez y violencia brutal contra toda posible incursión que hicieran al territorio de los británicos.

A lo mejor.

Pero el alma es un árbitro curioso. Los buenos se engañan a sí mismos creyendo que los deseos más abyectos apenas rozan la propia voluntad. Y los malos, es decir, los que conocen mejor sus debilidades, aprenden pronto a ocultar y a engañar.

Y así llegó la discordia y algo peor a Cadbury.

El primer signo del terror que había de venir lo dio una oveja crucificada. La habían clavado a un viejo roble en un bosquecillo que estaba pasados los campos. Alguien había rajado al carnero de arriba abajo, arrancándole las entrañas mientras le seguía latiendo el corazón. Lo descubrió un pastor, justo antes de que amaneciera, y se le revolvió tanto el estómago que hasta devolvió el tentempié que se había tomado de desayuno. Luego bajó los despojos para aprovechar la piel y la carne.

Al rato, uno de los enormes perros de Artor apareció con las pezuñas cortadas y los dientes arrancados, con una violencia que resultó una afrenta contra la dignidad de quienes encontraron el ensangrentado bozal. Sin pensárselo dos veces el propio Artor se vio obligado a cortarle el cuello al perro para evitarle mayor sufrimiento. Los guerreros se vigilaban unos a otros y las mujeres no dejaban salir a la calle a sus hijos, en un momento del año en que los largos atardeceres los llamaban a jugar a la guerra, si eran niños, o a recoger flores, si eran niñas. El aire hedía a sangre seca y Artor observaba a su hermanastro con unos ojos que nunca se fiaron completamente de él.

Anticipándose a las preocupaciones reales, Keu salió al paso de Artor.

Las tierras de Artor habían prosperado mucho gracias al tiempo que les dedicaba Keu. Bien es verdad que él también se había hecho rico, probablemente aprovechándose de la posición de que disfrutaba en la corte, pero eso a la gente no le importaba, porque todos los siervos sacaban algún beneficio de unas tierras bien

gestionadas.

Keu, ahora Sir Keu para la población, era muy consciente de que ya sólo quedaban tres personas que pudieran recordar aquella noche sangrienta, aquel templo subterráneo en que fueron cruelmente asesinados muchos niños, abandonados después, sin confesar, en tumbas no consagradas, y que Artor había salvado a su joven hermanastro de su propia locura.

Cuando Keu entró sin avisar en sus habitaciones privadas, Artor estaba estudiando informes de campo. El asistente vio que Artor le echaba una mirada colérica por haberle interrumpido de manera tan inoportuna, aunque enseguida la cambió por otra más de especulación. A Keu le invadió el resentimiento.

—Siento interrumpirte, hermano, pero esas dudas que leo en tus ojos me obligan a hablar claro.

Artor apartó los rollos de la mesa y se volvió hacia Keu. Cortés, como siempre, le ofreció asiento y una copa de buen vino y esperó a que le contara eso tan urgente que tenía que decirle.

Con el tiempo Keu había envejecido y había engordado de cara y de pecho, pero curiosamente, seguía teniendo las mismas piernas que de joven, igual de esbeltas. Los abusos que había cometido le habían endurecido las facciones, que ya no eran tan delicadas, y el paso de los años había hecho desaparecer lo que en su día fue un cabello oscuro y bien peinado para convertirlo en unos débiles torzales de seda gris por las orejas. Si viviera Livinia, su madre, diría que el tiempo le había conferido *gravitas*, la palabra romana para dignidad, pero para Artor seguía siendo un hombre frágil, echado a perder por el lujo y las comodidades de la vida cortesana.

—¿A que te refieres, Keu? ¿Por qué iba a dudar de ti? Pocos me han servido tan bien o de manera tan respetuosa como tú —contestó Artor, logrando dejar a un lado su impaciencia.

—Me preocupan estas atrocidades, y no puedo dejar de pensar en los días aquellos de antaño en que los Severinii se dedicaron a hacer estragos como locos. Por eso me preguntaba si me sigues creyendo capaz de comportarme con esa violencia. A veces me acuerdo de Severinus, de lo encantador que era y de lo depravado que se volvió —Keu mantenía sus ojos, abiertos y cándidos, fijos en los de su señor.

—Los Severinii murieron hace mucho y los terrenos de la villa en que vivieron hace más de veinte años que fueron cubiertos de sal —dijo Artor con suavidad—. Puede que entre nosotros haya alguna bestia humana, pero eso no me lleva a pensar que hayas renegado de tus promesas o del recuerdo de tu santa madre. ¿Para que ibas a arriesgar todo lo que has ganado por la sangre de una oveja o un perro? No, Keu. De verdad, no has hecho nada que me lleve a dudar de ti.

Artor hablaba mesuradamente, con una mirada seria e inquebrantable, lo cual alivió mucho a Keu. Pero Artor era ahora el rey supremo de los británicos y no el honrado Artorex de su juventud.

También él había aprendido a disimular.

—Gracias, hermano —dijo Keu, haciéndose bucles inconscientemente con las guedejas—. Este asunto me viene preocupando hace tiempo. Creía que la relación que tuve con Severinus hace tantos años podría llevar a creer que estoy implicado en los hechos tan abominables que se han producido. Gracias por confiar en mí.

—Claro, Keu. ¿Te puedo ayudar en algo más? —la cortesía de Artor seguía inalterada, lo mismo que el amable interés que vertía su mirada.

—No… no; disculpa que te haya interrumpido, señor. Estás ocupado con tus obligaciones y bien sabe Dios que tengo que hacer inventario de las reservas de cereal para cuando empiece la cosecha… —Keu siguió con voz trémula y se despidió de su hermano con una reverencia.

Después se marchó.

Artor miró las paredes de su habitación, más parecida a una celda monacal por su austeridad y sencillez que a las dependencias de un monarca supremo.

—¿Por qué has mencionado el nombre de los Severinii, hermano? —se preguntó Artor en voz alta—. ¿Y por qué te ha venido a la cabeza el recuerdo de esos perversos cabrones, al ver unos aleatorios actos de crueldad ejercidos contra animales? La culpa nunca desaparece, ¿no?

La pared encalada no contestó. Pero en los arcanos de su memoria, Artor recordó una imagen de la vieja Frith, cosiendo una túnica junto a la chimenea de la cocina de Villa Poppinidii y dispensando mientras trabajaba su natural sabiduría.

—Los que te miran a la cara y juran por todos los dioses que dicen la verdad, lo más normal es que estén mintiendo —le había dicho la anciana al niño Artorex muy segura—. Nunca te fíes del que no mueve los ojos al hablar. Está jugando a algo y ten por seguro, precioso, que juega a algo que no te va a gustar.

La cara de la anciana esclava, con sus arrugas marchitas y borrosos ojos azules se aparecía clara y nítida en el recuerdo de Artor, y el rey tuvo que reconocer que él también estaba envejeciendo. Últimamente Villa Poppinidii y sus verdes campos le parecían más reales que todo lo demás: lo que había construido en Cadbury, en Venta Belgarum o en las demás fortificaciones de occidente.

El joven Artorex se estremeció, pero el viejo Artor dejó a un lado sus miedos y volvió a sus obligaciones.

GALVÁN HABÍA SALIDO para el norte unos días antes, porque por fin había accedido a casarse. La reina Morcadés había elegido a una chica, una joven —casi una niña— educada, morena, hija de un jefe de clan vecino, y Galván confiaba, vagamente, en que esta niña sin mácula le quitara a Wenhaver de la cabeza. Pese a la lentitud con que discurrían sus pensamientos, Galván había visto que estaba actuando de una forma que a ojos de sus pares resultaría traidora, si llegaban a descubrir su aventura amorosa. Hasta entonces no había sido fiel a ninguna mujer durante más de un mes, pero el cuerpo de Wenhaver parecía tener propiedades mágicas, que le

cegaban el pensamiento en cuanto lo miraba, prometiéndole secretos placeres a los que él no se podía resistir. Como cualquier guerrero sensato se dio cuenta que a veces es mejor abandonar el campo de batalla.

Al principio, cuando Galván, muy emocionado, le contó sus planes, Wenhaver se enfureció, pero en cuanto consideró que podría haber una esposa en su relación, se dio cuenta de que el matrimonio del joven actuaría de coartada perfecta para sus encuentros. Para Galván, oír esto de la reina fue un revulsivo, como debió demostrar por sus gestos ante la incisiva mirada de Wenhaver. La reina al principio lloró, se enfurruñó y le suplicó, hasta que al final decidió no darle acceso a su cuerpo. Por dentro, sin embargo, Wenhaver se moría de celos.

Como se ve, en la ciudadela de Cadbury los meses de otoño no fueron una buena temporada. Artor estaba cada vez más distante, mientras que Myrddion se mostraba abstraído y torpe en presencia de Niniana, como si siempre estuviera a punto de decir algo precipitadamente para ocultarse. A Niniana el que la gente la respetara le resultaba agradable o cargante, según el día, mientras que Wenhaver dio a la petulancia un nuevo significado.

Como Gruffydd le confesó a Percival, en la fortaleza se vivía la misma intensa sensación que si se estuviera fraguando sobre sus cabezas un inmenso cataclismo tormentoso, aunque, a lo que decía, a él no le importaba estar presente cuando estallaran las nubes.

Percival asentía con la cabeza y se reservaba la opinión. Pero su aguda mirada no se perdía detalle, sobre todo, de los ultrajes de Wenhaver cuando Artor no estaba. Fiel a su juramento, Percival aguardaba la hora de la verdad.

Casi tenían la cosecha terminada cuando desapareció una espigadora. Como siempre ha ocurrido en todas las naciones, en todos los tiempos y en todas las tradiciones, a los indigentes se les permitía rebuscar el cereal una vez concluidas la recolección y la trilla. De la mañana a la noche, los mayores, los pobres, los niños y las viudas doblaban el espinazo para recoger algo de grano que los salvara de morir durante el invierno. Como ese año la cosecha fue especialmente generosa, Niniana solía ver a las mujeres volver a casa por la tarde para ocuparse de los niños, con delantales llenos de cereal. El olor a madera quemada perfumaba el aire, cuando los ciudadanos más ahorradores ahumaban salmones cogidos del río o adobaban venados y jamones. El mundo de Cadbury parecía albergar vida, madura y lista para disfrutarla.

Apenas nadie se daría cuenta de que faltaba una mujer que vivía en los lindes del bosque con su hijo pequeño.

Tras pasar el día en el bosque y cuando ya regresaba a casa, un cazador, que llevaba un par de conejos al hombro, oyó los gritos quejumbrosos de una criatura. Aunque no solía atender mucho a lo que ocurría a su alrededor, esta vez el hombre se detuvo a investigar de dónde procedía el sonido y se encontró con un niño de seis meses en una casa abandonada. El bebé estaba sucio, hambriento y solo. La chimenea

de la cabaña de su madre estaba fría y la situación del niño, sin ser grave, era lo suficientemente preocupante como para que el buen hombre se lo llevara a casa a fin de que lo cuidara su mujer.

A la mañana siguiente, Alric, el cazador, informó preocupado a la guardia de la fortaleza de lo que había ocurrido.

En su momento Artor ordenó que en sus tierras se cuidara especialmente a las viudas, porque durante los años en que había estado consolidando el reino, hubo muchos hombres que perdieron la vida en combate. Pero los soldados no habían sido particularmente aplicados en su tarea. Varios fueron a inspeccionar la minúscula cabaña, pero a la espigadora parecía habérsela tragado la tierra. Ni siquiera recordaba la gente cómo se llamaba, porque para las pocas personas que sabían de su existencia, no era más que la viuda del bosque.

A la semana, sin señales de la mujer, los soldados resolvieron que quizá hubiera encontrado a otro hombre y que se habría ido con él, abandonando a un hijo no querido. La vida a menudo era cruel y nadie, ni siquiera el cazador, se extrañaba de que la mujer tardara tanto en volver.

Como las casualidades no suelen darse a menudo, la desaparición de la espigadora cayó en el olvido, salvo para Alric, el mismo cazador que encontró al bebé. Alric había colocado sus trampas en las orillas de un regato. Siguiendo su costumbre, iba a verlas todos los días antes de que naciera el día. Y una mañana, casi dos semanas después de encontrar al bebé abandonado, mientras le partía el cuello con maestría a un conejo macho que había caído en la red, le llegó un hondo hedor a podrido, justo cuando cambió la brisa. Y olía a algo inequívoco.

De repente, la acogedora oscuridad parecía llenarse de ojos avisados. Cualquier ruido, cualquier criatura que se moviera entre los arbustos, resultaba amenazadora.

Alterado y cauteloso, pese a los años que había pasado solo en el bosque, Alric se echó a correr, metiendo el conejo en su zurrón. Logró evitar agujeros y tocones en la oscuridad hasta que llegó a su casa, tembloroso y sin aliento.

Dentro, el hijo de la viuda estaba dando enormes voces. Era un crío estupendo y en su fuero interno Alric se alegraba de poder criar a otro hijo. Pero ahora, con el recuerdo en la cabeza del terrible hedor que le había traído el viento y la mente llena de imágenes de donde procedía el olor, Alric vomitó contra la pared de su casa, hasta que no consiguió echar más que bilis.

Al rato informó de sus sospechas al oficial mayor de la fortaleza.

Se enviaron soldados al lugar de los hechos y en esta ocasión fueron acompañados por Myrddion Merlín. Como para Artor la curiosidad se mezclaba con la sospecha, exigió que la escena fuera analizada por esos ojos diestros en los que confiaba plenamente.

Ordenaron que Alric fuera con los soldados, al menos hasta el lugar del que salía el olor. Aunque se mostró un tanto remiso, no encontró manera de negarse a lo que el rey le solicitaba.

El campesino se persignó supersticiosamente.

—En el futuro ya no volveré a vagar por el bosque tan alegremente —le dijo a Merlín—. Hay algo malicioso que camina por entre mis trampas. Lo noto. Y por algo me daban escalofríos, porque alguien me miraba. Espero que el olor no sea de la viuda, pero si es así, tengo al chico en mi casa y haremos por educarlo correctamente.

Después el avezado cazador volvió a persignarse y sin hacer ruido condujo a la patrulla de investigación hasta su destino. Al ver cómo se los tragaban las sombras, Myrddion se admiraba del buen grado con que los cazadores aceptaban tanta soledad y tanto abandono.

La escolta de soldados examinó la línea de trampas, con trapos atados por la nariz y la boca para que el olor a carne putrefacta no fuera tan intenso. Myrddion olfateaba el aire como si fuera un sabueso. Estaba acostumbrado a sentir este infame dulzor prácticamente desde que nació, así que un cadáver más no le preocupaba nada. Cuando adivinó de dónde venía el olor, siguió la línea de trampas con los ojos fijos en el terreno. Pero aparte de un restregón en el suelo, bajo un abedul, y unas cuantas marcas en la tierna corteza de algunos árboles, no vio nada llamativo.

Pero pronto descubrió los primeros signos de violencia.

En la oscuridad alguien se había agarrado con fuerza a este retoño de árbol hasta romperle el tallo. Alguien había ido arrastrando los pies, levantando un poco las hojas y dejando marcas que conducían hacia el lugar de donde salía el infecto olor.

Myrddion dio orden a los soldados que se abrieran más por la línea de trampas y que evitaran deteriorar cualquier rastro de movimiento que se hubiera podido dar en aquel terreno.

A unos treinta pasos más adelante, en la zona en que los árboles más maduros proyectaban su sombra negriazulada, uno de los soldados descubrió algo terrible.

—¡Lord Myrddion! —gritó con la voz temblorosa de alguien que no está acostumbrado a semejantes Carnicerías.

El rastreador había encontrado el cuerpo de la mujer que buscaban. La habían tirado como si fuera un muñeco de trapo a una hendidura del terreno, abierta por el constante deshielo de años y años. En el agujero estaba la mujer, medio desnuda, con la carne hinchada, pútrida y cubierta de manchas verdosas, según dejaba ver la luz que se filtraba por entre los árboles. Estaba completamente acurrucada en posición fetal y Myrddion se dio cuenta de que probablemente sobreviviera un tiempo a la agresión. Murió abandonada y sufriendo hasta extremos insospechados.

Myrddion suspiró y empezó a esbozar rápidamente la silueta del cuerpo con tizas y carbón sobre una vitela. Sabía que Artor le pediría un informe exhaustivo, por desagradable que fuera. Después bajó con sumo cuidado por el terraplén, haciéndose acompañar por el más capaz de los soldados.

—Qué cara —exclamó Myrddion, retirándole la maraña de pelo del perfil. La habían apaleado justo antes de morir y sus facciones, que empezaban a mostrar signos de cansancio y de vejez, aparecían mancilladas por los cortes y cardenales que

le habían producido los agresores. Tenía la boca abierta y Myrddion comprobó que le habían arrancado la lengua. Al ver los gusanos que le estaban devorando el cuello, el sabio sintió tal repugnancia que se le revolvió el estómago. Los restos de la mujer habían sido presa de otros depredadores *post mortem* que habían deteriorado y consumido parcialmente la carne.

—Túmbala boca arriba —ordenó al experimentado soldado en un tono más recio del que pretendía.

La carne de color verde ceniza se abrió desde el esternón hasta el vello púbico. En la cavidad los depredadores habían celebrado un festín y seguían haciéndolo, hasta el punto que parecía como si el cadáver hubiera sido dotado de nueva vida, extraña y estremecedora.

—Creía haber visto ya suficientes sangre y vísceras —dijo el soldado con la voz distorsionada por la mascarilla—. Pero como esto, nada. ¡Mira qué piernas!

La mujer había sangrado mucho, pero no sólo por las terribles heridas, porque por los muslos se apreciaba la marca de un reguero de sangre negra que le salía de los genitales, totalmente desgarrados.

—Lo más seguro es que estuviera viva cuando la violaron, porque la sangre no sale una vez que el corazón deja de latir —afirmó Myrddion.

Estaba asqueado, a pesar de toda la experiencia que tenía como curandero y como médico.

—Y el suelo está lleno de sangre seca —añadió el soldado—. Es como si se hubiera desangrado justo aquí.

—¿Lord Myrddion? —la voz de un soldado más joven les interrumpió desde el borde de la angostura—. Alguien estuvo aquí en cuclillas viendo cómo moría. Hay unas huellas de talones muy profundas, que se distinguen claramente.

Para Myrddion enterarse de esto fue lo peor de toda aquella escena. Sencillamente, un hombre había violado a esta pobre mujer, a la que apenas nadie conocía, la había destripado mientras la penetraba, y se había sentado tranquilamente a ver cómo se desangraba.

—¿Pedía? No sé. Supongo que sí, siquiera para el bebé, si no para ella —conjeturó Myrddion—. Bueno, parece que perseguimos a una bestia con forma humana.

Miró detenidamente las borrosas huellas que las botas del asesino habían dejado en el suelo. Por la planta se veía que estaban hechas de un buen cuero, recio y duro, y habían dejado en el barro unos perfiles profundos, pero difíciles de identificar.

—Por lo que podemos deducir de aquí, creo que verla morir fue lo que le produjo mayor satisfacción al asesino, porque la mujer tardó mucho en desangrarse. A lo mejor la violación no era más que el aperitivo del banquete que estaba buscando.

—Que los dioses nos guarden —exclamó uno de los jóvenes, asqueado ante lo que veían sus ojos.

—Sí —contestó Myrddion dando un suspiro—. La enterraremos aquí junto al río.

El cadáver ya nos ha dicho todo lo que puede decir, y además no tengo valor para conocer más indignidades. Enviaré a un sacerdote para que rece un responso por sus restos.

Los soldados obedecieron. Excavaron con sus escudos las orillas del riachuelo hasta formar un hoyo en el que tendieron el cuerpo de la mujer. Con las hachas y troncos que había por allí fueron echando tierra sobre el cadáver hasta que quedó cubierto.

Cuando Artor recibió el informe de Myrddion, se le nubló la cara de consternación.

—Parece que la paz se acaba, ¿verdad, viejo amigo? —observó taciturno, mientras se miraba fijamente la sandalia—. A veces creo que ya he visto demasiado para seguir siendo humano, así que espero que me perdones, pero estoy muy agradecido de que fueras tú quien descubriera a esta víctima y no yo.

Artor empezó a pasear por la espartana habitación, que con sus largas piernas recorría en pocas zancadas.

—Tenemos que avisar a todas las mujeres de la fortaleza y de la ciudad para que no vayan por lugares solitarios —dijo pensativo—. Aunque supongo que ya estarán circulando los rumores por todo Cadbury.

—Y después espero que descubramos pronto al asesino —contestó Myrddion.

—El animal que ha llevado a cabo esta violencia está loco, y no va a saciar su hambre con un solo asesinato.

Cuando Myrddion se fue, después de despedirse con una reverencia, Artor se quedó solo con sus oscuros pensamientos.

Alguien trastornado y vil, que disfrutaba matando, vivía al lado, en los alrededores de Cadbury. Por sus botas, estaba claro que era alguien de dinero y que actuaba guiado por unos instintos que a Artor se le escapaban. Era un hombre que perseguía mujeres desprotegidas, para herirlas, matarlas y alimentar el terror que siempre sigue a la muerte.

Muy a su pesar, a juicio de lo que pudo ver Myrddion, Artor no culpaba a Keu del asesinato. El delito seguía un plan diferente al de las atrocidades de los Severinii y respondía a motivaciones muy distintas. Pero Artor llevaba tanto tiempo pensando en lo más secreto de su alma que Keu era un monstruo que había quedado impune, que casi deseaba que su hermanastro fuera el culpable. Keu serviría de víctima propiciatoria, sí, pero tenía que atenerse a los hechos. Había un monstruo, distinto del que Artor siempre tuvo en mente, que había elegido Cadbury para jugar.

El rey supremo dejó a un lado sus sombríos pensamientos y escupió para quitarse el amargo sabor de boca.

A mediados de otoño el calendario quedó marcado por la desaparición de otra persona, esta vez una niña, que estaba recogiendo ramas detrás de la casa donde vivía para alimentar la chimenea en invierno. No se había aventurado dentro del bosque, pero en la tierra se veían signos de haber sido arrastrada, como si la hubieran cogido

por el cabello para ocultar el cuerpo entre las sombras de los árboles.

Enseguida encontraron su cadáver destrozado, porque los soldados de Artor habían aprendido de Myrddion los indicios que tenían que buscar en sus pesquisas. A la niña le habían provocado las mismas heridas, idénticas, que a la viuda, pero la encontraron sólo a las veinticuatro horas de su desaparición. Estaba en el suelo acurrucada, hecha una patética bolita, todavía con los moratones de haber sido apaleada. Aunque el cadáver estaba rígido y frío, los soldados tenían un cierto miedo supersticioso a tocarla, hasta que Myrddion les mandó que colocaran el cuerpo sobre un burdo bastidor hecho con ramas de árbol cubiertas con un manto viejo. Enterraron a la niña, mientras un sacerdote entonaba oraciones por su alma y, de repente, todo Cadbury olía a miedo.

Puede que el asesino se hubiera salido con la suya, de no haberse cruzado en su camino la casualidad más perentoria. La casualidad y la temeridad de Niniana, la Doncella del Viento y del Agua, a la que de repente le dio por ir a recoger ingredientes para sus medicinas.

A finales de verano y principios de otoño Niniana había tenido la vaga sensación de que alguien la observaba dentro de la fortaleza. Pero sencillamente se había quitado la idea de la cabeza, pensando que todo se debía a su imaginación calenturienta, que especulaba aún más por los momentos tan difíciles que estaba viviendo.

Con todo, por mucho que racionalmente pensara que estaba haciendo el bobo, Niniana se preocupaba de cerrar el cerrojo de la habitación por la noche y ponía en la puerta un enorme arcón de ropa, por si acaso. Una vez, cuando pasaba por los establos con su cesta de hierbas al brazo, vio como si se moviera ligeramente un abrigo. Cuando se volvió para mirar mejor, ya no había nadie.

Un tanto avergonzada fue a contarle sus miedos a Myrddion.

—Creo que alguien me sigue y observa mis movimientos, señor.

Myrddion levantó la vista de lo que estaba haciendo y miró fijamente a su aprendiz.

—¿Qué? —Myrddion la miraba distraído y, para Niniana, que todavía seguía absorto, calculando el número de soldados que se necesitarían en la leva de primavera.

—Creo que hay alguien observándome y me da un poco de miedo —repitió Niniana, sintiéndose obligada a minimizar sus temores.

Myrddion aguzó la mirada y con una mano, elegante y pálida, se recogió su larga melena plateada detrás de las orejas. Estaba nervioso.

—No sueles ser muy prudente, Niniana. ¿Cuándo tuviste por primera vez esta… sensación?

Mientras Niniana se sentaba en la banqueta que normalmente usaba, Myrddion notó que se le salía el corazón al contemplar la belleza que emanaba el rostro de Niniana, intentando recordar la fecha exacta.

—Desde que murió Targo… Al menos creo que fue entonces cuando tuve por primera vez una sensación desagradable por el cuello. ¿Sabes lo que quiero decir, señor? Es como si alguien te está mirando fijamente por detrás. Pero cuando te das la vuelta, ya no hay nadie. A veces en palacio, parece que nadie se está fijando en mí, pero yo sé que alguien se acaba de ir.

—¿Será que Wenhaver se está entreteniendo en hacerte sentir miedo?

Myrddion estaba preocupado, pero sin querer su preocupación calmó los nervios de Niniana.

—Me mira como si fuera un gato enojado, gordo y peludo, pero me mira directamente a los ojos —gorjeó Niniana divertida, pensando que podía ser Wenhaver quien estuviera acechándola—. En Wenhaver no caben sutilezas. Aunque me vistiera con un hatillo de harapos, seguro que le seguiría dando envidia. No, señor, no es Wenhaver. Sé cómo es de rara, si entiendes lo que quiero decir con esto. Sé que no me estoy explicando, pero me parece que es un hombre extraño el que me observa todo el tiempo. Quiere poseerme, pero no como podría querer hacerlo cualquier hombre, porque ya me han mirado muchas veces con ojos libidinosos y reconozco esa mirada. Este hombre me odia y no sé por qué.

Niniana susurró estas últimas palabras en voz muy baja, porque sabía lo absurdas e imprecisas que sonaban, incluso para ella. Preferiría no haber molestado a Myrddion porque, expresadas así en voz alta, sus sospechas parecían vanas y caprichosas.

—Desde hoy tienes que llevar encima la daga de Targo, siempre que salgas al bosque. Le diré a Percival que la afile por ambos lados. Esa arma es pequeña y la puedes llevar muy bien en la cesta.

Niniana abrió la boca para decir algo, pero Myrddion no le hizo caso.

—El hombre que buscamos puede ser un obseso y se mueve por razonamientos que sólo él entiende. ¿Dices que sientes que te mira en la fortaleza? Eso estrecha mucho el círculo de posibles culpables. Si no se trata de que le gustes, tengo que admitir que nuestro asesino es alguien de la guardia personal de Artor, o un proveedor de la ciudad o un sirviente de confianza o un miembro de la corte. Las posibilidades son muy amplias, pero menos que si tuviéramos que buscar por toda la ciudad de Cadbury.

La preocupación de Myrddion era contagiosa. Niniana sintió un escalofrío, pese a que la habitación estaba muy caliente.

Los guerreros, los herreros, el criado que traía el agua y los aristócratas que hacían reverencias en palacio, todos, eran potenciales sospechosos. Ante ella se abría el peligro como un enorme abismo y le daba miedo.

—Lamentablemente, tenemos que esperar para reducir un poco el círculo del sospechoso. Cada asesinato nos irá dando nuevas pistas del asesino. Pero tienes que tener sumo cuidado, Niniana, porque no sé qué haría sin ti.

Myrddion expresó esto último con mucha reticencia, pero a Niniana le cambió

totalmente la cara y le brillaba de alegría.

—Hablaré con Odin para que te enseñe unas cuantas mañas que puedas hacer con la daga de Targo —añadió Myrddion pensativo—. No te preocupes por los detalles, porque vamos a coger a esa criatura. Con cada asesinato cada vez se arriesga y se delata más.

El rostro de Myrddion aparecía marcado por pequeñas arrugas y Niniana se dio cuenta, angustiada, que a su señor ya se le empezaban a notar los años que tenía.

—No te preocupes demasiado por mí, señor —Niniana besó la mano de Myrddion impulsivamente—. Haré todo lo que me diga Odin.

Pasaron horas, días, semanas y las mujeres, tanto las que vivían en el bosque como las que no, estaban al borde del ataque de nervios. Y entonces, cuando el invierno extendía sus primeros zarcillos de densa niebla y el frío encarcelaba a hombres y mujeres junto a las chimeneas, desapareció un joven dentro de la propia ciudadela.

Artor enfureció.

El muchacho era hijo de un rey del norte, enviado como rehén por la falta de apoyo que mostraba su tribu. Movido por una particular veneración al héroe, este chaval de doce años seguía como un perrillo todos los pasos de Artor y el rey se había encariñado con él. Por mucho que pretendiera mostrarse distante, Artor se sentía a gusto con las preguntas constantes del crío y con el vivo interés que sentía por cuestiones de gobierno. El muchacho se había ganado también la simpatía de la guardia porque se entretenía todo el día husmeando por los establos, las cocinas o las dependencias de los criados.

Nunca se atrevió a salir de la fortaleza, por eso el que desapareciera así provocó escalofríos a todos los habitantes de Cadbury. Ya no se podía negar que el asesino tenía acceso a cualquiera dentro del recinto.

Para Wenhaver las muertes que se habían producido hasta ahora no eran más que anécdotas molestas que empañaban un poco su esparcimiento, pero esta vez siempre que se cruzaba con Artor le abordaba para que hiciera algo.

—Todas sus víctimas son rubias —se quejó Wenhaver—. ¿Y quién tiene el pelo más rubio que yo? Tú no te das cuenta de lo asustada que estoy y, como siempre, te preocupas más de tus estúpidas obligaciones que de la seguridad de la reina.

—Señora, no eres la única mujer que tenga el cabello rubio en la fortaleza. De hecho, Myrddion me acaba de contar hace una hora que Niniana lleva varios meses sospechando que alguien la vigila.

Wenhaver se indignó de manera absurda. No podía soportar que Niniana la eclipsara, ni siquiera en situaciones peligrosas. ¿Cómo iba a querer un monstruo asesinar a Niniana antes que a ella?

—Esa chica tiene la mala costumbre de reclamar atención en cuanto puede —exclamó Wenhaver indignada.

Artor estaba agotado, hundido y profundamente preocupado, y por eso contestó

con toda calma, contra lo que era habitual.

—¿Cuándo vas a pensar en algo que no sea tu propio pellejo, egoísta? ¿Cuándo vas a dejar de reclamar toda la atención a todas horas? ¿Cuándo te van a cortar el cuello los sajones, para que te calles de una vez?

Wenhaver salió despavorida y se echó a llorar de verdad delante de sus damas de honor, haciéndolas sentir más miedo del que ya tenían.

Cuando Artor estaba relatando cansinamente su discusión con Wenhaver, Myrddion empezó a estremecerse.

—Qué idiota he sido —exclamó—. Wenhaver ha dado en algo en lo que yo, con toda mi ciencia, no me había fijado.

Artor frunció el ceño.

—Todas las víctimas son rubias. El asesino debe estar obsesionado con el aspecto físico, más que por la edad o el sexo de sus víctimas. La viuda tenía unos treinta años, la niña no llegaba a nueve y el muchacho doce, así que la edad, desde luego, no es indicio de nada.

—Te sigo, Myrddion, ¿pero a dónde llevan tus razonamientos?

—Además de tener una piel rubia, las víctimas eran vulnerables. La viuda no tenía apoyos familiares próximos. La niña era hija única sin padre conocido y tu ayudante está a cinco días a caballo de sus amigos y del calor familiar.

Myrddion confirmaba que Niniana tenía que tener extremo cuidado.

PARA SER JUSTOS con Niniana, la chica intentaba obedecer a su señor, pero las circunstancias no se lo ponían fácil.

El invierno pasó sin incidentes violentos. Los ciudadanos y campesinos de Cadbury opinaban que el loco había vivido entre ellos durante un breve periodo de tiempo y que luego se había marchado a otro lugar para buscar nuevas víctimas, más airosas. Pero Niniana todavía notaba de vez en cuando los ardientes ojos de su centinela, de manera que cuando en primavera el deshielo empezó a llenar los arroyuelos de agua limpia y fresca y empezaba a brotar nueva vida de la tierra, la chica seguía llevando la daga de Targo siempre a mano. Desde que una tarde estuvo hablando con Percival, decidió hacerle caso y llevar también un cuchillo atado al muslo, siempre que saliera de la fortaleza. Y además Odin le había enseñado a utilizar la daga con extrema eficacia, mostrándole cómo herir al atacante aunque tuviera los dedos agarrotados. Odin intuía que el monstruo no se había ido, sino que estaba aguardando, observando, y regocijándose por anticipado de la que sería su siguiente víctima.

—Tienes que practicar con el cuchillo, inteligente mujercita. Un hombre con los apetitos que demuestra tener éste deseará víctimas inasequibles e inabordables, mujeres como tú que aparentemente no presentan apocamiento alguno. Mientras te observa, ha matado en tu lugar a otras víctimas más débiles y está esperando la

ocasión de pillarte desprevenida. Si caes en sus garras, deseará regodearse contigo, aterrorizarte por miedo al dolor. No le des lo que busca. Nunca aparentes que le tienes pavor.

—¡Uf! —Niniana se estremeció—. A esas criaturas no se les debía dejar que existieran. ¿Por qué no se les puede ver la perversidad en la cara, amigo Odin?

—Saben lo que son, por eso están acostumbrados a esconder su verdadero ser tras una sonrisa amable. No te fíes de nadie.

Niniana sonrió.

—Pero yo sí me fio de ti, y de Perce, y de mi señor… Y del rey supremo, claro.

Entonces Odin le dio unos golpecitos en la mano con sus enormes dedos, y Niniana se recompuso.

—Sabes a lo que me refiero, inteligente mujercita. Targo te rogaría que fueras muy, muy precavida y que hagas caso a tu intuición. Te mantendré vigilada cuando me lo permitan mis obligaciones, pero si esta criatura va a por ti, esperará con toda calma hasta que te pongas a tiro —de repente sonrió—. Ten cuidado, o…

—Estoy muerta, lo sé —sonrió elevando la vista para mirar al juto. Los nórdicos ojos claros de la joven, abiertos de par en par, hablaban por sí solos, lo cual tranquilizó algo la honda preocupación que tenía Odin. Y su angustia, a su vez, fortaleció la decisión de Niniana—. Llevaré la daga de Targo siempre que salga de la fortaleza y tendré muy en cuenta lo que me has dicho —le aseguró al juto—. Voy a practicar todos los días, porque, de verdad, no pienso dejar que me asesinen sin al menos responder al que me ataque.

Pero por muchas precauciones que tomaba, Niniana no se sentía segura.

Los restos del muchacho sonriente y curioso, que había desaparecido en otoño, los encontraron cuando se produjo el deshielo primaveral. Lo único que quedaba de él eran huesos roídos y algunos fragmentos diseminados de tela. Ahora Artor observaba a los moradores de la fortaleza con ojos sospechosos, heladores, y Myrddion se veía con frecuencia asaltado entre sueños por la terrorífica imagen de un sauce ensangrentado, algo que entendía perfectamente al despertar. El pasado venía a atormentar el presente.

Galván volvió a Cadbury a principios de primavera, acompañado de una novia de tez pálida y pelo oscuro, de grandes ojos verdes y una sonrisa amable, sobrenatural. Enid, que así se llamaba, se ganó pronto el favor de los ciudadanos, porque tenía muy buen carácter y era tímida. Galván estaba muy orgulloso de su joven esposa; le pedía muy pocas explicaciones sobre lo que hacía o lo que sentía y le hacía la vida fácil y cómoda.

Wenhaver, haciendo gala de lo tirana que podía llegar a ser, alternaba entre la cortesía empalagosa y la grosería más vil, al dirigirse a Enid. Si veía a la mujer de Galván besando amorosamente la mano de su marido para despedirlo cuando salía de cacería, Wenhaver ya tenía la excusa perfecta para meterse con sus criadas y golpearlas hasta que estuvieran llenas de moratones. Y con la misma saña, dirigía sus

amargas invectivas contra las educadas damas de la fortaleza. Una de sus llamadas compañeras prefirió regresar entre sollozos a casa de su padre que volver a enfrentarse a la ira de Wenhaver.

Al final Artor tuvo que intervenir.

Entró en las lujosas dependencias de Wenhaver, donde la encontró reclinada, enfurruñada y fingiendo que cosía un dobladillo. Nada más entrar se le mezclaron en la nariz los aromas a perfume, flores marchitas, carne femenina y agua de rosa que, combinados configuraban una empalagosa y desagradable fragancia. Hizo un gesto con la mano para despedir a las criadas y las damas, que se apresuraron hacia la puerta, y se quedó solo con la mujer a la que realmente ya no podía ni ver.

—Esta vez te has pasado de la raya, señora —le dijo Artor bruscamente—. Myrddion ha tenido que curarle las heridas a otra de las criadas por uno de tus arrebatos de mal humor y la pobre lo único que hacía era intentar complacerte. No me vuelvas a mencionar cosas como la indolencia o la codicia. Te cuesta recordar que eres una reina y que, como tal, se supone que representas lo mejor de las mujeres celtas, ¡no lo peor!

Wenhaver dejó la costura y delicadamente eligió una almendra bañada de almíbar, se la metió entre sus labios, pintados de rojo, chupó el bocado, aplastó el fruto entre sus dientes perfectos y levantó los ojos para mirar a su marido.

—Voy a hacer exactamente lo que me apetezca, esposo. No sé cómo vas a evitarlo.

Cogió otra almendra y sonrió.

Artor cruzó la habitación en dos zancadas hasta llegar a la cama. Tenía una mirada indescifrable, pero los músculos que le recorrían la mandíbula estaban tensos como muelles.

—¡Arriesgas demasiado apostando tu piel, esposa! Estás yerma y para mí eres más inútil que la más humilde de tus criadas. Eres la reina sólo porque aprecio la alianza que sellé con tu padre y, lamentablemente, por mis votos matrimoniales.

Como se sentía segura en su habitación de damasco rosa y fuertes fragancias, Wenhaver cometió el error de reírse. Artor extendió con rapidez de ofidio su enorme mano y la cogió por la barbilla y las mejillas con tal fuerza que le amoratá la cara.

—Me haces daño —susurró, con mirada salvaje y atemorizada.

—Pues si me irritas, me avergüenzas o sigues desacatando mi autoridad, te voy a hacer mucho más —dijo entre dientes.

La soltó con tanta violencia que Wenhaver se cayó de la banqueta en que estaba sentada y resbaló por el suelo. Tenía la boca abierta y caída del susto y empezaban a saltársele las lágrimas.

—Guárdate tus trucos para quienes no sepan a qué juegas. La mujer de Galván vale diez veces más que tú y sin embargo, te sigues regodeando con sus lágrimas. Eres una indolente y una estúpida, aburrida y estéril. Eres mi hábito de penitencia, que dirían los monjes.

Artor mantenía un gesto frío, serio y despiadado. De repente a ella se le heló la sangre. ¿Es que el rey sospechaba que se pasaba las noches en los establos, con Galván? ¿Les habría descubierto ese brujo del diablo, Myrddion? ¿Qué iba a hacer Artor, si realmente lo averiguaba?

—Nunca me has amado, Artor, así que ¿qué más te da lo que haga?

—Eres mi reina, mujer. Te lo advierto, te llevaré a la hoguera por mancillar mi honor, si te apartas de los votos que hiciste y me veo obligado a llevar cuernos de cabrón. No me pongas a prueba. Tu propio padre sería el primero en prender la llama, si sabe que va quemar el alma de una puta.

Artor se dio la vuelta y salió con paso firme de las dependencias, dejando a su mujer amoratada, convulsa y, por mucho miedo que tuviera, clamando venganza. «Dejaré que Galván siga con su insignificante mujercita —pensó rencorosa—. Puedo esperar. Enseguida se cansará de ella y Artor tendrá que partir pronto a sus campañas estivales. Puedo esperar años, si se trata de eso.»

Y así, como nunca había nada de lo que tuviera que arrepentirse, echó la culpa de su esterilidad a su esposo, por ser tan viejo y juró que le encajaría un hijo bastardo en cuanto se le presentara la oportunidad.

—Entonces vamos a ver quién es el estúpido —gritó y se felicitó llena de orgullo.

La mayoría de los ciudadanos que conformaban la población de la ciudadela se dio cuenta de las marcas moradas que Wenhaver ocultaba bajo el maquillaje y se sonreían a hurtadillas. Dentro de la fortaleza a Wenhaver se la despreciaba y se la temía, por eso cualquier contrariedad que le afectará la gente lo tomaba como su merecido.

—Esta vez sí que debe habérselo buscado bien —dijo Gruffydd a sus compañeros, mientras compartía la cena y unas sidras con la guardia de Artor, después de terminar su servicio—. Esa guarra es una auténtica cruz. ¡No deja pasar ni una!

—Galván tampoco deja que la chica pase de largo —añadió un bromista, que hizo estallar a los demás en una procaz carcajada.

Gruffydd palideció y se puso de pie, tirando sin querer el vaso sobre el rústico mantel.

—Sois bobos haciendo bromas sobre infidelidad y sobre la reina de la misma tacada. Si Lord Artor considerara que la reina no es honrada, se vería forzado a ejecutarla. Se fragmentaría todo nuestro mundo y los sajones vendrían corriendo a aporrear la puerta. Ni Leodegran ni Lot admitirían que se ejecute a sus hijos por adulterio o traición, y ése sería el resultado, si Artor creyera que Galván se acuesta con la reina.

—Sí, tienes razón en lo que dices, Gruff —contestó el chistoso, ahora con gesto sombrío—. ¿Por qué no habrá matado a la reina nuestro asesino antes de irse de Cadbury? Estaríamos mucho mejor.

El inmenso Odin negó con la cabeza.

—Ni la bestia se ha ido de Cadbury, ni la reina va a cambiar sus despreciables costumbres —dijo Odin en voz baja a Percival y Gareth cuando estuvieron a solas—. El reinado de Artor se está deshaciendo ya, a medida que la suerte le rehúye y se le escapa como el agua. Pero yo seguiré siendo el hombre de Artor y cuando llegue el día moriré por él.

—Como todos nosotros —susurró Percival.

Y Gareth repitió como si fuera el eco:

—Como todos nosotros.

CAPÍTULO XIX

FINALES Y COMIENZOS

EN ESE MOMENTO Enid no tenía la cabeza para muertes o infidelidades. Había estallado la primavera con todos sus retoños, los campos reverdecían y el niño que llevaba en su seno empezaba a despertar. Como todos los de la fortaleza, consultaba a Lord Myrddion cuando se encontraba mal, y fue a verlo porque por las mañanas no podía probar bocado. Cada día estaba más pálida y más decaída.

—Me alegro por ti, Lady Enid —Myrddion felicitó a la joven cuando ésta le describió los síntomas, entre tímida y avergonzada—. Tu marido será rey algún día y tu hijo seguirá sus pasos, si la Fortuna te concede un varón.

Enid se pasó la mano por el vientre, levemente hinchado, y Niniana, que molía un preparado de hierbas para curarle las náuseas matutinas, sintió una punzada visceral de envidia en el estómago. Cuánto ansiaba quedarse embarazada de un hombre como Myrddion.

—Espero que mi señor Galván comparta mi alegría. A veces se distrae, pero es realmente un buen marido. Y el rey Lot estará encantado con la noticia, porque desde que nos casamos está deseando tener un nieto.

Enid estaba particularmente guapa. Tenía largas trenzas, atadas con un lazo amarillo, que daba un intenso brillo a su palidez. Por la cara le caían pequeños bucles y rizos que se le habían soltado de las trenzas. Era esbelta y de bonitos huesos, y su rostro reflejaba lo satisfecha y plena que se sentía.

—Ya ves, Lady Enid, es muy posible que mi extraordinaria aprendiz me ponga de patitas en la calle cualquier día, como si fuera un trasto viejo —dijo Myrddion—. Te ha preparado esta mezcla de hierbas para que la bebas en agua muy caliente por las mañanas y siempre que notes que te vuelven las náuseas. Debes comer bien para que esas mejillas tan bellas recuperen un poco de color.

Niniana sintió otra punzada de envidia al ver cómo se comportaba Myrddion con Enid. A ella nunca la trataba como si fuera una delicada porcelana, ni le acariciaba la mejilla de esa manera tan dulce y tan suya.

Pero como Niniana era una joven honrada y como era imposible que Enid no cayera bien, con esos modos tan suaves y un carácter tan complaciente, sonrió a la futura madre, la felicitó y le puso sus hierbas en una bolsita de tela.

—No tengas miedo de nada, Lady Enid —dijo Niniana para dar confianza a la paciente—. Estas hierbas no harán daño al niño y pronto estarás en forma. Cuando llegue el momento yo seré la comadrona, porque mi señor me ha formado muy bien, y te anticipo que vas a darle un niño precioso a tu marido.

—Estoy en deuda contigo, Lady Niniana, y te agradezco lo amable que has sido —Enid sonrió agradecida—. Estoy contenta de no haber creído nunca ninguna de esas cosas horribles que la reina siempre dice de ti. Antes de venir a Cadbury, mi madre ya me advirtió que tuviera cuidado con los cotilleos y he visto que tenía razón —suspiró—. No me gusta la reina Wenhaver. He intentado complacerla una y otra vez, pero parece que nada de lo que digo o de lo que hago sirve para que me trate mejor.

Niniana apretó las pequeñas manos de Enid, para manifestarle su pesar.

—Sospecho que la reina está desilusionada por no poder tener hijos. Si te dice algo hiriente, probablemente sea mejor que la compadezcas. Yo he visto que eso me ayuda a no perder los nervios con ella.

Enid sonrió para agradecer las palabras de Niniana y de repente notó que aquellas facciones algo ordinarias escondían una dulce y primitiva belleza. De manera espontánea abrazó a la aprendiz, que se quedó estupefacta.

—Aquí la gente te llama Doncella del Viento y del Agua, pero yo no te encuentro tan rara ni tan terrible.

Myrddion sonrió indulgente a las dos jóvenes, aunque sabía que Niniana no se sentía muy cómoda ante los halagos de Enid.

—Me alegra que estés a gusto conmigo, porque creo que no soy nada terrible —contestó Niniana—. Lamentablemente, soy una persona normal, y si es por eso, bárbara. Soy Niniana, simplemente, y la valía que pueda tener deriva de la posición de mi señor, Myrddion.

Enid apretó la mano de Niniana, en señal de que apreciaba sus palabras, se inclinó ante Myrddion y salió, dando un tropezón en la puerta.

Myrddion se echó a reír.

—¿Dices que eres simplemente Niniana? Supongo que estarás mintiendo, porque eres todo menos simple.

—Bobadas —cortó Niniana—. Me voy a ocupar de Enid todo el tiempo, y voy a procurar no defraudarla, me cueste lo que me cueste —Niniana sonrió a Myrddion y parecía que el sol brillaba con más fuerza—. Y sería capaz de matar a esa perra de Wenhaver, si no tuviera una cola tan larga de voluntarios delante —Niniana siguió hablando con la cara roja de indignación y humor sarcástico—. ¿Cómo puede ser tan cruel con una criatura tan dulce como Enid?

Myrddion se guardó sus comentarios.

Galván recibió la noticia de que su mujer estaba embarazada con un exceso de orgullo y fanfarronería, que suele ser habitual en los jóvenes que creen haber engendrado al hijo perfecto. Celebró su buena nueva comprándole a su mujer una

pulsera de oro, muy sencilla, antes de irse a emborrachar por todo lo alto con los soldados de su compañía.

En su femenino refugio, Wenhaver palideció de envidia al enterarse de la feliz noticia. Sola, en su cama de olor a rosas, rezaba para que la palidecida esposa muriera de un parto difícil, y que el cabeza de huevo de su amante se ahogara en su propio vómito.

Mientras la primavera se disolvía lentamente en el verano, Galván se convirtió en un esposo ideal, volcándose en su adorada Enid, que irradiaba alegría por todo Cadbury. Galván estaba tan atento que tenía el corazón de Enid arrebatado. Por primera vez en su vida, frívola y voluble, Galván se vio obligado a pensar en las cargas, las responsabilidades y las alegrías que depara la vida adulta. En su fuero interno reconocía que estaba disfrutando de la experiencia, sobre todo de la adoración que le tenía su esposa; para ella era siempre su héroe. Las hierbas de Niniana consiguieron aplacar las náuseas matutinas y a medida que iba creciendo el bebé dentro de ella, Enid iba poniéndose más guapa. Y se hizo menos confiada, porque ahora sabía muy bien quién era la reina. Aquella breve conversación había sacado a la luz la tigresa que la plácida Enid llevaba dentro.

Wenhaver estaba abanicándose en una pérgola construida para la reina y sus damas de compañía. Artor había insistido en que se instalara también una fuente, algo exótico para Wenhaver, aunque la reina empezó a apreciarla realmente cuando llegó el calor y los días fueron más húmedos. El agua salía de la boca de un delfín de bronce y de ahí caía a un pilón, del que rebosaba para alimentar un estanque superficial, con pequeños guijarros, en el que los peces se movían como flechas de plata entre nenúfares. Sobre el agua se posó una libélula, formando diminutos círculos en la superficie.

—Qué calor —se quejó Wenhaver, sin dirigirse a nadie en particular—. Estos días hace un calor como en los meses aquellos en que vino la peste. Tienes que tener cuidado, Enid, porque Galván no tiene dos dedos de frente. Siempre está por ahí cazando o de juerga con gente vulgar, y Dios sabe qué enfermedad puede traerte a la vuelta. ¡Es un irresponsable!

Enid dejó a un lado el vestidito que estaba cosiendo y se puso la mano instintivamente sobre el vientre, que ya estaba bastante abultado.

—Galván hace lo que haría cualquier buen hombre, majestad. Es un marido estupendo y será un padre entregado y excelente. Y por lo que se refiere al contagio, mi señor nunca desearía hacerme daño; todos los días estamos expuestos a la enfermedad. Yo confío en el amor de Dios.

—Tu dios no va a salvarte, ni a ti ni a nadie, si es por eso —contestó Wenhaver. No le importaba nada que las otras damas se quedaran boquiabiertas ante su blasfemia—. Los hombres de Cadbury son personas de poco fiar; sólo les interesa la guerra, el placer y hacer el amor. Y Galván es como todos. No debes confiar demasiado en él, Enid, porque sé que ya ha dejado satisfecha a más de una, desde

Cadbury a Venta Belgarum y más allá, pasados los dominios del rey Lot. No ha nacido para ser fiel a una sola mujer, ni lo pretende.

Enid se sintió profundamente herida con los comentarios de Wenhaver, pero en vez de agachar dócilmente la cabeza, como solía hacer, al captar la mirada complacida de la reina, se puso de repente de muy mal humor.

—Mi madre siempre me dijo que los hombres se vuelven locos en brazos de mujeres sin escrúpulos —respondió Enid lo más recatada que supo—. Los manipulan fácilmente, sobre todo esas criaturas despreciables que no se contentan con abrazar a su marido. Esas zorras siempre buscan robarle el marido a otras y apartarlo de ellas para alimentar su propia vanidad, o al menos eso es lo que me han contado quienes saben de esto.

Wenhaver palideció y los ojos se le empequeñecieron y se le oscurecieron, mientras intentaba averiguar qué había detrás de los insultos de Enid. ¿Acaso la ratoncita sospechaba de su relación con Galván? ¿O simplemente la atacaba por los rumores y las indirectas que había oído?

—Eso que dices es muy duro, Enid —argumentó Wenhaver con falsa afabilidad, arrugando la boca amenazadoramente—. ¿Estás diciendo que tu marido no es más que un juguete en manos de mujeres sin principios?

—Puede que lo fuera, sí, en un momento dado —respondió Enid inocentemente —. Galván es un chico cariñoso y dulce, pese a ser mucho mayor que yo. Yo creo que, cuando están verdaderamente felices, todos los hombres son como niños, da igual la edad que tengan o lo poderosos que sean. Espero sinceramente que hayas experimentado esa dicha con el rey Artor.

Esta pulla, lanzada con tanta tranquilidad, se clavó profundamente en el tierno ego de Wenhaver. Tuvo que obligarse a sonreír, porque no podía admitir que su marido la eludía.

—Bueno, no digas luego que no te lo advertí —contestó como quitando importancia al asunto, aunque por dentro se juraba a sí misma que arrastraría a Galván a la cama en cuanto el estado de Enid le impidiera practicar sexo con comodidad.

Wenhaver se quedó con la duda de si Enid sabía algo y las damas de la corte pasaron unos días de esparcimiento hablando de lo desasosegada que estaba la reina. En la fortaleza no había mujer que no supiera la situación tan precaria que vivía la reina con su regio esposo.

Pero estas charlas fueron esporádicas, porque mientras se preparaba para el parto, Enid se pasó los días tranquilamente hablando con el hijo que iba a tener y así el verano se deslizó volando hacia el otoño.

Una mañana Niniana se levantó temprano, mucho antes de amanecer, porque necesitaba reponer sus provisiones de lavanda, romero, ruibarbo y raíz de mandrágora. La lavanda y el romero crecían en el invernadero de la fortaleza, y Niniana estaba casi segura de haber visto ruibarbo allí también. Pero la mandrágora

sólo se conseguía en la espesura del Bosque Salvaje, en caso de encontrarla. Y ya que tenía que adentrarse en ese lugar tan oscuro y sombrío, Niniana decidió recoger también líquenes, setas y musgos, esos hongos tan escasos y preciados por Myrddion, porque con ellos se podían preparar medicamentos que curaban las heridas más difíciles.

Aunque hacía tiempo que en la comunidad habían dejado atrás las muertes y la violencia sangrienta y Niniana llevaba muchos meses sin pensar en su diabólico vigilante, la joven no se olvidaba de lo que le habían advertido Odin, Gareth, Percival y Myrddion. La espada de la legión romana, junto con un cuchillito aún más pequeño, cabían perfectamente en su cesta, larga y estrecha, cubiertos con una pequeña palita de mano. Por una vez, como el día amenazaba con un calor impropio de la época, Niniana se dejó la daga, y salió al alba con un sombrero de paja y ala ancha bien ajustado sobre el trenzado y largo cabello.

Iba dejando con los pies un ligero rastro por la escarcha que cubría las piedras y la hierba recién nacida. En el herbolario cortó una buena cantidad de lavanda, romero y ruibarbo, que cubría completamente el cuchillo de Targo. Saludando a soldados y visitantes, Niniana bajó serpenteando por el camino hasta la base de la colina, sin fijarse demasiado en el diseño tan magnífico de las fortificaciones por las que pasaba.

Pero estaba acostumbrada a las inventivas de su señor, ya fueran medicinales, alquimistas o mecánicas.

Deambuló un poco por el mercado de Cadbury, compró una cinta escarlata, miró un paño de lana fina teñida de un color mar, azul oscuro. Pero como apenas le quedaba dinero en el monedero, no tuvo ya más ganas de seguir echando un vistazo a cosas que no podía comprar.

Cuando pasaba por las calles bulliciosas, la gente sonreía, siguiéndola con la mirada. La doncella del Viento y del Agua era una criatura singular, como todos sabían, pero era además una muchacha atractiva, siempre dispuesta a hablar con la gente y a saludar a sus convecinos. Siempre se prestaba a ver a un niño enfermo o a un abuelo anciano y muchas veces mandaba hierbas o emplastos para aliviar los males de sus pacientes. A Niniana le sorprendería saber que era mucho más respetada que la noble Wenhaver, la reina del rey Artor.

A Niniana le encantaba esto de vagabundear para recoger hierbas. Esta pasión de caminar al amanecer la tenía desde pequeña, cuando se levantaba de noche y jugaba al escondite con su sombra bajo la matizada luz de los árboles. Gallwyn, siempre preocupada por los peligros que acechaban en estos lugares agrestes, regañaba a Niniana cuando la pillaba fuera de las puertas de Venonae. Y Niniana, llorosa, obedecía a Gallwyn por el miedo que había hecho pasar a su madrastra. Pero, aunque Gallwyn intentó quitarle a Niniana esta tendencia a vagar por el campo, fue en vano, porque a la chiquilla le encantaban los árboles las sombras, y el agua pura de los bosques frondosos.

Ahora mientras deambulaba por los lindes de la ciudad y empezaban los

empedrados senderos que cruzaban los campos, Niniana empezó a silbar de una manera muy poco femenina. Sonreía, acordándose de las veces que Gallwyn se tapaba los oídos cuando la pillaba intentando gorgojear como los pájaros o inventándose canciones. Como ahora no había nadie para reprenderla, Niniana se ató el bajo de la falda a la cintura, dejando al aire sus esbeltas piernas de rodilla para abajo, y siguió su camino balanceando la cesta en la que llevaba sus preciados manojos, pletórica de vida.

Los campos, ahora en barbecho, desembocaban gradualmente en el bosque. El sol asomaba por el cielo lanzando largos haces de luz verdosa que se proyectaban en el suelo. Niniana rodeó un tronco podrido y allí encontró una espléndida siembra de líquenes que crecían en tupidas franjas naranjas, como si fuera una flor extraña. Cortó con habilidad el esponjoso matojo y desprendió un poco de musgo común de las partes más húmedas del tronco.

La mañana se le pasó muy rápido, buscando líquenes y la esquiva planta de la mandrágora. Cruzó de un árbol a otro entre las sombras, recogiendo especímenes de raíces que podían resultar útiles y añadiendo más provisiones a la cesta. Y más tarde, justo cuando el sol empezaba a levantar por el horizonte, los avisados ojos de Niniana descubrieron el follaje que buscaba, las familiares hojas de la planta de la mandrágora, que crecía entre especímenes más pequeños.

Se arrodilló y en un santiamén se puso a cavar para extraer esa raíz tan especial, que se llamaba así por ser similar a una tosca figurilla humana. Niniana tarareaba y canturreaba en voz baja, feliz de pensar lo contento que se iba a poner Myrddion cuando viera el botín.

Como la joven no sentía ni pizca de miedo, no notó en absoluto el lento crujir de unas pisadas detrás de ella.

Entonces, cuando estaba colocando la raíz de la mandrágora en la cesta y guardando la pala, vio moverse la sombra de quien la acechaba. De un golpe, le cubrieron la cabeza con una capucha y se la ataron con fuerza por el cuello, todo en un segundo y con destreza.

Le invadió un terror ciego por la confusión y el dolor, pero justo cuando le pasaron el cordón de la capucha por el cuello consiguió meter dos dedos bajo la cuerda, lo cual le permitía un mínimo resquicio para respirar, siquiera entre angustiosos sollozos.

—¡Zorra! Ya verás lo que gritas antes de morir. Vas a suplicar que te mate… Aullarás de dolor —le susurró al oído una voz masculina, con tanta calma, tanta insidia y haciéndole llegar un aliento tan caliente, que la muchacha se estremeció del pánico.

El hombre se rió burlonamente.

Por instinto y recordando lo que le había enseñado Odin, Niniana sabía que tenía que mantener esos dos dedos amoratados debajo del cordón y no soltar la cesta, porque su vida dependía del aplomo que lograra mantener.

—¡Morituri! —profirió la voz regodeándose—. ¡Que empiecen los juegos!

Las manos que la bambolearon eran muy fuertes y Niniana se tambaleó para atrás, sobre piedras y ramas caídas como si fueran los desechos de una crecida del río. Oyó que se le caía la pala y el cuchillo de podar y sabía que se le estaban saliendo de la cesta todos los especímenes que tan cuidadosamente había recogido. La obligaron a seguir andando hasta un lugar en donde el hombre pretendía violarla primero y quitarle la vida después.

Y no tenía mano libre para coger la daga de Targo.

»¿Y si se me cae de la cesta? —pensó Niniana desesperada—. ¡Como no consiga cogerla, estoy muerta! Pero no te pongas histérica. No pelees todavía. Piensa», se dijo para sus adentros.

En un abrir y cerrar de ojos se dio cuenta de que tenía una oportunidad, casi imposible, pero mejor que nada.

Cogió una larga bocanada de aire dentro de la capucha y sacó los dedos de debajo del cordón. Al instante empezó a ahogarse, a morirse, pero sabía que ese animal no tenía intención ninguna de dejarla morir antes de conseguir su ración de sexo.

»No pierdas tiempo en pensar, Niniana —casi podía oír el espíritu de Targo susurrándoselo al oído, mientras con brusca agilidad metía la mano libre en la cesta, retirando unas ramas de romero que se habían enganchado en los mimbres—. ¡Hazlo!»

Los dedos encontraron la fría daga de Targo. Desesperada, recorrió la hoja con las manos hasta que dio con la empuñadura, aunque se hizo varios cortes severos.

—¡Muere! —clamó con su último aliento, pese a que se le iba nublando la vista por la falta de oxígeno. Y empezó a soltar puñaladas con la daga, arriba y abajo, desde la cintura.

Se oyó un grito demasiado humano, que se ahogó pronto, y las manos de hierro que le sujetaban la cabeza soltaron el cordón de la capucha, lo cual permitió a Niniana coger hondas bocanadas de un aire muy espeso. La tela de la capucha apestaba y por un instante Niniana pensó qué otra mujer aterrorizada habría olido esa misma hediondez. Se puso en cuclillas y se arrodilló, con la cabeza todavía tapada con la capucha y siguió dando golpes hacia delante con el cuchillo de Targo.

La antigua daga había bebido sangre durante más de cien años. La habían utilizado ya antes de que Niniana o Targo nacieran, porque las legiones nunca desechaban las buenas armas. Y ahora seguía bebiendo lo mismo, ansiosa, como si su deseo y su codicia fueran tan fuertes como el hombre del que se saciaba.

El hombre volvió a gritar, alto y estridente como una mujer, y la joven oyó que algo metálico caía al suelo con un ruido sordo. Entonces la empujaron violentamente hasta hacerla caer al suelo, pero no perdió su daga.

Oyó unos pasos que se alejaban apresuradamente, dando tumbos por entre las hojas caídas y el crujir de las ramas. Mantuvo la daga levantada hasta que se hizo el silencio, tan terrorífico y estremecedor como los momentos previos que había vivido.

El silencio del Bosque Salvaje sólo se veía perturbado por una respiración áspera, que Niniana pronto descubrió con ingenuidad infantil que procedía de sus propios jadeos.

Sin prestar mucha atención a un dolor que tenía en el codo, Niniana levantó el brazo izquierdo para rasgar la negra capucha de lana y se la quitó.

En el bosque oscurecía poco a poco. Estaba completamente sola.

Con respiración cansada y las manos ensangrentadas, Niniana se detuvo a ver qué le dolía. Tenía las rodillas y los talones con arañazos, casi en carne viva, notaba punzadas en la mano derecha por los cortes que se había hecho y tenía el cuello tan amoratado que apenas podía emitir leves gruñidos. Además se había dado un buen golpe en el codo izquierdo contra la raíz de un árbol y como había oído un pequeño ruidito, sabía que se lo había roto.

Se encontraba muy rara, como si estuviera soñando. Recogió la capucha y la daga y se paró a escuchar y a mirar. Descubrió rastros de sangre entre los helechos, pero no sabía de quién era esa sangre, si suya o de su atacante. El mensaje estaba más claro en el lugar donde se había caído. Las salpicaduras de sangre indicaban que la daga de Targo había mordido bien. Mientras volvía sobre sus pasos, fue recogiendo cada trozo de liquen y de musgo, cada hierba, su pala y su cuchillo de podar, tarea que le llevó un buen rato, porque la raíz de la mandrágora no fue fácil de encontrar. Ante cualquier susurro que salía por entre los arbustos, Niniana se estremecía, porque el sol empezaba a decaer y apenas había luz. Como buena conocedora de las enfermedades, Niniana se dio cuenta de que estaba en estado de shock, ese extraño lapso posterior a una batalla que puede matar igual de rápido que una cuchillada. Pero esta vez, se sintió reconfortada de tener esa calma singular que la obligaba a pensar con claridad y detenidamente.

De repente, no pudo dar un solo paso más y se hundió en el suelo.

El shock está empezando a pasar, pensó sin excesiva lógica, pero las heridas le ardían y le dolían tanto que no podía moverse sin gritar. Tenía el brazo izquierdo, con el que se había quitado la capucha, completamente inmóvil, y por la inflamación y ese dolor sordo y constante que tenía, seguro que por lo menos se había roto un hueso.

«Tengo que irme —se reprendió a si misma—. Levántate, Niniana, que tu señor estará preocupado. Y además puede que vuelva la bestia. Levántate, no seas estúpida, que no puedes morirte aquí.»

Intentó levantarse con dificultad, agarró la cesta con manos doloridas y empezó a andar penosamente por el bosque. El agotamiento la envolvía como una mortaja. Varias veces se tuvo que apoyar en los troncos de los árboles, dejando en ellos huellas de su propia sangre. Pero por fin, consiguió dejar el verde acuario del Bosque Salvaje a su espalda y llegar a los campos que se extendían hasta las fortificaciones de Cadbury Tor.

—Primero un pie y luego otro, chiquilla —le ordenaba Targo con voz amigable.

Niniana podría jurar que lo veía de pie, a su derecha, con cara seria.

—Hago todo lo que puedo, Targo —contestaba irritada.

—Pero no es suficiente, hija. Se va a hacer pronto de noche y te estará esperando. Derechita a donde están las luces.

Niniana volvió la cabeza, que le retumbaba de dolor, hacia la izquierda y se le apareció Gallwyn.

—Estáis los dos muertos, ¿verdad? ¿Estoy muerta yo también? —preguntó quejumbrosa a las sombras.

—No exactamente, muchacha, pero estás cerca —Targo sonrió—. La has cogido, chiquilla —siguió el viejo soldado muy orgulloso—. Nunca pensé que esa vieja daga mía volviera a ser útil.

Niniana se fijó en que Targo ya no necesitaba bastones.

—Yo también estoy orgullosa de ti, preciosa, tanto que voy a estallar —susurró Gallwyn por el otro lado—. Mira lo que has conseguido. Fíjate a dónde has llegado.

—La chica tiene un gran corazón, ¿verdad? —añadió Targo—. Y tiene antepasados guerreros, por mucho que los llamemos bárbaros —la sombra volvió a sonreír—. Sigue caminando, pequeña. Lo estás haciendo muy bien.

—Mira que eres mandón, Targo, hasta cuando te me apareces en sueños —dijo Niniana jadeando.

En ese momento, como con la media luz apenas se veía, tropezó con un terrón que había en el empedrado sendero. Niniana se cayó sobre el brazo herido y, por un instante, se quedó ciega. Cuando recuperó el aliento, empezó a gritar con todas sus fuerzas del dolor que tenía.

—Creo que me voy a quedar aquí —decidió, imaginándose que el barro era una cama mullida y suave.

—¡Levántate, Niniana! ¡Ahora mismo! —ordenó Gallwyn con ese tono que usaba cuando se enfadaba realmente con las chicas de la cocina.

—¡Vergüenza me das, pequeña! —dijo Targo con aspereza—. A todos nos duele algo de vez en cuando. Piensa en Myrddion. ¿Quién lo va a cuidar si te mueres ahí en la cuneta?

—¿Por qué estáis tan enfadados los dos conmigo? —preguntó Niniana compungida, al tiempo que se ayudaba del brazo sano para ponerse de pie.

—Porque te queremos, pequeña —contestó Targo, con el reflejo de la luna en sus ojos.

—Y queremos que vivas —dijo Gallwyn para completar la frase del viejo soldado —. Estamos pendientes de ti, ya sabes. Y tengo verdadera predilección por este mequetrefe que tanto me ayuda a cuidar de ti.

—¿Mequetrefe? Yo he formado a un rey, mientras que tú simplemente le dabas de comer —farfulló Targo, fingiendo estar irritadísimo—. Sigue andando, muchacha, lo estás haciendo muy bien, mi pequeña.

—Y yo eduqué a Niniana —replicó Gallwyn.

—Allí hay una luz, Niniana. Intenta llegar ——ordenó Targo y Niniana

respondió, mientras las dos sombras seguían discutiendo, peleando y animándola a seguir. Con enorme esfuerzo fue poniendo un pie primero y otro después, con la cesta bien cogida del brazo.

Por la rendija de la ventana de una cabaña en forma de colmena se veía la luz de una lámpara. Niniana se acercó, se apoyó en la puerta e intentó llamar.

—Adiós, chiquitina —susurró Gallwyn en voz muy baja.

—Hasta la próxima, muchacha —añadió Targo.

—Espero que no sea demasiado pronto —dijo Niniana con una risita, sabiendo que estaba al borde de la histeria.

El viento nocturno la envolvía, mientras intentaba recabar fuerzas para dar aldabonazos más fuertes.

—¿Sí? —contestó una voz de mujer aterrorizada, al otro lado de la puerta trancada con cerrojos.

—Déjeme pasar —dijo Niniana con un hilo de voz—. Me han atacado.

Al otro lado de la puerta no se oía nada.

—Soy Niniana, la Doncella del Viento y del Agua —añadió—. Soy la ayudante de Lord Myrddion Merlín. Te recompensará bien, si me dejas entrar y me atiendes —pese a que intentaba mantenerse fuerte, la voz le delataba un poco.

Abrieron una rendija mínima. Niniana perdió el equilibrio y empezó a desfallecer poco a poco… Cada vez más profundamente… Hasta llegar a un lugar en que no estaban aquellas sombras que tanto la consolaban, un lugar oscuro donde acechaban las pesadillas.

—Corre a la fortaleza, hijo —al caer Niniana oyó que alguien, una mujer con voz bronca, pronunciaba estas palabras—. Vete corriendo a hablar con el señor Merlín. Él sabrá lo que hay que hacer, porque es verdad que es la Doncella del Viento y del Agua. Corre, hijo, esta noche estamos de suerte.

«Al menos alguien se alegra», pensó Niniana en medio de su turbación, mientras seguía cayendo a esa suave e infinita oscuridad donde ya no hay ni sueños ni pesadillas; donde solo reina el silencio abismal.

DESPUÉS DE UN rato, le vinieron a la cabeza pensamientos fragmentados y confusos; caras exageradamente grandes; voces incorpóreas, alguien que le besaba la mano una y otra vez; lágrimas y risas.

Y una voz que le decía al oído: «Te voy a coger, zorra».

Niniana fue despertando poco a poco. En medio de la oscuridad estigia de la habitación, un rayo de luz se le había posado en el ojo. Y allí, reclinada en una silla, una figura vestida de negro roncaba suavemente.

Por la cara, que no ocultaba su preocupación, le caía una melena blanca. Sobre sus rodillas, una espada.

—Señor —dijo con voz ronca.

Myrddion volvió a la vida automáticamente. La espada cayó al suelo con ruido metálico y el anciano fijó los ojos, sombríos y angustiados, sobre la cara de la joven. No importaba la oscuridad, estar medio ciega o medio muerta; Niniana siempre reconocería a su protector.

Myrddion, su señor, estaba vigilándola.

Pese a que la cabeza le iba a estallar de dolor y a que tenía el brazo entablillado e inmovilizado, abrió los brazos lo más que pudo y Myrddion se acercó para sumirse en aquel abrazo.

De rodillas, junto a la cama, con el rostro en la almohada casi pegado al de Niniana, y unido a su pecho sin poder escapar del abrazo, Myrddion no podía, ni quería moverse.

—Eres de verdad. Y estoy viva. Señor, he intentado con todas mis fuerzas regresar a la fortaleza y a ti.

—Estoy aquí desde que te encontraron, Niniana —dijo Myrddion para consolarla —. No me he movido de tu lado.

—Entonces, debo haber tenido una pesadilla.

La joven seguía aferrada al cuello de Myrddion.

—Suelta un poquito, mujer. Si quieres estrangularme, al menos ten un poco de cuidado con mi espalda, que está ya vieja.

Niniana lo soltó y se echó hacia un lado del camastro. Myrddion se tumbó a su lado con las piernas estiradas. La muchacha volvió a agarrarlo y a acunarle la cabeza con su brazo sano y así, en completa armonía, maestro y aprendiz se durmieron.

Por la mañana temprano Artor los encontró juntos. Myrddion estaba tumbado con la cara sobre el pecho de Niniana. Tenían los cabellos engarzados, como si hombre y mujer estuvieran entretejidos, formando la misma urdimbre. Niniana sonreía entre sueños, algo que contrastaba vivamente con los moratones que tenía en el cuello, y Artor sintió una punzada de envidia en su corazón, porque a él nadie lo había querido así, como Niniana amaba a Myrddion. Sin embargo, recordando los años que el anciano había estado al servicio de la corona desinteresadamente y la inalterable dedicación con que se había hecho cargo de sus tareas, Artor se quitó de la cabeza ese sentimiento tan rastrero y se alegró de la suerte que había tenido su más fiel servidor.

—¿Myrddion? —susurró. Y al momento los ojos de Myrddion y Niniana se abrieron de par en par. Unos color caoba, otros de azul intenso.

Myrddion se soltó del abrazo de la muchacha.

—¿Me necesitas, señor?

La habitual palidez de Myrddion desapareció ante el rubor que le provocaba verse sorprendido por el rey en brazos de Niniana. Mientras intentaba ponerse de pie, descalzo, le iba invadiendo todo el sentimiento de culpa que le provocaba la diferencia de edad.

Artor dio la mano a su amigo para ayudarlo a levantarse.

—Estás poniéndote colorado, amigo. ¿Por qué?

—No debería estar aquí, señor. No debería comprometerla a que se empareje conmigo, que eso es lo que he hecho con mi estúpido comportamiento. La tontería no se cura con los años.

Artor sonrió irónicamente.

—A lo mejor al final te estás volviendo inteligente, querido y viejo amigo. Ahora Niniana puede ser tu salvación.

Artor miró a Niniana, que intentaba sentarse como podía. Tenía las manos vendadas, por los cortes que se había hecho con la daga de Targo. El propio Myrddion le había cosido las heridas para evitar que las manos se le quedaran inútiles. También le había recolocado el codo, forzándole el hueso roto y otros que tenía dislocados para encajarlos en su sitio, y luego le había vendado el brazo entero sobre un cabestrillo de madera, muy bien hecho. La herida que parecía más grave era un corte superficial en la nuca, porque toda la zona de alrededor estaba muy hinchada. Myrddion temía que se hubiera roto el cráneo, y como los dos amigos sabían, las pobres criaturas que sobrevivían a esas heridas solían terminar idiotizadas o con el carácter y el comportamiento completamente trastocado.

Pero a Artor lo miraban esos ojos azules de siempre, con el mismo ceño enarcado de siempre, era la Niniana de siempre, la que estaba viendo Artor. Desde luego, su cerebro no había sufrido daño alguno.

—Tenemos que descubrir quién te ha atacado, pequeña. Y por qué. Siento estas prisas, pero el reguero de sangre nos condujo en dirección a la fortaleza de Cadbury. Y no me puedo permitir que la gente crea que escondo a un asesino salvaje dentro de mis murallas.

—Lo entiendo, señor —respondió Niniana muy seria—. Ahora que tengo la cabeza clara, puedo acordarme de casi todo lo que pasó.

—¿Te duele, Niniana? —preguntó Myrddion—. Podemos investigar este tema más tarde, si no te encuentras bien.

Myrddion le agarró la mano sana, con cuidado para no hacerle daño en los puntos que le había dado en la palma.

—¿Viste los líquenes y los musgos que recogí, señor? —preguntó Niniana—. Encontré unos ejemplares excelentes y pude recogerlos después, cuando se fue el monstruo.

—Sí, ya los vi. Y no les pasó nada en la ordalía, no como a ti. Cuando te pongas buena, examinaremos sus propiedades medicinales juntos.

Artor empezaba a impacientarse.

—Tengo que saber los detalles de lo que te ocurrió, Niniana, y necesito saberlos ya. No podemos perder un minuto, con un animal, culpable de violación, por ahí suelto. Hay que encontrarlo antes de que encuentre otra víctima. Puede que la próxima vez no haya tanta suerte.

—¡Ah! —dijo Niniana con los ojos iluminados al recordar algo—. Está seguro en la fortaleza. Recuerdo que entró en esta habitación amenazándome, pero en su

momento pensé que estaba teniendo una pesadilla.

—¿Qué quieres decir, Niniana? —inquirió Myrddion. Recorrió la habitación con la mirada, asustado, como si algún asesino loco, que estuviera escondido detrás de un arcón, fuera a salir de repente.

—Cuéntame —ordenó Artor.

—Estaba semiinconsciente, pero recuerdo que alguien me susurró algo al oído —dijo Niniana en voz baja y se estremeció al recordarlo—. ¿Cómo no me voy a acordar de lo que me dijo? Me llamó zorra y me prometió que volvería a terminar lo que había empezado. Pero ¿qué he hecho yo para que alguien me odie tanto? —y se le escapó una lágrima, que cayó serpenteando por la mejilla.

—La estamos molestando, señor —advirtió Myrddion al rey, contrariado, pero Niniana le puso la mano en el brazo.

—Tengo que contarle al rey todo lo que recuerde, Myrddion. Tengo que hacerlo o no conseguiré olvidarlo nunca. Y desde luego no le voy a dar a ese cobarde la satisfacción de estar toda la vida aterrorizada. Déjame hablar, por favor.

—¿Por qué lo llamas cobarde? —preguntó Artor.

—Me atacó por detrás y, como sabía que lo iba a reconocer, me tapó la cabeza con esa capucha criminal. Sólo los cobardes o alguien conocido querría esconderse de su víctima.

Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—Se mueve silenciosamente y conoce muy bien el bosque. Yo no tenía ni idea de que estaba allí, hasta que me puso la capucha —volvió a mirar fijamente a Myrddion —. Estaba enfrascada intentando sacar la raíz de la mandrágora. ¿La viste, señor? Me tomé el trabajo de volverla a poner en la cesta.

—La tengo, pequeña. Ahora sigue contándole la historia a Artor.

Niniana lo hizo y cumplió su tarea sin especiales signos de angustia; sólo demostró su satisfacción cuando contó cómo arremetió dos veces contra el monstruo, una con la punta de la daga de Targo y otra con una cuchillada al aire. Se entristeció más contando lo que le costó salir del bosque y llegar por fin a la santa casa de la tejedora. Pero Artor y Myrddion enseguida se dieron cuenta de que se estaba guardando algo.

—¿Podemos recompensar a la tejedora? Estaba sola, con los niños, y debió asustarse mucho, pero aun así abrió la puerta a una desconocida y mandó a su hijo a pedir ayuda.

—Ya le hemos pagado y muy bien, por todo lo que hizo —contestó Artor con tono grave. Myrddion había sido tajante cuando habló con el rey. Sin atenciones y expuesta al frío de la noche, Niniana habría muerto en el camino casi seguro, de un shock, si no fuera por todo lo que insistió aquel muchacho en hablar con Myrddion.

—Si yo tuviera dinero para pagarlo, me gustaría pedirle al marido que me hiciera un paño de lana azul mar, para agradecerles todo lo que me ayudaron —susurró Niniana entre sollozos, pensando en la tela tan preciosa que había visto en el mercado

ese mismo día tan terrible.

—Yo pagaré el trabajo, Niniana. No le des más vueltas a eso —contestó Myrddion—. Y ahora, ¿qué recuerdas de tu atacante?

—Era muy fuerte. Yo soy alta para ser mujer, pero él me zarandeaba como si fuera un gusarapo.

Se paró a pensar un instante y Myrddion sabía por la expresión que veía en su rostro que estaba reviviendo la experiencia. Sintió que la rabia le invadía por dentro, algo tan ajeno a su naturaleza que se quedó desconcertado de la reacción.

—Era poco más alto que yo, pero de complexión gruesa. Antes de caerme le notaba el pecho y el estómago pegado a la espalda. Y tenía las mejillas suaves —Niniana mascullaba por lo bajo, mientras se miraba el cabestrillo y las vendas del brazo—. Conseguí bloquear el cordón de la capucha que me estaba quitando el paso del aire, y le rocé la mejilla con la mano. Tenía la cara afeitada.

Los dos hombres se miraron. La mayoría de los celtas llevaban barba como signo de masculinidad. Sólo los hombres de ascendencia romana, Galván, algunos sentimentales que emulaban al joven Artorex o excéntricos como Myrddion seguían afeitándose o depilándose la cara.

—¿Estás totalmente segura, Niniana? —preguntó Myrddion con serenidad.

—Sí, señor. Estoy segura. Incluso ahora puedo sentir la suavidad de su rostro. Al principio dudé si era un niño, pero era demasiado fuerte y pesaba muchísimo para ser un muchacho.

Myrddion le acarició la aterciopelada mejilla, mirándola de una forma que no se veía bien a media luz.

—Bueno, es hora de que duermas un poco, querida. Te voy a dar una de mis pócimas amargas para que descanses bien y cuando te despiertes te encuentres mucho mejor.

Niniana asintió como una niña obediente, pero de repente se le iluminaron los ojos y quiso añadir algo.

—Debí herirle en el costado porque cuando usé la daga, me iba arrastrando todo el rato. La herida no puede ser muy profunda. Puede que incluso le diera en el muslo izquierdo, porque yo no iba erguida del todo. Pero la otra debí hacérsela o en el antebrazo derecho o en el estómago. Yo estaba de rodillas, de frente, y así no pude darle en otro sitio.

—Bien hecho, Niniana —dijo Artor halagando su valor—. Habrías sido un guerrero excelente.

—Pero para eso tendría que tener pelo por todos lados y no tener la piel suave —la joven gorgojeó una risa—. Creo que prefiero ser mujer.

Ya fuera de la habitación y después de que Myrddion mandara a un criado a buscar una poción para dormir, los dos hombres planificaron cuál sería el siguiente movimiento.

—Todo lo que ha dicho Niniana señala directamente a un aristócrata celta… o a

Keu —dijo Myrddion con contundencia—. La descripción le encaja perfectamente, porque se sigue vistiendo y arreglando a la romana. Lo siento, señor.

—Sí, y es de la misma altura más o menos que Niniana —suspiró Artor—. Aunque todavía queda demostrar si es culpable o no, se me ocurre una manera de sentar la cuestión. Yo le había absuelto de cualquier relación con estos asesinatos porque la manera de cometerlos era muy distinta de la que usaban los Severinii. Pero tengo que reconocer con pesar que me equivoqué.

—Deberíamos interrogar a Keu y comprobar si tiene heridas.

Pese a que sus comentarios eran de lo más sensato, Myrddion tenía la mente cegada de ira, algo que no había sentido desde su accidentada juventud. Artor percibía lo encolerizado que estaba el anciano, como una furia incontrolada y ardiente, mientras la sospecha de que su hermanastro estaba implicado en los crímenes se iba convirtiendo en certeza. Targo tenía razón cuando de joven le advirtió que los hombres pacíficos y contenidos podían volverse locos, entrar en trance como los berserker, en el momento en que alcanzaban el límite de su autocontrol.

Artor reconocía que ahora Myrddion había llegado al límite y que podría representar un problema en las horas siguientes.

—Vamos a visitar a Keu ahora mismo —dijo el rey supremo, para aplacar la cólera de Myrddion—. Y llevaremos un par de hombres robustos para que lo sujeten y comprobar con nuestros propios ojos si tiene heridas.

Si Myrddion no hubiera estado tan enfadado, se preguntaría por qué hacía Artor esta propuesta y no actuaba con más discreción.

—Me parece muy bien, señor. Hay que hacerlo ahora mismo. Las heridas esas que describe Niniana serán una prueba fehaciente de su responsabilidad. Pero no llevemos guardia, señor, porque no debes arriesgarte a los rumores.

Artor lo sabía, pero quiso que fuera su amigo quien sugiriera mayor cautela en las investigaciones. Hasta en estos momentos tan críticos, Artor conseguía manipular a sus seres más queridos, gracias a su frialdad mental.

—Y al revés. Si no tiene heridas, se verá libre de culpa —dijo.

Intentando actuar con naturalidad, los dos hombres recorrieron los laberínticos pasillos que conducían a las dependencias de Keu. Los sirvientes y soldados inclinaban la cabeza a su paso, pero el rey supremo no atendía a los saludos. Gruffydd se acercó a su señor, pero viendo el gesto tan adusto que llevaba, decidió marcharse a otro sitio, donde quizá lo necesitaran más. Odin iba detrás de su señor expeditivo, reflejando en el rostro que el rey iba a resolver algo urgente, y los más listos se apartaban, haciendo comentarios entre ellos, sin que se les notara demasiado.

El rey supremo y su consejero encontraron a Keu en los jardines de la reina, contando anécdotas divertidas y con aspecto relajado y saludable.

Era tal el encanto del cortesano que la reina ronroneaba de placer, llegando a invitar a los dos intrusos a que se unieran al grupo. Keu levantó una ceja al ver a su hermano, porque sabía leer la sonrisa de Artor y la embustera mirada de Myrddion.

Sonrió con insolencia al rey supremo.

—¿Para qué traes a Odin, señor, para protegerte de las mujeres? —Keu estaba de broma, pero sus palabras iban con dardo. Un tanto sorprendida por la alusión del senescal, Wenhaver sonrió divertida, al notar que Artor se ponía tenso, por la palidez que mostraba su rostro, sobre todo alrededor de la boca y de la nariz.

—Odin va a todas partes con él, por si las mujeres lo atacamos con nuestras agujas y nuestros punzones —dijo.

—Mujer, dejadnos un momento, tú y tus bellas damas, para que pueda hablar abiertamente con mi hermano —ordenó sin molestarse en mirar directamente a Wenhaver. Tenía los ojos clavados en la cara tersa y simpática de su senescal.

—Tienes unos modos odiosos, como siempre —replicó Wenhaver—. Pues, si queréis, ahí os quedáis con vuestros juegos de niños, que las conversaciones masculinas me resultan demasiado aburridas. Vamos, señoras. El rey ha hablado y tenemos que obedecerle todas.

Cuando desapareció del jardín la última de las damas mostrando su indignación con un florido despliegue de vuelos, Keu descruzó las piernas con estudiada indiferencia y se apoyó contra el muro, bañado de sol.

—Veo que no le gustas mucho a tu adorada esposa, hermano —dijo Keu abriendo la conversación con un tono anodino.

—Quítate la túnica, Keu, y luego hablamos de mi esposa —contestó Artor con tono inflexible. Con el aire de superioridad que había adoptado, Keu se estaba convirtiendo de nuevo en aquel matón que Artorex en su juventud tanto temía y odiaba a la vez.

—¿Y para qué, Artor? ¿Qué sospechas recaen sobre mí para que una persona de mi linaje tenga que mostrar su culo en público?

—No estamos aquí para andamos con tonterías, Keu —dijo Myrddion, mostrando lo poco que le gustaba la situación—. Tu futuro depende de lo que decidas hacer.

Keu sonrió como un ave rapaz.

—¿Quieres realmente verme desnudo, hermanito? ¿Quieres saber realmente la verdad? Muy bien, te daré lo que buscas. ¿Qué más dan unos cuantos plebeyos más o menos? La última vez que la vi, la pequeña Niniana era una plebeya, sin más, pero ahora se le ha subido un poco, ¿no? ¿Cómo no iba a fijarme en ella cuando imagino la buena follada que tiene?

Artor estaba asqueado. Su hermanastro estaba mostrando su verdadero rostro, oculto tras la amable fachada que se había ido construyendo por miedo y por interés, desde la muerte de su madre. Verdaderamente, pensó Artor, la gente no cambia nunca, simplemente aprenden a esconder sus defectos de manera eficaz. Y se preguntaba desde cuándo era Keu un sádico asesino.

«¡Que Dios me asista! —pensó Artor—. Ahora tengo que herir a mi más viejo amigo.»

—Eres un impertinente, Keu, y ofendes —saltó Myrddion—. Y sigues sin quitarte

la túnica. Quizá confíes en no recibir castigo por ser familia del rey. Pero esta vez no vas a escapar.

—Myrddion, dile a Odin que se vaya —ordenó Artor bruscamente—. Han cambiado las tornas.

—¿Qué?

—Ya me has oído, Myrddion. Estoy a punto de cambiar las reglas del juego.

—No, señor. Lo siento, pero yo no me voy de aquí sin comprobar las sospechas que pesan sobre este hombre.

—Pues entonces lo haré yo —ordenó a Odin que se alejara para que no pudiera oír la conversación que iba a tener lugar—. Y ahora, Keu, muéstrame las heridas. Nadie, salvo Myrddion y yo las vamos a ver.

Keu se sonrió con aires de superioridad, mientras se quitaba una túnica hecha por los mejores sastres.

En el costado derecho del vientre tenía una herida de cuchillo, bien vendada. Era una herida baja, próxima a un profundo pliegue de la carne que tenía justo encima del hueso púbico.

—Una pena que no te castrara —dijo Myrddion irónico, con evidentes muestras de satisfacción.

Keu no abandonó su sonrisa.

—Y de la otra herida, ¿qué? —preguntó Artor.

Keu se bajó el taparrabos, mostrando una herida, cosida por manos inexpertas y también cubierta, que por poco no le había afectado a los tendones del muslo. El senescal no perdía la sonrisa, como si las heridas fueran prueba de su honor, pese al dolor que le habían causado. Pero parecía que no le hacía gracia que lo hubieran descubierto.

Es como si el carácter de Keu deseara reafirmarse una vez terminada la batalla, pensó Myrddion asqueado. El soldado que satisfacía a sus demonios en la batalla estaba a salvo en tiempos difíciles. Pero en tiempos de paz se convertía en un monstruo. Targo había descubierto la brutalidad que albergaba Keu. A él no lo había engañado nunca, como confirmaban sus continuas advertencias a lo largo de los años. Myrddion se preguntaba si los asesinatos no estarían dándole a Keu la oportunidad de escenificar la muerte de su hermanastro, porque todas sus víctimas eran rubias, como Artor. Quizá cuando se complacía en el asesinato estaba matando de nuevo a la madre que tanto le había amado, pero que le había dominado toda la vida.

Myrddion se sintió mal, con la natural aversión que cualquiera siente ante la locura, y sabía que nunca adivinarían las razones que habían movido a Keu. Estaba claro que Keu había sobrepasado mentalmente una línea y que ya no cabía vuelta atrás. Para mantener lo que le había prometido a Livinia, Artor tendría que buscar una solución flexible, pero castigando a su hermano, como juró que haría aquella sangrienta noche, cuando todos eran jóvenes. Mientras hubiera cuerpos que profanar, Keu no iba a dejar de matar. Su alma la devoraba una garrapata imposible de extirpar.

—Arréstalo, Artor. Me muero de ganas de ver cómo grita este hombre al confesar sus crímenes —dijo Myrddion volviéndose hacia Keu y casi escupiéndole en la cara —. Has estado todos estos años mintiendo, ¿verdad, Keu? Ayudaste a los Severinii a matar a aquellos pobres niños. ¿Es ahí donde aprendiste a disfrutar viendo cómo se apaga una vida? ¿O acaso Severinus te dejó que los mataras cuando ya no tenía más ganas de abusar de sus cuerpos? ¿Qué es lo que realmente hay detrás de ese falso rostro que tienes, Keu?

Keu se reía de Myrddion sin ápice de arrepentimiento.

—Sigues sin entender nada, Myrddion. Artorex nunca me va a desenmascarar, porque no va a fragmentar su reino por tener que asesinar a su hermano. Así es como actuaba Uter, pero Artor hará lo imposible para que no lo comparen con su padre. Todos tenemos nuestras ansias de poder, pero las mías son más honestas. Además, Artor le prometió a madre que me protegería de todo mal.

La expresión de Keu rozaba lo demoníaco, algo que hizo retroceder hasta el mismísimo Myrddion, el reputado hijo del diablo.

—Y me necesita —añadió Keu despectivamente—. Como senescal suyo, contribuyo a que sus campañas contra los sajones no se vengan abajo. Artor es realista. Independientemente de lo que desees, viejo, Artor no me va a desenmascarar ni va a ejecutarme. Ni esta vez ni nunca, si mantiene la promesa que le hizo a mi madre. Y el noble de Artor siempre se mantiene fiel a sus promesas infantiles. Niniana va a tener que esperar sin más, hasta que yo decida volver a visitarla. ¡Qué divertido! ¡De sólo pensarlo, ya disfruto!

Artor inhaló una profunda y temblorosa bocanada de aire, haciendo un silbido notorio.

—Hay muchos hombres honrados que se pondrían en fila para servirme de senescal. No, ser senescal no te va a servir de nada, ni las promesas que hice tanto tiempo atrás. ¡Ni las amenazas a personas que aprecio enormemente!

Keu miró con displicencia, y algo menos de confianza.

—Ni me conoces, ni me entiendes, hermano —siguió Artor—. Ni creo que lo hayas hecho nunca, si sigues diciendo esas mismas perogrulladas sobre mí y sobre las razones por las que te permito seguir vivo.

Masacraste a mi perro, dejando al animal malherido y sufriendo. Mataste al príncipe de los segovae, ese niño precioso que vivía fuera del recinto. Me has golpeado a mí, personalmente, hermano… Y ya sabes cómo respondo a los ataques personales.

Por un momento Keu parecía inseguro. Myrddion notaba que se le tambaleaban las certezas, mientras miraba a Artor. Pero toda su vida había vivido al límite y pronto recuperó la arrogancia habitual.

—Has tenido una oportunidad tras otra en el pasado y aquí sigo, acosándote. ¿Es cuestión de sentimientos, Artor? ¿Es porque amabas a mis padres? ¿O es que no quieres que mi esposa y mis hijas sufran? Como si a mi me importaran las hijas. Yo

sólo he querido tener hijos varones. No, no es cuestión de sentimientos, Artor, ¿a que no? Lo que no quieres es que hable de Licia, ¿no? Me pregunto cómo usaría Wenhaver esa información. Sería como darle un cuchillo para que te apuñalara.

Artor no dijo nada, pero le hizo una seña a Odin para que se acercara.

—No me puedes matar así —siguió diciendo aquella voz meliflua y cargada de odio—, porque soy tu hermano y un grande del reino. Tendrías que llevarme a juicio, solo por mantener la cara del noble Artor. ¿Cómo ibas a explicar las mentiras que se dijeron en Aquae Sulis y Villa Poppinidii? ¿Y las mentiras que se han dicho de mí por todo el reino?

En primera instancia no querías herir a mis padres, pero ¿cuándo te diste cuenta de que si me desenmascarabas dañarías tu reputación? ¿Cuándo decidiste que no podías admitir otro monstruo en la familia, cuando ya había tantos?

Myrddion no podía más. Avanzó tres pasos rápidos y dio un bofetón a Keu con toda la fuerza que le otorgaba su furia reprimida. Y como le dio con el anillo en la mejilla, le desgarró la piel por debajo del ojo.

Este pequeño acto de violencia borró el desdén del rostro de Keu.

—Confío en que ahora te encuentres mejor, Lord Myrddion. La crueldad deja buen sabor de boca, ¿verdad? Y nada tranquiliza más que ver fluir la sangre —Keu se relamió los labios y con la lengua se limpió el reguerillo de sangre que le caía por la mejilla—. ¡Muy rica!

Myrddion no tenía palabras para contestar los depravados comentarios de Keu. ¿Cómo iba nadie a replicar una perversión tan insolente? Mientras este monstruo siguiera vivo, Niniana no estaría nunca a salvo, porque Keu había demostrado tener una paciencia de araña.

Artor guardaba silencio, con el ceño fruncido.

—Me voy a vestir, si no te importa. No veo razón para tener que estar exhibiendo mi cuerpo.

Myrddion se volvió hacia su rey y pupilo, con gesto atormentado.

—No puedes hacer caso omiso de lo que ha hecho Keu, señor. Senescal o no, con Licia o sin ella, hay que pararle los pies a sus deseos asesinos. Se alimenta de sangre y dolor. Respira los aullidos de sus víctimas, pero sólo acecha a pobres criaturas, frágiles y desasistidas. Sólo tú puedes detener a este monstruo, porque va a seguir y seguir con sus atrocidades hasta que se le extermine —sentía un asco tan profundo que escupió en el suelo. Realmente, habría preferido vomitar, porque Artor le resultaba irreconocible, allí paralizado sin saber qué hacer; era como si todos los sacrificios que había hecho Myrddion, el haber entregado su vida entera, no hubiera servido para nada. Artor tenía el ceño enfurruñado y Myrddion sabía que no habría juicio, ni ejecución pública ni rumores peligrosos. Tras su amarga decepción, algo se quebró en su interior, al ver lo que había hecho.

Keu seguía sentado plácidamente, se sirvió un vaso de vino y se empezó a limpiar las uñas con un cuchillito de postre.

Artor reconoció la herida que le había provocado a Myrddion y le dolía el alma, viendo lo afectado que estaba. Sacó a su viejo consejero al pasillo, mientras Odin se ocupaba de Keu, que seguía pelándose una manzana. La displicencia de Keu había asqueado a los dos hombres.

—Tengo que ver lo que más me conviene, Myrddion —intentó explicar Artor—. Tú conoces mi dilema. Si fuera cualquier otra persona y no mi hermanastro, podría actuar como me pareciera conveniente. Pero él sabe demasiado. Él guarda el secreto de mi hija y puede dar pruebas de su existencia.

Artor levantó la mano para detener las palabras que se agolpaban en los labios de Myrddion.

—Ya sé, ya sé. Crees que las amenazas de mi hermano no son más que bravuconadas y que una criatura como este indigno gusano no va a decir nada, para guardarse las espaldas. Pero sólo considerar la posibilidad de que quiera vengarse, me obliga a ser cauto… De momento. Pero Keu realmente no me conoce en absoluto, si cree que la política le va a seguir alimentando. Confía en mí.

Artor miró para atrás y vio el pie de Keu sobre la mesa. Los ojos de Odin siguieron la mirada del rey y le dio una fuerte patada en el tobillo a Keu para que los bajara; fue tal la sorpresa que al hermanastro se le cayó la manzana que estaba pelando.

—Sigo considerando qué hacer con él, Myrddion. Mataría a quien fuera con tal de proteger a mi hija.

—Hasta a mí —dijo Myrddion amargamente.

El anciano bajó la cabeza, derrotado, y Artor no se pudo contener.

Avanzó unos pasos y abrazó a su viejo amigo. Le puso ligeramente la mano sobre la cabeza, tan suave como el beso de una amante, y por un instante el anciano sabio recobró la esperanza.

—Castigaré a Keu, pero quiero hacerlo a mi modo —dijo Artor—. Tienes que confiar en mi justicia. Soy un rey; tú me hiciste rey. Tú, más que nadie, debería entenderme.

—Yo nunca entenderé esta locura, señor —Myrddion se miró la sandalia como si el ver objetos conocidos le consolara de algo—. Veo a Niniana y las heridas que tiene, recuerdo el valor que tuvo al enfrentarse a esta… cosa, y siento ganas de vomitar cuando pienso que Keu está respirando el mismo aire que nosotros. Me imagino la lentitud con que murió la viuda, mientras él la observaba, y creo que yo mismo podría matar a tu hermano. ¿Cómo puedes permitir que siga vivo, Artor?

Myrddion exponía sus razonamientos al rey supremo con todo su ser, pero Artor se mantenía impertérrito. Con tristeza, Myrddion recordó las lecciones que tantas veces le había dado Targo al joven Artor sobre el sentido de la conveniencia y de cómo el fin justifica los medios. El reconocimiento de sí mismo y el sentimiento de culpa empezaban a cuajársele a Myrddion en el estómago.

—Nosotros tenemos la culpa, Artor. Llanwith y yo tuvimos la culpa, porque

siempre pensamos que no podíamos hacer otra cosa. Me duele el alma, al ver el inmenso dolor que Keu nos ha provocado a ti y a mí, porque se le ha permitido vivir más de lo que merecía. Y me pregunto si Lady Livinia te habría pedido que le hicieras ninguna promesa, si hubiera sido capaz de ver lo que el futuro nos deparaba.

—Déjame alguna ilusión, viejo amigo —protestó Artor—. Pero, volviendo a Keu. He meditado mucho sobre este asunto. Soy un rey, pero como Targo, también soy un soldado.

El ruido de las botas de Artor avisó a Keu de que su hermano se acercaba. Contra su voluntad, se cuadró de hombros y apretó los puños, aunque mantenía un gesto anodino.

—La viuda fue un verdadero placer —dijo Keu arrastrando las sílabas—. Me pregunto por qué se aferró con tanta tenacidad a la vida… Quizá fuera por el bebé. Ah, Myrddion, si hubieras sentido la urgencia con que clamaba por su vida, me entenderías mejor. Pero ¿a mí qué me importaban esos dos si yo ya había concluido con ella? Era como un picor que necesitaba rascar.

Artor dio un bofetón a Keu, que se tambaleó y dio con la cabeza en la pared de piedra con un ruido sordo. La banqueta en la que estaba sentado salió volando y el hermanastro aterrizó en el suelo sobre sus rollizas nalgas, de manera poco garbosa.

Ante esta violencia repentina de Artor, Myrddion sintió que le recorría un placer por el cuerpo, que lo dejó aun más turbado.

—¿Ha habido más? —inquirió Artor.

—Ah, sí, de vez en cuando. Hasta hace poco siempre me he procurado mis placeres fuera de Cadbury. Pero últimamente parecía tener menos razones para negar o esconder mis necesidades. Después de todo, tu padre torturaba y asesinaba a plena luz del día y nadie intentó detenerlo. Puedo controlarme, pero esta vez mis ansias por saborear a Niniana eran demasiado fuertes y no pude refrenarlas.

Sonrió ante el gesto de repulsión de Artor.

—Es raro cómo me he ido desinhibiendo con la edad. Supongo que no voy a dejar de matar, si te soy plenamente sincero. Y para qué, si soy un entendido en dolor. Deberías probarlo, Artor. Siempre has sido muy profesional en tus asesinatos.

Artor ardía de ira.

—Keu quedas desterrado a la fortaleza de Tintagel en Cornualles, donde gobierna mi estirpe. Todo lo que hay son acantilados, aves rapaces y el inmenso océano, de manera que si intentas cualquiera de tus juegos en ese lugar, morirás ahogado en un desafortunado accidente. El sobrino de Gorlois sigue siendo señor de Tintagel y aunque no me aprecia demasiado, a ti te aprecia menos. Y si decides contar abiertamente por qué te han desterrado, puede que cambie de opinión. En ese caso, no verás amanecer un solo día más. Cinco de mis más fieles guerreros velarán para que se cumplan mis condiciones y para que no desaparezcan niños, mujeres ni cabezas de ganado allí donde estés.

Artor miró desolado el rostro distante y asqueado de Myrddion.

—Me has costado la confianza que en mí tenía mi íntimo amigo, Myrddion Merlín, por decidir mantenerte con vida. No mereces ni un segundo de su sufrimiento, pero para que tú sigas respirando, he tenido que quebrar su fe en la justicia. Vas a tener que guardarte bien las espaldas, hermano.

Keu parecía incómodo, pero aun así no conseguía refrenar su boca.

—Así que vuelvo a tener razón —dijo con bravuconería—. Artorex tiene demasiados remilgos para matar a un miembro de su propia familia —sonreía con gesto cómplice—. Volveré a ver a Niniana —susurró con lascivia y rencor—. ¡Muy pronto!

Artor se irguió, mostrando su impresionante altura.

—Me llamo Artor, Keu. ¡El Artorex que conociste hace años murió!

«Sí —pensó Myrddion lamentándose—, Artorex ha muerto, y a mí me gustaba Artorex. No, lo amaba. Pero con este Artor no lo tengo tan claro.»

Artor avanzó hacia Keu con gesto impasible, y el hermanastro se puso de pie haciendo una mueca de dolor. Hubo algún gesto en el comportamiento de Artor que aplacó la arrogancia de Keu y lo hizo retroceder.

—Odin convocará a dos miembros de mi guardia personal, que garantizarán tu seguridad hasta que organice el viaje a Tintagel. No se te ocurra salir a ningún sitio sin ellos, porque no voy a permitir que los ciudadanos de esta fortaleza sufran más daño por tu culpa. Te propongo que reces a tus antepasados que están al otro lado de la laguna, en el Hades. A lo mejor intercede por ti tu santa madre y te permiten entrar cuando la muerte te lleve. ¡O a lo mejor no! Decidas lo que decidas, atrinchérate en tus dependencias, si quieres seguir sano y salvo. Porque aquí hay más de uno y más de dos que estarían encantados de encontrar una excusa para acelerarte el tránsito con métodos más violentos de los que quisieras.

Keu intentó seguir diciendo bravuconadas, pero Artor le dio la espalda. La pérgola estaba callada, salvo por el tamborileo de las trepadoras y el susurrar del viento sobre las hojas. Un soplo intermitente barrió un montón de pétalos caídos que se precipitaron hacia una esquina, danzando y trenzando cabriolas al aire.

Artor no quiso volverse, ni siquiera cuando los dos guerreros sacaron a Keu de allí para escoltarlo hasta sus dependencias. Sólo cuando el sonido de sus pasos se hubo acallado, Artor se volvió hacia su amigo, que parecía más viejo, abatido y desorientado.

Artor miró a Myrddion.

—Por favor, confía en mi decisión. No voy a permitir que toquen un solo cabello a Niniana.

—Tengo que pensar en qué situación estoy —dijo Myrddion, pero su cabeza ya estaba volcada en esos preciosos hongos como de cuento, que crecían en el corazón del Bosque Salvaje, en lugares tranquilos, donde hasta el viento quedaba estrangulado por los árboles milenarios.

Era una solución que no requería el beneplácito de su señor.

CAPÍTULO XX

EL TRONCO HUECO

A LOS CINCO DÍAS Keu salió de Cadbury a caballo, despreocupado y feliz, dejando atrás muchas amables y falsas palabras de despedida de sus compañeros de corte.

Myrddion había informado de todo el incidente a Niniana, que se había levantado de la cama para hacerse una tisana de hierbas con su mano sana. Myrddion se sorprendió al ver la cantidad de tacos que soltaba la joven, al no poder realizar sus tareas con facilidad.

—¡Pobre Artor! —suspiró Niniana.

—¿Pobre Artor? El rey ha soltado a un monstruo, que volvería a asesinar alegremente una y otra vez, mientras esté libre. Y te aseguro que volvería a torturar y a matar, si no se le detiene.

—Pero el rey tiene mucho que perder en este asunto. La gente ha olvidado que Keu no es pariente de sangre, sino sólo un hermanastro. Para el mundo Keu es de la familia y si lo ejecutan, el honor del rey supremo se verá dañado. Tienes que reconocerlo, Myrddion.

Myrddion se quedó con la boca abierta. No esperaba que la chica defendiera la actitud de Artor.

—No estoy defendiendo a Artor —continuó Niniana—. Estoy sencillamente tratando de entenderlo. Su vida ha sido una continua serie de pérdidas, desde que se conocieron públicamente los detalles de su venida al mundo. Ha tenido que reprimir lo peor y lo mejor de sí mismo y en esto no ha tenido oportunidad de evadirse, porque es el rey. Estoy segura de que los secretos del rey morirán con Keu, que tendrá, supongo, un desafortunado accidente en cualquier momento, probablemente mientras esté de camino a Tintagel. El rey te pidió que confiaras en su justicia, ¿no? Y si Keu tiene suerte y sobrevive al viaje, entiendo que Tintagel es un lugar solitario y peligroso.

Niniana miraba intensamente a Myrddion, que bajó los ojos sintiéndose tan observado.

—Te conozco, señor. Haces juegos de palabras, igual que los guerreros juegan con sus armas. Dices que Keu volvería a asesinar en un futuro.

Pero sabes con seguridad que Artor va a tomar medidas para resolver este tema en

secreto y que a Keu no se le va a permitir volver a matar. Gruffydd va con él, lo cual es un compañero un tanto extraño para un viaje tan largo… A menos que Artor haya decidido actuar como Uter Pandragón para resolver el problema de Keu.

Myrddion sonreía distante.

—¿Por qué dijiste volvería? —preguntó Niniana con toda calma, aunque el corazón le latía con fuerza.

—Debes mantenerte al margen de mis pecados, pequeña, por si me descubren. Pero las órdenes que el rey haya dado a Gruffydd llegan tarde, porque la muerte de Keu ya estaba sentenciada. Por primera vez, he dudado de la palabra de mi amo y señor.

Myrddion tenía una mirada desolada y a Niniana le entró un leve temblor de voz. Su maestro era amable y humano, y para él matar a alguien sería algo forzado e imperdonable. Pero peor que el asesinato era su falta de confianza.

—A veces eres un poco bárbara en tu manera de pensar —dijo Myrddion con voz pausada—. Pero tienes razón, estaba decidido que Keu muriera en un accidente planeado por Artor. Tenía que haberme dado cuenta de que Artor intentaba lo mejor para occidente, pero no me contó sus planes hasta que Keu ya se hubo ido.

—Eres demasiado buena persona, Myrddion, para entender la verdadera brutalidad o el pragmatismo de los seres humanos. —Sea cual sea el desenlace, Niniana, ya no confío nuestras vidas a Artor. Nos ama, pero nos utilizaría, si fuera necesario, para salvar a occidente del peligro. He aprendido que no soy mejor que él. De hecho, soy peor, porque él nunca me ha fallado y yo perdí la fe que le tenía. No sé si seré capaz de vivir con esa culpa. No puedo imaginar cómo podré mirarlo cara a cara, al hijo que siempre quise tener, habiéndolo puesto en entredicho, y eso es lo que voy a tener que hacer de ahora en adelante.

Niniana le cogió la cara con su mano.

—Nada es eterno, señor, ni siquiera el amor.

—Ahora es el rey perfecto, porque ha dominado su carácter, pero me arrepiento de que haya perdido algo de su humanidad por el camino. Si la causa de occidente pudiera avanzar a costa nuestra, Artor no dudaría en sacrificarnos a los dos.

—Desde luego —dijo Niniana—. Esa decisión es su condena y también su destino. Pero él también se inmolaría —añadió como coda—. Siempre lo ha hecho.

Myrddion lloraba en silencio y Niniana deseaba acariciar con sus manos aquella cara contorsionada y secarle esas lágrimas de desesperanza.

—Quise hacer al rey perfecto, Niniana. En mi engreimiento, creía que podría moldear a un buen joven hasta convertirlo en un nuevo César, para bien del pueblo y para mi propia satisfacción. Y lo conseguí, pero ahora veo que no puedo mirar cara a cara lo que he construido.

Myrddion parecía tan triste que Niniana lo rodeó con su brazo sano. Myrddion intentó soltarse, pero la muchacha lo cogió del pelo y el sabio reclinó la cabeza en su hombro. Ojalá fuera más joven y más sabio.

—Tenemos que irnos de Cadbury —dijo Niniana calmadamente—. Y cuanto antes, mejor. Pero tiene que ser después de que Enid dé a luz a su hijo, porque le he prometido que le atendería en el parto. Nos iremos lejos, Myrddion, a un lugar donde no nos encuentren ni los celtas, ni los sajones, ni Artor ni ninguno de los reyes guerreros.

—Nunca me has llamado por mi nombre hasta ahora —susurró Myrddion.

—Te he llamado por tu nombre mil veces, pero nunca estabas escuchando. Te creías viejo y célibe y pensabas que yo era demasiado joven para ti. Me rehuías, como si tuviera la peste, cuando tú eres todo lo que siempre he querido y lo que siempre querré.

—Pero moriré antes de que tú llegues a la edad madura, Niniana. No has pensado en los detalles concretos de esa unión —Myrddion intentaba apartarse de ella, pero no ponía demasiado empeño—. Y a mí me necesitan aquí en Cadbury.

Niniana se rió entre dientes, de manera muy seductora.

—Gallwyn murió a los cincuenta años y los guerreros pueden ver sus vidas segadas en cualquier momento, como si fueran cereal de una cosecha. La muerte viene, antes o después, así que deberíamos aprovechar toda la felicidad que tengamos, mientras podamos. No echo cuentas de lo que eso cueste. Primero somos amigos, y luego podemos ser amantes. Tengo tanto que aprender de ti, Myrddion, y tú, mi amor, también puedes aprender de mí.

Myrddion habría hablado, pero ella le puso dos dedos sobre los labios para que se callara.

—Artor te necesita, pero se las arreglará sin ti. Entre vosotros se abre ahora un gran abismo, y los dos os vais a desangrar internamente sabiendo como sabéis que esa brecha es insalvable. Es mejor que nos vayamos, Myrddion mío, con el amor que sientes por Artor aún vivo; no te arriesgues a que se erosione con el paso del tiempo. Mejor quedate conmigo, mi amor, aunque sólo sea un poquito. Artor tiene a su Gallia.

Y tú me vas a tener a mí.

—Lo pensaré —susurró Myrddion—. A Enid todavía le queda un mes de embarazo.

—Puedo esperar, mi amor. Llevo años esperando, así que ¿qué más da un mes más? Pero cada vez queda menos tiempo aquí en Cadbury, porque Wenhaver está cada día peor y su resentimiento no conoce límites. Si puede, me hará daño y yo temo su resentimiento más que la venganza de Keu. Puede que Artor haya vencido a los sajones, pero al final Wenhaver será su ruina. Preferiría no tener que contemplar la decadencia de un sueño.

Myrddion se estremeció porque él había compartido ese sueño durante toda su vida adulta.

—Tiene que haber algún remedio —exclamó.

—El remedio se encontrará, sólo si Wenhaver cambia, y sólo si convencen a Galván de que vuelva al norte con su mujer y su hijo. Pero mi razón me dice que

Wenhaver lo único que haría sería buscarse otro amante.

—Entonces quedamos en manos de los dioses.

—No, mi amor. El futuro está en nuestras manos, en las de nadie más. Tú mismo lo has demostrado al sentenciar a Keu.

DE CAMINO HACIA Tintagel, que realizaban en etapas cortas para evitar que Keu se hiciera mayores heridas, Gruffydd aguardaba su momento.

Había recibido órdenes del propio Artor, por eso sabía que el rey se encontraba en una situación acuciante; si no, no tendría por qué haber encomendado a un amigo de confianza que asesinara a su propio hermanastro.

A Gruffydd la idea de dar una puñalada trapera en la oscuridad no le hacía gracia, porque mancillaba su honor, pero como había seguido a Artor durante toda su vida, ahora no podía tirar por la borda una alianza que formaba parte esencial de su ser. Gruffydd no tenía manera de adivinar que el rey se encontraba al borde de la hecatombe, porque lo único que estaba haciendo era reproducir lo que hacía su padre, Uter Pandragón, poner en peligro el alma de un hombre que lo amaba.

Poco después de medianoche, en medio de la más absoluta oscuridad, cuando ya se habían casi extinguido los fuegos, Gruffydd aguardaba en silencio detrás de la tienda de campaña de Keu, con la daga enfundada a la cintura. Como una anguila, se coló por la puerta de la tienda y se quedó de pie ante el hermanastro del rey, que estaba tumbado.

Keu abrió los ojos de par en par de manera inesperada y Gruffydd tuvo que retroceder.

—Ayúdame —gimoteó Keu, pese a la tensión que le recorría el cuerpo.

Gruffydd vio que el camastro de Keu estaba manchado de sangre, que las heridas se le habían vuelto a abrir y que le sangraban abundantemente. Meneó la cabeza aturdido. ¿Qué otro asesino acechaba en la oscuridad? ¿Qué estaba pasando?

Mientras llamaba a los guardias, Gruffydd no dejaba de mirar y escuchar a su alrededor, intentando descubrir por todos los medios si había alguien más escondido entre las sombras. Con todo, encendió el pabilo de una lámpara de aceite con manos trémulas, dando gracias al cielo de que la sangre de Keu no hubiera manchado su honor y de que su señor estuviera libre de culpa.

Cuando se hizo un poco de luz en el interior de la tienda, Gruffydd percibió la figura contorsionada de Keu. El soldado pudo comprobar además que las heridas que tenía Keu en el estómago y en el muslo estaban sangrando, pero que no tenía más heridas por el cuerpo. Gruffydd hizo un gesto de desagrado, al comprender por qué le habían dado aquellas órdenes. Se veía claramente que las heridas eran de daga, algo particularmente fácil de distinguir en un cuerpo adiposo como el de Keu.

Gruffydd había visto a Niniana regresar a Cadbury Tor, envuelta en un manto de lana, con sangre seca por la cabeza. Y como los demás habitantes de la fortaleza, él

también había especulado con la identidad del asesino del Bosque Salvaje y había hablado de lo audaz que había sido al atacar a la Doncella del Viento y del Agua.

«O sea que este cabrón herido es el monstruo del Bosque Salvaje —pensó Gruffydd para sí con desprecio no exento de horror—. No me extraña que Artor quiera que lo asesinen.»

—¿Qué te pasa, señor? —preguntó Gruffydd con voz suave al desesperado enfermo, cuidándose de que su rostro no despertara sospecha alguna.

Keu seguía revolviéndose entre la ropa cubierta de sangre y sudor.

—¡Me encuentro fatal! Me arde el estómago y el intestino y me duele terriblemente la cabeza. Apenas llego a distinguirte, portador de espadas. Te ordeno que vayas a buscar a un curandero para que me atienda.

—Por supuesto, señor, no tienes más que pedirlo —contestó Gruffydd con tono ecuánime, sin dejar de pensar en aquel niño risueño, aquella viuda apaleada y aquella niña destripada.

—Y, por amor de Dios, deja la luz —gimió Keu, que veía caras pálidas mirándolo desde las esquinas. Los muertos de Keu habían vuelto a esperarlo. Y el enfermo farfullaba de rabia, a medida que iban apareciéndosele más rostros en la oscuridad, todos sonriéndole.

—¿Qué te ocurre, señor? ¿De qué tienes miedo? La tienda está vacía, salvo por los integrantes de la guardia. Nadie te va a hacer daño.

Keu gimoteaba y se tapó la cara con la almohada.

—¿Es que no los ves? ¿Y a esas niñas? ¿Y quién ha dejado entrar al perro? ¡Que lo saquen de aquí! ¡Que lo saquen! ¡Soy hermano del rey, tienes que obedecerme! ¡Que saquen de la tienda a toda esa tropa diabólica!

Keu estaba casi gritando de histeria y los efluvios que se respiraban en la tienda, fruto del terror y la enfermedad, eran tan densos que los guerreros se aferraban a sus amuletos, con los ojos en blanco, de acuerdo con sus prácticas supersticiosas.

—¿Qué perro, señor? —preguntó uno de los guerreros, muy nervioso.

—Vete a la aldea más próxima y trae a un curandero —ordenó Gruffydd al aterrorizado soldado, sobreponiéndose al silencio—. Pero no tienes por qué apresurarte demasiado. Por muy enfermo que parezca, el señor es fuerte y no está a las puertas de la muerte.

Gruffydd tenía sus propias pesadillas; a él también lo visitaban los hombres que había matado y los amigos que habían muerto antes que él. Pero sus muertos no estaban ansiosos por verlo sufrir, estremecerse de pánico o de dolor, gracias sean dadas a todos los dioses de todos los pueblos.

«¡Qué cabrón asqueroso! —pensó Gruffydd sin compasión ninguna—. Espero que le duela. Espero que cague sus tripas hasta quedarse hueco antes de que llegue el curandero». Y mientras lo pensaba, y organizaba a los soldados para que trajeran más lámparas, agua fresca y un manto limpio para el enfermo, mantenía un gesto impasible, casi amable.

Como parecía claro que Keu no estaba en condiciones de viajar, Gruffydd decidió quedarse en el campamento hasta que la situación se resolviera. Y, de momento, iba elaborando el informe que daría a Artor a su regreso a Cadbury.

Apenas dos horas más tarde el mensajero de Gruffydd regresó con una anciana de pelo blanco que había encontrado en una aldea vecina.

La mujer tenía los ojos azul claro, que delataban su origen bárbaro. Atada al cuello con un cordón de lino, llevaba como amuleto una sencilla piedra, agujereada por el centro. Era pequeña, encorvada y enjuta y Gruffydd se fijó en lo abultadas que tenía las venas de las manos.

Cuando la mujer se le acercó Keu hizo un sonido de rechazo con la boca y se encogió de miedo como un cobarde, sólo de pensar que pudiera tocarlo una mujer bárbara. La mujer no le hizo caso. Se sentó sobre sus talones y le miró el cuerpo desnudo y fláccido, del que salía sangre y bilis.

—¿Te gustan las setas? —preguntó educada a su paciente.

—¿Qué tienen que ver las setas ahora? —aulló Keu—. ¡Haz lo que tengas que hacer para curarme de una vez, bruja!

La anciana se levantó, se despidió de su paciente haciendo una inclinación de cabeza y salió de la tienda. Y se habría vuelto a su aldea, de no ser porque Gruffydd la abordó.

Impasible y serena, fijó la mirada en Gruffydd como leyéndole el alma. Y parece que lo que encontró le disipó su angustia.

—¿Qué tiene el hermanastro del rey supremo, señora? —preguntó el maestro de espadas escuetamente.

—¿Además de sus pecados? No lo sé, señor —contestó enigmática la anciana—. Pero lo que está claro es que yo no puedo ayudarlo.

—¿Morirá? —soltó Gruffydd, irritado con tanta adivinanza.

—La oronja verde, que aquí llaman placer femenino, le ha provocado hemorragias. Como se tomó la seta hace tres días, ya no se puede hacer nada. Sus muertos han venido a buscarlo, así que permítame que vuelva con mi gente. Tengo que lavarme bien, para quitarme el hedor que me ha dejado.

Gruffydd levantó las cejas.

—Ese placer femenino es un hongo pequeño y bello, con forma de falo, que las mujeres conocen bien. Hay cristianos que lo llaman ángel exterminador. Y sólo debe usarse para matar a alguien en casos de extrema necesidad o de extrema urgencia. Tu compañero tiene hasta el aliento envenenado. Y yo ya no puedo distinguir entre sus humores normales y los que están intoxicados por el hongo —miró a Gruffydd con el agudo sentido de la maldad que tienen las mujeres—. No me pidas que atienda a tu paciente, porque se me contaminarían las manos.

—¿Del veneno?

La menuda anciana se rió, libre y abiertamente.

—No, de él —y se puso un abrigo cochambroso por los hombros—. Ten cuidado,

buen hombre, y entiérralo bien adentro una vez que exhale su último aliento, porque lleva la muerte de muchos con él.

Durante los dos días y las dos noches siguientes, Keu no dejó de delirar y de enfrentarse a sombras invisibles que lo perseguían.

Los soldados no querían atender sus necesidades y lo decían expresamente. Les parecía que en la esquina de la tienda, donde apenas llega la vista, algo extraño planeaba por entre las sombras, y a nadie le gusta estar frente a frente con un espectro.

Para atender al moribundo sólo quedaba Gruffydd. El portador de espadas le dejó abundante agua al alcance de la mano. Pero por más líquido que bebiera, el paciente seguía agostándose.

Gruffydd se cuidó bien de no preguntarle a Keu qué había comido, ni quién le había preparado el rancho. No quería saberlo.

El hijo de Livinia la Mayor tardó muchos días en morir y no murió porque el rey supremo rompiera su promesa. Era el último regalo que Myrddion Merlín le hacía a su adorado señor.

ENID ESTABA YA muy corpulenta y fantasiosa en su último mes de embarazo, mientras que Galván no hacía más que pensar en el hijo que iba a tener. Pero incluso así, el príncipe de los Otadini seguía buscándose chicas con las que divertirse por la ciudad de Cadbury.

Y Wenhaver sonreía hasta que le dolía la mandíbula de mantener la tensión.

Cuando Gruffydd regresó diciendo que Keu había muerto y cómo había ocurrido todo, parece que Artor se relajó un poco, pero se pasó el día mirando a Myrddion con algo de recelo, a ver si podía adivinar algo.

Esta suspicacia le duró poco y a ojos de los que vivían en la corte de Cadbury nada había cambiado entre señor y curandero, que parecían mantener la misma relación de siempre. Sin embargo, ahora al mirarse, uno y otro lo hacían con los ojos empañados de sombras.

A finales de otoño Artor marchó a Venta Belgarum. Como de costumbre, iba a que el obispo de esta venerable ciudad le absolviera de sus pecados, porque tenía el alma cargada de remordimientos. Aunque con retraso, Artor había llegado a entender la devoción tardía que desarrolló Uter Pandragón.

Por las noches Artor se revolvía en su cama sin poder dormir, pensando los riesgos a que habían estado expuestos Licia y su nieto, Bran ap Comac, por no haberse atrevido él a ejecutar a Keu en cuanto se enteró de lo que había hecho. Y revivía una y otra vez las expresiones de desconfianza de Myrddion, el desdén que mostraba el anciano y lo que se enfadó cuando Artor le dijo que no era conveniente castigar a Keu.

Lo peor de todo es que Artor sabía que sólo Myrddion tenía la capacidad de

aniquilar a Keu de una manera tan contundente. Gruffydd había hablado de unos hongos, y ¿quién, sino Myrddion, tenía un conocimiento tan exhaustivo del mundo de los hongos y las setas? Artor también entendía que si el curandero se había manchado las manos de sangre, era por su culpa, porque no había sabido manejar bien el asunto y porque con un poco más de honestidad habría evitado que su amigo se involucrara.

Apenas había salido el rey supremo por la puerta de la fortaleza, cuando Wenhaver inició su propia campaña para pescar a Galván.

Myrddion y Niniana, buenos conocedores los dos de los métodos que empleaba la reina, observaban asombrados cómo por las tardes invitaba al heredero de Lot a estar con ella en el jardín, y eso que las flores se estaban ya marchitando por las heladas nocturnas. A los criados los mandaba a hacer distintas tareas y recados, de manera que sólo los más allegados sabían que la reina estaba quebrantando sus promesas matrimoniales.

Por su parte, Galván empezaba a experimentar unas ráfagas de culpabilidad que le resultaban nuevas. Cuando el bebé empezó a moverse dentro de la tripa de Enid y ya quedaba poco para que viniera al mundo, Galván no se veía capaz de mirar a su inocente y dulce esposa a la cara, porque sabía que había traicionado su confianza. Y también se había dado cuenta de que había traicionado además a Artor, un hombre al que siempre había admirado de manera absoluta y transparente. La verdadera lealtad de Galván no era para Wenhaver, pero ella jugaba con sus debilidades sexuales, y con el atractivo de su cuerpo, exquisito y provocador, le arrastraba más que cualquier noción de fidelidad. Y cuando a Galván le asaltaban las dudas y se preguntaba si Wenhaver estaría traicionando a Artor o traicionándolo a él con otros hombres, apartaba de su mente la idea, porque no le merecía la pena pensarla. Galván realmente era un ingenuo dentro de las complejas intrigas de la corte.

Enid llamó a Niniana cuando llegó a la sala de partos. El niño era enorme y Enid muy estrecha de pelvis. Y como el parto se prolongaba, Niniana empezaba a temer que Enid muriera.

Después de una noche y un día intentando dar a luz, Enid estaba agotada. Galván se había ido de la habitación cuando su mujer empezó con las contracciones. Los gritos que daba Enid cuando le llegaban los dolores y sus angustiosas súplicas de clemencia resonaban por toda la fortaleza y llegó un momento en que Wenhaver decidió recluirse en su habitación y hacer cantar a sus doncellas para amortiguar los sonidos que llegaban del parto.

En una de las contracciones que parecían inacabables, Enid agarró la mano de Niniana con tal fuerza que se le pusieron las uñas blancas.

—No dejes que muera mi hijo —suplicó Enid cuando pasó la contracción y pudo volver a respirar.

Niniana intentaba darle un poco de caldo y ocultaba sus miedos haciendo cosas prácticas.

—Tengo que llamar a Myrddion, Enid. Sé que es hombre y que su sitio no está en

los partos, pero eres demasiado pequeña para tener un niño tan grande. Moriréis los dos si no recurrimos a sus saberes.

—Entonces que venga, pero no se lo digas a nadie —dijo Enid jadeante y con el cuerpo arqueado de dolor, por la siguiente contracción.

Niniana se apresuró a buscar a Myrddion, dejando a Enid con su anciana enfermera. Cuando irrumpió en el estudio de su señor, todavía tenía las manos salpicadas de sangre.

—Enid está muriendo. El niño no puede nacer, porque es demasiado grande y el canal del parto se está desgarrando. Necesito que vengas.

Myrddion no dijo una sola palabra.

Cogió varias ampollas de cristal y una pequeña cartera de cuero y salió corriendo detrás de Niniana. No había pérdida para llegar a la sala de partos; bastaba con seguir los gritos de Enid, voceando *in extremis*, aunque cada vez con menor intensidad. Myrddion sabía que la mujer de Galván estaba a punto de morir.

Como la enfermera temía por la salud de su dueña, no se escandalizó demasiado al ver a un hombre en un contexto tan intensamente femenino. Myrddion le pidió que trajera agua y echó unas gotas de una de sus ampollas en el vaso que le pasaba la enfermera.

—Tiene que beber. Esta destilación de zumo de amapola le amortiguará el dolor y se dormirá.

El narcótico fue haciendo efecto, de modo que Enid se adormiló, cayendo en un estado de semiinconsciencia. De vez en cuando se quejaba, cuando le venían sus inútiles contracciones, pero en cuanto el zumo de amapola entró en acción, los desnudos pasillos de la fortaleza volvieron a su silencio normal.

—Bendito seas, señor, porque si mi niña tiene que morir, es mejor que muera sin sufrimiento —le dijo la enfermera entre lágrimas. Pero al instante se quedó boquiabierta, al ver que Myrddion estaba levantándole la camisola a Enid para verle la tripa y los muslos.

—No puedo ayudar a esta mujer, si no veo lo que le pasa —dijo Myrddion cortante—. ¿Asoma la cabeza ya, Niniana?

—Sí, pero Enid es demasiado pequeña y el niño está atascado en el canal del parto.

—¿Has ayudado alguna vez a que nazca un potrillo, Niniana?

—No —contestó Niniana ofendida—. ¡Pero es que Enid no es una yegua!

—Los principios básicos son los mismos. Lávate las manos y lávatelas minuciosamente, porque los judíos creen que las infecciones entran por las manos.

Inmediatamente Niniana metió las manos en una palangana de agua limpia y empezó a frotarse bien los dedos. Todavía le dolía el codo, pero atender a Enid era mucho más importante que ocuparse de sus propios dolores.

—Tú —dijo Myrddion señalando a la enfermera—, quiero que pongas la hoja de este cuchillo sobre la llama de la lámpara y la sostengas ahí hasta que el metal esté al

rojo. Tenemos que asegurarnos de desinfectarlo bien.

Niniana volvió a su lado con las manos completamente limpias.

Cuando la enfermera terminó de esterilizar la delgada hoja del cuchillo, Niniana lo cogió por la empuñadura.

—Tienes que abrirla, Niniana —dijo Myrddion en voz baja—. Yo te iré indicando exactamente dónde tienes que hacerle las incisiones.

—¿Abrirla?

—Ves dónde está la cabeza, así que tendrás que cortar a los lados de ese punto. Con eso lo que haces es facilitar que el niño salga por el canal. Siempre podremos coser a Enid después del parto. Si no, morirá, Niniana, y sabes que a mí no se me permite tocarla.

—Dios nos asista a todos —imploró Niniana, mientras empezaba a hacer incisiones en el tenso e hinchado vientre de Enid. La cabeza del niño salió con fuerza, y parte de un hombro, pero tenía la piel de color azulado.

—¡Tiene el cordón enrollado en la garganta! ¡Tienes que quitárselo ya!

Niniana obedeció, pero aunque el niño enseguida recobró un color rosáceo seguía firmemente asido al cuerpo de su madre.

—Escúchame bien, Niniana, y haz lo que te vaya diciendo, paso por paso. ¿Entendido?

Niniana asintió con la cabeza.

—Tienes que coger al niño por el hombro que tiene fuera y tratar de liberarle el brazo. Después quizá puedas sacarlo cogiéndolo por debajo del hombro —los ojos de Myrddion pasaban intermitentemente del cuerpo de Enid a la cara de su aprendiz—. No vaciles, Niniana, porque Enid, si no, morirá seguro. ¿Me oyes? Enid morirá —Myrddion se volvió hacia la enfermera—. Necesitamos agua, aguja e hilo y todos los paños limpios que encuentres. Y luego quiero que pongas agua a calentar.

Niniana exploró con suavidad el hombro del niño. Gracias a una fuerte contracción pudo meter la mano con facilidad en el cuerpo de Enid para encontrar el bracito del bebé. La herida de Enid se abrió más y empezó a expulsar sangre.

—Ahora esperas a la siguiente contracción y tiras.

—Puedo romperle el brazo al niño —dijo Niniana angustiada.

—Las roturas sanan sin dificultad, sobre todo en los niños —contestó Myrddion con crudeza, con el rostro firme y tranquilo, según dejaba ver la luz de la lámpara—. Tú lo sabes.

En cuanto Niniana vio que la tripa de Enid empezaba a moverse con la siguiente contracción, empezó a tirar, ejerciendo cada vez más presión. Y entonces, justo cuando pensó que no lo había conseguido, el niño se deslizó hacia el exterior inesperadamente. Casi se cae.

—Enfermera, envuelve al niño en una manta. Niniana, átale el cordón aproximadamente a un dedo del cuerpo y después córtaselo. Vamos, mujer, no hay tiempo que perder. Hay que hacer que este precioso niño respire solo y tenemos que

evitar que su madre se desangre.

Niniana siguió las instrucciones de Myrddion con dedos expertos. Le abrió la boquita y le echó un poco de aire. La enfermera le dio unas palmaditas en las nalgas diminutas y el niño tosió un poco, expulsando un tapón de mucosidad, enroscó los ojitos y empezó a llorar vehementemente.

—Enfermera, lava al niño y procura que no se enfríe —se volvió hacia Niniana —. Tú y yo tenemos que salvar a la madre. Coge paños para empapar la sangre y actúa con agilidad. Así está muy bien. Ahora enhebra la aguja. Olvídate del cordón, porque la bolsa sale sola del vientre, de manera natural, siempre que no haya hemorragia.

Myrddion observaba atentamente cómo iba cosiendo Niniana las heridas para cerrar los bordes. Estaba tan concentrado que parecía que Enid no contaba, que para el anciano no era más que un trozo de carne… vivo.

—Recuerda que tienes que dar un punto detrás de otro, dentro y fuera de la herida. Mantén la misma presión sobre cada punto. Si aprietas uno mucho, los que están al lado sufrirán mayor presión. Y si lo dejas demasiado flojo, generas una zona débil donde se pueden producir hemorragias y filtraciones. Sabes hacerlo muy bien, Niniana, no vayas ahora a fallarle a Enid. Las mujeres tienen el cuerpo muy duro, mucho mejor hecho que el de los hombres, de carne frágil. Galván no habría sobrevivido a la agonía por la que ha pasado Enid. El dolor y la conmoción matan con la misma facilidad que la espada.

—Sí, señor —contestó Niniana mecánicamente, con la mirada atenta a cada uno de los puntos que iba dando para restañar la herida.

No era difícil reparar las incisiones hechas con el cuchillo, pero los desgarrones causados por las horas de parto eran mucho más complicados de arreglar.

Por fin, terminó.

Al cabo de una hora, el cuerpo de Enid expulsó la bolsa. La enfermera acunaba al niño en sus brazos y miraba a Myrddion, como si estuviera viendo al mismo Dios.

—Si no hubiera sido por su talento, señor, mi dueña habría muerto. Que los dioses te guarden y también a ti, señora, porque juro que jamás habría podido yo hacer lo que has hecho, ni aunque viviera mil años.

Niniana se lavó las manos en agua caliente para quitarse los restos de la bolsa del niño. Se encontraba mal y extenuada, pero exultante. Le puso paños limpios a Enid entre las piernas, y Myrddion en ese momento vio con satisfacción que la joven no tenía hemorragia.

—Lamentablemente Enid todavía no está fuera de peligro. Cuando el anciano judío me enseño qué hacer en estos casos, me advirtió también que no había que confiarse demasiado. Las mujeres pueden empezar a sangrar de repente y cuando empieza la hemorragia no hay manera de detenerla.

—Que los dioses tengan compasión —dijo la enfermera entre sollozos.

—¿Ha previsto Enid una nodriza? —preguntó Myrddion.

La anciana asintió.

—El niño tiene hambre y necesita comer, así que ocúpate de solucionar ese problema —Myrddion inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. Agradezco mucho tu ayuda.

Se volvió hacia su aprendiz y le sonrió, mirándole a los ojos, tan agotados.

—Si Enid despierta, Niniana, dale tres gotas más de amapola, porque tiene que estar tranquila. Es esencial que se mantenga absolutamente tranquila —volvió a sonreír—. Me tengo que ir ahora, porque si no, me tendré que enfrentar a la censura femenina.

—Pero le has salvado la vida —contestó Niniana, con un brillo de orgullo en la mirada.

—Los celtas seguimos siendo bárbaros en nuestro fuero interno, me temo, y hay cosas que todavía resultan inaceptables a nuestro pueblo. Los griegos sabían más medicina que nosotros y los judíos más aún, por mucho que se desprecie a su raza. He oído decir que los hijos de Ishmael son los mejores médicos del mundo. Pero a mí, si me ven aquí, me sancionarán.

—Entonces vete, Myrddion. Y busca a Galván. Tiene que saber por ti que tiene un niño precioso —contestó Niniana, mientras empezaba a lavar el cuerpo de Enid, para quitarle el sudor y la sangre.

Myrddion estuvo buscando a Galván por toda la fortaleza, pero el nuevo padre se había esfumado. Como los soldados que cuidaban las murallas no lo habían visto bajar a la ciudad, Myrddion se quedó tranquilo, pensando que por lo menos el marido de Enid no estaba emborrachándose en alguna tabernucha de por ahí abajo.

Ya sólo le quedaba un sitio donde buscar en todo Cadbury. Y a regañadientes decidió ir a ver si Galván estaba recluido con Wenhaver en las dependencias de ésta.

Entró en el cenador de la reina sin avisar. Si Galván no estuviera con la reina, pediría disculpas humildemente y seguiría buscando. Si Galván estuviera allí… Bueno, no merecía la pena pensar en esto hasta que el joven explicara por qué se encontraba allí.

Galván estaba desnudo, abrazado a la reina en la habitación de paredes rosadas. Al principio ninguno de los dos amantes se percató de su presencia, hasta que Myrddion tosió con fuerza. Galván empezó a maldecir profusamente intentando taparse con la ropa. Wenhaver se limitó a arrellanarse bien en la cama, sin esfuerzo alguno por cubrirse un poco, y miró de manera insolente al hombre de confianza de Artor.

—¡Tú! ¡Fuera! Vístete y espérame en el pasillo —ordenó Myrddion a Galván, que obedeció como un corderito y salió.

—¡Y cierra la puerta al salir! —añadió Myrddion.

—Mira hasta que te sacies, Myrddion Merlín —dijo Wenhaver con una sonrisa de ramera, contoneándose sobre el lecho.

Myrddion le lanzó un delicado vestido de lana.

—Tápate, guarra —dijo desdeñoso—. Tus usados encantos no me tientan lo más mínimo. Sabes que la prostitución y la traición, porque esos son los delitos que estas cometiendo al reunirte con Galván, se castigan con la hoguera. Galván y tú os vais a arrepentir de este día, y desearéis que no hubiera amanecido nunca —se inclinó haciendo una reverencia exagerada que resultó peor que una bofetada—. Te dejo que sigas con tus vulgares pasatiempos.

Fuera aguardaba Galván. Parecía un niño de ocho años esperando la reprimenda paterna.

—Acompáñame —ordenó Myrddion—. Tu esposa ha dado a luz un niño grande y fuerte, que casi mata a Enid por venir al mundo. Mientras Niniana se esforzaba por salvar la vida de tu esposa y de tu hijo, tú perdías tu nobleza y honor, nada menos que encelándote con la esposa del rey supremo y tu tío. ¿Es que no tienes vergüenza, Galván? ¿Dónde tienes el honor?

Galván callaba.

—No, ninguno de los dos tenéis ni honor ni vergüenza. Tu mujer agonizando y tú comportándote como un animal. Y sin amor alguno, porque no creo que os importéis uno a otro lo más mínimo. En todo caso, alguien debe pagar por lo que has hecho, Galván, porque con los dioses no se juega. Has traicionado a uno de los tuyos y la gente corriente ya empieza a murmurar y a reírse a hurtadillas de que Galván se dedique a jugar a la bestia de dos espaldas con la reina[6]. Y de paso se ríen de Artor, que nunca te ha hecho nada. Entró en guerra por tu hermano. Nunca ha sospechado de ti, ni siquiera cuando tu madre y tu tía intentaron levantar una rebelión contra él y dieron socorro a sus enemigos. ¿Quieres que todo el mundo se ría de tu rey, estúpido, o que el rey sea el blanco de todos los chistes?

Galván se mostraba a ratos hundido y a ratos culpable.

—No lo entiendes.

Myrddion se echó a reír.

—No siempre he sido viejo, así que tampoco me resultan tan ajenos los trucos que usan algunas mujeres. ¿Quieres provocar una guerra entre Leodegran, Lot y Artor? ¿Quieres que los sajones reclamen todo el territorio de Bretaña? A ver si vas haciéndote ya un hombre, Galván. Tienes que volver al norte con tu familia. Deja que la reina se entretenga con sus cosas y lárgate por tu bien, porque va a destruirte. Y si no lo hace ella, ¡lo haré yo!

—Me iré, lo prometo —empezó a decir Galván, pero Myrddion lo interrumpió.

—Ya es hora de que conozcas a tu hijo.

—¿No le dirás nada de esto a Enid? —suplicó Galván muy agitado.

—No soy tan innoble —contestó Myrddion con tono triste—. No le voy a decir nada por lo buena que es, no como la reina. ¿Qué necesidad tiene de sufrir a causa de tus deseos desenfrenados? Pero vete de Cadbury en cuanto tu esposa pueda viajar y mientras tanto mantente alejado de la reina.

Galván iba realmente arrastrando los pies, como si fuera un adolescente al que

han pillado cometiendo alguna indiscreción.

—Gracias, lord Myrddion.

Por la cara se veía que estaba aparentemente arrepentido, pero en lo más profundo de su ser Myrddion sabía que Galván era un testarudo, un estúpido fácilmente manipulable, que sólo se movía guiado por sus impulsos sexuales.

ESA NOCHE MYRDDION escribió una extensa carta a Artor en latín, asegurándose así de que el mensajero que la llevara a Venta Belgarum no pudiera curiosear lo que le decía al rey en su último mensaje.

Cuando terminó, ya al amanecer, Myrddion llamó a Niniana y la hizo entrar en sus dependencias. La joven pasó, con la melena rubia enmarcándole el rostro como una aureola. Myrddion le tomó la mano y le besó la palma.

—¿Sigues pensando que me quieres, Niniana? —preguntó en voz baja.

—Mi amor no va a debilitarse en una noche ni en toda una vida —contestó muy seria.

—Yo me iré haciendo viejo y frágil y te verás obligada a cuidarme —advirtió Myrddion.

—Cuidarte será un placer, señor. Ya te lo he dicho.

—Y moriré cuando todavía seas joven. Y yo no me enteraré de los días que pases necesariamente sola en lugares lejanos y vacíos que tendrás que soportar.

—Ya te he dicho que no me preocupa el mañana.

—Entonces, mi amor, tenemos que irnos de Cadbury inmediatamente. Llevo demasiado tiempo negándome lo que sentía por ti y ahora, en medio de mi fragilidad, lo admito. Si quieres estar conmigo tenemos que irnos o cambiaré de opinión, por lo que quiero a Artor. Yo te adoro, Niniana, con el último ardor apasionado de un anciano, pero también he querido a mi rey durante incontables años. Por ello te pido que no te entren celos al ver lo muchísimo que le estimo.

Myrddion sonrió al ver la alegría que invadía el rostro de Niniana.

A la muchacha le había cambiado la cara.

—Nunca me molestará que quieras al rey, Myrddion. ¿Cómo iba a molestarme, si yo se lo debo todo a Artor?

—Prepara todo lo que necesitemos en espuertas para que las carguen los mulos, porque ya no vamos a volver más aquí. Elige todo bien. Tienes que buscar carretas y contratar criados. Salimos lo antes posible y nos dirigimos a un lugar yerto y agreste.

—Myrddion —gritó Niniana, abrazándolo con fuerza, como si nunca lo fuera a soltar. Y empezaron a resbalársele lágrimas por las mejillas.

—¿Lágrimas por qué, mi cielo? ¿Tanto amas Cadbury Tor?

—¡No! Estoy feliz y tan contenta que podría volar.

—Salimos mañana a mediodía. Por último, te ruego que te pongas tu vestido gris plata y tu collar. Nuestra partida de Cadbury se recordará en los años venideros.

La joven asintió, con el rostro radiante y esperanzado.

—¿Puedo dejar una carta de despedida para Gruffydd, Odin y Percival?

—Claro. Pero date prisa. Porque Artor, si puede, intentará detenernos. Por eso quiero estar realmente lejos, muy al norte antes de que se entere de que nos hemos ido.

Y así un día invernal, en que el sol apenas asomaba por entre las bancadas de negras nubes, Myrddion Merlín, el hombre al que muchos consideraban un brujo y la semilla del diablo, salió de Cadbury Tor a caballo, con la Doncella del Viento y del Agua, para no regresar jamás. Iban vestidos de plata y negro, muy sonrientes, mientras la luz se reflejaba en sus cabellos y hacía saltar chispas del vestido de plata de la muchacha. Con ellos iban tres mulas de carga y dos carretas. Y la gente corriente se estremecía, porque era la primera vez que no veían a Myrddion Merlín detrás del rey.

—Quizá vayan a encontrarse con Artor —especulaban algunos ciudadanos.

—A lo mejor la muchacha ha robado el alma a Lord Myrddion —se arriesgaban a proponer otros, que no miraban con tan buenos ojos a la mujer.

Cuando se fueron, el sol se escondió detrás de unos nubarrones y el día se puso triste y gris.

Para cuando el correo de Myrddion entregó la carta a Artor, los amantes ya estaban muy lejos, camino del norte, en dirección a las montañas y a la abandonada fortaleza de Caer Gai. Ya nadie los volvió a ver en tierras occidentales o, si lo hicieron, nunca llegó noticia de ello a Cadbury.

Sin pensar ni por un segundo en la salud de sus caballos, Artor salió para Cadbury de inmediato, con la vana esperanza de que Myrddion hubiera cambiado de idea. Parado en la carretera, en la gélida oscuridad de la noche, lloró amargamente, procurando esconderse para que no lo vieran los soldados, pero sus escoltas comprendieron pronto que Artor estaba herido de muerte. Azuzó a los caballos, llevándolos casi a la extenuación, pero al llegar a su fortaleza, el rey comprobó que el estudio de Myrddion estaba vacío y cubierto ya por una fina capa de polvo.

Sobre la mesa le esperaba un rollo sencillo, como romano, que Myrddion había dejado muy a la vista para Artor. El rey lo abrió y leyó el título. Se echó a reír, hasta que le invadieron las lágrimas.

El rollo era la última parte de las memorias de César.

Artor hizo llamar a un orfebre y le mandó que le hiciera una cajita que pudiera colgarse con una cadena al cuello. Cuando le entregaron la caja, a satisfacción del rey, Artor volvió a leer la carta de Myrddion, la dobló hasta que quedó hecha un pequeño cuadradito y la metió en la caja. Luego se puso la cadena por el cuello para llevar esa carta siempre junto a su corazón.

Señor mío, amigo mío, hijo mío:

Por fin me voy de ti y te ruego que no hagas por encontrarme. He dado ya muchos años a la causa de occidente y ahora sólo añoro la paz y tener una oportunidad para amar, como tú amaste en su día.

No te abandono por Keu, ni porque crea que el reino vaya a desmoronarse. Es la Dama Fortuna la que mueve sus hilos y nosotros caemos o ascendemos de acuerdo con sus designios. No, me voy de ti porque debo hacerlo; quiero encontrarme a mí mismo y compartir lo que quede de mí con Niniana. Y no puedo hacerlo de otro modo. Como tú muy bien sabes, al final cada uno tiene que acatar su destino.

Estoy muy orgulloso de ver cómo eres, y más orgulloso aún de lo que no eres. Te he observado, mientras luchabas por desprenderte de la sombra de Uter Pandragón, que invadía tu alma, y estoy seguro de que esa sombra ya no tiene ninguna ascendencia sobre tu carácter. De joven aprendiste lo que era el verdadero amor y esa experiencia, señor, es lo que cambia todo.

Cuando mueras, occidente caerá. He estudiado a los sajones y a los celtas y de eso estoy seguro. Sólo ha habido un Artor capaz de fusionar a todas las tribus, pero cuando faltes, no va a haber más reyes. Y además los sajones no tienen dónde construirse su hogar, si no es aquí. Si no quieren morir de hambre, tienen que hacer suyo occidente. Y preveo que no van a morir de hambre.

Y ahora creerás que todo lo que has aguantado y todo lo que has sacrificado no ha servido de nada, pero te equivocas. La gente corriente siempre recuerda, porque son la verdadera tierra de Bretaña. Mientras el sol siga saliendo y siga poniéndose al anochecer, perdurará tu nombre en el recuerdo. Eso, también, te lo prometo.

No nos volveremos a ver en esta vida. Pero tengo la esperanza de que tu Jesús cristiano estuviera diciendo la verdad cuando aseguraba que el alma es inmortal. Así tendremos la oportunidad de abrazarnos como antes, sin miedo, sin las obligaciones del poder, sin malentendidos, con absoluta confianza.

Recuerda quién eres, querido Artorex, recuerda al muchacho que hay bajo el rey que eres, y me sentiré satisfecho de no haberme esforzado en vano.

Escribo esta carta apresurada y cordialmente.

Myrddion Merlín
Cadbury Tor

—Vaya, esa malvada bruja tenía razón —comentó Gruffydd a sus dos amigos—. Cuando Niniana no tenía más que siete días, Morgana predijo que la muchacha robaría el cerebro del reino. Y eso es exactamente lo que ha hecho.

—Niniana siempre adoró a su señor —protestó Percival—. Y él la amaba, así que no veo por qué tenemos que negarles la posibilidad de ser felices juntos.

—Se han ido a lugares lejanos y tranquilos y ahora el tronco hueco los devora —dijo Odin con voz grave—. El reino de Artor comienza a desintegrarse.

—Eres un feliz bastardo, debo decir, Odin —renegó Gruffydd—. Yo no veo que haya cambiado tanto el reino. Las fortalezas resisten más que nunca y seguimos manteniendo a los sajones a raya.

—Pero el rey tiene el corazón roto —murmuró Percival—. Aun así, yo resistiré lo que pueda, nos pase lo que nos pase.

—Y yo —se sumó Odin.

—Y yo también, supongo —dijo Gruffydd—, porque ya estoy muy viejo para volver a hacer de confidente y el jefe de los confidentes se ha ido a pelar la pava con su bella dama —¡Iba a echar de menos a Niniana, su hijastra, la chiquilla que había encontrado, rechazada y abandonada a su suerte entre los juncos, junto al cuerpo de su madre.

Gruffydd apartó conscientemente ese humor sombrío que le estaba envolviendo el ánimo y dio un mamporro a la mesa que asustó a sus silenciosos compañeros.

—¿Por qué demonios estamos aquí sentados como tres viejucas? Me apetece tomarme un trago, o dos, o más.

LA GENTE CORRIENTE tiene vidas muy fáciles en comparación con los grandes. Mientras Gruffydd brindaba por los amigos ausentes, Artor estaba felicitando a Galván por su nuevo hijo, al que habían llamado Galahad, y que ahora tenía acunado en sus brazos.

—Tienes un hijo enorme, fuerte y saludable y va a agotar tu paciencia —dijo Artor con voz templada—. Igual que su padre está agotando la mía! Tienes que acompañar a tu esposa a tierra de los Otadini para pasar una temporada con tus padres. De allí irás a la fortaleza de Verterae, porque no confío demasiado en el sentido común que pueda tener Brigante.

Galván se acordó de la desagradable conversación que había tenido con Myrddion la noche que nació su hijo. ¿Sabía Artor que tenía una relación con su esposa? El rey supremo lo miraba de un modo muy extraño.

—Si te he ofendido, lo siento, tío. Nunca te haría daño deliberadamente, igual que nunca haría daño a Galahad.

—Todo está bien entre nosotros, así que no temas. ¡Pero vete a Verterae y asegúrate de que el joven Rhys está comportándose!

Artor le pasó el niño que inmediatamente empezó a llorar. Como Galván sostenía al bebé con tan poca soltura, su hijo decidió vengarse y vomitó toda la leche cortada sobre su túnica limpia. Galván soltó una palabrota mordaz.

—Ésos son los placeres de ser padre, Galván. Pero puedes descansar tranquilo

sabiendo que tienes heredero.

Galván se daba cuenta de la tristeza que afloraba a los ojos de Artor y sintió una punzada en el pecho que reconoció como sentimiento de culpa.

—Saldremos esta semana, señor. Enid se está recuperando poco a poco, pero está deseando mostrar a Galahad a sus padres y a los míos.

Puede que no me creas, pero lo que más quiero ahora es pasar tiempo con mi esposa y mi hijo durante estas horas que nos quedan en Cadbury.

Artor sonrió y le deseó lo mejor. «¿Es que siempre voy a estar aconsejándole a Galván lo que tiene que hacer y guardándome lo que realmente pienso? —se preguntaba—. ¿Es esto todo lo que me queda?»

Buscando algo, una discusión quizá, o cierto consuelo a su soledad, se dirigió a los apartamentos de la reina.

—¿Qué quieres, Artor?

La reina se había hecho una corona de trenzas en la cabeza y llevaba puesto un camisón práctico y cómodo, pero poco atractivo.

—Una promesa —respondió el rev en el tono lo más conciliador que pudo.

Perpleja, Wenhaver lo miró con suspicacia y mandó salir a sus damas, para que no los oyeran.

—¿Qué promesa?

—Quiero que te mantengas alejada de Galván. Si estás dispuesta a obedecerme, me olvido de todo este asunto.

Wenhaver se mostraba sospechosa. Si Artor sabía con seguridad que le había puesto los cuernos por su relación con Galván, estaría dispuesto a destruirla en mil pedazos. O sea que si estaba casi conciliador, eso quería decir que no estaba seguro. Y reaccionó teniendo esta idea en cuenta.

Wenhaver fingió una expresión de ira.

—¿Cómo te atreves a acusarme de ser una puta? Sé que me odias, ¿pero realmente crees que puedo ser tan repugnante?

«Artor no puede estar seguro —pensó en medio de su nerviosismo—, porque si no, no estaría tan tranquilo y conciliador.»

Artor suspiró.

—Mucho antes de que nos comprometiéramos, Morgana la Vidente me advirtió de que me cuidara de una mujer de pelo rubio. Predijo que me llevarías a la ruina, a mí y a todo lo que he conseguido. ¿Es que quieres que caiga occidente y verte forzada a huir y a esconderte?

—Lo único que quieres es asustarme. Además Myrddion Merlín predijo que moriría en un convento.

Muy a su pesar, Artor sonrió.

—Estás demasiado encantada con tu belleza para entrar voluntariamente en un convento, esposa. Supongo que Myrddion estaría borracho cuando dijo eso.

Wenhaver enfurruñó el gesto.

Artor se sentó en una delicada banqueta, que parecía demasiado frágil para resistir su peso.

—Espero tu promesa, Wenhaver. Vamos. No es un voto tan difícil de hacer.

Confundida e incómoda, Wenhaver miró el adusto y arrugado rostro de su esposo y sintió miedo. Si Artor moría, ella dejaría de ser la reina suprema.

—Te prometeré lo que pides —dijo—, aunque no sé por qué tengo que prometer nada. No quiero que el reino se desmorone y además eso no va a pasar, porque nuestros guerreros no van a dejar que venzan los sajones.

—Antes tendía a pensar que podría expulsar a los sajones de nuestras tierras. Confiaba en que, con la unificación de las tribus y bajo la decidida voluntad de un solo líder, podríamos conseguir que los sajones y los jutos se vieran obligados a retraerse hacia el este, que se montaran de nuevo en sus barcos y se volvieran a sus hogares de origen, cruzando la llamada Litus o costa sajona. Pero estaba equivocado —Artor se contemplaba sus enormes nudillos y las manos, llenas de cicatrices.

Wenhaver sintió pena, como nunca hasta entonces. Artor parecía sin vida y derrotado. Casi llegó a acariciarle el pelo, pero se frenó por la larga enemistad que le tenía.

—No entiendo qué es lo que va mal, Artor —afirmó con honestidad.

Artor dio un hondo suspiro que parecía venirle de su ser más profundo. Wenhaver se acobardó al oír el suspiro.

—No podemos vencer —dijo desolado—. Como mucho podremos mantener las fronteras como están, a fuerza de perder vidas humanas. Si nos fallan nuestras alianzas, los sajones entrarán en tromba por los hendeduras, como esas grandes oleadas de agua a las que se enfrentan para llegar a nuestras tierras. Cada vez vendrán más, día tras día, por la costa sajona. Y con el tiempo, todo nuestro mundo será sajón, y todo lo que hemos construido y por lo que hemos luchado caerá en el olvido.

Wenhaver se puso de pie y se arrodilló ante su marido. No había nada sexual ni de compasión en este gesto, pero provocó que el rey supremo levantara la cabeza.

—Realmente, Artor, no sé por qué pretendes amedrentarnos a todos, pero lo que estás diciendo no es cierto. Desde que tengo uso de razón ha habido agoreros lamentándose de los bárbaros sajones, pero no ha pasado nada, ¿no? Y tú no vas a permitir que pase nada, ¿no?

El rey supremo se echó a reír. ¡Se había puesto tan seria y entendía tan poco! Cómo deseaba entrar en la habitación de Targo y hablar con el romano de estos pensamientos tan lúgubres que lo atormentaban. O ir a buscar a Myrddion, que estaría ocupado con sus pócimas o tomando notas sobre cualquier tema. La tranquilidad con que Myrddion razonaba las cosas siempre serenaba a Artor.

Pero Targo había muerto y Myrddion se había marchado. Sólo quedaba Wenhaver para escuchar sus dudas, Wenhaver, la que le había traicionado y quebrantado tanto.

El rey se inclinó para besar la mano rolliza de su esposa y Wenhaver enrojeció como cualquier virginal muchachita ante este gesto de respeto. Artor se disculpó por

haberle interrumpido el descanso y salió de la habitación.

Se dirigió al patio de Cadbury Tor y miró a las estrellas, frías, distantes, las mismas que conocía desde que era niño. ¿Por qué parecían ahora tan lejanas? De los establos le llegaba el ruido de voces cantando y riendo y entre ellas reconoció el inconfundible tono de Gruffydd. Y sintió envidia. Ojalá supiera cómo mostrarse tan desenfadado y tan cómodo en compañía de amigos.

—Estás llorando por la luna y las cosas que no pueden ser —parecía susurrarle al oído una voz familiar y muy querida—. Haz todo lo que puedas con lo que tienes… Ésa es la ley de Targo.

Artor juraría que había oído una risotada detrás de él, pero sabía que era su imaginación, evocando el sonido de su viejo amigo.

—Pero los muertos están muertos, Targo. Y mañana yo seguiré vivo, los sajones seguirán amenazando nuestras fronteras y seguiremos teniendo los mismos veranos sajones de siempre, como ha ocurrido desde que Vortigern invitó a Hengist y Horsa a venir a estas tierras —susurró en voz muy suave hablándole a la noche—. No hay vuelta atrás y de nada sirve gemir por lo que ha de venir. Tengo que seguir, aunque no pueda vencer.

Entonces, como estaba cansado de sus propias lágrimas, gritó en la noche a los sajones y a la misma Fortuna, hasta que los guardias tomaron sus armas y salieron, por si se acercaba el enemigo.

El silencio volvió a reinar, mientras las estrellas surcaban el cielo por encima de Cadbury Tor, siguiendo sus órbitas, ordenadas, inmutables.

EPÍLOGO

EN CAER GAI los árboles habían invadido las ruinas romanas y las raíces de los robles habían roto las piedras y levantado las losetas de los suelos. Pero aún así todavía se podía encontrar refugio allí y había gente por las colinas dispuestas a trabajar a cambio de que les quitaran algún furúnculo con lanceta o les recetaran medicamentos o curas para la fiebre.

Odin estuvo próximo a la clarividencia, porque alrededor de un enorme tronco hueco, tan viejo que había germinado antes de que los druidas nacieran, alguien había construido unas habitaciones aprovechando la piedra romana que había por allí. Myrddion sintió que necesitaba el poder de ese viejo roble para volver a confiar en alguna razón que diera sentido a su larga y espinosa vida. Puede que la gente de las colinas considerara rara su decisión, pero si lo hacían, no decían nada. Esta gente veneraba los árboles y las piedras y en su fuero interno se mantenían fieles a las viejas tradiciones.

La casa de Myrddion no era grande, ni elegante, pero los juncos que cubrían el tejado la protegían de la lluvia, el granizo y la nieve y el árbol venía a ser una inmensa coraza protectora.

Myrddion se pasaba los días sanando a gente, leyendo y escribiendo las crónicas de dos reyes, mientras Niniana trabajaba la tierra para hacer un jardín. Con el tiempo nacieron flores en la fortaleza y hierbas y frutas y verduras. Como eran de gustos sencillos, tenían todo lo que querían.

Para regar aprovecharon un manantial de agua dulce y Myrddion se entretenía construyendo una fuente y un baño, aunque carecía de la habilidad de los antiguos romanos.

Con el tiempo la gente empezó a apreciar a Myrddion y Niniana por su sabiduría y los protegía del mundo exterior, porque los robustos habitantes de las colinas no pensaban permitir que nadie les arrebatara a esos amantes tan juiciosos.

Pese a que seguían siendo extraños venidos de otras tierras, Myrddion y Niniana resultaban agradables, por mucho que tuvieran en su casa relucientes armas de hierro. Las mujeres que estaban de parto sabían que sus vecinos acudirían en caso de que se complicara su situación y las heridas de caza que en su momento resultaban mortales ahora curaban y recibían tratamiento seguro.

Los habitantes no hablaban a nadie de las grandes personas que habían llegado al pueblo, por miedo a que desaparecieran con el viento.

Y con el tiempo, Niniana le dio a Myrddion un hijo, un muchacho fuerte con el pelo de color caoba, salvo un mechón de plata que le nacía en la frente. Tenía los ojos

de azul intenso, como la medianoche, y la mirada mucho más versada de lo que suele ser la mirada de un niño.

Lo llamaron Taliesin.

NOTA DE LA AUTORA

Mientras escribía *El hijo del dragón* me fui encontrando cada vez más a gusto con el joven Artorex y la verdad es que me costó mucho salirme del personaje, a medida que se iba haciendo mayor. Suelo enamorarme, un poco, de todos mis personajes y odio matarlos, pero en una crónica tan larga, esto es algo que resulta inevitable. Como también Targo me había robado el corazón, he continuado su historia en *El Guerrero de Occidente*. Y me dio verdadera pena que tuviera que morir; por eso, si os parece que su muerte rezuma excesivo sentimentalismo, culpadme a mí y no a él.

¡Pobre Artor! A medida que avanzaba la novela y que la leyenda se iba haciendo más densa y más oscura, Artor se ve obligado a convertirse en una persona más pragmática, que acepta gran parte de la violencia y, hay que decirlo, de la terquedad, de su padre. La diferencia entre Artor y Uter Pandragón es que al hijo le preocupa profundamente haber tenido que sacrificar a Gaheris, y padece por ello, y que sabía que Keu volvería a matar. A Uter no le habría importado. Artor nunca sucumbe al orgullo desmedido, por eso sigue resultando agradable, aunque se muestre más distante.

En algunos aspectos de la novela me aparto de las leyendas más popularmente aceptadas. Por ejemplo, nunca me gustó cómo retratan a Niniana en las leyendas medievales, con un carácter tan malvado. En la literatura artúrica abundan las mujeres perversas, argumento recurrente en la época en que se escribieron las primeras narraciones sobre la vida de Arturo; y más tarde la mojigatería victoriana cargó las tintas sobre el consabido tema de las seductoras artes de la mujer. Pero en el siglo XXI en que vivimos, esto ya no representa un lugar común. Y además, todo hay que decirlo, los celtas tampoco veían a la mujer como una criatura malvada; ahí están Boudica y las mujeres que actuaban como druidas menores para demostrarlo.

Mi Niniana es extranjera. En aquellos tiempos para que Niniana resultara realmente extranjera tenía que ser hija de un potente enemigo, en este caso de un juto. Y además, para que pudiera aproximarse a Myrddion, mi Merlín, debía ser aceptada en la corte, por eso se educó en tierras celtas, como niña nacida libre e hijastra de Gruffydd, el portador de espadas de Artor. Con esta mujer, que procede de un estrato social bajo, he intentado describir a una persona práctica, de sutil inteligencia y al tiempo capaz de una entrega excepcional. Esta novela pertenece cumplidamente a Niniana, que, por otra parte, representa el contrapunto de Wenhaver, es decir, Ginebra.

Por eso cuadra tan bien que Niniana haga realidad la profecía que me invente para

redondear su papel en la tragedia de Artor. Cuando Niniana conquista el corazón de Myrddion Merlín, está robando el cerebro del reino. Esencialmente, al irse los dos de Cadbury, Artor queda abandonado a su destino.

Tampoco me ha gustado nunca en general cómo describen a Ginebra en las leyendas, ni la relevancia que se le ha dado como mujer capaz de destruir el reino de Arturo por amor a otro hombre, sin que por ello resulte desagradable. Mi Wenhaver tiene todos los defectos de las niñas mimadas y he procurado hacerla lo más opuesta posible a la adorable y dulce Gallia. A veces la reina me da pena, porque entiendo lo frustrante que debe ser sentirse un mero instrumento de los grandes asuntos de estado, pero junto a ello no hay que olvidar que, al ser tan engreída, no siente culpa de nada. Wenhaver depende de su belleza para ocultar sus defectos y, por lo demás, queda descrita como mujer profundamente estúpida.

Galván, es decir, Gawain era el héroe original de las leyendas, porque Lancelot fue un invento de la tradición francesa. Con él he vuelto a las versiones más antiguas, por eso mi Galván es valiente, tontón, encantador e irresponsable. Galván me gusta, como le gustaba a Artor, pero yo también habría preferido que el joven se pensara las cosas dos veces antes de hacerlas. Invariablemente sometido a su libido, sólo se salva de la desvergüenza por estar siempre dispuesto a aceptar sus deslices sin rechistar.

Cuando llegó el momento de reconstruir las múltiples batallas que se le atribuyen a Arturo, tengo que reconocer mi escepticismo ante la seguridad con que casi todas las fuentes británicas establecen sus emplazamientos. Después de mucho investigar y de haber revisado incontables documentos, creo que la recapitulación más precisa del reino de Arturo lo ofrecen Steve Blake y Scott Lloyd en *The Keys to Avalon: The True Location of Arthur's Kingdom Redealed*. No cabe duda de que para estabilizar el reino Arturo tuvo que librar una serie de batallas que tuvieron lugar durante sus años más potentes. En la obra trato en profundidad sobre todo la última de estas guerras, que he situado en lo que hoy es la frontera entre Gales e Inglaterra, donde a mi juicio ocurrieron la mayoría de las batallas artúricas, pese a que yo haya situado las mías en un área más extensa. Los detalles de esta batalla surgen de mi propia imaginación. No obstante, hay que tener en cuenta que Vortigern creó realmente un enclave en esta zona de Bretaña, donde hasta hoy sigue ondeando la bandera del Dragón Rojo, probablemente a partir del símbolo de la Dracos Legion, que estuvo acuartelada en Gales en tiempo de los romanos. Quiero creer que Artor asoló este enclave y consiguió la estabilidad política.

Hasta ahora no he dicho nada sobre Myrddion (Merlín) ni de por qué se rindió a los encantos de Niniana. Me resultaba imposible mantener al «viejo verde» que retrata Tennyson en *Los idilios del Rey*[7]. Mi Myrddion nunca habría entregado su vida y su sabiduría simplemente por una niña mona.

A Myrddion le cuesta reconocer que está enamorado de su aprendiz. Y lo que es más, no cede a la seducción de una cara bonita o un cuerpo atractivo; Myrddion se rinde ante el carácter y la inteligencia de Niniana, como sería de esperar en un

hombre tan poderoso, tan sabio y, pese a todo, tan inexperto en cuestiones amorosas. Incluso está dispuesto a matar para que Niniana no corra peligro. Cuando al final Myrddion tiene que admitir que Wenhaver nunca va a permitir que Niniana viva tranquilamente en Cadbury, no le queda otra opción que abandonar a Artor.

Como siempre, mis verdaderos héroes son los criados, personas corrientes y anónimas, como Gallwyn, esa mujer valiente y llana que da a Niniana el amor necesario para que se convierta en una persona hecha y derecha; Gruffydd, insolente y leal, de carácter gruñón, pero en el fondo un sentimental; y Percival, Gareth y Odin, valientes y aguerridos, que aunque prefieren no darse a conocer demasiado, dan prueba de lo que significa realmente la lealtad.

Puede que Artor os parezca menos agradable que el joven Artorex y realmente lo siento. Pero a fin de cuentas es hijo de Uter, pese a que intente con todas sus fuerzas luchar contra ese rasgo de su carácter. Hay muchos hombres correctos y honrados que resultan penosos gobernantes y provocan más muertes que otros líderes con motivaciones más espurias. Desde luego un santo no aguanta años de guerra, de confrontación política y de fragmentación cultural. Aunque Artor se entrega a la causa con todo su afán, es verdad que con frecuencia provoca situaciones no deseadas, si bien hay que reconocer que para mantener la unidad del reino, ese Artor es necesario, con sus virtudes y con sus defectos.

El jardín de Gallia también surge fruto de mi imaginación. Probablemente caiga en el olvido, pese a que el escenario artúrico esté poblado de lugares de gran belleza, como atestiguan las leyendas.

Una cuestión bien distinta es Cadbury. Para muchos eruditos Cadbury sería el emplazamiento del legendario Camelot. He procurado describirlo lo más bonito posible, pero sin llegar a lo fantástico. Después de todo era una fortaleza celta, templada por la actividad de la gente corriente que vivía allí, lo cual la convertía en un lugar especial, frágil y efímero. Todo el que visite el fuerte de Cadbury verá que quien gobernaba allí y quien mandó construirlo no era un cornudo ni un pusilánime, ni desde luego una fantasía anónima y decadente. Cadbury resistió a base de mucha sangre, y estuvo alentado por un enorme coraje y una aguda inteligencia. Si queréis vivir esa sensación que nos lega la historia, id y contemplad el panorama que se divisa desde allí con las nieblas matutinas.

Por último, decidí interpretar las leyendas a mi manera. Y en ese sentido, podéis estar de acuerdo conmigo o no, porque vosotros sois los verdaderos árbitros de la narración. Mi historia resulta a veces violenta, en ocasiones atroz, pero así ha sido la historia de la humanidad; de ahí que no quiera excusarme por haberme explayado en estos pasajes crueles y sangrientos.

Puede que de vez en cuando encontréis a mis amantes excesivamente románticos o caballerosos; sin embargo en otras ocasiones también he descrito el contraste con lo que representa una visión excesivamente rosa de la vida, como ocurre con la relación entre Wenhaver y Artor. Creo que en un mundo en el que el hombre es un lobo para

el hombre también tiene cabida, y es incluso deseable, esa caritas que representa el amor puro entre amigos.

Mi héroe hace lo que puede con lo que tiene, ¿quién se atreve a pedir más?

¡Ave, Artor!

Notas

[1] Ironfist en inglés significa «puño de hierro». <<

[2] Actual río Severn. *(N. de la T.)* <<

[3] La palabra «rowan» deriva del término árbol en antiguo nórdico, *raun. (N. de la T.)* <<

[4] Ginebra. <<

[5] En inglés Perce suena parecido a *pears*, «peras». En celta, sería la variante de Piers, Pedro, cuyo significado original es roca. *(N. de la T.)* <<

[6] «Tener relaciones sexuales». Parece que procede de William Shakespeare. *Othello*. (1605): Iago: «I am one, sir, that comes to tell you, your daughter and the Moor are now making-the-beast-with-two-backs» (I: 1, 115). *(N. de la T.)* <<

[7] *Los idilios del Rey y otros relatos* de Alfred Tennyson; versión de Vicente de Arana; ilustraciones de Aubrey Beardsley; prólogo de Elvira Navarro. Publicación: [Madrid]: La Tinta del Calamar, [2009] *(N. de la T.)* <<